Carlos Aurensanz

Banu Qasi

La Guerra de Al Ándalus



Fascinante segunda entrega de la saga ya iniciada con Banu Qasi. Los hijos de Casio que retoma la narración de los acontecimientos protagonizados por el clan muladí que da nombre a esta historia. La Frontera Superior del Ebro, donde los descendientes del gran Musa ibn Musa retoman el camino de la revuelta, cede parte de su protagonismo a la Córdoba del emirato, al naciente reino de Pamplona, al pujante rey Alfonso III en su nueva corte de León y a Bobastro, «el nido de águilas», refugio en la sierra malagueña de Umar ibn Hafsún, el rebelde muladí que acabará poniendo en jaque la propia pervivencia de Al Andalus.

Carlos Auresanz

Banu Qasi

La guerra de Al Andalus

ePUB v1.0
Sirhack 22.02.12

Fecha de publicación: 6-10-2011
ISBN:978-84-9872-4499-4
Editorial: Ediciones B

Nota Preliminal

Banu Qasi La guerra de Al Andalus, al igual que su antecesora *Banu Qasi, Los hijos de Casio*, es una novela que trata de acercar al lector los apasionantes acontecimientos que tuvieron lugar en la península Ibérica durante la última etapa del emirato de Al Andalus, fundamentalmente en las tierras fronterizas del norte, donde el contacto con los nacientes reinos cristianos sometía a sus moradores a una situación de continua zozobra, que muy a menudo desembocó en el drama más descarnado.

Desde el primer momento ha sido mi intención mantenerme fiel a la cronología histórica, tal como queda reflejada en las crónicas que han llegado hasta nosotros. Su escasez y su fragmentación, sin embargo, obligan a interpretar los acontecimientos de acuerdo al mejor conocimiento de los historiadores contemporáneos y, cuando tampoco éste existe, es cuando verdaderamente ha entrado en juego la faceta literaria. Mi objetivo ha sido ofrecer al lector un relato coherente, verosímil y sobre todo ameno de lo que bien pudo suceder en aquella lejana época de nuestra Historia, hace casi mil doscientos años.

Como en *Banu Qasi Los hijos de Casio*, he pretendido construir una novela que, aunque compleja, permita un ejercicio grato de lectura. He prescindido prácticamente de muchos de los personajes que surgen en un árbol genealógico cada vez más extenso, para centrar el relato en aquellos que resultan fundamentales para el desarrollo de la historia. Aun así, resulta inevitable la reiteración de algunos de los nombres propios (los Muhammad, los Fortún, los Musa…) que podría causar cierta confusión en un lector no avisado.

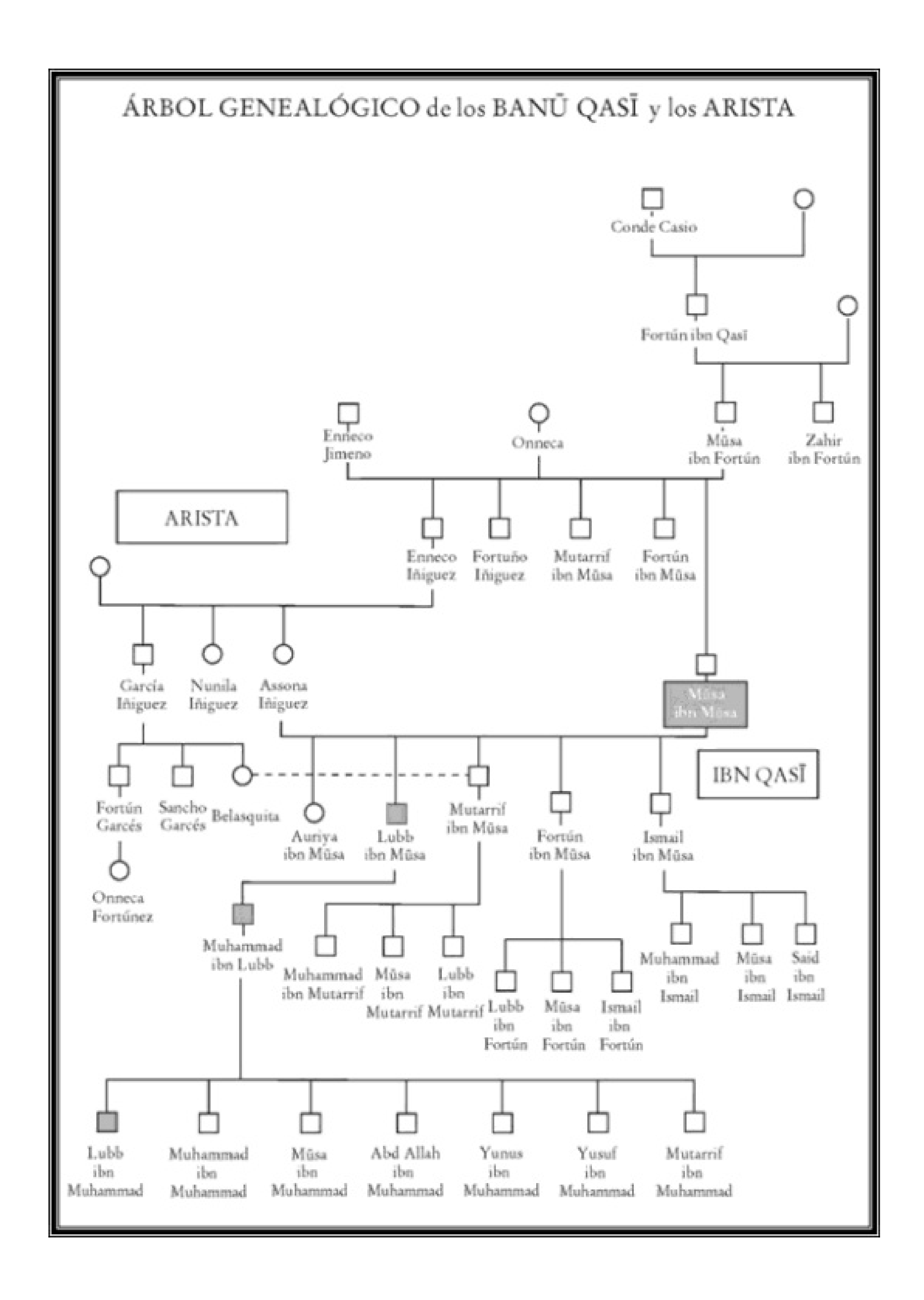
De la misma forma, será bueno advertir que la novela transcurre, como la anterior, enfocando la mirada en diversos escenarios de forma alternativa: los personajes se desplazan entre la Córdoba emiral, el valle del Ebro, el naciente reino de Pamplona o alguno de los escenarios de las grandes revueltas, como la sierra malagueña, dibujando así la trama que da forma al relato.

He querido dejar caer en el texto algunos términos árabes, tal como se escucharon en la Península durante cuatrocientos años, con el único objeto de ilustrar y ambientar una novela que transcurre en Al Andalus. De igual manera he hecho un esfuerzo especial por utilizar topónimos árabes para todos los lugares que se citan. Si el significado no queda claro en el contexto, un rápido vistazo al breve *glosario* o al *glosario toponímico* que se acompañan resultarán suficientes.

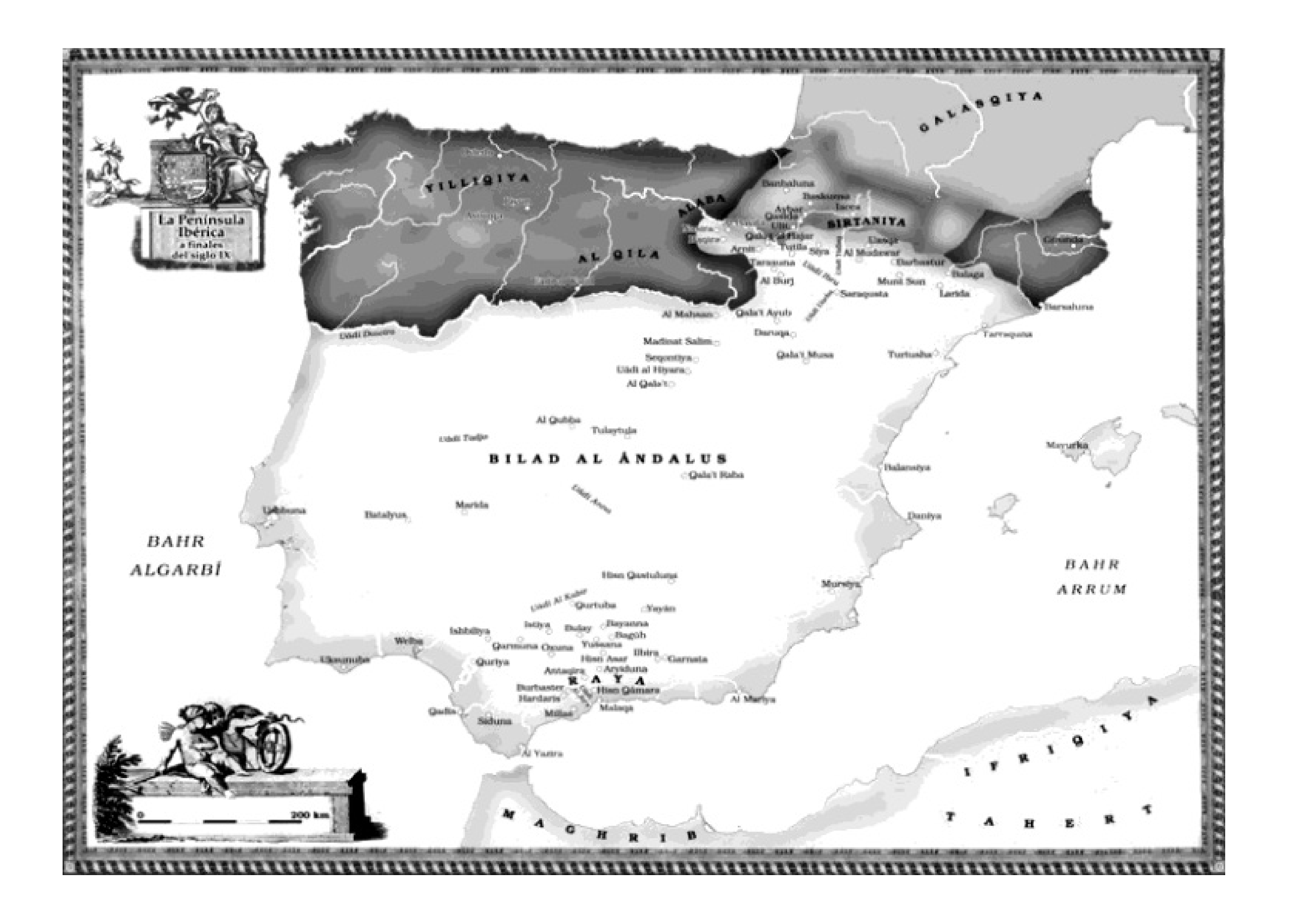
Sólo una cosa más: en la época de la comunicación global y las redes sociales, sería imperdonable no utilizar las vías de contacto entre autor y lector de las que disponemos. No dudes en hacerlo para trasladarme tus sensaciones, tu opinión, o tus sugerencias. Puedes utilizar las redes sociales más habituales, el blog de la novela

www.banuqasi.blogspot.com o el correo electrónico: *banuqasi@ hotmail.es*

Adelante, pues, con la lectura de *Banu Qasi. La guerra de Al Andalus.*


ÁRBOL GENEALÓGICO de los BANŪ QASĪ y los ARISTA
Conde Casio
Fortún ibn Qasī
Enneco Jimeno
Onneca
Mūsa ibn Fortún
Zahir ibn Fortún
ARISTA
Enneco Iñiguez
Fortuño Iñiguez
Mutarrif ibn Mūsa
Fortún ibn Mūsa
García Iñiguez
Nunila Iñiguez
Assona Iñiguez
Mūsa ibn Mūsa
IBN QASĪ
Fortún Garcés
Sancho Garcés
Belasquita
Auriya ibn Mūsa
Lubb ibn Mūsa
Mutarrif ibn Mūsa
Fortún ibn Mūsa
Ismail ibn Mūsa
Onneca Fortúnez
Muhammad ibn Lubb
Muhammad ibn Mutarrif
Mūsa ibn Mutarrif
Lubb ibn Mutarrif
Lubb ibn Fortún
Mūsa ibn Fortún
Ismail ibn Fortún
Muhammad ibn Ismail
Mūsa ibn Ismail
Said ibn Ismail
Lubb ibn Muhammad
Muhammad ibn Muhammad
Mūsa ibn Muhammad
Abd Allah ibn Muhammad
Yunus ibn Muhammad
Yusuf ibn Muhammad
Mutarrif ibn Muhammad





La Península Ibérica
a finales del siglo IX
YILLIQIYA
AL QILA
ALABA
SIRTANIYA
GALASQIYA
Banbaluna
Barsaluna
Tarraquna
Turtusha
Saraqusta
Larida
Al Mahsan
Qala't Ayub
Daruqa
Madinat Salim
Seqontiya
Uádi al Hiyara
Al Qala't
Qala't Musa
Al Qubba
Tulaytula
BILAD AL ÁNDALUS
Qala't Raba
Balansiya
Daniya
Mayurka
Ushbuna
Batalyus
Marida
BAHR
ALGARBÍ
BAHR
ARRUM
Hisn Qastuluna
Mursiya
Qurtuba
Ishbiliya
Welba
Bayanna
Ilbira
Garnata
RAYA
Al Mariya
Malaqa
Qadis
Siduna
Al Yazira
0
200 km
MAGHRIB
IFRIQIYA
TAHERT



Dramatis personae

Abán ibn Abd Allah: Hijo del emir Abd Allah.

Abbas ibn Abd al Barr: Gobernador de Huesca.

Abd al Aziz al Tuchibí: Patriarca de los Tuchibíes.

Abd al Malik: Personaje ficticio. Ministro del emir Abd Allah.

Abd al Malik ibn Umayya: General en jefe del ejército de Abd Allah.

Abd al Rahman al Tuchibí: Caudillo árabe de los Tuchibíes de Calatayud.

Abd al Rahman I: Primer emir de Córdoba (756-788).

Abd al Rahman ibn Marwan: Rebelde de la cora de Mérida.

Abd al Rahman ibn Muhammad: Nieto del emir Abd Allah, hijo de Muhammad, futuro califa Abd al Rahman III.

Abd al Rahman II: Cuarto emir de Córdoba (822-852).

Abd Allah ibn Hayyay: Rebelde árabe de Sevilla.

Abd Allah ibn Jalaf: Ualí de Barbastro y suegro de Ismail ibn Musa.

Abd Allah ibn Muhammad: Séptimo emir de Córdoba (888-912), esposo de Onneca

y padre de su hijo Muhammad.

Abd Allah ibn Muhammad: Hijo de Muhammad ibn Lubb, hermano de Lubb ibn Muhammad.

Abdel: Personaje ficticio. Esclavo de Fortún y Onneca en Córdoba.

Abu Marwan: Alfaquí cordobés.

Adur: Personaje ficticio. Hermano de Muzna.

Afrah: Personaje ficticio. Concubina en el palacio del gobernador de Zaragoza.

Ahmad ibn Abd Rabbih: Poeta cordobés.

Ahmad ibn Al-Barra: Gobernador de Zaragoza y de la Marca Superior.

Aishun: Caudillo de Archidona.

Al Ablí: Poeta muladí de Granada.

Al Anqar: El Tuerto. Gobernador tuchibí de Zaragoza durante el sitio de la ciudad. Muhammad ibn Abd Allah al Tuchibí (aunque en la novela se le conoce como Mujahid para evitar la constante repetición del mismo nombre).

Al Asadí: Poeta árabe de Granada.

Al Hakam I: Tercer emir cordobés (796-822).

Al Mundhir: Sexto emir de Córdoba (886-888).

Al Sarray: Capitán de Ibn Hafsún.

Al Sarray: Santón musulmán contrario al poder del emir.

Al Tawil: Sobrenombre de Muhammad ibn Abd al Malik, gobernador de Huesca.

Alfonso III: Rey de Asturias (866-910). Conocido como Alfuns entre los musulmanes.

Alvaro de Córdoba: Monje cordobés, amigo y biógrafo de Eulogio de Córdoba.

Amrús ibn Umar: Muladí que se hizo con el poder en Huesca.

Amrús ibn Yusuf: General de origen muladí oscense, gobernador de Talavera, más tarde de Toledo y posteriormente de la Marca Superior. Fortificó Tudela en 802, y por ello se le considera fundador de la ciudad.

Asbag ibn Isa: Estratega cordobés en la batalla de Bulay.

Assona Iñiguez: Hija de Iñigo Arista, y esposa de Musa ibn Musa.

Ayab: Esposa de Lubb ibn Musa.

Ayyub: Uno de los hijos de Ibn Hafsún.

Aznar Fortúnez: Hijo de Fortún Garcés.

Aznar Sánchez de Larraón: Hijo de Sancho Garcés, esposo de Onneca Fortúnez.

Badr: Personaje ficticio. Eunuco del harén de Abd Allah.

Banu Anyalin: Familia de muladíes sevillanos.

Banu Sabariquh: Familia de muladíes sevillanos.

Bashir: Personaje ficticio. Uno de los administradores de Umar ibn Hafsún.

Belasco Fortúnez: Hijo de Fortún Garcés.

Belasquita: Hija del rey García Iñiguez de Pamplona, casada con Mutarrif ibn Musa, de los Banu Qasi. Falisquita entre los musulmanes.

Conde Casio: Conde visigodo que dominaba las tierras del Ebro a la llegada de los musulmanes en 714. Adoptó la fe de los conquistadores y se convirtió en *mawla* del califa de Damasco, conservando así sus derechos y el gobierno de sus tierras. Sus descendientes, los Banu Qasi, mantendrían este poder durante generaciones.Tuvo cinco hijos: Fortún, Abu Tawr, Abu Salama, Yunus y Yahya.

Dadildis de Pallars: Segunda esposa de García Ximénez de Pamplona, madre de Sancho Garcés I.

Damián: Personaje ficticio. Colaborador mozárabe de Huesca que ayuda a Belasquita.

Diego de Salazar: Personaje ficticio. Caballero pamplonés.

Diego Rodríguez: Conde al servicio del rey Alfonso III, uno de los oficiales de sus huestes.

Dulcidio: Clérigo leonés, embajador en la corte cordobesa.

Enneco Fortúnez: Primer hijo varón de Fortún Garcés.

Enneco Garcés: Hijo de García Ximénez, hermano mayor de Sancho Garcés.

Enneco Iñiguez: Conocido como Iñigo Arista, primer rey pamplonés, hermano de sangre de Musa ibn Musa.

Eulogio de Córdoba: Religioso cordobés, impulsor de la respuesta mozárabe ante el emir.

Fortún Garcés: Hijo de García Iñiguez. Permaneció como rehén de Córdoba entre 860 y 880. Regresó como rey de Pamplona, aunque abdicó antes de su muerte en 905. Su sucesor fue Sancho Garcés I.

Fortún ibn Musa: Cuarto hijo de Musa ibn Musa.

Galindo Aznar: Conde de Aragón.

García Iñiguez: Rey de Pamplona (852-882).

García Ximenez: Uno de los *seniores* vascones, emparentado con los Arista. Casó a varios de sus hijos e hijas con hijos y nietos del rey de Pamplona. Padre de Sancho

Garcés I, el sucesor de Fortún Garcés.

Garsiya: Personaje ficticio. Hombre de negocios vascón asentado en Huesca.

Guifrid: Wifredo el Velloso, primer conde de Barcelona.

Habiba: Personaje ficticio. Concubina en el palacio del gobernador de Zaragoza.

Habil: Personaje ficticio. Hombre de confianza de Umar ibn Hafsún, encargado de las finanzas.

Haddad: Personaje ficticio. Uno de los administradores de Umar ibn Hafsún.

Hadiya: Personaje ficticio. Esposa de Fortún ibn Musa.

Hafs: Padre de Umar ibn Hafsún.

Hafs al Mur: Lugarteniente de Umar ibn Hafsún.

Hakim: Personaje ficticio. Representante de los muladíes de Zaragoza.

Harith ibn Hamdun: Señor de Al Hamma.

Haxim ibn Abd al Aziz: General y *hachib* del emir Muhammad I.

Hazine: Personaje ficticio. Concubina de Muhammad ibn Abd Allah.

Hixam I: Segundo emir de Córdoba (789-796).

Ibn Galib: Oficial muladí a las órdenes del emir Abd Allah.

Ibn Mastana: Rebelde muladí de Priego, amigo de Ibn Hafsún.

Ibn Zennún: Rebelde toledano.

Ibrahim: Personaje ficticio. Maestro de obras de Muhammad ibn Lubb en Zaragoza.

Ismail ibn Fortún: Hijo mayor de Fortún ibn Musa.

Ismail ibn Musa: Hijo menor de Musa ibn Musa.

Jawhar: Personaje ficticio. Oficial de Muhammad ibn Lubb en Saraqusta.

Khaled: Personaje ficticio. Jefe del zoco en Zaragoza.

Kurayb ibn Jaldún: Rebelde árabe de Sevilla.

Lubb ibn Fortún: Hijo de Fortún ibn Musa.

Lubb ibn Muhammad: Hijo primogénito de Muhammad ibn Lubb.

Lubb ibn Musa: Segundo hijo de Musa ibn Musa y padre de Muhammad ibn Lubb.

Lubb ibn Mutarrif: Hijo de Mutarrif ibn Musa.

Maslama: Capitán de Ibn Hafsún.

Masud ibn Amrús: Hijo de Amrús ibn Umar, gobernador de Huesca como él.

Mijail: Personaje ficticio. Oficial de confianza de Muhammad ibn Lubb.

Moisés de Rada: Personaje ficticio. Médico mozárabe en Zaragoza.

Mudáhir: Tío de Umar ibn Hafsún.

Muhammad I: Quinto emir de Córdoba (852-886).

Muhammad ibn Abd Allah: Hijo primogénito del emir Abd Allah y Onneca Fortúnez.

Muhammad ibn Ismail: Hijo de Ismail ibn Musa.

Muhammad ibn Lubb: Hijo primogénito de Lubb ibn Musa y protagonista de la novela como caudillo de los Banu Qasi.

Muhammad ibn Lubb: Hijo primogénito de Lubb ibn Muhammad, nieto del protagonista del mismo nombre.

Muhammad ibn Mutarrif: Hijo de Mutarrif ibn Musa.

Muhammad ibn Salma: Primer *qadi* de Córdoba en tiempos de Abd Allah.

Musa ibn Fortún: Hijo de Fortún ibn Musa, de Tudela.

Musa ibn Galind: Gobernador de Huesca.

Musa ibn Ismail: Hijo de Ismail ibn Musa.

Musa ibn Muhammad: Hijo de Muhammad ibn Lubb, hermano de Lubb ibn Muhammad.

Musa ibn Musa: Muladí, principal caudillo de los Banu Qasi (788- 862). Llegó a ser considerado «el tercer rey de España» por las crónicas cristianas. Hermano de madre de Iñigo Arista.

Musa ibn Mutarrif: Hijo de Mutarrif ibn Musa.

Musa ibn Nusayr: Conquistador de la península Ibérica a partir de 711.

Mutarrif ibn Abd Allah: Segundo hijo del emir Abd Allah.

Mutarrif ibn Muhammad: Hijo de Muhammad ibn Lubb, hermano de Lubb ibn Muhammad.

Mutarrif ibn Musa: Tercer hijo de Musa ibn Musa, casado con Belasquita de Pamplona.

Muzna: Esclava vascona, esposa del príncipe Muhammad.

Onneca: Madre de Mutarrif, Fortún y Musa ibn Musa, casada en primeras nupcias con Iñigo Jimeno, de quien tuvo a sus dos primeros hijos: Iñigo Iñiguez (Iñigo Arista)

y Fortún Iñiguez.

Onneca Fortúnez: Hija del rey Fortún Garcés, cautiva con él en Córdoba durante veinte años. Allí casó con el príncipe Abd Allah, después emir, para ser madre de su primogénito. Abuela de Abd al Rahman III, primer califa de Córdoba.

Onneca Rebelle: Primera esposa de García Ximenez de Pamplona.

Ordoño I: Rey de Asturias (850-866). Conocido como Urdún entre los musulmanes.

Ordoño II: Rey de León a principios del siglo X.

Rashida: Personaje ficticio. Madre de Mutarrif ibn Abd Allah, esposa del príncipe Abd Allah.

Recafredo: Obispo metropolitano de Córdoba en tiempo de Muhhamad I.

Sa'id Amrú al Akri: Poeta cordobés.

Sadún al-Surumbaqi: Lugarteniente de Ibn Marwan.

Sahra: Personaje ficticio. Esposa de Muhammad ibn Lubb, madre de Lubb ibn Muhammad.

Said: Personaje ficticio. Partidario de Amrús ibn Umar en Huesca.

Said ibn Ismail: Hijo de Ismail ibn Musa.

Saleh: Personaje ficticio. Funcionario cordobés, amigo del eunuco Badr.

Sancha Aznárez: Hija de Onneca Fortúnez y Aznar Sánchez.

Sancha Garcés: Hija de García Ximénez, esposa de Enneco Fortúnez.

Sancho: Personaje ficticio. Abad de Leyre.

Sancho Aznárez: Hijo de Onneca Fortúnez y Aznar Sánchez.

Sancho Garcés: Segundo hijo de García Iñiguez, regente durante el cautiverio de su hermano Fortún.

Sarband: Servando, hijo del conde cristiano de Córdoba del mismo nombre.

Sawar ibn Hamdun: Rebelde árabe de Granada.

Sayida: Hija de Ibn Jalaf, esposa de Ismail ibn Musa.

Servando: Conde cristiano de Córdoba.

Shamena: Personaje ficticio. Esposa de Lubb ibn Muhammad.

Tariq ibn Ziyad: Lugarteniente de Musa ibn Nusayr, conquistador de la península Ibérica a partir de 711.

Temam ibn Alqama: Canciller del gobierno de Al Mundhir.

Toda Aznárez: Hija de Onneca Fortúnez y esposa de Sancho Garcés I.

Ubayd Allah ibn Muhammad: General de vanguardia en la batalla de Bulay.

Umar ibn Hafsún: Rebelde malagueño que consiguió poner en jaque al emirato de Qurtuba.

Umayya ibn Abd al Gafir: Gobernador de Sevilla enviado por el emir Abd Allah.

Vela Jiménez: Conde al servicio del rey Alfonso III.

Walid ibn Ganim: General del emir Muhammad I.

Wanyat: Ualí de la ciudad de Arnedo, depuesto por Lubb ibn Musa.

Willesindo: Obispo de Pamplona.

Wuhayb (hijo): Gobernador de Zaragoza.

Wuhayb (padre): Gobernador de Tudela.

Ximena: Princesa pamplonesa, casada con Alfonso III, rey de Asturias. Madre de Ordoño.

Ximena Belasco: Hija de Belasco Fortúnez, casada con un hijo de García Ximénez.

Ximeno: Obispo de Pamplona en tiempos de Fortún Garcés.

Ya'ad ibn Abd al Gafir: Gobernador de Ilbira (Granada), enviado a Sevilla por Abd Allah.

Yahya ibn Abd al Aziz: Procurador en el juicio contra Muhammad.

Yasar: Personaje ficticio. Uno de los administradores de Umar ibn Hafsún.

Yaziz: Personaje ficticio. Mercenario al servicio de Ismail ibn Musa.

Yunus ibn Muhammad: Hijo de Muhammad ibn Lubb, hermano de Lubb ibn Muhammad.

Yusuf ibn Muhammad: Hijo de Muhammad ibn Lubb, hermano de Lubb ibn Muhammad.

Zakariyya: Lugarteniente de Ibn Hafsún.

Zakariyya ibn Amrús: Miembro de los Banu Amrús de Huesca.

Capítulo 1

Año 863, 249 de la hégira
Qurtuba

El atardecer era sin duda el momento del día que Onneca prefería. Aunque aquél era el tercer verano que pasaría en la capital, no había conseguido acostumbrarse al calor intenso del estío cordobés y, si algo echaba en falta de su tierra natal, allá en el norte, en tierras vasconas, eran los días soleados pero frescos de las montañas, que le permitían mantener la actividad incluso durante las horas más calurosas del mediodía.

No era así en Qurtuba, desde luego. Cuando el sol alcanzaba su cénit, tanto ella como Fortún, su padre, solían encontrarse ya refugiados en sus cómodas estancias de la Dar al Rahn, la magnífica construcción destinada a albergar a los numerosos rehenes políticos del emirato.

La Casa de los Rehenes ocupaba un espacio privilegiado entre la mezquita aljama y el muro que separaba la madinat del Uadi al Kabir. El acceso principal al edificio se hallaba junto a la Puerta del Puente, un lugar de trasiego continuo de personas y mercancías que hacía las delicias de la joven Onneca. A sus quince años, era una muchacha jovial y despierta, en opinión de su padre quizá demasiado para una sociedad como aquélla, en la que las mujeres tenían perfectamente marcados los límites que no debían traspasar.

Las primeras semanas de estancia en Qurtuba habían sido duras: todavía guardaba en su retina las imágenes de la destrucción de Pampilona y de todas las aldeas vasconas que el ejército de Muhammad I había devastado a su paso. Recordaba su zozobra durante la negociación en la que Fortún hubo de aceptar ser trasladado a la capital en calidad de rehén, y cómo se lanzó a los pies de su padre para rogarle que la llevara consigo. Aquellas imágenes retornaban a ella una y otra vez envueltas en una nube de irrealidad, que se prolongaba en las tres interminables semanas que emplearon en atravesar de norte a sur todo el territorio de Al Andalus.

Tres años. Sólo tres años, pero para Onneca parecía haber transcurrido toda una existencia. En Qurtuba había descubierto una forma de vida completamente nueva, de la que sólo había tenido referencias por los relatos de sus parientes musulmanes del Ebro. Pero entonces era una niña, y para ella todas aquellas historias de emires y concubinas, fastuosos palacios y enormes mezquitas no se diferenciaban en absoluto del resto de los relatos que solían escuchar durante las frías noches en la vieja Pampilona, confortados por el calor del fuego.

El trato que recibieron desde el primer día había supuesto una sorpresa tanto para su padre como para ella. Incluso durante su traslado, habían dispuesto de

comodidades impensables en la retaguardia de un enorme ejército como el de Muhammad I. Es cierto que la haymah que ocupaban durante los breves descansos nocturnos estaba permanentemente vigilada por cuatro miembros de la guardia personal del emir, pero las monturas en las que cabalgaron eran excelentes, las viandas que se les ofrecieron, más que dignas, y no les faltó un cántaro de agua fresca mientras atravesaban las interminables llanuras del centro de la Península.

Una vez alojados en la Dar al Rahn de Qurtuba, fueron recibidos por uno de los chambelanes de palacio, que estableció las condiciones de su estancia forzada: Fortún sería tratado como correspondía a su calidad de hijo y heredero del rey Garsiya de Banbaluna. Disfrutaban de total libertad para circular por la ciudad, e incluso se les permitía acceder a las estancias del palacio del soberano, con excepción del harem y del resto de los aposentos privados. Las únicas restricciones impuestas giraban en torno a la prohibición de mantener cualquier reunión o actividad de carácter político, enviar o recibir correspondencia sin comprobación previa por parte de los funcionarios de la administración y, por supuesto, abandonar la ciudad sin la autorización personal del emir.

Onneca había sido feliz durante aquellos tres años. Muerta su madre, la separación de su padre, al que adoraba, habría resultado insoportable. Tenerlo a su lado, poder acompañarlo durante su cautiverio, la había hecho sentirse extrañamente afortunada desde el primer momento. La Casa de los Rehenes era una espaciosa y bien conservada construcción de dos plantas cuyas estancias se abrían a un patio que incluso contaba con una fuente cantarina en el centro. Fortún y Onneca ocupaban un alojamiento compuesto por tres estancias adosado a la muralla meridional, una ubicación que le permitía recibir los primeros rayos de sol de la mañana y lo mantenía en la sombra durante las calurosas horas de la tarde.

La muchacha era una de las pocas mujeres que vivían en el edificio, cuyos habitantes eran en su mayoría varones, más jóvenes que viejos, pertenecientes en su mayor parte a linajes de alta cuna. A pesar de la diversidad de procedencias y religiones, el cautiverio había establecido entre ellos fuertes lazos de amistad, y habían adoptado a la vivaz vascona como la hija o la hermana que todos hubieran querido tener a su lado.

Desde el primer momento, Onneca se había afanado en hacer la vida de su padre lo más fácil posible. Se levantaba al amanecer, para dedicar las horas más frescas del día a los quehaceres domésticos que podían suponer algún esfuerzo, y antes de que calentara el sol salían juntos hacia el cercano mercado, donde les recibía el familiar bullicio que tanto le agradaba. A esa hora temprana, los puestos rebosaban de mercancías procedentes de las huertas y alquerías próximas, y pronto la cesta que colgaba de su brazo contenía lo necesario para abastecer la reducida despensa.

En los últimos meses el encargado de portar esa carga había sido Abdel. En la

primera entrevista que habían mantenido con el chambelán, se les ofreció la posibilidad de contar con uno o dos esclavos que atendieran sus necesidades, y Fortún se mostró agradecido y dispuesto a aceptar la propuesta. Sin embargo, en cuanto quedaron a solas, Onneca le hizo otra sugerencia a su padre. Ella se haría cargo de las sencillas tareas domésticas, y a cambio Fortún pediría algo en el alcázar. Desde que conoció su destino, Onneca había decidido no perder el tiempo durante su cautiverio, y la primera meta que se marcó fue hablar con corrección la lengua árabe. Si bien era cierto que ya conocía sus rudimentos, gracias al contacto con sus parientes y con los muchos comerciantes musulmanes que visitaban Pampilona, no pensaba dejar pasar la oportunidad que le ofrecía su forzada permanencia en aquella espléndida ciudad, la capital del emirato. Pero necesitaba a su lado a alguien con los conocimientos suficientes.

Abdel entró en la Dar al Rahn sólo dos semanas después de la llegada de Onneca. Era un muchacho de diecisiete años, alto, delgado y moreno, cuya mirada apenas se alzaba del suelo, y cuya compañía se hizo habitual desde que, con voz queda, se presentara ante ambos. Cada día, en las horas más calurosas, Fortún se retiraba a su alcoba, y no era extraño que conciliara el sueño oyendo a su hija repetir una y otra vez viejas sentencias árabes, corregida ocasionalmente por la voz masculina de su joven maestro. Poco a poco, sus visitas fueron haciéndose más frecuentes y se extendieron a las horas centrales de la mañana. Con estudiado gesto de sorpresa, fingía tropezarse con Onneca en el mercado, se ofrecía a llevarle la cesta y la acompañaba hasta la Casa de los Rehenes. Una vez allí, ambos buscaban cualquier excusa para prolongar el encuentro, y con la aquiescencia de Fortún, el muchacho acababa acompañándolos en su frugal almuerzo, antes de dar comienzo a las cotidianas lecciones. Mediada la tarde, tras el breve descanso, Fortún volvía a hacer acto de presencia en la amplia estancia, y entonces Abdel se levantaba y con una ligera reverencia se despedía de ambos.

Ése era el momento en que Fortún, aprovechando la sombra de las edificaciones y sin dejar de admirar el soberbio muro meridional de la mezquita mayor, solía atravesar la plaza en dirección al alcázar. Había descubierto lo que para él constituía el mayor tesoro del palacio de Muhammad, un tesoro del que ya había tenido cumplidas noticias a través del abad de Leyre, allá en las lejanas estribaciones del Pirineo: la magnífica biblioteca del alcázar albergaba miles de volúmenes, y una parte nada despreciable de éstos estaba traducida al latín. No le había costado ningún esfuerzo conseguir los permisos necesarios para acceder a sus dependencias, y en aquellos años había entablado una relación de franca amistad con el alto funcionario en el que el emir delegaba personalmente su autoridad como responsable de la conservación y ampliación de aquel centro del saber.

Aunque las horas para Fortún pasaban veloces allí, su deseo de gozar de la

compañía de su hija no disminuía, así que pronto empezó a tomar en préstamo rollos y volúmenes con los que llenar su tiempo sin necesidad de abandonar la Dar al Rahn. Su fe cristiana había arraigado sólidamente bajo la influencia tanto de su padre como del obispo de Pampilona, Willesindo, confesor y amigo de la familia, por lo que sus primeras lecturas se habían dirigido a las obras de los padres de la Iglesia, que con gran sorpresa había hallado en aquellos inmensos anaqueles. Allí había descubierto De civitate Dei, de Agustín de Hipona, e incluso había tenido ocasión de disfrutar de algunos de los veinte tomos de las Etimologías del viejo obispo de Ishbiliya, Isidoro. Las profundas meditaciones de los antiguos maestros constituían un bálsamo para él, pues de alguna manera compensaban la imposibilidad de practicar el culto en las iglesias de la ciudad, algo que el soberano había prohibido al inicio de su reinado, después de los graves sucesos protagonizados por los mártires cristianos que, encabezados por el obispo Eulogio, habían desafiado las leyes religiosas del emirato hasta que terminaron ejecutados.

Aquella tarde del final del verano, mediado el mes de Rajab, la ciudad era un hervidero de rumores, pues el regreso del victorioso ejército cordobés, al mando del príncipe Abd al Rahman, resultaba inminente. Al parecer, la campaña de Alaba contra el rey Ordoño de Asturias había resultado un verdadero éxito. Ningún habitante de Qurtuba esperaba algo distinto, ya que, en la pasada primavera, habían comprobado con sus propios ojos el descomunal despliegue de hombres procedentes de todas las coras del sur de Al Andalus que se habían concentrado a pie y a caballo en la explanada de la musara, dispuestos para partir.

Los narradores que recorrían las calles y plazas de Qurtuba no escatimaban elogios hacia un soberano que les había conducido a una nueva victoria contra los infieles del norte: veinte condes cristianos habían mordido el polvo según los relatos que circulaban de boca en boca, y el propio hermano del rey Ordoño había sido abatido durante la batalla. Onneca se había mostrado preocupada por la suerte de sus familiares, pero Fortún pudo tranquilizarla tras confirmar en el alcázar que en esta ocasión los pamploneses no habían tomado parte en la contienda.

Sin duda la vanguardia del ejército se aproximaba a la ciudad, porque la Bab al Qantara, la puerta más cercana al río, se encontraba abierta de par en par, y una comitiva de alto rango procedente del alcázar se dirigía hacia allí flanqueada por la muchedumbre. También en la Dar al Rahn se respiraba expectación. Los hombres se disponían a salir, y Onneca, tras tratar de atisbar algo de lo que sucedía en el exterior por encima de hombros y cabezas, se encaminó decidida a su alojamiento, donde encontró a Fortún entregado a la lectura de un pesado volumen.

–Padre, ¡el ejército se acerca! Ya salen a recibirlos.

Fortún alzó la mirada y contempló a la muchacha con una ligera sonrisa.

–Ah, la juventud… -dijo con un suspiro-. Quieres salir y deseas que te

acompañe…

–Quizá no sea necesario, padre. Abdel puede hacerlo, aún se encuentra junto a la puerta, puedo verlo desde aquí.

Fortún estudió las páginas que tenía ante sí.

–Sea, hija mía. Sin embargo, no debéis alejaros del edificio. Y regresad antes del anochecer.

El rostro de Onneca se iluminó, besó a su padre en la mejilla y salió de la estancia ocultando su cabello bajo una ligera pañoleta. Cruzó el patio a la carrera, sin pensar demasiado en el decoro que una muchacha de su posición debía mantener, se deslizó entre las personas agrupadas bajo el dintel del portalón y, una vez en el exterior, buscó con la mirada a Abdel. No lo encontró inmediatamente, pues el muchacho no contaba con su presencia y había tratado de acercarse a la comitiva, pero debido a su altura su cabeza se destacaba sobre el resto. Onneca logró abrirse camino casi a empujones, y rio con franqueza al ver la cara estupefacta del joven cuando se situó junto a él.

–¡Onneca! ¡Deberías haberme advertido! No es seguro para una muchacha…

–¡Chsss! – chistó-. ¿Quiénes son? – preguntó con la vista clavada en los dos soberbios jinetes que se acercaban desde el extremo opuesto de la explanada.

–Son los hijos de Muhammad. El primero es el príncipe heredero, Al Mundhir. El que avanza tras la guardia es Abd Allah. Sin duda van a recibir aquí mismo a su hermano el príncipe Abd al Rahman, que regresa al frente de las tropas.

–¿Cómo pueden ser hermanos siendo tan diferentes? Al Mundhir es moreno y de cabello ensortijado, pero fíjate en Abd Allah: su piel es clara, los cabellos rubios… y esos ojos azules.

–Ambos son hijos del emir, pero sin duda concebidos con diferentes esposas. Tengo entendido que nacieron el mismo año. Pero Abd Allah se parece mucho más a su padre.

–¿Cuántos hijos tiene Muhammad? – preguntó Onneca.

–Al menos una veintena de varones y una quincena de hembras… Pero fíjate en sus vestiduras, y en sus monturas… ¡son magníficas!

–Acerquémonos -dijo Onneca mientras trataba de abrirse paso, llena de curiosidad.

La muchedumbre apenas permitía caminar. Familias completas se habían echado a la calle para contemplar de cerca a los herederos al trono, un espectáculo que no se repetía con frecuencia. Onneca avanzó de lado y, a costa de soportar algunas quejas, se hizo un hueco en primera fila, junto a una mujer con un niño de corta edad que miraba el cortejo con ojos de asombro. Al Mundhir pasaba en ese momento frente a ellos, y Onneca se fijó en su rostro, hermoso pero picado de viruelas. Observó también que un perro correteaba con naturalidad entre los jinetes, como queriendo

tomar parte en la fiesta. El niño también lo vio y se separó de su madre para acercarse a él, pero el animal retrocedió asustado, hasta quedar a escasos codos del caballo de Abd Allah, que saludaba a la multitud agolpada en los laterales. Onneca percibió el peligro de inmediato. La montura se encabritó, y alzó las patas delanteras en el aire. La madre lanzó un grito de advertencia, pero fue Onneca la que se abalanzó hacia el pequeño, lo tomó de un brazo y, con un tirón que dio con ambos en el suelo, evitó en el último instante que los cascos del caballo aplastaran su cuerpo diminuto.

Cuando el niño era ya atendido por su madre y Abdel avanzaba hacia ella, la muchacha alzó la vista y descubrió que el príncipe trataba de controlar su cabalgadura sin apartar los ojos azules de su rostro. Se le había caído el pañuelo que le cubría la cabeza, y de pronto se sintió expuesta a todas las miradas. Incapaz de controlar la situación, se abrió paso entre la multitud y desapareció en dirección a la Casa de los Rehenes.

Abdel trató de seguirla, pero una voz a su espalda lo detuvo.

–¡Tú! ¿Conoces a la muchacha? – preguntó Abd Allah con tono grave.

Abdel se detuvo y recompuso la postura para dirigirse al príncipe de forma respetuosa.

–La conozco, mi señor. Se trata de la hija de uno de vuestros huéspedes, Fortún, heredero del reino de Banbaluna. Se aloja con su padre en la Dar al Rahn, y yo mismo he sido designado para mejorar su conocimiento de nuestra lengua.

El príncipe entornó los ojos y pareció sonreír. Con una mano indicó al muchacho que se alejara, de forma que Abdel, tras una leve inclinación de cabeza, retrocedió para seguir los pasos de Onneca. Debía dar cuenta de la conversación que acababa de mantener.

Cuando la mañana siguiente un lacayo del alcázar entró en los aposentos de la Dar al Rahn con un rollo de pergamino en la mano, Fortún lo tomó con pulso tembloroso. Estaba seguro de conocer su contenido.

Capítulo 2

Año 870, 256 de la hégira
Tutila

La vieja *almúnya* situada a orillas del Uadi Qalash había conocido tiempos mejores. La frondosa vegetación invadía ahora parte de las veredas, trepaba por los troncos de los árboles y cubría la red de acequias y canalillos que tan acogedora había hecho la finca en sus momentos de esplendor, cuando las parras, las higueras y los albérchigos bien cuidados ofrecían sus frutos a los moradores durante todo el verano.

Fortún ibn Musa había conseguido conservar su propiedad tras la desposesión a manos del emir de la mayor parte de los dominios de la familia. En interés de los suyos, tras la muerte de su padre se había incorporado al ejército del nuevo gobernador de la Marca, Jalid ibn Ubayd Allah, junto a quien había prestado buenos servicios a Qurtuba. Bien lo sabían los habitantes de Alaba y las tierras fronterizas de Al Qila, sometidas en los últimos años al azote de una guerra sin cuartel.

Aquella tarde Fortún tenía motivos para estar feliz, pero también para sentirse inquieto. De hecho, hacía rato que deambulaba impaciente ante la fachada de aquella vieja construcción a la espera de los dos visitantes, que ya se retrasaban. El sol declinaba, y de nuevo le asaltaron las dudas habituales. Sus hermanos Ismail y Mutarrif habían confirmado la recepción del aviso y su puesta en marcha, pero… ¿habrían sufrido algún contratiempo en el camino?, ¿hubo un error, quizás, en la fecha convenida? Tomó asiento en un sólido poyo de piedra, y se entretuvo contemplando los caprichosos dibujos que trazaban las nubes arrastradas por el viento otoñal, mientras volvían a su mente los inesperados acontecimientos de las últimas semanas. Lubb… Después de tantos años, su añorado hermano, el primogénito, había regresado, y su llegada había puesto fin a una década en que las cosas habían estado claras para él, en la que se había dedicado a guerrear a las órdenes de Qurtuba, a ver crecer a sus hijos y a tratar de olvidar las afrentas pasadas.

Debía reconocer que durante todos aquellos años el rencor hacia su hermano había anidado en su corazón. Tras la muerte de su padre, se habían confirmado los rumores sobre aquello que, gracias al Todopoderoso, el viejo Musa no había llegado a ver con sus propios ojos: la defección de su hijo mayor, su entrada en tratos con el mismo rey Urdún, el rey de los cristianos, el causante en Al Bayda de la desgracia de la familia.

Al acudir a la cita con Lubb en la alcazaba de Arnit, el viejo feudo de sus ancestros, los reproches rumiados durante años habían brotado en forma de preguntas en cuanto hubo ocasión. El encuentro había sido tenso, y un muro de recelo se

interpuso entre ambos desde el primer abrazo. Fueron necesarias dos jornadas de conversaciones interminables, de largos paseos por la ribera del río, y una última velada en la que sólo el amanecer arrojó la luz necesaria. Fortún pudo al fin entrever, incluso comprender, las razones que habían llevado a su hermano a permanecer durante años entre infieles, más allá de las fuentes del Uadi Ibru, en las tierras de los yilliqiyun, aun cuando Urdún se enfrentaba a Qurtuba. Aun cuando Urdún se enfrentaba a su propia familia.

Al parecer, todo había comenzado en Tulaytula: como gobernador de la ciudad -le contó su hermano- Lubb llegó a captar el sufrimiento de sus habitantes, muladíes y mozárabes en su mayor parte, sojuzgados cruelmente por el poder omnímodo de los sucesivos emires. El cruel Al Hakam fue el primero, y acabó con la resistencia a golpe de sable en la recordada jornada del Foso. Su hijo Abd al Rahman II, testigo en su niñez de aquel desdichado castigo, se sirvió de la protesta mozárabe para pasar por las armas a los habitantes de la ciudad y conducir a sus notables cargados de cadenas a las sucias mazmorras cordobesas. Y qué decir de Muhammad I, el actual soberano. Un emir que no había dudado en desposeer de sus cargos a los miembros de su familia, los Banu Qasi, cuando tras una derrota, una única derrota, éstos habían dejado de ser útiles a sus intereses. El relato de Lubb, desde la perspectiva de los sufridos toledanos, era sobrecogedor. La ejecución de Eulogio, que para entonces era el obispo metropolitano, concertó voluntades en toda la comunidad cristiana, y los mozárabes pusieron sus ojos en el rey que había tratado de enfrentarse a su opresor. El propio Lubb había formado parte de la embajada toledana que se entrevistó con Ordoño I, y había descubierto en él, según contaba, a un hombre inteligente y audaz, poco soberbio, incluso austero, que disfrutaba de una evidente autoridad sobre su pueblo procedente no del temor, sino de su valía como gobernante.

Ordoño I se había mostrado incisivo al preguntar a su hermano por su alejamiento de la familia, antes ya de la muerte de su padre, pero la respuesta de Lubb fue firme y sincera: tras su destitución como wali de Tulaytula, no había tenido dudas acerca del camino que debía tomar. Ni siquiera la diferencia de credo fue un obstáculo insalvable, nunca lo había sido, tampoco con sus parientes vascones. La fe islámica de la familia era reciente y tibia. Le confesó que, en realidad, con el paso de los años había comprendido que la religión, las religiones, no eran sino el banderín de enganche que los poderosos utilizaban para movilizar a las masas en pos de sus propios intereses políticos y militares. Tampoco pensó, sin embargo, en volver a abrazar el cristianismo de sus ancestros: al parecer, simplemente había querido jugar sus cartas con pragmatismo, del lado de quien favoreciera mejor sus intereses. Y en aquel momento ya lejano, ése había sido el rey Ordoño I de Asturias.

Lubb realmente se había sincerado con él durante aquellos días, había desnudado su alma, y se había mostrado convincente al explicar con detalle cómo se había

desarrollado aquel proceso de acercamiento gradual, que con el paso del tiempo desembocó en una relación de mutua confianza. Incluso los hijos de ambos, Alfonso y Muhammad, habían crecido juntos en la corte astur, y habían llegado a desarrollar un apego sólo posible debido a la extrema juventud de los dos muchachos. Quizá la diferencia de origen, lo exótico que para ambos resultaban sus respectivos pasados, fue lo que les había atraído en un principio, pero al cabo de los meses -recordaba Lubb- la amistad entre su hijo y el pequeño príncipe era sincera y profunda. Muhammad era tres años mayor que el heredero asturiano, y al parecer esa diferencia había marcado su relación. Alfonso admiraba a su buen amigo muladí por su madurez, su fortaleza y por la generosidad de quien no dudaba en dedicar días enteros a enseñarle nuevas destrezas con la espada, con los caballos o con el arco.

Lubb le había revelado cómo la amistad entre los dos muchachos se había sellado definitivamente cuatro años atrás, cuando los acontecimientos se precipitaron con la repentina muerte de Ordoño, y Alfonso se vio abocado a asumir el trono asturiano con tan sólo dieciocho años. Porque la sucesión no había sido pacífica, pues uno de los condes, el llamado Fruela Vermúdez, se apoderó con malas artes del trono para tratar de alterar el orden sucesorio. De inmediato los *fideles* de Alfonso, con Muhammad ibn Lubb entre sus filas, se alzaron en armas contra el intruso, que fue eliminado sin dar lugar a un posible enfrentamiento civil de funestas consecuencias. De alguna manera Alfonso debía el trono al hijo de Lubb… a un musulmán.

Ismail, su hijo mayor, interrumpió sus pensamientos.

–¡Se acercan jinetes por el camino de Saraqusta!

El muchacho siguió los apresurados pasos de su padre hasta el pesado portón de madera que daba acceso a la finca. El mismo Fortún hizo girar los goznes y accedió al exterior a tiempo para ver cómo un grupo reducido de hombres a caballo remontaba los mil codos escasos de camino de ribera que conducían a la *almúnya.*

Como habían convenido, no portaban ningún signo que diera pistas sobre su verdadera identidad, vestían ropas sencillas y cubrían sus cabezas con los discretos gorros de fieltro comunes entre la población. Sin embargo, a Fortún no le costó trabajo distinguir la figura de sus dos hermanos, Mutarrif e Ismail, que avanzaban al frente, y una sonrisa le iluminó el rostro. Con un leve movimiento de cabeza como saludo, padre e hijo se hicieron a un lado para franquear el paso al grupo, y los recién llegados esperaron aún a que las puertas estuvieran bien cerradas para descabalgar.

Fortún abrazó en primer lugar a un cambiado Ismail. El cabello ralo y la barba cana daban cuenta de que el benjamín de la familia había alcanzado ya la cincuentena, aunque para él siempre sería su hermano menor. Llegaba solo, sin sus hijos, a diferencia de Mutarrif, a quien acompañaban sus tres jóvenes vástagos, cuyos rasgos no dejaban duda sobre su filiación.

–Muhammad, Musa, Lubb… -presentó Mutarrif, mientras los muchachos

abrazaban por turno a su tío.

–Veros así, convertidos en hombres, me hace pensar que en estos años la relación con mis hermanos podría haber sido más estrecha -confesó Fortún, no sin cierta emoción.

–Eso es algo que podemos remediar -terció Ismail.

–Así lo espero… en verdad, así lo espero -sonrió Fortún-. Yo os presento a mis hijos: Ismail, Lubb…

Por un momento, en aquella vereda reinó una confusión de abrazos y animados saludos.

–Ahora entremos en la casa, Hadiya nos espera -atajó Fortún al tiempo que tomaba a sus hermanos por el brazo-. Debéis de estar hambrientos, y… tenemos muchas cosas de que hablar.

La cena se celebró en el interior, porque el viento otoñal había refrescado el ambiente, y el simple intercambio de informaciones sobre las respectivas familias después de la prolongada separación fue suficiente para animar el banquete improvisado. Sólo cuando las bandejas fueron retiradas cambió el tono de la conversación.

–¿Crees que nuestra presencia aquí habrá pasado inadvertida para la guarnición de Tutila? – se interesó Mutarrif con voz más queda, ya con un dulce en la mano.

–Lo dudo -respondió Fortún-, pero hasta ahora disfruto de total libertad de movimientos. Nadie duda de mi lealtad al emir, la he demostrado sobradamente en los últimos tiempos. El *wali* no se atreverá a enviar a su guardia para indagar y, en cualquier caso, nada hay de extraño en que un hombre libre quiera reunir a sus hermanos… Aunque, si sospechara lo que se va a hablar aquí esta noche, quizá tendría motivos para inquietarse.

Fortún sonrió al comprobar el efecto de sus palabras en sus hermanos y en sus sobrinos, disfrutando de la curiosidad reflejada en sus rostros. A una seña, dos únicos sirvientes se apresuraron a retirar los restos de la cena y antes de abandonar la sala, escanciaron las copas de los comensales. Fortún sorbía pequeños tragos de la suya sin perder aquella sonrisa algo enigmática. Centró su atención en su hermano mayor, cuyo carácter conciliador seguía reflejándose en su rostro a pesar del paso de los años. No podía decirse que Mutarrif hubiera sido un hombre falto de ambición, pero siempre se había mostrado fiel a su padre, y por tanto a su familia, a la que había servido bien, primero desde su cargo como gobernador de Uasqa, y luego como cabeza de los Banu Qasi en ausencia del primogénito. Si alguien ambicionaba un destino más alto no era él, sino su esposa Belasquita, hija del rey de Banbaluna.

En Ismail, en cambio, se había acentuado el carácter arisco y huraño que en mayor o menor grado había venido mostrando desde la adolescencia. Sin duda su calidad de benjamín de la familia le había hecho sentirse relegado en los momentos

trascendentales, y no habían sido pocos los conatos de enfrentamiento que tal sentimiento había generado entre los tres hermanos. Su intento de marcar diferencias se reflejaba incluso en su aspecto y, bajo aquel gorro verde de fieltro, el cabello cano había sufrido un corte drástico, muy alejado de las pobladas barbas y las cabelleras rizadas que lucía el resto de los varones de la familia. Las miradas de los dos hermanos se cruzaron, e Ismail aprovechó el momento para reclamar una explicación a sus últimas palabras.

–Nos tienes en ascuas -confesó, impaciente, cuando el último de los sirvientes hubo salido-. ¿Qué motivo habría de tener el gobernador para estar inquieto?

Fortún rio abiertamente esta vez, depositó su copa y comenzó a hablar:

–Mutarrif, Ismail… y yo mismo. Tres de los hijos del gran Musa ibn Musa, el caudillo más grande que han visto las tierras del Uadi Ibru -dijo en tono enfático, declamando casi-, juntos aquí, en Tutila, la ciudad que contribuyó a engrandecer. Sólo falta uno de sus hijos, el primogénito…

–Lubb no es digno de llamarse hijo de Musa.

–No precipites tu juicio, Ismail -respondió Fortún, al tiempo que alzaba la mano abierta-. Quizá nuestro hermano tuviera razones poderosas para actuar como lo hizo.

–¿De qué estás hablando, Fortún? – preguntó el menor con extrañeza-. ¿Qué puede haber que justifique su apoyo a nuestro mayor enemigo?

Mutarrif escuchaba también con el ceño fruncido.

–Fortún… ¿qué tratas de decirnos? Si existieran esas razones… ¿cómo ibas a conocerlas tú?

Fortún sonrió de nuevo mientras asentía con la cabeza, alargando el momento.

–Sí, es lo que pensáis -dijo al fin-. He tenido una larga entrevista con nuestro hermano.

–¿Quieres decir que…? ¿Dónde…? – titubeó Ismail.

–Lubb se encuentra en Arnit, junto a su hijo Muhammad -declaró.

Durante un largo rato, Fortún trasladó a sus hermanos el contenido de sus conversaciones con Lubb en Arnit. La sorpresa y el desconcierto se disiparon a medida que fueron saliendo a la luz las circunstancias de la vida de Lubb junto a los dos reyes asturianos.

–Esto que os cuento habréis de oírlo en boca del propio Lubb. Si todo transcurre como espero, ese momento no debería tardar. El hecho de que nuestro hermano no esté aquí hoy se debe a su interés por que su presencia en la Marca se mantenga aún en secreto.

–Sea como dices. Pero nos queda por conocer algo fundamental -intervino Mutarrif de nuevo-. ¿Cuál es el motivo que lo ha traído hasta aquí, diez años después?

–El motivo es que sin duda nos necesita, tanto como nosotros lo necesitamos a él,

aunque quizás hasta ahora no nos habíamos dado cuenta…

–Déjate de acertijos, Fortún. ¿Qué propone nuestro hermano? – gruñó Ismail.

–Está bien -concedió, mientras se ponía en pie y comenzaba a caminar con las manos a la espalda-. Al parecer Alfuns, a pesar de su juventud, es un hombre inteligente y capaz, bien formado, quizá porque ha podido beber también en fuentes musulmanas. Según Lubb, su capacidad de análisis de las situaciones a las que se enfrenta es sorprendente, lo que le permite aprender de sus errores. Hace sólo un lustro que los asturianos sufrieron la mayor derrota que se recuerda a manos de los musulmanes, todos os acordaréis. Fue en La Morcuera, junto a las peñas de Amaya. Aquello supuso un duro revés para los planes de Urdún, que había iniciado una estrategia de avance hacia el sur para tratar de alcanzar la línea del Uadi Duwiro. Recordad que el heredero del emir, el príncipe Al Mundhir, reunió a un ejército formidable, el mayor del que tenemos memoria, y con él hizo saltar cualquier defensa que se le opusiera. Alfuns es consciente de que podría repetirse algo semejante: el ejército cordobés unido es, hoy por hoy, invencible. Por eso ha trazado una nueva estrategia. Sabe del descontento existente en muchas de las ciudades musulmanas, sobre todo en la periferia del emirato. Sabe de la dura situación que viven los mozárabes en Al Andalus, y también los muladíes, aunque en menor medida. Por ello ha decidido apoyar, e incluso alentar, todo movimiento de resistencia contra Qurtuba que surja dentro de sus fronteras. Ya ocurrió en la Marca Inferior, con el rebelde Ibn Marwan en Marida, que atrajo la atención del emir hace dos veranos y evitó una nueva aceifa hacia el norte. El foco de descontento de Tulaytula es casi permanente, y llegan noticias de una enorme inquietud entre los muladíes del sur de Qurtuba, en las zonas de Raya, Niebla e Ishbiliya.

–En cambio la Marca Superior sigue en calma -aventuró el hijo mayor de Mutarrif.

–Eso es. Y ahí entramos nosotros, los Banu Qasi, los sucesores del gran Musa. Su desaparición condujo de forma inevitable al declive de nuestra influencia, aunque tampoco el emir hubiera permitido entonces un atisbo de nuevas algaradas.

–¿Quieres decir que el rey de los cristianos nos propone tomar el relevo de nuestro padre? ¿Alzarnos de nuevo en rebeldía contra el emir? – inquirió Ismail-. Sus intenciones resultan demasiado evidentes. Una vez debilitado el poder de Qurtuba, nosotros seríamos el siguiente objetivo. Una nueva Al Bayda, ¿y por qué no seguir río abajo? ¡Incluso con la ayuda de los pamploneses!

–¡Cuánto me gustaría que Lubb estuviera aquí, que pudierais escuchar estos argumentos de sus propios labios! – se lamentó Fortún-. Os aseguro que su entusiasmo era sincero. Desea ver reconstruido el principado de nuestro padre, y sabe que, si nuestras fuerzas merman, la siguiente generación está lista para reemplazarnos.

–Debemos valorar la posibilidad que se nos ofrece, Ismail -convino Mutarrif-. ¿O es que tú no has soñado con legar a tus hijos un país que no se vea sometido a los deseos de un soberano que se encuentra en el otro extremo de la Península? El país de los Banu Musa…

Ismail guardó silencio, pero no pudo evitar removerse en su diván.

–Si prende la chispa de la rebelión, ésta puede extenderse como el fuego en un pajar y dejar a Qurtuba sin capacidad de reacción -apuntó el hijo de Fortún-. También ha sucedido en Uasqa, ¿no es cierto, Mutarrif? Si alguien tiene información de primera mano ése has de ser tú. Nos gustaría que nos pusieras al corriente.

–Así es, sobrino. Como sabéis, el emir había dejado Uasqa en manos de Musa ibn Galind, pariente de mi esposa Belasquita y de mi suegro, el rey de Banbaluna. Pues bien, al finalizar este último invierno, Amrús ibn Umar consiguió sorprenderlo mediante traición, y se hizo con el control de la ciudad.

–¿Es cierto que ese Amrús es nieto de Amrús ibn Yusuf, el antiguo gobernador de la Marca? – intervino Ismail.

–El mismo que fortificó esta ciudad. Y ya conocéis la respuesta del emir: no ha vacilado en enviar a un ejército de mercenarios contra Amrús. También el gobernador de la Marca movilizó tropas del contorno y se dirigió a Uasqa, pero, adelantándose a la llegada de semejante ejército, Amrús salió de la ciudad… no sin antes colgar de sus muros el cadáver de Musa ibn Galind como regalo de bienvenida. Dicen que se ha refugiado en algún villorrio del Pirineo, quizá pendiente de una nueva oportunidad, o tal vez en busca del apoyo de los *sirtaniyyun.*

–¿Y no es ése el destino que nos espera a nosotros si nos alzamos de nuevo contra el emir? – terció Ismail-. Tenemos mucho que perder: nuestra familia aún conserva gran parte de sus posesiones. Una respuesta fulminante por parte de un Muhammad airado supondría el final de los Banu Qasi.

–No si la rebelión se extiende -insistió Fortún-. No si contamos con la complicidad de un rey poderoso, si elegimos el momento adecuado… Sabes que contamos con el apoyo incondicional de la población de la Marca.

–Hay algo más -intervino Mutarrif-. Mi suegro, el rey García, ha dado en los últimos tiempos señales de acercamiento… señales que quizá no he sabido interpretar. Pero a la luz de tus noticias, Fortún, veo que todo podría formar parte de la misma estrategia… Sin duda Alfuns y García comparten un interés: alentar la rebelión interna, azuzar la protesta de muladíes y mozárabes.

–Últimamente parecen compartir mucho más que eso. Nuestro hermano me habló del próximo enlace de Alfuns con Ximena.

–¡El rey asturiano casado con una princesa pamplonesa! – exclamó Mutarrif con asombro.

–¿De qué te extrañas? – rio Fortún-. Los intereses políticos conciertan extraños

matrimonios: el tuyo con Belasquita es un buen ejemplo.

–Es cierto -concedió el mayor-. Pero los enlaces entre los pamploneses y los Banu Qasi no son una novedad. En cambio, lo que nos cuentas implica que Alfuns se ha tomado muy en serio la alianza entre los reinos cristianos…

Ismail también se incorporó y, desentumeciendo los miembros, serio, se dirigió hacia la puerta que comunicaba con el patio interior.

–Me siento como un convidado de piedra a esta fiesta -dijo al tiempo que se volvía hacia el grupo y una corriente de aire fresco invadía la sala-. Si ese enlace se produce, ¡un hermano mío estará emparentado con el propio Alfuns! ¡Alguien está escribiendo esta historia por nosotros, y no somos más que actores secundarios en ella!

–Quizá sea cierto lo que dices, Ismail. Pero precisamente ahora se nos presenta la oportunidad de volver a ser protagonistas, como lo fuimos en vida de nuestro padre.

–¿Tal es el poder de persuasión de nuestro olvidado hermano Lubb? Después de dos lustros regresa a la tierra que abandonó y con una sola entrevista te convence para que eches por la borda y olvides esos mismos años de fidelidad a Qurtuba… -Ismail habló con un dejo de amargura desde el vano de la puerta, mientras contemplaba fijamente los jirones de nubes que el viento empujaba.

Los demás permanecieron en silencio, esperando la respuesta de Fortún.

–Desde la entrevista de Arnit hasta hoy, he tenido tiempo de meditar largamente sobre nuestra situación, Ismail. Me he preguntado qué decisión habría tomado nuestro padre en estas circunstancias… y cada vez me caben menos dudas. Hace sólo veinte años, los Banu Qasi consiguieron, conseguimos, dominar el Uadi Ibru por completo, y para ello tuvimos que hacer frente a un emirato fuerte y unido, sin ningún otro apoyo excepto el de nuestros parientes de Banbaluna. Por desgracia, aquella alianza terminó con la muerte de Enneco, el primer Arista, cuando García nos dio la espalda.

–Influenciado por el obispo Willesindo, que se oponía a cualquier alianza con musulmanes -recordó Mutarrif.

–Así es, pero ahora Willesindo está muerto, y García parece desear un nuevo acercamiento. Además contamos con una propuesta de colaboración con Alfuns, el único que puede hacer frente al poder de Qurtuba.

–Un poder que ahora también se ve amenazado por múltiples revueltas dentro de sus fronteras -apostilló de nuevo Mutarrif, ya decididamente alineado con la postura de Fortún.

Ismail regresó junto a los demás y ocupó su lugar en el diván. Las miradas de sus hermanos y las de todos sus sobrinos se centraban en él. Tomó su copa y bebió un largo sorbo, se mordió los labios con parsimonia, y a continuación se los secó con el borde de la manga. Por fin alzó los ojos y se decidió a hablar.

–No tomaré una decisión definitiva hasta mantener un encuentro con nuestro

hermano.

Capítulo 3

Año 871, 257 de la hégira
Arnit

Lubb ibn Musa tenía motivos más que sobrados para la celebración. Su primer nieto, el primogénito de Muhammad, era un niño fuerte y sano que, además, iba a portar su mismo nombre. Con motivo de la circuncisión del pequeño, se habían sacrificado decenas de corderos para que la comida abundante contribuyera a alegrar el corazón de los habitantes de Arnit.

En aquel momento, aún llegaban a las dependencias de la alcazaba los ecos de la fiesta que se había extendido por las calles, como colofón a una semana de acontecimientos importantes para la ciudad y para el propio Lubb, pues el golpe de mano preparado con minuciosidad junto a su hijo había resultado un éxito. Después de tanto tiempo, el feudo originario de los Banu Qasi estaba de nuevo bajo su dominio, y Wanyat, el *wali* de la ciudad, permanecía retenido en una de las dependencias de la fortaleza, custodiado día y noche por dos guardias armados.

Muhammad entró con paso tranquilo en la estancia, caldeada por un fuego acogedor que la protegía del frío invernal del exterior.

–Ese hombre insiste en hablar con nosotros. Se desespera cuando no recibe respuesta: al parecer tiene algo importante que decirnos. Deberíamos escucharle.

–Hijo mío, hace tiempo que tomas decisiones, algunas mucho más trascendentes que ésta. Si crees que es necesario, haz que lo traigan.

Wanyat era un muladí que rondaba los cuarenta años, un funcionario competente aunque un tanto gris de la administración omeya cuya lealtad se había visto recompensada tras la muerte de Musa con el valiato de Arnit. Cuando se adentró en la sala, todavía encadenado, su rostro reflejaba un enorme alivio.

–¡Allah Todopoderoso sea alabado! ¡Al fin se me permite aclarar este error, este inmenso error!

–¡Espera a que se te pregunte para hablar! – exclamó Muhammad.

–Os ruego que me excuséis, creedme que me temía lo peor. Vuestros hombres me detuvieron y fui encerrado sin que se me permitiera intercambiar una palabra con vosotros, mis desconocidos captores. Sólo en prisión conocí vuestra identidad, y desde entonces he pasado días rogando a Allah que llegara este momento.

–¿Qué tienes que decirnos? – atajó Lubb.

–Estas cadenas son innecesarias… ¡estoy con vosotros! De haber conocido vuestros planes, habría tomado parte y os habríais evitado el uso de la fuerza.

En el rostro de Lubb se dibujó un gesto de escepticismo. A pesar de su carácter,

no imaginaba a aquel hombre cediendo la plaza pacíficamente ante una simple petición.

–Tú siempre has sido fiel a Qurtuba.

–¡Porque hasta ahora Qurtuba había mostrado consideración hacia mi familia y hacia mí mismo! – repuso el hombre con vehemencia-. Pero ahora eso ha cambiado, al menos por parte del gobernador de Saraqusta.

–¿Wuhayb?

–Así es, el verdadero enfrentamiento lo mantengo con su padre, que ahora ocupa el cargo de *wali* de Tutila. Ambos son árabes de origen, y su odio hacia los muladíes resulta cada vez más evidente. Hemos mantenido serias disputas por la posesión de algunas tierras, y sé que andaban intrigando contra mí, como sé que mis días como *wali* de Arnit estaban contados. Por ello os ofrezco mi colaboración, si lo que pretendéis es recuperar vuestras antiguas posesiones.

Muhammad no pudo reprimir una sonora carcajada.

–¡No es necesaria más colaboración de tu parte, *'amil*! ¡Ya tenemos todo lo que queríamos de ti!

–¡No lo entiendes! – se opuso el otro con vehemencia-. Tengo el mismo interés que vosotros en que la *madinat* de Tutila cambie de manos. Estas tierras vivieron su época de esplendor en manos de vuestra familia, y estoy dispuesto a apoyaros si vuestra intención es recuperarlas.

El rostro de Lubb aún reflejaba escepticismo y desconfianza.

–¿Y de qué manera piensas hacerlo? Tus fuerzas están más que menguadas: ni siquiera han sido suficientes para contener a un reducido grupo de hombres armados.

–¿Pensáis acaso tomar Tutila por la fuerza? Si es así, devolvedme a la mazmorra…

Muhammad frunció el ceño ante aquella muestra de desvergüenza, pero acabó esbozando una sonrisa.

–Hemos barajado otras posibilidades, pero no hay tiempo para componendas. Tampoco podemos contar con colaboradores dentro de la ciudad… Llevamos meses pergeñando un ataque masivo con todas las fuerzas que nos son fieles.

–¿Cuántas veces ha tenido éxito un ataque frontal contra las murallas de Tutila? ¡Ninguna hasta ahora! Esa *madinat* sólo ha cambiado de manos de forma pacífica… o mediante algún tipo de artimaña.

–No hay tiempo para eso…

–¡Sólo os pido que me escuchéis!

Padre e hijo intercambiaron una mirada, y Lubb hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Wanyat pareció volver a respirar aliviado.

–Tan sólo necesito alguna información… la que no han podido proporcionarme mis carceleros.

La ironía en las palabras del *'amil* a pesar de su comprometida situación no pasó desapercibida. Muhammad sonrió de nuevo, a la vez que con un gesto le invitaba a continuar. Quizá no habían valorado bien a aquel hombre.

–¿Qué información tiene Wuhayb, el *'amil* de Tutila, sobre lo acontecido aquí en Arnit?

–Ahora sabe que hemos regresado, y que con un golpe de mano nos hemos hecho con la ciudad. También que eres nuestro prisionero -respondió con ciertas reservas.

–¿Sabe de vuestros contactos con tus hermanos? – preguntó Wanyat dirigiéndose ahora a Lubb.

–En absoluto. Eso significaría su persecución inmediata. Cree que continuamos enfrentados, y que nosotros actuamos sólo por cuenta del rey Alfuns. De hecho, tenemos noticias de que está reuniendo sus fuerzas para devolver el golpe, ¡y ha solicitado la colaboración de mi hermano Fortún!

–¡Magnífico! Es cuanto necesitaba saber… pero entonces debéis actuar sin pérdida de tiempo.

–¿Qué nos propones? – preguntó intrigado Muhammad, aunque su tono de voz aún denotaba desconfianza.

A modo de respuesta, el *'amil* bajó la vista a las cadenas que rodeaban sus muñecas. Muhammad comprendió lo que quería, alzó la mirada desde las manos hacia el rostro de Wanyat y la clavó en sus ojos. Lo que vio en ellos debió de convencerlo, porque de forma casi imperceptible comenzó a asentir con ligeros movimientos de cabeza.

–¡Guardia! – llamó con repentina decisión-. ¡Liberad a este hombre!

Lubb se encargó de que durante el resto de la velada nadie interrumpiera su conversación. Él mismo encendió dos de los hachones que pendían de las paredes y avivó el fuego que ardía en la chimenea. Sentados frente a frente en las bancadas de madera que flanqueaban el hogar, las sombras reproducían sobre la piedra desnuda los gestos un tanto exagerados con los que Wanyat acompañaba sus argumentos. El *'amil* utilizó el atizador para trazar sobre la ceniza extendida lo que parecía ser el plano de una ciudad, y con voz vehemente fue desgranando su plan, mientras el gesto de recelo en los rostros de Lubb y de su hijo iba dando paso a expresiones de afirmación y hasta de regocijo.

Capítulo 4

Tutila

El tercer día del mes de Rabí estaba resultando gélido. El amanecer había revelado ante sus ojos un paisaje cubierto por una fina capa de nieve que inmediatamente se había convertido en hielo, y ahora, con el sol casi en el cénit, el viento del norte hacía que el frío siguiera calándole hasta los huesos. De los ollares de su castigada cabalgadura surgía un vaho blanquecino mientras avanzaba hacia el este, en dirección a Tutila. A aquel paso alcanzaría la ciudad antes del anochecer, pero debía ser prudente, porque en su situación una caída podía ser fatal: llevaba las muñecas rodeadas por gruesos grilletes de hierro y unidas entre sí por una breve cadena. Su aspecto era lamentable: el cabello y la barba enmarañados, la ropa sucia e incluso en algunas zonas hecha jirones, el rostro tiznado… Sin duda resultaría convincente.

Alcanzó la puerta de Qala't al Hajar poco después de la llamada vespertina del muecín, y no tuvo ninguna dificultad para demostrar un agotamiento que era real. Dos guardias corpulentos le dieron el alto, pero bajaron sus armas en cuanto comprobaron que aquel hombre estaba a punto de caer del caballo. Sin embargo, la visión de los grilletes los puso de nuevo en alerta.

–No tenéis nada que temer de mí -dijo el hombre con un hilo de voz-. Soy Wanyat, *'amil* de Arnit. He conseguido escapar de mis captores, y vengo en busca de asilo y protección. Dad aviso a vuestro gobernador, mi buen amigo Wuhayb.

Los dos hombres se miraron, asintieron, y de inmediato uno de ellos se encaramó a una cabalgadura y se adentró en la ciudad, camino de la alcazaba.

–Cuéntanos tu peripecia, querido amigo Wanyat. – El '*amil* utilizaba un tono afectado y sarcástico-. Explica a los presentes cómo ha caído la alcazaba de Arnit en manos de ese amigo de los infieles.

Para Fortún era evidente que Wuhayb estaba disfrutando con la humillación de aquel hombre derrotado. Había convocado a todos los notables de la ciudad y se había asegurado de que los dos hermanos de Lubb presentes en Tutila se contaran entre los asistentes a aquella reunión. Fortún no encontraba explicación a la aversión que aquel hombre, ya casi anciano, le producía. Desde luego, no era agraciado, pues al menguado tamaño de su cuerpo contrahecho, en el que destacaba una nariz desproporcionada que dotaba a su rostro de rasgos más propios de una rapaz, se sumaba una leve cojera. Pero no era sólo su apariencia física lo que inducía a la prevención: había algo en su mirada y en su forma de hablar que provocaba desconfianza, y cualquiera que lo escuchara dirigiéndose a Wanyat en aquel momento

habría de tener la misma impresión.

–Lo tenían todo preparado -explicaba el gobernador depuesto-. Ese Lubb llevaba semanas en Arnit; había llegado de incógnito y, después de tantos años, nadie fue capaz de reconocerlo. Además, el responsable del peso de la operación fue su hijo Muhammad. Dispusieron a sus hombres en el exterior y junto a los puestos de guardia, y la señal para el ataque fue el canto del muecín. Todo ocurrió muy rápido, y desconozco los detalles de lo acaecido en el exterior de la alcazaba. Yo me encontraba en mis dependencias cuando entraron varios hombres fuertemente armados y me confinaron a una estancia vigilada permanentemente.

–Mi hermano debe de añorar mucho la vieja ciudad de Arnit. Sólo así se explica el atrevimiento de provocar a nuestro soberano y al gobernador de la Marca -intervino Fortún-. Lubb carece de fuerzas suficientes, y sabe que nuestra respuesta llegará en cuestión de días. Pero dinos… ¿cómo conseguiste escapar?

–Afortunadamente, el oro aún compra voluntades, y con la promesa de tres monedas pagué la ayuda de uno de los guardias. Era viernes, y supongo que no se descubriría mi ausencia hasta que finalizó la oración de la mezquita; de cualquier otra forma me habrían dado caza antes de alcanzar vuestra protección. Lo que me resultó imposible fue deshacerme de los grilletes, que hube de traer puestos hasta aquí.

–Querido amigo, no cabe duda de que esto, lamentablemente, acabará con tu carrera política -se recreó el gobernador-. Pero no debes afligirte, sabes que tu salida de Arnit era cuestión de tiempo. Ese bastardo traidor, Lubb, sólo ha precipitado los acontecimientos.

Wanyat pareció turbado por las palabras de Wuhayb, pero no respondió. Fortún asistía expectante a lo que el *'amil*, dueño de la situación, interpretaba como una victoria absoluta, hasta que uno de los dardos se dirigió hacia él.

–Me pregunto qué puede conducir a un hombre a traicionar a los suyos, a su Dios, a colaborar con infieles y degradarse hasta el extremo -escupió Wuhayb, tras lo cual guardó un breve silencio-. Espero que mis palabras no os ofendan, después de todo sigue siendo el primogénito de vuestra familia, pero Lubb es, desde luego, una vergüenza para los Banu Qasi. Afortunadamente Allah quiso que vuestro padre muriera a tiempo para no tener que soportar la ignominia de su traición.

Fortún mantenía los puños apretados, tratando de ocultar su rabia. El rostro de Ismail, más joven e impetuoso, mostraba una congestión que difícilmente podía achacarse en exclusiva al contenido de su copa, y su mano derecha se introdujo entre los pliegues de la túnica.

–Aunque supongo que -continuó Wuhayb-, para una familia de muladíes como la vuestra, el arraigo de las convicciones religiosas nunca ha sido perentorio… Las uniones con infieles están a la orden del día entre vosotros.

Las palabras del *'amil* fueron acogidas con un coro de risotadas. Fortún, en

cambio, temió que Ismail pudiera desbaratar todos sus planes reaccionando de forma incontrolada. Con una mirada subrepticia y las palmas de las manos hacia abajo, transmitió su mensaje de calma. La tensión era palpable, por lo que aquella situación no podría mantenerse por mucho más tiempo. Wuhayb buscaba sin duda una respuesta airada, y el hecho de que ésta no se produjera acabaría despertando sospechas. Fortún tomó su copa y se levantó.

–Mi hermano tendrá en breve lo que se merece -dijo con la mirada fija en el *'amil*-. Por ello alzo mi copa y os invito a que hagáis lo mismo.

Con una sonrisa forzada, rodeó el diván donde se encontraba y, sosteniendo la copa en su mano izquierda, se dirigió hacia la cabecera de la mesa. Todos los asistentes empezaron a imitarle, y uno tras otro fueron poniéndose en pie. Ismail y Wanyat, con gesto casual y con las copas siempre en la mano, le siguieron.

–¡Oídme todos! ¡Deseo compartir este brindis con nuestro gobernador!

Al pronunciar estas palabras, Fortún volvió el rostro para que su voz llegara con claridad a todos los presentes, lo que le permitió comprobar que Ismail y Wanyat se encontraban a su espalda.

El *'amil* se había puesto en pie y, aunque un tanto extrañado, alzó su copa cuando Fortún llegó junto a él.

–¡Brindo contigo por el éxito de nuestra empresa…!

Antes de que las copas metálicas chocaran, Fortún había soltado la suya, que se estrelló con estrépito contra las losas. De forma casi instintiva, Wuhayb bajó la vista al suelo, y ése fue el momento que eligió Fortún para rodear el cuello del infeliz con el brazo izquierdo, mientras con el derecho le apretaba la daga contra la garganta. En un instante, Ismail y Wanyat habían hecho lo mismo con dos de los notables más próximos.

–¡Quietos todos! ¡Haced el más mínimo gesto y degollaré al *'amil* ante vuestros ojos!

Miró entonces a derecha e izquierda.

–Tenemos en nuestro poder al oficial jefe de la guarnición y al *sahib al suq*. Eso quiere decir que vuestras fuerzas están descabezadas.

Los comensales contemplaban la escena con ojos desorbitados.

–¡Ahora arrojad todas vuestras armas!

Justo entonces se abrió la puerta de la sala, y Fortún, en un acto reflejo, oprimió el cuello de Wuhayb, que apenas oponía resistencia. Sin embargo, se relajó al comprobar que en la entrada aparecían algunos de sus hombres. Se habían mezclado con toda naturalidad entre los miembros de la guarnición que aquella noche se encontraban de guardia, pues, no por un albur, esa guardia se hallaba bajo la responsabilidad de los hijos de Fortún.

–¡Las puertas de la ciudad han sido abiertas! – anunció uno de ellos-. Los

nuestros se dirigen hacia aquí.

–Entretanto, impedid que nadie acceda a esta sala. Advertid que cualquier intento de hacerlo supondrá la ejecución inmediata del *'amil*.

–¡Vosotros! – gritó Ismail, dirigiéndose a quienes poco antes habían compartido su mesa-. Salid a la galería.

Un largo corredor flanqueaba el muro de la fortaleza a la altura de la planta más noble. Una bella celosía de madera protegía del sol y de las miradas indiscretas, pero no era de ninguna utilidad frente al viento inclemente de una noche invernal como aquélla.

–¡Aprisa! ¡Todos fuera! – los espoleó Fortún-. Cualquier señal de resistencia hará que os olvidemos aquí, y sabéis que en ese caso ninguno de vosotros llegará a ver amanecer.

Uno de los hombres de Fortún entró en la sala provisto de fuertes sogas de esparto, y uno tras otro amarró las muñecas y los tobillos de los tres prisioneros, que quedaron sentados en las frías losas del suelo con la espalda apoyada contra el muro.

–¡Pagaréis por esto! – se atrevió a gritar Wuhayb-. Nunca seréis como vuestro padre. Él sabía sopesar sus posibilidades, pero vosotros no veis más allá de vuestras narices.

La rabia parecía dictar sus palabras, y las venas a ambos lados de su cuello estaban a punto de reventar.

–¿No comprendéis que el gobernador de la Marca lanzará sus huestes sobre vosotros? ¡Pero, por Allah Todopoderoso, si el gobernador es mi propio hijo! ¡Éste es vuestro fin, Fortún ibn Musa! ¡El fin de los Banu Qasi! ¡Estáis acabados! ¡Estáis muertos!

–¡Cállate, perro!

Ismail había alcanzado al viejo '*amil* en dos zancadas y le había propinado un sonoro revés en la boca con el dorso de la mano. Un hilo de sangre comenzó a descenderle por la barbilla.

–Que seas el padre del gobernador puede suponer una gran desventaja para ti.

Fortún, entretanto, se había acercado a la puerta y conversaba con voz queda con uno de sus hombres en el corredor. Se volvió al fin y se dirigió a Wuhayb:

–Hay muchas cosas que desconoces. Y estás a punto de descubrir una de ellas. Te va a sorprender. – Se apartó del vano con la clara intención de franquear el paso a alguien más-. Tengo el honor de presentarte, *'amil*, a Lubb ibn Musa, nuestro hermano, el primogénito de la familia, y a su hijo Muhammad, quien pronto dará mucho que hablar en toda Al Andalus.

Un espeso silencio se adueñó de la sala cuando los dos hombres cruzaron el umbral. Fortún se recreó durante un instante contemplando la expresión de indecible asombro de los tres cautivos.

–¡Así que…! – apenas acertó a balbucear Wuhayb-. ¡Todos habéis tomado parte en esta conspiración!

–¿Sigues pensando que éste es el final de mi carrera, viejo presuntuoso? – escupió Wanyat.

–¡Mi hijo acabará con todos vosotros! Y si no es él, el propio emir os barrerá para siempre de la Marca, ¡traidores!

Lubb observaba la escena con gesto de satisfacción. Fortún se acercó a él y se abrazaron.

–¡Tutila es nuestra de nuevo, Lubb!

–Así es, hermano. La ciudad ya ha recuperado la calma, sólo se han producido unas cuantas bajas en nuestro ataque inicial: la resistencia ha desaparecido al saberse que el *'amil* había sido apresado. Tus hijos han rendido a la guardia de inmediato.

–Debemos darte las gracias, Wanyat-dijo Fortún.

–Tu esposa y tus hijos deben de gozar ya de libertad -añadió Lubb-. Espero que entiendas mi necesidad de tomar garantías. Ten por seguro que sabremos recompensar tu ayuda. Pero esto es sólo el comienzo. Nos esperan días difíciles.

Capítulo 5

Tutila era un hervidero de rumores y desmentidos. En sólo dos días se habían concentrado en los alrededores de la ciudad centenares de hombres procedentes de todas las alcazabas cercanas: Arnit, Qala't al Hajar, Al Hamma, Tarasuna, Al Burj, Kabbarusho, Siya… Según se comentaba, el destino de todos ellos no era otro que la propia capital de la Marca, Saraqusta. El entusiasmo se había desbordado entre la población en cuanto se conocieron los acontecimientos de Tutila, y ninguno de los tres hermanos había previsto aquella respuesta casi explosiva. Comprendieron que durante mucho tiempo los habitantes de la Marca habían estado esperando el momento. Con seguridad, quienes años atrás habían luchado junto a Musa ibn Musa veían ahora la posibilidad de repetir aquellas razias en las que, además de asegurarse una buena soldada, tendrían derecho a una parte del botín capturado. Algunos eran hombres maduros que con sus relatos encendían el ánimo de los más jóvenes, y no era extraño ver en los campamentos improvisados de la *musara* a soldados que, ya en la cuarentena, preparaban sus armas junto a uno o varios de sus hijos.

La actividad era frenética en la alcazaba, y la confusión se había adueñado de cada palmo del terreno comprendido entre las construcciones y las murallas que formaban los dos anillos concéntricos. Multitud de hombres coincidían en los accesos: unos acudían a sumarse a las tropas de los Banu Musa; a otros, fieles al antiguo *'amil*, se les permitía abandonar la ciudad, con la excepción de los oficiales de mayor rango, que permanecían retenidos junto a su gobernador. Los correos iban y venían entre Tutila y el resto de las ciudades que se habían sumado a la revuelta, incluso llegaban a Saraqusta para llevar las últimas noticias sobre las actividades y los planes del *'amil* de la Marca. A duras penas se cruzaban en las calles atestadas las carretas tiradas por bueyes o mulas, y de nuevo un enjambre de vividores se afanaba en apoderarse de las monedas que los nuevos habitantes de la ciudad estuvieran dispuestos a gastar.

En la sala noble de la fortaleza, un trasiego continuo de funcionarios de la administración de la *kurah* daba cuenta del estado de las finanzas, la reserva de monedas disponibles, los productos básicos que se almacenaban en los silos y que serían imprescindibles para el sustento de las tropas… Muchos de aquellos hombres habían visto pasar a varios gobernadores por la alcazaba, de modo que este cambio era sólo uno más. Sin embargo, se respiraba optimismo. Las órdenes eran obedecidas con presteza, y parecía imperar una confianza generalizada en las decisiones de aquellos tres hermanos.

–¡No hay tiempo que perder! ¡Debemos organizado todo para partir al amanecer! ¡Como sea! De otra forma, el gobernador tendrá tiempo de organizar su ataque, y nuestros planes pasan por alcanzar los muros de Saraqusta antes de que el hijo de

Wuhayb y sus tropas abandonen la ciudad.

Desde la misma noche de la ocupación de Tutila, los tres hijos de Musa habían pernoctado en aquella estancia de la fortaleza, bien caldeada y orientada al sur. Muhammad los había acompañado en todo momento, y por fin, en la mañana que siguió al golpe, los hijos de Fortún se habían incorporado a aquel centro de mando improvisado.

–Ismail tiene razón-afirmó Lubb-. No podemos esperar al resto de nuestros hombres, y tampoco son necesarios. Si no funciona la estrategia que hemos trazado, sería inútil tratar de tomar Saraqusta por la fuerza, por muchas tropas que consigamos reunir.

–¿Ni siquiera con el apoyo de Uasqa? – intervino Muhammad.

–Parece que Mutarrif tiene sus propios problemas en Uasqa -repuso Fortún.

–Hasta Arnit no han llegado demasiadas noticias de lo sucedido allí -aclaró Lubb-. Sabemos que, tras el ataque de las tropas de Qurtuba el pasado verano, los habitantes de Uasqa recurrieron a Mutarrif, pero ignoramos las circunstancias…

–Así fue. Tras los acontecimientos que protagonizó Amrús hace ahora un año, el emir envió a la Marca a uno de sus generales, que, con la ayuda de Wuhayb, subió hasta Uasqa para tratar de apresar al rebelde y poner orden en la cora. Pero Amrús estaba bien refugiado en el monte, protegido por los *sirtaniyyun*, y hay quien dice que también por el propio rey Garsiya de Banbaluna. Sólo pudieron capturar a su tío Zakariyya ibn Amrús junto a dos de sus hijos y nombraron un nuevo *'amil* para la ciudad, un tal Abbas ibn Abd al Barr. Después regresaron con sus rehenes hasta Saraqusta, con la advertencia de que si Amrús no se entregaba serían ejecutados.

–Conociendo a los Banu Amrús, nunca unas vidas valieron tan poco -sentenció Ismail.

–Efectivamente, los rehenes fueron asesinados a las puertas de Saraqusta antes de partir hacia el sur y sus cabezas viajaron a Qurtuba ensartadas en tres picas.

–¿Y fue entonces cuando los habitantes de Uasqa llamaron a Mutarrif?

–Sí. Los muladíes de Uasqa son mayoría en la ciudad y no aceptaron de buen grado la autoridad del *'amil* impuesto por los cordobeses. Si pensaron en Mutarrif fue porque ya había sido *'amil* de Uasqa en vida de nuestro padre, y no debían de guardar mal recuerdo de él. Lo cierto es que no esperaron su llegada: cuando Mutarrif apareció, la revuelta ya había estallado y Abbas estaba preso, de modo que sólo tuvo que tomar posesión del cargo que se le ofrecía en bandeja de plata, aunque no todos los notables de Uasqa lo apoyaran.

El silencio reinó momentáneamente en la sala, mientras cada uno meditaba las consecuencias de lo que acababan de escuchar. Fue Muhammad quien verbalizó sus pensamientos.

–Tenemos entonces un nuevo oponente, además del emir. ¿No os dais cuenta? La

rabia debe corroer a Amrús: no sólo sus parientes han sido ejecutados, sino que Mutarrif le ha ganado la partida sin ningún esfuerzo.

–Y hay otras implicaciones -apuntó Fortún-. Si es cierto lo que se dice, Garsiya protegía a Amrús, pero ahora es su propio yerno, Mutarrif, quien controla la *madinat* de Uasqa.

–El rey García apoyaba a quien garantizara la rebelión contra Al Andalus -aclaró Lubb-. En un principio fue Amrús, y ahora es Mutarrif. Todo forma parte del plan trazado de acuerdo con el rey Alfuns. Pero no cabe duda de que su apoyo basculará hacia el que es su yerno.

–En cualquier caso, debemos desconfiar de los Banu Amrús -advirtió Ismail-. Sus apoyos en la zona son importantes, tanto como los nuestros en el Uadi Ibru.

–Todas nuestras precauciones van a ser pocas, Ismail -admitió Lubb-. En unas semanas, hemos pasado de un largo anonimato a tener en nuestras manos la mayor parte del territorio que nuestro padre llegó a dominar en sus mejores días. Pero nuestros oponentes son poderosos, y debemos prepararnos para afrontar momentos difíciles.

–En cualquier caso, lo que nos espera, lo más inmediato -trató de reconducir Fortún-, es Saraqusta.

–Sin embargo, Fortún, uno de nosotros ha de permanecer en Tutila -recordó Lubb.

La objeción era evidente, pero parecía que nadie hubiera reparado en ello.

Capítulo 5

Muhammad apenas había tenido tiempo de conocer aquella ciudad de la que su padre tanto le había hablado, pero sí había contemplado desde lo alto de los muros de la alcazaba la compleja trama de sus callejuelas, el magnífico puente sobre el Uadi Ibru que daba paso a una de las puertas de la *madinat*, el alminar que coronaba la mezquita mayor y, más allá de las murallas, las feraces huertas regadas por las siempre abundantes aguas del río.

Ahora, en mitad de la noche, se guiaba instintivamente por sus calles, iluminadas tan sólo por un hachón que, en su diestra, proyectaba más sombras que luz. La bruma parecía abrirse para permitir su avance, y los cascos de su montura contra el empedrado producían un extraño eco al reverberar en las paredes encaladas. Sólo se oían a lo lejos las voces apagadas de los más rezagados en las tabernas. Reconoció la plazuela en la que se abría la entrada principal de la mezquita, y el cambio en la pendiente le confirmó el camino hacia la puerta oriental de la ciudad. Con una voz, alertó a la guardia de su presencia y de inmediato se vio deslumbrado por dos antorchas que le salieron al paso.

–Estad tranquilos, soy Muhammad ibn Lubb.

Los dos guardias se cuadraron en cuanto lo reconocieron, mientras un tercero, de mayor graduación, salía del cobertizo donde se protegían del intenso frío de la noche.

–Señor, no es seguro caminar a estas horas por las calles… y mucho menos atravesar las murallas.

–Me dirijo a la *almúnya* de Fortún, mi tío -dijo Muhammad, con el suficiente aplomo para demostrar su determinación.

El oficial pareció vacilar.

–No es habitual abrir las puertas en mitad de la noche, pero tratándose de… -se interrumpió-. Permitid de todas formas que uno de mis hombres os acompañe.

El hombre tomó una pesada llave de hierro, la introdujo en la cerradura y empleó las dos manos para hacerla girar. Los goznes del portón chirriaron hasta que la abertura fue suficiente para permitir el paso de la cabalgadura.

–Tened cuidado, el hielo comienza a cubrir las tablas del puente -advirtió, y con buen paso se encaminó de nuevo al abrigo de la intemperie, dejando que fueran los guardias quienes se encargaran de volver a cerrar el portón.

Muhammad sabía que todo aquello era muy irregular, pero su recompensa se encontraba al final de aquel camino. Tuvo dificultades al llegar a la finca, pues los sirvientes, celosos de su cometido, no le franquearon el paso a la casa hasta asegurarse de la identidad del inesperado visitante. Hadiya, la esposa de Fortún, había sido advertida y lo esperaba en el zaguán. Con un gesto de comprensión, le ayudó a despojarse de la pesada capa y le indicó el camino hacia la estancia que buscaba.

Empujó la puerta con delicadeza y entró tratando de no hacer ruido. La alcoba estaba caldeada y se hallaba tenuemente iluminada por los rescoldos que ardían en una de las esquinas. Colgó de una alcayata el candil de aceite que Hadiya le había proporcionado y se aproximó al lecho. El cuerpo de Sahra se perfilaba bajo una pesada manta de lana al ritmo de su respiración acompasada. Junto a ella, en una amplia cuna de madera situada frente a la chimenea, el pequeño Lubb dormía profundamente. Mutarrif permaneció en pie largo rato, paseando la mirada entre ambos mientras entraba en calor.

Una plétora de pensamientos se agolparon en su mente en aquel momento. Allí estaba lo que más quería: una esposa a la que adoraba, y su primogénito, un precioso niño de poco más de un año. Era curioso cómo el nacimiento de Lubb había alterado su forma de pensar: antes tomaba sus decisiones como lo haría un muchacho, sin considerar demasiado sus consecuencias. Ahora, a sus veinticinco años, barajaba siempre un nuevo factor: la repercusión que sus actos habrían de tener en su familia, incluso en la herencia, y no sólo material, que habría de dejarles.

Había conocido a Sahra en Liyún. Era la hija menor de un rico y avispado comerciante de telas de origen cordobés, antiguo funcionario en la corte del emir. En tiempos del segundo Abd al Rahman, había llegado a controlar la actividad en el *tiraz* de la capital, bajo las órdenes directas de su eunuco Nasr, pero con el advenimiento de Muhammad I las cosas cambiaron para él. La condición de su familia, de ascendencia mozárabe, se convirtió en obstáculo insalvable en una época de revueltas religiosas, frente a las cuales el emir se vio obligado a tomar medidas drásticas. Había prohibido el culto en las iglesias de la capital, pero, lo más grave para el padre de Sahra, la presión de los alfaquíes condujo al cese de todos aquellos funcionarios sobre cuya ortodoxia en la fe musulmana cupieran dudas.

De esta forma, de la noche a la mañana, se vio despojado de sus bienes y forzado a un exilio que lo llevó, en primer lugar, a Tulaytula con sus tres hijas y más tarde a la nueva capital del reino cristiano del norte, adónde el rey Alfonso se había trasladado con su *palatium*. Conservaba por supuesto sus contactos, su prestigio y su experiencia, y la corte asturiana era uno de los principales clientes para las excelentes piezas de los telares cordobeses. Retomó así su actividad en el otro extremo de la cadena comercial, que de inmediato lo introdujo en el círculo de la nobleza asturiana. Las esposas de condes y caballeros del rey se disputaban sus servicios, y sus tres hijas lo acompañaban en las visitas a las residencias de los cortesanos más importantes, incluida la corte del rey Alfonso.

Las dos mayores se habían casado con miembros de aquella nobleza asturiana, y fue precisamente en una de aquellas celebraciones donde Muhammad conoció a Sahra. Educada en Qurtuba, la joven recitaba con soltura bellos poemas de amor, tañía su precioso laúd de cinco cuerdas con destreza, y dominaba como él la lengua

de los cordobeses. Todo ello la hacía sobresalir entre las demás damas, tristemente analfabetas en su mayor parte.

Lo sedujo desde el principio. En su primera conversación utilizaron la lengua árabe, con la que Sahra se sentía a salvo de la curiosidad malsana del resto de aquellas muchachas casaderas. La desinhibición que esto provocó en ella fue, junto a su frescura y su belleza, lo que más atrajo a Muhammad. En cuanto a él, su condición de primogénito de uno de los principales aliados del rey eliminó cualquier obstáculo posible para la boda. Desde entonces habían transcurrido ya dos años y medio, y en ese tiempo habían sido bendecidos con el nacimiento de su primer hijo.

Ahora Muhammad se disponía a despedirse de él. Apoyó la rodilla en el suelo y asomó el rostro por encima del borde de la cuna. Las sombras vacilantes de la luz del candil dotaban al rostro del pequeño de una dureza que no tenía. La herencia de Sahra había teñido su cabello de oscuro, pero no había conseguido suavizar los rizos que caracterizaban a la mayor parte de los varones de la familia. Sonrió al ver en un costado de la cuna la pequeña espada de madera que le había fabricado ese mismo otoño con sus propias manos, y en aquel momento deseó no tener que partir de madrugada.

Un leve roce hizo que alzara la vista, y su mirada se encontró con la sonrisa de Sahra.

–Muhammad… -murmuró ésta mientras se incorporaba ligeramente.

Alargó el brazo hasta acariciar el rostro de su esposo con las yemas de los dedos. Él la tomó de la muñeca, y comenzó a besarle el dorso de la mano. Con un ligero gesto hacia el lecho y una sonrisa de complicidad, Sahra lo invitó a ocupar su lugar junto a ella. Muhammad rodeó la cama y arrojó a sus pies la túnica que vestía. Se despojó también del calzado y de la *qamís* y se deslizó en silencio bajo las tibias mantas de lana, donde un conocido y anhelado calambre recorrió su cuerpo cuando entró en contacto con aquella piel suave y cálida. Se inclinó sobre ella, y los labios de Sahra buscaron anhelantes los suyos, mientras sus manos, lentamente primero, ávidas después, comenzaban a explorar todos los rincones de sus cuerpos desnudos. Por un momento, antes de perder la noción de lo que los rodeaba, Muhammad agradeció al cielo la dicha de tener una esposa como aquélla, educada en una cultura en la que se enseñaba que los placeres del cuerpo son del agrado de Allah. Y aquella última noche juntos iban a poner todo su empeño en obedecer sus mandatos.

Capítulo 7

Estaban pasando por los días más duros del invierno. El viento del norte había cesado por completo la tarde anterior, lo que hacía presagiar una fuerte helada durante la noche. Sin embargo, ésta no llegó, porque, nada más ponerse el sol, los jirones de niebla empezaron a cubrir el amplio cauce del Uadi Ibru, y poco a poco fueron alzándose hasta envolver por completo la ciudad.

El primer canto del muecín alcanzó la explanada de la *musara* con especial claridad a través de la bruma. Muchos de los hombres que se encontraban allí reunidos extendieron sus alfombrillas y, tras arrodillarse en el suelo, comenzaron una breve oración antes de la partida.

La luz del amanecer, tamizada por la niebla, era apenas suficiente para reconocer los rostros. El de Fortún mostraba evidentes señales de fatiga, pues había pasado la noche en vela, entregado a una actividad incansable para ultimar los preparativos. Por su dilatada relación con Tutila, sería él quien se encargaría del gobierno de la ciudad en ausencia de sus hermanos. ¡Tiempo tendría de descansar cuando marcharan!

La puerta oriental, la Bab al Saraqusta, se encontraba abierta de par en par, y las traviesas del puente sobre el cauce del Uadi Qalash crujían bajo el peso de los centenares de hombres y mujeres que pugnaban por alcanzar el exterior de la ciudad para presenciar la partida y despedir a los suyos a ambos lados del camino.

El trabajo de organización de aquella numerosa tropa había resultado ímprobo. Hombres a pie y a caballo habían sido dispuestos en pequeñas unidades habituadas al mando de sus jefes naturales, que a su vez se reunían en unidades mayores dirigidas por hombres de confianza, generalmente los caudillos de sus lugares de origen. Para satisfacción de Fortún, a sus dos hijos también se les había cargado con esa responsabilidad. Al frente de las tropas se situaría Lubb, como primogénito de Musa, apoyado por su hijo Muhammad y por su hermano Ismail.

Fortún había acogido a las mujeres de la familia en la vieja casa de campo, pero en aquel momento las tres acababan de recorrer la escasa distancia que las separaba del extremo de la *musara*. Ayab, la fiel esposa de Lubb, conservaba aún aquella belleza serena que la hiciera apetecible para el propio emir Abd al Rahman, aunque ahora su velo ocultara un cabello que comenzaba a blanquear. Con el brazo izquierdo rodeaba a Sahra, que a su vez sostenía al pequeño Lubb, cobijado y dormido contra el calor de su pecho. Para ninguna de ellas era ésta una situación nueva, pero nunca dejarían de sufrir en silencio cada vez que sus hombres partieran hacia un nuevo e incierto destino. Hadiya era la única que no acudía a despedir a su esposo, pero no por ello su zozobra era menor: eran sus hijos, que apenas frisaban la veintena, los que marchaban hacia Saraqusta como oficiales de tropa en la que sería su primera razia.

En cierto modo, envidiaban a la única mujer de la familia, Sayida, la nueva

esposa de Ismail, que se había quedado junto a los hijos de éste en la fortaleza de Munt Sun, allá en la Barbitaniya. Refugiada en aquel viejo feudo siempre afín a los Banu Qasi, compensaba su soledad con la ventaja de no tener que asistir a la partida de su esposo.

Ya no iban a tener ocasión de verlos, porque las despedidas se habían producido de forma apresurada la noche anterior y todos ellos, salvo Muhammad, habían disfrutado de su breve descanso en la alcazaba, junto al resto de la guarnición. El *imam* se retiró después de bendecir los estandartes y pendones de guerra, y todas las miradas se dirigían ya hacia quien debía dar la orden de partir. Cuando por fin sonaron las trompas, hombres y monturas fueron incorporándose con lentitud a la columna, abriéndose paso entre las apretadas filas de curiosos que pugnaban por ver de cerca a los suyos.

Lubb observaba la *musara* desde una pequeña elevación junto al camino y, a una señal suya, una sólida carreta protegida por cuatro hombres a caballo atravesó el puente y continuó hasta ocupar su lugar detrás de la vanguardia. Sobre el carro se alzaba una estructura de madera a modo de jaula, y en su interior tres hombres se acurrucaban entre las pieles que los protegían del frío inclemente del amanecer.

Capítulo 8

Saraqusta

El *'amil* de Saraqusta, Abd al Wahhab ibn Ahmad, conocido por todos como Wuhayb, bramaba órdenes a los subordinados que tenían el menester o la desgracia de cruzarse aquel día en su camino en las estancias de la alcazaba.

–¿Cómo ha podido suceder? ¿Cómo hemos podido llegar a esta situación?

Éste era el tipo de frase que sus colaboradores habían escuchado con mayor frecuencia en los últimos días. Ahora acababa de recibir un despacho que le informaba de la cercanía de una enorme columna de tropas procedente de Tutila, la ciudad que su propio padre gobernaba pacíficamente, al menos hasta unos días atrás. Al pensar en él, sintió cómo lo inundaba la rabia. Había recibido la sorprendente noticia de aquellos sucesos poco antes de la llegada de los primeros evacuados que, fieles a su padre, habían preferido abandonar la *madinat* y dirigirse a la capital. De su boca conoció, incrédulo, la identidad de los rebeldes, pero ninguno fue capaz de darle cuenta del paradero de su padre, ni siquiera de asegurarle si seguía con vida o si aquellos perturbados, los hijos del rebelde al que ya creía olvidado, habían acabado con él. Loco de ira y de impotencia, su primer impulso fue ordenar el arresto de todos los evacuados para juzgarlos como traidores, pero algunos de sus consejeros lograron convencerle de lo inútil de la medida, de forma que los atribulados fugitivos recobraron su libertad.

Sin tiempo todavía para preparar la respuesta que aquellos insensatos merecían, comprobaba ahora que su osadía parecía no tener límites, pues avanzaban en formación de guerra hacia la mismísima capital de la Marca. El resto del territorio bajo su mando parecía encontrarse en paz, pero recordaba los recientes sucesos de Uasqa, donde otro Banu Qasi acababa de ser aupado al poder, y en su mente se dibujaba una conjura en la que él sólo podía representar el papel de víctima. Llevaba dos días con sus noches cavilando sobre las repercusiones que aquella rebelión, que no había sabido prever, tendría sobre su hasta ayer brillante futuro. Imaginaba y temía el momento en que llegaran a las manos del emir las noticias que él mismo se había visto obligado a remitir. Su intención era aplastar a los rebeldes de Tutila antes de que el emir hubiera de movilizar a sus tropas para acudir a la Marca, pero ahora se encontraba ante la necesidad de preparar la defensa de la misma Saraqusta. Quizá después de todo aquello fuera lo más conveniente para él: los rebeldes no tenían ninguna posibilidad de tomar la ciudad por la fuerza, y si utilizaba bien sus cartas, podría aplastar de una vez por todas a aquellos bastardos, que habían esperado agazapados su momento. Ése sería su gran triunfo, el punto de partida definitivo para

su carrera como general en el ejército de Muhammad, *waz?r* tal vez.

Por primera vez en dos días, una sonrisa acudió a su rostro. Sabía lo que debía hacer, y era hora de ponerse en marcha. Con paso decidido, atravesó la sala y aulló el nombre de su secretario. Un hombre enjuto y achaparrado se presentó a toda la velocidad que le permitía su pronunciada cojera.

–¡Convoca al Consejo de la ciudad! ¡Que se presenten de inmediato! Y asegúrate de que estén presentes los oficiales de mayor graduación, de *'arif* para arriba, ¡todos!

–Así se hará, *sahib*. Tus decisiones son siempre sabias, y por ello han de ser obedecidas con…

–¡Cállate, por Allah, y cumple mis órdenes! – atajó iracundo Wuhayb.

El hombre aún pareció empequeñecer, y abandonó la sala murmurando excusas.

Capítulo 9

Aquellas dos noches habían resultado más duras de lo esperado. Las tropas estaban preparadas para ser movilizadas en los primeros días de la primavera, pero una expedición en lo más duro del invierno era algo excepcional. Al frío intenso se unía una humedad que calaba las ropas, y los físicos habían tenido que atender muchos miembros entumecidos, congelados en los casos más graves. En las últimas horas, calenturas y toses eran las quejas más frecuentes, lo que despertaba el temor de los oficiales: no resultaba extraño que en las razias invernales algunos de los soldados, los más desprevenidos y peor pertrechados, enfermos quizá, no llegaran a ver amanecer. Vencidos por el cansancio, se quedaban dormidos, y las primeras luces revelaban sus cuerpos rígidos y cubiertos de escarcha.

La moral en la columna no era alta, y la bruma, que no había despejado ni en las horas centrales del día, teñía el paisaje con tonos grises y apagados, lo que no hacía sino acentuar el ambiente general de abatimiento. Lubb no había contado con esto. En las horas de descanso, los hombres, arrebujados en sus mantas, se arremolinaban en pequeños grupos en torno a las decenas de hogueras encendidas en los sotos del río. El tono de sus voces era apagado, y las conversaciones cesaban cuando los oficiales de mayor rango se acercaban.

Lubb e Ismail eran conscientes de los rumores que circulaban de fuego en fuego. La ocupación de Tutila había resultado un éxito, apenas se habían producido bajas, pero se había realizado desde dentro. Ahora en cambio se enfrentaban a una empresa mucho más ambiciosa: el asalto a la capital, protegida por sólidos muros, y donde se reunían las tropas mejor entrenadas de la Marca. Las opiniones se encontraban divididas entre quienes confiaban ciegamente en sus caudillos, que en ocasiones anteriores habían demostrado su valía y su capacidad para afrontar retos tan complicados como aquél, y quienes dudaban de unos hombres que llevaban una década sin medir sus fuerzas contra el poderoso ejército de Qurtuba. No se trataba de una cuestión baladí, pues numerosas vidas iban a depender de que fuera una u otra la hipótesis que se demostrara cierta.

Tampoco Muhammad estaba seguro de lo que habría de suceder en pocas horas, pero sí sabía que la moral de aquellos hombres determinaría en gran parte el resultado. Contemplándolos a través de la bruma desde la tienda que ocupaba no iba a adivinar sus pensamientos, mucho menos cambiarlos. Se puso en pie, se ajustó una pesada capa sobre los hombros y salió.

No conocía a la mayoría, pero estaba acostumbrado a identificar a los cabecillas. Una vida entera en la milicia le había enseñado que en cada grupo siempre se alzaban uno o dos líderes con una autoridad natural que no procedía del rango, sino de su personalidad, su destreza… o su fuerza. Su padre le había enseñado que era a

aquellos hombres a quienes había que ganarse, controlar y, en última instancia, castigar con dureza.

Caminó entre los grupos con paso lento, de forma fingidamente casual, observando. Los álamos del soto proporcionaban escasa protección, pero resultaban apropiados para sujetar con cuerdas las lonas que resguardaban a los hombres de la intemperie. Estas se hallaban dispuestas en círculos irregulares condicionados por los árboles, en cuyo centro ardía el fuego destinado a dispensar algo de calor.

Muhammad eligió uno de aquellos grupos y se acercó. Algunas miradas se centraron en él, y al reconocerlo dos hombres se dispusieron a incorporarse de inmediato. Con un gesto enérgico, les pidió que siguieran sentados.

–Maldita niebla -dijo-. Cala los huesos.

Una veintena de cabezas asintieron con desgana entre murmullos.

–¿Me permitís? – preguntó haciendo ademán de penetrar en el círculo para acercar sus manos a las llamas.

En aquel momento, un revuelo alteró la tranquilidad del campamento. Se oyeron voces, gritos, avisos… Muhammad se puso en guardia, e instintivamente desenvainó la espada.

–¡Ahí va, ahí va!

Dirigió su atención hacia el lugar de donde provenían las voces, y descubrió el motivo de aquella confusión: sorteando tiendas y árboles entre saltos, un pequeño corzo huía despavorido en busca de la protección de la maleza. Un soldado le salió al paso, y el animal cambió su trayectoria bruscamente. En un instante se encontró ante Muhammad, quien no hubo de pensarlo: alzó la espada y descargó el filo sobre el cuello del corzo en cuanto lo tuvo a su alcance. Todo sucedió a velocidad de vértigo, de modo que el resto de los hombres no habían tenido tiempo de reaccionar: algunos aún trataban de incorporarse para ver la causa del alboroto.

En un momento se había formado en torno al animal agonizante un círculo de soldados que vociferaban y felicitaban a Muhammad por aquel golpe certero. Sonriente y un tanto incrédulo, éste limpió su espada sobre el lomo del corzo y la envainó.

–¿Algún buen *muqrif*? – preguntó al tiempo que barría a todos con la mirada-. Allah nos ha enviado la cena… no es cosa de desperdiciarla.

Los soldados estallaron en una carcajada. Uno de ellos se inclinó hacia la res, clavó su daga en el hueco del corvejón e introdujo por el ojal una cuerda con la que suspendió al animal de una rama baja. Seguidamente agrandó el corte del cuello y dejó que la sangre fluyera sobre un tosco cuenco de madera, hasta que el intenso chorro inicial se convirtió en un goteo espaciado. Muhammad se apartó con el fin de ceder la vasija a uno de los hombres, que esperaba ansioso para dar el primer trago del líquido aún caliente, mientras otra media docena se agolpaba junto a él esperando

su turno.

–El elixir de la vida… -bromeó el primero con la sangre resbalándole por el cuello.

Mientras tanto, alguien se había encargado de colocar sobre el fuego el soporte de madera que habría de sostener el espetón. El que hacía las veces de matarife había iniciado ya con mano experta el proceso de desollado, que fue rápido hasta que su daga topó con la incipiente cornamenta. Se demoró tratando de separar la piel de la cabeza, pero, impaciente, prefirió seccionarla por completo.

Antes de retirar el cuero con la cabeza todavía adherida a él, apoyó el cráneo sobre una losa y, con un certero golpe, lo partió en dos, de forma que todos pudieron apreciar el color blanquecino y rojo intenso de los sesos todavía calientes. Dejó la daga clavada en el tronco e introdujo la mano en la cavidad. Con ojos ávidos extrajo el contenido y se lo metió en la boca junto a cuatro de sus dedos.

–El bocado del *muqrif*-recordó mientras masticaba a dos carrillos.

Muhammad sonreía satisfecho. Aquel regalo providencial les había sacado de su indolencia, y ahora todos se movían inquietos anticipando el pequeño banquete. Sabía que a veces un simple detalle como aquél podía ser interpretado por los hombres como augurio de buena fortuna, y las miradas que sorprendía dirigidas hacia él lo confirmaban.

Compartieron de buen ánimo aquella improvisada ración extra. Todavía en los primeros bocados, Muhammad decidió subir la apuesta con un comentario aparentemente casual:

–Un buen plato para ser regado con un buen vino…

Unos cuantos soldados intercambiaron miradas. Muhammad añadió a modo de explicación:

–Allá en Yilliqiya, lejos de mis hermanos de fe… y de los alfaquíes -bromeó-, reconozco que no hacía ascos a los buenos caldos con los que los infieles llenaban sus copas. Allah sabrá perdonarme.

Dos de ellos se levantaron observando a Muhammad mientras se limpiaban la boca con el dorso de la mano. Se adentraron en sus pequeñas tiendas, y se les oyó rebuscar en el interior. En un momento, aparecieron de nuevo con dos odres en la mano, una sonrisa que les iluminaba el rostro… y los saludos de júbilo de todos sus compañeros como respuesta.

El primero en probarlo fue el afortunado cazador, jaleado por todos, y al poco el vino corría de boca en boca. La carne era abundante, y el corro se fue ampliando. No tardaron en aparecer nuevos pellejos, y ya era noche cerrada cuando empezaron a oírse unos tímidos cánticos.

Lubb e Ismail hacía rato que contemplaban la escena desde su *haymah*. Las llamas de los fuegos iluminaban un círculo de más de doscientos hombres, sentados

en el centro, de pie en los extremos, que entonaban canciones y celebraban con risas los improvisados poemas de amor cargados de dobles sentidos. Muhammad había aprovechado los ánimos exaltados para hacer referencia al magnífico triunfo que les esperaba en tan sólo unas horas. Incluso se atrevió a hacerles una promesa: si el éxito les acompañaba, aquella fiesta improvisada se repetiría en pocos días con corderos suficientes para todos… dentro de los muros de Saraqusta.

–Es como nuestro padre -dijo Ismail-. Reconozco que ninguno de mis hijos se le parece. Puedes estar orgulloso de él.

Lubb asintió con la mirada perdida en el resplandor de las hogueras.

–Lo estoy, Ismail, lo estoy. Y sé que me dará motivos para estarlo todavía más en el futuro. Ahora soy yo quien espera estar a su altura, y mañana hemos de pasar una dura prueba.

–Allah nos acompañará.

–Hace tiempo que he perdido la fe, Ismail. Pero reza también por mí.

Capítulo 10

Habían acampado cerca del río, a una milla y media de las murallas de Saraqusta. Aunque se había levantado una suave brisa, la bruma no se había disipado, de modo que resultaba imposible divisar siquiera el *yamur* del minarete de la gran mezquita aljama, cuyo estilete rematado por tres esferas doradas recibía a los viajeros brillando al sol en los días despejados.

La ciudad se encontraba en pie de guerra. Desde la posición que ocupaba Lubb, la muralla se alzaba imponente al otro lado de la *musara* ahora desierta, y sobre su adarve occidental, un cordón de arqueros se extendía hasta perderse en la lejanía. Sabía que al otro lado Wuhayb habría concentrado a todas sus fuerzas de infantería, a la espera de una orden para atravesar la Bab al Tulaytula. Y sin duda, junto a las tres puertas restantes, esperaba toda la caballería, que, en caso necesario, atacaría a sus tropas por los flancos, en un movimiento envolvente.

Sobre un altozano, los dos hermanos contemplaban a las tropas dispuestas para el choque. Los oficiales daban las últimas órdenes, pero todos ocupaban ya el lugar que les correspondía.

Muhammad se acercó a ellos con un trote ligero.

–¡Ha llegado, padre!

Lubb, aliviado, esbozó una sonrisa. Aquél era el último cabo por atar.

–Es el momento -declaró Lubb al tiempo que picaba los flancos de su cabalgadura.

Los tres hombres se pusieron en marcha hacia el centro de la gran explanada. Tras ellos, a pie, avanzaba una unidad de infantería seguida por un nutrido grupo de arqueros. Cerrando el grupo, medio centenar de jinetes arropaban el carro que transportaba la baza principal de los Banu Musa en la negociación. Wuhayb no había aceptado el parlamento en terreno neutral, de forma que tendrían que descender hasta situarse bajo la muralla, al alcance de sus arqueros, para que sus voces se oyeran desde lo alto.

Quedaban un centenar de codos para llegar cuando apareció sobre la puerta de la ciudad el que sin duda era su gobernador. Ismail, tras intercambiar unas palabras con su hermano, tiró de las riendas y retrocedió hasta colocarse a la altura de la carreta. A una orden suya, el vehículo se detuvo, y dos soldados corrieron a liberar la gruesa cadena que cerraba sus puertas. Los tres hombres que permanecían acurrucados en su interior fueron obligados a descender, pero al más anciano de ellos, que tenía los miembros entumecidos, le resultó imposible sostenerse y cayó de bruces al suelo. Uno de los soldados lo tomó bruscamente de los brazos y lo obligó a levantarse. Un reguero de sangre procedente de su nariz le resbalaba por la barba y manchaba sus ropas mugrientas.

El propio Ismail entregó las riendas de su montura al soldado y lo sustituyó. Con el brazo izquierdo empujó al antiguo *wali* hacia delante, mientras en su diestra sostenía el afilado machete que amenazaría la vida del rehén durante la negociación.

–Te dije que ser el padre del gobernador no sería una ventaja.

En cuatro días, el rostro de Wuhayb padre había envejecido varios años. Su expresión aterrada era bien distinta de la del hombre orgulloso que se había atrevido a retarlos en la alcazaba de Tutila. Con la punta de la daga Ismail le empujó la barbilla hacia arriba, para asegurarse de que su hijo pudiera reconocerlo desde lo alto de la muralla.

Ese fue el momento que escogió Lubb para hablar con voz potente.

–Soy Lubb ibn Musa, el hijo primogénito de Musa ibn Musa y, por ello, el actual caudillo de los Banu Qasi. En nombre de mi familia, que ha regido estas tierras durante generaciones, te conmino a que rindas la ciudad y la entregues a nuestro control.

Un murmullo de asombro surgió de las murallas, ahora repletas de hombres. Lubb observó que Wuhayb se disponía a responder con una carcajada a lo que consideraba una insolencia cuando la risa se congeló en sus labios al reconocer al hombre al que Ismail sostenía atado. La rabia que tiñó de rojo su rostro parecía impedirle articular palabra.

Ante el silencio de su oponente, Lubb continuó:

–Como ves, tu padre y sus colaboradores siguen vivos… Nada tenemos contra vosotros, y te pedimos que reflexiones para evitar un baño de sangre… Garantizamos tu libertad y la de todos los que quieran acompañarte…

Lubb hablaba con el tono más firme de que era capaz, espaciando sus frases para dejar que el mensaje fuera calando.

Wuhayb hijo, rígido, se apoyó en el borde de alabastro blanquecino de la muralla con las manos. Aun desde el pie de la muralla, se distinguían las venas que descendían desde sus sienes y por el cuello congestionado dibujando sinuosos cordones.

–¿Cómo te atreves, bastardo? – gritó-. Tu cabeza colgaría ya de una pica de no ser por tus métodos cobardes y rastreros. ¡Libera a mi padre y enfréntate a mis fuerzas con honor!

–La vida de tu padre puede salvar la de cientos de mis hombres… y de los tuyos -gritó Lubb-. Allah ha querido proporcionarme esta baza, y he decidido jugarla.

Ismail seguía sujetando al *'amil*, y su daga se apoyaba en la piel de la garganta maltrecha del anciano, que en aquel momento se lanzó hacia el arma con un giro brusco de la cabeza, con la intención de segarse los vasos del cuello.

–¡No! – El grito de desesperación provino de lo alto de la muralla.

Ismail, en un acto reflejo, había aflojado la presión, de modo que el *'amil* sólo

había conseguido causarse un corte superficial.

–Por Allah, hijo, no cedas -gritó con tono ahogado-. ¡Mi vida no vale nada!

–Rinde la ciudad, Wuhayb. Es tu carrera como gobernador frente a la vida de tu padre -trató de razonar Lubb.

–Si matas a mi padre, no tienes ninguna posibilidad. Mis fuerzas doblan a las tuyas, y tengo toda la ventaja tras estos muros. Sabes que te aplastaré. Y mi padre no habrá muerto en vano.

Lubb mantuvo el gesto firme. Wuhayb se hallaba en lo cierto, y había algo que ni siquiera sabía: que él nunca daría la orden de asesinar a sangre fría a aquel anciano indefenso delante de sus hombres. Como temía, estaban abocados a un enfrentamiento en el que sus posibilidades de éxito eran mínimas. Sería eso o una vergonzante retirada hacia Tutila, donde esperar la aplastante respuesta de Qurtuba. Sólo le quedaba un recurso.

–¿De verdad crees, infeliz, que iba a enfrentarme a ti en inferioridad de condiciones? Haz que tus hombres te informen sobre lo que tienes en tus dos flancos: nuestro hermano Mutarrif por el norte, con las tropas de Uasqa, y por el sur -rio-, las guarniciones al completo de Daruqa, Qala't Ayub y Al Burj, siempre fieles a la llamada de los Banu Qasi.

Wuhayb desapareció del adarve.

Éste era el momento clave. Lubb giró la cabeza y encontró la mirada tensa de su hijo.

Muhammad había ideado aquel ardid cuando regresó a la *haymah* tras compartir la cena con sus hombres. Sabía que les había dado falsas esperanzas, que de algún modo los estaba traicionando. Obedecerían ciegamente sus órdenes aunque los estuviera enviando a una muerte segura. Había tratado de dormir, pero le fue imposible; a pesar de lo que había dicho junto al fuego, no estaba acostumbrado al vino en absoluto. El apoyo de Mutarrif desde Uasqa que habrían necesitado era impensable: el control de la ciudad era precario, y la ausencia de su tío dejaría abiertas las puertas a Amrús. Imaginó cómo hubiera sido ver aparecer sus tropas entre la bruma que envolvía el río. Entonces se incorporó en su lecho y zarandeó a su padre y a su tío Ismail, que dormían a su lado. «¡La bruma…!» Aquella odiosa niebla podía convertirse en su mejor aliado.

Todo dependería de un cambio en el viento, que podría acabar con cualquier esperanza, pero iban a intentarlo. En un momento, el *'amil* de Siya y el de Al Burj se encontraban junto a ellos, somnolientos, sin acabar de entender lo que Muhammad les estaba planteando. El primero cruzaría el río con un centenar de hombres a caballo para aparecer frente a Saraqusta en el momento convenido. Al otro lado del río, serían hombres perdidos para la batalla, por lo que debían elegir a los menos aptos y dotarlos de las peores cabalgaduras. Otros tantos darían un rodeo hacia el sur, para

hacer lo mismo frente a la puerta meridional. Cien hombres a caballo provistos de lanzas y estandartes, bien dispuestos sobre las colinas próximas y envueltos en la niebla, podían dar la impresión de conformar un ejército mucho mayor.

En lo alto de la muralla se produjo un revuelo, y Wuhayb apareció de nuevo, lívido. Era obvio que se debatía entre un mar de dudas.

No sería aquél un buen general, pensó Lubb. Ni siquiera un buen gobernador, pero a veces aquel tipo de hombres resultaban peligrosos.

Se encontraban al alcance de sus arqueros. En un momento de desesperación, nada le impediría ordenar el ataque para tratar de acabar con los cabecillas. Sin embargo, debía de saber que ninguno de ellos se habría expuesto de aquel modo sin incluir sus cotas de malla bajo la indumentaria de campaña, a las que se sumaban las corazas que brillaban mojadas bajo la bruma.

–¡Escúchame, bastardo! – aulló de repente-. ¡No te atreverás a hacer daño a un *'amil* nombrado por el emir! Ni en estas circunstancias la ciudad es vulnerable. ¡Maldita sea, sabes que no tienes ninguna oportunidad!

Lubb sintió que su última esperanza se desvanecía, y por un momento permaneció inmóvil. Fue entonces cuando Ismail se apeó de su caballo y se acercó a dos oficiales. Después, todo sucedió muy rápido. Los dos soldados se dirigieron con paso decidido hacia los prisioneros que habían acompañado al *'amil*, y ambos fueron obligados a ponerse en pie. Todo lo que Lubb y Muhammad alcanzaron a ver fue un movimiento rápido, casi simultáneo, y en un instante aquellos dos desdichados cayeron agonizantes al suelo, después de que las dagas entraran por sus vientres en dirección al corazón.

–¡Yo no soy Lubb, maldito! – gritó Ismail-. ¡A mí no me tiembla la mano!

Estaba fuera de sí y cubría el espacio que separaba la carreta de los cadáveres con zancadas largas, enérgicas y sin dirección.

–¿Crees que no soy capaz de hacer lo mismo con tu padre, aquí, ante tus propios ojos?

Sujetó al aterrado anciano por los brazos, y con un zarandeo lo expuso a la mirada de su hijo.

–¿Qué más pruebas necesitas de nuestra decisión? – siguió-. Quieres más pruebas, ¿eh?

–¡Ismail, detente! – la voz de Lubb tronó rotunda en el momento en que ponía el pie en tierra.

Ismail esgrimió su daga, pero la usó para cortar las cuerdas que sujetaban las manos del *'amil*. Sin embargo, acto seguido lo asió de la muñeca, lo empujó con un fuerte tirón hasta la carreta y apoyó la mano del anciano contra las tablas.

–¿Es esto lo que quieres para tu padre?

–¡No, Ismail, no! – aulló Lubb, demasiado lejos para detenerlo.

Ismail descargó todo el peso de su cuerpo sobre aquel infortunado, y de un solo tajo le seccionó las cuatro falanges.

Lubb, asqueado, apartó la vista y detuvo su avance en seco. Durante un instante, reinó un absoluto silencio, roto sólo por los aullidos del anciano, que se retorcía de dolor en el suelo, mirando incrédulo su mano mutilada.

–¡Tienes hasta el amanecer para tomar una decisión, gobernador! – gritó de nuevo Ismail-. ¡Metedlo en el carro y que lo atiendan de inmediato! ¡Nos retiramos!

Se dirigió a su caballo, hincó el pie en el estribo y montó. Sin mirar atrás, azuzó al animal y se abrió paso entre sus hombres.

Muhammad lo vio alejarse y escupió al suelo la bilis que le colmaba la boca.

Capítulo 11

Tutila

Todo aquello resultaba extraño para Fortún. La ciudad había quedado repentinamente vacía tras la marcha de las tropas, y sólo entonces empezó a tomar conciencia de los acontecimientos que se habían precipitado en los últimos días. Unas semanas atrás, su vida parecía transcurrir de forma apacible, monótona a veces, junto a su esposa y sus hijos, en la *almúnya* que perteneciera a su padre. Ahora, diez años después de perderla, volvía a regir el destino de su *madinat*… porque sí, Tutila siempre había sido su lugar predilecto, la ciudad que consideraba suya, y no aspiraba sino a permanecer allí, haciéndola más grande, más próspera, si es que ello estaba en su mano.

Hacía mucho que no pisaba la parte noble de la alcazaba, una zona que el antiguo '*amil* reservaba para su círculo y para los visitantes de cierto rango. Ahora paseaba de nuevo entre sus muros, dueño y señor de lo que contenían y, sin embargo, estaba lejos de sentir el gozo que esperaba. En su lugar lo embargaba un sentimiento de provisionalidad, una inquietud sorda que hundía sus raíces más allá de la ausencia de sus dos hijos, más allá de los sucesos que debían de estar produciéndose en Saraqusta.

En momentos como aquél, gustaba de encaramarse a lo alto de la muralla para contemplar la vida de la ciudad a sus pies, como a menudo hacía su padre. Aquél era también su lugar de retiro, y pensó en subir hacia allí, pero hubiera sido inútil: sólo podría observar la niebla impenetrable que envolvía todo el valle. Sin embargo, sentía que necesitaba reflexionar, y pensó en el lugar más adecuado. La imagen del *mihrab* de la mezquita, seguramente solitario a aquella hora, acudió a su mente, y dirigió sus pasos hacia la escalinata que llevaba al exterior. Apenas había descansado desde la ocupación de la ciudad, tan sólo unas breves horas después de que el ejército partiera, así que bien podía permitirse un paseo. Atravesó la explanada de la alcazaba, pero dejó atrás las caballerizas: esta vez descendería a pie por la empinada senda que conducía directamente a la parte más baja de la ciudad, al pequeño riachuelo que circundaba aquel cabezo. Cruzó el puente de madera, rústico y casi innecesario y, apoyado en su pretil, echó la vista atrás: comprobó que, fieles a su obligación, dos guardias armados lo seguían a una prudente distancia. Pensó que debería haber avisado de su marcha, para evitarles el lapso de duda. Con un gesto les indicó que era consciente de su presencia y que ésta era bienvenida.

Ascendió la pendiente ligera pero prolongada que conducía a la mezquita principal, cuyo alminar servía de referencia al caminar entre las sinuosas callejuelas,

y por fin alcanzó la pequeña plazoleta que daba acceso al patio. En contra de lo que había pensado, un grupo numeroso de personas esperaba en torno a la fuente central para hacer su obligada ablución, y tampoco era escaso el calzado que aguardaba a sus dueños a la puerta del *haram.*

Dudó un instante, pero acabó dando la vuelta para encaminarse hacia poniente, al principio sin rumbo fijo. No obstante, una idea fue tomando forma en su mente, y sus pasos se volvieron decididos. Franqueó la puerta de Tarasuna, donde saludó a los sorprendidos guardias, y a continuación enfiló la calzada que conducía hacia el sur. A un centenar de pasos llegó a su destino. Los túmulos de tierra de la *maqbara* se elevaban junto al camino, todos ellos orientados en la misma dirección, sin ningún muro de separación que delimitara la zona reservada para los enterramientos. Avanzó despacio entre las tumbas, leyendo las inscripciones en los testigos, hasta que llegó al lugar que buscaba. Era una zona en la que las sepulturas se hallaban más separadas que el resto, incluso con espacio para nuevas excavaciones. Una de ellas destacaba sobre las demás, la única que contaba con una pequeña estructura de mármol en su cabecera, y Fortún se acercó a ella hasta rozar con la yema de los dedos el nombre de su padre inscrito sobre la piedra.

La tierra estaba fría y húmeda, pero aun así tomó asiento sobre la superficie lisa de la lápida. Como en un ritual, fue fijando la vista en las tumbas circundantes: justo a su izquierda, el nombre de Ziyab aparecía grabado con esmero. Fortún recordó a aquel hombre sabio, el mejor amigo de su padre, que regresó a Tutila para morir junto a él, aun después de alcanzar los máximos honores en la corte del emir Abd al Rahman. La vieja escuela que fundara había progresado y era ya un foco consolidado de atracción para jóvenes de todo el país, debido en gran parte a la inigualable biblioteca que el viejo maestro consiguiera reunir.

Más atrás estaba la tumba de Zahir, el viejo patriarca de la familia, que había acogido y educado a Musa tras la muerte de Fortún ibn Musa, que no llegó a conocer a su hijo. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar que aquel primer Fortún había muerto precisamente a las puertas de Saraqusta, al igual que sucediera con su segundo hijo, que llevaba el mismo nombre. En esta ocasión, ninguno de los Banu Qasi que luchaban allí respondería a ese apelativo: él mismo se había ocupado de que ninguno de sus hijos lo portara. Era superstición, pero en ese momento un detalle nimio como aquél le proporcionaba una inexplicable tranquilidad. No recordaba a Zahir, sólo tenía tres años cuando murió, pero no olvidaría la admiración y el respeto que su padre dejaba traslucir cuando les hablaba de él.

Sí recordaba a su abuela Onneca, aunque la bruma del tiempo comenzaba a desdibujar sus rasgos. La inscripción de su sepultura estaba escrita en árabe y en lengua vascona, sin duda la mejor manera de honrar tanto su tierra de origen como el país que la adoptó. Diez años tendría en la primavera en que ella murió, cuando la

gran inundación arrasó el valle y se llevó por delante no sólo el puente, sino la vida de cientos de vecinos en la epidemia que sobrevino cuando descendieron las aguas. Onneca debió de ser una gran mujer: de otra forma no habrían salido de su vientre los dos hombres que marcaron el destino de aquellas tierras, Enneco Arista y su propio padre, Musa al Kabir.

Fortún sintió cómo se constreñía el nudo que sentía en el estómago al recordar a su padre. Él había sido sin duda su hijo predilecto, el que más se le parecía. Y fue él quien permaneció a su lado hasta el mismo instante de su muerte. Recordaba con claridad sus últimas palabras, pronunciadas ya con voz entrecortada, entre estertores: «Guiad a vuestro pueblo por el buen camino… y sed siempre fieles a vuestra sangre, a la sangre de los Banu Qasi.»

Ése era su miedo en las últimas semanas: ignorar si hacía lo correcto, si estaba siendo fiel a la promesa hecha a su padre. Pasó la mano por la lápida para retirar la fina capa de barro que la cubría, y su dedo índice siguió lentamente el trazo de su nombre. Sabía que había muerto feliz, reconfortado por la presencia de sus hijos y de su esposa Assona.

Rememoró aquel doloroso momento en Tarasuna, junto al Uadi Qalash y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su madre había llegado junto a él en el último instante, sólo a tiempo de reconfortar a su esposo durante su tránsito y de cerrar sus ojos para siempre.

Allí estaba ahora Assona también, a su lado. Tres años le había sobrevivido, sumida en la tristeza, manteniéndose en pie sólo por la necesidad de atender a sus hijos y a sus nietos, que le habían proporcionado sus únicos momentos de alegría.

Inconscientemente, Fortún se dejó arrastrar por aquel ambiente de tristeza y soledad. ¿Cuánto tardaría él mismo en ocupar una de aquellas sepulturas? Hacía tiempo que había pasado de los cincuenta años… ¿En cuál de aquellos helados orificios depositarían su cuerpo? Se recreó brevemente en aquellos negros pensamientos, pero se encogió de hombros con gesto brusco y se esforzó en alejarlos de él.

Durante un buen rato permaneció allí sentado, entumecido por el frío, entre los seres a los que más había querido, tratando de poner un punto de lucidez en sus pensamientos. Necesitaba saber si había obrado como su padre lo hubiera hecho, si aquel viaje sin retorno en el que había embarcado a su pueblo junto a sus hermanos era «el buen camino» de su promesa. Se dio cuenta de que lo que estaba pidiendo era una señal, un indicio que le orientara, y casi rio en voz alta ante lo absurdo de su deseo.

Apoyó el brazo en el borde de la lápida para incorporarse e iniciar el regreso. Desanduvo el camino entre las tumbas y llegó a la calzada, aunque la muralla de la ciudad todavía quedaba oculta por la bruma. Sin embargo, observó que algo avanzaba

hacia él entre la niebla, al principio a paso lento, pero cuando estuvo lo bastante cerca para reconocerlo, en una ciega carrera.

–*Sahib! Sahib*!

Era un mozalbete, uno de los reclutas más jóvenes que prestaban sus servicios en la guarnición.

–¡Te buscan en la alcazaba! ¡Ha llegado… un correo!

La falta de aliento le impedía hablar. Se sujetaba la barriga con la mano derecha y hacía esfuerzos para tomar aire.

–¡Un correo de Saraqusta, *sahib*! – Rio-. ¡Tus hermanos han tomado la ciudad!

Capítulo 12

Año 872, 258 de la hégira
Qurtuba

Fortún entretenía la espera bajo la sombra de un gran sauce en los espléndidos jardines del alcázar. Sentado en el borde de una alberca, apoyaba su brazo izquierdo sobre el pretil forjado, con la mirada clavada en el movimiento de uno de los incontables peces que la habitaban. Los días eran largos ya, y su cita diaria con Onneca se iba retrasando para evitar las horas más calurosas, pero en aquel momento la temperatura era deliciosa, los aromas de la primavera envolvían los sentidos, y el rumor del agua que brotaba por doquier proporcionaba una sensación de placentero frescor.

–¡Abuelo Fortún!

Volvió la cabeza al oír el sonido inconfundible de la voz de su joven nieto, que gritaba su nombre desde la puerta que comunicaba el palacio con aquel vergel. Su hija cruzó el umbral tras él, tan bella como cada día.

Fortún se puso en pie y acudió a su encuentro.

–¿Qué comes, muchacho? Eso tiene muy buen aspecto…

El pequeño Muhammad abrazó a su abuelo con cuidado de no mancharlo.

–Pan con aceite y miel. ¿Quieres un poco?

Fortún rehusó con una sonrisa, mientras besaba con suavidad el rostro de su hija.

–¿Cómo estás hoy, pequeña?

–Al parecer no tan bien como tú, padre -respondió ella risueña, al tiempo que tomaba asiento junto a la alberca.

El muchacho tiró de la manga de su abuelo, que se excuso con una mueca de diversión ante la madre, extrajo de su bolsillo un saquito de tela y desató con cuidado el cordón que lo cerraba. Muhammad metió su mano menuda en él y sacó un puñado de migas que, impaciente, comenzó a lanzar al centro del estanque. Al instante, el revuelo de docenas de peces que pugnaban por conseguir su parte hizo estallar al niño en carcajadas, mientras comprobaba que el abuelo no perdía detalle del tumulto provocado con su gesto. Fortún le cedió el saquito y se volvió hacia su hija.

–¿Qué se comenta en palacio? – se interesó, mientras con un gesto la invitaba a sentarse junto a él.

–El *harem* del príncipe es, como siempre, un hervidero de rumores. Pero todo lo que ya te conté acerca de la efervescencia en las tierras del Uadi Ibru se confirma palabra por palabra. Lo que extraña es la falta de respuesta del emir. A estas alturas ya debería estar en marcha la aceifa, si es que se fuera a producir.

–¿Y Abd Allah, tu esposo? ¿No habláis sobre estos asuntos?

–Abd Allah es reservado conmigo, padre. No olvides que ha sido Mutarrif quien se ha apoderado de Uasqa, tu propio cuñado, mi tío. Y sus hermanos se han hecho con la mismísima capital de la frontera superior.

–El príncipe sabe bien que ésas son alianzas políticas, de conveniencia.

–Quizá lo sepa… Sin embargo, noto que desconfía, padre. Desde que llegó la noticia de la revuelta, Abd Allah no es el mismo conmigo.

–¿Quieres decir…?

El rostro de Onneca se ensombreció por un instante, pero al momento recompuso su expresión.

–No te inquietes, padre. Sigo siendo la preferida, la *umm uallad*, la madre del primogénito -respondió mientras se ponía en pie y posaba la vista sobre el pequeño Muhammad, que reclamaba de nuevo su atención.

–Hay algo más que debo decirte, hija… He recibido un correo de Banbaluna. El rey, tu abuelo, da síntomas de agotamiento y, al parecer, ha manifestado su deseo de abdicar, de retirarse a descansar los años que le restan, como tiempo atrás hizo su padre.

–Pero tú eres el primogénito, padre. Tú debes ser el rey…

Fortún rio con desgana.

–¿Un rey cautivo a cientos de millas de su feudo? Es mi hermano Sancho quien me comunica todo esto… Y sí, al parecer es su intención que mi padre solicite del emir mi libertad para asumir la corona.

–¡El emir accederá! – repuso Onneca con aire risueño-. ¡Mi esposo intercederá en tu nombre!

Fortún sonrió. Sabía que la alegría que su hija demostraba era sincera, pero también sabía que, si todo aquello se hacía realidad, su ausencia le destrozaría el corazón.

–Es muy probable que así sea, hija. Pocos rehenes pasan doce años retenidos… pero soy yo quien no está seguro de desearlo.

–¡Padre! ¡Debes ser rey! Has dedicado toda tu vida a prepararte para este momento…

Fortún se inclinó hacia delante, se pasó la palma de la mano por los ojos cerrados y se pellizcó el nacimiento de la nariz con los dedos índice y pulgar. Luego se puso en pie y comenzó a caminar con las manos a la espalda.

–He reflexionado mucho sobre esto, Onneca… Sé que la milicia no está hecha para mí, y no por cobardía, sino por convicción. Si asumo el papel de rey, mi vida se va a convertir en un tormento. Me conoces bien, y sabes que soy más un hombre de letras y de religión. Por otra parte, he descubierto que mi vida está aquí contigo, y con mi nieto…

–Pero el rey te reclama…

–Sancho está dispuesto a asumir una regencia.

–Una regencia que hará recaer la corona sobre él cuando muera el rey García.

–No tiene por qué ser necesariamente así. Y si lo fuera… Dios lo habría querido. No voy a luchar por el trono, Onneca. Y no me voy a separar de ti mientras permanezcas en Qurtuba.

Capítulo 13

El príncipe Abd Allah contemplaba a su bella esposa vascona y a su hijo Muhammad desde una ventana de la antesala de las dependencias del emir, donde éste solía citar a sus colaboradores más próximos. Trataba de hacerlo de forma aparentemente casual, sin dejar de prestar atención a la conversación que se desarrollaba a sus espaldas: no sería correcto mostrar desinterés ante asuntos tan trascendentes como los que trataban sus interlocutores durante la espera. Estaba allí su hermano mayor Al Mundhir, el heredero, y junto a él se encontraba Abu Jalid Haxim ibn Abd al Aziz, el general más condecorado y apreciado por su padre y, sin duda, el personaje más influyente en palacio, sobre todo después de su nombramiento como *wazir.*

Las puertas se abrieron, y un chambelán estirado anunció que el emir se hallaba dispuesto para iniciar el consejo. Los tres hombres accedieron por una puerta lateral al espacioso y acogedor salón, y presentaron sus respetos de forma breve pero ceremoniosa. Muhammad se encontraba acomodado en un amplio sitial, y tras él un grupo de funcionarios esperaban para cumplir su cometido como asesores y escribientes.

–Mi fiel Haxim… -respondió al saludo-. Al Mundhir, Abd Allah…, adelante, tomad asiento. El hombre al que esperábamos ha llegado y es el momento de informarle de los planes que hemos trazado. Por eso os he mandado llamar: quiero que todos estéis presentes en esta entrevista, a todos nos concierne.

Bastó un simple gesto para que el chambelán se encaminara hacia la puerta principal, cuyas enormes hojas fueron abiertas por dos lacayos. En pie, al otro lado, aguardaba un hombre de rasgos inequívocamente árabes ataviado con las ricas vestiduras propias de un personaje de alcurnia y cuyo cabello completamente cano daba cuenta de su edad. Avanzó con la cabeza alta y paso decidido hasta situarse a diez codos del soberano, y entonces se llevó la mano diestra al vientre para hacer una profunda reverencia. Repitió el gesto a derecha e izquierda ante los dos hijos del emir, y finalmente saludó al *wazir* Haxim.

–Majestad… -Fue el único sonido que salió de su boca, a la espera de que el emir se dirigiera a él.

–Querido Abd al Aziz -comenzó el soberano-, te habrás preguntado por qué te he mandado llamar, quizá con temor, porque en los últimos tiempos las llamadas a mis súbditos han sido más para reconvenir actitudes que para prodigar parabienes. Si es así, puedes estar tranquilo. Los tuchibíes habéis servido bien a mi familia allá en los confines de Al Andalus desde hace generaciones, y en circunstancias que no han sido fáciles, lo sé, y por eso se te ha recompensado con este retiro del que disfrutas en la capital del emirato.

El anciano inclinó ligeramente la cabeza en señal de gratitud y, tratando de disimular el gesto, cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

–Pero… ¡Allah sea loado! Perdona mi desconsideración y toma asiento junto al príncipe.

Abd al Aziz murmuró unas palabras de agradecimiento y ocupó el lugar que se le indicaba.

–Habrás tenido noticia por tus hijos de que he dado orden de reconstruir y reforzar las murallas de Qala't Ayub, la *madinat* donde se asienta tu familia. Es el momento de explicarte con qué intención. Sabes de la reciente rebelión de los hijos de Musa ibn Musa, una acción concertada por todos ellos en la que también participan los infieles de Banbaluna, sus parientes, y quién sabe si el rey Alfuns.

»Hemos meditado mucho la respuesta, que debe ser contundente, pues un acto de sedición como éste no puede quedar sin castigo, a menos que queramos ver a decenas de caudillos siguiendo su ejemplo en nuestras fronteras. Tendrán tiempo de arrepentirse de su osadía cuando vean los estandartes de los omeyas ante sus murallas. Pero eso no va a suceder inmediatamente…

Se interrumpió y dirigió su mirada al general Haxim, que se apresuró a tomar la palabra.

–Lo que nuestro emir quiere decir es que una aceifa enviada desde Qurtuba es una empresa extremadamente costosa, y no siempre se obtienen los efectos deseados, pues la conquista de las fortalezas requiere más tiempo del que se dispone en una expedición de verano. Saraqusta es una ciudad bien amurallada, y su defensa es sencilla… si no intervienen la traición y el chantaje.

Haxim pronunció las últimas palabras con evidente intención y despecho.

–Por ello -prosiguió-, nuestro emir Muhammad ha pensado en situar las fuerzas de Qurtuba en sus puertas. Y los tuchibíes, tus hijos, serán los encargados de combatir a esos renegados, ¡que Allah confunda!

El *wazir* había ido elevando el tono hasta acabar en un auténtico baladro. El enfado, que era incapaz de ocultar, unido a su presencia imponente acabaron por intimidar al invitado que, lejos de mostrar satisfacción por lo que estaba oyendo, pareció encogerse en su asiento. Haxim recompuso el gesto y se dirigió a un panel de madera situado a su espalda, retiró el lienzo que lo cubría y tomó una fina batuta por el extremo.

–Éstas son las principales ciudades en la frontera: Saraqusta, Uasqa, Larida, Tutila… todas ellas, ahora, en poder de los Banu Qasi. Pues bien, para asegurar vuestro cometido, se van a reconstruir y a poner bajo el control de tus hijos algunas fortalezas ubicadas al sur de Saraqusta -señaló-. Queremos que nos digas, según tu experiencia y el conocimiento que tienes de la zona, cuáles son los castillos más útiles para nuestros intereses.

Abd al Aziz al Tuchibí tardó en responder, aparentemente abrumado.

–Allah el Todopoderoso inspira tus decisiones, Muhammad, y ahora veo claro por qué te ha elegido para guiar a su pueblo -empezó con tono adulador-. Con tus palabras reconoces la labor de mi familia durante generaciones, y nos encargas el papel de enfrentarnos a los poderosos Banu Qasi, que dominaron las tierras del Uadi Ibru desde el tiempo de la conquista. Lo que me planteas es inteligente, porque no sólo asientas una barrera frente a su expansión hacia el sur, sino que evitas que esas fortalezas se sumen a la revuelta. Estoy seguro de que no habéis olvidado los afectos que mantienen entre los naturales de la zona. La misma ciudad de Qala't Musa fue fundada por el padre de los rebeldes.

El patriarca de los tuchibíes dejó de hablar, se ayudó con ambos brazos para ponerse en pie y se dirigió, con la pierna visiblemente entumecida, al mapa de la Marca. Haxim le cedió la batuta.

–Creo que, además de Qala't Ayub, deberías reforzar las defensas de Daruqa y la propia Qala't Musa -explicó a medida que desplazaba el puntero hacia el sur-. Quizá también Sumit y Furtis.

El emir asintió, y el gesto afirmativo de Haxim confirmó su decisión.

–Así se hará. Mañana mismo saldrán correos con las órdenes y los fondos necesarios para acometer la empresa. Tus hijos estarán al frente y dispondrán de libertad de acción y de los recursos que precisen. Hasta la próxima primavera volcaos en este objetivo; entonces tendréis noticias mías.

El emir hizo una señal a dos de los escribanos.

–Redactad, de acuerdo con lo que aquí habéis oído, una cédula de nombramiento a favor de los hijos de Abd al Aziz al Tuchibí. Y añadid una cláusula por la que se conceden cien dinares de oro por campaña a cada uno de ellos.

Muhammad observó que los ojos del anciano brillaban con codicia, y no era de extrañar: aquella fortuna haría rica a su familia.

–Recuérdalo, Abd al Aziz, y transmítelo así a los tuyos: quiero que los tuchibíes se conviertan en una pesadilla para los Banu Qasi.

Capítulo 14

Uasqa

Uasqa distaba mucho de ser una ciudad en calma. Los acontecimientos del último año la habían convertido en un auténtico hervidero en el que los intereses de cada grupo, los deseos de venganza y las conspiraciones anulaban cualquier intento de control efectivo por parte del nuevo gobernador.

Cierto era que la facción muladí mayoritaria había conseguido imponer su ley y habían llamado a Mutarrif ibn Musa para ofrecerle el gobierno de una ciudad que ya ejerciera una década atrás. Pero el representante de los Banu Qasi no había asumido el control de forma pacífica. Los partidarios de Abbas, el gobernador omeya preso en las mazmorras de la alcazaba, se hacían oír cada vez con mayor frecuencia e intensidad, y por otra parte estaban los muladíes afines a los Banu Amrús, cuyo principal representante, Amrús ibn Umar, intrigaba desde algún lugar no demasiado lejano, protegido en las montañas que eran feudo de los *sirtaniyyun*. Los enfrentamientos armados se sucedían desde el invierno anterior, y tras una decena de asesinatos a sangre fría, la ciudad había quedado sometida a una especie de estado de sitio no declarado que nadie se atrevería a romper sin poderosas razones.

No era esto lo que Belasquita Garcés había esperado cuando su esposo fue llamado a Uasqa. El suyo había sido un matrimonio en el que las razones políticas habían pesado más que sus deseos. Había conocido a Mutarrif en la época en que las relaciones entre los Arista de Pampilona y los Banu Qasi todavía eran estrechas, y el enlace se concertó a pesar de los doce años de edad que los separaban. Ella era una joven de apenas dieciocho años, muy consciente de la atracción que ejercía entre los hombres y acostumbrada a una vida no exenta de comodidades, aunque el castillo de Pampilona estaba lejos de parecerse a los palacios de ensueño que imaginaba al escuchar las historias sobre lejanos reinos, mucho más allá de las montañas del norte y al otro lado del mar del oriente.

Las cosas habían ido bien al principio: ciertamente su esposo tampoco carecía de atractivo y, aunque fue ella la que hubo de adoptar las costumbres musulmanas, llegaron a quererse. Como esposa del entonces wali de Uasqa, disfrutaba de una posición envidiable, representaba a la perfección su papel y se dejaba adular por los notables de la ciudad, no sólo por su condición de consorte de un gobernador que la exhibía con orgullo, sino como la hija que era del rey de Pampilona. Nacieron sus tres hijos varones, que crecieron felices entre Uasqa y Pampilona, hasta que las relaciones entre su padre y los Banu Qasi comenzaron a torcerse. Fue tras la batalla de Uadi Salit, en la que los pamploneses apoyaron a los toledanos y al rey Ordoño contra

Musa ibn Musa, cuando Mutarrif hubo de prohibir a su esposa cualquier contacto con su familia.

A partir de ahí, las cosas no dejaron de empeorar: su padre fue secuestrado por los normandos y los Banu Qasi se negaron a colaborar en el pago del rescate exigido. Quería creer que su esposo había intercedido para que aquella ayuda en forma de oro llegara a manos de su familia en Pampilona, pero la decisión del Consejo fue tajante. Cuando Mutarrif respondió a su mirada interrogadora moviendo la cabeza en señal de negación, algo se rompió en su interior, durante semanas se negó a dirigir la palabra a su esposo, y su matrimonio inició una peligrosa deriva.

Llegó la batalla de Al Bayda, donde Ordoño venció a su suegro, Musa ibn Musa, quien pudo conservar su vida, pero no el aprecio del soberano Muhammad. La derrota trajo consigo la aceifa contra Banbaluna a manos del propio emir, que arrastró hasta Qurtuba como rehenes a su hermano Fortún y a su sobrina Onneca. Y por fin, la muerte de Musa, la definitiva pérdida de influencia de los Banu Qasi y la desposesión de los cargos que ostentaban sus hijos, el de Mutarrif como gobernador de Uasqa entre ellos.

Los últimos diez años habían sido duros, pues Belasquita vivió como la esposa de un simple oficial, con tres hijos a su cargo en una vivienda de Saraqusta que sólo se podía calificar de humilde. Porque hubiera resultado imposible seguir en Uasqa, soportando el desprecio de quienes antes rivalizaban por su amistad. Durante aquellos años no fueron pocas las ocasiones en las que sopesó la posibilidad de huir, de regresar con su familia a Pampilona, pero hacerlo con sus hijos era impensable, tanto como abandonarlos junto a su padre en Saraqusta.

Sin embargo, en el otoño anterior la suerte pareció volver a sonreírle, y la llamada a Mutarrif para hacerse cargo de nuevo del gobierno de Uasqa había hecho renacer todas sus esperanzas. Unas esperanzas que duraron lo que duró el viaje, pues a su llegada encontró una ciudad en pie de guerra, donde la gente no pensaba en disfrutar de la vida social, sino en defender sus posesiones y la propia vida. Su esposo, en vista de la situación y con el fin de preservar su seguridad, decidió que permaneciera confinada en la residencia del gobernador, dentro de la alcazaba, y, sin hijos a los que atender, el tedio se había instalado entre los muros de aquel retiro forzado.

Muhammad, Musa y Lubb, sus tres hijos, habían pasado ya de la veintena, y servían como oficiales en la guarnición que defendía la ciudad. Sólo se reunían al anochecer, durante la cena, y eso si no surgían imprevistos que dieran al traste con el único momento de intimidad familiar. Belasquita únicamente deseaba que su esposo consiguiera acabar con aquella situación de inestabilidad, de modo que interrogaba a los cuatro hombres sobre los últimos acontecimientos, sobre las nuevas alianzas y desafecciones que a diario se manifestaban, sobre las decisiones que pensaban tomar… También durante el día buscaba información entre los funcionarios y los

altos oficiales de la alcazaba, hasta que consiguió estar al tanto de cuanto acontecía entre los muros de la ciudad. Cada día que pasaba sin que pudiera ponerse coto al desorden, servía para convencerla más de la necesidad de mano dura, y así trataba de hacérselo entender a su esposo. Sabía que no podría soportar un nuevo destierro, por voluntario que fuera, lejos del papel principal al que su nacimiento la había destinado, y era por tanto vital que Mutarrif mantuviera el poder en Uasqa.

Recordaba perfectamente la frase que utilizó aquel día, la que pareció convencer definitivamente a Mutarrif. La había escuchado a menudo en su añorada Pampilona, tierra de buenos pastores, y la pronunció durante la cena: «Apresúrate a dar muerte a las fieras y tendrás el ganado tranquilo. No quedes como el pastor que ha tenido que degollar a sus ovejas.»

Recordaba incluso la fecha de aquella conversación, porque sus cuatro hombres la acompañaban alrededor de la mesa que habían dispuesto en el patio para disfrutar del frescor de la noche tras una tórrida tarde de verano. Entre las miríadas de astros que titilaban sobre sus cabezas, cruzaban el cielo, como cada año, decenas de estrellas fugaces, «lágrimas de San Lorenzo», las llamaban sus vecinos mozárabes. Mutarrif había guardado silencio, reflexionando sobre las palabras que acababa de escuchar. Quizás interpretó el espectáculo que se ofrecía a sus ojos como una señal, nunca lo sabría, pero lo cierto es que sus miradas se cruzaron, y él balanceó la cabeza en señal de afirmación.

Capítulo 15

Año 873, 259 de la hégira
Uasqa

Las puertas de la ciudad amurallada no tardarían en cerrarse, en cuanto el sol se ocultara tras los montes. El muecín había llamado ya a los fieles a la *salat al magrib*, la oración vespertina, y los más rezagados se apresuraban a regresar desde los campos cercanos. Una carreta desvencijada tirada por un buey solitario sería la última en atravesar la puerta con su carga de heno. Su amo, cubierto de sudor y lanzando imprecaciones, azuzaba a la bestia, que se resistía a avanzar.

–Said, has cargado demasiado el carro -rio uno de los guardias-. ¡Esa bestia ya no está para subir cuestas con semejante peso!

–¡Bien puedes decirlo, maldita sea! ¡El matadero, ése será su próximo viaje!

El campesino alcanzó la entrada, pero las ruedas toparon con el reborde de piedra que hacía las veces de marco. Los guardias cruzaron una mirada de hastío, y uno de ellos se dispuso a empujar la parte trasera, mientras el segundo ayudaba tirando del ronzal.

–¡Que Allah te confunda, Said! – maldijo el primer guardia-. ¡No vuelvas a llenar así el carro o tendrás que pagar a quien te ayude, viejo avaro!

Por fin las ruedas salvaron el obstáculo y encontraron el terreno llano y liso de la calle que conducía al centro de la *madinat.*

–¡Mañana tendréis vuestra recompensa! – gritó mientras se alejaba-. ¡Tengo buena fruta en los bancales del río!

Si los dos guardias notaron algún temblor en la voz del arriero, lo achacaron sin duda al esfuerzo. Éste avanzó por las calles intercambiando saludos hasta llegar a un portón que se apresuró a abrir con una enorme llave de madera y, con un último forcejeo, introdujo el carro en un patio rodeado de estancias que hacían las veces de caballeriza y corral.

Regresó a la entrada, y aún asomó la cabeza al exterior para examinar ambos extremos de la calle antes de cerrar las dos hojas, anclarlas al suelo con sus pasadores y asegurar la puerta con una pesada traviesa. Sólo entonces volvió hacia el carro, tomó la horca sujeta en uno de los laterales y comenzó a retirar con prisa la paja amontonada sobre él.

–¡Pssst! – chistó con voz apenas audible, una vez que la mitad de la carga yacía sobre el suelo.

El heno restante empezó a agitarse, y de él surgió una mano que se sujetó en el borde de la carreta, hasta que el pasajero clandestino pudo incorporarse por completo.

Su rostro estaba congestionado y los ojos, enrojecidos. Se deshizo de la paja que aún lo cubría y saltó al suelo, donde quedó frente al arriero. En un gesto impulsivo, se abrazó a él.

–¡Maldito Said! – rio-. ¡Me has hecho pasar miedo! Los estornudos provocados por el heno han estado a punto de acabar con los dos en las mazmorras. La próxima vez que pretenda pasar desapercibido me procuraré un hábito de monje…

–Acuérdate de mí si tus planes tienen éxito, y mándame dos buenos bueyes y una carreta nueva.

–Pocas son tus aspiraciones, amigo…, algo más te corresponderá. Arriesgas mucho prestándonos tu casa y tu ayuda. ¿Habrán llegado ya?

–Eso espero, mi esposa se habrá encargado de recibirlos. Compruébalo tú mismo.

Los dos hombres cruzaron la puerta que conducía al interior de la vivienda y, antes de que pudieran acomodar la vista a la falta de luz, accedieron a una espaciosa estancia.

–¡Amrús está aquí! – anunció Said.

Una decena de hombres interrumpieron su conversación y se dirigieron hacia la puerta para abrazar al recién llegado.

–¡Bienvenido seas, Amrús!

–¡Bienvenido, ciertamente! ¡Nuestras esperanzas están puestas en ti!

Amrús ibn Umar se detuvo a saludar uno por uno a todos los presentes, y sólo entonces aceptó tomar asiento, sacudiéndose aún los restos de paja que permanecían adheridos a sus ropas. Aceptó la copa que le ofrecían y bebió con avidez mientras observaba a sus interlocutores. Se limpió la boca con el borde de la manga y se dispuso a hablar.

–Supongo que no tenemos tiempo que perder, pero necesitaré que me pongáis al corriente de la situación en la ciudad…

Un hombre joven con un notorio parecido a Amrús tomó la palabra.

–Yo lo haré -dijo al tiempo que se ponía en pie-. He hecho lo posible por contactar contigo, y ahora te tenemos aquí.

–Lamento la muerte de tu padre, Zakariyya, y de tus dos hermanos, Ahmed -se adelantó Amrús-. Pero te aseguro que su muerte no habrá sido en vano. Eran mi tío y mis primos, y los Banu Amrús sabremos tomar cumplida venganza.

–Nadie esperaba que ese sacrificio se viera recompensado con la cesión del gobierno de la ciudad a uno de los Banu Qasi…

–Entonces sus partidarios eran mayoría, Ahmed. Pero eso ha cambiado, ¿no es cierto?

–Así es, así es -recalcó-. Mutarrif no conseguía dominar las continuas revueltas en la ciudad y…

–Revueltas en las que adivino que vosotros tendríais algo que ver -lo interrumpió

Amrús con gesto irónico.

–No sólo nosotros… también los partidarios del gobernador nombrado por el emir, luego depuesto por los partidarios de los Banu Qasi.

–¿Sigue Abbas encarcelado?

–En efecto, si es que no ha muerto ya… Pero, como te explicaba, la inestabilidad ha empujado a Mutarrif a tomar medidas muy impopulares.

–La inestabilidad… -intervino otro-, ¡y esa furcia que tiene por esposa!

–¿Belasquita? – inquirió Amrús.

Ahmed afirmó con la cabeza.

–Toda la ciudad sabe que fue ella quien persuadió a su esposo para que empleara la mano dura… ¡y vaya si lo ha hecho! Desde el verano han sido ejecutados más de una decena de opositores, todos en público, como escarmiento. Entre ellos, cuatro de tus partidarios.

–Eso nos favorece -señaló Amrús-, una cristiana alentando al gobernador para que ejecute a musulmanes… y no sólo árabes, sino muladíes también.

–Es algo que ya se ha vuelto contra el gobernador… Nos hemos encargado de extender rumores sobre el supuesto interés de esa zorra por entregar la ciudad a su padre, ese reyezuelo vascón.

Amrús sonrió con una expresión de aprobación…

–Ésa será parte de vuestra labor a partir de ahora. Tenéis el invierno por delante para ganar adeptos a nuestra causa. Los Banu Amrús han sido los señores de Uasqa durante generaciones… y así debe volver a ser.

Capítulo 16

Belasquita, acomodada sobre su mula sin albardar, franqueó los muros de la alcazaba tras el frugal almuerzo que, como cada día, no había compartido con ningún miembro de su familia y se dispuso a cubrir la distancia que la separaba de su destino aquella soleada tarde de primavera. Aunque los disturbios habían cesado en la ciudad, no era prudente que la esposa del gobernador la atravesara sin la escolta adecuada y, obedeciendo las órdenes estrictas de Mutarrif, siempre se hacía acompañar en sus salidas por un grupo de soldados de la guardia. Pero aquella tarde no lo haría, pues lo último que necesitaba era a un grupo de mozalbetes persiguiendo a su comitiva sin dejar de llamar la atención. Por ello había evitado en su indumentaria cualquier signo que delatara su posición, había velado su rostro y salió acompañada por uno solo de sus sirvientes de confianza, que en aquel momento caminaba delante de la montura sujetando las riendas.

Recorrió las calles principales de la *madinat*, donde, arracimadas en torno a la mezquita, se concentraban las viviendas de los notables árabes y los muladíes más acomodados. Siguió sin detenerse hacia la parte más alejada del recinto, cercana ya a la muralla exterior, el lugar donde se ubicaban las casas de los *dimnis*, los habitantes que se habían resistido a abrazar el islam. No todas eran viviendas humildes, pues aunque cristianos y judíos se veían obligados a desempeñar los oficios más bajos, los mejor situados podían satisfacer al comienzo de cada año el pago de la *jizya*, el impuesto de capitación que les permitía conservar su fe.

No era humilde la vivienda ante la cual se detuvo Belasquita, a juzgar por el gran portón que permitía el paso de carros y caballerías. Junto a ella se alzaba un edificio de mayores proporciones cuyo acceso extrañamente se hallaba tapiado con grandes bloques de adobe.

–¿Es ésta la iglesia de la que me hablaste, ama?

Belasquita afirmó con la cabeza mientras su mula se paraba.

–¿Por qué han tapiado las puertas?

–Ya sabes que a los mozárabes se les permite el culto, pero no todos los árabes están de acuerdo con eso. Durante las últimas revueltas, la iglesia había sido objeto de demasiados asaltos y profanaciones, y la comunidad decidió tabicar los accesos desde el exterior.

–Pero sigue dedicada al culto, ama, tú misma dijiste…

–Nuestro anfitrión recibe ahora a los fieles a través de su casa. Se ha practicado una abertura en el muro que comunica su patio con la iglesia.

En aquel momento, alguien que sin duda esperaba su llegada abrió el portón desde el interior, facilitó la entrada a los visitantes y volvió a cerrarlo de inmediato.

–Te doy la bienvenida, Belasquita. Considérate en tu casa, y cuenta con mi

discreción y la de mi familia.

–Conoces mi situación, y sabes que te lo agradezco, Damián.

–Puedes pasar, te indicaré el camino.

El hombre dirigió sus pasos hacia el zaguán desde el cual se accedía al patio central de la casa, y una vez allí señaló una plancha de madera apoyada contra la pared del fondo. A una señal suya, uno de los fornidos sirvientes retiró la tabla, y ante ellos apareció un hueco lo bastante amplio para permitir el paso de una persona.

–Tómate el tiempo que quieras. Nuestro sacerdote está ausente, visitando las aldeas vecinas, y posiblemente no regresará hasta el sábado, a tiempo para celebrar la misa dominical.

Belasquita se adentró en el templo y tardó en acomodar la vista a la escasa luz que penetraba desde lo alto a través de seis reducidas ventanas practicadas en los muros de piedra laterales. En la parte frontal no había ninguna, porque sin duda el ábside se apoyaba directamente contra la muralla exterior de la ciudad. La mujer se colocó en el centro, hizo una genuflexión y se persignó inclinando la cabeza. Ante ella, en el altar, titilaba un cirio de sebo, y tras él, un gran Cristo de madera bellamente policromada presidía el recinto sagrado. Se acercó despacio hasta el escalón que marcaba el inicio del altar para alcanzar el tosco reclinatorio que ocupaba el lugar central, sobre una desgastada alfombra de lana rojiza. Apoyó los codos en la madera y hundió la cara entre las manos.

Para ser desposada por Mutarrif, había tenido que abrazar la fe de su esposo, al menos de forma oficial, pues la ley islámica prohibía el matrimonio de un musulmán con una infiel. Había adoptado las costumbres de su nueva familia, había aprendido las normas del culto y respetaba todos los preceptos, pero la fe de sus mayores seguía arraigada en su corazón, y así sería mientras viviera. Al principio se había limitado a rezar a su Dios en soledad, pero pronto entró en contacto con miembros destacados de la comunidad mozárabe de Uasqa y con el tiempo comenzó a acudir, discreta y esporádicamente, a algunas de sus celebraciones. Esto había terminado bruscamente unos meses atrás, cuando Mutarrif, al tanto de las murmuraciones que circulaban por la ciudad, le había prohibido cualquier acercamiento a la comunidad cristiana.

Su esposo estaba al tanto de sus prácticas, y en todos esos años nunca había intentado interrumpirlas. Él mismo observaba los preceptos del islam de forma tibia, y no había puesto ninguna objeción a la hora de incluir en el contrato matrimonial la cláusula mediante la cual renunciaba expresamente al derecho de disfrutar de más de una esposa. Pero ahora sus opositores se servían de la maledicencia para tratar de minar su autoridad y su prestigio. Belasquita sabía que su esposo tenía razón: si se llegara a probar que el gobernador permitía a su esposa, y en su propia casa, prácticas propias de infieles, sus días como wali estarían acabados. De hecho temía que los árabes, partidarios de la autoridad de Qurtuba, de acuerdo con los alfaquíes y los

ulemas, estuvieran tramando una denuncia por apostasía que depositara su autoridad en manos del *qadi*.

Belasquita era consciente de que actuaba mal volviendo al lugar en el que se hallaba, pero en la soledad de su vida cotidiana sentía aquello como una necesidad. Era para ella una liberación postrarse ante aquel altar y rezar, rogar a su Dios por sus seres queridos, pasar revista a sus actos y pedir perdón por sus pecados. Necesitaba experimentar de nuevo la sensación de plenitud y liberación con la que salía de aquel pequeño templo, y le resultaba incluso agradable sentir el entumecimiento de sus músculos en aquel reclinatorio, el dolor sordo en sus rodillas. Cuando miraba al frente y contemplaba en medio del silencio la imagen de aquel Cristo crucificado, el tiempo se detenía, mientras trataba de entender los misterios que aquel sacrificio implicaba, tal como se lo habían explicado durante la niñez.

Una serie de golpes fuertes en el exterior la sacó de su ensimismamiento y puso en alerta sus sentidos. Ignoraba el tiempo que llevaba allí, pero la escasa luz inicial había dado paso a la penumbra. Los golpes se reanudaron, y decidió cruzar la abertura en el muro para salir al patio de la casa. Nada más hacerlo, percibió un fuerte olor a madera quemada y, al alzar la vista, aún parcialmente cegada por la claridad, comprobó que una capa de humo gris velaba la luz del sol. Un incendio en los pajares quizás, a juzgar por el lejano rumor de gritos y sonidos confusos.

Se apresuró a través del zaguán y observó cómo Damián despedía a sus visitantes y tomaba una pesada traviesa para bloquear la entrada a la casa. Al volverse, sus ojos se encontraron con los de la mujer, y Belasquita percibió el terror en su mirada.

–Por Dios, Damián, ¿qué sucede?

El hombre no respondió inmediatamente, sino que fijó la mirada en el suelo.

–¡Habla, Damián! – gritó fuera de sí, al tiempo que sacudía a su anfitrión por los hombros-. ¿Le ha sucedido algo a Mutarrif?

El aludido alzó el rostro lentamente, y Belasquita vio en sus ojos amargura y compasión.

–Los hombres de Amrús han asaltado la fortaleza… por sorpresa. Al parecer contaban con numerosos apoyos dentro de la ciudad… Los han hecho prisioneros a todos, Belasquita.

–¿Qué quieres decir? – aulló la mujer, incapaz de asimilar lo que escuchaba.

–Tu esposo y tus hijos… acaban de darme la noticia. Han visto cómo los sacaban encadenados de la alcazaba… camino de las mazmorras.

Belasquita lo miró sin verlo, inmóvil, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Pero al instante siguiente se había abalanzado sobre el portón y, frenética, trataba de liberar la pesada traviesa que lo aseguraba. Damián se le acercó por detrás y con firmeza la sujetó por los hombros para apartarla de allí.

–Mi pobre muchacha… lo que pretendes es inútil. Sólo conseguirías caer en sus

manos, porque sin duda a ti también te buscan. – Hablaba con ternura, pero no aflojó la presión de sus manos.

Belasquita poco a poco cesó de oponer resistencia, giró su cuerpo y se dejó caer al suelo, sentada, presa de un llanto incontenible.

–Debes ocultarte aquí hasta que encontremos la manera de disponer tu huida, serás más útil a tus hijos y a tu esposo fuera de las mazmorras. Sin duda tu familia podrá reunir el rescate que ese Amrús pida a cambio de su libertad.

Un atisbo de esperanza asomó a los ojos de la mujer, que se puso en pie de inmediato.

–Debo salir de Uasqa enseguida, Damián.

–No será fácil, muchacha. La guardia ya estará advertida… Pero me ocuparé de que tu padre sea informado.

–Los hermanos de mi esposo, los Banu Qasi… ellos me ayudarán.

–Pensemos en todo ello -dijo con serenidad mientras, oprimiéndole ligeramente los hombros, la conducía de nuevo al interior de la casa.

Se encontraban a punto de entrar en el zaguán cuando oyeron un nuevo revuelo en el exterior, voces que impartían órdenes imperiosas, una confusión de cascos y relinchos de caballos. Damián se detuvo y aguzó el oído. Luego retrocedió sobre sus pasos y comenzó a organizar a los sirvientes.

–¡La mula! – musitó a uno de ellos, al tiempo que señalaba hacia las cuadras.

Se acercó al acompañante de Belasquita y lo tomó por el brazo.

–Entra en la casa. Eres mi criado y no has oído nada -susurró.

En ese momento, el portón exterior tembló bajo los golpes. Damián se dirigió a un tercer criado y se hizo entender con gestos: primero movió las manos arriba y abajo con las palmas abiertas, después cerró los puños y los separó despacio, para acabar señalando con la cabeza a Belasquita. El lacayo asintió una vez comprendido el mensaje: «Esperas y luego abres la puerta, mientras yo me ocupo de ella.»

Damián centró su atención en la mujer que aguardaba atemorizada para entrar en el edificio.

–Sígueme. Y no temas, no permitiré que en mi casa te suceda nada malo.

Los golpes amenazaban con tirar la puerta abajo.

–¡Ya va, ya va! – gritó el criado cuando retiraba la traviesa.

Se hizo atrás a tiempo de evitar que el portón lo golpeara cuando se abrió hacia dentro con violencia. El primero en acceder al recinto fue un joven oficial al que enseguida rodearon media docena de soldados fuertemente armados. Con una mirada barrió el lugar.

–Tenemos orden de registrar la casa -anunció en tono imperioso.

–¿Quiénes sois, y qué buscáis en casa de mi amo?

–¡Yo hago las preguntas, imbécil! – estalló-. ¿Dónde está él?

–Reza en el oratorio.

–Respóndeme rápido a lo que te voy a preguntar, y no se te ocurra mentirme porque lo pagarás caro: ¿está aquí Falisquita, la esposa del gobernador?

El criado compuso un gesto de extrañeza.

–No, señor -respondió con aplomo-. No me he movido de aquí en toda la tarde, y le aseguro que mi amo no ha recibido visitas.

El oficial reaccionó descargando un golpe seco en la boca del lacayo con su brazo derecho.

–¡Mientes, maldita sea! Ha sido vista cuando abandonaba la alcazaba, y se dirigía hacia esta zona de la ciudad. Sabemos que acudía a esta casa con frecuencia, a deshonrar a su esposo rezando a su dios…

–Hubo una época en que así fue, señor -concedió el criado con la boca ensangrentada-. Pero hace meses que sus visitas cesaron.

–¡Llévame hasta tu amo! Y vosotros, ¡registrad la casa palmo a palmo!

El sirviente cruzó el recinto y atravesó el zaguán de la casa seguido por el oficial, que escrutaba cada detalle que se ofrecía a sus ojos. Accedieron al patio central y se encaminaron hacia el hueco practicado en el muro. Con un gesto, el criado indicó el lugar donde se encontraba su amo, y el oficial agachó la cabeza para entrar.

–Algo muy grave debe de suceder cuando te atreves a interrumpir la oración de un hombre en su propia casa.

El recibimiento sorprendió al soldado, pero no lo amilanó.

–¿Dónde está la esposa del gobernador, sucio *dimni*?

Damián se levantó del reclinatorio que ocupaba ante el altar y se colocó frente al oficial.

–¿Cómo te atreves a entrar en la casa de Dios para ofenderlo así?

El golpe seco del puño sobre el estómago lo cogió por sorpresa y le hizo perder el equilibrio. Dio contra el suelo tras caer sobre el reclinatorio, que se hizo astillas.

El oficial contempló la imagen que presidía el altar.

–Así que es aquí donde adoráis a vuestro falso profeta… junto a la esposa de un wali musulmán. ¡Era hora de acabar con tal indignidad! Busco, maldito, a la mujer que ha estado induciendo a su marido para que degollara a los mejores de los nuestros, ¡a devotos musulmanes! Y era en este sitio donde tejíais vuestras intrigas…

–Nunca se ha utilizado la casa de Dios para tales desatinos.

–¡Calla, perro! ¡Responde a lo que te pregunto! Por última vez, ¿dónde escondes a esa mujer?

Damián se incorporó sujetándose el brazo, donde una astilla le había producido un profundo corte. La sangre manaba profusamente y goteaba sobre la vieja alfombra para confundirse con la lana.

–Desde la celebración de nuestra fiesta del nacimiento de Cristo, el pasado

invierno, Belasquita no ha puesto los pies en este lugar -mintió.

Dos soldados irrumpieron en el templo, y uno de ellos movió la cabeza en señal de negación. Una mueca de contrariedad se dibujó en el rostro del oficial, que fijó su mirada en Damián.

–¡Detenedlo! – ordenó con voz grave-. Sabremos arrancarle la verdad y, si no, responderá por su felonía. ¡Ahora sacadlo de aquí!

Una vez a solas en la iglesia, el oficial regresó hacia el altar. Con varias patadas bruscas, retiró los fragmentos de madera que habían quedado esparcidos por el suelo y se agachó sobre la alfombra. La tomó de un extremo y con un solo movimiento la retiró hasta los escalones. Ante él apareció una recia plancha de madera provista de un aro de hierro a modo de asidero. Se colocó sobre ella y tiró hasta que la trampilla cedió y dejó al descubierto unas escaleras que se perdían en la oscuridad de un profundo subterráneo.

–¡Guardias! – llamó.

Capítulo 17

Amrús en persona había dado la orden de encarcelar al gobernador junto a sus tres hijos, a los que en aquel momento un grupo de sus fieles estaría trasladando hasta los subterráneos de la fortaleza a través del patio enlosado. Pero había cambiado de opinión, él mismo se encargaría de encerrarlos: debía tejer la urdimbre de su plan desde el principio.

Descendió con rapidez las escaleras de la alcazaba, ya iluminadas con las habituales lámparas de aceite, y salió al exterior. Se apresuró a través del patio de armas y accedió al torreón meridional. En su interior la oscuridad habría sido absoluta de no ser por una tea sujeta al muro, que permitía vislumbrar el comienzo de una amplia rampa de caracol. Tomó la antorcha con la mano derecha y comenzó a descender hasta que oyó los sonidos apagados de las voces que le precedían.

–¡Deteneos! ¡Esperad! – gritó.

Siguió bajando y pronto se topó con los más rezagados, que se hicieron a un lado para franquearle el paso. Fue adelantándolos a todos hasta llegar a quien comandaba el grupo. Ante él, encadenados y con las cabezas abatidas, como tratando de evitar verse los unos a los otros, esperaban los cuatro prisioneros.

–Dejadme paso.

Al cruzarse con su rival, no reprimió el impulso de contemplar su rostro con detenimiento. Aun con la mirada baja, el rictus de sus labios expresaba rabia y desprecio. Tenía restos de sangre en la barba y en la túnica, sin duda como consecuencia de su apresamiento. Amrús no pudo contener un estremecimiento de satisfacción.

–¡Abrid la puerta! – ordenó a los que parecían ser los carceleros.

Los goznes chirriaron y un soplo fétido invadió el lugar cuando la orden fue ejecutada, y uno de los hombres se adelantó con la tea que portaba para tratar de disipar la oscuridad total que reinaba en el interior. Amrús lo siguió y un gesto de profundo asco se dibujó en su rostro. Ante ellos, unos estrechos escalones descendían hasta el suelo de una estancia de cincuenta codos desde donde, sorprendidos, decenas de pequeños ojos devolvían el reflejo de las antorchas. Las ratas corrieron asustadas a ocultarse en las oquedades de los muros y en la decena de mazmorras que se abrían a ambos lados. Un penetrante olor a amoniaco y a heces hacía el ambiente irrespirable, y Amrús no pudo evitar llevarse la mano a la nariz en un intento de protegerse.

–¿Dónde está?

El carcelero le hizo un gesto para que lo siguiera. Descendieron hasta el final y avanzaron por el suelo embarrado hasta detenerse frente a una de las puertas de toscos barrotes de hierro. Al fondo, bajo la luz vacilante de las antorchas, se adivinaba un bulto más oscuro tendido sobre la bancada de piedra que recorría el

muro.

–¡Abbas ibn Abd al Barr!, ¿me oyes?

No hubo respuesta, y Amrús se volvió hacia el carcelero, que ahora sostenía una pesada llave en sus manos. Acto seguido, el rechinar agudo de los goznes herrumbrosos reverberó en el lugar.

–¡Abbas, responde…! Venimos a liberarte.

Desde el fondo surgió algo parecido a un quejido, y el bulto se movió hasta incorporarse y quedar sentado. Amrús avanzó con la tea al frente, lo que provocó que el antiguo gobernador alzara el brazo para protegerse los ojos.

–¿Quiénes…? – consiguió murmurar al tiempo que trataba de asomar el rostro bajo el ángulo que formaba su codo alzado.

–Soy Amrús ibn Umar, Abbas.

–¿Qué… qué quieres de mí? – acertó a balbucear el hombre, aunque la esperanza parecía ya reflejarse en el tono de su voz.

–Eres libre, Abbas. Quienes te han retenido aquí, pudriéndote, ocuparán ahora tu lugar.

De la boca de aquel desgraciado surgió un gemido de incredulidad, que se vio amortiguado al instante por una potente voz procedente del exterior:

–¡Amrús!

Mutarrif forcejeaba tratando de zafarse de sus captores.

–¡Amrús! ¡Me tienes a mí! ¡Hombre por hombre! Eso es lo justo… Libera a mis hijos, ¡ellos no son responsables!

Una sonrisa acudió a los labios del nuevo señor de Uasqa, que giró sobre sí mismo y avanzó hacia la puerta, mientras Abbas era alzado por sus antiguos carceleros. Con la tea ante él, se aproximó a Mutarrif y durante un instante lo contempló con los ojos entornados y el rostro inexpresivo.

–¡He aquí el gran Mutarrif, antaño tan reclamado por los habitantes de Uasqa! ¡Qué pronto has agotado tu crédito! Escuchadle ahora, pidiendo clemencia para los suyos. El, que no ha mostrado ninguna con nuestros mejores hombres…

–¡No la pido para mí! Mis hijos son inocentes…

Amrús fijó la mirada en su oponente mientras maduraba su respuesta.

–Tus hijos han salido del nido de esa víbora que tienes por esposa, Quizás ellos le cedan el sitio cuando mis hombres la encuentren…

–¡Ella tampoco tiene nada que ver en esto! ¡Es sólo una mujer!

–Es deber de todo musulmán mantener a su esposa sometida. Tú, por el contrario, has obedecido a sus intrigas y has accedido a matar a nuestros hermanos cuando ella te lo ha pedido. Y no sólo eso: permites que abandone el hogar sin tu permiso y se dedique a la apostasía en compañía de infieles.

–Es la hija de García, el que hasta hace poco fue tu protector.

–¡Cuando convino a sus intereses! Últimamente parecía preferirte a ti… y no es de extrañar: te tenía en sus manos, a través de Falisquita.

–¡No sabes lo que dices!

Amrús rio.

–En cualquier caso os necesito. Mis planes parecen estar coincidiendo con los de Allah el Todopoderoso. – El tono de Amrús no ocultaba un deje de ironía-. Nos trae a las puertas a quien tiene la llave de nuestro futuro.

Dejó que sus palabras hicieran efecto y prosiguió:

–Veo por tu expresión que tus informadores no han hecho bien su trabajo. El emir Muhammad en persona se dirige a la Marca al frente de una aceifa, la mayor que se ha visto en años. Me encargaré de que reciba una grandiosa bienvenida: cuanto mayor sea el regalo, mayor será la recompensa.

Pasó junto a Mutarrif y sus tres hijos mirándoles a los ojos con sarcasmo. Ya estaba ascendiendo los primeros escalones cuando volvió la cabeza y gritó:

–¡Encarceladlos!

Capítulo 18

Belasquita seguía acurrucada, y los temblores la sacudían periódicamente con espasmos que no era capaz de controlar. Había descendido la escalinata a trompicones, casi empujada por Damián. «¡Sálvate, escapa!», fueron sus últimas palabras, e inmediatamente oyó que la trampilla se cerraba por encima de su cabeza. Supuso que después su protector habría extendido la vieja alfombra y habría colocado el reclinatorio sobre ella. Esperó a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, pero hubo de asimilar que en aquella cripta no entraba ni un solo rayo de luz. Buscó a tientas a su alrededor, y sus dedos únicamente tocaron las paredes de piedra lisa, que siguió hasta un rincón donde apoyó la espalda.

Su respiración era agitada aún, y sus pensamientos se precipitaban sin tiempo para razonar. En un instante, su existencia había dado un vuelco, la más dramática de las noticias que podía escuchar acababa de llegar a sus oídos, y ahora estaba allí, con todos los sentidos alerta, esperando el momento en que la trampilla se abriera de nuevo para verse arrastrada al exterior por los mayores enemigos de su esposo. Si eso suponía que volvería a ver a sus hijos, quizá no fuera tan malo… pero ni ese consuelo tenía asegurado: delitos como los suyos podían castigarse con una ejecución inmediata. Pensó en ellos: Muhammad, el mayor, Musa, y el joven Lubb. Si tenía alguna posibilidad de ayudarles era manteniéndose con vida.

Del exterior llegaba el rumor apagado de voces, pero no conseguía entender lo que decían. De repente, un estrépito sordo sobre la trampilla la sobresaltó y se hizo un ovillo abrazándose las rodillas. Estaba temblando. Si al menos pudiera ver algo de lo que había a su alrededor… «Escapa», había dicho Damián. ¿Acaso había salida de aquel agujero? Trató de ponerse en pie apoyándose sobre la pared de piedra, pero se golpeó la cabeza contra el techo. Recorrió la pared con las manos y descubrió volúmenes, relieves… sin duda eran las sepulturas de miembros destacados de la comunidad cristiana de Uasqa, obispos quizás. Alcanzó lo que le pareció la pared opuesta a la escalinata de entrada, y siguió tanteando, hasta que su mano derecha perdió contacto con la piedra a la altura de la cintura. Se agachó y notó una ligera corriente de aire sobre su rostro. Recorrió el hueco con la mano, pero no alcanzó el fondo. El diámetro era suficiente para permitir el paso de una persona, así que no lo dudó. Introdujo la cabeza y los brazos, luego alzó las rodillas y se encontró arrastrándose por un pasadizo concebido sin duda como escapatoria de aquel refugio. Los salientes de la piedra, toscamente cincelada, le herían los codos y las piernas, pero debía salir de allí. Había avanzado un buen trecho aguantando el lacerante dolor cuando sus manos toparon con un obstáculo. Eran fragmentos de roca amontonados, y le dio un vuelco el corazón. Retroceder por aquel estrecho conducto sería casi imposible. Desesperada, empujó la piedra más alta con todas sus fuerzas y sintió que

cedía, a la vez que el aire fresco de la noche golpeaba su rostro. Una vez comprobado que no era un desprendimiento sino la salida, retiró el resto con rapidez, a pesar de que tenía la boca llena de polvo. Se arrastró hasta el exterior, y se vio envuelta en una maraña de arbustos y zarzas que arañaban cada porción de su piel.

En aquel momento, un grito que le heló la sangre en las venas atravesó el aire del boquete que acababa de abandonar. Alguien en el otro extremo acababa de llamar a la guardia. Belasquita apretó los dientes y se protegió los ojos con la mano izquierda, mientras con la derecha apartaba la maleza que la lastimaba, hasta que se halló de pie en la suave ladera que descendía desde la muralla hasta el cauce del río. Inició el descenso resbalando sobre las piedras sueltas, en medio de una oscuridad que la obligaba a avanzar casi a tientas. Sin embargo, aquello podría ser una ventaja para evitar ser vista desde lo alto. Llegó al borde del estrecho cauce magullada y exhausta, se aclaró la boca con el agua de la orilla y se puso en pie aguzando el oído, tratando de captar cualquier sonido extraño en el silencio de la noche. No tardó en oír voces que procedían de lo alto, y ya no le cupo duda de que alguien la había seguido a través de la salida. Trató de tranquilizarse pensando que quizás hubieran encontrado la cripta vacía y simplemente habían seguido aquel conducto para asegurarse de que allí no había nadie. En cualquier caso, no podía confiar en su suerte, y tendría que alejarse de allí lo antes posible.

Intentó orientarse en la oscuridad, pero desconocía la posición de los astros, así que decidió seguir el curso del río, al menos hasta el amanecer. Entonces comprobaría el punto por donde salía el sol y marcharía con él a su espalda, en dirección a poniente y a las tierras que ocupaban sus parientes, los Ibn Qasi. Cuando la noticia de lo ocurrido se extendiera, los hermanos de Mutarrif no vacilarían en acudir en su ayuda, y quizá ni siquiera fuera necesario llegar a sus tierras para encontrarlos. Incluso su propio padre se pondría en marcha… Pero Pampilona se encontraba demasiado lejos. Decididamente avanzaría hacia poniente, amparada en la oscuridad de la noche y con el mayor cuidado ante cualquier encuentro durante el día. No pensaba, no quería pensar en cómo habría de alimentarse, dónde habría de encontrar refugio a salvo de las alimañas… sólo pensaba en sus hijos y en su esposo. Miró hacia atrás y adivinó el perfil de las murallas recortado contra el cielo estrellado: allí dentro la esperaban, ahora arrojados en el fondo de las mazmorras. Decidió rogar a Dios con todas sus fuerzas, encomendarse a Él y seguir adelante, sin duda la ayudaría en esta prueba, y no podía esperar más.

Aquellos parajes de huertas junto al río no le resultaban del todo desconocidos, así que, aún insegura, reemprendió la marcha. Perdió pie en una pequeña acequia y dio de bruces contra el suelo: algo duro saltó de su boca y enseguida sintió el sabor de la sangre. Entonces, derrotada sobre la hierba y el barro, rompió a llorar amargamente.

Capítulo 19

Saraqusta

Si Muhammad ibn Lubb, a sus veintiocho años, había soñado alguna vez con probar su valía como soldado y gobernante, jamás se le presentaría una oportunidad como aquélla. Aunque ante sus hombres trataba de aparentar una calma que no sentía, la zozobra se había apoderado de su corazón en las últimas horas. Apenas habían tenido tiempo de tomar las riendas del gobierno de Saraqusta tras la rendición de la ciudad, en un momento en que todo parecía estar a su favor. Con la Marca al completo sometida por su padre y sus dos tíos, afrontaban el reto de reorganizar la milicia y formar nuevos mandos entre los afectos a los Banu Qasi, retomar la recaudación de impuestos, garantizar la seguridad de las importantes rutas comerciales que atravesaban el territorio… una tarea ingente que el Consejo, por sugerencia de su padre Lubb y con el acuerdo de sus tíos Fortún e Ismail, había delegado en él.

Y a ello había dedicado todo su empeño, día y noche, reservando únicamente unos momentos de cada día para su esposa Sahra y sus pequeños. Pero todo se había venido abajo como un edificio mal asentado: ésa era la imagen que se dibujaba en su mente en las últimas jornadas cuando pensaba en su labor durante el último año, la de una gran construcción que carecía de cimientos. Primero habían sido las noticias de Qurtuba: el propio Muhammad I conducía en esos momentos una aceifa hacia la Marca, y Saraqusta era sin duda uno de sus objetivos. Se hablaba de una expedición descomunal, destinada a arrasar cuanto encontraran a su paso para hacer entrar en razón a quienes se oponían a sus designios. Y ésos eran, una vez más, los Banu Qasi. Todas sus ciudades se habían puesto en alerta, se habían empezado a movilizar los efectivos disponibles, incluso consideraban utilizar las arcas públicas para contratar mercenarios, como acostumbraba el ejército qurtubí.

Durante un tiempo creyeron que la aceifa no se produciría: había transcurrido más de un año desde la revuelta, y el verano anterior Qurtuba no había reaccionado. Juzgaron que el refuerzo de los castillos fronterizos del sur, en manos de los tuchibíes, constituía toda la estrategia que el emir pensaba poner en marcha para contrarrestar su avance. Evidentemente habían cometido un error, y no habían preparado convenientemente la defensa. A toda prisa se acumulaban ahora suministros en las ciudades, en previsión de asedios y saqueos de los alrededores, incluso se procedía al sacrificio masivo del ganado, cuya carne era conservada en salazón, para evitar así que terminara formando parte del rancho de los soldados cordobeses.

Su padre, sus tíos, él mismo, se habían puesto en marcha para trazar la defensa de las ciudades principales: Arnit, Qala't al Hajar, Tutila, Al Burj, Tarasuna, Siya, Munt Sun… Y entonces llegó la noticia que habría de terminar por desbaratar todo aquel frágil entramado. Se disponían a contactar con Mutarrif en Uasqa para advertirle del riesgo que también él corría cuando llegó aquel jinete. Por su forma de galopar por las calles de la ciudad, por el modo en que detuvo el caballo, por su expresión… Muhammad supo que algo grave estaba a punto de sumarse a la inacabable lista de sus preocupaciones.

Su tío Mutarrif, sus primos… todos encarcelados. Quizá también su tía Belasquita. Se imponía una rápida respuesta por parte de los de su sangre. En cualquier otra circunstancia, los Banu Qasi al completo se habrían lanzado contra Uasqa hasta liberar la ciudad de las manos de Amrús, pero un impresionante ejército de miles de efectivos avanzaba implacable y había atravesado la Península con el único objetivo de recuperar la obediencia de Saraqusta… Era impensable retirar tropas de la capital en aquel momento para socorrer a sus parientes. Sería tanto como entregarla. Por eso él era el único que esperaba el ataque inminente allí, y por eso eran su padre y sus tíos quienes trataban de reunir las fuerzas suficientes para acudir a Uasqa.

Ésta era la prueba de su vida: él solo frente a uno de los ejércitos más poderosos del orbe. Cierto era que contaba con la ventaja de la posición, la protección de las poderosas murallas que cada gobernador de la ciudad se había ocupado de reforzar, y un número de defensores nada desdeñable. Pero un asedio prolongado con ataques sucesivos podría acabar minando la resistencia. Desconocía si el emir Muhammad llegaría a Saraqusta provisto de máquinas de asedio, entre otras cosas porque la ruta de Qala't Ayub se hallaba bajo el control de los tuchibíes, que tenían especial predilección por atacar a las partidas de informadores que enviaba en busca de noticias. Sin embargo, pronto lo sabría, porque la vanguardia de la aceifa no tardaría en asomar sus pendones sobre las colinas que bordeaban el valle.

Capítulo 20

Habían pasado la última noche en la ribera del Uadi Yallaq, a poco más de diez millas de la población de Al Mudawar, y ése era precisamente su destino en la primera parte de aquella jornada. Los tres hermanos habían tratado de reunir el mayor número de efectivos entre los hombres que no habían sido llamados para la defensa de la capital. La mayoría eran muy jóvenes o demasiado viejos, pero contaban con el apoyo de un grupo nutrido de jinetes que Ismail había traído consigo: en Saraqusta no eran fundamentales, pues no había espacio para ellos dentro de las murallas, y por tanto debían mantenerse alejados de la ciudad para no verse aplastados por batallones enteros de la caballería cordobesa. Con todo, no más de dos mil caballos y unos centenares más de mulas habían pastado aquella noche en las fértiles orillas del río, esperando al amanecer para reanudar la marcha.

De los tres hermanos, Lubb era el que se mostraba más impaciente. Había dejado a su hijo solo en Saraqusta frente a todo un ejército que amenazaba con caer sobre la ciudad de un momento a otro, por lo que ansiaba alcanzar Uasqa cuanto antes. Confiaba en que fueran capaces de ejecutar un ataque rápido y efectivo que doblegara las defensas de Amrús, rescatar con vida a Mutarrif y a sus tres hijos, y regresar a tiempo a Saraqusta para hostigar a las fuerzas de asedio del emir. Todo el campamento se encontraba ya en movimiento, con las ligeras tiendas que los protegían de la intemperie sobre las grupas de las monturas. Unos hombres se lavaban en el río, otros atacaban su primera ración del día en pequeños grupos, y algunos más rezaban tras adivinar la orientación correcta por el resplandor que asomaba sobre la meseta que se alzaba al este.

Hacia allí se dirigió una avanzadilla de jinetes, seguidos por el grueso de las tropas. Ascendieron la prolongada ladera cegados por el sol que se alzaba ante ellos y alcanzaron la planicie superior, todavía ligeramente inclinada hacia poniente. Lubb observó a los primeros jinetes en el extremo opuesto, que habían desmontado como si algo les impidiera avanzar y, precavido, dio el alto. Se adelantó para alcanzarles y cuando llegó a su lado le hicieron una señal para que observara con cuidado. Frente a ellos y a su misma altura, se alzaba lejano el castillo de Al Mudawar, y entre ambas elevaciones descubrió a una comitiva que recorría el camino que unía las coras de Uasqa y Saraqusta.

–¿Quiénes son? – preguntó.

–Parece ese muladí de Uasqa, *sahib.*

–¡Amrús! ¿Qué hace aquí ese bastardo? ¿Adónde se dirige?

–Avanza con banderas desplegadas hacia el sur, pero con escasos efectivos.

–No puede ser tan estúpido para marchar a Saraqusta dejando Uasqa desguarnecida. Eso sólo puede significar…

–Que se dirigen al encuentro de alguien -interrumpió Fortún, que trataba de divisar a lo lejos protegiéndose los ojos con la mano a modo de visera.

–¡Enviad una patrulla de reconocimiento! – ordenó Lubb-. Que alguno de nuestros hombres se infiltre entre ellos, ¡necesitamos esa información!

–La respuesta viene por el sur…

Era Ismail quien había hablado esta vez. Todos volvieron la vista para contemplar cómo en la lejanía, a no menos de diez millas, una inmensa polvareda se alzaba sobre el horizonte.

–¡Allah nos proteja! ¿El emir? – preguntó Lubb en un susurro.

–No puede ser otro -confirmó Fortún.

Los tres hermanos permanecieron juntos allí de pie, tratando de valorar mentalmente las consecuencias de aquello que todos veían.

–¡Necesitamos saber! – estalló Lubb-. Si las tropas de Qurtuba están aquí… ¿qué ha sucedido en Saraqusta?

Lubb se pasó la palma de la mano derecha por los ojos mientras se daba la vuelta y exhalaba un resoplido de incertidumbre e impotencia. Emprendió un caminar nervioso, en círculos, que termino ante uno de los oficiales.

–Buscad a alguien que conozca este terreno. Necesitamos que baje allí y averigüe lo que está ocurriendo.

–No es necesario buscar a nadie… iré yo.

Era Lubb, el joven hijo de Fortún, ansioso por disponer de una oportunidad para demostrar su arrojo. Mientras esperaba plantado frente a ellos, todos fijaron la mirada en su padre, que, con un atisbo de orgullo en los ojos, hizo un gesto con el que daba su conformidad.

–Adelante, si es tu deseo -dispuso su tío-. No puedo pensar en un oficial más adecuado.

El rostro del muchacho se iluminó mientras su padre lo tomaba del brazo para apartarlo del grupo con discreción.

–Ten cuidado, hijo. Hazte pasar por uno de ellos, no te resultará difícil -le aconsejó-. No hagas demasiadas preguntas en el mismo lugar, mejor trata de escuchar. Mézclate con algún grupo sin levantar sospechas y procura llevar la conversación al terreno que te interesa: unas rondas en alguna cantina sueltan las lenguas… sobre todo intenta averiguar qué ha sucedido en Saraqusta, y cuál es el paradero de tu tío Mutarrif y de tus primos.

Incómodo ante las miradas que les dirigían, el muchacho musitó con impaciencia unas palabras de asentimiento antes de separarse de su padre para preparar su marcha.

Las horas siguientes fueron de incertidumbre para los tres hermanos. Lubb dio a sus oficiales la orden de regresar al punto de partida, pues no tenía ningún sentido avanzar con el ejército de Qurtuba a las puertas de Uasqa. Aun en el caso de que la

fortaleza hubiera quedado desguarnecida, no contaban con la seguridad de que los prisioneros se encontraran en ella. Por otra parte, no sería extraña la presencia de algún grupo de reconocimiento que descubriera su presencia allí, y eso era lo último que deseaba.

Sobre la loma que dominaba el valle no quedó más que un reducido destacamento que, con el sol ya en su cénit, confirmó sus suposiciones. Los pendones blancos de los omeyas entraron en el valle a través de su acceso más meridional y, a pesar de la distancia, todos pudieron vislumbrar el encuentro entre el emir Muhammad, rodeado de una portentosa parafernalia, y un grupo de hombres a caballo que no podían ser otros que los de Amrús ibn Umar.

Lubb regresó en las primeras horas de la madrugada, y encontró al centenar de hombres que habían permanecido sobre el promontorio dormitando en sus tiendas. De inmediato se produjo un revuelo en el campamento, y todos comenzaron a agruparse en torno a él.

–Es peor de lo que imaginábamos -soltó el muchacho, que todavía resollaba por el esfuerzo de la cabalgada.

–Dinos, ¿qué has averiguado?

–Había poco que averiguar -respondió con desánimo a su tío Lubb-. Una vez allí, el motivo de los movimientos que habíamos observado resultaba evidente… El emir atacó Saraqusta, pero la defensa de tu hijo debió de resultar eficaz, y al parecer la ciudad no ha sido tomada. Tal vez ni siquiera fuera ése el objetivo principal, porque de inmediato su ejército se puso en marcha hacia aquí.

–Sin duda para liberar Uasqa del dominio de Mutarrif y reponer a Abbas, el anterior gobernador -aventuró Fortún.

–En ese caso, los informadores de Amrús trabajaron con rapidez, porque hace dos días salió a su encuentro, y aquí en Al Mudawar es donde lo ha esperado.

–Pero ¿con qué intención? – se preguntó Fortún impaciente-. ¿Qué ha sido de Mutarrif?

El muchacho hizo un gesto de amargura.

–Vimos a Mutarrif ayer, y a sus hijos, aunque desde la distancia no pudiéramos reconocerlos.

A pesar de la escasa luz de las brasas, Lubb contempló el asombro dibujado por sus palabras en el rostro de todos.

–Amrús se presentó ante el emir con el gobernador Abbas a su lado, liberado y a salvo. Y junto a él, Mutarrif y mis primos… cargados de cadenas. Los… los vi -añadió mirando a su padre y a sus tíos con la tristeza reflejada en la mirada-, desde muy cerca. Los exhibieron como trofeos ante la soldadesca.

–¿Cómo estaban? – se atrevió a preguntar Fortún.

El muchacho negó con la cabeza al tiempo que bajaba la vista al suelo.

–Hubiera querido acercarme a ellos, hacerles saber que nos encontramos aquí, pero estaban rodeados de una multitud que vociferaba, que los insultaba y les escupía. Me habría delatado…

–¿Y Belasquita?

–No fue sencillo preguntar sin levantar sospechas, pero al parecer huyó durante la revuelta de Amrús. Creo que trataron de perseguirla, pero imagino que pronto perderían el interés, sobre todo al saber que el emir se dirigía hacia aquí.

–¡Perdida! ¡La hija del rey García! – se lamentó Fortún.

–Una mujer sola, y creo que no muy habituada a arreglárselas por sí misma -reflexionó Lubb-. Hay que enviar un correo a Banbaluna, su padre debe estar al corriente… y quizá deberíamos enviar patrullas en su busca.

Hizo una señal a uno de los oficiales y se retiró con él a unos codos para darle instrucciones al respecto, mientras su sobrino seguía con el relato.

–Hay algo más… No creo que el rey García pueda hacer nada al respecto.

–¿Qué quieres decir? – intervino Ismail.

–Que en Banbaluna van a tener suficiente con defender sus tierras y sus gentes… La aceifa se dirige hacia allí.

–Pero… eso significa… -Lubb se había reincorporado a la conversación, de la que parecía no haber perdido detalle.

–Eso significa que atravesará y devastará nuestras tierras: Siya, Kara, quizás Ulit… -reflexionó Fortún en voz alta-. ¡Que Allah nos proteja!

–No podremos atender tantos frentes -coincidió Ismail.

–¿Y qué va a ser entonces de Mutarrif y de mis primos? – intervino angustiado el joven Lubb.

Un silencio espeso se apoderó del lugar, mientras las miradas descendían a las llamas que crepitaban en el centro. Fue de nuevo Fortún quien tomó la palabra, serio:

–Los llevarán con ellos mientras dure la expedición… y algo me dice que será larga. Devastarán todo lo que encuentren a su paso, cosechas, ganados, todo será humo y cenizas tras ellos… Y ni siquiera creo que se detengan en Banbaluna. Sólo al final del verano regresarán a Qurtuba, y allí los juzgarán, en público, acusados de sedición. Tal vez el propio emir ejerza como gran *qadi.*

–¿Cuál puede ser la sentencia, padre?

Fortún hizo un gesto de desaliento.

–Mutarrif, al menos, será condenado a muerte: Qurtuba querrá que el castigo sea ejemplar, para desanimar a cualquier otro que pretenda transitar por la misma senda.

–¡Debemos hacer algo para impedirlo!

–¿Atacar a un ejército de veinte mil hombres? – intervino Ismail con sarcasmo.

–¡Pero es vuestro hermano, vuestros sobrinos!

–¡Daría mi vida por ellos! – aulló Fortún-. Allah es testigo de que daría mi vida

por ellos… pero Ismail tiene razón. No van a dejarse arrebatar la pieza que han cobrado.

–Hay una posibilidad de salvar sus vidas, pero no será con la fuerza -señaló Lubb.

Todos volvieron sus rostros hacia él.

–Habrá que negociar su rescate -aclaró.

Ismail asintió con la cabeza.

–Es la única oportunidad que van a tener, pero… ¿qué ofreceremos? Ni todo el oro que podamos reunir convencerá al emir de que cambie su decisión.

–Hablaremos con García. Su hijo Fortún sigue en Qurtuba como rehén, y su nieta Onneca es la primera esposa del príncipe Abd Allah.

–¡Fortún es el hermano de Belasquita! – recordó el joven Lubb-. ¡Onneca intercederá ante su esposo en favor de su tío!

Capítulo 21

Belasquita se deslizó por la prolongada ladera que terminaba en el río caudaloso que había estado observando. A medida que descendía, la esperanza de haber visto bien se fue convirtiendo en certeza, y poco a poco aligeró el paso y llegó a la orilla prácticamente a la carrera, sujetándose la túnica con ambas manos para evitar tropiezos. No se había engañado, aquello que crecía al otro lado del cauce era una higuera espléndida. Pero una necesidad más perentoria la había estado mortificando en las últimas horas, y por eso se lanzó sobre la hierba para sumergir la cara en el agua fresca.

Desde lo alto había vislumbrado que unos cientos de codos más al norte existía una zona de enormes lascas por donde podría cruzar sin tener que mojarse más de lo preciso, y hacia allí se dirigió. En aquel momento era capaz de cualquier cosa, incluso de tirarse al agua a pesar de no saber nadar… pero no fue necesario: logró vadear el único ramal del río demasiado ancho con el agua por encima de las rodillas y se sorprendió a sí misma riendo a carcajadas cuando pisó el barro de la ribera opuesta. Pensó que cualquiera que la viera la tomaría por loca, y el recuerdo del motivo que la había llevado hasta allí hizo que la sonrisa se borrara de los labios. Llevaba aún la túnica remangada cuando se plantó ante la higuera repleta de las primeras brevas del verano, arrancó la más cercana y la devoró con avidez tras rasgar su caparazón púrpura. Con la primera todavía en la boca, cogió otra más, y otra, a cuál más dulce y más sabrosa. Sólo entonces sintió el agotamiento que la atenazaba, y acumuló varios frutos en el pliegue de su túnica antes de dejarse caer al suelo con el pequeño tesoro en su regazo. Mientras comía, agradeció a Dios aquel regalo. Llevaba varios días caminando hacia el lugar donde se ponía el sol, y aquélla era la primera vez que se sentía ahíta. Había evitado el contacto con pastores y aldeanos por temor, lo que podría haberle costado caro de no ser por aquellas benditas frutas. Sin embargo, tenía la sensación de no haber avanzado demasiado: en su ruta, aquél era el primer río importante que cruzaba, y eso significaba que sólo había alcanzado el Uadi Yallaq. Ante ella se elevaba una suave colina por la que ya comenzaba a ocultarse el sol, a pesar de que los días eran largos en extremo, así que tendría que apresurarse si quería buscar un cobijo donde pasar la noche.

Afortunadamente, aquella zona junto al río era propicia para el pastoreo, y no tardó en encontrar una vieja caseta parcialmente derruida en medio de lo que parecían los restos de un aprisco. Reunió las piedras de mayor tamaño que pudo transportar y construyó un pequeño parapeto ante la entrada, pasó por el hueco y desde el interior acabó de bloquearlo con unas cuantas ramas de encina. Confió en que eso bastara para disuadir a las alimañas que había visto rondar las noches anteriores. Tampoco allí faltarían, y de hecho acababa de ver junto al río el cadáver con señales de

mordiscos de un enorme jabalí que no llevaría mucho tiempo muerto. Intentaba convencerse de que aquellos animales tendrían más miedo que ella misma, y que ese temor los mantendría alejados, pero desde su huida no había conseguido conciliar el sueño hasta que caía rendida por el agotamiento. Y esa noche no iba a ser diferente.

Despertó con el canto de los pájaros y con los primeros rayos del sol sobre su rostro, y sintió la conocida punzada en el estómago. Afortunadamente, conservaba media docena de brevas que devoró con apetito y después salió al exterior para aliviarse. Una vez más, experimentó esa angustiosa sensación de soledad ante las enormes extensiones de tierra que abarcaba su vista, pero trató de no dejarse vencer por la desesperación. Temía alejarse del río en aquellos parajes desconocidos, sin agua y sin comida, pero debía hacerlo si quería alcanzar los dominios de sus parientes. Recordó entonces el cadáver del jabalí tendido entre los juncos de la orilla y descendió de nuevo hacia el río. Los zorros y las rapaces habían dado ya buena cuenta del suculento banquete, pero quizás aún podría encontrar lo que buscaba. Tomó una rama y, venciendo la repulsión, removió el abdomen abierto de la bestia hasta extender sobre la hierba gran parte de las entrañas, hinchadas y malolientes. Procuró no respirar el olor nauseabundo para evitar el vómito, y con una lasca golpeó una de las porciones más voluminosas hasta desprenderla del resto, utilizó el palo para levantarla en el aire y se alejó de aquel lugar con el trofeo maloliente. El agua que discurría cantarina entre las piedras le sirvió para vaciar el contenido y limpiar la porción de intestino que había elegido, y sólo cuando estuvo convencida de la ausencia de cualquier resto, anudó uno de sus extremos. Abrió el opuesto dentro de la corriente y de inmediato el improvisado saco se llenó de agua limpia y transparente. Arrancó a continuación una docena de juncos de la orilla y comenzó a entretejerlos como había hecho tantas veces en su niñez, hasta fabricar una improvisada cesta. Ató a los extremos varios juncos más, trenzados a modo de asa, y la llenó con el resto de las brevas que quedaban en la higuera.

Emprendió el camino satisfecha, y avanzó por aquel terreno áspero durante gran parte de la mañana, atravesando las colinas que delimitaban el valle del Uadi Yallaq. Alcanzó el punto más elevado con el sol de mediodía y se encaminó hacia una enorme encina. Agotada, se sentó bajo su sombra dispuesta a dar cuenta del contenido del cestillo… y entonces los vio. Avanzaban en su mismo sentido, más al sur, en oblicuo, de forma que habría tenido que mirar hacia atrás, por encima de su hombro izquierdo, para percatarse de su presencia. Ahora los tenía enfrente y lo que veía la sobrecogió: entre una inmensa columna de polvo que el viento arrastraba en contra de su marcha, el mayor ejército que jamás hubiera visto avanzaba lentamente hacia poniente, interponiéndose en su propio camino. Un número incontable de hombres a caballo abrían la columna, y detrás de ellos se adivinaba una cantidad no menor de soldados a pie que se perdían en la lejanía.

Permaneció en aquel otero el resto de la tarde, confusa, incapaz en un primer momento de adivinar qué ejército era aquél, si eran amigos o enemigos, si podían prestarle ayuda o por el contrario eran sus perseguidores. Sin embargo, a medida que desfilaba ante sus ojos aquel inacabable trasiego de tropas, sus dudas se acabaron disipando. Tras los hombres armados, viajaba una retaguardia formada por miles de mulas cargadas con las más variadas mercancías, máquinas de guerra, centenares de carros tirados por mulos y bueyes, y otro incontable y variopinto ejército de hombres y mujeres que seguían a las tropas en su camino. Sólo había oído hablar de algo así cuando Mutarrif y sus hermanos se referían a la expedición que el emir Muhammad había realizado sobre Pampilona hacía ya más de diez años. Al comprender lo que aquello significaba, se le aceleró el corazón y la inquietud se apoderó de ella. No se veía capaz de permanecer más tiempo en aquel lugar y consideró acercarse a la retaguardia y entablar conversación con alguna de aquellas mujeres que se adivinaban caminando en la distancia, envueltas en polvo. Sin duda podrían proporcionarle la información que necesitaba. No se entretuvo en reflexionar más y comenzó el descenso en dirección a la columna, calculando un camino que confluyera con las últimas carretas, ahora a más de una milla de distancia.

El sol era un enorme disco anaranjado por encima de las colinas azules que dibujaban el horizonte cuando el ejército se detuvo. La vanguardia quedaba oculta en la distancia, pero ante los ojos de Belasquita comenzó a desplegarse una actividad febril de hombres arrastrando lo que parecían ser sacos de harina, plantando cientos de pequeñas tiendas, prendiendo hogueras y transportando agua desde las balsas cercanas que los exploradores habrían oteado previamente.

La mujer se aproximó con prudencia hasta que el sonido de las voces, los gritos y las risas de hombres y mujeres se hizo perfectamente audible. Afortunadamente, la vegetación cubría el terreno y proporcionaba abundante protección frente a miradas inoportunas. La progresiva oscuridad jugaba además de su parte, y en poco tiempo sólo resultó visible lo que sucedía dentro del círculo de luz de las hogueras. Observó con atención los grupos: la mayor parte eran de hombres que por su indumentaria desempeñaban las labores más ingratas, pero había también hogueras donde multitud de mujeres vociferaban y reían al tiempo que comían su rancho. Sintió un apetito repentino y deseó estar allí sentada, junto a ellas.

Poco a poco, los grupos se fueron disolviendo, y muchos de los hombres se retiraron hacia las tiendas, pero un movimiento llamó la atención de Belasquita. Desde la zona de la retaguardia, llegaban hombres de tropa, al principio en solitario, y luego en pequeños grupos. Caminaban entre los fuegos, observando, sobre todo en torno a los grupos de mujeres, que habían adoptado una actitud completamente distinta. Sólo entonces cayó en la cuenta de lo que sucedía ante sus ojos. Los hombres entablaban conversación con algunas de las mujeres, y muchas de ellas trataban a su

vez de llamar la atención de quienes se mostraban menos decididos. Belasquita se sobresaltó cuando algunas de aquellas improvisadas parejas comenzaron a alejarse del campamento hacia las zonas del perímetro envueltas en las sombras, más cerca de ella de lo que hubiera deseado. No tardó en oír a su alrededor los ruidos de la maleza, las risas apagadas y hasta los gemidos provocados por aquellas experimentadas mujeres, y ya no le quedó más opción que avanzar hacia el campamento procurando evitarlas. Se detuvo en el límite que marcaba el círculo de luz, pensando todavía en las respuestas que habría de dar ante las preguntas que seguro le formularían. En torno a las hogueras tan sólo quedaban las mujeres de mayor edad y menos agraciadas, aquellas a las que los soldados habían descartado. Algunos todavía deambulaban entre ellas, examinándolas con descaro y valorando si merecían el gasto de parte de su soldada.

–¡Mira lo que tenemos aquí!

Belasquita soltó un grito agudo y su corazón se desbocó. El que había hablado era un hombre rudo, de unos treinta años, posiblemente un oficial de baja graduación.

–No te asustes, mujer. Sólo queremos verte bien, acércate a la luz.

El hombre la sujetó por la muñeca y la arrastró hacia uno de los fuegos ya abandonados.

–¡Qué te parece, Ahmed! ¡Y pensábamos que habíamos llegado tarde…! Entrada en años, pero fíjate en su piel… blanca, suave como la seda.

–¿Quién eres? ¿La viuda de un rico comerciante que se gastó su fortuna en concubinas?

Los dos hombres estallaron en carcajadas. El que la agarraba tiró de ella, pero el otro lo detuvo poniéndole la mano en el hombro. Se golpeó con el índice en el pecho, indicando que la quería para él. El primero los miró a ambos alternativamente y esbozó una sonrisa desdentada.

–No hemos peleado en años, y no vamos a hacerlo ahora. Será para los dos.

Belasquita profirió un gemido, presa del terror.

–¿No te gusta la idea, preciosa? No te preocupes, pagaremos el doble.

–¡Dejadme tranquila! ¡Yo no soy una *jarayaira*!

–¿Ahora nos vienes con ésas? – rio.

Belasquita trató de deshacerse de la mano que la inmovilizaba con un movimiento brusco, pero no consiguió sino impacientar al hombre, que con un ademán indicó al otro que la mantuviera sujeta, soltó la bolsa que colgaba de su cinto y puso varias monedas en la mano de Belasquita.

–Toma por delante lo que se te debe y compórtate -advirtió ya con tono de reproche.

Belasquita miró incrédula las piezas de cobre y sintió que la ira la invadía. Sin pensarlo lanzó las monedas contra la cara del hombre, intentando zafarse una vez más

de la mano que la apresaba.

–¡Os equivocáis! ¡No soy una *jarayaira*! – repitió en su mejor árabe.

El golpe en la cara con el dorso de la mano la habría lanzado al suelo de no haber estado sujeta.

–¿Qué te ocurre, zorra? ¿Es que no te gustamos? ¡Demasiado te hemos pagado, vieja desdentada!

El hombre tiró de ella hacia la maleza. Belasquita avanzaba a trompicones, aterrada, a punto de caer, arrastrada por uno y empujada por el otro. Instintivamente, comenzó a gritar pidiendo ayuda, y en ese momento se vio arrojada contra el suelo, boca arriba. El primero se colocó detrás sujetándole la cabeza y los hombros contra la tierra mientras con su manaza le tapaba la boca. El otro le alzó la túnica de un fuerte tirón antes de arrodillarse frente a ella.

Capítulo 22

Qurtuba

En aquellos primeros días de Dul Qa'da, en toda la ciudad se respiraba el ambiente que precedía a los grandes momentos. Los pregoneros recorrían los zocos y las zonas más transitadas junto a las mezquitas anunciando el inminente regreso del triunfal ejército qurtubí, encabezado por el protegido de Allah, el emir Muhammad I. La excitación se había extendido entre la plebe, siempre ávida de festejos, desfiles, celebraciones, ejecuciones públicas… y de todo ello se disfrutaría en los días siguientes. Para las familias de los expedicionarios, la expectación era todavía mayor, pues al deseo de ver de nuevo al padre o al esposo se sumaba la certeza de un tiempo de prosperidad económica tras el reparto del botín, que en esta ocasión se presagiaba abundante.

En el alcázar también se había instalado un ambiente de euforia en torno al príncipe Al Mundhir, que como primogénito actuaba en representación de su padre. Los partes de guerra procedentes de la Marca llegaban con pasmosa celeridad, en virtud del excelente sistema de postas implantado a lo largo y ancho del territorio de Al Andalus, que permitía transmitir las noticias a todas las coras del emirato.

Fue uno de aquellos partes el que trajo la zozobra a dos de los habitantes del alcázar. Onneca supo que algo grave había sucedido en cuanto vio la forma en que su padre recibía a su nieto Muhammad: aunque trataba de mostrar su habitual entusiasmo, aquel día su mente estaba en otro lugar.

–¿Qué ocurre, padre? – preguntó cuando quedaron a solas en medio del jardín.

Fortún miró a su hija con una sonrisa que no expresaba alegría, sino una profunda tristeza interior.

–Supongo que es inútil tratar de ocultar nada a tu sagacidad.

–Sé que algo te preocupa. Y sólo me tienes a mí para compartir esa preocupación…

–Está bien -concedió-. Se trata de Mutarrif… y de tus primos. Cayeron en poder de tu suegro en Uasqa y son trasladados hacia aquí como prisioneros.

El rostro de Onneca se ensombreció y apartó de sí al pequeño, que en aquel momento reclamaba su atención.

–¿Y la tía Belasquita? – preguntó al instante.

Fortún hizo un gesto de negación.

–Nada se sabe de ella, tan sólo que huyó de Uasqa en el momento del apresamiento.

–¡Pero eso debió de ocurrir hace semanas, al principio del verano!

Fortún asintió mientras trataba de imaginar cuál podía haber sido el destino de su hermana, y las lágrimas acudieron a sus ojos.

–Dios quiera que haya podido llegar a Pampilona, junto a nuestro padre.

–Quizás haya sido así, y pronto tengamos noticias, pero…

Onneca dejó la frase sin terminar.

–¿Hay más? ¿Qué sabes? – preguntó Fortún con los ojos entornados, como queriendo protegerse de lo que vendría a continuación.

–Sí, padre… Desde Saraqusta y Uasqa el emir siguió con la aceifa hasta arrasar nuestras tierras. Según los partes entró por Siya y siguió rumbo al norte hasta Baskunsa, para atacar Pampilona desde allí.

–¿La… han ocupado?

–No, por fortuna. Arrasaron cuanto encontraron a su paso, pero la ciudad resistió.

–Eso explica la ausencia de noticias sobre Belasquita -respondió aliviado-. Quizá tuviera que esperar…

–A que el ejército regresara… ¡eso es! No podía acercarse a Pampilona con las tropas arrasando sus alrededores -terminó Onneca con la esperanza reflejada en la voz, tratando de convencerse a sí misma.

–Mi padre debió de conocer desde el primer momento la captura de Mutarrif y de sus nietos -reflexionó Fortún-. Sólo el ataque a Pampilona explica que no se haya enviado ya una embajada para negociar su rescate.

–En ese caso sólo estamos nosotros…

–Debes hablar con Abd Allah.

De nuevo el rostro de Onneca se ensombreció.

–No he pensado en otra cosa desde que tuve conocimiento de los hechos… pero he tenido que enterarme por los funcionarios. Sin duda Abd Allah tenía la información hace semanas, pero…

–Pero te la ha ocultado… -terminó la frase con gesto de disgusto.

–Se ha distanciado de mí, padre. No es el mismo hombre al que conocí.

–Escúchame, mi querida Onneca -Fortún tomó el rostro de su hija entre sus manos, y le habló con un cariño inmenso-, si en algún momento vas a tener que poner todo tu empeño en algo… ha de ser ahora. La vida de tu tío y de tus primos depende de ti.

–No cargues esa responsabilidad sobre mis hombros, padre.

Onneca sollozaba, y el pequeño Muhammad se acercó a ella.

–No llores, madre -gimió asustado.

–¡Mi pequeño! – musitó ella mientras se agachaba para cubrirlo de besos-. Tú vas a ayudar a madre, para que no tenga que llorar más.

Capítulo 23

Belasquita echó la vista atrás y recordó el momento de su expiación a manos de los dos soldados en Uasqa. Porque así había acabado por entender su violación: de alguna forma, aquel sacrificio había conseguido atenuar en su conciencia el peso de los pecados que cometiera en el pasado. Habían sido muchos, era cierto, pero también era enorme la magnitud del castigo que Dios le enviaba, y a cambio, obtuvo lo que más le importaba. ¿Cómo si no podía explicarse aquel comentario fortuito de sus violadores sobre los prisioneros a los que estaban encargados de vigilar? Alguien podría considerarlo una casualidad, pero ella quería pensar que se trataba de un plan que venía de lo alto. De otra forma, después de ser brutalmente mancillada, quizá se hubiera dejado llevar por el deseo de morir allí mismo, para ser devorada por las bestias y acabar de una vez con su sufrimiento. A punto de desfallecer entre el nauseabundo olor a sudor de aquellas bestias, una frase, un sencillo comentario, se abrió paso en su cerebro y le insufló de nuevo el hálito que la había empujado hasta allí. Gracias al cielo sus violadores tenían prisa, prisa por volver al puesto que habían abandonado en la vigilancia nocturna de sus rehenes. Se habían turnado para sujetarla mientras la penetraban brutalmente y la abandonaron entre la maleza para regresar. Levantarse de allí, enfrentarse al dolor, al asco y a las ganas de morir, fue el mayor esfuerzo que jamás tendría que realizar, pero temía perder su rastro en la oscuridad. Sin embargo, estaba escrito que aquella noche debía encontrar lo que buscaba.

Observó desde la distancia los toscos carros de madera en los que se trasladaba a los prisioneros: en alguno de ellos debía de viajar lo que más quería. Recordó a sus tres hijos tan sólo unos días antes, jóvenes, apuestos, en la flor de la juventud, rivalizando despreocupados por las muchachas más bellas de Uasqa. Ahora podía imaginarlos en el interior de aquellos carromatos, cargados de grilletes y encadenados, malolientes, perdida toda esperanza. ¿Podrían hablarse entre ellos, o quizás ocupaban carros distintos? ¿Sabrían adónde eran conducidos? Trató de figurarse lo que les esperaba, y la angustia casi le impidió respirar, mientras las lágrimas acudían a sus ojos: un viaje a través de toda Al Andalus en los meses más duros del verano, mal alimentados, tendidos sobre sus excrementos y sometidos a la tortura de la sed… En aquel momento no sabía siquiera lo que haría cuando el sol volviera a asomar por el horizonte, pero hubo algo que se prometió a sí misma: no iba a separarse de aquellos carros cerrados mientras le quedara un soplo de vida. Sintió un doloroso pinchazo en la parte inferior del vientre y con un gemido se tumbó sobre la hierba.

Despertó con un agudo escozor en los ojos, todavía hinchados por el llanto, y no le resultó fácil abrirlos a la intensa luz de la mañana. Entumecida y dolorida, se incorporó con dificultad y comprobó que el campamento improvisado comenzaba a

movilizarse ante la inminente partida. Se puso en pie y, lentamente al principio, echó a andar entre los matorrales, de regreso hacia las últimas carretas. La distancia le pareció mucho mayor que la noche anterior, pero alcanzó por fin al nutrido grupo de mujeres que de nuevo se agrupaban en torno a los carros. A la luz del día, aparecían sucias, desaliñadas y muy diferentes de como las había contemplado la noche anterior. Cayó en la cuenta de su propio aspecto y trató de atusarse los cabellos y alisar su túnica antes de aproximarse a ellas cuando la columna se ponía en movimiento. Marchaban a pie, casi en silencio, y Belasquita se incorporó al grupo sin mostrar la menor indecisión. Intuyó miradas de soslayo, algún comentario en voz baja, pero nadie cuestionó su presencia entre el pequeño ejército de prostitutas que acompañaban a las tropas de Qurtuba.

Sólo la cercanía de Mutarrif y de sus hijos la mantuvo en pie en las siguientes jornadas. Comió lo que alguna de sus nuevas acompañantes le dejaba en el regazo cuando hacían un alto y ella se sentaba apartada bajo alguna sombra, en silencio, con la mirada fija en el suelo. Alcanzaron la *madinat* de Siya, territorio ya de los Banu Qasi, y desde ese momento caminaron envueltos por el humo de las cosechas incendiadas y de las alquerías arrasadas. Los lugareños habían huido, apenas encontraban resistencia, y la retaguardia avanzaba sobre las ruinas y el terreno calcinado de las aldeas. Atravesaron parajes que comenzaban a resultarle familiares, y en la cuarta jornada de su viaje adivinó cuál sería la trayectoria de aquel ejército devastador, pues reconoció entre la humareda la fortaleza de Baskunsa y, más allá, la sierra donde se alzaba el monasterio de Leyre. Vadearon con dificultad el caudaloso Uadi Aragun junto a los restos calcinados del puente destruido por los habitantes del lugar en su huida, y se encaminaron después hacia Pampilona. Comprendió que allí se encontraba su salvación, junto a su padre, pero era impensable que su ayuda fuera a servir para salvar a sus hijos. Sólo en sus agitados sueños se atrevía a imaginar a un formidable ejército formado por vascones y por sus parientes muladíes haciendo frente a las fuerzas de Muhammad hasta ponerlas en fuga para librar al reino de la amenaza y rescatar a los prisioneros. La realidad era bien distinta: una ciudad inaccesible, con todos los habitantes entregados a su defensa y resignados a la pérdida de todo aquello que hubiera quedado fuera de las murallas. Decidió que no se refugiaría en Pampilona. Su lugar estaba allí donde estuvieran sus hijos, aunque fuera necesario compartir el oficio de aquellas mujeres para sobrevivir.

El día en que emprendían la marcha hacia el sur siguiendo el curso del Uadi Aruad, Belasquita fue consciente de que iniciaba un camino sin retorno. Dejaba atrás las tierras que tan bien había conocido en su niñez y se aventuraba en un viaje cuyo destino ignoraba, con la única compañía del temor y la angustia. Y tenía hambre. Había perdido ya la cuenta de los días que llevaba subsistiendo con los restos del rancho que por caridad le permitían rebañar, y por eso decidió que aquella noche

debía terminar con aquella situación. Acamparon junto al cauce, y comenzaron a formarse los habituales grupos en torno a los fuegos. En un recodo del río, un numeroso grupo de mujeres lavaban sus ropas y se aseaban sin ningún pudor, haciendo caso omiso de las miradas de algunos de los soldados que merodeaban a su alrededor. Belasquita se acercó a la orilla dispuesta a hacer lo mismo que las demás por primera vez desde que iniciara su viaje. No contaba con más ropa que su túnica y tendría que volver a utilizarla después, pero así habría de ser. Se descalzó y la dejó caer en la orilla antes de introducirse en el agua, se lavó el cabello y frotó con energía cada rincón de su cuerpo. Salió dispuesta a cubrirse de nuevo, pero no pudo evitar un estremecimiento al percibir el olor penetrante de aquellas ropas mugrientas. Entonces sintió una presencia junto a ella, alzó la vista y vio a una de las mujeres, que, con una sonrisa, le tendía una túnica limpia y seca.

Belasquita extendió la mano para recogerla, pero en cuanto la tuvo en la mano sintió que algo se rompía en su interior. Aquel gesto de generosidad había quebrado su coraza de aparente firmeza, y en un instante se vio de rodillas sobre la hierba de la orilla, encogida sobre sí misma, tratando de amortiguar los incontenibles sollozos que la sacudían. La mujer se arrodilló junto a ella y le pasó un brazo por la espalda.

–Te he estado observando, y sé que algo grave te aflige. Aquí tenemos por costumbre ayudarnos unas a otras.

Belasquita, incapaz de contener aún los espasmos que agitaban su pecho, trató de alzar la mirada. La mujer la tomó del brazo y la ayudó a incorporarse.

–Desahógate, llora. Y después, si lo deseas, cuéntame el motivo de tu zozobra. Siempre es bueno compartir las penas con alguien.

Belasquita la miró, incrédula y agradecida, mientras con torpeza se colocaba sobre los hombros aquella túnica tosca pero maravillosamente limpia.

La mujer la guio a un rincón apartado adónde todavía llegaban los últimos rayos de sol. De alguna manera Belasquita supo que podía confiar en aquella mujer, y por primera vez en mucho tiempo expresó con palabras su angustia, el terror que hacía que se le encogiera el estómago cuando abría los ojos cada mañana, la incertidumbre acerca del futuro y la certeza de que nada tendría ya sentido para ella si no conseguía el objetivo que la había conducido hasta allí.

Habló hasta que las sombras apenas les permitían distinguir sus rostros, y entonces la mujer se levantó y la llevó con ella. Aquella noche, y todas en adelante, Belasquita comió una ración caliente que reconfortó su cuerpo, pero sobre todo su espíritu. La mayor parte de aquellas mujeres se mostraron impresionadas al saber que su esposo y sus tres hijos se encontraban entre los prisioneros a unos cientos de codos de allí, y que ella no podía hacer nada para ayudarlos. Había visto lágrimas mientras repetía el relato en el centro de aquel grupo, aunque se abstuvo de revelar la identidad de su familia, pues ello hubiera supuesto revelar también la suya. Sin embargo,

desconocer su anterior posición no restaba dramatismo a su situación a los ojos de aquellas mujeres. Por vez primera en mucho tiempo, aquella cálida noche de verano se sintió arropada al tenderse junto a ellas, y se dispuso a dormir percibiendo el olor de la hierba y el tacto suave de sus vestiduras limpias. Se perdió en sus pensamientos mientras contemplaba el cielo estrellado… y entonces las vio. Al principio fue sólo una impresión, pero había algo que rompía la quietud de la noche y que consiguió sacarla del duermevela en el que había caído ya, agotada. Fijó la vista en la parte del cielo más cercana al horizonte, y al instante su corazón dio un vuelco al recordar una noche como aquélla en la ahora lejana Uasqa, en la que contemplaba junto a su esposo las mismas lágrimas de San Lorenzo que ahora tenía ante sí. Hacía pues un año que había convencido a Mutarrif de que debía aplicar mano dura contra sus detractores: hacía un año que lo había empujado hacia su perdición. La idea se instaló de nuevo en su cabeza, de nuevo regresaron los negros pensamientos, y con ellos la náusea que una vez más le iba a impedir conciliar el sueño.

A partir de aquel día Belasquita sintió que su relación con las mujeres había cambiado, y las miradas que captaba eran de una simpatía que no dejaba de encubrir un sentimiento de lástima. La invitaron a participar de las tareas diarias a cambio de su sustento, y eso contribuyó además a que en las siguientes semanas el tiempo pasara más veloz. Había intentado acercarse a los cautivos, localizar el carro donde viajaban los suyos, incluso albergaba la esperanza de ser vista desde el interior a través de las rendijas que los tablones dejaban en sus toscos ensamblajes. Pero, si eso había sucedido, no hubo nada que se lo indicara, y aproximarse a la zona de los carros para tratar de llamar la atención de los presos se había revelado como una tarea imposible. En mucho parecía valorar el emir el precio de Mutarrif, a juzgar por la férrea vigilancia que había ordenado. Pensó en sobornar a los guardias, pero no tenía con qué. Pensó en el chantaje, en amenazarlos con revelar a los oficiales sus andanzas nocturnas… pero eso sería significarse demasiado, y la palabra de una prostituta cristiana no tenía el más mínimo valor: lo más probable es que acabara al borde del camino con la garganta rebanada.

Desde aquel día todos sus pensamientos se habían centrado en la última posibilidad que le quedaba: llegar a Qurtuba… y encontrar a su hermano Fortún.

Sabía que en cuanto cruzaran sus murallas, los prisioneros serían lanzados a lo más hondo de las mazmorras, pero algo se le ocurriría durante el largo viaje que les esperaba.

Capítulo 24

Onneca comenzaba a desesperar, pues hacía semanas que Abd Allah no la reclamaba en el lecho. Había otras esposas, pero parecía que también de ellas se hubiera cansado el príncipe, que prefería pasar las noches con las últimas concubinas ingresadas en el *harem*. En ocasiones anteriores, había utilizado los servicios de uno de sus eunucos de confianza, que se las arreglaba bien para recordar al príncipe quién era la *umm uallad.*

Badr había llegado al palacio en los mismos días que ella, procedente de Yussana, como casi todos los habitantes masculinos del *harem*. Era tan sólo un muchacho, un adolescente cuya belleza le había traído la desgracia: de origen eslavo, como muchos otros, lo habían capturado y embarcado para atravesar el Bahr Arrum hasta Al Mariya, el mayor puerto de comercio de esclavos y concubinas del occidente. Allí, junto a otros numerosos infortunados, había sido comprado por los exigentes ojeadores de palacio y trasladado a aquel lugar, Yussana, cuyo recuerdo nunca se borraría de su memoria. Sus habitantes, judíos en su mayor parte, habían sabido aprovechar la prohibición coránica que impedía a los musulmanes practicar castraciones humanas, y se habían especializado en realizar tal mutilación. En sus manos cambió para siempre su destino. Muchos de sus compañeros de infortunio no consiguieron superar las fiebres que sistemáticamente aparecían tras la ablación, pero Badr había demostrado ser fuerte. Aún convaleciente, lo habían trasladado a Qurtuba, poco antes de la fecha elegida para la boda del príncipe Abd Allah, y en unos días fue asignado al servicio personal de Onneca.

Todavía recordaba al muchacho espigado que era entonces, siempre atemorizado, incapaz de sostener la mirada y de hablar si no era para responder con monosílabos, dado su desconocimiento de la lengua árabe. Sin duda, en aquel momento el joven eunuco había visto en Onneca a la esposa de su poderoso amo, y no a una joven tan extranjera, tan asustada y tan necesitada de compañía como él. Por eso, día a día, se estableció entre ambos una relación de confianza y afecto que se había mantenido a lo largo de los años, a pesar de que el *harem* se fue poblando de nuevas esposas, concubinas y eunucos. Lentamente, los cambios físicos producidos por la mutilación habían alterado tanto el cuerpo de Badr que ahora sólo algunos rasgos de su rostro, todavía bello, permitían recordar al joven que diez años atrás había pisado Qurtuba por vez primera.

Badr se acercó a Onneca sonriente.

–Mi influencia sobre el príncipe comienza a decaer, ya no es lo que fue, señora. Debes perdonarme, pero a pesar de mis insinuaciones… sigue prefiriendo a las nuevas concubinas traídas de la Galia.

Onneca sonrió a su vez ante la aparente ingenuidad de su fiel servidor.

–No eres tú, mi fiel Badr… No eres tú -repitió con ternura.

Sin embargo, el eunuco no parecía afligido, y su rostro se iluminó antes de hablar de nuevo.

–¡Pero te traigo las noticias que esperabas! El príncipe desea que vuestro hijo presencie junto a él las celebraciones por el regreso del emir. Allí tendrás ocasión de presentarle tus demandas…

Aquel jueves, el sexto día del mes de Dul Qa'da, Qurtuba era un hervidero de gentes de las más variadas procedencias que acudían al reclamo de los festejos y luchaban como podían contra el calor asfixiante en sus puestos junto al Rasif para presenciar en primera fila el paso triunfal de sus tropas. La vanguardia debía entrar por el este de la ciudad y avanzar por la ribera del Uadi al Kabir para conducir el desfile delante del alcázar. Allí, como en otras ocasiones, el emir debía poner el pie en tierra para recibir la bienvenida de la *jassa* cordobesa y de los cargos principales de la ciudad. Los príncipes esperarían en la terraza que se asomaba sobre la Bab al Qantara, donde su padre se reuniría con ellos para presenciar el resto del desfile.

El puente sobre el río se encontraba atestado desde el amanecer, y muchos de los que pretendían llegar a la ciudad cruzaban a pie a través de las zonas menos profundas del cauce; los más jóvenes incluso se lanzaban al agua para alcanzar la ciudad a nado. Desde la azotea del palacio, hábilmente sombreada con grandes lonas blancas, Onneca contemplaba a la multitud, a la que la guardia trataba de mantener a raya para evitar la invasión del recorrido y, junto a ella, el pequeño Muhammad no perdía detalle de lo que ocurría a sus pies. Allí estaban sus hermanastros y sus primos, pero sabía que su hijo prefería permanecer cerca de ella. Las grandes trompas ceremoniales comenzaron a sonar en el momento en que Al Mundhir, el primogénito, hizo acto de presencia en el palco junto a su hermano Abd Allah, que le seguía un paso más atrás. La muchedumbre congregada entre la muralla y el río, ansiosa por asistir al comienzo de la celebración, acogió su presencia con una aclamación unánime, que ambos príncipes correspondieron con gestos de saludo. El pequeño Muhammad respondió a un ademán de su padre y acudió junto a él, no sin antes dirigir una mirada agradecida a Onneca. El príncipe lo colocó ante sí, sobre el pretil, y le apoyó las manos sobre los hombros, justo en el momento en que el sonido de los potentes timbales anunciaba la entrada de la cabeza del desfile en la explanada. Sin embargo, la expresión de satisfacción desapareció del rostro del muchacho cuando el pequeño Mutarrif, que pugnaba por asomar su cabeza por encima de la balaustrada, se deslizó junto a su hermanastro. Abd Allah se inclinó hacia él y lo alzó para sostenerlo en sus brazos. La multitud comenzaba a rugir al paso de las primeras cabalgaduras que portaban los estandartes blancos de los Omeya, seguidas por una escuadra de jinetes en representación de las coras que habían participado en la aceifa. La entrada de los efectivos de la guardia del soberano, con sus llamativos atavíos,

elevó el tono de la aclamación, que alcanzó el paroxismo con la aparición del emir de Al Andalus a lomos de su magnífico corcel, que parecía marcar el paso al ritmo de los atabales. Frente a la Bab al Qantara, Muhammad se apeó de su montura y de inmediato recibió la pleitesía de los cargos principales del emirato. El *hayib* Haxim fue el primero en acercarse e hincó la rodilla sobre la espléndida alfombra roja que cubría el acceso hasta el alcázar. A continuación desfilaron ante el soberano el primer *qadi* de la ciudad, el *imam*, principal de la mezquita aljama, visires, alfaquíes, los jefes del zoco y de la policía, altos funcionarios, ulemas, generales, representantes de las ciudades más próximas y un sinnúmero de notables ataviados todos ellos con sus más ricas vestiduras. El cortejo acompañó al emir en su camino hacia el palacio en cuya terraza esperaban los miembros de la familia real. Muhammad presentaba un aspecto magnífico, su paso era enérgico, y su rostro expresaba la satisfacción que le producía aquel recibimiento triunfal, después de los meses de dura expedición estival por las ciudades de la Marca y el castigo posterior a los dominios cristianos en las tierras de Alaba.

El desfile de las tropas continuaba entretanto con las interminables columnas formadas por los regimientos a pie y a caballo. Como estaba dispuesto, el emir aprovechó la parte más tediosa de la parada para disfrutar de un refrigerio en las frescas estancias del palacio, al tiempo que recibía el saludo de sus más allegados, que por un momento se habían retirado de la azotea. Pero todavía quedaba la parte más esperada del desfile, y no tardó el chambelán en dar aviso a los asistentes para que recuperaran sus posiciones en el palco, esta vez a los lados del soberano.

La aparición sobre la muralla del triunfante Muhammad desató de nuevo el entusiasmo de los cordobeses, que lo contemplaban desde todos los puntos del Rasif, desde el mismo puente e incluso desde la orilla opuesta, ya en el barrio de Saqunda. La expectación ahora se palpaba en el ambiente, pues tras el paso de las últimas unidades a pie, se descubrirían los frutos de la costosa expedición, con la exhibición de los prisioneros capturados y del botín de guerra. Era el momento que Onneca esperaba y temía, pues, a la vista de todos, se mostraría a los qurtubíes el destino que aguardaba a cualquier caudillo que se atreviera a desafiar la autoridad del emirato. En otras circunstancias, ya se estaría llevando a cabo el macabro desfile de centenares de cabezas cristianas conservadas en sal y clavadas en el extremo de las picas, algo que enardecía especialmente a las masas. Pero en esta ocasión no se había producido un enfrentamiento campal contra los infieles del norte. A cambio, se comentaba en los corrillos, habían conseguido apresar a uno de los principales caudillos del Uadi Ibru, uno de aquellos Banu Qasi que habían vuelto a la rebeldía después de los buenos servicios que prestara aquel Musa, wali de Saraqusta, el que tanto se había distinguido en la lucha contra la temible plaga de los normandos.

Onneca no tuvo ninguna dificultad para identificarlos. Se acercaban decenas de

carretas repletas de hombres, mujeres y niños cuyo destino sería sin duda el mercado de esclavos de la ciudad. En todas, aquellos desgraciados viajaban hacinados, y desde el suelo apenas se podrían vislumbrar sus rostros. Sin embargo, una de ellas era una simple plataforma de maderos sobre la que se alzaban cuatro troncos y, encadenados a ellos, sometidos al escarnio y la humillación, avanzaban quienes sin duda eran su tío Mutarrif y sus tres primos. Le dio un vuelco el corazón al reconocer al esposo de su tía Belasquita, y al instante pensó en su padre, y deseó con toda su alma que no estuviera viendo aquello.

Dirigió la vista hacia el palco donde se encontraba el emir, que asistía satisfecho a las demostraciones de alegría de sus súbditos, y entonces se cruzó con la mirada furtiva de su esposo. Sin duda le estaba leyendo el pensamiento, sabía que los había reconocido, y que aquello le podría acarrear problemas, porque la contemplaba de soslayo mientras sostenía a sus dos hijos, con el ceño fruncido, ajeno a la euforia general.

Tras los prisioneros cabalgaban varios personajes que por su indumentaria eran infieles de rango elevado, destinados a servir como rehenes o bien a proporcionar un elevado rescate que engrosara el botín de la expedición. Onneca recordó su propia llegada a la ciudad, en una situación muy similar, e inconscientemente dirigió la mirada hacia la Dar al Rahn, la Casa de los Rehenes, donde aquellos hombres pasarían los próximos meses, o quizás años, de sus vidas. Por fin aparecieron los centenares de mulas y carretas que transportaban el enorme botín: no sólo joyas y objetos de valor, sino también utensilios domésticos, carros cargados de grano, aceite, salazones, ropas, semillas, herramientas y aperos… una lista interminable de mercancías que en las semanas siguientes serían vendidas para proceder al reparto de las ganancias. El emir se alzó antes de que concluyera el desfile y se dirigió al interior mientras departía afablemente con varios de sus hijos.

A partir de ese momento, Onneca había esperado encontrar la manera de quedarse a solas con su esposo, pero no estaba resultando sencillo. El emir se había retirado junto a sus hijos, el *hayib* y varios de sus generales para tratar los asuntos de Estado más urgentes antes de pasar al salón donde iba a celebrarse el banquete. Onneca ocupó un lugar preferente entre las esposas de Muhammad y de los príncipes, pero en el extremo opuesto de la enorme estancia, y la tarde transcurrió en los jardines del palacio, bajo las sombras, en compañía del resto de las mujeres y de los pequeños, que jugaban y chapoteaban en los estanques. El tiempo parecía no discurrir, y Onneca desesperaba ya, hastiada del parloteo intrascendente de aquellas mujeres cuando, al atardecer, se anunció la presencia del emir. La esperanza de poder abordar a su esposo resurgió al verlo aparecer en los jardines acompañando a su padre: Abd Allah conversaba en aquel momento con dos de sus hermanos menores, Al Hakam y Abd al Rahman, pero pronto buscó a sus hijos y se dirigió hacia ellos.

–Saluda a tu padre, Muhammad -se adelantó Onneca.

El muchacho obedeció con soltura, y Abd Allah le sonrió satisfecho.

–Me complace comprobar que progresas en tu educación, muchacho.

–¿Es cierto, padre, que mi abuelo ha abatido él solo con su espada a más de cien caballeros infieles?

El príncipe rio esta vez con ganas.

–Seguro que lo es, Muhammad. Y tú, que llevas su mismo nombre, algún día emularás sus hazañas -respondió mientras revolvía sus cabellos y paseaba la mirada por los jardines.

Onneca no podía permitir que algún otro de sus hijos captara su atención, y decidió no dejar pasar la oportunidad.

–Abd Allah, esposo mío… he de hablarte de algo que me aflige.

El príncipe mudó el gesto imperceptiblemente, pero respondió con amabilidad:

–Si la madre de mi primogénito considera que el asunto merece mi atención en este momento, no dudes en hablar. Sin embargo, creo saber…

Onneca percibió el cambio de tono en sus últimas palabras y afirmó con la cabeza mientras bajaba la vista al suelo.

–Sé que me observabas esta mañana durante el desfile, y sabes el motivo de mi zozobra. Abd Allah, ¡es el cuñado de mi padre, mi propio tío!, ¡y mis tres primos!

El rostro del príncipe se tornó grave, y no fue capaz de ocultar su disgusto.

–Lo sé, Onneca -respondió-. Y también es el rebelde que ha desafiado la autoridad de mi padre haciéndose con el poder en una de nuestras coras.

–¿Y cuál es el castigo que les espera por ello?

Abd Allah no respondió, y fijó la mirada en la distancia.

–Respóndeme, Abd Allah, te lo ruego.

–¡Serán juzgados de inmediato, y recibirán la pena establecida para su delito!

–¿Van a ser ejecutados? – gimió Onneca, angustiada e incrédula.

–Eso lo decidirá nuestro emir. Por la magnitud del delito, será él quien les juzgue, ejerciendo su papel de *qadi* supremo.

–¡Abd Allah, debes evitarlo! ¡Son los nietos del rey de Banbaluna!

La congestión del rostro del príncipe se acentuó cuando replicó:

–¡El rey de Banbaluna ha apoyado a esos malditos muladíes! ¡Y eso a pesar de que tú y tu padre seguís en Qurtuba como rehenes! ¡Por Allah Todopoderoso, Onneca! – gritó-. Da gracias a que eres mi esposa, la madre de mi hijo… si no, ¡ahora mismo tu cuerpo y el de tu padre colgarían de un poste junto al Rasif!

Abd Allah giró la cabeza, y de inmediato las miradas de curiosidad se apartaron de ellos. De ninguna manera Onneca quería provocar un escándalo, y mucho menos despertar la ira de su esposo, de forma que recuperó el tono quedo para hablar.

–Sólo apelo a vuestra misericordia, Abd Allah -dijo en un susurro-.

Encarceladlos, negociad su rescate, pero no…

–Conozco muy bien a mi padre -la interrumpió-. Y sé cuál es su política, la única que puede aplicar un soberano que quiera mantener la autoridad y el respeto entre su pueblo, y el temor entre sus enemigos. Lo que tú llamas misericordia no se entendería sino como debilidad.

Onneca se encontraba a punto de estallar en lágrimas, y el pequeño Muhammad, asustado, se abrazó a su túnica en un intento de protegerla.

Abd Allah observó a su hijo, que ahora lo observaba con temor, y el resentimiento asomó a sus ojos. Hizo ademán de volverse para alejarse, pero Onneca adelantó el brazo derecho para retener su mano.

–Esposo mío -rogó-. Si guardas algún aprecio hacia la madre de tu primogénito, habla con el emir antes de que sea tarde.

El príncipe mantuvo un instante su mirada, luego se deshizo del contacto de sus dedos y se alejó.

Capítulo 25

Junto a la entrada oriental de la mezquita aljama, en medio de un revuelo general, una mujer yacía sobre las losas del suelo presa de fuertes temblores. Dos días después del regreso del emir, eran muy pocos los que habían abandonado la ciudad, pues las celebraciones aún debían cerrarse de la forma que todos esperaban y como los pregoneros ya se estaban encargando de anunciar. Las ejecuciones públicas constituían una atracción mayor aún que los desfiles militares, y un extraño entusiasmo se había adueñado de aquella calle atestada, una de las que separaban el zoco de la mezquita mayor.

Tras dos días caminando sin descanso, tratando de buscar la forma de ponerse en contacto con Fortún, escuchó la confirmación de sus más negros temores. Las piernas habían dejado de sostenerla y había caído al suelo víctima de un ataque de ansiedad en medio de la indiferencia de los transeúntes, que se limitaban a esquivar su cuerpo convulso con muecas de disgusto. Poco a poco el llanto, al principio imposible de controlar, fue dando paso a una sensación de derrota y de infinito desamparo que le impedía pensar con claridad. En su mente cabía una sola idea: el tiempo se agotaba y ella había sido incapaz de hacer nada para salvar la vida de sus hijos y de su esposo. En las últimas semanas una única satisfacción había conseguido apartar durante un tiempo su continua sensación de angustia, y le había permitido comprobar la intensidad que podía alcanzar el deseo de venganza. Había necesitado la colaboración de sus compañeras de infortunio en la zaga de la columna, pero a estas alturas los cadáveres degollados de los dos malnacidos que la habían forzado, sujetos a otros tantos sacos llenos de piedras, estarían sirviendo como alimento a los peces en el fondo del Uadi al Kabir.

Con un enorme esfuerzo, apoyó los brazos en las losas y trató de incorporarse. Al principio sólo logró sostenerse gateando como un tullido, hasta que alcanzó uno de los mojones de piedra que impedían el paso de los carros al interior del patio de la mezquita. Se alzó sobre él y trató de mantenerse en pie antes de avanzar arrastrando los pies, mientras recuperaba las fuerzas y el control de sí misma. En varias ocasiones estuvo a punto de ser derribada por los fieles que no reparaban en su presencia, hasta que alcanzó de nuevo la explanada que se abría entre el oratorio y la Bab al Qantara. Una vez más, como en las jornadas anteriores, intentó probar suerte en el acceso al alcázar, pero de nuevo fue rechazada a golpes por uno de aquellos imponentes guardias, que no la dejó explicarse siquiera. La multitud comenzaba a franquear la salida de la ciudad para dirigirse al paseo que bordeaba el río, y hacia allí se dejó llevar. La puerta se estaba convirtiendo en un gran embudo que parecía atrapar a los transeúntes antes de escupirlos al exterior, y por un momento sintió que le faltaba el aire.

Pero lo que realmente la dejó sin aliento fue lo que vio al otro lado de la muralla: un pequeño ejército de carpinteros se afanaba en rematar una estructura elevada de madera, de la que sobresalían una decena de postes verticales firmemente anclados en ella. Un gemido de desesperación escapó de su garganta, y sin ser consciente de ello comenzó a sujetar a cuantos pasaban junto a ella, suplicando una ayuda que nadie era capaz de darle. Pronto, en medio del gentío que empezaba a acumularse en busca de un buen lugar desde donde contemplar las ejecuciones, se abrió un círculo alrededor de aquella loca que acabaría estropeando el espectáculo si nadie lo impedía.

En algún lugar sobre las cabezas de la multitud iniciaron su redoble los timbales que anunciaban el inicio del acto, y el bullicio se fue apagando a la espera de lo que habría de ocurrir a continuación. En ese momento, en la misma terraza en la que días atrás presidiera el desfile de las tropas, hizo su aparición el emir en persona. La aclamación fue atronadora, y el círculo alrededor de Belasquita se cerró de nuevo entre empujones.

Capítulo 26

Fortún observaba cómo el pequeño Muhammad contemplaba con asombro la muchedumbre de nuevo congregada, a pesar de que su madre había tratado de impedir que estuviera presente. Abd Allah se había mostrado intransigente ante Badr cuando éste le hizo llegar la solicitud de Onneca, y su respuesta había resultado tajante: su hijo mayor debía asistir y aparecer ante la multitud, al igual que lo hacían los príncipes y el propio emir, con la intención de mostrar al pueblo la entereza de sus gobernantes y la inamovible decisión de conservar su autoridad.

Padre e hija albergaban aún la esperanza de escuchar una sentencia distinta a la que todos los allí congregados esperaban, los reos juzgados iban a ser muchos, y no todos serían condenados a la pena capital.

Un revuelo en la zona más próxima al palacio devino en un nuevo griterío cuando aparecieron varios guardias a caballo abriendo paso a la comitiva que transportaba a los prisioneros desde las cercanas mazmorras. En dos carros, encadenados y decalvados, se amontonaban al menos una treintena de hombres de aspecto diverso. Aún no habían atravesado la puerta de la ciudad, por lo que no eran visibles desde el exterior, pero también en aquella plazuela se congregaba una pequeña multitud, que no podría ver de cerca las ejecuciones, pero que a cambio escucharía las sentencias de primera mano.

El *qadi* principal de la ciudad se puso en pie para dar inicio a la lectura de los cargos presentados contra cada uno de los acusados. Su presencia allí, aunque fuera en calidad de secretario judicial, significaba el apoyo que el principal responsable de la justicia cordobesa prestaba a las sentencias que el emir había pronunciado y que estaban a punto de hacerse públicas. El simple gesto de alzarse junto al soberano bastó para imponer silencio sobre la multitud.

Uno a uno, el alto funcionario citaba el nombre de los acusados, su procedencia, la relación de sus delitos y, por fin, era leída la sentencia, acompañada en cada caso por los gritos de asentimiento o de rechazo del gentío. Las primeras condenas a muerte provocaron tal explosión de júbilo que el juez se vio obligado a interrumpir su tarea.

Fortún no consideró un buen presagio el hecho de que sus parientes quedaran relegados al último lugar. Ya se habían dictado cinco sentencias capitales, la amputación de la mano derecha para dos acusados del robo en una mezquita y varias penas que ordenaban el paseo infamante y los azotes en público.

Vio que Onneca, inconscientemente, trataba de proteger a su hijo de aquel espectáculo impropio de niños de su edad tomándolo por los brazos y apretándolo contra su cuerpo. Se estaba dando lectura al nombre de Mutarrif, y de nuevo se había hecho el silencio para escuchar los cargos.

–Mutarrif ibn Musa, de la estirpe de los Banu Qasi… se te acusa de sedición y levantamiento contra el Estado. En nombre del emir te condenamos… a morir junto a tus hijos mediante crucifixión. Vuestros cuerpos permanecerán expuestos para ejemplo de quienes, como vosotros, estén dispuestos a desafiar la autoridad de nuestro soberano y el mandato de Allah.

Las últimas palabras quedaron ahogadas por el rugido de la multitud. Fortún observó el rostro demudado de su hija y se lanzó hacia ella justo a tiempo de evitar su caída. Abd Allah observaba la escena con gesto inmutable, y sólo reaccionó para ordenar a uno de los sirvientes que llevara junto a él al pequeño Muhammad, quien, asustado al ver a su madre desmayada, retrocedía tratando de alejarse.

Fortún alzó los ojos arrasados para encontrarse con la mirada fría y la expresión impasible de Abd Allah. De repente fue consciente de su situación, sintió la necesidad de sostenerle la mirada, de mostrar la dignidad a la que estaba obligado como heredero del reino de Pampilona, una dignidad que las sentencias de muerte que acababan de escuchar también pretendían doblegar. Se puso en pie, rígido, con los brazos laxos a los costados, sin apartar la vista de aquellos ojos claros en los que ahora veía una determinación y una crueldad infinitas, y en aquel instante descubrió la clase de hombre que había desposado a su hija. Allí, alzado ante él, se sintió capaz de odiar con una intensidad tal que lo llevaba hasta la náusea. Vio cómo Abd Allah iba mudando el semblante imperceptiblemente a medida que captaba aquel odio inmenso que transmitía con su actitud, y cómo, con una sonrisa indescifrable, desviaba su atención hacia el *qadi*.

Onneca recobró la consciencia cuando uno de los sirvientes le humedeció el rostro con un pañuelo de seda empapado en agua fresca. Aunque Fortún trató de que permaneciera recostada, ella pugnó por incorporarse. La guardia a caballo se abría paso a través de la Bab al Qantara, y la carreta que trasladaba a los nueve reos de muerte emprendió su camino hacia el patíbulo, mientras el resto era conducido de nuevo hacia el alcázar. La muchedumbre pugnaba por mantener sus posiciones y únicamente se apartaba a golpe de fusta; los gritos de protesta se mezclaban con los insultos a los condenados, y el trayecto se convirtió en un inmenso caos que sólo terminó cuando el carro se detuvo junto al cadalso. Los guardias hicieron descender a los reos para disponerlos a los pies de la estructura.

Entonces un murmullo creciente comenzó a extenderse a lo largo del Rasif, y todos los asistentes volvieron sus cabezas en la misma dirección: sobre el pretil del puente se había alzado una mujer que profería agudos gritos al tiempo que se rasgaba la túnica con saña. En el alcázar, también el emir y el resto de los ocupantes de la azotea podían verla, aunque entre el vocerío resultada imposible discernir el significado de sus palabras.

Fortún había quedado paralizado. No, no era posible, sus sentidos debían de estar

engañándole. Se llevó la mano a la frente a modo de parasol y trató de escrutar el rostro de la mujer desde la distancia. Las voces de la multitud comenzaban a acallarse, y logró distinguir alguna de las palabras: hablaba de sus hijos… decía que eran inocentes… Y ya no le cupo ninguna duda.

–¡Belasquita! – gritó entonces Onneca.

Giró sobre sus talones y se lanzó en una carrera frenética hacia la escalinata que conducía al interior del palacio. Descendió hasta la planta inferior a toda la velocidad que le permitían sus ropas y su calzado, y atravesó la puerta que se abría ante la mezquita, para encontrarse a la multitud que aún pugnaba por ganar la salida hacia el río.

–¡Cuatro de vosotros! ¡Acompañadme, rápido!

Resultaba penoso abrirse paso entre la gente, pero a la vista de las espadas de aquellos imponentes soldados de la guardia, los huecos se iban abriendo entre protestas airadas. Atravesaron la puerta por fin, y vieron a la mujer aún encaramada al pretil, tratando de llamar la atención del emir y sus acompañantes. En aquel instante, dos guardias llegaron hasta ella, tiraron de sus ropas sin ninguna contemplación y la hicieron caer de bruces contra el suelo. Onneca alcanzó el lugar a duras penas, y los guardias apartaron a empujones al círculo de curiosos, para proporcionar espacio y seguridad a la primera esposa del príncipe.

–¡Belasquita! ¿Eres tú?

Al oír su nombre, la mujer se incorporó sorprendida. El polvo pegado al sudor y las lágrimas hacía su rostro casi irreconocible.

–¡Soy yo, la hija de tu hermano!

Belasquita permaneció inmóvil, con la mirada fija en el rostro de aquella mujer.

–¿O… Onneca? – titubeó.

La joven sonrió con ternura, luego se alzó y habló para todos.

–¡No tenemos tiempo que perder! ¡Abrid paso hasta el alcázar!

El proceso de las ejecuciones seguía adelante, y los reos, ajenos a cuanto ocurría, cargaban con pesadas traviesas de madera que dos soldados ataban fuertemente a sus brazos abiertos en cruz. Entretanto, en el interior del palacio, Belasquita era arrastrada escaleras arriba por su sobrina. Alcanzaron la azotea sin aliento, y Onneca trató de atusarse las vestiduras antes de presentarse a su esposo. Ya no le importaba lo que sucediera con ella, en un momento como aquél el protocolo de la corte no iba a interponerse en su camino.

Conforme avanzaba, un pasillo se fue abriendo, y Abd Allah, apesadumbrado, trató de dirigirse hacia ella para evitar que se acercara al emir.

–Debéis escuchar a esta mujer. Esos hombres no han tenido oportunidad de defensa, merece al menos que quien los ha juzgado escuche su alegato. No es la primera vez que un reo condenado recibe el indulto.

Abd Allah se aproximó a Onneca y quedó parado ante ella. Un instante después, su mano había descargado una sonora bofetada sobre el rostro de su esposa. Estaba en su derecho, como esposo deshonrado por la actitud de su mujer.

–¡Regresa a tus aposentos y no me ofendas más!

–¡Abd Allah! – llamó el emir a su espalda-. Permite que esa mujer se acerque a mí.

Belasquita, en un estado lamentable, no esperó a que se le franqueara el paso, sino que avanzó con decisión y cayó arrodillada y en actitud suplicante ante el soberano.

–¡Tened piedad de mí! – exclamó con una voz aguda y distorsionada por el llanto.

–Según me dice mi chambelán, eres la esposa de Mutarrif ibn Musa… e hija del rey García -dijo sin poder evitar un gesto de disgusto ante su aspecto-. No sé qué pruebas podrás aportar que pongan en cuestión mi sentencia, pero no dejaré que mis enemigos me acusen de impartir justicia sin escuchar la defensa de los reos.

Los condenados comenzaban a ser izados hasta lo alto de los postes ante la expectación y el regocijo de la muchedumbre. De vez en cuando, se oían sonoras imprecaciones e insultos que se imponían sobre el bullicio general, lo que impedía oír los gritos de algunos de los reos, que inútilmente imploraban la piedad de sus ejecutores.

Belasquita sabía que no disponía de más tiempo, tenía que ser capaz de condensar todos los argumentos que había madurado durante las últimas semanas en unas pocas palabras. Todavía de rodillas, comenzó a hablar sobreponiéndose al ahogo que sentía en el pecho y rogó al soberano por la vida de su esposo, y sobre todo por sus tres hijos, inocentes por su juventud. Extrañamente lúcida, recordó al emir el papel que la familia de su esposo había desempeñado en la defensa del emirato, cómo Mutarrif había aceptado el gobierno que le ofrecían los habitantes de Uasqa. Los argumentos acudían a su mente y los iba desgranando con la vehemencia que da la desesperación.

Onneca asentía con la cabeza ante cada uno de sus razonamientos, asombrada al ver cómo aquella mujer, que unos momentos antes había sucumbido a la impotencia, apuraba ahora sus fuerzas para defender la vida de los suyos. No perdía tampoco detalle de la reacción del emir, del gesto de su propio esposo, de la actitud del *qadi*, en busca de una señal de compasión, de un cruce de miradas entre quienes podían tomar la decisión por la que clamaba aquella mujer. Pero en sus rostros sólo vio hastío e indiferencia. Las palabras de Belasquita se agotaban, imploraba con la mirada, y sin embargo el emir, alzando la cabeza, parecía más interesado en lo que sucedía frente al río.

Los nueve reos pendían ya de los maderos, y los primeros comenzaban a sufrir la tortura que suponía la falta de aire en los pulmones. Con movimientos espasmódicos, trataban de alzar sus cuerpos sólo con la fuerza de sus brazos en cruz, para conseguir únicamente recibir un soplo que les permitiera permanecer con vida un instante más,

mientras su sufrimiento era jaleado por la multitud, que definitivamente se había agolpado en el exterior de las murallas, en el puente e incluso en la orilla opuesta del Uadi al Kabir.

Belasquita, terminado su discurso, giró la cabeza hacia el río, y un sonido gutural brotó de lo más profundo de su garganta. Ése fue el momento que el emir aprovechó para hacer un gesto a su guardia, y pronunció lacónicamente la decisión que seguramente en ningún momento había pensado cambiar.

–La sentencia debe cumplirse, ¡que prosigan las ejecuciones! – ordenó.

Los soldados sujetaron por los brazos a Belasquita, que con el terror dibujado en sus ojos, se debatió lanzando gritos de desesperación.

El zalmedina alzó su espada sobre la cabeza mientras los tambores reforzaban sus redobles, y en ese momento varios soldados se dispusieron ante los reos sujetando con fuerza sus lanzas. Cuando descendió la espada, los verdugos dieron un paso al frente y el filo de sus picas se introdujo bajo las costillas de los infortunados en dirección al corazón. Repitieron el movimiento varias veces en medio de los gritos de la multitud, enloquecida hasta el paroxismo a la vista del río de sangre que empapaba ya la tarima del cadalso, hasta que comprobaron que todos los ajusticiados pendían exánimes de los maderos.

Belasquita era conducida fuera de aquella azotea ante la mirada del príncipe Abd Allah y el resto de los congregados. Con las últimas fuerzas que le restaban, fruto de la desesperación, tiró con rabia de su brazo derecho y consiguió deshacerse del abrazo del soldado que la custodiaba. Con un rápido movimiento que apenas nadie pudo apreciar, asió la daga que colgaba del cinto del guardia y la alzó sobre su cabeza. Abd Allah dio un paso atrás tratando de protegerse con el brazo izquierdo, mientras asía su propia espada con el derecho. Entonces Belasquita descargó el golpe, sus ojos se abrieron de par en par y cayó sin vida con el corazón atravesado.

Capítulo 27

Año 874, 260 de la hégira

El príncipe Al Mundhir entró con cara de preocupación en la enorme *haymah* que compartía con su padre durante la campaña y se retiró el pliegue de la túnica que había utilizado a modo de capucha para protegerse del fuerte viento que azotaba el valle. A la sequedad extrema que habían soportado en las semanas anteriores, se unía ahora aquel incómodo compañero que cegaba a hombres y bestias y que en poco contribuía a mejorar el estado de ánimo de las tropas.

El interior se distribuía en varias estancias separadas por gruesas lonas, ante las cuales se turnaban los miembros de los *jurs*, la guardia personal del emir. El chambelán alzó a su paso la cortina que hacía las veces de puerta, y Al Mundhir accedió a la estancia principal. Encontró a su padre instalado en una de aquellas ingeniosas sillas de campaña fabricadas con cuero y madera, cuya particularidad era que permitían ser plegadas sin dificultad, por lo que una sola mula podía transportar hasta una decena de ellas. La luz abundante que proporcionaban cientos de lamparillas contrastaba con la penumbra que comenzaba a adueñarse del inmenso campamento y permitía al monarca leer sin dificultad los caracteres árabes del códice que sostenía ante sí.

–Que Allah sea contigo, padre.

El monarca alzó la vista y devolvió el saludo.

–Han regresado las unidades de intendencia, padre…

–¿Y? – respondió lacónicamente el emir.

–La situación no es mejor en el valle que en la meseta que abandonamos en las últimas jornadas. La sequía es igualmente extrema, y no hay cosecha. Según cuentan los campesinos, el invierno pasado fue también aquí el más seco de cuantos recuerdan. Quienes se atrevieron a sembrar confiando en la aparición de las lluvias no hicieron sino desperdiciar la preciada semilla, porque ni siquiera llegó a germinar.

–Pero ésta es zona de ríos y huertas… -replicó el emir malhumorado y hastiado de las malas noticias que lo acompañaban desde el inicio de aquella *asaifa*.

–Así es, padre, pero ya has visto el escaso caudal que portan. Recuerda este mismo Uadi Salun en ocasiones anteriores, hace sólo dos años: el problema era cómo vadearlo. Ahora, en muchos lugares no basta ni para mover una *assánya* con la que elevar el agua a las tierras de cultivo. Además han tenido que dedicar las escasas tierras irrigadas a sembrar algo de cereal con el que sobrevivir.

El emir dio un puñetazo sobre la mesa.

–¡Maldita sea! – estalló.

Aquella aceifa había sido un empeño personal, y se había puesto en marcha en contra de las advertencias de sus generales. La sequía azotaba Al Andalus desde el año anterior, pero en la pasada campaña los problemas de abastecimiento apenas se habían notado, porque en aldeas y alquerías se guardaba aún la reserva de grano de la última cosecha. El agudo problema se había manifestado en toda su gravedad en este segundo verano, y no sólo por la imposibilidad de requisar el grano con el que alimentar a la numerosa tropa, sino porque la situación amenazaba con llevar el territorio del emirato a una hambruna sin precedentes. Se habían enviado misiones comerciales a Ifriqiya, pero todas ellas habían regresado con la noticia de que allí, en el Maghrib y en Tahert, la situación era igual de penosa.

Había movilizado sin embargo un ejército más nutrido que el del año anterior, reclamando la contribución de todas las coras, y se había hecho acompañar del mayor arsenal de máquinas de guerra y de asedio jamás reunido en Al Andalus. Y todo ello con un único objetivo: la conquista de Saraqusta, la capital de la Marca Superior, de nuevo en manos de los Banu Qasi. De nada habían servido las embajadas enviadas a sus caudillos en busca de un acuerdo por el que podrían conservar sus feudos tradicionales a cambio de entregar la estratégica capital. Tampoco había hecho efecto la amenaza de correr una suerte similar a la de Mutarrif; antes bien, su final había producido en sus hermanos una convicción adicional en su negativa a negociar. De hecho, las últimas noticias de Uasqa hablaban de un nuevo cerco al que los Banu Qasi habían sometido a la ciudad. Una vez más, el gobernador Amrús ibn Umar pedía la intervención del ejército para romper el sitio que estaba abocando a sus habitantes a una situación límite.

–Piensas que nunca debimos emprender esta expedición, ¿no es cierto? Y nuestro *hayib* es de la misma opinión…

–Poco importa lo que creamos Haxim o yo, padre. Confiábamos en las lluvias del final de la primavera, y tampoco se han producido.

Muhammad se alzó de su silla y emprendió un breve paseo sobre el suelo apisonado y cubierto de alfombras, de un extremo a otro de la *qubba*. En ese momento se oyeron murmullos en el exterior, y el chambelán volvió a retirar los cortinajes para anunciar a un nuevo visitante.

–El *hayib*, Haxim ibn Abd al Aziz, mi señor.

El emir hizo un gesto de asentimiento.

Un hombre que rondaba los cuarenta y cinco años, más alto que el soberano y con la prestancia propia de su rango, se adelantó con decisión hasta el centro del recinto.

–Mi querido Haxim, te adelantas a mis deseos. De ti hablábamos… me disponía a hacerte llamar.

–Escucharé lo que tengáis que decirme, *sahib.*

–Veo por tu rostro de preocupación que no vienes hasta aquí sin un motivo…

dinos antes qué sucede.

Haxim pareció sorprendido por la observación del soberano.

–Es evidente que si pretendo hacer progresos en política deberé aprender a ocultar mejor mis emociones -respondió con un asomo de ironía, aunque de inmediato su expresión se ensombreció-. Majestad, la situación comienza a ser grave. No sólo somos incapaces de reunir provisiones para nuestro ejército en las tierras que atravesamos, sino que estamos empezando a encontrar gentes famélicas que se lanzan hacia nosotros en busca de ayuda. Nuestras propias tropas acusan la falta de alimento.

Padre e hijo cruzaron una significativa mirada.

–¿Me estás diciendo que nuestros soldados pasan hambre?

Haxim pareció vacilar.

–Así es en ocasiones, mi señor -respondió apesadumbrado-. Los hombres se organizan y salen en partidas de caza, lo que proporciona algún sustento adicional. Pero no todos los terrenos son propicios para ello, y sólo los soldados a caballo tienen esa posibilidad. Además…

Haxim calló, inseguro. Quizás estaba hablando demasiado.

–¡Por Allah, prosigue…!

–Se están produciendo desmanes, que hemos tenido que castigar severamente.

–¿Qué tipo de desmanes? ¡No voy a permitir que se me oculte lo que ocurre en el seno de mi propio ejército! – gritó Muhammad, descompuesto por momentos.

–Hay campesinos que esconden sus escasas provisiones en cuanto tienen noticia de nuestra llegada. Las partidas encargadas del aprovisionamiento tienen a veces que forzar a esas gentes para que confiesen. Utilizan pozos, dobles muros, sótanos, o simplemente las entierran, en algunos casos las ocultan en pleno monte…

–¿De qué desmanes me hablas entonces?

–Señor, algunas de esas partidas se han excedido con los campesinos, en contra de nuestras órdenes.

–¡Por Allah Todopoderoso, Haxim! ¡Habla claro, te lo ordeno!

Haxim tragó saliva.

–Algunos oficiales han montado en cólera al descubrir tales engaños, y han… han aplicado la justicia por su mano. Hace dos días comprobamos que habían pasado a cuchillo a varias familias de una aldea próxima… después de violar a sus mujeres.

–¿Han sido identificados los autores? – bramó el emir.

–Así es, señor. Todos los componentes de la partida fueron arrestados y esperan justicia.

–No podemos permitir conductas como ésas, nos encontramos a tan sólo unas millas de Qala't Ayub… ¡Aún es territorio amigo!

–En cualquier caso, señor, quizá deberíamos replantear nuestra estrategia -tanteó el primer ministro.

–Has sido y sigues siendo mi mejor general, por eso me acompañas en esta expedición. ¿Qué propones?

–Es impensable atacar Saraqusta en estas condiciones, y mucho menos someterla a asedio. Ese joven muladí que está al frente de la ciudad lo sabe: sólo tiene que disponer todos sus efectivos para evitar que rompamos sus defensas en un primer ataque y, según nuestros informes, a eso se ha dedicado durante el último invierno, a reforzar cuanto ha podido las murallas de la ciudad.

–¡Muhammad ibn Lubb! – intervino el príncipe Al Mundhir, que hasta entonces había permanecido al margen-. La semilla de ese Musa no deja de reproducirse.

–También las circunstancias se han aliado con él -reflexionó Haxim-. El acoso de los tuchibíes desde Qala't Ayub y Daruqa y la presencia de Amrús en Uasqa le han obligado a fortificar Saraqusta. Conoce nuestra situación y sabe que, si no logramos alimentar a más de veinte mil hombres, no podemos permitirnos un asedio prolongado, como era nuestra intención. Además, el hambre y las penas que han de imponerse para mantener la disciplina acabarán minando la moral de las tropas.

–Sin embargo, sea como sea, hemos de acudir en socorro de nuestro gobernador en Uasqa -recordó Al Mundhir.

–De otra forma, esos renegados pueden tomar la ciudad de nuevo. Según Amrús, se encuentran al límite de su resistencia -corroboró Haxim, desalentado.

–En ese caso, es lo que haremos -decidió el emir-. Nos encontramos a tres jornadas de Saraqusta. En cuanto salgamos del territorio que controlan los tuchibíes de Qala't Ayub, da orden a nuestras tropas para que arrasen cuanto encuentren a su paso. Haz obligatorio lo que hasta hoy habías castigado. Envía partidas en busca de cualquier ganado en veinte millas en torno a la capital, requisa todas las reservas de grano, de aceite, cualquier cosa que pueda servir para saciar el hambre. Detente a recoger cualquier cosecha por miserable que sea. Recorre las vegas de los ríos y encontrarás frutales y hortalizas. Y mientras, bate los montes cercanos hasta que no quede un venado, un jabalí o una cabra. Y prende fuego a cuanto no nos sea de utilidad. Alimenta a los hombres hasta que revienten con los productos perecederos, y almacena el resto, porque lo llevaremos a Uasqa. Con ello Amrús tendrá suficiente para resistir durante el invierno, y nosotros podremos regresar a Qurtuba sin perder un día más.

Capítulo 28

Uasqa

–¡Allah es Misericordioso! – exclamó Amrús ante el soberano al que debía el cargo-. La situación era desesperada, mi señor.

–Me complace haber llegado a tiempo, y me complace asimismo observar que tu nombramiento fue acertado -respondió Muhammad en tono ceremonioso-. He visto las condiciones en las que habéis tenido que resistir, y te digo que otros en tu lugar hubieran rendido la ciudad.

Amrús enrojeció a la vista de todos frente a los elogios del mismísimo emir de Al Andalus.

–Majestad, de no haber tenido noticia de vuestra inminente llegada, hace semanas que la ciudad estaría de nuevo en manos de los Banu Qasi. El hostigamiento de sus tropas ha sido implacable, y pocos de los que se han aventurado fuera de las murallas en busca de algún sustento para su familia han conseguido regresar.

–Hemos visto el aspecto famélico de tu gente, Amrús -intervino el príncipe Al Mundhir-, pero vuestro sufrimiento ha terminado, al menos de momento. Ahora serán ellos quienes tengan dificultades para encontrar alimento para sus tropas, y desistirán de reanudar el asedio, sin duda.

–Reforzaremos la guarnición, sin embargo -aclaró el *hayib* Haxim-, la plaza es demasiado valiosa…

El emir, como solía, había renunciado a entrar en la ciudad, y una nutrida representación de los partidarios de Amrús arropaba al gobernador en la entrevista que se celebraba en la *qubba*, el pabellón del soberano.

–Es deseo de mi padre que no os retiréis. Podéis acompañarnos esta noche y compartir la mesa con nosotros. La situación no es propicia para el dispendio, pero no ha de faltar una buena pieza de caza.

Un ligero carraspeo de Haxim captó entonces la atención del príncipe.

–Os recuerdo… que el *wali* de Barbastur espera vuestra audiencia.

–Hacedlo pasar entonces -ordenó el emir a la vez que tomaba asiento y con una señal sugería a sus invitados que lo imitaran.

Un instante después, como dictaba el protocolo, el chambelán anunció en voz alta el nombre del visitante.

–El *wali* de Barbastur, Abd Allah ibn Jalaf, de los Banu Jalaf, gobernadores de la Barbitaniya, solicita vuestra audiencia.

El emir asintió con un leve movimiento de cabeza, y el hombre en cuestión avanzó hasta el centro de la amplia estancia. La barba cana y el rostro arrugado

correspondían a un hombre de edad avanzada, por encima de los sesenta años, que por su expresión parecía intimidado por lo que veía, aunque tratara de ocultarlo tras una actitud decidida.

–Sé bienvenido, Abd Allah -se adelantó el emir-. Tengo información sobre tu labor en lo más alejado del territorio de Al Andalus, y reconozco las dificultades que padeces en la frontera, frente a territorio hostil. Prescindamos de las formalidades, y preséntanos el asunto que te trae hasta aquí.

El *wali* desvió la mirada hacia el resto de los presentes, y el gesto no pasó desapercibido para Muhammad.

–Puedes hablar sin temor. Todos ellos han demostrado su lealtad a mi persona.

No era aquello lo que al parecer esperaba el gobernador, y un evidente nerviosismo hizo que sus primeras palabras fueran vacilantes.

–Es… es una satisfacción comprobar que se valora nuestra contribución, y…

–¿Cuál es esa proposición que traes? – lo interrumpió el emir, poco dispuesto a escuchar otra retahíla de palabras huecas.

–Permitidme que, aunque con brevedad, os ponga en antecedentes. Sabéis que durante lustros los Banu Jalaf hemos gobernado la Barbitaniya en nombre de los omeyas, y la ciudad de Munt Sun ha sido uno de los enclaves más destacados de la *kurah.*

El emir hizo una mueca de impaciencia.

–Hace años -prosiguió el *wali*, azorado-, consentí que mi hija Sayida contrajera matrimonio con Ismail, el menor de los hijos de Musa ibn Musa. Por supuesto, eso fue antes de que los Banu Qasi se alzaran de nuevo en rebeldía contra ti -añadió mirando directamente al emir-. Allí se asentó, hasta que hace más de dos años fue llamado por sus hermanos con el propósito de retomar la revuelta. Tras su inesperada conquista de Saraqusta, Ismail regresó a Munt Sun… y poco a poco se ha hecho dueño de la ciudad, hasta el punto de haber desplazado de la guarnición a nuestros hombres, para sustituirlos por tropas procedentes de los distritos de Larida y Saraqusta.

–Estoy bien informado sobre todo lo que cuentas…, ¿qué nos propones?

–Majestad, aspiro legítimamente a dejar a mis hijos la herencia que mi padre Jalaf me legó. Barbastur y Munt Sun son las dos principales ciudades de la Barbitaniya…

–¿Qué nos propones? – repitió el emir, sin pasar por alto la mirada de soslayo de Ibn Jalaf a los asistentes, que, desde los divanes laterales mantenían los ojos clavados en él.

–Te propongo que me acompañes a la Barbitaniya… Te ofrezco la cabeza de mi yerno a cambio del valiato de Munt Sun y el resto de las ciudades de la *kurah* para mis hijos.

Muhammad era consciente del mal trago que atravesaba el gobernador. Sabía que

su intención habría sido hacer aquella propuesta en privado para no comprometer su seguridad, y de ahí su evidente nerviosismo.

El emir permaneció en silencio durante un instante y por fin llamó junto a él a su *hayib*. Departieron brevemente ante la mirada atenta de Ibn Jalaf, que no perdía detalle de los gestos de ambos y de las continuas negaciones de Haxim. Al fin, el primer ministro se retiró y el emir se dispuso a hablar.

–Tu oferta es seductora, nada nos gustaría más que tener en nuestras manos a otro de esos renegados muladíes. Pero resulta imposible retrasar por más tiempo el regreso a Qurtuba: incluso haciéndolo ahora, desconocemos la suerte que correrá un ejército como éste en medio de la desolación de los páramos de la meseta, azotados por la sequía y por la hambruna.

Ibn Jalaf pareció encoger ante la mirada del emir. Su apuesta había sido arriesgada, y sólo tenía sentido con la seguridad de verla coronada por el éxito. Ahora se había expuesto, en público además, y aquellas palabras acababan de cerrar cualquier puerta a la posibilidad de ver cumplidos sus propósitos.

–Sin… sin duda las consideraciones del emir están dictadas por la prudencia, virtud que siempre debe adornar a un soberano -respondió con total ausencia de convicción-. Mi propuesta sigue en pie, a la espera de mejores circunstancias.

–Nadie lamenta más que este emir no poder coronar esta aceifa con un triunfo como el que nos ofreces.

El rostro de Jalaf estaba descompuesto y por última vez tomó la palabra para dirigirse a todos los presentes.

–Confío en vuestra discreción. Si lo que habéis escuchado aquí llegara a oídos de Ismail…

Muhammad no ocultó ahora una ligera mueca de desprecio.

–Revelar los asuntos tratados en privado en presencia del emir es castigado con especial severidad. Puedes retirarte.

Mientras el chambelán se dirigía al *wali* para acompañarlo hasta la salida, Muhammad sacó de entre otros un viejo códice y buscó entre sus pliegos. A nadie se le escapaba que el gobernador no había sido invitado a compartir la velada.

–Permitid que os lea el pensamiento de un caudillo de tiempos pasados, del gran general romano Cayo Julio César. Hace unos días lo leía en este tomo, que reúne reflexiones de grandes reyes de la antigüedad, como él.

Con un gesto de satisfacción, localizó el pliego que buscaba y leyó en voz alta los caracteres árabes.

–Ésta es la breve sentencia que, ignoro el motivo, ha acudido ahora a mi memoria: «Amo la traición… pero odio al traidor.» ¿Qué os sugiere?

Fueron las últimas palabras que Jalaf pudo escuchar antes de que las gruesas pieles se cerraran tras él, y Muhammad sonrió, seguro de que había salido al exterior

sintiendo que la sangre se le helaba en las venas.

No había anochecido aún cuando el chambelán interrumpió la animada conversación que se desarrollaba en el interior de la gran *haymah*, iluminada ahora con centenares de lámparas de aceite, y donde empezaba a percibirse el apetitoso aroma de las viandas servidas para la cena. Fue Haxim quien recogió el rollo de pergamino que éste le entregaba y, después de leerlo con rapidez, se dirigió al centro de la estancia.

–Tenemos noticias -anunció.

Todos los rostros se volvieron hacia él.

–Sin duda la decisión que has tomado esta tarde es agradable a los ojos de Allah. El Todopoderoso no desea que nuestros grilletes abracen los miembros de Ismail ibn Musa, pero en cambio…

–¡Maldigo el momento en que decidí rodearme de ministros charlatanes! – espetó el emir, impaciente-. ¡Habla ya, Haxim!

–Tan sólo pretendía hacerte disfrutar de este momento en el que Allah se muestra propicio contigo. – Sonrió el *hayib*-. Según se nos informa, otro de los Banu Musa, Fortún, cayó hace pocas jornadas en Tutila, fulminado por la apoplejía.

Capítulo 29

Año 875, 261 de la hégira

Ismail golpeó con rabia el poste de las caballerizas, donde acababa de recibir la noticia. El mensajero, aún con el sobrealiento causado por la última etapa de su cabalgada, se retiró con prudencia una vez transmitido su mensaje. Los caballos relincharon espantados cuando Ismail sacó su espada y, presa de un ataque de ira, comenzó a descargar golpes mientras de su boca salían las más graves blasfemias que un creyente pudiera proferir. El escándalo pronto atrajo la atención de los ocupantes de la alcazaba de Munt Sun. También Sayida reconoció la voz alterada de su esposo, salió precipitadamente de la vivienda que ocupaban y llegó a las cuadras a tiempo de escuchar las últimas voces.

–¡Ni un año hace de la muerte de Fortún! ¡Y ahora esto! Ismail había arrojado la espada y recorría el exterior de las caballerizas con los puños cerrados y el gesto desencajado. Sayida se le acercó con precaución, pero él pasó por su lado y la ignoró, de modo que sólo alcanzó a ver un semblante desfigurado por la rabia y unos ojos desorbitados. Aunque en los últimos meses había aprendido a evitar sus accesos de ira, era su deber como esposa atenderlo, fuera lo que fuese aquello que lo había alterado de tal modo.

–¿Qué sucede, esposo mío? – preguntó por fin, también llena de zozobra, al tiempo que se interponía en su camino.

Ismail se detuvo frente a ella y sólo entonces pareció reparar en su presencia.

–Es Lubb, mi hermano. ¡Ha muerto!

Sayida dejó escapar un gemido y abrazó a su esposo. Ismail apenas respondió al gesto, la tomó de ambas muñecas para separarse de ella y se volvió hacia el mensajero, que esperaba sujetando a su amedrentado caballo por las riendas.

–¡Explícame cómo ocurrió! ¿Un lance de caza, dices? ¿Cómo es posible? ¡Mil ocasiones ha tenido de morir frente a nuestros enemigos, y ha de ser un miserable jabalí el que acabe con su vida! ¿Es que no hubo nadie que pudiera auxiliarlo antes de ser herido de muerte por la fiera?

El muchacho, afectado, agachó la cabeza y comenzó a hablar.

–*Sahib…* no ocurrieron así las cosas… Según cuentan quienes allí estaban, tu hermano lanceó un macho de gran porte, pero la herida no fue mortal, ni siquiera consiguió hundir la pica en sus carnes. El animal emprendió la huida y se internó en la espesura, así que mi señor Lubb espoleó su caballo tras él. Al parecer, el brazo que sostenía la lanza se enganchó entre dos ramas y… -el joven soldado hizo una pausa, indeciso- y el miembro se desgarró por el hombro. Cuando acudieron en su auxilio,

yacía exánime allí mismo, desangrándose, y ya nada pudo hacerse por salvarle la vida.

Ismail permaneció en pie mirando fijamente a aquel muchacho, con gesto inexpresivo, como si no creyera lo que estaba contando. Por fin retrocedió hasta apoyar la espalda contra la pared encalada, y se atusó los cabellos con ambas manos. Comenzó a hablar para sí.

–Parecía que iba a ser un año tranquilo, que la gran hambruna en Al Andalus nos libraría de una nueva aceifa de Qurtuba. Creíamos que este año por fin tendríamos un respiro y…

Dejó la frase sin acabar. Las comisuras de sus labios se curvaban hacia el suelo, y su expresión era de absoluto desengaño.

–¡Allah Todopoderoso! – clamó mientras se incorporaba de nuevo-. ¡Si ésta es la protección que nos brindas, deja que se nos lleven todos los demonios!

Sayida se acercó de nuevo y trató de tranquilizarlo. Aunque aceptó su contacto, Ismail siguió vaciando su amargura en voz alta.

–¡Cuatro hermanos! ¡Cuatro éramos, y ahora estoy solo! No han pasado ni dos años desde la muerte de Mutarrif… ¿Cómo vamos ahora a mantener lo que tantos sacrificios nos ha costado?

De entre el círculo que se había formado a su alrededor, se adelantó un joven que poco antes había llegado á caballo a la alcazaba.

–Nos tienes a nosotros, padre.

Ismail alzó la cabeza y dejó que en su rostro se dibujara algo parecido a una sonrisa.

–Said, mi joven Said. Acércate. ¿Y tus hermanos?

–Han salido temprano con las patrullas. No tardarán.

–Entremos en la alcazaba. Debo poner en orden mis ideas, en este momento no alcanzo a vislumbrar las consecuencias que la muerte de vuestro tío puede tener para el control de la Marca.

–¿Ha sido ya informado Muhammad en Saraqusta?

Ismail se encogió de hombros, pero el mensajero intervino de nuevo:

–*Sahib*, se han enviado correos a todas las ciudades de vuestro territorio, con la orden de mantenerse alerta y reforzar las guarniciones. Por supuesto, Muhammad también ha sido informado de la muerte de su padre.

–Puedes ir a reponer fuerzas… Que un mozo de cuadra atienda a tu cabalgadura.

El círculo se fue abriendo para dejar paso al señor de la *madinat* y a su hijo, que avanzaron entre cabezas gachas en señal de respeto y duelo.

Sayida les siguió a pocos pasos, pero a nadie pasó desapercibida la distancia, no sólo física, que los separaba. Algo más extraño si cabía, teniendo en cuenta que la joven esposa de Ismail avanzaba con las manos entrelazadas sobre su abultado

vientre. Había quedado encinta en lo más duro del invierno, y la noticia provocó en su esposo una reacción exultante: la tomó en brazos, la colmó de besos y pasaba las noches acariciando la apenas incipiente hinchazón de su vientre. Seguían haciendo el amor, con delicadeza, pero a la vez con una intensidad tal que Sayida hubiera deseado permanecer en aquel estado por el resto de sus días.

Sin embargo, todo se había torcido. Sucedió al regreso de Ismail de uno de sus viajes, ya ni recordaba adónde, pero sí recordaba que el mal tiempo y la nieve habían retrasado su vuelta. Descubrió que durante la ausencia su carácter había cambiado, se mostraba huraño y taciturno, y rehuía cualquier compañía que no fuera la de sus tres hijos. Dejaron de celebrarse reuniones sociales y banquetes, y ni siquiera su padre Abd Allah, ni ninguno de sus seis hermanos, había vuelto a poner los pies en Munt Sun.

Ascendieron la empinada cuesta que conducía a la zona principal de la alcazaba, donde se alojaba la guarnición y donde se encontraban las dependencias del gobierno de la ciudad. Sayida sabía que no le permitirían entrar, así que se desvió hacia la vivienda del *wali*. Ismail volvió la cabeza y se detuvo un instante.

–Espéranos en casa, volveremos en un instante.

Se encaminaban sin hablar hacia el gran edificio que coronaba la fortaleza, en cuya entrada hacían guardia dos hombres armados, pero Ismail pareció dudar antes de cruzar el arco y tomó la dirección de la muralla que bordeaba la imponente plaza de armas. Ascendió, seguido por Said, la escalinata que conducía al adarve y se acodó sobre el borde del muro, desde donde contempló la *madinat* cuyas construcciones se arracimaban a los pies del castillo y el inmenso territorio que abarcaba la vista, mucho más allá del valle del Uadi Cinqa.

–¿Crees que es el momento, no es cierto? – se adelantó Said.

Ismail no respondió de inmediato, seguía con la mirada perdida en el horizonte.

–Hay demasiadas incertidumbres en nuestro futuro próximo… y sí, creo que es hora de ir resolviendo algunas de ellas.

Capítulo 30

Sayida se sentía feliz. Cansada de las náuseas continuas que no la habían abandonado desde que concibió a su hijo, agotada por los preparativos que en otras circunstancias hubiera acometido sin esfuerzo… pero feliz. Por primera vez desde la mañana, se sentó junto al hogar y se dispuso a disfrutar del breve momento de descanso que se había concedido. Retiró parte de las brasas que ardían bajo el aromático guiso de cordero y colocó unas pequeñas trébedes de hierro sobre ellas. Tomó los saquitos de semillas que la *qabila* le había proporcionado para prevenir el vómito y se dispuso a preparar la decocción: hirvió agua en un pequeño puchero y, tras retirarlo del fuego, añadió varios pellizcos de anís, eneldo y hepática blanca. Luego dejó enfriar la infusión, se levantó en busca del colador de lino y vertió la mezcla sobre un bol de barro. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. El calor del hogar la confortaba, y se permitió no pensar en nada mientras apuraba la bebida en pequeños sorbos.

El sonido de los goznes de una puerta en la estancia contigua le advirtió de la llegada de alguien y, al instante, Ismail apareció en el marco de la antecocina.

–Ya se ha avistado la comitiva. No tardarán en llegar.

–¡Debo apresurarme! – exclamó Sayida, se levantó y comenzó a atusarse los cabellos.

–Todavía dispones de tiempo, y veo que todo ya está ultimado -la tranquilizó, a la vez que tomaba un pequeño pastelillo de almendras de la repisa.

–¿Vienen todos? – interrogó impaciente.

–No es posible saberlo, pero el grupo es numeroso. Comprobaré que todo esté dispuesto para el banquete en el salón principal.

–Ismail… gracias por acceder -dijo con voz trémula antes de que él abandonara la estancia-. Es mi familia y… ¡los echaba tanto de menos!

Sayida estaba al borde de las lágrimas, y sin duda esperaba una respuesta, una sonrisa al menos, pero Ismail se limitó a afirmar con la cabeza y abandonó la estancia.

De nuevo a solas, se sentó en la vieja bancada de madera, presa de un cúmulo de sensaciones contradictorias. Su padre se encontraba a pocas millas, posiblemente con todos sus hermanos. Venían a verla, como tantas veces en los años pasados, y el banquete que se estaba preparando era el de las grandes ocasiones. Debería estar exultante. Sin embargo, volvía a sentir aquel nudo en el estómago, aquella desazón que ni las infusiones conseguían aliviar. ¿Qué era lo que le impedía ser feliz, disfrutar de su próxima maternidad? Miró hacia la puerta. Sabía que la respuesta acababa de salir por allí. Era Ismail. Ismail y sus hijos, porque todos habían cambiado de actitud en los últimos meses. ¿Quizá la muerte de Fortún, y la de Lubb más tarde, pudieran

explicar que la alegría hubiera desaparecido de aquel hogar? Quizá, pero… tenía que haber algo más, algo que se le escapaba. Las miradas huidizas, el cese de las conversaciones cuando ella se acercaba, también la ausencia de risas en la casa. Un súbito acceso de náuseas la obligó a doblarse sobre el estómago y se llevó la palma de la mano abierta hacia la barbilla, pero sólo el sabor amargo de la bilis manchó su boca. Se tocó la frente y la notó sudorosa y fría. Trató de respirar hondo y eso la alivió, así que se levantó de nuevo, vertió agua fría en una jofaina y se mojó la cara con ambas manos. Luego llamó a dos de los sirvientes y dictó las órdenes precisas antes de retirarse a su alcoba con la intención de cambiar su atuendo.

Al poco estaba atravesando la plaza de armas en dirección a la parte meridional de la fortaleza, cruzó la gran arcada que daba acceso al túnel de salida y descendió la pendiente empinada que se asomaba sobre el camino de acceso. Uno a uno fue bajando los anchos escalones, siempre mirando hacia el sur, hasta que la comitiva quedó al alcance de su vista. En ese momento, olvidó todas sus preocupaciones y se lanzó cuesta abajo a toda la velocidad que le permitían sus largas vestiduras, y que la prudencia aconsejaba en su estado. Todavía dentro de la fortaleza, salvó un tramo de la calzada zigzagueante que la alejaba aún más de su familia y, tras un último recodo, franqueó la puerta que protegía aquel castillo casi inexpugnable. Descendió con paso ligero hasta que divisó al hombre de barba cana que avanzaba en cabeza, y entonces tuvo que refrenar el impulso de lanzarse a la carrera.

Abd Allah ibn Jalaf reconoció al instante a la mujer que acudía a su encuentro, volvió la cabeza y encontró el rostro sonriente de todos sus hijos varones. Tiró de las riendas para apearse del caballo y siguió avanzando a pie, tirando de su montura, mientras el resto de la comitiva lo imitaba. Cuando Sayida estuvo lo bastante cerca, entregó las riendas y extendió los brazos para acoger a su hija entre ellos.

Hubo de hacer un esfuerzo para no caer cuando la muchacha llegó hasta él y lo cubrió de besos entre gritos y risas incontenibles.

–¡Que Allah sea alabado por atender a mis plegarias y permitir este reencuentro! – exclamó mientras sujetaba a su hija por los brazos.

La miró de arriba abajo y entonces descubrió qué era lo que, ya desde la distancia, le había parecido extraño en el aspecto de su hija.

–¡Sayida! ¡Esperas un hijo!

La muchacha no respondió, pero miró a su padre con una amplia sonrisa.

–¿Para cuándo tendremos un nuevo miembro en la familia?

–Sólo han pasado cuatro lunas, padre -aclaró-. Nacerá con los primeros fríos.

Entonces desvió la vista hacia los rostros risueños que esperaban su turno y se liberó del abrazo de su padre para empezar a saludar a todos sus hermanos entre risas y lágrimas de alegría.

Sayida entró en la fortaleza sentada de medio lado sobre la grupa del caballo de

uno de sus hermanos, quien con delicadeza la depositó en el suelo cuando atravesaron el arco de acceso a la plaza de armas.

Ismail, sus tres hijos y una nutrida comitiva salían del edificio principal cuando los recién llegados pusieron el pie en tierra.

–Sed bienvenidos a Munt Sun -dijo el anfitrión en tono neutro.

–Mis hijos y yo agradecemos tu hospitalidad, Ismail -repuso Ibn Jalaf mientras se aproximaba, lo tomaba por los hombros y le estampaba tres aparatosos besos en las mejillas-. Me complace observar que Sayida está a punto de darte un nuevo hijo. Recibe nuestras felicitaciones por ello.

–Soy un hombre afortunado, es cierto -contestó.

–Te traemos un sencillo regalo en señal de agradecimiento por permitir… esta reunión de nuestra familia.

Ibn Jalaf hizo una señal a un sirviente, quien al instante comenzó a deshacer el fardo que viajaba sobre una de las mulas.

–Contribuirá a caldear tus estancias en este imponente castillo del que has tomado posesión. Son pieles de lobo, decenas de ellas, trabajadas por nuestros mejores curtidores, que lo son de todo el contorno.

–Sin duda un regalo digno de un rey, Abd Allah. Sustituirán con ventaja a las pieles de cordero que he usado hasta hoy.

Si alguien captó un segundo sentido en las palabras de Ismail, no lo dejó ver, porque los saludos y bienvenidas se sucedieron, con el centro de atención en Sayida, que había puesto todas sus esperanzas en aquel reencuentro.

–Tenemos mucho de que hablar, Ismail. En los últimos tiempos, se han precipitado los acontecimientos, y hace más de un año que no tenemos ocasión de comentar cómo pueden afectar a la Barbitaniya y a vuestros dominios en el Uadi Ibru.

–Es cierto, es cierto… pero tiempo habrá. Ahora debéis de estar hambrientos después de vuestro viaje. ¿Todo bien en el trayecto?

–Tuvimos problemas ayer para vadear el río, pero nada insalvable. La prueba es que nos tienes aquí… y con buen apetito, como dices.

–Entremos pues…

La mesa se hallaba en uno de los laterales de la gran sala central. Se trataba de un gran tablero de forma rectangular dispuesto a poco más de un palmo del suelo y rodeado por decenas de grandes cojines y almohadas sobre alfombras de lana. Los recién llegados tomaron asiento en los puestos centrales en el lado más cercano al muro, e Ismail se sentó enfrente, junto a sus hijos. Los demás huecos fueron ocupados por el resto de los invitados, elegidos entre los cargos principales de la ciudad y los notables con los que Ismail mantenía una relación más estrecha. No faltaban algunos de los oficiales que mandaban la guarnición del castillo, el *sahib al suq* ni, por supuesto, el *imam* de la mezquita mayor. Sayida era la única mujer, y por

ello se le permitió permanecer en uno de los extremos, dispensada de la obligación de comer separada de los hombres.

Ibn Jalaf e Ismail se encontraban frente a frente, y su conversación era seguida por los demás, que sólo intervenían de forma puntual, en busca de alguna explicación o con comentarios que apoyaran las afirmaciones de los dos patriarcas. En el inicio de la comida se trataron temas intrascendentes, la excelencia de los platos que se habían servido o los compromisos matrimoniales de algunos de los jóvenes que seguían solteros. Tampoco faltó el tema manido del tiempo en las semanas anteriores, de las lluvias que parecían haber puesto fin a la prolongada sequía, y de la esperanza de que por fin una buena cosecha acabara con la hambruna que Al Andalus había padecido en los dos últimos años.

Los comensales mostraban buen apetito y los sirvientes reponían las bandejas y rellenaban las copas mientras Sayida lo observaba todo, satisfecha y expectante. Nadie rehusaba una copa de vino aguado ni de la excelente aguamiel que se elaboraba en la ciudad y en las aldeas de la zona. Según decían las gentes del lugar, el secreto residía en el uso de una miel de la mejor calidad, en el fermento que pasaba de mano en mano y, sobre todo, en el proceso de maduración en las grandes tinas, que a veces se prolongaba durante años.

Quizá fuera el hidromiel lo que empezó a soltar las lenguas, pero la conversación se fue animando, y también Ibn Jalaf comenzó a adentrarse en terrenos más comprometidos.

–Una gran pérdida, la muerte de tu hermano Lubb. Sin duda. Sabes que todos la sentimos como si de alguien de nuestra propia familia se tratara.

Ismail se limitó a asentir con la cabeza sin dejar de comer.

–Afortunadamente, hay hombres en vuestra familia muy capaces de tomar el testigo… El propio hijo de Lubb, Muhammad, es un buen ejemplo de ello. Estoy seguro de que ya estará preparándose en Saraqusta para asumir el liderazgo que ostentaba su padre, ¿no es así?

Ismail se encogió de hombros a la vez que hacía un gesto de afirmación, mientras atacaba un sabroso pedazo de cordero.

–Aunque, si he de serte sincero -Ibn Jalaf bajó la voz como si quisiera mantener un secreto-, en mi casa opinamos que ese liderazgo debería recaer en ti, como el único hijo vivo de Musa que eres, ¿no es cierto?

Los seis hijos de Ibn Jalaf asintieron casi al unísono, e Ismail sintió que un estremecimiento recorría su interior.

–Creo que el emir se equivoca cuando pretende acabar contigo y con tu familia -siguió con el mismo tono de confidencia-. Si yo fuera él, trataría de teneros de mi lado. Nunca la Marca estuvo mejor gobernada que cuando el emir entregó las riendas a tu padre, el gran Musa ibn Musa.

–Mi padre fue grande porque supo imponer su autoridad en la Marca por encima de la del propio emir, incluso en contra de la voluntad de éste. En cuanto tuvo oportunidad, tras la derrota de Al Bayda frente al rey Urdún, Muhammad acabó con él y nombró un nuevo gobernador. No volverá a caer en el mismo error.

–Quizá no lo creas, pero… -hizo una pausa efectista y de nuevo bajó la voz- tuve la oportunidad de hacer esta misma reflexión ante el propio emir… en persona.

–Ah, ¿sí? ¿Cuándo fue eso? – respondió Ismail en el mismo tono y con un dejo de interés.

–Fue en Uasqa, durante la última aceifa. Acudí allí para mantener una entrevista con Amrús, sobre asuntos de lindes, de escasa importancia… y cuál fue mi sorpresa al encontrarme allí con el mismísimo soberano. Reclamó mi presencia para interesarse sobre la situación en la Barbitaniya y, esto no he tenido ocasión de decírtelo antes, hube de convencerle para que no siguiera adelante con sus planes…

–¿Planes?

–¿No imaginas para qué acudió hasta Uasqa?

–¿Para auxiliar a Amrús? Nuestras tropas asediaban la ciudad.

–Inicialmente sí, pero pretendía continuar hasta esta ciudad, ¡para desalojarte del poder, Ismail! Hube de emplearme a fondo para evitar que siguiera adelante en su empeño, pero su obsesión con los Banu Musa parece enfermiza.

–Realmente me sorprende lo que me estás contando… ¿Y cómo lograste convencerlo?

–Fue difícil, Ismail. Tuve que desplegar todo mi poder de convicción: tu vida y la de tus hijos estaban en juego. ¡Era la vida de mi propio yerno lo que estaba en juego! ¡El esposo de mi única hija!

La perplejidad que reflejaba el rostro de Ismail era sincera.

–Allah debía de estar de mi parte, porque logré convencerle de lo descabellado de su empresa. Deberías haber visto el rostro del primer ministro, ese Haxim, cuando me opuse a sus consejos… Ahora el Todopoderoso me premia con el nacimiento de un nuevo nieto, pero si el emir hubiera seguido adelante con sus planes, quizá no habrías podido engendrar el hijo que crece en el vientre de tu esposa.

–Me dejas de piedra, Abd Allah. ¿Y qué argumentos utilizaste para convencer al emir, en contra además del criterio de su mejor general?

–Le hablé de tu fidelidad y, por si eso no bastaba, traté de hacerle ver que la empresa era descabellada por la falta de víveres con los que alimentar a sus tropas.

–Así pues… te debemos la vida, Abd Allah. ¿No es cierto, hijos?

–Bueno, bueno, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Dejar que atacara al esposo de mi hija? Según manifestó, su intención era hacer contigo lo que hace dos años hizo con Mutarrif. Llegué a amenazarle con ponerme de tu parte, con unir nuestras tropas y reclamar la ayuda de la *kurah* de Larida.

–¿Osaste amenazar al emir en presencia de toda su corte? En verdad eres un hombre afortunado por conservar la cabeza en su sitio. O eso, o tiene tu colaboración y tu consejo en la más alta estima.

Ibn Jalaf rio halagado.

–El caso es que en dos jornadas había vuelto grupas, y su ejército regresó a Qurtuba.

Sayida asistía a la conversación con una amplia sonrisa. De manera que su padre había salvado la vida de Ismail y las de sus tres hijos… Eso facilitaría mucho las cosas, ahora su esposo tendría que mostrarse agradecido con su familia… mientras viviera. Sin embargo, conocía bien a Ismail, y la expresión de su rostro no encajaba con lo que allí se estaba diciendo, por lo que de nuevo la asaltó una sombra de inquietud.

Un sirviente se acercó a Ismail por la espalda y le habló con voz queda.

–¡Ah! ¿Ya está aquí? Sí, claro, hazle pasar.

En un instante, el lacayo regresó acompañado por un hombre corpulento, con los rasgos típicos de los habitantes de las montañas, pero vestido a la manera musulmana. Ismail se puso en pie para recibir al recién llegado.

–Os presento a Garsiya, un viejo amigo de Uasqa. En realidad… era amigo de mi hermano Mutarrif. Un hombre inteligente, os lo aseguro, cuya agudeza para los negocios ha hecho de él uno de los comerciantes más prósperos de la *kurah*. Tanto que hasta algún *wali* ha acudido a él en busca de crédito, en estos tiempos de penuria…, ¿no es cierto?

–Así es, Ismail, Allah sea alabado.

–No hay nada como tener una buena arca repleta de dinares de oro para que los poderosos llamen a tu puerta -bromeó Ismail-. Así es como entraste en el círculo de Amrús, ¿me equivoco?

–Amrús recurrió a mí para financiar la reconstrucción de la muralla de Uasqa. Las arcas de la ciudad estaban vacías, y la sequía de los últimos años impedía la recaudación de nuevos impuestos.

–Lo sabemos bien, Garsiya. De hecho, yo también tuve que recurrir a nuestra vieja amistad este último invierno: los graneros de Munt Sun estaban igual de vacíos, y los malditos galos nos vendieron su grano a precio de *azza'farán*. Sin embargo, ya lo dice el viejo proverbio, «no hay mal que bien no traiga», y aquel encuentro resultó muy provechoso.

–Hummm… -replicó el recién llegado-. ¿Provechoso, dices? No será para mí, que aún no he cobrado el préstamo que te hice. Si hay que recurrir a los proverbios, aquí bien se puede aplicar el que dice: «Amigos y dineros son malos compañeros.»

La ocurrencia despertó las risas entre los asistentes.

–Lo cierto es que la posición de Garsiya… le ha permitido ocupar un lugar entre

los principales de Uasqa. Tanto es así que incluso fue invitado al banquete que el emir ofreció durante su última estancia en la ciudad.

Ismail se volvió hacia su suegro.

–¿No lo recuerdas, Abd Allah? Garsiya estuvo presente en tu entrevista con el emir. De hecho, ya teníamos noticia por él de la conversación que mantuviste con Muhammad.

El color abandonó el rostro de Ibn Jalaf.

–No, no recuerdo haberlo visto allí. Aunque, si es cierto que asistió, podrá confirmar sin duda el fondo de nuestra conversación.

–«La memoria más fuerte es más débil que la tinta más pálida», es cierto. Pero vuestras versiones difieren notablemente, Abd Allah, tanto que es difícil achacarlo a un problema de memoria.

Los hijos de Ibn Jalaf, inquietos, intercambiaban continuas miradas sin desviar la atención de su padre.

–Como veis hoy, con frecuencia me vienen a la mente viejos proverbios, y no es por casualidad. Según cuenta Garsiya, el propio emir Muhammad es un gran conocedor de los repertorios. En eso coincidimos. Hace un momento, cuando relatabas cómo te enfrentaste al emir para protegernos, se me ha ocurrido este otro, seguro que lo conoces: «Palabras de almíbar, hechos de acíbar.»

Abd Allah se puso en pie airado, y con él todos sus hijos. Sayida, asustada, dio un paso atrás y se cubrió la boca con la mano.

–¿Qué burla es ésta? – gritó el anciano alterado-. Te juro que cuanto te he contado es cierto.

Ismail también se incorporó y miró fijamente a su interlocutor al otro lado de la mesa antes de hablar de nuevo con voz fría.

–«La primera vez que me engañes la culpa será tuya; la segunda vez, la culpa será mía.»

–¡Basta, Ismail! ¡Termina con esta farsa! ¡No puedes invitarnos a tu casa para insultarnos de esta manera!

–Permite que acabe con un último pensamiento, creo que lo escuchaste en Uasqa. Es de Julio César, pero lo oíste en boca del propio emir. Es éste: «Amo la traición, pero odio al traidor.»

Ibn Jalaf se hallaba aprisionado entre la mesa y la pared. Con una agilidad impropia de su edad, introdujo la pierna bajo el tablero y lo arrojó estrepitosamente contra Ismail al tiempo que desenfundaba su daga. Todos sus hijos blandieron sus armas dispuestos a protegerle para escapar de aquella ratonera. Como un solo hombre, iniciaron el movimiento hacia una de las puertas laterales, resguardados tras el tablero volcado de la mesa, pero por ambas entradas aparecieron decenas de hombres armados.

–¡Apresadlos! – ordenó Ismail.

Sayida gritaba aterrada en medio del tumulto, con los brazos apretados contra el pecho y el vientre en un vano intento de resguardarse de la realidad que se desarrollaba ante sus ojos desorbitados. Entonces uno de sus hermanos tomó la iniciativa y se lanzó hacia la puerta tratando de abrirse paso entre los soldados. La sorpresa fue suficiente para que el primero cayera abatido, y el grito de Ibn Jalaf se impuso por encima del resto:

–¡Por Allah, vended cara vuestra vida!

Con el rostro transfigurado por la rabia, apoyó su bota encima del tablero que había servido de mesa y se lanzó contra Ismail, que exclamó:

–¡Detente, insensato! ¡Vais a conseguir que esto se convierta en una carnicería!

El primer golpe lo hirió en el brazo, y dio un salto atrás con la vista fija en el tumulto que tenía lugar a su izquierda.

–¡Apresadlos con vida! ¡Los quiero con vida!

Sin embargo, ya nadie podía oír sus órdenes. Se abalanzó sobre ellos ignorando el ataque de su suegro, y entre aullidos comenzó a apartar a los soldados que lanzaban sus acometidas contra los hijos de Ibn Jalaf.

–¡He dicho con vida! ¡Haré degollar a quien les cause daño!

Entonces sintió un golpe en la espalda, y vio que la daga de Ibn Jalaf resbalaba de su mano inerte, a un costado. Giró la cintura a tiempo de contemplar cómo el cuerpo de su suegro caía herido de muerte por uno de sus hijos, Said, justo a tiempo de salvar su propia vida.

Ismail barrió la gran sala de un vistazo y recibió un impacto más brutal que cualquier daga que pudiera clavarse en sus miembros: la mirada ausente de Sayida era la viva imagen del sufrimiento, era tal su desconsuelo que en un instante pareció abocada a la locura.

Incapaz de mantener la vista sobre su esposa, Ismail se volvió de nuevo hacia la salida. Tiempo después tuvo conciencia de haber gritado la orden de parar aquella locura, de haberse arrojado contra sus propios hombres, que luchaban enardecidos frente al ataque suicida de los hijos de Ibn Jalaf. Recordaba cómo se había encontrado a sí mismo en medio de un círculo repleto de cadáveres y cuerpos malheridos, cubierto por la sangre que manaba de su propio brazo de forma incontenible, y cómo buscó la protección de la pared antes de dejarse caer sin fuerzas, antes de perder el sentido.

Sayida no podía gritar, ningún sonido escapaba ya de su boca. Sintió un pinchazo agudísimo en el vientre que la obligó a doblarse sobre sí misma antes de caer de rodillas sobre las alfombras. Luego, una imperiosa necesidad de vaciar el vientre. Trató de aguantar, de buscar la salida, pero las contracciones eran demasiado intensas, demasiado dolorosas para pensar en nada más. Notó algo cálido y húmedo

entre las piernas y, cuando se levantó el borde de la túnica, una masa sanguinolenta yacía sobre el suelo. Supo que aquello era su hijo cuando vislumbró ligeros movimientos que poco a poco se fueron apagando. Entonces sí, un quejido casi animal brotó de su garganta, y las lágrimas más amargas acudieron a sus ojos.

Empleó todas las fuerzas que le quedaban para ponerse en pie. Atravesó la sala con la vista clavada en el suelo, los brazos caídos a los costados. Miró sin ver los cuerpos inertes de su padre y de sus seis hermanos, miró a su esposo, atendido por el físico, que trataba de contener su hemorragia, y sin detenerse atravesó el dintel de la puerta que conducía al exterior. Sólo el agotamiento detuvo sus pasos en dos ocasiones antes de llegar a la muralla, desde la que se dominaba la *madinat*. Se encaramó sobre la construcción de ladrillo que coronaba el muro almenado y sintió cómo el viento del norte le azotaba el rostro, el cabello, y agitaba la tela de su túnica ensangrentada. Dirigió la mirada hacia poniente, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando contempló su última puesta de sol. Pero ni siquiera su belleza iba a retrasarla. Sentía la misma urgencia que un paciente aquejado de fuertes dolores siente por tomar el remedio que ha de calmarlos, cuando cualquier retraso no hace sino prolongar el sufrimiento, aunque restaba una última cosa. Volvió el rostro hacia atrás.

Ismail recuperó la conciencia y miró a su alrededor. Observó su brazo recién vendado y paseó la vista por la sala. Los guardias se aprestaban a retirar los cuerpos, y un ejército de sirvientes emprendía las tareas de limpieza. Said se agachó junto a él con el rostro tenso, en silencio. Se limitó a señalar a la puerta cuando su padre le preguntó por Sayida.

Ismail salió al patio y avanzó hacia el extremo del recinto. La vio en pie sobre el borde del muro más alto de la fortaleza, con la silueta recortada contra el sol, que ya se aproximaba al ocaso. El viento agitaba sus cabellos y la túnica empapada en sangre y, cuando volvió el rostro, su mirada parecía serena. Hizo ademán de acercarse a ella, pero Sayida lo detuvo con un gesto brusco de su mano.

–¡Ismail, hijo de Musa! – gritó, y el viento llevó sus palabras hasta él.

Sayida mantenía los ojos entornados, aunque la distancia impedía saber si lo hacía para protegerse de los rayos del sol o para demostrar a su esposo el odio más descarnado.

–¡Yo te maldigo, Ismail! ¡Te maldigo en la hora de mi muerte! ¡A ti, a tus hijos, a todos tus descendientes! ¡Desde hoy sois una raza maldita, y como tal moriréis! Que mi desgracia y la de mi familia pesen sobre tu conciencia hasta que llegue tu hora…

Sayida se volvió y con las dos manos se retiró los cabellos del rostro. Bajó la vista, avanzó un solo paso y se precipitó al vacío.

Capítulo 31

Año 878, 264 de la hégira
Qurtuba

El emir parecía a punto de estallar. Su rostro, ya de por sí rubicundo, había adquirido un tono cárdeno, y las venas que le recorrían la frente, las sienes y el cuello aparecían asombrosamente abultadas.

–¿Es que no lo veis? ¡Es una estrategia perfectamente trazada! Allí donde se alza la bandera de la rebelión, sólo hay que escarbar un poco para encontrar al rey Alfuns tirando de los hilos.

Al Mundhir y Abd Allah asentían con expresión grave, mientras el *hayib* Haxim jugueteaba con los dedos, cabizbajo, sobre la magnífica mesa repleta de incrustaciones de nácar.

–Después de la humillación que supuso para el emirato tener que pagar rescate por tu liberación… ¡ahora esto!

–Quizá no debiste hacerlo… quizá no valgo esos cien mil dinares -aventuró Haxim-. Y mi hijo…

–¡No eres un simple oficial! ¡Eres el *hayib*, mi primer ministro!

–Mi padre no te culpa por tu apresamiento, un choque armado se desarrolla siempre de forma imprevisible -intervino Al Mundhir-. Pero quizá debió evitarse. Fue tu enfrentamiento personal con Ibn Marwan lo que lo impulsó a retomar la senda de la rebeldía.

A ninguno de los presentes sorprendió el comentario, pues no era un secreto la mutua falta de aprecio entre el príncipe heredero y el primer ministro de Muhammad, que ya venía de lejos.

Diez años atrás, Abd al Rahman ibn Marwan se había sublevado en Marida. Su padre, muladí, había sido *wali* de la ciudad y había guardado fidelidad al emir hasta su muerte, pero su hijo no estaba dispuesto a seguir transigiendo con las disposiciones que emanaban de Qurtuba. La respuesta de Muhammad no se hizo esperar: acudió a Marida con su ejército y obligó a la ciudad a rendirse después de tres meses de un asedio en el que las tropas cordobesas cortaron todos los suministros de agua y los sitiados sólo se doblegaron después de verse forzados a comer la carne de sus propios caballos. Ibn Marwan fue perdonado en atención al papel que su padre había desempeñado al servicio del emirato, pero se le obligó a trasladarse a Qurtuba para servir como oficial en el ejército, a las órdenes del entonces general Haxim. Las diferencias entre ambos no tardaron en manifestarse: Haxim era un destacado miembro de la *jassa* cordobesa, árabe de raza, e Ibn Marwan un muladí advenedizo

que además, pese a haber osado alzarse contra Qurtuba, no había recibido el castigo que merecía. A esto habían ido sumándose con los años el desprecio, las injurias y las ofensas, cuando tuvo lugar el episodio decisivo, en el que, a la vista de todos, el *hayib* propinó una sonora bofetada a su subordinado mientras le espetaba un «vales menos que un perro». El muladí decidió que había llegado el momento de acabar con aquella situación, pero no actuó de inmediato: durante meses mantuvo contacto con sus antiguos partidarios y, una vez seguro de sus apoyos, huyó de Qurtuba para instalarse en Qala't al Hans, a escasas millas de Marida.

Eligió bien el momento, pues la hambruna que asolaba Al Andalus y la rebelión de los Banu Musa en la Marca Superior impidieron la respuesta del emir, que hubo de entrar en negociaciones con él y acabó autorizándole a instalarse en la pequeña ciudad de Batalyus. Sin embargo, Ibn Marwan no pensaba permanecer allí refugiado a la espera de que, en tiempos mejores para Qurtuba, el emir Muhammad, espoleado por su general Haxim, decidiera romper el pacto. Así que lo rompió él mismo: fortificó la ciudad y acudió a la llamada de Alfuns, el joven rey de Yilliqiya. Y se encontró con un personaje que causó en él una honda impresión, no sólo por su porte soberbio, sino por su fascinante personalidad. Demostró conocer profundamente los problemas que aquejaban tanto a los muladíes como a los *dimnis* de Al Andalus; su forma de hablar, vehemente y entusiasta, encandilaba a sus interlocutores, y poseía una inteligencia despierta que utilizaba con destreza en beneficio de su reino. De aquella primera entrevista, Ibn Marwan regresó no sólo con la promesa de protección frente al emir, sino con un contingente de tropas a las que, el rey Alfuns lo sabía, habría de darles no poca utilidad.

La revuelta se extendió, y en pocos meses los hechos parecieron dar la razón al *hayib* Haxim, quien no tardó en obtener el mando de una parte de las tropas destinadas a aplastar a los sublevados. El control efectivo lo ostentaba el príncipe Al Mundhir, e Ibn Marwan huyó a uña de caballo para refugiarse en las sierras cuando el príncipe heredero atacó Batalyus. Entretanto, Haxim hostigaba con sus tropas a los lugartenientes del rebelde, pero había elegido mal enemigo: conocían como la palma de su mano todos los caminos y vericuetos de la región. Atrajeron a Haxim a los montes, y le atacaron cuando atravesaba un vado. Entre los soldados que lo apresaron se encontraban algunos de los hombres que había enviado Alfuns, precisamente el beneficiario de aquella hazaña: consciente del peligro que constituía guardar con él al prisionero y para confirmar su alianza, Ibn Marwan envió el cautivo al rey cristiano. Sin duda el joven rey debió de achacar a la providencia o al azar el hecho de que pusieran en sus manos, y sin haber corrido riesgo alguno, al brazo derecho de su mayor enemigo, el emir de Qurtuba.

Seis mulas fueron necesarias para atravesar la Península de sur a norte con los cien mil dinares de oro del rescate, una fortuna que dejaba aún más maltrechas las

castigadas arcas cordobesas, y que para Alfuns era el maná caído del cielo que le iba a permitir seguir impulsando la política que se había trazado desde el comienzo de su reinado. Y no sólo oro había exigido el monarca asturiano: junto al cargamento viajaba uno de los hijos de Haxim, que habría de permanecer en su corte en calidad de rehén.

El último verano, por fin, se había perpetrado otro ataque contra los dominios de Ibn Marwan, conducido una vez más por el príncipe Al Mundhir, pero el rebelde comprendió que la superioridad del enemigo era aplastante y abandonó Batalyus con rumbo al Uadi Duwiro, al encuentro de su protector.

Ahora llegaba una noticia sorprendente desde Saraqusta, el refugio de la otra familia de muladíes que osaba desafiar la autoridad del emirato. Según el excelente servicio de información de la cancillería, una embajada de alto rango había llegado a la ciudad en lo más crudo del invierno, protegida con una escolta propia de un príncipe. Y, tras las oportunas pesquisas, los espías cordobeses confirmaron que se trataba de un príncipe: Alfuns enviaba a su propio hijo Urdún, de apenas siete años, para que fuera educado entre los muladíes del Uadi Ibru, a cargo de su buen amigo Muhammad ibn Lubb.

–Pero ¿con qué propósito? – se preguntaba el emir.

–Nos enfrentamos a un soberano muy capaz y por tanto muy peligroso, Majestad -explicó Haxim-. Alfuns ha demostrado una visión de futuro que muy pocos poseen. Ha aprovechado el conocimiento de nuestra situación política, al que tuvo acceso a través de Lubb ibn Musa, y después de su hijo Muhammad, ¡que Allah confunda!

–Y ahora pretende hacer lo mismo con su heredero. ¡Lo envía para criarse entre musulmanes! – exclamó Al Mundhir.

–«Conoce a tu enemigo, conócete a ti mismo… y en cien batallas no saldrás derrotado» -citó entonces el emir, y sus palabras provocaron un momento de silencio.

–Es cierto lo que decís.

Todos se volvieron hacia Abd Allah, que apenas había intervenido.

–Pero también es una presa apetitosa… para quien pueda hacerse con ella. Y un buen acicate para tratar de tomar Saraqusta de una vez por todas.

–Saraqusta es inexpugnable en una campaña de verano -se opuso Haxim-. No cabe la sorpresa, y sus defensores no tienen más que acumular víveres para aguantar el asedio, que saben breve. Disponen de toda el agua que necesitan con sólo excavar cerca del río… No, no debe ser Saraqusta nuestro objetivo.

–Coincido con tu pensamiento, Haxim. Es el rey Alfuns nuestro mayor enemigo ahora. Los rebeldes muladíes parecen distraer nuestra atención a su servicio. ¿No os dais cuenta? Llevamos años dedicando todos nuestros esfuerzos a sofocar la rebelión de Ibn Marwan y de los Banu Qasi, y mientras tanto, ¿qué ha hecho Alfuns? Adelantar la capital de su reino hasta Liyun, avanzar hasta el Uadi Duwiro para

convertirlo en frontera defensiva, repoblando y fortificando un vasto territorio de tierras antes yermas. Nos enfrentamos a un enemigo astuto y capaz, y contra él debemos dirigir todas nuestras fuerzas.

–Debemos frenar su avance, necesitamos otra gran victoria como la de Morcuera -añadió Al Mundhir.

–Pero ese avance es ficticio -replicó Abd Allah-. ¿Con qué gentes a las que obligar a trabajar las tierras fronterizas bajo la amenaza de continuas incursiones cuenta el rey Alfuns?

Muhammad rio con cierto despecho.

–La propiedad de la tierra, Abd Allah, ésa es la respuesta. En Al Qila se están entregando las tierras al primero que las rotura, y el rey se limita a otorgar el documento de propiedad sobre ellas.

–¿Sin límite en la cantidad de terreno? – preguntó el príncipe.

–Cada familia recibe tanta como puede arar en un día, o eso es lo que nos cuentan nuestros informadores. Pero también los abades de los monasterios reciben grandes extensiones que se encargan de administrar.

–Y los nobles -añadió Haxim-. Y con las rentas que obtienen son ellos quienes se encargan de fortificar sus dominios.

–Así es, y durante años Alfuns ha estado alentando este proceso sin hostigamiento por nuestra parte. Eso debe acabar. La aceifa de este verano debe tener como objetivo su capital.

–Me pongo a tus órdenes -se ofreció Haxim.

–No, mi buen *hayib*. Valoro el ofrecimiento en tus circunstancias, pero con tu hijo en poder de Alfuns eso sería darle ventaja al enemigo. He valorado partir yo mismo en cabeza de la expedición, pero creo que la presencia de mi heredero será suficiente para trasladar a los infieles la importancia que damos a esta expedición.

Al Mundhir se irguió orgulloso e hizo una leve reverencia.

–Convoca a nuestros generales, escoge al mejor para encabezar contigo la aceifa y comienza los preparativos de inmediato. Que se traslade comunicación a todas las coras para iniciar la leva de tropas, convoca a los generales de intendencia…

De pronto, un frenesí imparable pareció adueñarse del emir de Qurtuba, que siguió impartiendo órdenes mientras los secretarios tomaban buena nota.

–Al Mundhir… -llamó cuando su hijo se disponía a abandonar el salón.

El príncipe se volvió por completo.

–Tú dirás, padre.

–Quiero que hagas morder el polvo a ese rey de infieles.

Capítulo 32

Astorga

El rey Alfonso se hallaba recluido en la capilla desde la hora prima, y los miembros de su *palatium* esperaban ansiosos el momento en que el monarca diera respuesta a todos los interrogantes que en aquel momento de zozobra se planteaban en las mentes de todos. Desde que se confirmara el avance hacia tierras asturianas del ejército sarraceno, todos los condes que guardaban fidelidad al rey habían trabajado sin descanso para reunir bajo su mando las huestes más numerosas, que se concentraban ahora a las puertas de la ciudad. El miedo empezaba a hacerse notar, las murmuraciones se extendían por los pasillos de la fortaleza, y nadie parecía comprender cómo el rey dedicaba su tiempo a la oración en lugar de encabezar junto a sus nobles la defensa de sus ciudades y aldeas.

El mayordomo de palacio se atrevió a penetrar en la capilla, y con voz queda se dirigió a su soberano.

–Mi señor… el conde Diego Rodríguez desea departir con vos.

Alfonso volvió el rostro y asintió.

–Hazle pasar… Nuestro Señor será testigo de las palabras que hayan de pronunciarse en su morada.

Un hombre ataviado con ricas vestiduras de campaña y que rondaría los cuarenta años atravesó el umbral de la capilla, avanzó por el pasillo central e hincó la rodilla derecha en las losas del suelo con gesto enérgico. Se santiguó sin apartar la vista del altar, donde el capellán había expuesto ante su rey una bellísima patena de plata dorada e incrustada de piedras preciosas que contenía la sagrada forma.

–Mi rey… hay importantes novedades. Quizá si Su Majestad quisiera acompañarme a…

–Habla aquí, mi buen Diego. Sólo a Dios tenemos por testigo, y Él ha de ser quien ilumine nuestros pasos.

El conde pareció incómodo, pero de ninguna forma pensaba dejar que su rey se percatara de ello, así que comenzó a hablar.

–Nuestros exploradores cumplen su tarea y nos informan con puntualidad sobre el avance de los sarracenos… y esta vez hay malas noticias.

–Hace un mes que no las recibo buenas.

–Se confirma que el ejército de Al Mundhir, el príncipe heredero, avanza hacia León siguiendo el río Esla. Son unos diez mil hombres, muchos de ellos a caballo.

–Estoy al corriente, Diego -respondió el rey un tanto sorprendido-. ¿Cuál es esa novedad de la que hablas?

–Hay un segundo ejército, mi señor. Avanza por detrás, a unas cuarenta millas… dirigido por un general con experiencia, Walid ibn Ganim. Al parecer está formado por tropas que se han ido reclutando en Toledo y otras ciudades del camino, de ahí su retraso. Y se desvían hacia el río Urbiqo, quizá con la intención de llegar hasta aquí, si es que saben de tu presencia en Astorga.

–¿De cuántos hombres más estamos hablando?

–Mi señor… es incluso más numeroso que el primero. Nuestros exploradores han estimado que son unos doce mil.

–¡Que Dios nos ampare! En ese caso nos superan ampliamente en número.

–Muy ampliamente, mi señor.

–¿Y el primer ministro, Haxim?

–No nos consta su presencia en el ejército sarraceno, al menos al mando de las tropas. Quizá después de su rescate haya perdido la confianza del emir…

–El emir es sagaz, y conoce el alma de los hombres. No hubiera sido propio de él enviar a luchar contra mí a un hombre cuyo hijo está en nuestro poder.

Alfonso ocupó de nuevo el lugar en su reclinatorio frente al altar, apoyó los codos en él y unió las manos ante sus ojos cerrados. El conde permaneció en pie indeciso, hasta que el monarca habló de nuevo.

–Quiero un ir y venir continuo de informadores entre este castillo y la ruta que sigan los sarracenos. Deseo que me informen al instante de su situación, y si es posible de sus planes. Y te encomiendo el enlace con todos nuestros nobles y caballeros con mando en tropa: deben estar preparados para presentar batalla.

–Se hará según tus deseos, mi señor.

–Cuando salgas de aquí busca a Abdalá ben Marwan y hazle presentarse ante mí.

El conde asintió, y con una leve inclinación de cabeza dio la espalda al altar. Sin embargo, antes de alcanzar el arco de salida, habló de nuevo.

–Majestad, perdonad mi atrevimiento -vaciló-, pero la moral de las tropas se vería reforzada si os viesen al frente de…

–¡Me verán! – atajó el rey-. Cuando llegue el momento me verán, y haré que se sientan orgullosos de su soberano. Pero ahora debo detenerme a escuchar el consejo supremo de Dios. Él nos prestará ayuda en este momento de dificultad y turbación. Él dictará nuestros pasos.

La espera alteraba el ánimo de las tropas cristianas acampadas en el arrabal, que sabían de la presencia del enemigo a escasa distancia de la capital, y aquella noche, como siempre antes de la batalla, muy pocos pudieron disfrutar de un sueño mínimamente reparador. Fue después de laudes cuando sonaron las trompas que trasladaban la orden de partir y, entonces sí, la figura imponente del rey Alfonso, acompañado por algunos de sus caballeros, atravesó la puerta meridional de la ciudad y apareció ante todos ellos cubierto con su cota de malla y una brillante coraza que

dispersaba la luz de las antorchas en mil reflejos.

La mañana se reveló brumosa, y las nubes bajas empujadas por el viento del norte presagiaban lluvia, pero las tropas cristianas, al principio en un caótico desorden, se pusieron pesadamente en movimiento siguiendo las órdenes de los condes, que dirigían a sus respectivas mesnadas. Uno tras otro se incorporaron a la marcha, hasta conformar una interminable columna cuya vanguardia se iba perdiendo en la distancia. No se trataba de un ejército uniforme ni bien entrenado: quienes salieron de la ciudad para contemplar la partida y despedir a los suyos pudieron recrear la vista en una multitud de caballeros bien pertrechados con yelmos y lorigas, a lomos de espléndidas cabalgaduras, escuderos y asistentes, arqueros, infantes a pie armados con pesadas lanzas de buena factura… pero el grueso de la tropa estaba compuesto por jóvenes campesinos de rostro atemorizado que por toda protección vestían corazas de cuero toscamente remendadas y con esfuerzo sujetaban picas de madera en cuyo extremo ellos mismos habían claveteado las puntas de hierro que por orden del soberano llevaban meses fabricando todos los herreros del reino. Aquellos que avanzaban bajo el pendón de un noble con más posibles a menudo portaban espadas al cinto y se defendían con rodelas de madera forradas con cuero de vaca. También los monasterios se habían implicado en la defensa de su credo ante la nueva amenaza, y de tanto en tanto pasaban por el camino grupos de monjes armados de la misma manera, perfectamente destacados del resto por el hábito y por la tonsura, que muchos de ellos no se molestaban en cubrir.

Los comentarios entre la tropa surgieron en cuanto comprobaron que la vanguardia no dirigía el ejército hacia el norte, sino que continuaba decididamente hacia el sur, en paralelo al curso del río Urbiqo: el rey dejaba a su espalda la columna cordobesa adelantada, que dirigía sus pasos hacia León, y avanzaba en dirección contraria. De seguir así, se encontrarían de frente con el segundo contingente de sarracenos, y entonces estarían entre dos fuegos. ¿No era aquello un auténtico suicidio?

Alfonso avanzaba en las primeras líneas, flanqueado por los *milites* de la mesnada regia, encargados de la defensa de su persona, justo por detrás del pendón escarlata que ondeaba en manos del alférez real. Un personaje que se destacaba entre los más próximos al rey por sus vestiduras inequívocamente musulmanas acercó su cabalgadura.

–Majestad, no conozco el terreno, pero recordad mi consejo. Es vuestra única posibilidad frente a un ejército más numeroso y mejor organizado -dijo Ibn Marwan-. Quizás haya llegado el momento, consultad con vuestros exploradores.

El rey dirigió gesto de interrogación al conde Diego Rodríguez, y éste respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

Capítulo 33

Si algo detestaba el general Walid ibn Ganim era aquella lluvia persistente. La mayor parte de sus hombres estaban preparados para soportar las temperaturas extremas de las regiones meridionales, la falta de agua y las interminables jornadas de viaje bajo un sol de justicia. Algunos, los procedentes del Maghrib y de Ifriqiya, incluso habían lidiado con tormentas de arena y largos períodos sin ver la sombra de una palmera, pero los días como aquél les hundían la moral. A estas alturas del año, se podía esperar un tiempo cálido y estable, pero la primavera, excepcionalmente húmeda y fría, se estaba prolongando demasiado. De hecho, en las últimas etapas habían tenido problemas para vadear más de un río, y los caminos estaban empezando a resultar impracticables. Sin embargo, la necesidad de avanzar le obligaba a dar la orden de partir.

Aquella mañana lo harían con retraso, pues se habían repartido entre la tropa grandes pellejos de grasa de caballo, y los oficiales se afanaban en vigilar que los hombres impermeabilizaran sus capas y sus tiendas antes de emprender la marcha. La experiencia de cien campañas le aseguraba que una medida tan simple como ésta podía prevenir muchas bajas en las siguientes jornadas. Había dado también instrucciones para aumentar la ración del rancho, lo que no iba a mejorar demasiado la condición física de las tropas, pero sí contribuiría a elevar su ánimo.

Al Mundhir, al frente del ejército de vanguardia, había atrasado su marcha hacia Liyun con la intención de esperar al resto de las tropas. Ahora, al tanto de la llegada del refuerzo, el príncipe había decidido no demorar más su ataque y se disponía a caer sobre la capital de los yilliqiyun. Así se le había trasladado en la última comunicación recibida la víspera, que incluía la orden de continuar el ascenso por la vega del Uadi Urbiqo, pero no hacia Liyun, sino en dirección a Asturqa.

Ibn Ganim se tenía por un hombre observador, algo que en muchas ocasiones le había ahorrado más de un aprieto. Estudiaba el terreno con ojos de buen estratega y valoraba de continuo los eventuales riesgos. En las últimas jornadas, no se contaba entre sus temores la posibilidad de una emboscada de los infieles, pues el rey Alfuns debía de estar organizando la defensa de sus fortalezas con todos sus efectivos. Tampoco había noticias de que el ejército cristiano se estuviera preparando para presentar batalla en un enfrentamiento campal: sin duda su estrategia sería resistir dentro de los muros bien guarnecidos de ambas ciudades. Esa misma mañana, Ibn Ganim había consultado los mapas que sus oficiales le presentaban, y habían resuelto avanzar hacia el norte por el fondo del valle, con el río a su derecha, siguiendo las vías que los campesinos habitualmente utilizaban para desplazarse entre las ciudades de la zona, a las que sin duda acudirían para vender la lana de sus ovejas y los excedentes de su producción. A lo largo de la mañana, debían alcanzar la villa de

Polvoraria, cercana a una nueva bifurcación del río, que vadearían para continuar el camino por su afluente más oriental. La cadena montañosa situada a su izquierda era lo único que alteraba la planicie con un estrechamiento que ya se divisaba a media milla, y hacia allí se dirigían. Más adelante, el paisaje parecía abrirse en una nueva llanada, pero eso era algo que sólo se adivinaba entre la bruma. Las nubes bajas se deslizaban sobre sus cabezas arrastradas por el viento y ocultaban entre jirones las lomas que enmarcaban el valle. Por desgracia, la suave pero persistente llovizna había acabado por empapar el terreno, y los caminos eran lodazales en los que cuando no eran las cabalgaduras, eran las ruedas de las carretas las que quedaban atrapadas. Los gritos a las bestias agotadas se mezclaban con los chasquidos de los látigos y las maldiciones de los carreteros, y los habituales cánticos de un día cualquiera de marcha se habían extinguido. Quizá fuera ése el motivo, pero durante la última milla una inquietud sorda había acabado por apoderarse de Ibn Ganim. Había algo extraño en el ambiente, algo que no sabía explicar, pero que le hacía atender con todos los sentidos. El resto de sus generales y oficiales no parecían recelar de otra cosa que no fuera el penoso avance de las tropas, por lo que, de momento, no iba a ordenar una alerta general que contribuyera a crear más desconcierto. Tal vez no fuera más que el silencio que se había instalado entre los hombres, pero también se echaba en falta el canto de los pájaros que normalmente acompañaba a la marcha en una campiña como aquélla. De repente, una enorme bandada de estorninos alzó el vuelo por delante de ellos, en la cima de uno de los montes que por la izquierda enmarcaban el curso del río. Demasiado lejos para haberse espantado por la aparición del ejército, si bien era cierto que cualquier fiera podría haber provocado aquel alboroto. Ibn Ganim contempló el vuelo de las aves, que dibujaban formas caprichosas ante su mirada hasta que, como conducidas por una mano invisible, cayeron sobre el bosque de encinas que poblaba el lado opuesto del valle. Se descubrió a sí mismo con todos los músculos en tensión y sujetando con fuerza las riendas del caballo. Entonces, por delante oyó un relincho claramente distinguible de los otros muchos que le llegaban por la espalda. Miró a derecha e izquierda y comprobó que uno de los oficiales también oteaba el horizonte con los ojos entrecerrados. Ambos alzaron los hombros y la cabeza en un gesto de interrogación.

–Los aldeanos huyen sin duda a las montañas, mi general.

Ibn Ganim sintió cómo toda la tensión lo abandonaba, y relajó el cuerpo sobre la silla con sensación de alivio.

–Así debe de ser -dijo mientras dejaba escapar un suspiro-. Sin embargo… ocúpate de que una escuadra de exploradores se adelante a la vanguardia.

–Los exploradores siguen el curso del río varias millas por delante, como bien sabe mi general -se atrevió a responder el oficial.

–Envía otro destacamento allí -ordenó al tiempo que señalaba con el brazo-, a las

montañas del flanco izquierdo.

Capítulo 34

–¡Señala hacia nuestras posiciones! – observó Diego Rodríguez.

Alfonso permaneció en silencio durante un momento, tenso, valorando la situación.

–Escoge a una decena de tus hombres mejor entrenados -ordenó-. Si envían una patrulla, deben esperar a que se internen en la espesura para caer sobre ellos.

–Haces bien -opinó Ibn Marwan-. Nuestra posición es de ventaja, pero debemos aprovecharla. Conviene que nos sobrepasen para lanzar el ataque sobre su flanco y sobre la retaguardia.

–Por nada del mundo deben sospechar de nuestra presencia. Aún no -dijo el rey con rabia.

Se había dispuesto el grueso de la tropa en la ladera septentrional de la colina que se internaba de forma oblicua en el valle. El bosque de robles y hayas que la cubría resultaba ideal para sus propósitos, pues permitía el desplazamiento de hombres y bestias a la vez que proporcionaba un escondite que ya se había demostrado eficaz poco después del amanecer, al paso de la primera escuadra de exploradores. Se había hecho circular la amenaza de que cualquiera que revelara su posición al enemigo lo pagaría con su vida, pero no había hecho falta llevarla a efecto: todos sabían bien lo que se jugaban en aquel envite. El mayor riesgo lo constituían los caballos, pero la mayor parte de las monturas se habían reunido en la retaguardia, casi a una milla del valle, desde donde no tardarían en alcanzar el punto del choque cuando se produjera el ataque.

–Quiero a todas nuestras huestes preparadas -ordenó el rey-. Tanto si descubren nuestras posiciones como si no, la carga es inminente.

–¡Majestad! – advirtió uno de los *milites* próximo al rey al tiempo que señalaba al valle.

Un grupo de veinte hombres a caballo se separaba de la columna e iniciaba el ascenso por la ladera hacia su posición. Ibn Marwan se acercó al rey e intercambió unas palabras con él mientras éste asentía.

Una cincuentena de hombres y algunas mujeres descendieron la pendiente hasta perderse de vista entre la maleza. Eran aldeanos de Polvoraria, la población que se divisaba a sus pies, donde el río se bifurcaba. Se detuvieron cerca del linde del bosque, allá donde la tenue luz del día se filtraba entre las ramas con mayor claridad, pero sin llegar a exponerse a la vista del grupo de exploradores a los que, ellos sí, ya habían divisado. Ataron los escasos caballos que llevaban y se agazaparon entre los troncos. Poco iban a tener que esforzarse para demostrar un miedo que convenciera a sus captores, pues su temor era más que real. Pero había sido el mismo rey quien les había pedido el sacrificio, con el obispo de León a su lado. Un sacrificio en nombre

de Dios y del rey, bendecido con la indulgencia que el obispo concedía y que, si la Divina Providencia lo permitía, no debería acabar mal para ellos. Previsiblemente serían apresados y conducidos a la retaguardia para engrosar el botín de la expedición musulmana, pero nadie se acordaría de ellos cuando el ejército de Alfonso cayera sobre los sarracenos, y sin duda podrían huir del campo de batalla.

Cuando los exploradores se adentraron en el bosque se toparon con un grupo de hombres famélicos y mujeres temblorosas que trataban de sustraerse a la vista aovilladas en el suelo, entre la hojarasca.

–¿Quiénes sois? – gritó en árabe el oficial al mando.

Los hombres se limitaron a encogerse de hombros y, mediante gestos, señalaron la aldea que se levantaba a la orilla del río. El oficial observó al grupo con gesto de desprecio y su mirada pasó por encima de ellos tratando de escrutar entre la espesura. Pareció dudar un momento antes de hablar.

–¡Apresadlos! – ordenó-. Regresamos.

El rey Alfonso contempló cómo sus súbditos eran empujados sin contemplaciones ladera abajo hasta la cabecera de la columna.

Vio cómo Ibn Ganim alzaba la vista en su dirección y asentía ante las explicaciones del oficial. Debió de dar las órdenes oportunas, porque a continuación los prisioneros fueron ensogados y obligados a sentarse a la espera del paso de la retaguardia, donde continuarían la marcha.

–¡Que Dios los bendiga! – exclamó el obispo.

–Que Dios nos bendiga a todos, y nos proteja en este día -añadió el rey.

Las tropas cayeron sobre el flanco de un ejército musulmán completamente desprevenido. La disposición en columna permitió distribuir los efectivos del ejército cristiano allí donde eran necesarios, sabiendo que la movilidad vertical de los mercenarios sarracenos se había hecho imposible. La sorpresa impidió componer una alineación defensiva eficaz, y cada soldado sarraceno se enfrentó al ataque con sus propios medios, sin la protección del grupo en formación. Ibn Ganim y sus oficiales gritaban órdenes que no alcanzaban sus objetivos, y el más absoluto desconcierto se apoderó de su ejército. La caballería musulmana, ligera y eficaz en campo abierto, avanzaba en cabeza y recibió la orden de retroceder en defensa de la infantería, que estaba siendo masacrada por los flancos. Pero en ese momento la vanguardia vio descender por la ladera el grueso de la pesada caballería cristiana, que se abalanzó sobre ellos sin dejarles posibilidad de maniobra.

Alfonso, protegido por sus *milites*, contemplaba absorto el desarrollo de la batalla desde el linde del bosque. Si bien la lluvia no daba tregua, una tenue luminosidad en lo alto indicaba que el mediodía había pasado, y ante sus ojos se extendía un campo de batalla sembrado de cadáveres, aunque una vez superada la sorpresa inicial, la lucha se desarrollaba ahora cuerpo a cuerpo. Divisaba a Ibn Ganim, que, custodiado

por su guardia y acompañado por algunos de sus oficiales, había buscado un altozano en el extremo opuesto del valle, desde donde dirigía con esfuerzos infructuosos la defensa de las tropas. Observó cómo descendía de su caballo y comenzaba a caminar de un lado a otro, apretando los puños, contemplando la matanza en la que se había convertido el encuentro con las tropas cristianas. Negaba enérgicamente con la cabeza cuando sus oficiales le dirigían la palabra, y llegó a desenvainar la espada para amenazar a uno de ellos. Con ella aún en la mano, vio cómo los centenares de sus hombres que quedaban con vida, perdida toda esperanza, emprendían una huida desesperada a través del río, tratando de sortear los centenares de cadáveres que la corriente arrastraba.

–Majestad, Dios está con nosotros -dijo el obispo de León henchido de fervor-. Mirad, hasta las aguas del río arrastran sus cadáveres hacia el lugar de donde han venido.

Ibn Marwan escuchó sus palabras y sonrió con una mueca. Sus sentimientos eran encontrados: había tomado partido contra el emir, y aquélla era una gran victoria, pero aquellos que morían ante su vista eran sus correligionarios. Quizá los había procedentes de la *kurah* de Marida, quizás algún hijo de sus viejos amigos. Hubiera deseado que aquel general que tenía ante sí fuera Haxim, entonces sí que hubiera disfrutado de verdad con su derrota. A Ibn Ganim lo había conocido en Qurtuba, y su relación con él había sido correcta, incluso amistosa. No le deseaba ningún mal, pero sabía que una derrota como la que se estaba produciendo ante sus ojos arruinaría para siempre su carrera.

La desbandada era ya general, y los primeros gritos de victoria comenzaban a oírse en las filas asturianas. Alfonso se había colocado a la vista de todos, enhiesto sobre su soberbia cabalgadura, y seguía con la mirada fija en su oponente, que permanecía de pie, inmóvil ante el desastre. Iba a volverse para dar nuevas órdenes cuando un movimiento captó su atención. Ibn Ganim había extraído una daga del cinto y con ella en la mano miró a lo alto, como si hablara con su Dios. A continuación, con un golpe seco, la dirigió contra su pecho y cayó desvanecido en el suelo, mientras todos sus guardias corrían hacia él.

Entonces sí, el rey se volvió hacia sus acompañantes y contempló al clérigo que, junto al obispo, portaba una pesada cruz procesional. Se apeó de su montura y se acercó a él. Hincó las rodillas en el suelo y asió el poste que la mantenía en alto, antes de agachar la cabeza para dar gracias a Dios en voz alta y clara. Todos los presentes imitaron a su rey, se postraron ante la cruz y, siguiendo a su obispo, comenzaron a entonar un cántico fervoroso de alabanza que poco a poco se extendió por la ladera del sitio de Polvoraria.

Capítulo 35

Saraqusta

–¡Mi nombre es Ordoño! – gritó el muchacho.

–Pero estás en Saraqusta, y nuestra lengua es el árabe -respondió el joven Lubb-. Mi padre dice que debes utilizarla…

–Ése es mi nombre, y si te empeñas en seguir llamándome Urdún no pienso responderte -insistió tenazmente.

Lubb hizo un gesto de hastío y se alejó de la pequeña alberca donde se les había permitido refrescarse. Aunque las hojas de los árboles caían ya a su alrededor, aquella semana estaba resultando especialmente calurosa, y el muchacho buscó la sombra del muro para sentarse en el suelo. Apoyó la espalda, recogió las piernas y con un chasquido de la lengua llamó a su perra, que corrió hacia él con la lengua fuera.

Desde la llegada de aquel inesperado visitante, la vida de Lubb había cambiado. Si bien la presencia en la alcazaba de un muchacho casi de su misma edad era un aliciente, la necesidad de proporcionarle una protección especial había acabado con las que hasta entonces habían sido sus mayores diversiones. Ya no podían ir más allá de los muros de la ciudad si no lo hacían acompañados por una escolta de guardias, y siempre por algún motivo justificado. Lo que antes eran cabalgadas espontáneas hasta el río que podían acabar con un buen chapuzón en sus orillas, o remando en la barca de algún pescador, se habían convertido en salidas programadas en las que varios pares de ojos vigilaban cada uno de sus movimientos. Eso había creado un sordo resentimiento hacia su nuevo compañero que, cada vez con mayor frecuencia, se manifestaba en forma de encontronazos por motivos nimios. Ordoño además tenía carácter, no se dejaba amedrentar tan fácilmente a pesar de contar un año menos que él, y, para colmo, su padre Muhammad insistía en que debía tratarlo como si fuera un hermano, y le lanzaba miradas encendidas, siempre a él, cada vez que se enzarzaban en una disputa.

Ordoño, todavía empapado y sin resuello, fue a sentarse a su lado y extendió la mano para acariciar la cabeza del animal.

–En los castillos de mi padre siempre hay muchos perros, para cazar. Las montañas allí son enormes, y están repletas de venados, de jabalíes y de osos.

El comentario pareció captar la atención de Lubb.

–¿Tú has visto cazar un oso?

–¡Claro que sí! – respondió Ordoño encantado-. Vi a mi padre matar uno con sus propias manos. Se alzó ante él, era tan alto como la torre de una iglesia, y antes de que tuviera tiempo de soltar un zarpazo, le clavó la espada en el corazón.

Lubb alzó las cejas, incrédulo, pero Ordoño estaba lanzado.

–Mi padre es fuerte, es invencible -siguió-. Nadie antes había logrado derrotar a dos ejércitos sarracenos, como acaba de hacer él. Me hubiera gustado tanto estar allí… primero ese general, y luego el rey de los sarracenos, no sé cómo se llama.

–Se llama Al Mundhir, y no es rey. Es el príncipe heredero, y su padre es el emir.

–Es igual, lo importante es que ha derrotado a esos malditos infieles.

–¡No hables así! Nosotros también somos musulmanes.

Ordoño se limitó a encogerse de hombros. Para él, un niño educado entre obispos, priores y abades, lo que acababa de decir era evidente e inmutable. Tampoco Lubb parecía dispuesto a renunciar a una nueva disputa.

–Para los musulmanes, vosotros sois los infieles. Creéis en cosas fantásticas…

–Ah, ¿sí? ¿Como qué?

–Como que Dios son tres personas a la vez, o que vuestro profeta resucitó después de que lo mataran. Se lo he oído decir a mi madre.

–¡Eso es así! ¡Cómo puedes negarlo! ¿Y vosotros? Vuestro profeta sí que…

–¡Muchachos! ¡Basta ya! Poneos en pie.

Muhammad fruncía el ceño con disgusto.

–Saluda a tu tío Ismail -dijo dirigiéndose a Lubb, que se puso en pie y se acercó para abrazar al recién llegado-. Y éste es el muchacho del que te he hablado.

Ismail ibn Musa observó a Ordoño con expresión indefinida.

–Así que éste es el hijo del gran rey Alfuns. Mucha debió de ser vuestra amistad, para confiarte su custodia y su formación.

A Muhammad no le pasó desapercibida la segunda intención en aquel comentario, pero lo dejó correr.

–Es una enorme responsabilidad, no lo niego -dijo mientras se alejaban de nuevo en dirección a la muralla occidental de la ciudad-, pero supone también un gran orgullo.

Sabía que su tío Ismail no aprobaba la presencia del muchacho en Saraqusta, y que siempre había desconfiado de aquella vieja relación que ya uniera a su padre con el rey de Yilliqiya. Pero no era aquélla la única de sus diferencias, que se habían acentuado después de que Muhammad tuviera conocimiento de los sucesos de Munt Sun. ¿Cómo confiar en un hombre capaz de matar a sangre fría a su propio suegro y a sus cuñados, por mucho que fuera su tío carnal? No era la primera vez que mostraba tal falta de escrúpulos, y eso había hecho que el recelo se instalara entre ambos. Y había algo más: las circunstancias habían conducido a Muhammad a asumir la defensa de la capital mientras el resto de sus parientes luchaban contra el emir en Uasqa, pero ahora intuía, tenía la certeza, de que la continuidad de aquella situación no iba a ser aceptada de forma pacífica por su tío, que posiblemente ambicionaba un papel más destacado para sus propios hijos. Y el hecho de que Ismail no abordara el

tema con franqueza no contribuía sino a aumentar su desconfianza.

Ascendieron con lentitud la escalinata que llevaba a lo alto de la muralla y contemplaron el disco rojo que, para alivio de todos, comenzaba a ocultarse entre nubes sobre las azuladas montañas de poniente. Ismail se asomó por el borde del muro para observar la fábrica de la principal defensa de la ciudad y posó la mano sobre la piedra recalentada.

–Sólidos sillares -afirmó-, pero ¿por cuánto tiempo resistirán los embates del emir? ¿No nos convendría aprovechar el invierno para reforzarlos? Hay zonas más vulnerables en varios puntos de la ciudad.

Muhammad esbozó una sonrisa al advertir que sé tío había utilizado deliberadamente el plural.

–Está en marcha, Ismail. Los maestros albañiles trabajan ya en las canteras para tener listo el material cuanto antes. Pocas cosas hay tan seguras como que en primavera sufriremos una nueva embestida desde Qurtuba.

–¿Después del descalabro de Polvoraria y Valdemora?

–Precisamente por eso, Ismail. El emir se ha visto obligado a firmar la tregua con Alfuns, y posiblemente durante esos tres años cumplirá su compromiso, no traspasará el Uadi Duwiro. Pero no va a perder ese tiempo con el ejército inmóvil y nada le impide continuar la campaña en el Uadi Ibru.

Ismail asintió pensativo y contrariado.

–¡Maldita sea! – exclamó-. Así será, sin duda. Una nueva aceifa…

Muhammad lo miró extrañado.

–No me mires así, ¿es que acaso no tenías mejores planes que defender estas murallas mientras los cordobeses arrasan los campos?

–¿A qué te refieres?

–No sé cómo lo has hecho, pero tienes un gran trofeo… y si Qurtuba nos lo impide, no vas a poder hacer buen uso de él frente a Alfuns. ¡Qué mejor ocasión que ésta para atacar las tierras de Alaba!

Muhammad tragó saliva mientras clavaba la mirada en el hombre que tenía delante.

–Eres el hermano de mi padre… -dijo-, pero no te reconozco -dijo con tono cortante-. Poco te pareces a los que fueron tus propios hermanos. ¿Así es como hubiera actuado tu padre Musa, mi abuelo, traicionando a quienes han depositado en nosotros su confianza?

Tampoco Ismail parecía esperar aquella reacción. Su gesto fue en principio de desconcierto, pero gradualmente fue componiendo la sonrisa más apropiada para acompañar sus palabras, cargadas de sarcasmo.

–Pero ¿de verdad crees que Alfuns te envía a su hijo para que lo eduques porque te admira? – rio-. Ha buscado la alianza contigo mientras emprende su política de

repoblación y conquista hasta el Uadi Duwiro. No puede permitirse mantener abierto otro frente en su flanco oriental. Por eso desposó a Ximena, para asegurar la alianza con Banbaluna, y por eso buscó la amistad con tu padre, y también contigo ahora. ¡Os utilizará mientras le seáis útiles, como hace con Ibn Marwan contra el emir! Y cuando alcance sus objetivos en el occidente, será el turno del Uadi Ibru y los Banu Qasi.

–Lo que dices son sólo conjeturas.

Ismail soltó una desabrida carcajada, y a continuación desenfundó su espada para descargar un enérgico golpe sobre uno de los sillares que coronaban la muralla. Una esquirla salió despedida, y en el muro quedó una muesca bien visible.

–Sobre esta piedra ahora marcada te auguro que desde aquí verás a Alfuns cuando se enfrente a ti. Y te atacará cuando conozca a través de su hijo la organización de nuestras defensas, el número y la disposición de nuestros efectivos…

–No traicionaré su confianza -le interrumpió Muhammad-. Si tenemos que enfrentarnos, lo haremos, pero no utilizaré a Urdún. Estará con su padre antes de que comience la batalla.

Ismail hizo un gesto que mostraba algo parecido al desprecio.

–Antes del próximo verano, si es como sospechas, tendrás al emir o a uno de sus hijos ante estos muros. Imagina lo que podrías conseguir de ellos si les entregas al hijo de su gran enemigo. El gobierno de la Marca podría ser nuestro.

–Ya lo es. Yo poseo su capital.

–Nosotros -recalcó- dominamos la Marca, es cierto, pero no en su totalidad: la amenaza de los tuchibíes, por encargo del emir, pende sobre nosotros. Los Banu Amrús siguen en Uasqa, y el acoso de Qurtuba también es constante. Te hablo de un principado como el que construyó mi padre, tu abuelo, el gran Musa, que contara con las bendiciones del emirato. Con Urdún en su poder, el emir no dudaría en romper la tregua pactada y atacar a los yilliqiyun. Dejaría el Uadi Ibru en nuestras manos.

–¡Basta, Ismail! – cortó mientras se daba la vuelta para enfrentarse a él-. Seré franco contigo: sabes que no apruebo tus métodos, y si para esto has venido a Saraqusta, pierde toda esperanza. Vuelve a Munt Sun y dirige tu ambición a otras plazas: una vez me hablaste de tu interés por Larida…

–¡Hablas como si Saraqusta fuera tuya! Es un accidente que no sea yo mismo o uno de mis hijos quien gobierne la ciudad.

–Es cierto, así son las cosas. Pero a ninguno nos conviene tratar de cambiarlas. Aún nos necesitamos y, si queremos mantener nuestra posición, debemos colaborar. Hasta ahora nunca han hablado las armas entre los Banu Qasi, y el día que eso suceda marcará el final de nuestro linaje.

Era ya de noche cuando Muhammad, seguido por su guardia, atravesó la entrada del palacio que ocupaba como gobernador. Tenía un sabor amargo en la boca, y

ansiaba el momento de reencontrarse con Sahra y sus pequeños, pero aún debía hacer algo antes de retirarse a sus estancias privadas. Pidió que dieran aviso al oficial responsable de la guarnición y aguardó su llegada en el salón principal del edificio.

–¿Querías verme? – preguntó al entrar.

Muhammad asintió, todavía pensativo, y se acercó a él.

–Jawar, sabes que tengo depositada en ti toda mi confianza, y por ello te he llamado. Quiero que te ocupes personalmente de la protección del príncipe Urdún.

Capítulo 36

Año 880, 266 de la hégira
Qurtuba

Onneca sostenía entre las manos un delicado pañuelo de seda empapado que ya de nada le servía. Desde que el príncipe la repudiara, su vida y la de su padre Fortún no habían hecho sino ir de mal en peor: les habían retirado sus privilegios, y sólo por su condición de antigua *umm Hallad*, de madre del heredero, le habían permitido ocupar una modesta vivienda que ambos compartían en uno de los extremos más alejados de las dependencias del alcázar.

Tras el cruel episodio de la crucifixión de Mutarrif y de sus tres hijos, nada había vuelto a ser igual. Entre Abd Allah y ella se había abierto un abismo que temía verse obligada a salvar, porque sabía que sería incapaz de hacerlo. De nuevo había pedido ayuda a su fiel eunuco Badr, pero esta vez se trataba de evitar la llamada de su esposo. Pensó que quizás un poso de mala conciencia hiciera su presencia poco apetecible para él y llegó a albergar la esperanza de que las jóvenes concubinas propuestas con habilidad por el eunuco hubieran hecho que Abd Allah se fuera olvidando de ella. El paso de las semanas le había hecho creer que tal vez las cosas pudieran seguir así indefinidamente, volcada en el cuidado de su hijo Muhammad. Pero un desapacible atardecer invernal, Badr se acercó cariacontecido a ella en las dependencias comunes del *harem*: debía acompañarla a los aposentos del príncipe, que aquella noche reclamaba su presencia. La calidez del agua del *hammam* en el que después de tanto tiempo preparó su cuerpo no consiguió detener los temblores que la agitaban, pero trató de sobreponerse y dejó hacer a las esclavas, que le cepillaron los cabellos, aplicaron *kuhl* en sus ojos y, con polvo de *alhínna*, dibujaron delicados motivos en sus manos y en sus pies. Agradablemente perfumada, accedió a la acogedora y cálida estancia donde el príncipe la esperaba ataviado con una bellísima y ligera túnica de seda. Abd Allah intentó mostrarse cordial y entabló una conversación sobre el tema que a Onneca más podía interesar, el joven Muhammad. Recostada en aquel esponjoso diván, escuchando el chisporroteo del fuego en la chimenea y aspirando el placentero aroma que desprendían decenas de lamparillas, Onneca creyó que todo iría bien. El tono de voz de su esposo se fue haciendo más evocador, casi susurrante, antes de levantarse para tomarla de la mano y conducirla hacia el tálamo, velado por las sedas del dosel. Sintió las yemas de los dedos sobre su mejilla cuando él le apartó el cabello e inclinó la cabeza hacia sus labios, pero el calambre que siempre le producía aquel primer contacto no se produjo esta vez. Ante ella se desarrollaban las escenas vividas meses atrás, en las que aquel hombre, que

ahora respiraba agitadamente mientras le acariciaba los senos, había mostrado la más cruel indiferencia ante los ruegos desesperados de Belasquita, y una sensación de asco y de rechazo la invadió de forma irreprimible. Sabía que su rostro, en el que aún se dibujaba una sonrisa, no traicionaría su estado de ánimo, y se dejó caer en el borde del lecho, donde Abd Allah, con suavidad, la despojó de la túnica que la cubría. Ante sus ojos apareció aquel cuerpo aún perfecto, tan blanco como la leche, que tanto le había atraído, y de la misma forma se deshizo de su propia túnica. Onneca respondió al contacto de sus labios, cerró los ojos tratando de abstraerse, y posó sus manos sobre el pecho desnudo de su esposo, antes de que ambos cayeran juntos sobre las sedas que cubrían el tálamo. Abd Allah era un amante experimentado, que disponía de cuantas esclavas y concubinas deseara y, si los rumores que circulaban por el palacio eran ciertos, también de un grupo de jóvenes efe- s a quienes dedicaba no pocas atenciones. Por eso no le pasaron desapercibidos la falta de disposición de Onneca y el pequeño grito de dolor que salió de su garganta cuando intentó poseerla. Sólo se detuvo cuando asomaron las primeras lágrimas a sus ojos; entonces su expresión se volvió dura en extremo y, con un movimiento brusco, apartó las sedas y abandonó el lecho.

–Sal de esta habitación, mujer -ordenó con un tono de voz que heló la sangre de Onneca.

Con rapidez, y presa ya de un llanto incontenible, se vistió de nuevo con su túnica y caminó deprisa hacia la salida. Entonces oyó de nuevo la voz de Abd Allah.

–¡Espera! No te vayas aún. ¡Eunuco!

El príncipe intercambió unas palabras con el orondo sirviente, que salió a continuación de la estancia para gritar sus órdenes con un timbre extrañamente agudo. Al momento, dos hermosas esclavas entraron en la sala, lanzaron una mirada furtiva a la mujer que permanecía en pie junto a la puerta e, ignorándola, se dirigieron hacia el lecho, donde Abd Allah las esperaba, aún desnudo, con una mirada en la que se mezclaban el rencor y el deseo.

Onneca permaneció allí de pie durante un tiempo que le pareció interminable, sin atreverse a apartar la vista, hasta que el príncipe, con un gemido, se derrumbó satisfecho sobre las sábanas. Sólo después, con un gesto seco, recibió de él el permiso para abandonar la estancia.

Dos días más tarde, el eunuco Badr acudió a sus dependencias y, con lágrimas en los ojos, sin decir nada, la condujo a una estancia del palacio donde un secretario del príncipe le comunicó su decisión de iniciar el proceso de repudio.

Desde entonces el temor se había instalado en su corazón: el temor a ser separada de su hijo por la fuerza o, lo que quizá fuera peor, a que el joven Muhammad, atraído por la vida en la corte, perdiera el interés por permanecer junto a quien ya no era nada sino una rehén y poco podía ofrecerle.

En Fortún había ido anidando un resentimiento que con el paso de los años se había transformado en encono. Había recibido dos golpes sucesivos. Tras el repudio se le había limitado el acceso a las dependencias palatinas y, por tanto, a la biblioteca. Se le negaba lo que hasta entonces había sido el sostén de su vida en la corte, lo que le había permitido mantener su actividad intelectual y lo que le había ayudado en todos aquellos años a levantarse cada mañana con ilusión. Poco después, se había endurecido la prohibición de celebrar el culto cristiano en las iglesias. Si hasta entonces se había mostrado una cierta tolerancia frente a los oficios que discretamente se llevaban a cabo en el interior de los templos, en los últimos tiempos visitar San Zoilo o San Acisclo se había convertido en una temeridad. Asistir a las vigilias que se celebraban en aquellas iglesias, aun desnudas de todo ornamento por imperativo del emir, había sido para Fortún el alimento espiritual que complementaba el que los libros suponían para el intelecto. Por eso había seguido desplazándose con frecuencia hasta el distante arrabal donde se ubicaban los templos, a veces solo, a veces en compañía de Onneca, entre las sombras del atardecer, hasta que una víspera de domingo el *sahib al madinat* cayó sobre la parroquia y detuvo a los miembros más destacados. Fortún quiso pensar que la Divina Providencia los había protegido de una segura acusación de apostasía, enviando a Onneca la indisposición que les había impedido asistir al culto en aquella jornada aciaga.

Desde entonces, se las había arreglado para encontrarse durante sus paseos con uno de los presbíteros de San Acisclo, con quien acabó por trabar una profunda amistad. Juan, ése era su nombre, le administraba los sacramentos, le escuchaba en confesión y trataba de resolver sus crecientes problemas de conciencia. En los últimos días, con él había compartido la tribulación que causaba ahora las lágrimas de Onneca.

Lo que podía parecer la noticia más esperada por Fortún y por su hija les había traído sin embargo el más absoluto desasosiego. El primer día del mes de Rajab, habían recibido en su humilde alojamiento la visita de uno de los secretarios de Abd Allah, quien portaba un pliego de pergamino en el que se daba cuenta de la decisión del emir Muhammad de liberar a algunos de sus rehenes. Y allí estaban sus nombres. Quedaron inmóviles, mirándose el uno al otro, incapaces de reaccionar: tras veinte años de cautiverio, eran libres para regresar a Pampilona. Fue el funcionario quien tuvo que romper el silencio.

–Debéis entender que sois libres de permanecer en Qurtuba si ése es vuestro deseo. Pero si os marcháis, lo haréis solos: en ningún caso se plantea la partida de tu hijo Muhammad.

Onneca asintió en silencio, pero en cuanto quedaron a solas se arrojó a los brazos de su padre. Las lágrimas rodaron por las mejillas de ambos.

–Tuya es la decisión -dijo Fortún con voz amable, mientras acariciaba con

suavidad el cabello de Onneca-. Si decides regresar, lo haremos juntos. Pero entenderé que quieras permanecer junto a tu hijo… y yo te acompañaré.

Las piernas de Onneca apenas la sostenían y tomó asiento junto a la pequeña mesa, con el rostro desencajado.

–No puedo pedirte semejante sacrificio -respondió ella mientras pasaba la yema del índice sobre las grietas de la madera-. La corona de Pampilona te aguarda… tu hermano Sancho ha insistido en sus misivas en que no pondría ningún obstáculo a tu coronación si algún día regresabas. Además, mis hermanos te esperan, no puedes privarles de su padre por más tiempo.

–Sé que si partimos sin Muhammad se te romperá el corazón.

Onneca alzó la vista hacia su padre. En sus ojos había amargura, pero también determinación.

–Mi corazón está roto ya, al ver cómo mi hijo crece dentro de las dependencias de palacio, cada vez más apartado de mí. Y así seguiría siendo si decidiera quedarme, no puedo pretender que sea de otra manera -sollozó.

–Eres su madre, ni siquiera Abd Allah puede privarte de él.

–Padre, mi hijo está en la línea sucesoria del emirato, pues si algo le sucediera al príncipe Al Mundhir, Abd Allah ocuparía su lugar, y eso convertiría a Muhammad en heredero. Yo no soy nada -el despecho apenas le permitía hablar-, sólo el vientre que mi esposo utilizó para garantizar su descendencia.

–Esa que describes es una posibilidad remota…

–Las obligaciones de su posición ya me lo están quitando -le interrumpió con voz ahogada-. Pero no es eso lo que más me inquieta de nuestra separación: la corte rebosa de maniobras e insidias, bien lo sabes. El constante hostigamiento al que lo somete su hermanastro Mutarrif…

–¿Te preocupa un niño de once años? Muhammad ya tiene dieciséis…

–Es a su madre a quien temo, esa mujer ambiciosa e intrigante… que aún cuenta con el favor de Abd Allah. Poco puede hacer una madre repudiada para proteger a su hijo dentro de los muros del alcázar.

–Tienes a Badr de tu parte, y su influencia es grande. Él lo protegerá.

–Badr… -Onneca cerró los ojos-. Rezo a Dios todos los días para que le dé larga vida.

Capítulo 37

Bobastro

Umar ibn Hafsún, hijo de un acomodado terrateniente de origen hispano cuya familia había abrazado el islam tan sólo dos generaciones atrás, era un joven de carácter decidido, impetuoso, arrogante incluso, que pronto había destacado entre los muchachos de su edad, en aquellas montañas de clima benigno próximas a la costa andalusí, entre las coras de Raya y Takurunna. Un diente mellado y alguna cicatriz eran, milagrosamente, los únicos recuerdos permanentes que sus andanzas y peleas habían dejado en su cuerpo. Durante la adolescencia, había vivido de cerca los excesos y las injusticias que el gobernador de Raya había cometido con los habitantes de su aldea y de las aldeas cercanas: no sólo recaudaba el *zakat* entre las familias musulmanas y el mucho más gravoso *jizya* entre judíos y mozárabes, sino que cada año surgían nuevas contribuciones especiales destinadas a cubrir los más variados objetivos: proveer a Qurtuba de mercenarios para las constantes aceifas, financiar la vigilancia de las costas, acometer nuevas construcciones. Las continuas visitas de los recaudadores, que no se paraban a considerar la situación de los campesinos, las sequías o las enfermedades del ganado, habían acabado por sumir a muchas de las familias del pueblo en la más absoluta miseria a pesar de trabajar de sol a sol, casi como esclavos. Siendo apenas un adolescente, había vivido la última hambruna provocada por la sequía, había visto morir a niños de pecho aferrados a los senos resecos de sus madres, después de que se les requisaran las últimas cabezas de ganado. Año tras año, fue adquiriendo conciencia de la manera de funcionar de aquella sociedad injusta, y el resentimiento comenzó a anidar en su corazón.

El desastre había sobrevenido dos años atrás, cuando el hijo menor de una conocida familia de la zona, ahora convertido en oficial a las órdenes del gobernador de la *kurah*, había acudido a la aldea al frente de una partida de recaudadores. La falta de humanidad con la que se conducía, aun siendo un muladí como la mayoría de ellos, sometido antaño a las mismas injusticias, acabó por soliviantar al impetuoso Umar. Cuando cerraba los ojos, todavía recordaba con claridad el desarrollo de los hechos que cambiaron el curso de su vida. En el centro de la aldea, uno de los recaudadores arrastraba por el ramal una vaca famélica, haciendo caso omiso de los ruegos del campesino que era su dueño. Umar entró en la plaza sobre su caballo y, sin pensarlo dos veces, cortó de un tajo seco la cuerda que sujetaba al animal. Tras un momento de desconcierto, el oficial le clavó una mirada cargada de odio, espoleó a su cabalgadura y, seguro de su superioridad, desenvainó su sable para enfrentarse al muchacho. Quizá fue un golpe de suerte, quizás el destino lo había dispuesto así, pero

Umar paró con destreza el primer golpe y un veloz giro de su brazo derecho hundió el filo de su arma en el pecho del infortunado, que aún se sostuvo unos instantes a lomos del caballo antes de caer muerto sobre el suelo de tierra.

Tras los gritos de miedo y de advertencia que se habían escuchado en la plaza, el silencio se apoderó de todos los presentes. Eran conscientes de lo que aquello significaba, y los primeros que lo sabían eran Umar y su familia. Los recaudadores se miraron entre sí y miraron los rostros amenazantes que los rodeaban antes de hacer retroceder sus monturas. En un instante no quedó de ellos sino el rastro de polvo que dejaba su cabalgada. Hafs, el padre de Umar, se acercó al cadáver con el rostro descompuesto y a continuación se volvió hacia él. Nunca olvidaría su expresión, ni las palabras que pronunció, palabras que le conminaban a escapar de la aldea y que sin duda fueron las que cambiaron su destino.

No se fue solo. Otros dos muchachos de su edad, ambos sin familia y sin futuro en aquel rincón perdido, se unieron a él en la huida. Y no fueron los únicos, porque la noticia se extendió como la pólvora por los alrededores, y en los días posteriores otros salieron a su encuentro, hasta completar un grupo de once hombres que se internaron en la espesura de la sierra.

Las siguientes semanas fueron duras, pero conocían bien el terreno y sabían de la existencia de refugios en los que pasar sin demasiadas penurias el primer invierno. Escogieron una oquedad excavada en la roca que, a juzgar por los rastros renegridos, había sido ocupada con anterioridad, y que ofrecía unas condiciones más que aceptables. Pero lo que más valoraron de aquel lugar fue una hendidura que se adentraba entre las lajas de piedra y que comunicaba con otro barranco que confluía más abajo con el curso del río: una buena escapatoria en caso de necesidad. Allí establecieron su base, bien provistos de agua y de carne de caza, y desde allí iniciaron sus primeros ataques a los viajeros que atravesaban aquellos parajes camino de la costa. Su compromiso les impedía asaltar a campesinos de la zona, mozárabes o muladíes como ellos, y centraron su interés en las caravanas de comerciantes.

Umar no tardó en evidenciar una capacidad de liderazgo fuera de lo común y una inteligencia despierta que, unida a su espectacular arrojo, les hizo encadenar una sucesión de golpes que les proporcionaron un botín más que sustancioso. No asaltaban de frente a las caravanas, que normalmente viajaban bien protegidas, sino que estudiaban a sus integrantes, esperaban la caída de la noche y, protegidos por las sombras, se internaban en los campamentos para capturar a quien, por su indumentaria o por su actitud, habían identificado como figura principal o, lo que se demostró más efectivo, a sus hijas o a sus esposas. El filo de la daga sobre la garganta persuadía pronto a los desgraciados de la necesidad de aligerar la bolsa para salvar la vida del rehén e incluso de abandonar allí tras su partida las mercancías más caprichosas.

Los éxitos iniciales, aparentemente sencillos, infundieron confianza al grupo, que celebraba con regocijo la calidad de sus botines. Parte de aquellas monedas y de aquellas mercancías volvía a sus aldeas de origen, y aquellos envíos regresaban a su vez en forma de nuevos voluntarios dispuestos a sumarse al grupo, de forma que, amparados en el número, su osadía fue en aumento a lo largo de los meses de aquel primer invierno.

Umar dispuso de mucho tiempo para reflexionar durante las largas veladas que pasaban al calor de las hogueras, y en las conversaciones con aquellos hombres fue perfilando un discurso cada vez más coherente con el que trataba de justificar su actitud. Les hablaba de lo injusto de los privilegios de los árabes yemeníes y los bereberes procedentes del oriente de Dar al Islam, por encima de los hispanos autóctonos, tan musulmanes como los primeros. Les hablaba, con un lenguaje llano que aquellos hombres podían entender sin esfuerzo, de la corrupción de los dirigentes, de los continuos abusos de poder, de las humillaciones a las que eran sometidos en toda Al Andalus quienes no formaban parte de la *jassa*, del expolio oficial que constituía el sistema impositivo que habían conseguido implantar. Aquellos hombres rudos que en algún caso le doblaban la edad lo miraban embelesados, asentían y reforzaban su discurso con sus propias experiencias, y en Umar fue surgiendo la conciencia de su propia capacidad de liderazgo.

Con la primavera, llegó el primer asalto a una partida de recaudadores, precisamente cuando regresaban a Aryiduna, la capital de la *kurah*, con mulos y carretas cargados de mercancías. De nuevo le sonrió la fortuna y, sin necesidad de derramar una sola gota de sangre, Umar pudo hacerse con un botín que también esta vez regresó a las aldeas recién visitadas por los hombres del *wali*. Pero para el gobernador de Raya, que hasta entonces no había sabido de sus andanzas, el asalto a los recaudadores era más de lo que estaba dispuesto a permitir.

Umar planificó el siguiente ataque con el mismo detalle, en una ruta que hasta entonces no habían frecuentado, procurando prever cualquier contingencia. Se trataba de una nutrida caravana de mercaderes, y de nuevo la estrategia de la toma de rehenes dio el resultado esperado. Vieron cómo los comerciantes partían sobre sus cabalgaduras aligeradas, y Umar se recreó observando las abultadas bolsas de cuero que tan gustosamente les habían cedido a cambio de sus vidas. Todavía a lomos de su caballo, abrió una de ellas, para descubrir que estaban llenas de conchas marinas. Sus hombres no sabían qué pensar cuando vieron que Umar se echaba a reír a carcajadas, consciente del engaño, pero aún se mostraron más sorprendidos cuando la risa se congeló en su rostro y siguieron la dirección de la mirada de su cabecilla. El temor ante lo que vieron debió de trasladarse a sus monturas, que comenzaron a patear inquietas. Los mercaderes habían vuelto grupas y, a sus espaldas, aparecía una unidad de soldados árabes fuertemente armados que los sobrepasaban en número y que

avanzaban ya hacia ellos. Umar dio la orden de abandonar cualquier mercancía que pudiera entorpecer la huida, y salieron en dirección contraria con un ligero galope. Pero no habían recorrido media milla cuando comprobaron que en el extremo opuesto del valle otro medio centenar de hombres a caballo se disponían en formación bloqueando la salida. La partida detuvo su avance, y todas las miradas se centraron en Umar, que con un rápido vistazo intentó hacerse con la situación y dio a sus hombres la orden de dispersarse entre los espesos robledales de la ladera. Sabía que aquellos soldados del gobernador lo buscaban a él, al cabecilla del grupo, y sabía que, si trataba de escapar, emprenderían una implacable persecución. Fingió hacerlo hasta que el último de sus hombres desapareció entre la espesura, y entonces tiró de las riendas, descendió de nuevo al fondo del valle, descabalgó y dejó caer el sable sobre la hierba.

Revivía todavía con angustia el trayecto de regreso hasta el principal puerto de la *kurah*, situado en Malaqa, la progresiva aceptación de su final, probablemente el ajusticiamiento en público. Atravesó las puertas de la ciudad a lomos de un asno, sentado sobre la grupa contra el sentido de la marcha, y avanzó por sus calles repletas en un paseo infamante que lo condujo hasta la colina donde se levantaba la alcazaba y la residencia del *'amil*. Sin embargo, algo le llamó la atención, y un atisbo de esperanza se abrió entre sus oscuros pensamientos: había recibido salivazos, pedradas e inmundicias, pero nadie se dirigía a él por su nombre, ni siquiera con la intención de insultarlo. Pero a continuación llegó el interrogatorio, los golpes y la humillación, la oscuridad de las mazmorras, y de nuevo perdió toda esperanza de escapar con vida de aquello. Dos días después fue llevado ante la presencia del gobernador de la *kurah* y, siguiendo su intuición, respondió a sus preguntas simulando la identidad que había pergeñado durante su cautiverio. No advirtió ninguna reacción ante el embuste, y entonces supo que no sería juzgado por la muerte del recaudador.

Sólo una semana después se ejecutó la pena dictada por el *qadi*, en castigo por el delito de bandolerismo. Él mismo había pedido hablar durante el juicio, para asegurar en su defensa que en sus acciones nunca se había producido derramamiento de sangre. Posiblemente eso le había salvado la vida, de momento, porque pocos reos sobrevivían a las tandas de latigazos que estaba a punto de recibir. Aún parecía sentir aquel dolor lacerante, la sensación de que no era posible mayor sufrimiento hasta que llegaba el siguiente golpe y la desmentía. El verdugo se empleaba con saña sobre su espalda, y acompañaba cada azote con un grito producido por el esfuerzo. Evocaba cómo apenas había podido contar treinta latigazos antes de perder el sentido, y cómo despertó en un lugar desconocido, tumbado boca abajo, en medio de los delirios producidos por la fiebre y el dolor.

Experimentó una sorda desazón al despedirse, todavía debilitado, del samaritano que se había apiadado de él, pues no tenía con qué corresponder a su gesto

desinteresado. Durante días, había vagado por las callejuelas de Malaqa, alimentándose con restos de pescado en las cercanías del puerto y con las frutas podridas que se desechaban en el zoco. A punto estaba de recurrir al robo para subsistir cuando consideró otra forma de conseguir alguna moneda. Junto a la alhóndiga, en el puerto, se alineaban varias cantinas frecuentadas por los marinos que cada día llegaban a la ciudad, procedentes de todos los rincones de Dar al Islam. Entró en una de ellas y se plantó en el centro para ofrecer sus servicios: quizá podía serles de ayuda para redactar cartas que enviar a sus familias. Al principio lo miraron con desconfianza, pero en cuanto el primero de ellos se acercó, los demás no tardaron en seguir el ejemplo. Recogió por adelantado un *fais* de cobre de cada uno de ellos y los citó al día siguiente en el mismo lugar. Con las monedas adquirió una tinta de mala calidad y varios pergaminos usados que raspó durante todo el día para volver a utilizarlos.

Sobrevivió así varias semanas, pero debía tomar una decisión: no podía regresar a su lugar de origen, demasiado había tentado a la suerte. Sentado al sol sobre unas viejas redes de pesca, con la brisa del Bahr Arrum acariciándole el rostro, contempló el movimiento en torno a varios navíos que preparaban sus aparejos para zarpar. Dos días más tarde navegaba, junto a una expedición de mercaderes, rumbo a las costas del Maghrib.

Ahora se preguntaba por qué lo había hecho, ¿había sido una huida, una forma de poner distancia con la tierra en la que a punto había estado de perder la vida? ¿O únicamente el ansia de ampliar horizontes propia de un muchacho de veinte años? Lo cierto es que una vez en tierra firme no tuvo ninguna duda: se sumaría a la caravana de comerciantes que había de adentrarse en el desierto con rumbo a las tierras de Tahert.

Recordaba aquellas semanas de forma confusa, su mente sólo evocaba una árida inmensidad en la que cada día se parecía al anterior. Llegaron a su destino, y encaminó sus pasos a la casa de un paisano del que alguien le había hablado, originario de Raya como él, y propietario de un próspero negocio de sastrería en la mejor calle del zoco. Rememoró con una sonrisa en los labios aquellos días entre telas, agujas y tijeras: ¿era posible que en algún momento se hubiera planteado hacer de aquello su vida? No debió de ser muy firme su convicción, porque duró poco, justamente hasta la visita de aquel viejo.

Recordaba con detalle lo sucedido aquella tarde, porque desde entonces había tratado de buscarle una explicación. El anciano llegó como un cliente más, con una tela tosca bajo el brazo y el encargo de confeccionar con ella una nueva túnica. El sastre salió a recibirlo y, como a muchos de sus parroquianos, le ofreció asiento y una taza de té. Umar acudió a la llamada de su maestro para unirse a ellos.

–Él te tomará las medidas.

–¿Quién es éste? – El anciano formuló la pregunta adelantando el rostro, obligado por la catarata que nublaba su vista.

–Es un paisano de Raya. Está aquí como aprendiz.

El viejo se volvió hacia él.

–¿Y cuánto hace que saliste de Raya? – preguntó.

–Hará dos meses -respondió Umar un tanto sorprendido.

–¿Conoces el monte de Burbaster?

–He oído hablar de él, no está lejos de las tierras de mi padre. ¿Acaso hay algún movimiento allí? – preguntó precavido.

–¡Ah, no! Pero lo habrá, muchacho, lo habrá… ¿Conoces a un hombre que vivía en sus cercanías llamado Umar, hijo de Hafs?

Umar pareció quedar paralizado, incapaz de articular una respuesta. El anciano frunció el ceño extrañado por la reacción, tratando de aguzar la vista. De repente su espalda se enderezó, alerta.

–¡Eres tú! ¡Umar ibn Hafsún! Poco veo, pero eso es una muesca en tu diente…

–¿Quién eres tú? – preguntó Umar a punto de dejar caer su taza al levantarse.

También el anciano se puso en pie, visiblemente alterado.

–¡Desdichado! ¿Es así como luchas por librar a los tuyos de la pobreza? ¡Vuelve a tu tierra! ¡Cambia la aguja por la espada!

Umar se separó del anciano con expresión perpleja.

–Escúchame bien, Umar ibn Hafsún, mis ojos están nublados, pero puedo ver en mi interior. Yo te auguro que puedes llevar a los Banu Umaya por el camino de la ruina y, si lo haces, llegarás a ser un gran rey.

–¡Dime quién eres, anciano! – rogó Umar con tono imperativo, marcando la separación entre las palabras.

–Eso da igual -respondió mientras se aproximaba a la salida-. Regresa y habla con tu tío, con el hermano de tu padre. Él es el camino.

Pronunció las últimas palabras bajo el quicio de la puerta y se marchó. La tela que había traído seguía sobre el mostrador.

–¡Espera! ¡Tus medidas! – exclamó el sastre al tiempo que corría tras él.

Salió al exterior, pero el anciano se había perdido ya en la concurrida calle del zoco donde se encontraba la sastrería.

Cada vez que pensaba en aquellos sucesos topaba con la imposibilidad de encontrar una explicación racional, que sin duda debía de existir aunque no alcanzara a desentrañarla. Desde luego no estaba dispuesto a dar crédito a premoniciones más propias de viejas crédulas, y quizá por ello había justificado su regreso por el temor a ser descubierto. Una vez que alguien sabía de su identidad, no sería extraño que fuera conocida por los señores de Tahert, clientes de los Umaya, que sin duda mantenían buena relación con el gobernador de Raya.

Supo que había hecho lo correcto cuando, de regreso a la Península, se entrevistó con su tío Mudáhir. Éste parecía estar esperándolo y le proporcionó lo necesario para emprender el camino que el anciano le había señalado. Era, como su padre, uno de los pocos terratenientes que conservaban su posición y su patrimonio. Había seguido en contacto con los hombres que formaban la partida de Umar y, en pocos días, todos ellos y otros más, hasta alcanzar el centenar, acudieron a su llamada. Se respiraban en la *kurah* aires de revuelta, y quizá los vehementes discursos de Umar ante sus hombres, extendidos durante su ausencia por el boca a boca, hubieran tenido algo que ver.

Capítulo 38

Qurtuba

–Debéis partir cuanto antes -explicó el eunuco con firmeza-. Si algo puede hacer que la conducta de un príncipe sea imprevisible es que vea amenazada su propia seguridad o la seguridad del Estado. Y ésa es precisamente el arma que están utilizando contra vosotros.

–¿Quién? ¡Dinos quién es el miserable, Badr! ¿Quién puede querer nuestra ruina?

Fortún se encontraba fuera de sí, y no tanto por lo que podía afectarle a él todo aquello, como por el dolor que veía dibujarse en el rostro de su hija. El joven Muhammad lo era todo para ella, y ella lo era todo para él. La separación que ahora se les imponía era algo que ambos habían temido desde el repudio, era lo que había ocupado las pesadillas de Onneca.

–Es ella, ¿no es cierto? – preguntó con un suspiro, mientras clavaba su mirada en la cara del eunuco.

Badr bajó la vista al suelo y se oprimió las sienes con ambas manos, tratando de calmar la tensión que sentía.

–No puedo saberlo, Fortún. Las intrigas no se pregonan, ni siquiera en el nido de víboras en que se está convirtiendo la corte. Realizar una acusación de conjura con verosimilitud no es difícil, si quienes han de darle crédito están dispuestos a hacerlo. Es fácil explotar los odios y los prejuicios, y he de reconocer que lo han hecho con inteligencia. Les ha bastado observar vuestros movimientos, tus visitas a San Acisclo, tus largas entrevistas con el presbítero, para hacer creer a Abd Allah que lo que allí se tramaba no era sino una conspiración. Vuestro credo, los sobrados motivos que tenéis para odiar al emir y a su familia… todo ello ha hecho el resto.

–Pero ¿por qué la separación de mi hijo? – se preguntó Onneca con la voz tomada por la angustia.

–No sé cuáles son las acusaciones que se han vertido contra vosotros, pero una conjura requiere a alguien próximo al monarca, capaz de disputar…

–¿La sucesión? – le interrumpió-. ¿Quieres decir que alguien nos está acusando de conspirar para llevar a mi hijo al trono?

–Bien podría ser, Onneca. Tienes una dura rival, y los susurros al oído que salen de los labios de una mujer aún bella y bien dispuesta pueden tener un poderoso efecto.

–¡Entonces tú también crees que es esa furcia! – estalló.

–Reconozco que no goza de mis simpatías.

–¿Aún la reclama junto a él? – preguntó no sin cierto pudor.

El eunuco vaciló.

–Onneca, no debo…

–¡Vamos, Badr! Nunca has tenido secretos para mí. Necesito saberlo todo sobre esa mujer…

–¡Claro que la reclama! ¿Cómo no iba a hacerlo? Conoce bien sus preferencias, y accede a todos sus deseos, incluso es ella quien se encarga de proporcionarle… nuevas diversiones. No tiene ningún inconveniente en compartir a su esposo con esclavos y concubinas, en zambras que ella misma le organiza.

A Badr no se le escapó el gesto de desprecio de Fortún, y trató de cambiar de tema.

–El príncipe Al Mundhir no tiene descendencia, ya lo sabéis, y además ha marchado al frente de las últimas aceifas. Hace dos años estuvo a punto de caer en manos del rey Alfuns, y la posibilidad de que sufra un contratiempo no es remota. En caso de muerte, y una vez desaparecido nuestro emir, el sucesor sería sin duda Abd Allah, que a su vez nombraría como heredero a vuestro hijo.

–Y su hermanastro Mutarrif pasaría a ser el segundo en la línea sucesoria -intervino Fortún.

–Una situación escasamente propicia para que entre ambos prospere la amistad, y mucho menos con una madre ambiciosa y poco dada a los escrúpulos cuando desea algo.

El rostro de Onneca se contrajo en una mueca de preocupación, y a continuación miró al eunuco.

–Temo por mi hijo, Badr. ¿Qué será de él si abandonamos Qurtuba?

–Debes partir tranquila, mi señora. El emir aún no da muestras de debilidad, y tras su muerte reinará Al Mundhir. Es lo más probable, y en ese caso nada tienes que temer.

–Entonces rezaré cada día para que Dios conserve la vida del emir y de su heredero -susurró-. Y la tuya también, mi fiel Badr.

El eunuco se sorprendió ante un gesto tan poco habitual como el que realizó Onneca a continuación: se aproximó, lo tomó de las dos manos y tiró de él para besar su mejilla.

–Sé que cuidarás de él, Badr, aunque yo esté lejos. Tus ojos y tus oídos serán los suyos. – Sintió cómo sus manos se perdían entre aquellos enormes dedos, y no pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por su rostro-. Pero hay algo más que debo pedirte, un último servicio. Si Abd Allah no nos permitiera…

–No lo permitirá, Onneca -cortó el eunuco con el semblante nublado de nuevo-, sus órdenes han sido tajantes. Ya no se os concede la posibilidad de partir, sino que se os ordena abandonar Qurtuba en las próximas jornadas. Y hasta que lo hagáis, tenéis prohibido el contacto con Muhammad.

–Me partiría el corazón emprender la marcha sin hablar con él.

Badr, con los labios apretados en un gesto de dolor, mantuvo aún por un momento la mirada en Onneca. Después dejó caer sus manos con suavidad y se alejó sin decir más en dirección a las dependencias del *harem*.

Capítulo 39

Bobastro

La mañana en que debían partir anunciaba un día luminoso. Los hombres de Umar se afanaban en preparar los morrales con sus nuevas pertenencias, colocar los arreos a las flamantes cabalgaduras y cargar las provisiones en las alforjas de varias decenas de mulas. Pero donde mostraban más esmero era en el cuidado de las armas que su tío les había proporcionado: aun en el momento de partir, se podía ver a varios de ellos sentados sobre las piedras, repasando una vez más las hojas ya concienzudamente bruñidas, que lanzaban destellos con los rayos del sol.

Umar los miró orgulloso y trepó a una roca, desde la que dominaba la escena.

–¡Escuchadme! – gritó con el rostro radiante.

Todos volvieron la vista hacia él, y hubieron de llevarse las manos a los ojos para protegerse de la intensa claridad. Umar contempló a aquel heterogéneo grupo de hombres decididos a seguirle y alzó la voz para que todos pudieran oírle.

–¡Hoy empezamos una nueva vida! Durante mucho tiempo, vosotros y vuestras familias os habéis visto forzados a sufrir bajo el yugo del emir, un soberano injusto, que se apropia de todos los bienes, y a cambio sólo os impone pesadas cargas. Muchos habéis luchado para él, habéis matado para él, incluso a gente del pueblo, muladíes y cristianos que en las fronteras se han rebelado antes que nosotros. Los árabes, durante generaciones, nos han humillado, nos han tratado… como a esclavos. ¡Pero yo os digo que vamos a terminar con eso! Mi única intención es restablecer la justicia y liberar a vuestras familias de la esclavitud. ¿Estáis dispuestos a seguirme en este empeño?

Un rugido salió de las gargantas de los hombres arremolinados en torno a Umar, y en un instante un centenar de espadas se alzaron contra el sol, cegando a todos con su brillo. Umar bajó en dos saltos del altozano y con otro más se izó sobre su montura.

–¡Vamos entonces! ¡A Burbaster!

Cabalgaron a buen ritmo durante todo el día, recorriendo el conocido paisaje de las sierras de Takurunna, en busca de las cumbres que se dibujaban ante ellos, ya bien adentrados en la *kurah* de Raya. Desde que a media tarde dejaran el curso del Uadi al Jurs, que ahora aparecía a sus pies encajado en una espectacular garganta, el ascenso había sido continuo. Umar ibn Hafsún se apeó de su caballo y cubrió jadeante los últimos codos que lo separaban de la cima. Tenían razón quienes le habían orientado hasta aquellos parajes casi inaccesibles: se encontraban a escasa distancia de la costa, cerca también de las ciudades más importantes de la *kurah*, pero encaramados en el centro de todas ellas, en plena sierra, y protegidos de las posibles incursiones por

aquellos escarpes rodeados de gargantas.

Al finalizar la ascensión por la única ladera practicable, se encontró en un estrecho altiplano al que poco faltaría para alcanzar una milla de longitud. Cruzó admirado los escasos trescientos codos que lo separaban del extremo opuesto, y ante él se abrió el panorama más sobrecogedor que hasta entonces hubiera visto. La pendiente caía en picado hasta el cauce del río, mil codos más abajo, y ante él y sobre su cabeza se alzaban los murallones del margen opuesto. A sus pies, un águila real de grandes proporciones alzó el vuelo, y no pudo evitar sobresaltarse, lo que provocó los comentarios jocosos de algunos de los hombres que lo habían seguido.

–¡En el mismo nido de las águilas! – exclamó uno.

–Fijaos en las ruinas del castillo -señaló Umar.

–Debió de ser inexpugnable…

Poco a poco habían alcanzado el lugar el escaso centenar de hombres que formaban el grupo, y todos ellos compusieron expresiones de asombro y sobrecogimiento al contemplar el panorama.

–Tenemos madera, toda la piedra que necesitemos, habéis visto que el agua no falta… -detalló Umar al tiempo que sentía crecer un sentimiento de euforia en su interior.

–Y caza abundante -añadió otro, recordando orgulloso el corzo que había asaeteado mientras subían.

–Burbaster… será un buen refugio -declaró Umar al tiempo que giraba sobre sí mismo y extendía el brazo tratando de abarcar aquella inmensidad-. Pero nos esperan meses de duro trabajo. ¿Estáis dispuestos a seguirme en este empeño?

De nuevo, por segunda vez en el día, un grito unánime de afirmación brotó de las gargantas de aquellos hombres, y Umar sonrió abiertamente.

–Entonces no hay tiempo que perder -exclamó mientras iniciaba el regreso-. Pronto se nos echará la noche encima.

Capítulo 40

Qurtuba

Los escasos enseres que Onneca y Fortún conservaban en su alojamiento se encontraban ya envueltos en fardos, junto a otras mercancías que ambos habían comprado en el zoco de la ciudad. Las mulas adquiridas para el viaje no tardarían en llegar, y para entonces todo debía estar preparado, pero en las últimas horas Fortún no había aparecido por allí sino para volver a marchar al instante sin prestar atención a los requerimientos de su hija. De hecho, Onneca llevaba varios días observándolo, enfrascado en una actividad frenética cuyo objeto se imaginaba sin dificultad pero que no pudo confirmar hasta que su padre apareció en el patio con cara de satisfacción, por delante de una mula que a su vez arrastraba una sólida carreta de dos ruedas.

–¡Padre! ¿Pretendes arrastrar esos dos arcones a lo largo de cuatrocientas millas? – exclamó con un tono entre enfadado y jocoso-. ¡Retrasarás la caravana!

–Hija mía, por muy prósperos que sean los mercaderes que nos acompañen, no llevarán mercancías más valiosas que las que contienen estas cajas. Llevo veinte años reuniendo este tesoro con mimo, y ahora no lo pienso abandonar aquí.

–Ni yo te pediría tal cosa, padre.

Fortún se acercó a su hija, la tomó por los hombros con ternura y la besó en la frente. Cuando sus miradas se encontraron, las lágrimas que arrasaban los ojos de Onneca desmentían la sonrisa que sus labios trataban de dibujar.

–Ten fe, hija mía. Queda tiempo todavía, no nos pondremos en marcha hasta el amanecer.

Onneca suspiró mientras trataba de enjugarse las lágrimas con el puño.

–No contravendrá las órdenes de su padre. Y de haber tenido ocasión, lo habría hecho ya.

–Quizá todavía no la ha tenido… No desesperes.

–¡Tenía… tenía tantas cosas que decirle! – balbuceó con la voz rota de nuevo.

Fortún le rodeó los hombros y la condujo al interior con suavidad. Aunque ya se adivinaba la suave primavera del sur, el tibio calor de las brasas hacía el ambiente más acogedor. Sobre la mesa baja habían servido una frugal cena que Onneca apenas probó, pero la compañía de su padre le resultaba reconfortante. Observó cómo saboreaba con gusto la comida, y entonces Fortún hizo un gesto cómico que consiguió arrancar la risa de su hija.

–¿Te has parado a pensar cómo van a tener que cambiar nuestras costumbres en adelante? – dijo ella con una sonrisa abierta-. ¿Qué dirán en Pampilona cuando te

vean llevarte la comida a la boca así, con los dedos?

–Me temo que no va a ser fácil… veinte años es mucho tiempo, y más en tu caso. Tenías tan sólo doce años cuando salimos de allí.

Fortún hizo una pausa, evocando aquel momento en el que todo pareció venirse abajo.

–¿Qué recuerdos guardas del lugar donde naciste? – preguntó a su hija.

–Recuerdo… que todo era verde, la lluvia continua que en invierno nos obligaba a pasar largas tardes en torno al fuego… la nieve a veces. ¡Hace veinte años que no vemos nevar! Ya casi no recuerdo cómo era… sólo que me ardían las manos.

–¿Y qué más?

–Me acuerdo de mis hermanos, de Enneco, de Aznar, de Belasco … Aunque sus rostros se han borrado de mi memoria, padre. Pero casi lo prefiero así, sé que he de reencontrarme con ellos dentro de unas semanas, y han de ser muy distintos de los niños que recuerdo.

–No va a ser fácil, Onneca…

–Lo sé, padre. Tampoco para ti.

–Tus hermanos han contraído matrimonio, tenemos nietos y sobrinos que no conocemos… y que no nos conocen.

–¿Temes por la acogida que hayan de dispensarte, padre?

Fortún había dejado de comer, y juntos se disponían a despejar la mesa.

–Me temo más a mí mismo, Onneca. Veinte años alejado de la realidad de un reino es demasiado tiempo. Para ser un buen gobernante, es imprescindible vivir esa realidad cada día, estar en contacto con aquellos que han de sostenerte en el poder. Los hombres que en otro tiempo me hubieran prestado su lealtad quizá ya no me reconozcan.

–¡Padre! – musitó Onneca sorprendida-. ¿Acaso estás pensando en renunciar al trono?

–No he dicho tal cosa, Onneca. Nuestro padre aún no ha muerto, a pesar de su avanzada edad, y ruego a Dios para que no le quite la vida antes de nuestro regreso. Pero debo saber cómo están las cosas en Pampilona antes de tomar ninguna decisión. Mi hermano lleva años actuando como regente y, por lo que sé, cuenta con el aprecio de los *seniores* que gobiernan el país.

–Pero en el momento de la muerte del rey, serás el legítimo heredero, tú eres el primogénito.

–Así debe ser, pero dejemos que Dios nos marque el camino. Por fortuna no tardaremos en conocer sus designios.

Onneca asintió y supo que no debía insistir.

–Ahora debes descansar -sugirió Fortún-, nos esperan jornadas muy duras.

Onneca asintió con la cabeza sin convencimiento, segura de que aquella última

noche en Qurtuba sería incapaz de conciliar el sueño, pero no quiso contrariar a su padre. Sabía que sólo si ella accedía él se retiraría igualmente, así que besó a su padre y se recostó en el lecho. Poco después oyó la respiración acompasada del hombre que quizá, con la ayuda de Dios, en pocas semanas habría de ocupar el trono de Pampilona.

Intuyó la llamada antes de que se produjera. Tal vez un susurro, el roce de unas ropas o el ruido de un guijarro la había advertido en su duermevela de la presencia de alguien en el exterior. De inmediato se sintió despejada por completo y se disponía ya a saltar del lecho cuando alguien golpeó la puerta con suavidad por tres veces. En dos zancadas, salvó la distancia que la separaba de la entrada y aplicó el oído sobre la madera.

–¿Quién llama? – susurró.

–¡Abrid! – respondió alguien también con voz queda.

En ningún momento se planteó la posibilidad de que pudiera correr algún peligro, ni creyó necesario despertar a Fortún, que seguía dormido profundamente. Descorrió el cerrojo con esfuerzo, alzó la aldaba y tiró del pomo hacia sí. Dos figuras encapuchadas, una de gran porte y la otra de una delgadez sólo propia de la juventud, se recortaron bajo el quicio en completa penumbra.

–¡Soy yo, madre! ¡Dejadnos pasar!

De la garganta de Onneca escapó un grito ahogado y se apartó enseguida. Muhammad entró en la estancia a oscuras, mientras Badr se encargaba de cerrar la puerta, y sólo después de hacerlo se retiraron los capuces de la cabeza.

–¡Bendito sea Dios, que ha escuchado mis plegarias! ¡Benditos seáis los dos!

Onneca estaba fuera de sí y, cuando Muhammad la abrazó, un acceso de llanto se apoderó de ella. Fortún apareció frotándose los ojos, con una sonrisa que le ocupaba todo el rostro, y enseguida acudió junto a Badr, que aceptó complacido el abrazo que le ofrecía.

–Nunca olvidaré esto, Badr -le dijo al oído-. Esta noche has hecho feliz a mi hija, y te juro por mi Dios que lo recordaré mientras viva.

–Soy fiel a Abd Allah, y lo seré siempre, porque le debo lo que soy. Pero ya sabes cómo he llamado siempre a tu hija, desde que la conocí… *Durr*, porque siempre la he considerado la perla del *harem*. Además, esta noche Abd Allah no nos molestará. –Rio-. Te aseguro que a estas horas duerme rendido, ya no tiene veinte años, como las dos esclavas que le he ofrecido.

–En cualquier caso, aprecio tu esfuerzo. Sé lo que arriesgas desobedeciendo a tu señor.

–Por esto merecía la pena, Fortún -respondió mientras dirigía la mirada hacia Onneca, que aún estrechaba a Muhammad contra su pecho mientras con la mano derecha le acariciaba el cabello.

Parecía querer impregnarse de su olor, conservar algo de él. Las lágrimas, esta vez de felicidad, resbalaban por sus mejillas y humedecían la túnica de Muhammad. Por fin, haciendo un esfuerzo, trató de recuperar la serenidad, y se separó de su hijo para poder observarlo de pies a cabeza. Después cerró los ojos, e intentó memorizar cada uno de sus rasgos. Sólo los abrió de nuevo para dirigirse a él.

–¿Podrás perdonarme alguna vez, hijo mío?

Aún le sostenía las manos entre las suyas.

–No hay nada que perdonar, madre. Debes regresar al lugar de donde nunca debiste salir. Y más ahora, cuando ya nada te une a mi padre.

–Tú me unes a él, Muhammad, siempre será así.

–Debes partir junto a mi abuelo, y te ruego que lo hagas sin volver la vista atrás. Mi vida está en Qurtuba, no he conocido otro lugar, y soy feliz aquí -dijo con una voz extrañamente serena y firme para un muchacho de apenas dieciséis años-. Aunque te quedaras, apenas conseguiríamos vernos, y he de decirte que vuestra vida podría incluso correr peligro. Los alfaquíes murmuran, no ven con buenos ojos la presencia de infieles cerca de la familia del emir. Son tiempos convulsos, y cualquier delación, cualquier calumnia, puede derivar en una depuración y acabar con la víctima en el patíbulo.

–Precisamente por ello temo por ti, Muhammad. Debes hacerme la promesa de que te mantendrás al margen de intrigas y enfrentamientos… Debes evitar a tu hermanastro Mutarrif, y sobre todo a su madre. ¡Cuídate de ellos!

–Para eso tengo a Badr -sonrió el muchacho tratando de rebajar la tensión-, él es mi parapeto. Si alguien está al tanto de las intrigas, ése es él, y ya veis lo que está dispuesto a hacer por mí.

Onneca, sin soltar a su hijo, tomó al eunuco de la mano en un gesto de agradecimiento que no requería palabras. Entonces reparó en que todos seguían en pie.

–Perdonad esta falta de hospitalidad. Poco tenemos que ofreceros en la víspera de nuestra marcha, pero un té os reconfortará.

–Avivaré las brasas -se ofreció Fortún.

Mientras disponía lo necesario, los hombres tomaron asiento alrededor de la pequeña mesa.

–Debes prometerme que mantendremos el contacto -dijo Onneca a la vez que colocaba un pequeño recipiente lleno de miel-. No soportaría no saber de ti.

–La comunicación entre Qurtuba y las coras es excelente, madre, lo sabes bien, y el comercio con tierras cristianas no se interrumpirá por muchas guerras que haya. El dinero y el afán de riquezas no entienden de fronteras. Ten por seguro que nos aprovecharemos de ello.

La conversación se prolongó mientras las tazas humeantes se llenaban una y otra

vez. Ninguno de los tres pensaba desperdiciar aquella última oportunidad de estar juntos, y el sueño podía esperar. Por su parte, Badr no regresaría al palacio sin Muhammad, la vida le iba en ello.

Aunque los cuatro sabían que con toda certeza nunca volverían a verse, ninguno aludió a esa posibilidad, y la inesperada velada transcurrió como si estuvieran en la víspera de un largo viaje del que pronto hubieran de regresar. Sólo Fortún, que observaba a su nieto sentado frente a él sobre las almohadas, volvió a especular con algo que ya le había mantenido despierto más de una noche: si las cosas se desarrollaban como era de prever, quizás en unos meses llevara sobre las sienes la corona del reino pamplonés. Muhammad, por su parte, en poco tiempo estaría preparado para entrar en el ejército de Qurtuba, y sin duda no tardaría en ser enviado como oficial en su primera aceifa, tal vez a las órdenes de su padre, de su tío Al Mundhir o del propio Muhammad, su otro abuelo. ¿Y si una de aquellas expediciones se dirigía contra las tierras de Pampilona, como muchas de las que en los últimos años habían asolado la frontera? Por un momento se desarrolló ante él una escena escalofriante, en la que su nieto arremetía contra uno de sus hombres y éste, ignorante de su identidad, lo atravesaba de lado a lado con su espada. Con el rostro descompuesto sacudió imperceptiblemente la cabeza para apartar de sí aquellos funestos pensamientos, y su mirada se dirigió a Onneca, que contemplaba embelesada a su hijo. Badr, en cambio, parecía dar ya muestras de inquietud y no tardó en incorporarse para ir hasta la puerta, que entreabrió para observar el firmamento.

–Pronto amanecerá -confirmó-. No podemos esperar mucho más.

Sólo Onneca permaneció sentada, como queriendo prolongar aquel instante. Sabía lo que iba a suceder a continuación, algo para lo que ninguna madre está preparada nunca: despedirse de su único hijo, posiblemente para siempre. Sintió una opresión que a duras penas le permitía respirar, y de nuevo las lágrimas acudieron a sus ojos, hasta que Fortún la tomó de la mano y, sin palabras, la invitó a levantarse. Muhammad se acercó despacio y, sólo cuando la tuvo al alcance de sus brazos, se lanzó contra ella para hundir el rostro sobre su hombro.

–Debes ser fuerte, hijo mío -sollozó Onneca-. Cumple con tus obligaciones, y nunca en tu vida olvides que la sangre vascona también corre por tus venas.

–Id tranquilos, los dos. Os echaré de menos… pero estaré bien -respondió él en un susurro sin retirar la cara del cuello de su madre.

Se apartó de ella con los ojos apenas abiertos para contener las lágrimas que un hombre como él no debía derramar y abrazó a Fortún rodeándolo con los dos brazos.

–Has sido mi segundo padre, Fortún. Te juro que nunca olvidaré tus enseñanzas.

–Nada tengo que agradecer a tu padre ni al emir, todo lo que nos han traído son desgracias… excepto tu existencia. Ten por seguro que, mientras yo sea alguien en Pampilona, allí tendrás el sitio que te corresponde si algún día deseas regresar con tu

familia.

Muhammad asintió mientras le apretaba los hombros a su abuelo. Onneca se unió a ellos en el último abrazo, mientras Badr se disponía ya a cubrirse el rostro con el embozo. Cruzó la sala, veló las llamas con la pantalla de metal y regresó a la puerta para asomar la cabeza antes de dejar salir a su protegido. Cuando estuvo seguro de que nadie rondaba por el exterior, le hizo un gesto con la cabeza y abandonaron juntos la casa.

Onneca permaneció en la puerta con Fortún a su espalda mientras Muhammad y el eunuco se perdían en la oscuridad.

Capítulo 41

Pampilona

Las campanas de todas las iglesias tañían al unísono aquel mediodía de abril del año del Señor de 880. Veinte largos años hacía que el hijo del rey García abandonara aquellas tierras para ser trasladado como rehén del emir Muhammad a tierras de moros, y el anunciado regreso había de ser motivo de gran celebración. La noticia llevaba días recorriendo las aldeas, desde la cuenca donde se asentaba la ciudad hasta los valles más alejados del reino, entre las cumbres de los Pirineos, y las tierras de frontera del sur, hasta la línea del río Aragón.

Quienes podían permitirse abandonar tierras y ganado durante unas jornadas confluían ya en torno a la ciudad, que bullía de actividad. Quien más, quien menos, todos aprovechaban el viaje, y las mulas y los zurrones llegaban a las puertas de Pampilona cargados de pieles, aves, quesos, utensilios de madera, cueros y mil mercancías diferentes destinadas a la venta en el mercado más concurrido de los últimos años.

Fortún y Onneca coronaron por fin la loma desde la que se divisaba la vieja ciudad romana y detuvieron sus monturas. El altozano sobre el que se asentaba quedaba enmarcado en su mayor parte por el profundo foso natural que el río había excavado a lo largo de siglos, y el resto aparecía rodeado por la sólida muralla que ambos recordaban, mil veces antes derruida tanto por los musulmanes como por los cristianos del otro lado de la cordillera.

Fortún cerró los ojos.

–¡Pampilona, padre! – anunció Onneca emocionada.

–Pampilona -repitió Fortún con tono cansado-. Llegué a creer que nunca más contemplaría sus muros.

–Sin duda Dios ha escuchado nuestras plegarias, padre.

Fortún asintió con un gesto de preocupación, que no pasó desapercibido para Onneca.

–¿Es que no te alegras, padre? ¿Qué te aflige?

–Bien lo sabes, hija, mil veces lo hemos hablado, y mil veces has tratado de convencerme. Pero este viaje me ha demostrado que era yo quien tenía razón… ¡si a punto ha estado de acabar conmigo! Qué diferente de aquel otro viaje, hace veinte años. Entonces las etapas se me hacían cortas y descansaba porque todos lo hacían. Ahora sólo veo ante mis ojos un buen jergón de paja donde dejar caer mis huesos doloridos.

Onneca lo miró con comprensión.

–Tendrás un colchón, pero no de paja, sino de lana, padre. Y si lo deseas, de plumas de ave… El rey de Pampilona bien puede aspirar a eso.

–No precipites los acontecimientos -amonestó Fortún a su hija-. Ni siquiera estoy seguro de desear esa corona.

–Ya hemos hablado de ello, padre. Es tu responsabilidad.

–Ha pasado demasiado tiempo, Onneca. Muchos de los que ahora apoyan al rey sólo saben de mi existencia porque han oído a sus padres hablar de mí. Desconozco si en la corte queda alguien de los que me sirvieron. Por no conocer -sonrió con cierto despecho-, no conozco ni a las mujeres con las que mis hijos han arreglado sus casamientos… ¡Apenas habían nacido cuando partimos!

–No puedes pretender otra cosa, padre, después de veinte largos años.

–¡Y no la pretendo! Pero he pasado ya de los cincuenta, y la vida relajada de Qurtuba no ha dejado de pasar factura. Se espera de un rey que sea el primero entre sus oficiales… y yo he olvidado ya cómo blandir una espada.

–Con la ayuda de Dios, superarás todas las pruebas.

–Ahora que mencionas a Dios… tampoco sé quién ocupa el obispado de Pampilona -bromeó.

Ascendían ya la suave pendiente que conducía a las puertas de la ciudad cuando una escolta de hombres a caballo salió a su encuentro. Fortún recibió la primera muestra de lo que iba a suceder aquel día: el oficial al mando descabalgó antes de llegar a él y habló rodilla en tierra.

–Mi señor, soy Diego de Salazar, quizá recordéis mi nombre… tuve el honor de serviros antes de vuestra marcha. Se me ha concedido el honor de daros la primera bienvenida y proporcionaros escolta hasta las puertas de Pampilona, donde os espera la comitiva que preside vuestro padre, el rey.

–¡Por todos los santos! ¡Diego! ¡Mi buen Diego! ¿Cómo no iba a recordarte? –respondió Fortún al tiempo que bajaba de su caballo.

Los dos hombres se fundieron en un abrazo, tras el cual se tomaron de los brazos y se apartaron para mirarse.

–¡Cuánto hemos cambiado!

–Sólo tenemos veinte años más de experiencia -bromeó el oficial.

Fortún rio con ganas.

–Os presentaré: ésta es mi hija, Onneca.

El oficial se acercó a la cabalgadura de Onneca y tomó su mano para llevársela a los labios.

–Os damos la bienvenida, señora. De nuevo estáis en vuestra casa.

Onneca, sonriente, correspondió con una inclinación de cabeza.

–Yo también os recuerdo, Diego de Salazar. Me sonrojo al decir esto, pero las muchachas de mi edad suspiraban a vuestro paso.

–Me temo que eso ya no sucede -rio el oficial con franqueza-. Sin embargo, habéis de saber que Mencía, una de aquellas muchachas que entonces disfrutaban de vuestra compañía, es ahora mi esposa.

–¿Mencía, vuestra esposa? ¡Cuánto la eché de menos durante los primeros años! Ardo en deseos de volver a verla. ¡Siempre obtenía lo que deseaba! – rio ella a su vez.

Fortún, mientras tanto, había montado de nuevo.

–Permitid que dispongamos la escolta, os esperan en la ciudad.

El tañido de las campanas de Pampilona era música a los oídos de Fortún. La multitud comenzaba a agolparse a ambos márgenes de la calzada, y a su paso eran vitoreados por hombres y mujeres en cuyos rostros se adivinaban la emoción y la curiosidad. Onneca, sorprendida, se fijó en los ojos abiertos de par en par con los que varios niños la miraban. ¿Qué historia habrían oído de boca de sus padres para despertar tal interés? Sólo lo comprendió cuando se puso en su lugar por un momento: ante ellos entraban en la ciudad tras un largo viaje el hijo y la nieta del rey de Pampilona, rehenes durante años del mismísimo emir de Qurtuba. Allí, en aquella lejana urbe cuyo esplendor referían los viajeros, un príncipe omeya se había prendado de su belleza y la había desposado, hasta que, una vez apagada la llama de la pasión inicial, el abismo que los separaba se había hecho infranqueable. Ahora regresaba, después de dejar a su hijo en manos de los moros, y quizás esa parte de la historia explicaba la mirada expectante de muchas de aquellas mujeres, que sin duda esperaban para ver si en sus ojos se reflejaba la pena que una separación así debería producir en cualquier madre.

Bajo las murallas habían tenido que organizar un cordón de soldados para franquear la entrada de la comitiva. Allí, en pie, en medio de conversaciones animadas, esperaban impacientes varias decenas de hombres y mujeres, que rodeaban a un anciano de pelo completamente cano, obligado a permanecer sentado sobre un escabel. La escolta a caballo se desvió hacia ambos costados, y Fortún quedó frente al grupo. Durante un instante permaneció inmóvil, observando aquellos rostros risueños fijos en él. Luego, con parsimonia, puso el pie en el estribo y aceptó la ayuda de un oficial para descender de su montura. Golpeó con afecto la grupa del animal que había atravesado con él la Península, entregó las riendas y ayudó a Onneca a hacer lo mismo.

Juntos avanzaron por un pasillo que se fue abriendo hasta el hombre de pelo blanco, que se había puesto en pie. Sólo el sonido reiterado de las campanas rompía el silencio que se había ido imponiendo, e incluso los más alejados chistaban para terminar con las últimas conversaciones. El rostro del soberano se transfiguró por la emoción cuando tuvo ante sí a su hijo primogénito. Avanzó un paso hacia él con los brazos extendidos, y Fortún lo sujetó entre los suyos.

–Nuestro Señor -empezó el rey García a sabiendas de que todos lo escuchaban-, en su infinita misericordia, nos ha concedido hoy aquello por lo que con anhelo llevamos tantos años rogando.

Entonces tomó el brazo derecho de Fortún y, con la voz rota y vacilante de un anciano, gritó con todas las fuerzas que le restaban:

–¡Mi hijo ha vuelto!

La ovación que brotó de aquellas gargantas impidió oír nada más. Después, la memoria de Fortún y de Onneca se negó a registrar la catarata de emociones que siguieron al grito del rey. Cuando días después trataron de revivir el momento del reencuentro, eran incapaces de asegurar si abrazaron o no a alguno de sus hijos, de los nietos, los hermanos…

Los recuerdos regresaban cuando evocaban los momentos posteriores, ya en las dependencias de la fortaleza que se alzaba en lo más alto de la ciudad, a orillas del río. Hasta allí llegaban la algarabía y la música de las calles del burgo, que la multitud había tomado durante la celebración, y allí mantuvo Fortún las primeras conversaciones serenas desde su llegada. La que más vívidamente recordaba, quizá porque determinaba su futuro, era la que tuvo lugar en una dependencia apartada a la que lo había conducido su hermano Sancho. Estaban en pie, junto al mirador que se asomaba sobre el río, cuyas aguas serpenteaban a los pies del terraplén.

–Sabes que durante años, ante la creciente debilidad de nuestro padre, he asumido la regencia -empezó Sancho con la mirada perdida en los montes que azuleaban en la distancia-. Sin embargo, tú eres el primogénito y, por tanto, heredarás la corona cuando el rey acabe sus días. Tiempo tendrás de ponerte al corriente de los movimientos que algunos de los *seniores* han venido realizando en tu ausencia. Te interesa saber del que ahora es tu suegro, García Ximénez, que ha casado a su hija Sancha con tu hijo Enneco. Sancha es hija de su primer matrimonio con Onneca Rebelle de Sangüesa, pero hace unos años enviudó y ha contraído nuevas nupcias con Dadildis de Pallars, que ya le ha dado tres nuevos hijos, y los tres son varones.

–¡Vaya! Parece que no oculta sus deseos de emparentar con las primeras familias de las tierras que rodean su señorío.

–Es evidente que sus orígenes lo colocan en una posición privilegiada, incluso para reclamar la corona si la sucesión se viera interrumpida en su rama actual. Y te aseguro que sabe usar las armas que tiene en su mano.

–Espero que no suponga una amenaza para los Arista…

–No, en absoluto. Gozamos de la confianza y del apoyo de todos los *seniores* del territorio, como sus antepasados se la otorgaron a nuestro abuelo Enneco. No hace mucho que celebramos el *Consilium*, y todos están de acuerdo en que seas tú quien asuma la regencia ahora que has vuelto.

–De ello quería hablar contigo, Sancho. He tenido ya ocasión de comprobar que

los miembros del *Consilium* te valoran por tu trabajo en estos últimos años, al parecer te has ganado su confianza. Mi ausencia, en cambio, me ha impedido estar al tanto de la marcha del reino, no conozco a los *seniores* más jóvenes, no he tenido trato con los abades y priores de nuestros monasterios… ¡ni siquiera sabía que Ximeno fuera obispo!

–¿Qué quieres decir? – preguntó Sancho, extrañado.

–Escúchame bien. Durante todos estos años, mi vida se ha parecido más a la de un monje, a la de un estudioso… que a la de un soldado. Hace mucho que colgué la espada, y lo único que he tenido entre las manos han sido códices y pergaminos. Míralas… ¿te parecen éstas las manos de un guerrero? – dijo mientras las tendía hacia él-. Temo haber perdido el temple para empuñar de nuevo las armas, Sancho. Este año, el próximo, ¿quién sabe?, habremos de enfrentar una nueva aceifa de Qurtuba o de alguno de los caudillos musulmanes deseosos de ganar el favor del emir… y se espera de un rey el espíritu necesario para encabezar a sus huestes en la batalla. Yo no…

–¡Fortún! – cortó Sancho-. ¿Acaso no te habías distinguido en el campo de batalla antes de partir hacia Qurtuba? El valor no se pierde… ¿o me estás diciendo que comprendes a esos sarracenos malnacidos? Después de todo, el príncipe Abd Allah es ahora tu familia.

Fortún sacudió la cabeza.

–¡No es eso! Odio a Abd Allah desde lo más profundo de mi corazón. No olvides que, al matar a los hijos de Belasquita, condujo a nuestra hermana a la muerte. No, Sancho, no es eso. Nuestra hermana murió ante mis propios ojos por la crueldad de ese hombre. Y no es sólo eso: lo aborrezco por el sufrimiento que ha causado a Onneca, odio todo lo que representa. Es precisamente por eso… Dudo de poder estar a la altura, de poder recuperar la disposición para blandir la espada contra él.

–Puede que tú albergues dudas. Yo no tengo ninguna.

–Tampoco yo.

Los dos hermanos se volvieron hacia quien hablaba.

–¡Padre! – exclamó Fortún.

–Disculpad mi intromisión, he visto cómo os retirabais y he querido aprovechar la ocasión: precisamente con vosotros quería hablar. He escuchado parte de vuestra conversación, es cierto, pero a veces ante el rey no se habla con sinceridad, y he preferido no interrumpiros.

–Entonces dile a Fortún cuál es tu opinión.

–Lo haré, mi buen Sancho, lo haré. Lo primero que debo deciros es que estoy orgulloso de ambos. De ti, Sancho, por estar dispuesto a dar un paso atrás para ceder el trono a tu hermano. Y de ti, Fortún, por estar dispuesto a que las cosas sigan como están. Es evidente que la ambición no es uno de vuestros defectos. Dicho esto, creo

que debes desechar tus dudas, Fortún. Es prioritario mantener la legitimidad de la dinastía en su línea hereditaria: tú eres el primogénito y tú debes reinar. De otra forma, en adelante alguien podría aducir esa ruptura para anteponer sus derechos a los de vuestros herederos. Además, Dios lo ha querido así: si me hubiera llamado a su presencia antes de tu regreso, ahora Sancho sería rey. Pero ha permitido que estés entre nosotros, y no voy a desdeñar esa señal. Convocaré el *Consilium,* y tú, Fortún, serás ratificado como regente y como futuro rey de Pampilona.

Fortún guardó silencio frente a su padre, y por un momento cerró los ojos antes de volverse hacia el mirador.

–Será como deseas, padre -dijo con la imagen de sus tierras en la retina-. Cuento con vuestro apoyo.

–Cuentas con el apoyo de Sancho, que sin duda te será muy valioso. Tiene una cabeza privilegiada, y todos los asuntos del reino dentro de ella.

–A nadie se respeta en el reino tanto como a su rey.

–Eso es algo que también debo comunicaros hoy. Con Fortún aquí, mi intención es retirarme de forma permanente a mi querido monasterio de Leyre, como ya hiciera mi padre, Enneco, al final de sus días. He hecho redactar ya el documento de cesión de tierras con el que sin duda se aceptará mi petición para recibir la hermandad en la abadía.

Fortún y Sancho miraron a su padre, sorprendidos al principio, pero de forma gradual ambos acabaron asintiendo con la cabeza para indicar que comprendían y aceptaban tal decisión.

–Hay una cosa más, quizá mi última intervención en los asuntos del reino…

–Habla, padre -se apresuró a decir Fortún.

–Creo que Sancho ya te ha puesto al corriente sobre los casamientos que se producen entre nuestras familias en busca de un acercamiento a la corona. A veces es bueno poner barreras, y nada hay mejor para eso que disponer de candidatos mejor situados.

–¿Adónde quieres llegar, padre? – preguntó Fortún.

–Tu hijo Enneco, un Arista como todos nosotros, ha contraído matrimonio con Sancha, una Ximeno. Tal vez convendría reforzar esa línea con otra en la que la sangre de los Arista corriera por las venas de ambos esposos.

Fortún frunció el ceño sin entender.

–Sancho te ha demostrado una lealtad admirable al cederte la regencia. Puede que tengas una manera de compensarle, de asegurar vuestra sucesión uniendo las dos ramas con savia nueva. Aznar, el hijo de Sancho, ha enviudado recientemente…

–¿Quieres decir…?

El viejo rey García asintió.

–Casa a Onneca con el hijo de tu hermano.

Capítulo 42

Año 882, 268 de la hégira
Saraqusta

–¡Maldito viento, este de Saraqusta! – exclamó el recién llegado con la intención evidente de entablar conversación, mientras se subía el embozo de la capa.

–¿De dónde vienes, que no conoces nuestro invierno? – respondió divertido Jawhar, el oficial de confianza de Muhammad.

–Del norte, de las montañas. Allí el invierno es crudo, la nieve es abundante, pero no tenemos este viento endemoniado que mete el frío en los huesos. Dime, hermano… ¿dónde puedo encontrar una cantina para entrar en calor?

–Entrar en calor… ¿por fuera o por dentro? – rio el soldado-. A cien pasos hay una buena taberna, la mejor de la ciudad.

–¿Buen vino? – preguntó el visitante al tiempo que bajaba el tono con gesto de complicidad.

Jawhar sonrió.

–El mejor, de cosecha propia. El tabernero no es musulmán, y por eso no tiene que rendir cuentas a los alfaquíes. De otra manera ya le habrían cerrado el negocio por impío.

–Me alegra oírlo, creo que me hace falta un buen trago -respondió el extraño cuando echaba a andar en la dirección indicada-. Te agradezco la ayuda, siempre es agradable encontrar gentes amables cuando viajas por lugares que desconoces.

–No tienes por qué dármelas. Ojalá pudiera acompañarte un rato.

El viajero se detuvo y volvió el rostro.

–¿Y qué te lo impide? No me vendría mal un poco de charla… hace semanas que sólo hablo con mi caballo.

Como respuesta, Jawhar levantó la cabeza para señalar a dos muchachos que practicaban el tiro con arco en un solar cercano.

–Soy el responsable de su custodia.

–¿De su custodia, dices? ¡Pero si son pequeños hombrecitos! ¿Quiénes son? Por Allah, me has dejado intrigado…

–Son el hijo mayor del gobernador y… y un invitado.

–¿Y estás obligado a permanecer aquí, vigilándolos a todas las horas del día?

–Sólo soy responsable de su seguridad. Normalmente se encargan algunos de mis hombres, pero de cuando en cuando les doy el relevo. Opino que un buen oficial en ocasiones debe estar dispuesto a hacer aquello que de ordinario ordena a sus subordinados.

–No quedan muchos como tú. Pero, dime, ¿qué hay de malo en que me acompañes un rato a la taberna para entrar en calor? Escucha esto -dijo mientras se echaba mano al costado y golpeaba su bolsa-: hoy he cerrado un buen negocio, y no me importaría tener compañía para celebrarlo.

–No, no debo… No tardará en anochecer.

–Estarás de vuelta antes de la llamada del muecín, y tus chicos estarán bien, míralos. ¿Qué puede sucederles, a plena luz del día?

Jawhar se frotaba las manos ateridas.

–¡Sea pues! – concedió-. Pero permite que les diga dónde pueden encontrarme.

Con el tercer vaso se vació la jarra y una joven tabernera se apresuró a sustituirla en cuanto vio el *dirhem* de plata que mostraba el desconocido.

–Hemos vaciado una jarra y aún no sé tu nombre -dijo Jawhar con la voz algo pastosa.

–¿Mi nombre? ¿Quieres saber mi nombre? – pareció vacilar-. Me llamo… Yazid, y soy comerciante de pieles. Hoy he colocado una excelente partida en el barrio de los curtidores. ¿Y tú? ¿Cuál es tu grado en la milicia?

–Hasta que me asignaron esta tarea… era el jefe de la guardia.

Un silbido de admiración se escapó de los labios de Yazid.

–Sin embargo, desde hace un tiempo soy la miserable niñera de ese muchachito.

–Muchachitos…

–A quien de verdad protejo es al menor. Digamos que… por su ascendencia es alguien muy especial.

–Déjalo, no quiero saber más si eso te compromete -cortó el otro con un gesto a la vez que apuraba su vaso-. ¡Buen vino!, ¿sientes cómo calienta las venas?

–Hummm… no sólo es el vino -dijo con la mirada fija en una segunda muchacha que entraba en la sala. El corte entallado del vestido resaltaba sus senos voluminosos y firmes, que parecían querer salir del exagerado escote.

–¿Dos taberneras? No parecen estar aquí sólo para servir jarras de vino.

–¡Y no lo están! – rio Jawhar-. Estas dos son sólo el reclamo, el resto se encuentran en el piso de arriba -añadió al tiempo que señalaba unas escaleras de madera que se perdían entre las vigas del techo.

–Así que ya las conoces…

–Enviudé hace dos inviernos, con treinta años -dijo por toda explicación.

Yazid soltó una carcajada y se puso en pie palpando la abultada bolsa.

–De alguna manera he de corresponder a tu amabilidad -dijo, y señaló las escaleras con la barbilla-. Y no te preocupes, antes de que cante el muecín estaremos de vuelta.

Ordoño tensó el arco con todas sus fuerzas hasta que sintió que la pluma de la flecha le rozaba el rostro. Alineó el proyectil y el antebrazo, fijó la vista en el blanco

y liberó la cuerda. El conocido silbido precedió a un golpe seco y a la carcajada de Lubb.

–¡Así no! – rio-. ¡Mueves el brazo izquierdo en el último instante!

–¡Es mi arco! ¡Préstame el tuyo!

–Está bien, pero ten cuidado con él -respondió mientras le tendía el arma-. Es un regalo de mi padre.

–¡Es más pesado!

–Y más estable, compruébalo tú mismo.

El muchacho tomó una nueva flecha, la mejor que encontró en su aljaba, y se colocó de nuevo frente al blanco.

–Afianza el pie izquierdo y carga tu peso sobre él -le aconsejó Lubb desde atrás.

De nuevo tensó la cuerda y se dispuso a apuntar, pero entonces oyó a su espalda un sonido extraño. Antes de que pudiera volverse, un golpe seco en la nuca hizo que la flecha cayera sin fuerza a sus pies.

Lubb trataba de liberarse del poderoso brazo que lo sujetaba por el pecho con todas sus energías, pero se detuvo al instante cuando sintió la mordida de la daga en la piel del cuello. Inmóvil, observó horrorizado cómo el otro atacante cargaba a Ordoño sobre los hombros sin esfuerzo aparente, como un fardo.

–No tenemos nada contra ti, muchacho -dijo el hombre mientras lo arrastraba hacia un estrecho callejón.

Ordoño volvió en sí y lo primero que sintió fue un dolor agudo en la parte posterior de la cabeza. Colgaba boca abajo sobre la espalda de aquel hombre, que lo sujetaba por las piernas, y sin duda el zarandeo lo había despertado. Pensó en gritar, pero aquel callejón parecía desierto, y con ello sólo conseguiría alertar a su captor, que debía de creerlo aún inconsciente. Doblaron la esquina, y a continuación Ordoño oyó un relincho. El hombre lo agarró por la espalda para alzarlo por encima de él y lo colocó con brusquedad sobre la grupa del caballo. Después se agachó para recuperar el aliento, y Ordoño se atrevió a entreabrir los ojos. Su captor seguía jadeando, pero al instante se incorporó y colocó el pie sobre el estribo para tratar de alzarse sobre la montura. Ésa era su oportunidad: el hombre necesitaba las dos manos para sujetarse, y cuando alzara el cuerpo pondría al alcance de Ordoño la daga que le colgaba del cinto. El muchacho extendió el brazo y la sujetó por la empuñadura. El propio impulso de su dueño la extrajo de la funda y la dejó en su mano. Cuando el jinete pasó la pierna derecha por encima de la grupa para sentarse, tenía la hoja de su propio puñal profundamente clavada en el muslo izquierdo.

–¡Maldito diablo! – gritó con una voz cascada y ronca.

Sin soltar el arma, Ordoño se dejó caer del caballo mientras el animal, asustado por el aullido de dolor de su dueño, pateaba el suelo inquieto. Sintió un dolor agudo cuando la bestia le pateó el tobillo, pero, cojeando, emprendió la carrera para tratar de

regresar. Comprendió su error cuando, al doblar la esquina, se encontró frente a frente con el hombre que llegaba sujetando a Lubb con la daga en el cuello. Vio en sus ojos la sorpresa, y no le dejó tiempo para pensar: sabía que no podía soltar a su amigo, pues entonces habría de enfrentarse a los dos, y se lanzó contra él a toda la velocidad que le permitía el tobillo magullado. El hombre, instintivamente, interpuso a Lubb como parapeto, y entonces Ordoño se arrojó al suelo y se arrastró por debajo de él, luego se reincorporó y reemprendió la huida.

Su propio secuestrador llegó a la esquina con la pierna ensangrentada. El compinche valoró la situación y con un grito de rabia le entregó a Lubb y la daga con la que lo amenazaba antes de salir en persecución de Ordoño.

El muchacho trataba de correr cuanto podía, pero su tobillo se negaba a sostenerlo. Cayó varias veces, avanzó saltando sobre una sola pierna e incluso a gatas, pero aquel hombre recortaba la distancia y sin duda lo alcanzaría antes de salir de aquel maldito callejón. Apretó los dientes, intentó olvidarse de su tobillo y corrió para salvar los pocos codos que lo separaban de la plazuela, hasta que una punzada lacerante, el dolor más intenso que jamás hubiera sentido, lo hizo caer de bruces. Su perseguidor había saltado sobre él y le había clavado el puñal en su muslo derecho, desgarrándole la parte posterior de la pierna. Se oyó gritar, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se sintió perdido, pero, en un último gesto antes de darse por vencido, arrojó contra su oponente la daga que aún conservaba en la mano. Entonces su propio grito se unió al aullido de dolor de aquel hombre, que se llevó la mano al ojo derecho; entre sus dedos ensangrentados se escurría un líquido viscoso y transparente.

Ordoño aprovechó aquel golpe de suerte y alcanzó a rastras la salida del callejón. Sabía lo que buscaba, en su subconsciente se abría una última esperanza, y con la vista recorrió la explanada, ahora pobremente iluminada con la última luz del atardecer. El arco debía de estar allí.

Si la idea de aquel hombre en un principio había sido mantener a su presa con vida, el rostro desencajado con el que ahora se le acercaba, la rabia de saberse cegado para el resto de su vida, hizo comprender a Ordoño que había sido sentenciado. Sintió que se le nublaba la vista, estaba perdiendo mucha sangre. Por un instante recordó a su padre y a su madre, Ximena, ahora tan lejos de él. Retrocedió arrastrando la pierna herida hasta que, incapaz de avanzar un paso más, se dejó caer al suelo. La expresión de rabia y de odio en el rostro de su enemigo dejaba claro que sólo su muerte compensaría el daño que acababa de sufrir. Avanzó hacia él encorvado, con las piernas abiertas, empuñando la daga con la mano derecha mientras con la izquierda se comprimía la cuenca vacía del ojo. Ordoño palpó a su espalda lo que había ocultado con su cuerpo al desplomarse. Con la mano izquierda tomó del suelo el arco de Lubb, con la derecha, la flecha caída junto a él, unió ambos frente a la cara, tensó la cuerda y disparó.

De la garganta del hombre salió un sonido gutural mientras la fuerza del impacto proyectaba su cuerpo hacia atrás. Dejó caer la daga para sujetar el venablo que atravesaba su pecho con ambas manos, y a continuación, con su único ojo dilatado por el terror, se desplomó junto a Ordoño con un ruido seco.

El joven príncipe se sintió sin fuerzas para seguir sosteniendo el arco. Lo depositó a un costado, se recostó sobre los codos y después se dejó caer al suelo para abandonarse a la agradable sensación de abandono que lo invadía.

Capítulo 43

–¡Quiero que traigan a Jawhar de inmediato a mi presencia! – ordenó Muhammad-. ¡Ha de responder por esto con su vida!

–Debes calmarte, esposo mío -dijo Sahra mientras se acercaba a él y le colocaba una mano sobre el pecho-. Así no conseguirás nada, ahora lo único que importa es mantener al muchacho con vida. Debes permitir que lo atiendan los médicos de la guarnición.

–¡No dejaré que esos carniceros pongan sus sucias manos sobre él! ¡Ellos solos con sus sangrías, sus emplastos y sus ponzoñas producen más bajas que todas las espadas de Qurtuba! ¡Que no se acerquen a él sino para contener la hemorragia mientras acude Moisés!

Los dos alfaquíes que se encontraban en la sala volvieron sus rostros con disgusto para murmurar entre ellos sin disimulo. Era evidente que no comprendían cómo el wali rechazaba la intervención de los físicos musulmanes, pese al riesgo para la vida del enfermo, y permanecía a la espera de aquel Moisés de Rada, un mozárabe que gozaba de la amistad de la familia desde hacía generaciones. Originarios de Tutila, el abuelo de Moisés había ejercido allí la medicina, y fue su amistad con los Banu Qasi lo que había permitido que su hijo, Juan de Rada, se trasladara a Qurtuba para perfeccionar su ciencia de la mano de los mejores maestros cordobeses. Lo mismo había sucedido con Moisés, que en su juventud había pasado diez largos años junto a los maestros de su padre, para regresar sin tiempo de verlo con vida. Desde entonces, Muhammad sólo depositaba su confianza en él, hasta el punto de haberlo convencido para que abandonara su casa y sus tierras en Tutila a cambio de la amplia residencia en Saraqusta donde ejercía su profesión, pero también la enseñanza con discípulos llegados de todo el norte de la Península y aun de tierras de la Galia.

–¡*Sahib*, llega uno de los mensajeros! – anunció un oficial.

–¡Hacedlo pasar en cuanto baje del caballo!

Muhammad tenía el rostro descompuesto y recorría la sala a grandes zancadas, impotente. Incapaz de esperar, salió a la galería exterior para dirigirse a la escalinata por donde debería subir el mensajero. Cuando el muchacho entró en el gran patio de la planta baja, su grito desde lo alto lo sobresaltó.

–¿Qué noticias traes?

–*Sahib* -respondió sin aliento apenas-. Lo hemos localizado en una *almúnya* cercana. Se le ha informado de lo sucedido.

–¿Y por qué no viene contigo? – aulló el wali.

–*Sahib*, le hemos hablado de la gravedad de las heridas, y me encarga decirte que acudirá de inmediato, en cuanto recoja de su residencia el material que necesita.

–¿Eso es todo?

–No, *sahib*. Me encarga que te diga… Bien, es algo extraño…

–¡Habla, por Allah, habla!

–… debéis matar un cordero, sacarle las tripas y limpiarlas. Y pide vino en abundancia… del mejor.

Moisés no se hizo esperar. Llegó acompañado por uno de sus jóvenes discípulos y, pese a sus años, ascendió las escaleras con agilidad antes de entrar en la estancia donde yacía Ordoño.

–¡Por Allah Misericordioso! ¡Ya estás aquí! – exclamó Muhammad mientras se ponía en pie-. Está mal, muy mal, ha debido de perder mucha sangre. Su pulso es débil.

El médico se acercó al camastro, tomó entre sus dedos la muñeca del muchacho y tras un instante asintió.

–¿Ha estado inconsciente todo el tiempo?

Sahra respondió afirmativamente con un hilo de voz, y Moisés comenzó a recorrer el cuerpo del muchacho buscando posibles lesiones hasta que se detuvo en su tobillo, que palpó detenidamente. Sabía que Muhammad observaba cada uno de sus gestos, tratando de intuir por su expresión la gravedad de las heridas, pero su experiencia como médico le había enseñado a ocultar ante los allegados sus sentimientos y sus primeras impresiones, pues sabía que en estos casos la calma de la familia era fundamental si esperaba obtener alguna ayuda por su parte.

–Cojeará durante un tiempo, pero se curará -dijo con tono tranquilizador.

–¡Vamos, Moisés, es la pierna!

Sahra lanzó a su esposo una mirada de disgusto.

–Ayudadme a darle la vuelta. Entretanto, es necesario avivar ese fuego. Hervid agua y preparad paños. Y que alguien ayude a mi discípulo a descargar mi mula y traer aquí el contenido de las alforjas.

Descubrió con cuidado la herida del muslo, y no pudo evitar arrugar la frente en un gesto de desagrado. Pidió una jofaina y vertió en ella un poco de vino para mojar ambas manos en él.

–El espíritu del vino mantiene alejados los malos humores y los miasmas. Tenedlo en cuenta cuando hayáis de manipular heridas sucias como ésta -explicó con tono didáctico.

Con delicadeza pero con decisión, hundió los dedos de su mano derecha en el tremendo orificio hasta que desaparecieron por completo, y el muchacho emitió un sonoro quejido. Mientras realizaba la exploración entró en la sala el joven discípulo.

–Maestro, está todo en la sala contigua. Si te parece bien, inicio la preparación.

–Excelente, yo iré en un instante.

–¿Podrás curar al muchacho, Moisés? – apremió Muhammad.

–La hemorragia parece haber menguado por sí misma, y eso es muy buena señal.

Pero la herida es grave, tiene tendones y músculos seccionados. Si no consigo unirlos, no volverá a andar.

Muhammad apretó los puños y habló con tono de desesperación.

–Moisés, si fuera mi propio hijo, no tendría mayor interés en conseguir su curación. ¡Es el hijo del rey Alfonso, y está bajo mi custodia!

El médico se incorporó y pidió agua limpia para lavarse las manos.

–En ese caso, lo mejor que puedes hacer es esperar en la otra sala y dejarme trabajar. Sabes que haré todo lo que esté en mi mano… como lo haría, sin embargo, con el hijo del más modesto aldeano.

Muhammad dirigió una mirada al camastro cubierto por una tela ya ensangrentada donde yacía el chico, y con cuatro grandes zancadas salió de la estancia.

Moisés hurgó en una bolsa de cuero y extrajo dos saquitos de tela.

–Sahra, ocúpate de preparar una infusión con estas hierbas. Dos pellizcos de cada una serán suficientes para calmarle el dolor durante la operación. Y necesitaré una mesa junto al camastro -añadió cuando abandonaba la sala para acudir junto a su ayudante.

El olor a vino le indicó que el muchacho estaba haciendo bien su trabajo. Había hecho prender un buen fuego, y sobre él, apoyado en un trípode, había colocado un extraño artilugio de cobre: un recipiente en forma de redoma, amplio en la base, que se estrechaba progresivamente hasta acabar en un tubo del grosor de un dedo. El conducto descendía serpenteando hasta desembocar en un pequeño calderín, que comenzaba a llenarse con las primeras gotas de *alkuhl*. Moisés tomó un pequeño cacillo, lo acercó al calor, y al instante brotó una llama azulada, que provocó en él una mueca de satisfacción.

–Bien, Ishaq, ¿has preparado la tripa de cordero, como te he pedido?

–Aquí está.

En un recipiente plano lleno de vino flotaban largos fragmentos de intestino perfectamente limpio. Moisés tomó uno de ellos, lo sujetó en alto y fue enrollándolo entre dos dedos hasta convertirlo en un delgado filamento.

En ese momento Sahra entró en la sala con gesto preocupado.

–¡El muchacho arde, y un sudor frío empapa sus ropas!

–¿Habéis conseguido administrarle esa infusión?

–A duras penas, pero sí, ha tragado la mayor parte.

–En ese caso, no te preocupes. La corteza de sauce reducirá la calentura, además de ayudar a calmar el dolor. Y en un momento dispondremos todo lo necesario para arreglar ese destrozo. Lo haremos en cuanto amanezca y dispongamos de luz suficiente.

–Si el muchacho sana, tendrás de mí todo aquello que desees.

Moisés rio con ganas.

–No acostumbro tener en cuenta promesas realizadas en momentos de angustia como éste. De otra manera tendría que abandonar el ejercicio de mi profesión para administrar todas mis posesiones -bromeó.

Las primeras luces de la mañana sorprendieron en pie a la mayor parte de los habitantes de la residencia del wali. El joven Ordoño se encontraba tendido sobre una mesa improvisada con dos caballetes, junto a la cual Moisés e Ishaq se afanaban en ordenar el material necesario. El médico depositó con delicadeza un envoltorio de cuero sobre la mesa auxiliar. Desató la hebilla que lo cerraba y desplegó el contenido. Allí estaba su posesión más preciada, todo el material quirúrgico que había ido reuniendo desde su estancia en Qurtuba: pequeños estiletes y escalpelos perfectamente afilados, ganchos y pinzas, cauterios, sierras y agujas de sutura. Extrajo después dos ovillos de hilo de seda y otro más de cáñamo, gasas de *alqutún*, y lo dispuso todo concienzudamente. El calderín de cobre, ahora repleto de *alkuhl*, se encontraba en el centro.

–¿Caliento los cauterios para las hemorragias? – preguntó Ishaq.

Moisés respondió afirmativamente con la cabeza.

–Hazlo, pero, si es posible, soy partidario de ligar con seda los pequeños vasos sangrantes.

El muchacho asintió mientras elegía los más apropiados para colocarlos en la llama de la chimenea.

–Empecemos -dijo Moisés.

Tomó una de las gasas y la empapó en aquel líquido transparente que había impregnado toda la estancia con su penetrante olor. A continuación limpió con ella la pierna del muchacho, alrededor de la brecha, que tenía más de un palmo de longitud. Roció la herida con un pequeño hisopo, lo que hizo que Ordoño emitiera un quejido.

–Siente dolor, maestro.

–No puede ser mucho, la adormidera que le ha dado Sahra ya está haciendo efecto, pero puedes tomar un pequeño cuenco y darle esto a beber. Contribuirá a calmarlo mientras dura la intervención, aunque con una pequeña cantidad bastará.

Mientras hablaba, había empezado a limpiar la herida con agua hervida, y a continuación se dispuso a recortar los tejidos desgarrados con el escalpelo, para dejar los bordes limpios. Al hacerlo, una pequeña arteria comenzó a sangrar abundantemente, amenazando con inundar de nuevo el profundo corte. Moisés taponó rápidamente el extremo que sangraba con una pinza metálica, tomó un fragmento de hilo de seda y realizó un nudo a su alrededor. Repitió la operación tantas veces como fue necesario, y limpió de nuevo la brecha.

–Empezaré cosiendo estos pequeños desgarros internos con hilo de tripa. Será suficiente porque no ha de soportar tensión y tiene la ventaja de que en unos días la

sutura se disolverá en su carne sin dejar rastro. En la parte más profunda utilizaré esa aguja metálica de forma curva, ahí es la única que se puede manejar.

Trabajó en silencio bajo la atenta mirada del joven discípulo hasta que se dio por satisfecho.

–Ven a ver esto, Ishaq. ¿Ves este tendón blanquecino en la parte superior? Al cortarlo se ha retraído, y ahora debemos extenderlo para juntarlo con este otro de aquí, el que está unido al hueso de la rodilla. ¿Qué instrumento utilizarías para hacerlo?

–¿Este gancho, quizá, maestro?

Moisés asintió con una sonrisa. Tomó la herramienta que su alumno le tendía y con cuidado clavó su extremo en el centro del tendón.

–Ahora debes tirar de él con fuerza, Ishaq. Es fundamental que estén bien pegados mientras yo coso los extremos.

Tomó un hilo de seda más grueso y lo ensartó en el tendón.

–Hay que trabajar con cuidado para evitar desgarros -explicó-. Ahora, sujeta con fuerza. Voy a anudar la sutura.

El tiempo pasó con rapidez para ambos, y el sol estaba ya alto cuando Moisés contempló satisfecho el aspecto de la herida que Ishaq terminaba de suturar.

–¿Querrás ocuparte de él en los próximos días, Sahra?

–¿Seré capaz de hacerlo bien?

–Os visitaré a diario, pero es necesario que lo atiendas de continuo.

En ese momento, Muhammad apareció de nuevo en la puerta. Moisés no interrumpió sus instrucciones a la mujer, aunque en parte sus palabras fueran dirigidas a su esposo.

–Se recuperará… pero durante unos días, si siente dolor, puede que tengas que seguir administrándole la misma decocción, con la cantidad que yo te indicaré. Cuando despierte, podéis ofrecerle unos sorbos de caldo. Pero sobre todo debes vigilar bien la herida: levanta el apósito mañana y tarde, y aplícale con cuidado unas gotas de la sustancia que dejaré en esa pequeña redoma.

–¿Andará? – preguntó Muhammad expresando la que era su mayor preocupación.

–Debe mantener reposo durante semanas, pero, si todo va bien, este verano correrá de nuevo.

El wali exhaló un profundo suspiro.

–¿Cómo podré agradecerte…?

Moisés alzó la mano para interrumpirlo.

–No es el momento, tiempo habrá, me verás a menudo en los próximos días. Es posible que haya algo que puedas hacer por mí -añadió de forma enigmática-, pero ahora debo seguir atendiendo al resto de mis pacientes.

Capítulo 44

Lubb esperaba con ansiedad la llegada de sus parientes. Los últimos meses habían supuesto para él un sacrificio, aunque debía reconocer que lo había hecho con gusto. Ordoño, siguiendo los consejos del médico y la orden estricta de Muhammad, había guardado cama durante varias semanas, hasta que Moisés consideró que podía empezar a ejercitar su maltrecha pierna, y desde entonces él había sido su apoyo. Tras el ataque, las cosas no habían vuelto a ser iguales: Jawhar, el protector de Ordoño, había sido arrestado y azotado sin piedad hasta que confesó el motivo de su ausencia. Después, no tuvo inconveniente en describir minuciosamente al hombre que había conseguido apartarlo de su tarea, pero por mucho que se le buscó, por mucho que los mensajeros recorrieron las ciudades y las coras circundantes difundiendo esa descripción, nadie reconoció haberse cruzado con él. Tampoco pudo dar nadie detalle del atacante que, tras ver a su compinche atravesado por la flecha de Ordoño, había huido a la carrera para desaparecer en los bosques que rodeaban la ciudad. Ni siquiera hubo un habitante de Saraqusta que recordara los rasgos del muerto, a pesar de que permaneció colgado por el cuello cerca de la puerta del río hasta que las alimañas dieron buena cuenta de él.

Ordoño tenía un buen motivo para no abandonar sus aposentos, pero Lubb no entendía por qué también él había visto restringidas todas sus salidas, incluso dentro de los muros de la ciudad. Las vagas explicaciones de su padre sobre el riesgo que podía correr su vida no acababan de convencerlo, y así se lo había hecho saber. Recordaba perfectamente que su atacante, antes de morir, había dicho que nada había contra él. Pero de poco había servido. Muhammad se había vuelto desconfiado, incluso su humor había cambiado, y se le veía inquieto a pesar de los tres cordones de guardias que había establecido en torno a los aposentos donde convalecía Ordoño. Cuando el muchacho fue autorizado a dar los primeros pasos apoyado en dos muletas, las precauciones se habían multiplicado, y sólo dentro del patio de la residencia podían caminar.

Por eso había esperado con impaciencia el final del Ramadán: la fiesta que se había celebrado sólo dos días atrás había conseguido romper en parte aquella monotonía y, una vez transcurrido el mes del ayuno, se anunciaba la llegada desde Munt Sun de Ismail con sus hijos, así como los hijos de Fortún desde Tutila, para asistir al Consejo de los Banu Musa convocado en Saraqusta.

Lubb sospechaba que aquella inusual reunión debía de ser trascendente a juzgar por la actitud de su padre, que había permanecido los últimos días prácticamente encerrado con los oficiales de mayor rango y los representantes de las mejores familias de la ciudad.

Aquel día, por primera vez desde que Ordoño cayera herido, Muhammad no

había acudido a interesarse por el estado del príncipe, y Lubb no sabía cómo interpretarlo. Decidió que era una buena señal, puesto que había dejado de preocuparse por él, y pensó que era un buen momento para hacer lo que rondaba por su mente desde hacía días. La relación entre los dos muchachos había cambiado: la bravura con la que Ordoño había defendido su vida había despertado la admiración de todos, también la suya, y la descripción del episodio circulaba por la ciudad de boca en boca. Por su parte, Ordoño agradecía la ayuda y la compañía de su amigo durante la convalecencia, a pesar del sacrificio que suponía para él permanecer quieto durante demasiado tiempo.

–Tengo algo para ti -anunció Lubb.

Ordoño lo miró y se desplomó sobre un poyo de piedra adosado al muro exterior de la residencia del *wali*. Dejó las dos muletas a los lados y se acomodó apoyándose en los brazos.

–¿A qué te refieres? – preguntó intrigado.

–Algo que creo que debes conservar. Espérame aquí.

En cuanto Ordoño vio a Lubb aparecer de nuevo bajo el quicio de la puerta confirmó lo que había supuesto. Era difícil ocultar un objeto tan grande, y Lubb se lo entregó sin más comentarios.

Sintió un calambrazo al tomarlo en sus manos. Retiró la tela que lo envolvía temblando, y cuando el arco apareció ante sus ojos, la escena vivida unos meses antes se reprodujo nítidamente ante él. Cerró los ojos y ocultó el rostro mientras su boca se contraía en una mueca de dolor, que sólo duró un instante: al momento se sobrepuso y trató de esbozar una sonrisa.

–No puedo aceptarlo, Lubb. Es tu arco, tu mejor arco…

–Ahora es tuyo, Ordoño -interrumpió Muhammad, que había estado observando la escena-. Con él salvaste tu vida, y puede que la de Lubb, y siento que ha de traerte fortuna. Mi hijo te lo entrega de corazón, no te separes de él. Me temo que en demasiadas ocasiones habrás de utilizarlo.

–Espero que sea para cazar venados -rio el muchacho.

–Pronto vas a tener ocasión de hacerlo, recuerdo hasta qué punto era abundante la caza en tus tierras.

–¿Quieres decir que vuelvo con mi padre?

Muhammad asintió.

–Así es, Ordoño. En cuanto estés lo bastante recuperado para hacer el viaje sin problemas. Siento que no puedo garantizar tu completa seguridad en Saraqusta, y tengo un compromiso con tu padre que debo cumplir. Ya he estado a punto de fracasar una vez.

–No fue culpa tuya, Muhammad.

–Sí lo fue, confié en quien no debía. Pero olvídate de ello -dijo con un rápido

movimiento de su brazo-. No volverá a suceder.

Los primeros en llegar fueron los hijos de Fortún desde Tutila, a sólo dos jornadas de camino. Ismail y los suyos emplearon una más, y alcanzaron las riberas del Uadi Ibru la víspera del viernes, cuatro días después del final del mes de Ramadán. Ambos grupos eran numerosos, no menos de un centenar de hombres a caballo cada uno.

–¿Sin contratiempos en vuestro viaje? – se interesó Muhammad al saludar a su tío Ismail-. Dicen que las partidas de Amrús recorren la región molestando a viajeros y mercaderes.

–No hemos tenido ocasión de tropezamos con ellos, pero no nos hubieran sorprendido sin defensa -rio-. Nos hemos hecho acompañar por los mejores de nuestros hombres.

–En nuestro caso no se trata de Amrús, sino de los tuchibíes de Qala't Ayub y Daruqa. Tampoco pierden ocasión de hostigar a nuestra gente.

–Para eso fueron colocados allí por el emir. De cualquier modo, trataremos de acoger como mejor podamos a vuestras tropas. En cuanto a vosotros, la residencia del gobernador está abierta -dijo mientras señalaba al interior-. Aunque imagino que estaréis deseando una visita al *hammam*. – Dejemos para mañana los asuntos políticos -propuso Musa, uno de los hijos de Fortún.

–En cualquier caso, no han acabado de llegar los caudillos de nuestras ciudades.

–Sería descortés empezar nuestras discusiones sin ellos -bromeó Ismail mientras tomaba a su sobrino por el brazo-. ¿Dónde están esos baños?

Sentía cómo el vapor abría todos los poros de su piel, y las gotas de sudor se deslizaban por su cuerpo produciéndole un agradable cosquilleo, pero ya comenzaba a acusar la habitual debilidad que causaba el calor, por lo que decidió abandonar la reducida estancia forrada con alabastro blanco. Aunque la sala principal no estaba precisamente fría, experimentó una agradable sensación de alivio y se dirigió a la amplia plataforma donde varios sirvientes frotaban con guantes de crin los cuerpos enrojecidos de Ismail y de sus primos. Con una señal llamó a otro de los criados, que se apresuró a extender un paño sobre la losa.

–Disfrutas de un *hammam* propio de un príncipe -dijo Musa.

–¿No crees que la capital de la Marca lo merece?

–¿La capital o su gobernador? – bromeó Ismail.

–Bien sabes que no soy dado al boato -respondió Muhammad sin saber qué tono emplear.

–En eso tienes razón, sobrino, siempre has preferido ser pragmático y discreto. De esa forma, cuando los demás quieren darse cuenta, tú ya estás instalado donde deseas.

De repente un denso silencio se cernió sobre aquella losa de mármol, pero el propio Ismail lo rompió con una carcajada.

–No te ofendas, Muhammad -rio-. Era sólo un comentario jocoso. ¡Agua fría,

mozo! – ordenó al tiempo que apartaba de un manotazo el guante de crin de su cuerpo.

El criado dejó la manopla y llenó una jarra de una de las fuentes laterales, con la que refrescó el cuerpo del anciano.

Muhammad trató de relajarse mientras el sirviente tomaba sus miembros y con pericia trabajaba en cada uno de sus músculos. La combinación de agua fría y caliente le ayudaba a conseguir aquel estado de bienestar que tanto había tardado en descubrir, después de pasar toda su juventud en tierras asturianas. Sin embargo, el comentario de su tío lo inquietaba. Trató de ponerse en su lugar, y en el lugar de sus primos. Ismail era el único hijo vivo del gran Musa y sin duda, en su fuero interno, debía ambicionar una posición más destacada dentro del clan. Posiblemente igual sucediera con sus primos, que quizá se creyeran con el mismo derecho que él a ocupar el valiato de Saraqusta, el puesto más relevante entre todos los que ocupaban los Banu Musa. Sin embargo, habían sido las circunstancias las que lo habían colocado en aquel lugar: allí se encontraba cuando hubo que defender la ciudad, y allí se encontraba el día de la muerte de su padre en aquel desgraciado accidente de caza. Simplemente lo sustituyó en un momento, además, en que ninguno de sus hermanos podía hacerse con el control. Si Saraqusta estaba en manos de los Banu Musa se debía a él, y aquél era un argumento que se hallaba dispuesto a esgrimir si alguien cuestionaba el estado de las cosas.

Un nuevo comentario de Ismail lo sacó de sus ensoñaciones.

–Me ha alegrado ver que todavía tienes a ese muchacho en tu poder. Es inteligente por tu parte.

–¿Inteligente? – repitió-. ¿Por qué dices eso?

–Vamos, Muhammad, no juegues con nosotros -intervino Musa sin abandonar el tono jocoso-. No sé cuáles serán tus intenciones respecto a él, pero lo cierto es que lo sigues reteniendo en Saraqusta.

Muhammad se incorporó para mirar fijamente a su primo.

–Me temo que no son las intenciones que imaginas. Ese muchacho fue confiado a mi custodia y, en cuanto se recupere de sus heridas, haré que vuelva junto a su padre.

Ismail también se incorporó.

–Eso será algo que tendrá que decidir el Consejo. Para eso ha sido convocado.

–¡El Consejo no tiene nada que decir respecto a mis compromisos personales! – respondió Muhammad alterado, al tiempo que se ponía en pie-. ¿Por qué me parece que la coincidencia de vuestros argumentos no es casual? Tutila y Munt Sun están separadas por más de cien millas, pero… ¿me equivoco si pienso que no es ésta la primera vez que os veis en las últimas semanas?

Ninguno de sus primos respondió. Todos continuaron con la cabeza apoyada sobre los brazos soportando el brusco masaje, y Muhammad se acercó a la fuente,

donde recogió agua fresca con las manos y se la vertió sobre la cabeza.

—¡Mañana no se tratará este asunto en el Consejo! Y si alguno de vosotros se atreve a proponerlo, sabed que abandonaré la reunión y os invitaré a que salgáis de la ciudad.

Capítulo 45

Fue Ismail quien, en atención a su edad, tomó la palabra en primer lugar. Después de una protocolaria bienvenida, se centró en los motivos que habían aconsejado convocar aquel encuentro, y a continuación pasó a exponer la situación política del momento.

–Como sabéis, la tregua pactada por el rey Alfuns y el emir Muhammad tocó a su fin el pasado verano, y poco esperaron los asturianos para retomar su política de expansión.

–El terremoto que sufrió Qurtuba el pasado año no fue la peor de sus convulsiones -bromeó el *'amil* de Tarasuna-, y eso que, según cuentan, aterrorizó a todos sus habitantes, que salieron espantados a los descampados.

–Más aterrorizados debieron de sentirse cuando supieron de la presencia de Alfuns en las mismas puertas de Marida, en la que llaman la Sierra Morena.

–Se ha crecido después de las últimas victorias. Hasta hace unos años hubiera sido impensable que los cristianos cruzaran el Uadi Duwiro, pero esta vez el rey Alfuns ha atravesado también el Uadi Tadjo… y el Uadi Anna.

–Dicen que su ejército tardó tres días en cruzar el puente de Al Qantara sobre el Uadi Tadjo…

–Es cierto que nunca hubiera podido hacerlo solo, sin la ayuda de Ibn Marwan, el muladí. El debía de conocer a la perfección aquellas tierras.

–En cualquier caso, resulta sorprendente que el emir no pudiera salir a su encuentro y presentar batalla antes de alcanzar el corazón de Al Andalus.

–Alfuns dispone de la mejor información, así que tenía que estar al tanto de las insurrecciones que surgen en todo el emirato.

–Protagonizadas además por tribus de muladíes, de bereberes y de árabes… parece que en toda Al Andalus desean sacudirse el yugo de los omeyas.

Muhammad había escuchado la animada conversación sin intervenir.

–¿Y cuáles serán los siguientes pasos de Alfuns? – preguntó uno de sus primos.

–Alaba y el Uadi Ibru, no cabe duda -respondió Ismail sin vacilar.

–¿Qué te hace pensar algo así? – preguntó un *'amil*.

–Tenemos ciertas informaciones que, bien interpretadas, nos llevan a esa conclusión. Y la idea no es descabellada, si te paras a pensar. Alfuns domina todo el occidente de la Península al norte del Uadi Duwiro, y ya ves que ha avanzado hacia el sur hasta el punto de penetrar hasta las sierras de la *kurah* de Marida. Sin embargo, ese avance se ve frenado en el oriente: no puede continuar hacia el sur dejando musulmanes a su espalda. El Uadi Ibru es ahora su objetivo, y en el Uadi Ibru también estamos nosotros, los Banu Qasi.

–¿Qué necesidad tiene de buscar un enfrentamiento con los que ahora somos, en

cierto modo, sus aliados?

Ismail respondió con una carcajada.

–¿Sus aliados, dices? Lo hemos sido mientras le éramos útiles para entretener y desgastar a las tropas de Qurtuba. Es él quien ha sabido encender la chispa de la rebelión en muchos lugares. ¡También entre nosotros!

–¿Y qué te hace pensar que va a dejar de ser así? – insistió el *'amil,*

–Su inteligencia. Ha negociado con los Banu Qasi mientras le convenía, incluso ha tratado de cultivar la amistad que desde hace lustros le unió a mi hermano Lubb, y que ahora se mantiene con Muhammad -dijo mientras volvía el rostro hacia su sobrino, con lo que centró todas las miradas en él-. Pero sí, tenemos motivos para pensar que ha cambiado de estrategia y de objetivo.

–¿Informaciones de nuestros espías?

–Así es. En los últimos meses se han multiplicado los contactos con Banbaluna, no olvidéis quién es su esposa, Ximena. Después del regreso de Fortún de su cautiverio en Qurtuba, Alfuns ha encontrado en él a un interlocutor dispuesto a escuchar sus propuestas. Fortún detesta al emir, y detesta a su yerno, Abd Allah, recordad que ha repudiado a su hija, ha retenido a su nieto e hizo ajusticiar ante sus propios ojos a mi hermano Mutarrif, que también era su cuñado. No es extraño que esté dispuesto a auxiliar a los asturianos frente a ellos. Según dicen, tras su vuelta, su odio a los musulmanes se ha vuelto obsesivo.

–Pero ¿hay planes concretos, preparativos?

–Muhammad puede confirmar lo que os digo.

Todos centraron su atención en el wali, que se limitó a mover la cabeza afirmativamente sin variar su gesto hosco, e Ismail esbozó una sonrisa imperceptible.

–Parece que las viejas amistades, los parentescos incluso, sucumben una vez más ante el poder de los credos religiosos. Nada de extrañar, a la postre los reyes sólo defienden lo que los mantiene en el trono…

La puerta de la gran sala se abrió en aquel momento, y uno de los oficiales buscó a Muhammad con la mirada.

–*Sahib…* es vuestro hijo.

Muhammad frunció el ceño mientras se ponía en pie.

–Debéis excusarme, estaré de regreso en un momento.

En cuanto salió, el guardia se apresuró a explicarse.

–Muhammad, a tu hijo no le sucede nada. Pero me envía tu esposa Sahra. Desea que acudas de inmediato a vuestros aposentos, al parecer hay algo en extremo importante que debes saber.

Cruzó por la galería del primer piso hasta el lado opuesto del patio, en el que decenas de hombres, acompañantes de las diversas delegaciones, entretenían la espera en multitud de corrillos. Entró en sus estancias privadas y encontró algo que

no esperaba: Sahra estaba sentada en el borde de un diván, y sujetaba al joven Ordoño entre sus brazos. Lubb, que se encontraba de pie, se lanzó a hablar atropelladamente.

–¡Ese hombre está aquí, padre! ¡Uno de los que nos atacaron! Ordoño lo ha reconocido por la voz ronca, y aunque el embozo nos impidió ver sus rostros, ambos estamos seguros de que es él.

–¿Estáis completamente seguros de lo que decís? – preguntó Muhammad asombrado-. Una acusación así es muy grave.

–No olvidaré esa voz mientras viva -respondió Ordoño.

–Mostrádmelo.

Los dos muchachos le acompañaron a la galería exterior y, con precaución, protegidos por las columnas, se asomaron al patio.

–Aquél es -señaló Lubb-. El de la túnica verde y el gorro marrón de fieltro.

Muhammad se quedó paralizado, y su rostro perdió de repente el color.

–¡Retiraos! ¡No debéis ser vistos! Entrad con Sahra y quedaos con ella -insistió mientras les empujaba en dirección a la puerta.

Inmediatamente llamó al oficial.

–Te felicito, Mijail, has actuado con discreción y sin levantar sospechas. Si alguien pregunta por mi hijo, respóndele que sólo sufre una pequeña indisposición. Ahora me vas a prestar un nuevo servicio.

Muhammad regresó a la sala donde se celebraba el Consejo, y las voces parecieron cesar de repente. Ismail exhibía aquella sonrisa de complacencia que había ido aumentando conforme transcurría la sesión, y fue de nuevo él quien tomó la palabra.

–¡Ah! ¡Aquí estás, Muhammad, justo a tiempo! Nos preguntábamos cuál sería tu postura ante la actitud amenazante de los reyes cristianos…

–Los últimos ataques que he recibido no procedían de los cristianos, sino de muladíes… y de mi propia familia -espetó.

El tono con el que pronunció estas palabras provocó un repentino silencio.

–¿Qué dices, Muhammad? ¿Qué estás insinuando? – saltó Musa ibn Fortún.

–Hace varias semanas, un grupo de forasteros, valiéndose del engaño, se deshicieron de la escolta que yo había designado para proteger a Urdún, el hijo del rey Alfuns, que se encuentra bajo mi custodia. Y lo hicieron en una acción perfectamente planeada para atacar y raptar al príncipe. Sin embargo, los asaltantes no contaban con que un niño de doce años pudiera defenderse como lo hizo: uno de ellos huyó herido, pero el muchacho consiguió abatir al otro. Nadie reconoció su cadáver, así que supusimos que no eran del contorno, sino que habían llegado a Saraqusta desde algún lugar lejano. Ordoño estuvo a punto de quedar tullido para el resto de su vida, y poco faltó incluso para que la perdiera.

Los presentes atendían expectantes y extrañados, dado que no comprendían a qué venía aquella explicación de sobra conocida por todos.

–Pues bien, el asaltante que consiguió huir está de nuevo aquí, pero esta vez dentro de mi residencia.

A la sorpresa pronto se sumaron las murmuraciones de los miembros del Consejo.

–Ese hombre forma parte de la escolta que ha traído mi tío Ismail. Una escolta que, según sus propias palabras, está formada por hombres de la mayor confianza.

Los murmullos dieron paso al vocerío, y entonces Muhammad se dirigió a la puerta. Sólo tuvo que asomarse, y al instante se abrió por completo para dejar pasar al oficial, que a su vez empujaba a un hombre con las manos atadas a la espalda.

–¿Cómo te atreves? – estalló Said, el más joven de los hijos de Ismail-. ¿Qué pruebas tienes de lo que dices?

–El propio Urdún ha reconocido su voz, y también mi hijo está de acuerdo en que se trata de su atacante.

Durante un momento, reinó el silencio, pero a continuación una carcajada de Ismail estalló en el aire.

–¡Esta sí que es buena, Muhammad! Unos niños acusan a uno de mis hombres, a quien nunca han visto, basándose únicamente en el tono de su voz, ¡como si no hubiera cientos de hombres con la voz rota como la suya!, y mi sobrino, el wali de Saraqusta, les da crédito.

–¿Cómo sabes, Ismail, que no le vieron la cara? Todavía no has tenido ocasión de hablar sobre ello con los muchachos.

Ismail hizo un esfuerzo por encontrar una respuesta rápida.

–Lo imagino. Ningún asaltante sería tan estúpido como para no ocultar su rostro. ¿Qué pretendes con todo esto, Muhammad? ¡Libera a ese hombre, te lo ruego!

–Lo haré si el *qadi* considera que es inocente, Ismail. Sólo quiero comprobar algo más. Antes de huir, Ordoño consiguió clavar la daga en el muslo izquierdo de su asaltante.

El volumen de los comentarios fue en aumento.

–¡Alzad su túnica!

–¡Bajadle los calzones!

Muhammad se acercó al esbirro y señaló, para que todos la vieran, la cicatriz rosácea que cruzaba oblicuamente su pierna. Las risas contenidas que había provocado su desnudez se vieron sustituidas por un murmullo de sorpresa.

–¡Este hombre queda detenido! ¡Oficial!

–Si este hombre es responsable del crimen que le achacas, en mi defensa diré que nunca ha actuado bajo mis órdenes. Llegó a nosotros durante el viaje y supo convencerme para que lo aceptara entre mis tropas. Como luchador, es de los mejores.

Un nuevo revuelo se produjo en el exterior, y en la puerta apareció Mijail, jadeante y haciendo rápidos gestos de afirmación con la cabeza. Muhammad se acercó e intercambió unas palabras con él. Todos vieron cómo el guardia asentía a sus preguntas, luego abandonó la estancia y el wali se volvió de nuevo hacia Ismail.

–Uno de mis oficiales fue azotado y se pudre en una mazmorra porque el día del ataque a Ordoño un forastero lo engañó para que abandonara la vigilancia que tenía encomendada. Unas jarras de vino en la cantina le hicieron olvidar su obligación.

A una señal de Muhammad, Mijail empujó al cantinero hacia el interior.

–¿Eres tú el dueño de la taberna donde mis hombres encontraron a Jawhar, desnudo y ebrio, después de yacer con una de tus putas?

El tabernero asintió atemorizado.

–Explica tú mismo lo que acaba de ocurrir ahí fuera.

–Sí… *sahib*, lo haré. Uno de tus oficiales ha venido a mi casa para pedirme que lo acompañara. La verdad es que me he asustado, yo nunca he hecho nada fuera de la ley y…

–¡Habla, maldita sea!

–Me han pedido que tratara de reconocer a alguno de los hombres que esperan en el patio…

–¿Y lo has hecho?

–Algunos de ellos visitaron mi taberna anoche… pero al parecer ésos no os interesan. He reconocido también al hombre que acompañaba a Jawhar la noche en que asaltaron al príncipe Ordoño. Lo recuerdo bien, no es habitual que un cliente pague los servicios que ofrezco con un diñar de oro.

–¡Hacedlo pasar!

El hombre que se había identificado como Yaziz fue empujado al interior.

–¿Es éste uno de tus hombres, Ismail? ¿También ha acudido a vosotros durante vuestro viaje?

El silencio que se instaló en la sala se podía cortar, y entre los rostros de los asistentes empezaban a adivinarse el temor y la preocupación. Aquello era el presagio de un grave enfrentamiento entre los dos caudillos que dominaban las tierras de los Banu Qasi, y todos sabían que algo así a nada bueno podía conducir.

Fue el '*amil* de Qala't al Hajar quien rompió el silencio.

–Si las cosas son como parecen, Ismail, has cometido un acto censurable. Yo soy viejo ya, y por eso no me importa decir lo que pienso. Sabías de la palabra que Muhammad había dado, y aun así has actuado de forma mezquina, llegando a poner en riesgo la vida del muchacho.

–¡Ese muchacho es un instrumento de poder! ¿Quién ha dado a Muhammad la facultad de decidir en asuntos que nos afectan a todos?

–En cualquier caso, tampoco tú debías atribuirte tal derecho, y menos aún

utilizando la fuerza y el engaño contra tu sobrino. Es en esta sala donde deben tomarse esas decisiones.

–El asunto de Urdún está fuera de toda discusión. Su custodia y lo que con él suceda sólo a mí me atañen.

–¿No lo veis? – estalló Ismail-. ¿Con qué derecho se arroga la capacidad de decidir en asuntos de capital importancia para todos nosotros? Desde que murió su padre, se ha colocado donde más convenía para conseguir su último fin, que no es otro que el poder de los Banu Qasi, pasando por encima de mí y de mis hijos.

Entonces debió de juzgar que ya había demostrado suficiente diplomacia, porque se volvió para enfrentarse directamente a Muhammad.

–Aprovechaste mi enfrentamiento con Ibn Jalaf para hacerte con el control de Saraqusta y asentar tu poder. Pero eso no sería tan grave, sigues siendo un Banu Qasi, y nadie discute tu arrojo y tu capacidad de gobierno. Lo que ni yo ni mis hijos estamos dispuestos a consentir es que pongas tu amistad con los infieles por delante de los intereses de tu propia estirpe.

Muhammad apretaba los puños, y la expresión de su rostro era de profundo desprecio.

–Ensucias el nombre de los Banu Qasi al pronunciarlo -escupió-. Un hombre capaz de pasar por las armas a toda su familia, de empujar a la muerte a su propia esposa… no es digno de llevar el nombre que le identifica como hijo de Musa. Tus acciones repugnantes e inhumanas te desacreditan, y lo que has tratado de hacer con Ordoño no ha sido la última. Aún has tenido el valor de venir aquí, a negar delante de todos tu responsabilidad, a mentir delante del Consejo.

Muhammad caminó despacio hasta colocarse en medio de los presentes.

–Quiero que escuches algo, delante de todos: nunca…, ¡escúchame bien!, nunca permitiré que utilices a Ordoño como moneda de cambio. Sé que el enfrentamiento con Alfuns es inevitable, tarde o temprano nos encontraremos en el campo de batalla… pero por Allah os juro que, antes de cruzar mi espada con él, le he de devolverle a su hijo con vida.

Uno de los hijos de Ismail se levantó del diván que ocupaba y, airado, abandonó la sala. Su padre se disponía a responder, rojo de ira, pero Muhammad lo detuvo alzando la mano.

–No tengo nada más que discutir contigo. Ahora sólo queda que ordenes a tus hombres preparar la partida y abandones Saraqusta de inmediato.

Ismail quedó ante él firmemente plantado. Sus ojos revelaban toda la rabia que sentía, pero Muhammad le sostuvo la mirada. La sala se mantenía en silencio, expectante, hasta que por fin el anciano dio media vuelta y, con cuatro grandes zancadas, alcanzó la salida seguido por sus otros dos hijos.

–¿Alguien más? – gritó Muhammad con tono de reto.

Los tres hijos de Fortún se pusieron en pie y con el rostro serio abandonaron el salón.

Todos permanecieron callados durante los siguientes instantes. Fue de nuevo el *'amil* de Qala't al Hajar el que habló.

–Muhammad… -vaciló-. Esto no conviene a nadie. Una ruptura entre vosotros nos condena a la división, y la división conduce a la derrota. Quien primero nos ataque será quien nos someta.

–¡No apruebo los métodos de mi tío! Vosotros sois testigos de su falta de principios, de su inmoralidad… ¡es indigno de llevar el nombre que lleva, maldita sea! – Acabó la frase con un puntapié que lanzó un escabel de madera contra la pared y los sobresaltó a todos.

Del exterior también comenzaron a llegar ruidos extraños, y de repente la puerta se abrió con violencia. Los hijos de Ismail se abalanzaron en la estancia con las espadas desenvainadas, y Muhammad, en un acto reflejo, extrajo también la suya.

–¡Que no corra la sangre entre vosotros! – gritó desesperado el viejo *'amil.*

Los tres hermanos avanzaron con decisión hacia Muhammad, pero éste se parapetó tras la mesa de un salto.

–Acabaréis conmigo, pero alguno de vosotros me acompañará al infier…

No terminó la frase, sino que dejó caer la espada con el rostro repentinamente demudado. Todos siguieron su mirada hasta la puerta, donde Ismail sujetaba con el brazo izquierdo a un atemorizado Ordoño, mientras con el derecho sostenía su espada desenvainada.

–¡Traidor! ¡Ahora muestras tu verdadero rostro! – exclamó Muhammad.

–Depón las armas y no correrá la sangre. Ordena a la guarnición que rinda la fortaleza y la ciudad.

Muhammad respiraba afanosamente, los dientes apretados en una mueca de rabia contenida.

–No haré tal cosa si no te comprometes aquí, ante todos los notables de nuestra comunidad, a entregarme a ese muchacho sano y salvo. Si lo que pretendes es el valiato de Saraqusta, te demostraré que no es la ambición lo que me ha movido durante estos años, tal como insinúas. No, no haré correr la sangre de mis hombres para defender un puesto que no deseo, pero has de jurar que me permitirás abandonar la ciudad junto a mi familia y todos los que quieran seguirme. También Urdún.

–En Al Burj os acogeremos con gusto, Muhammad -intervino el '*amil* de la ciudad mirando a Ismail con hosquedad.

Muhammad asintió agradecido.

Por toda respuesta, Ismail liberó a Ordoño, que corrió a refugiarse junto a su protector.

–Cometes un error, Muhammad. Lo que podríamos haber alcanzado con una

breve negociación habrá que ganarlo en el campo de batalla. Pero acepto el trato que me propones.

Capítulo 46

Al Burj

–Sahra… mi dulce Sahra -murmuró Muhammad mientras pasaba la yema de los dedos por los labios de su esposa-. ¿Sabes…? Teniéndote junto a mí soy plenamente dichoso, aun en estas austeras estancias.

–¿No echas de menos tu palacio de Saraqusta?

–En absoluto -respondió con una sonrisa.

Sahra se volvió hacia él y hundió su mano delicada en el vello del pecho de su esposo.

–Dime una cosa… ¿de verdad nunca te has sentido tentado por alguna de esas jóvenes esclavas? – dijo en un tono a medio camino entre la broma y la curiosidad.

–Continuamente -respondió Muhammad con aire jocoso.

–Ah, ¿sí? – respondió ella frunciendo el ceño teatralmente.

–Así es. Pero sólo porque me recuerdan a ti. Ninguna de ellas podría producirme las sensaciones que tú despiertas en mí.

–Bastaría un gesto tuyo para que una de ellas se deslizara en tu lecho…

–Incluso varias -bromeó Muhammad-. Pero no haré ese gesto. Tú te encargas de que no haya de desear más de lo que me das. ¡Sabes acabar con mis fuerzas!

Acercó sus labios a los de Sahra, y le recorrió con la mano la espalda, la estrecha cintura, las caderas redondas, sintiendo cómo se estremecía.

–¿Acabar con tus fuerzas? – rio-, No parece que sea tan fácil…

Deslizó su mano lentamente desde el pecho de Muhammad hacia su abdomen, y éste dejó escapar un gemido. Él respondió buscando su sexo una vez más, pero antes, por un instante, se entretuvo acariciando el vientre abultado, donde ya debía de latir una nueva vida.

–Con mucho cuidado -susurró.

Por primera vez en mucho tiempo Sahra disponía de su esposo tanto como quería. En algún momento deseó haber conocido antes una vida relajada como aquélla, en la que Muhammad no tenía que dedicar toda su atención a los apremiantes asuntos del gobierno de la Marca.

–¿Compartirás conmigo cuáles son tus planes para el futuro? – preguntó Sahra.

–Lo haría con gusto… si los tuviera -respondió Muhammad-. Sólo hay algo que debo hacer de inmediato, pero eso ya lo sabes.

–Llevar a Ordoño junto a su padre.

Muhammad asintió.

–Ya he enviado correos a Yilliqiya, y espero una respuesta en breve.

–Me gustaría acompañarte, ver a mi padre y a mis hermanas… pero sé que en mi estado no va a ser posible.

–No será un viaje agradable, Sahra. Ni seguro. Aún desconfío de las intenciones de mi tío.

–Tienes el propósito de entrevistarte con Alfonso, ¿no es cierto?

–Lo haré, por supuesto. Pero me temo que las palabras de Ismail sobre sus objetivos encierran gran parte de verdad. Los informes que llegaron a Saraqusta no dejaban lugar a dudas -respondió no sin cierta amargura.

Sahra pasó las yemas de los dedos por la barba y los labios de Muhammad.

–Sientes que has sido utilizado, ¿no es cierto? – dijo con ternura.

–Todos nos hemos utilizado, Sahra. Mientras Alfuns guerreaba con el emir, en la Marca nos hemos visto libres de sus aceifas. Pero eso parece haber terminado.

–Me pregunto… qué nos espera a partir de ahora -dijo con la mano apoyada en su vientre.

–Sólo Allah lo sabe, Sahra. El intento del emir de atacar a los asturianos por mar acabó en fracaso. Todos sus barcos naufragaron poco después de salir a mar abierto, en el estuario del Uadi al Kabir. No sé qué consecuencias puede tener algo así, pero las tropas son supersticiosas, y es fácil interpretar que Allah no estaba del lado de su emir cuando envió aquella tempestad. Por otra parte, el quebranto económico hubo de ser considerable.

–¿Quieres decir que quizás este año no haya una nueva campaña?

–¿Quién lo sabe? A veces los caudillos tratan de superar los fracasos poniendo en marcha todos sus recursos, movilizando toda su maquinaria.

De repente Muhammad estalló en una carcajada.

–Me resulta tan extraño hablar de política contigo…

–Con una mujer, quieres decir…

–Eres una mujer muy especial.

–Quizá lo sea entre vuestras mujeres. Pero no lo era en Qurtuba, donde a nadie extraña que nos interesemos por la literatura, por la botánica, la música o por cualquier otra cosa…

Muhammad la miraba recostado sobre su codo, con la cara apoyada en el puño cerrado, los ojos entornados y una sonrisa en los labios.

–¿Sabes? – dijo con tono evocador-. Me hubiera gustado haberte conocido allí. Pasear contigo por los jardines de los que me has hablado, educar a nuestros hijos como a ti te educaron…

–¡Muhammad! ¡Eso es lo que estoy haciendo! – exclamó fingiendo ofenderse.

–Hazlo, te lo ruego. Deseo que mis hijas sean capaces de hacer feliz al hombre que les toque en suerte, como tú me haces a mí. Que procrear sea para ellas el fruto del placer y del amor, y no de un acto pecaminoso y sucio, como algunos cristianos

enseñan a sus hijas.

–¡Pero la mayor parte de las muchachas aquí pertenecen a familias muladíes!

–De origen cristiano, no lo olvides, aunque sus abuelos se convirtieran al islam. Hay cosas que perviven durante generaciones…

–Te gustaría Qurtuba, Muhammad.

Él la miró fijamente.

–¿Lo estás pensando seriamente? – preguntó tras un momento de silencio.

–¿Por qué no? ¿Qué nos retiene aquí después de lo que…?

Dejó la frase sin terminar.

–A veces pienso que… quizá nunca debimos apartarnos de la obediencia al emir. Mi abuelo Musa no lo hizo, salvo cuando las intrigas y las calumnias lo enemistaron con Abd al Rahman. Pero fue su hijo Muhammad, el actual emir, quien le concedió el gobierno de la Marca, y a él deben los Banu Qasi el esplendor que un día alcanzaron.

–Pero también fue él quien hizo crucificar a tu tío Mutarrif y a sus hijos.

Muhammad se pasó la mano por la barba, con la mirada perdida en un punto indeterminado de la alcoba.

–Es en estos momentos cuando echo en falta el consejo de mi padre.

–Tu padre no dudó en mudar su lealtad cuando lo consideró necesario.

Muhammad se tumbó boca arriba y cubrió su desnudez con la sábana de lino. Fijó la vista en las sombras que las ramas del exterior, movidas por la brisa, proyectaban en el techo.

–Saldré hacia Yilliqiya en cuanto tenga noticias del rey Alfuns. Tendremos que retomar esta conversación a mi regreso.

Capítulo 47

Saraqusta

El décimo día del mes de Sawal amaneció con el cielo plomizo y un persistente viento del sur cargado de humedad. Las lonas que protegían los puestos del zoco producían sonoros chasquidos, y los comerciantes se afanaban en reforzar los soportes de sus negocios y en sujetar aquellas mercancías que pudieran verse dañadas o arrastradas por una ráfaga repentina.

Ismail veía rostros de disgusto a su alrededor. Era víspera de viernes y, por tanto, día de mercado semanal en Saraqusta. Las primeras jornadas verdaderamente cálidas de la primavera parecían haber sacado a la ciudad de su largo letargo invernal, y las calles se habían visto inundadas de hortalizas procedentes de las feraces huertas regadas por el Uadi Ibru y por los dos ríos que en él desembocaban. También los carniceros, después de la parición de primavera, mostraban sus puestos repletos de piezas de vaca y oveja, pero el polvo que arrastraba el viento amenazaba con arruinar el aspecto fresco y brillante de las reses sacrificadas aquella misma madrugada.

Pequeños remolinos de tierra recorrían las calles obligando a los transeúntes a protegerse los ojos mientras se apresuraban a cerrar los últimos tratos, antes de que la tormenta estropeara el día por completo. Ismail vislumbró a su *sahib al suq* al otro extremo de la calle y hacia él se dirigió sorteando a la alborotada concurrencia.

–Mal día de mercado, Jaled -saludó molesto.

El jefe del zoco alzó la vista al cielo cuando las primeras gotas dejaron sus marcas en el polvo de la calle.

–Vamos a tener un buen temporal -respondió con tono de resignación-. Sería mejor que comenzaran a desmontar los puestos.

–Veamos al menos la parte positiva. Esta lluvia puede ser una bendición para los campos, apenas queda un mes para la cosecha. Si Allah lo quiere, este año podremos llenar nuestros graneros.

–Sin embargo, esta gente tenía puestas todas sus esperanzas en el mercado de hoy. Fíjate en sus puestos, están a rebosar.

–Quizá si el tiempo mejora…

–Mañana es viernes, día de oración, pero de forma extraordinaria podrías autorizar una jornada de mercado para el sábado, siempre que la lluvia haya cesado para entonces. La *alqabala* que han satisfecho prorrogaría su validez.

–Eso no será del agrado de las ciudades que celebran mercado el sábado -opuso Ismail.

–Pueden solicitar una compensación. Concédesela. Siempre será menos gravoso

para tus arcas que devolver la *alqabala* y permitir que muchas de estas mercancías terminen arruinadas o malvendidas sin satisfacer tributo.

La lluvia comenzaba a arreciar, y los dos hombres miraron a su alrededor en busca de refugio. Lo encontraron bajo el entoldado de uno de los carniceros.

–¿Aguantará tu género dos días más? – le preguntó el *sahib*.

–¿Dos días? Sí. Perderé algunas monedas por lo que haya de desechar, pero siempre será mejor que tener que salar estas excelentes piezas.

Ismail se volvió hacia Jaled.

–Encárgate de correr la voz y prepara el bando antes de que los forasteros abandonen la ciudad.

Mientras daba las órdenes al *sahib al suq*, algo llamó la atención de ambos. Un hombre a caballo se acercaba interrogando a los transeúntes, que alzaban la cabeza y señalaban con el brazo en su dirección.

–No está permitido montar en las calles del zoco -lo amonestó el *sahib al suq*.

–Me temo que en un instante ésa va a ser la menor de tus preocupaciones -respondió el recién llegado, fatigado por el esfuerzo-. ¿Eres tú el gobernador?

Ismail asintió y alargó la mano para tomar el rollo que le tendía. Cuando rompía el sello, levantó la vista hacia Jaled, que escrutó su expresión mientras leía y comprobó cómo apretaba los labios hasta reducirlos a una estrecha línea. El jefe del zoco lo interrogó con la mirada y con un movimiento impaciente de la cabeza. Un grupo de curiosos y de comerciantes intrigados se había congregado en torno al emisario, e Ismail dudó antes de hablar, pero acabó juzgando innecesario posponer la difusión de la noticia.

–Se dirige hacia la ciudad una gran expedición, encabezada por el príncipe Al Mundhir y por el general Haxim.

Jaled bajó la vista al suelo y respiró hondo mientras se pasaba una mano por los cabellos. Ambos permanecieron callados durante un instante, valorando el alcance de la noticia que aquel jinete les acababa de traer. Ninguno notó la lluvia que comenzaba a calar sus ropas.

–Olvida ese mercado del sábado, Jaled, y ordena la requisa de cualquier mercancía que no sea perecedera. También la de todos los carniceros, para ser conservada en salazón -dijo mirando al dueño del puesto-. Antes del mediodía tendrás redactado el nuevo bando. Dispón lo necesario, utiliza a los hombres de la guardia y castiga con severidad a quienes traten de esconder su género.

La noticia se había ido extendiendo alrededor del jinete como la onda producida por una piedra en un estanque. A lo lejos, una mujer comenzó a tirarse de los cabellos y a hacer grandes aspavientos con los brazos, luego salió dando voces en dirección al arrabal.

–*Sa'ifa! Sa'ifa*!

En poco tiempo, toda la ciudad estaba al corriente de que, una vez más, debían prepararse para el expolio de sus campos y el asedio de sus murallas. Aquel viernes, el *haram* de la mezquita mayor resultó pequeño para acoger a todos los fieles que acudieron a rogar protección al Todopoderoso y, sobre todo, a conocer las últimas noticias en corrillos y mentideros.

Capítulo 48

–¡Maldita sea! ¿Quieres decir que debo dejar las cosechas a disposición de Al Mundhir? – aulló Ismail-. ¡No, y mil veces no! ¡No seré yo quien alimente a mis enemigos! ¡Quemadlas todas! ¡Ya!

–Sahib, la expedición llega en el peor momento. No podemos recoger la cosecha porque el grano aún no tiene harina… y tampoco podemos quemar los campos por el exceso de humedad: las plantas están verdes, el cereal simplemente no arde.

–¡Pisadlas entonces! Que mis oficiales saquen toda la caballería, y que se utilicen los campos como lugar de entrenamiento. ¡No quiero una espiga en tres millas a la redonda!

–*Sahib*, ¿sabes el esfuerzo que eso supondría?

–Jaled, limítate a cumplir mis órdenes. ¿O es que prefieres ver cómo el ejército de Qurtuba prolonga su asedio mientras espera a que madure el cereal? Podríamos también cargar sus mulas de grano para que, bien alimentados, continúen su destrucción hacia Al Burj, Tutila, Tarasuna… -atajó con ironía.

–Padre… -lo interrumpió Said-. Puedes negociar la paz con Al Mundhir.

–¿La paz? ¿Crees que el emir moviliza un ejército de decenas de miles de hombres para recorrer las ciudades rebeldes mendigando tratados de sumisión? –repuso Ismail, sin abandonar el sarcasmo.

–Quizá Saraqusta no sea su principal objetivo. Sabes que en ocasiones anteriores se ha limitado a recorrer el Uadi Ibru talando árboles y sacrificando el ganado… para continuar su expedición hacia tierras cristianas. Quizá con determinadas concesiones…

–Ah, Said… -dijo irritado-. A veces pienso que pasaste demasiado tiempo junto a tu madre.

–Ismail -intervino uno de los oficiales-, quizás esta vez tu hijo tenga razón. Posiblemente la ciudad resista un asedio más, pero tus arcas no toleran la destrucción sistemática de nuestras alquerías, de nuestros olivares, de nuestras vides. Tardamos años en recuperarnos, para ver cómo son de nuevo arrasados. Creo que deberías tener en cuenta la opinión de Said.

–¿Negociar? ¿Y con qué he de negociar? ¿Acaso pretendéis que ponga la ciudad en sus manos?

–Ismail, el emir tiene demasiados frentes abiertos, la rebelión amenaza con prender en todas las coras de Al Andalus. Si dieras a Al Mundhir la oportunidad de aparentar una cierta… -vaciló- sumisión quizá podrías mantener el control de Saraqusta y evitar el quebranto que sin duda nos traerá.

–Si te has decidido a hablar, habla claro… ¿qué es para ti «cierta sumisión»?

–Podrías retomar el pago de algunos tributos -repuso el oficial un tanto

amedrentado.

–¿Me estáis sugiriendo retroceder a una situación con la que mi padre acabó hace treinta años?

–Después de convertirse en un aliado insustituible para el emir, recuérdalo. Fue el propio Muhammad quien lo nombró gobernador de La Marca.

El octavo día del mes de Dul Qa'da,[1] el príncipe Al Mundhir ordenó acampar a su imponente ejército a las puertas de Saraqusta. Nadie en la ciudad había descansado más que unas horas durante la última semana, pues todos se volcaron en el empeño de reforzar las defensas, fabricar flechas, cavar trincheras, hacer acopio de provisiones o, simplemente, llevar comida a los maridos y a los hijos. Sus habitantes acogían en sus humildes viviendas a familiares y aun a desconocidos que habían acudido desde las aldeas y alquerías cercanas en busca de la protección de las murallas.

Sin embargo, el ambiente que se respiraba no era aún el que precedía a una batalla inevitable. Se había ido extendiendo el rumor de que el nuevo gobernador iba a solicitar un parlamento en el momento en que los estandartes blancos de los omeyas asomaran por las lomas que rodeaban la ciudad, y esa mera esperanza parecía suficiente para mantener los ánimos serenos. La multitud se agolpó junto a la puerta de Sinhaya, frente al arrabal meridional, que en los últimos tiempos había comenzado a poblarse y que ahora, con sus habitantes al abrigo de los muros, aparecía como un lugar desierto. La comitiva, con Ismail al frente, cruzó la puerta poco después del alba, en medio de la expectación general, que se mantuvo durante todo el día a la espera del regreso. Sólo quienes aguantaron hasta el anochecer vieron a Ismail entrar en la ciudad casi al galope y con gesto de despecho. Habían sido recibidos en el campamento con el boato acostumbrado: se les condujo de oficial en oficial, cada vez de mayor rango, a pabellones que rivalizaban con el anterior en lujo y decoración, y que tuvieron ocasión de conocer en detalle porque no fue poco el tiempo que se les hizo permanecer en cada uno de ellos. Entraron por fin en el inmenso pabellón real, donde de nuevo hubieron de soportar una interminable espera hasta que fueron llevados ante el que sin duda era el sitial reservado al príncipe Al Mundhir. Allí, ya al atardecer, les recibió el chambelán que, con una pompa que rayaba en la burla y la humillación, les aseguró que Al Mundhir sería oportunamente informado de su deseo de iniciar conversaciones de paz. Después, sin más, se les invitó a abandonar el campamento.

A primera hora de la mañana siguiente fueron requeridos por un emisario para estar de vuelta en la *mahalla* después de la tercera llamada a la oración. En contra de su intención inicial, acudieron con puntualidad, temerosos de que un desplante

derivara en nuevas dilaciones y, esta vez sí, el príncipe los recibió. Si esperaban recibir un trato considerado, se encontraron con algo muy diferente: con un tono en algunos momentos despectivo, les hicieron exigencias de tratamiento y, al final, requerimientos muy próximos a una rendición incondicional de la ciudad. Un escalofrío recorrió la espalda de Ismail cuando comprobó que el príncipe estaba al corriente de cada uno de los sucesos ocurridos en la ciudad en los últimos tiempos: desde el intento de secuestro de Urdún hasta la entrega de la ciudad por parte de Muhammad. ¿Hasta dónde tendrían los cordobeses infiltrados a sus espías?

Lamentó de nuevo no poder apuntarse el tanto de Urdún. Bien jugado, quizás habría supuesto su nombramiento como gobernador, con el sello del príncipe estampado en el pergamino. Pero no era así, y las condiciones que éste exigía resultaban imposibles de asumir. Nunca debió haber hecho caso a su hijo y al resto de los consejeros. Sintió el impulso de escupir a los pies del príncipe y retarle a que tratara de tomar la ciudad por la fuerza, pero aún conservaba alguna prudencia, y lo que expresó fue algo muy diferente: trataría el asunto con los notables de la ciudad, y en un día tendría la respuesta.

Sólo cuando se sintió a salvo, ante la puerta de Sinhaya, se permitió un gesto de orgullo y envió de vuelta a un emisario con el recado, que ni siquiera se molestó en plasmar en un pergamino, de que en realidad no necesitaba consulta alguna para rechazar la humillante exigencia del príncipe.

Cuando pasó bajo el dintel del enorme portalón, puso pie en tierra y se volvió hacia la guardia.

–Cerrad todas las puertas. Y preparad la ciudad para el asedio.

Capítulo 49

El general Haxim ibn Abd al Aziz cabalgaba sobre su espléndido caballo, perdido a ratos en sus pensamientos. Las tropas avanzaban hacia occidente siguiendo el camino que bordeaba la ribera del Uadi Ibru, en dirección a la *madinat* Tutila, uno de los bastiones de los Banu Qasi, aquel grupo de muladíes renegados que tenía en jaque la autoridad de Qurtuba desde hacía tres generaciones. La vieja vía romana coronó una ligera elevación, y Haxim volvió la vista atrás para contemplar el inmenso ejército que le seguía. Marchaban lentamente, con los carros en columna, y los hombres, a pie y a caballo, ocupaban un frente que se extendía trescientos codos a cada lado del camino. Desde aquel lugar, la imagen recordaba a la de una colosal plaga de langostas a punto de abatirse sobre los cultivos, aunque poco hubieran encontrado allí para comer. La mayor parte de los campos aparecían calcinados y todavía humeantes, hasta el punto de que el príncipe se sujetaba un pañuelo de seda sobre la cara para evitar las molestas cenizas. Ni siquiera la paja habían querido dejar en los campos, nada que pudiera ser aprovechado por el ejército que les amenazaba.

A diferencia de lo ocurrido en Saraqusta semanas atrás, allí habían tenido tiempo suficiente para ver madurar la mies y para recogerla en los silos. Ahora los sacos de trigo sin duda llenarían los almacenes de la soberbia alcazaba de Tutila, y sus habitantes se dispondrían a soportar el asedio con la seguridad de que las reservas serían suficientes para aguantar hasta que la expedición cordobesa se viera obligada a abandonar el cerco.

Volvió la vista al frente, apretó los costados del caballo para forzarlo a avanzar e inició un trote ligero hacia las unidades que avanzaban en vanguardia. Si la memoria no lo engañaba, el monte de Tutila se hallaba ya a escasas millas, y en sus cercanías habrían de instalar el nuevo campamento. No hacía tres años que habían arrasado aquellas tierras, y algunas de las cicatrices aún eran visibles: troncos de árboles pelados y ennegrecidos cuyas ramas parecían clamar al cielo, tapiales desmochados de lo que sin duda fueron fértiles alquerías junto al camino…

Estaba a punto de alcanzar al oficial al mando cuando observó ante él algo que le llamó la atención: cuatro jinetes se apartaron del camino y al galope se dirigieron a lo que desde la distancia parecía un árbol de forma un tanto grotesca. Descubrió la realidad al acercarse: se trataba de un cerdo enorme, empalado y con los genitales mutilados. El extremo del asta sobresalía por su hocico, y sobre él alguien había colocado un gorro de fieltro inequívocamente musulmán. Los soldados se apresuraron a derribar el poste a golpe de hacha, y una vez en el suelo lo cubrieron con ramas de álamo con la clara intención de ocultarlo a la vista del resto de la tropa, del propio príncipe… y de la suya.

–¿Es frecuente? – preguntó al oficial de vanguardia mientras señalaba con la

cabeza.

–¡Mi general! – exclamó sorprendido, al tiempo que trataba de sujetar las riendas de su montura.

–¿Es frecuente? – repitió.

–Lo es, mi general. Pero no es lo peor… Esta vez se trata de un cerdo, un animal impuro, un insulto para los creyentes, pero un animal al fin y al cabo. En ocasiones el recibimiento es más cruel, son los mismos creyentes los que cuelgan de postes como ése.

Haxim asintió.

–¿Alguna noticia de la avanzadilla?

–Sin novedad, *hayib*. Acamparemos en el lugar habitual, en la ribera del Uadi Qalash: agua abundante y sombra para el calor, que empieza a apretar.

–Que los molinos se pongan en marcha en cuanto nos detengamos. Quiero pan recién cocido para la tropa al amanecer.

–Transmitiré tus órdenes, general… ¿Será una… -titubeó- un asedio prolongado?

Haxim negó con la cabeza.

–No, no repetiremos lo de Saraqusta. Si allí se ha prolongado durante estos veinticinco días ha sido más por las necesidades de intendencia que por la esperanza de conseguir la rendición. El trigo que hemos almacenado nos resultará vital para el resto de la campaña. Aquí ya han recogido el cereal y está a buen recaudo, y el general Amrús se empleó a fondo cuando ordenó fortificar la *madinat*. Pronto proseguiremos nuestro avance hacia las tierras de Alfuns.

Haxim tiró de las riendas y frenó su montura con la intención de volver a ocupar su lugar junto al príncipe Al Mundhir. Así debía ser, aunque en los últimos tiempos no era algo que resultara de su agrado. Las relaciones con el príncipe habían entrado en un proceso gradual de deterioro hacía ya tiempo, y sólo la insistencia del emir en que ambos encabezaran la expedición los había reunido de nuevo. Desde que cinco años atrás se dejara apresar por Ibn Marwan en tierras de Marida, la desconfianza mutua había ido en aumento. El enorme rescate que el emir hubo de satisfacer para recuperar su libertad no contribuyó en nada a mejorar su relación, y desde entonces las diferencias de criterio surgían cada vez con mayor frecuencia.

Ahora sabía que Al Mundhir desconfiaba profundamente de su capacidad para dirigir la ofensiva contra Alfuns, pues su hijo, entregado como rehén a cambio de su liberación, seguía cautivo en la corte de Yilliqiya. Su posición era comprometida. Cualquier consejo encaminado a entablar negociaciones con el rey cristiano sería interpretado por el príncipe como un gesto de cobardía, y en nada ayudaba el hecho de que hasta el momento no se hubiera podido conquistar ni una sola plaza en tierras de la Marca. Únicamente una victoria contundente sobre el ejército de Alfuns lograría contentar al emir y a su hijo. Pero el rey buscaría la negociación para poner en valor

al rehén que tenía en sus manos: ni más ni menos que el hijo del *hay ib* de Qurtuba. Una negativa por su parte supondría la condena a muerte para su hijo. Se le hizo un nudo en el estómago al recordarlo, y hubo de tragar saliva varias veces para contener la náusea.

Aún no se había desprendido de aquella desagradable sensación cuando Al Mundhir se puso a su altura.

–Tenemos novedades, Haxim -dijo el príncipe-. En tu ausencia se ha acercado un jinete con un mensaje… inesperado, diría yo.

–¿Un mensaje, señor? ¿De quién procede?

–De quien menos podría esperarse. ¿Te dice algo el nombre de Muhammad ibn Lubb?

Haxim no pudo ocultar su expresión de asombro, lo que provocó la carcajada de Al Mundhir.

–La misma ha sido mi reacción.

–¿Qué contiene esa misiva?

–Nada. El jinete se ha limitado a solicitar una audiencia en nombre de su… señor. Estuve tentado de hacerle esperar, como a su tío, pero siento curiosidad por lo que haya de decirnos. No busca una tregua, puesto que desde hace un tiempo no ostenta el mando en ninguna ciudad importante en la Marca. Le he citado mañana mismo en el campamento, a las puertas de Tutila.

–Sus primos están al frente de los rebeldes allí.

–Lo sé, Haxim. Son los hijos de Fortún ibn Musa. Su petición me intriga sobremanera, los caudillos Banu Qasi son siempre impredecibles.

Capítulo 50

Tutila

–Sorprendente -fue el primer comentario que Muhammad escuchó de labios de Al Mundhir-. Realmente sorprendente. Me refiero al parecido físico que guardas con tu abuelo Musa.

–¿Lo conociste? – preguntó. La extrañeza ante aquella primera observación le hizo olvidar el tratamiento debido al príncipe heredero, pero ese primer error no pareció incomodarle.

–Acompañaba a mi padre en la aceifa que tuvo lugar tras la derrota de Monte Laturce. Entonces yo contaba dieciséis años y, afortunadamente, nadie reparaba en mí. Tuve ocasión de estar presente en la entrevista que ambos mantuvieron. Por desgracia, allí comenzó el declive en la trayectoria del gran Musa ibn Musa al servicio del emir.

–Apenas tuve ocasión de conocerlo. Era muy niño cuando abandoné la Marca junto a mi padre. Y tenía diecisiete años en el momento de la muerte de mi abuelo.

–Tengo entendido que te criaste en la corte del rey Urdún, en las tierras de Yilliqiya.

–Así es… señor -vaciló-. Debéis perdonar mi torpeza, pero ignoro cuál es el tratamiento que debo daros.

–Puedes prescindir del tratamiento. Al fin y al cabo, tu familia y la mía han estado unidas por un tratado de clientela durante muchas generaciones -respondió con pretendido desinterés por el asunto-. Te preguntaba por tu relación con la corte yilliqiyun.

–Me trasladé allí con mi padre siendo un niño y, en efecto, conocí al rey Ordoño.

–Y tengo entendido que llegaste a entablar una buena relación con su hijo, el actual rey Alfuns -intervino Haxim, que hasta entonces se había mantenido en silencio.

–Prácticamente nos criamos juntos y llegamos a cultivar una buena amistad, es cierto.

–Una amistad que aún se mantiene, ¿es así? – insistió.

–Así ha sido hasta ahora, aunque…

–Hasta el punto de confiarte la educación y el entrenamiento de uno de sus hijos -interrumpió de nuevo el *hayib.*

Muhammad comprendió entonces adónde quería ir a parar aquel hombre, y sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

–Ese encargo ha tocado a su fin. El joven Ordoño, Urdún para nosotros, se

encuentra ya camino de Yilliqiya.

–No eran ésas mis noticias…

–Comprended que algunas cosas haya que hacerlas con cierta discreción. En los últimos tiempos el muchacho ha despertado… demasiado interés.

–Algo que no es de extrañar -intervino de nuevo el príncipe-. Pero el *hayib* y yo mismo estamos intrigados por el motivo de esta entrevista. ¿Acaso hay algo de importancia que debamos conocer?

En aquel momento Muhammad había comenzado a dudar de la conveniencia del encuentro, pero ya era tarde para volverse atrás: a su espalda dejaba semanas de profunda reflexión, y la decisión de acudir en busca de Al Mundhir era la conclusión a la que había llegado junto a sus más próximos. Trató de ordenar mentalmente su discurso y comenzó a hablar.

–Majestad… desde una edad temprana he sido consciente de mi pertenencia a una familia muy relevante en estas tierras, y siempre he tratado de seguir los pasos de mis mayores. Lo hice en vida de mi padre cuando, junto a sus hermanos, decidió rechazar la autoridad de Qurtuba, y lo hice después, arrastrado ya por la fuerza de los acontecimientos.

Al Mundhir, interesado, se acomodó en su sitial, y Muhammad interrumpió su discurso hasta que el príncipe, con un gesto de la mano, le instó a continuar.

–En los últimos tiempos se han producido hechos que… digamos que han llevado a un cambio en mi forma de ver las cosas. Aquellos en quienes hasta ahora confiaba, en quienes me apoyaba…, han demostrado no ser dignos de tal confianza.

–Te refieres a tu tío Ismail… -intervino Haxim.

–Desde muy joven mi padre trató de hacerme comprender que nuestra principal responsabilidad era corresponder a la confianza que nuestras gentes habían depositado en mi familia. Gentes que sobre todo buscan una vida sin sobresaltos, sacar adelante a sus familias sin tener que soportar penurias, sin tener que ver cómo las levas continuas se llevan a sus hombres y cómo las aceifas acaban una y otra vez con el trabajo de años.

Haxim lanzó una significativa mirada al príncipe que Muhammad no alcanzó a observar porque mantenía la vista fija en algún punto del suelo bien apisonado y cubierto de alfombras del interior de la *qubba*.

–La actitud de mi tío me ha hecho reflexionar y preguntarme si estábamos actuando para defender los intereses de esas gentes… o lo hacíamos movidos sólo por el orgullo y la ambición. Echando la vista atrás he comprendido que la época de mayor esplendor llegó a estas tierras cuando mi abuelo, el gran Musa, con el apoyo de Qurtuba, con vuestro apoyo -recalcó-, consiguió librarse en Al Bayda de la amenaza procedente del norte, para establecer en la Marca su dominio con el refrendo de vuestro padre.

Muhammad hizo una pausa que Al Mundhir, cuyo rostro no ocultaba su satisfacción, aprovechó para introducir un comentario.

–Me agrada escucharte. De tus palabras deduzco que tienes algo que proponernos.

–Creo que he sido claro: os propongo retomar la alianza que establecisteis con mi abuelo.

–Sin embargo, no tienes mucho que ofrecer -repuso Haxim-. Saraqusta y las principales ciudades de la Marca están en poder de tu tío, Uasqa sigue en manos de un gobernador que nos es fiel, Daruqa y Qala't Ayub son de los tuchibíes, y aquí, en Tutila, resisten los hijos de Fortún.

–Al Burj está en mis manos. También en Arnit, Tarasuna y Askaniya son partidarios de este acuerdo.

–Poco es a cambio de la protección de Qurtuba -insistió el general-. Sin embargo… hay algo que para nosotros tiene mayor valor que cualquier otra cosa que nos puedas ofrecer, algo que… sigo creyendo que está en tus manos.

–General… os he aclarado que Ordoño debe de estar ya junto a su padre. Por encima de cualquier otra cosa, está la palabra que en su momento di a Alfuns y, si he de enfrentarme a él, será después de haber cumplido mi compromiso.

–Demuestras tener valor al responder así al que es mi mejor general, pero también mi primer ministro.

–Deseo que nuestra relación, si en el futuro se mantiene, esté basada en la franqueza y en la confianza. Tengo entendido que fueron las murmuraciones y los malentendidos los que trajeron la ruina a mi abuelo y el dolor a nuestro pueblo, los que acabaron con aquel período de buenas relaciones.

Al Mundhir esbozó una sonrisa.

–Al parecer las dotes para la política en tu familia pasan de generación en generación -respondió-. Te expresas bien, y sabes mantenerte en tu sitio, incluso ante quienes pueden acabar sin demasiado esfuerzo contigo y con lo que posees.

–Veo que en eso sois maestro: hábilmente sabéis mezclar en una frase el elogio y la amenaza.

Muhammad, al ver el rostro del príncipe, temió haber sobrepasado el límite de la prudencia. También Haxim se había quedado rígido, e incluso entre la guardia pudo observar movimientos apenas perceptibles. Durante un instante, la tensión flotó en el ambiente, pero Al Mundhir la rompió con una potente carcajada.

–Tengo la sensación, Muhammad, de que la historia se repite. Voy a contarte algo, pero a estas alturas de la conversación no es de cortesía que sigas en pie.

Al Mundhir se incorporó y se dirigió a una zona lateral de la *haymah* en la que se disponían varios divanes en torno a una mesa baja. Mientras tomaban asiento, siguió hablando.

–Tuve la suerte de conocer a mi abuelo, el emir Abd al Rahman, antes de su

muerte. Yo era sólo un niño, pero recuerdo que mantenía largas conversaciones con nosotros. Era un pozo de sabiduría, y conocía una lista interminable de fábulas y cuentos que habría leído en alguno de los volúmenes que guardaba en la inmensa biblioteca del alcázar. Pero también solía contarnos historias reales, sobre personajes que había conocido a lo largo de su vida. En una ocasión nos habló de tu abuelo, y lo hizo en términos ciertamente elogiosos. Al parecer, lo había conocido en una circunstancia similar a ésta, quizás en una *haymah* parecida y en un lugar que no debía de estar muy alejado de éste, también junto a Tutila. Comentó, lo recuerdo, que tenían exactamente la misma edad, no más de veinticuatro años entonces, y que su inteligencia lo dejó francamente impresionado. Al parecer, aquella reunión marcó su relación, que fue siempre de admiración mutua, a pesar de los serios desencuentros que mantuvieron después.

–Viajó a Qurtuba para asistir a su coronación.

–Así es, y repitió el viaje años más tarde para ser recibido casi como un héroe tras la expulsión de los normandos de Ishbiliya. ¿Sabes que en ese momento mi abuelo le ofreció un puesto en el gobierno de Qurtuba?

–Lo ignoraba.

–Así fue, pero Musa lo rechazó. Mi abuelo nos confesó su decepción, porque estaba seguro de que hubiera sido un gran *wazir*, incluso un buen primer ministro. Mi padre, el emir, también lo conoció, y sabía de la admiración que Abd al Rahman sentía por él. Por eso, al ascender al trono, lo nombró gobernador de Saraqusta y de la Marca Superior.

–Recuerdo aquel momento. Yo tenía… siete años, y el traslado a Saraqusta fue un acontecimiento importante.

–¿Siete años? Es curioso, yo tenía ocho cuando mi padre fue coronado. Dos generaciones después, seguimos coincidiendo en edad. De creer en el destino, habríamos de pensar que también estamos condenados a entendernos.

–Quizá sea el destino lo que me ha traído hasta aquí. Que nos entendamos es mi intención.

El rostro de Al Mundhir se tornó serio.

–Bien, Muhammad. Al parecer tenemos en común más cosas de las que recordábamos, y pretendes que nuestra relación esté basada en la franqueza, así que yo también te seré franco. Nos dirigimos a Liyun, y con toda probabilidad allí nos esperará Alfuns al frente de su ejército. Esta vez confiamos en poder resarcirnos de la derrota que nos infligió hace cuatro años en Polvoraria. Has visto nuestro ejército, posiblemente el más numeroso que haya atravesado nunca estas tierras. La batalla será, una vez más, feroz, y las bajas se contarán por miles… por decenas de miles. –Esbozó una mueca de abatimiento-. Nuestros mejores hombres habrán de dar su vida por la supervivencia de nuestra civilización.

–A no ser… que podamos evitar el uso de las armas mediante la negociación -intervino Haxim.

El príncipe alzó su mano derecha para pedir a su *hayib* que le dejara continuar.

–Muhammad… tienes en tu mano el instrumento de esa negociación. Si Alfuns sabe que su hijo está en nuestro poder, se avendrá a un acuerdo. Todo podría quedar reducido a un intercambio de prisioneros, pues hay algo que quizá no sepas: el hijo de Haxim sigue en poder de Alfuns.

Al Mundhir dejó sus últimas palabras en el aire, pero Muhammad no respondió de inmediato. Con un profundo suspiro, se pasó la palma de la mano por delante de sus ojos antes de incorporarse para hacerlo.

–Al Mundhir, dos son las posesiones más preciadas por un hombre: sus hijos y su palabra. Si pudiera acceder a lo que me pides, le arrebataría el hijo a Alfuns, y yo quedaría sin palabra. Jamás te entregaría a Urdún, aunque estuviera en mi mano.

–¿Serías capaz de jurar sobre el Qurán que no lo está? – preguntó Haxim, extremadamente serio, mientras le tendía un ejemplar del libro sagrado.

Muhammad lo miró fijamente a los ojos y no vio rabia ni odio reflejado en ellos, sino miedo. Conmovido y deseoso de que no pudiera apreciar el ligero temblor de su mano, la colocó encima.

–Juro sobre el Qurán que el príncipe Urdún no se encuentra en mi poder.

Haxim retiró el códice con un claro gesto de desengaño.

–Sin embargo, si es el éxito de la expedición lo que buscas, y no deseas el enfrentamiento con Alfuns para salvar la vida de tu hijo… te ofrezco las ciudades que domino, y te ofrezco la ayuda de mis fieles en lo que resta de campaña.

Había pronunciado estas palabras con firmeza, mirando de frente al príncipe, que a su vez dirigió una mirada furtiva a su *hayib.*

–Tal vez… -empezó Haxim.

Era evidente que su mente estaba trabajando, pero no acababa de expresar lo que pensaba.

–¡Habla, general! – pidió Al Mundhir impaciente.

–Ismail defiende en solitario la capital, y los hijos de Fortún hacen lo mismo aquí, en Tutila, de modo que tenemos el camino expedito hacia Siya, Munt Sun, Burbaster… e incluso Larida. Con estas ciudades en nuestro poder, quedarían aislados, rodeados, y su caída sería cuestión de tiempo.

–¿Estarías dispuesto a servirnos en esta empresa? – preguntó el príncipe.

Muhammad movió la cabeza arriba y abajo una sola vez.

–Tu presencia entre mis tropas debería abrirnos las puertas de aquellas ciudades que tradicionalmente han sido feudo de tu clan.

–No dudo de que así será. La fama de mi tío lo precede, y las adhesiones a su causa no han sido de buen grado últimamente.

–En ese caso, tienes dos días para movilizar a tus tropas. En cuanto a ti, Haxim, dispón los destacamentos que sean necesarios para garantizar el control de las ciudades que quedan sometidas a la autoridad del emir.

Muhammad abandonó el pabellón, y los dos hombres quedaron a solas.

–Supongo que eres consciente de que la conquista de estas ciudades no va a evitar el enfrentamiento con Alfuns -aclaró Al Mundhir, serio.

–Soy plenamente consciente de ello, mi señor. Pero has hecho bien en intentarlo.

–¿Crees que dice la verdad?

Haxim se encogió de hombros en un gesto de duda.

–Durante toda la entrevista, ha mostrado una entereza poco frecuente. No abundan los hombres capaces de mantener la compostura en este escenario, con esta ceremonia, pensados precisamente para impresionar a nuestros interlocutores, y en presencia además del heredero de Qurtuba. Pero en el momento de prestar juramento he visto cómo le temblaba la mano.

Capítulo 51

Liyun

Aunque los días comenzaban ya a acortar, el calor de la tarde obligaba a los hombres a buscar refugio bajo la sombra de los árboles. Aquellos que continuaban enteros y sin magulladuras después de tan prolongada campaña se consideraban afortunados, pues los más o habían quedado abandonados en los campos para alimento de los buitres, o se esforzaban por seguir al resto del ejército soportando como podían el dolor de las heridas supurantes y de los miembros descalabrados.

Aunque el retroceso impuesto por los generales hacia tierras de la Sirtaniya y Larida se había revelado como una decisión acertada, el paseo militar que supuso no consiguió compensar el descontento de los hombres, que veían cómo aquella aceifa llevaba camino de hacerse interminable. Sin embargo, las verdaderas dificultades se habían presentado más tarde, cuando Al Mundhir retomó la ruta inicialmente prevista hacia las tierras de Alaba y Al Qila. El primer contratiempo había surgido al tratar de cruzar los montes que en el lugar llamaban Obarenes. Era preciso tomar el castillo de Cellorigo, que protegía el paso, pero allí tropezaron con la inesperada resistencia del conde Vela Jiménez, dispuesto a defender con su propia vida la fortaleza. La mayor parte de sus hombres pagaron la victoria con la suya, pero no fueron menos las bajas en el lado musulmán, y Al Mundhir optó por usar un paso más occidental a través de los mismos montes. Pero esta vez fue el conde Diego Rodríguez quien presentó batalla en el desfiladero de Pancorbo, donde la lucha se prolongo durante varias jornadas. La columna atravesó al fin la cadena montañosa, pero Al Mundhir había pagado un alto precio y encaminó sus pasos hacia las tierras de Liyun con un ejército diezmado. Aún se produjo un tercer enfrentamiento en Castrogeriz, que sólo contribuyó a minar aún más la moral de las tropas. Muhammad había seguido al ejército con tres centenares de hombres, integrado en el grupo de oficiales más próximos al general Haxim, y había tenido Ocasión de ser testigo de las tensiones que, cada vez con mayor frecuencia, habían enfrentado al *hayib* con el príncipe. El general había intentado acabar, mediante castigos ejemplares, con los excesos cometidos por sus hombres, que, tras los contratiempos sufridos, parecían haber encontrado en el saqueo de las aldeas y en las violaciones la única vía de escape para calmar sus ánimos exaltados. Al Mundhir lo había desautorizado por ello ante sus oficiales, e incluso dictó un bando por el que no sólo se autorizaba, sino que se recompensaba la captura de un botín lo más abultado posible.

Muhammad descansaba dentro de su tienda, en la zona destinada a los oficiales en la *mahalla*, establecida en las cercanías de Liyun. Había sido una tarde calurosa,

pero los enormes cúmulos que desde la mañana se habían dejado ver sobre las cumbres cercanas se tornaron de repente en amenazantes nubes de tormenta, y ya se dejaban oír los primeros truenos en la distancia. Conversaba con dos de sus hombres de confianza con los que compartía la tienda, cuando un revuelo en el exterior les llamó la atención. Ninguno le dio demasiada importancia hasta que los ruegos asustados de un muchacho llegaron con claridad al interior de la *haymab*, y Muhammad apartó la lona que hacía las veces de puerta para asomar la cabeza al exterior.

Un oficial y dos soldados arrastraban por los brazos y la nuca a varios críos desharrapados que gimoteaban y trataban de liberarse. Al llegar a las proximidades de una carreta vacía, recibieron un empellón que los lanzó contra las tablas. De inmediato, se agruparon intentando protegerse, acurrucados en el suelo con las cabezas gachas, aunque sus ojos no dejaban de observar con recelo a los soldados que tenían delante.

Muhammad se acercó mientras otros oficiales lo imitaban, y en un instante se formó un numeroso corrillo alrededor del grupo.

–¿Qué han hecho esta vez? – preguntó uno de ellos, que a juzgar por sus distintivos debía de ostentar al menos el rango de *naqib*.

–Les hemos sorprendido tratando de robar provisiones en una de las tiendas, *sahib* -respondió el oficial-. Habían cogido un saco de harina que pesaba más que ellos.

–¿Sabéis cuál es el castigo para un delito como ése? – Esta vez se dirigió a los niños con gesto grave.

Los muchachos se encogieron aún más y asintieron con la cabeza.

–A pocos años más que tuvierais, cualquier *qadi* os haría cortar la mano. Esta vez bastará con cinco latigazos, pero si hay una próxima… no saldréis tan bien parados.

Los muchachos no sabían si lamentarse por el duro castigo o congratularse por haberse librado de algo más grave. Muhammad se adelantó, se colocó al lado del *naqib* y le oprimió el brazo para indicarle que iba a hablar.

–Sin embargo, al parecer hoy será un día de suerte para uno de vosotros. Desde que me sumé a la expedición he echado en falta un escudero que me facilite las cosas. Y un escudero al que tenga que curar las llagas del látigo me sería de poca ayuda.

Al oír esto, los muchachos se incorporaron y comenzaron a gritar y a empujarse para situarse en primera línea frente a Muhammad. Sólo uno de ellos se limitó a ponerse en pie y permaneció tranquilo tras el resto. El oficial más próximo los devolvió a su sitio y los sentó sin contemplaciones.

Muhammad arrugó el ceño y apretó los labios de forma un tanto teatral, deslizó la vista sobre el grupo deteniéndose en cada uno de ellos y de nuevo pareció decidirse a hablar.

–Creo que… no es justo que sólo uno se libre de los latigazos. Si al *naqib* le parece bien, lo dejaremos pasar por esta vez.

El gesto de éste dejó claro que en absoluto estaba de acuerdo con tal desautorización, pero sabía del lugar que aquel hombre ocupaba ahora cerca del príncipe y se limitó a permanecer callado.

–Tú, muchacho, acércate -señaló.

Los rostros de los demás, ceñudos, se volvieron hacia el que se había quedado atrás. El chico se puso en pie, avanzó unos codos lanzando miradas furtivas a su alrededor y se colocó a dos pasos de Muhammad con la vista clavada en el suelo.

–*Sahib…* -murmuró.

–¿Estás dispuesto a servirme en lo que queda de campaña? – preguntó con voz potente para que todo el mundo pudiera oírlo.

–Por supuesto que lo haré, *sahib*. Gracias, *sahib.*

–Acompáñame entonces -dijo mientras colocaba una mano sobre su hombro y echaba a andar hacia su tienda.

Antes de alejarse demasiado, volvió la cabeza y se dirigió al resto del grupo.

–Dadles de comer, y después dejadlos marchar.

La tormenta estalló con toda su fuerza al anochecer, jarreaba, y la luz blanca de los relámpagos se filtraba en el interior de la tienda zarandeada por el viento. Muhammad se había empapado las ropas ayudando en la tarea de excavar una pequeña zanja a su alrededor de la *haymah*, y ahora permanecía junto al pequeño fuego que habían encendido para tratar de secarlas.

El muchacho había dado buena cuenta de una gran porción de pan y carne seca, y ahora dormía arropado con una manta en el extremo más apartado. Muhammad contemplaba pensativo su rítmica respiración mientras la lluvia golpeaba con fuerza el techo de lona impermeabilizada. Sin duda debía de estar agotado para que aquellos truenos que sacudían el aire no lo sacaran de su profundo sueño. Quizá se había dejado arrastrar por fin a aquel descanso reparador después de semanas de incertidumbre y sufrimiento.

Mientras esperaba a que los dos hombres con los que compartía la *haymah* comenzaran a emitir sus habituales ronquidos, la lluvia fue cediendo y, al rato, sólo el lejano y sordo retumbar de los truenos y el olor a tierra mojada daban cuenta de la tormenta que acababa de pasar sobre el campamento.

Desenrolló su jergón de paja, se tendió junto al muchacho y lo zarandeó ligeramente por el hombro, pero sólo consiguió que resoplara ruidosamente antes de cambiar de postura. Sus rostros quedaron frente a frente, y Muhammad no pudo evitar esbozar una sonrisa. De nuevo lo tomó del brazo, y esta vez el chico abrió los ojos. En un instante, como impulsado por la descarga de un rayo, dio un salto hacia atrás y gateó de espaldas hasta que la lona mojada de la tienda le impidió seguir

retrocediendo.

–Chsss -siseó-. Tranquilízate, Ordoño, soy Muhammad.

El muchacho siguió respirando agitado un momento y luego, algo avergonzado, volvió a su camastro.

–Perdóname si te he asustado -musitó.

Ordoño negó con la cabeza.

–Quería hablar contigo -susurró-. Ahora nadie nos oye.

El muchacho asintió.

–¿Qué ha ocurrido esta tarde, Urdún? Has estado a punto de tirarlo todo por la borda justo cuando estamos llegando al final.

–En verdad teníamos hambre, Muhammad. Pensaba que nadie nos sorprendería. No era la primera vez que lo hacían, y nada había ocurrido.

–Pero sabías el riesgo que corrías…

–Debía hacerlo, empezaban a sospechar. He pasado estas semanas negándome a secundar sus fechorías…

Muhammad suspiró. Deseaba con todas sus fuerzas no haber tenido que someter al muchacho a tal tormento para protegerlo, pero sabía que en cualquier sitio estaría más seguro que junto a él. Si alguien hubiera sospechado de su identidad, sin duda se lo habrían arrebatado.

Apoyado sobre su costado derecho, utilizó la mano izquierda para alborotar el cabello del chico.

–A pesar de todo, esta tarde has estado fantástico. Por un momento he temido que, llevado por el miedo al castigo, descubrieras tu identidad.

–¡Eso nunca! – rio el muchacho.

–¿Por qué no te has movido cuando he pedido un escudero?

–Sabía que me ibas a elegir a mí…

Muhammad sonrió.

–Estamos a punto de lograrlo. Mañana se celebra la entrevista entre tu padre y Al Mundhir, y he conseguido estar presente. He convencido a Haxim de que nuestra vieja amistad puede resultar útil en las negociaciones.

El chico asintió de nuevo, y pareció dudar antes de responder, pero se decidió al fin.

–Gracias por lo que estás haciendo por mí.

–No tienes que dármelas. Sólo cumplo con la palabra que di. – Hizo una pausa antes de continuar-: ¿Sabes algo…? Tu padre puede estar muy orgulloso de ti.

El muchacho sonrió complacido.

–Ahora duerme, mañana será un día muy largo.

Capítulo 52

El amanecer reveló un cielo despejado y un aire límpido que conservaba aún el fresco aroma de la tormenta. En la fortaleza que dominaba la ciudad, un lacayo se afanaba en dar los últimos retoques a la vestimenta del soberano en presencia del mayordomo y del conde Diego Rodríguez.

–¿Debo soportar esta tortura? – protestó Alfonso.

–Debes hacerlo -rio Diego, optimista-. Hoy es un día especial. Al Mundhir tratará sin duda de impresionarnos con su atuendo y con su ceremonia, y tú debes estar a la altura.

–En sedas no voy a competir con un príncipe cordobés, y para armiños no está el día. Además, no sé de qué ceremonia me hablas cuando la entrevista se va a celebrar en terreno neutral, en un simple pabellón de campaña.

–Ya que se ha limitado la asistencia de miembros del Palatium, quienes acudamos debemos dejar alto el pabellón -bromeó.

–¿Se nos ha notificado quiénes compondrán la embajada musulmana?

–No, mi señor. Aunque puedes estar seguro de que además del príncipe estará presente su primer ministro, Haxim, con algún otro general. Posiblemente asistirá también alguno de sus secretarios en calidad de notario, y alguno de los altos sacerdotes, para garantizar que ningún acuerdo de su soberano atente contra la ortodoxia de su fe.

–¿A qué viene ese tono de chanza? También en nuestra delegación incluimos a un representante de la Iglesia… ¿Ha llegado ya Dulcidio, por cierto?

–Se encuentra reunido con nuestro obispo. Al parecer, su negativa a verse con los infieles no le va a impedir dar al clérigo toda clase de instrucciones.

–Poco más va a poder aleccionarlo, debe celebrar la misa y ya suenan las campanas de la basílica. ¡Tú, aparta ya! – ordenó al lacayo.

–La corona, mi señor. Sólo queda la corona… y vuestra espada.

–No me hagas sentir como un inútil. Yo mismo la tomaré. ¡Vamos allá!

Todas las campanas de Liyun tañían cuando la comitiva real cruzó el cauce del río y dejó atrás las murallas de la ciudad. En la distancia, sobre las suaves colinas que se alzaban hacia el sur, se podía distinguir el ondear de los estandartes blancos que señalaban la presencia del todavía poderoso ejército omeya. La entrevista se celebraría a medio camino, en el interior del pabellón que el día anterior se había instalado a poco más de dos millas. Nada se había dejado al azar en las negociaciones previas: la ubicación, el número de infantes y de jinetes que habrían de proteger a ambos soberanos, la distancia a la que habría de permanecer el grueso de las tropas, incluso la disposición de los enseres y el protocolo en el momento del encuentro.

También Muhammad oía las campanas a lo lejos, y aquel sonido de su juventud le

provocó un estremecimiento. Experimentaba el desasosiego y la impaciencia que preceden a los momentos trascendentales, y era consciente de que su simple presencia allí iba a alterar el curso de los acontecimientos desde el preciso instante en que las dos delegaciones quedaran frente a frente. Miró hacia atrás y sonrió al contemplar el excelente aspecto de su nuevo escudero. No le había sido difícil conseguir aquellas ropas nuevas, en principio destinadas a alguno de los numerosos servidores que acompañaban al príncipe Al Mundhir y que sin duda habían logrado cambiar la apariencia del muchacho. Ordoño sonrió discretamente, y Muhammad le hizo un guiño mientras, con la cabeza, señalaba la comitiva cristiana, que ya se distinguía a lo lejos.

Con Alfonso y Al Mundhir en cabeza, las dos comitivas quedaron enfrentadas a escasa distancia, y los lacayos de ambos soberanos se apresuraron a ayudar a sus señores a desmontar con la mayor dignidad. Tras un instante en el que permanecieron inmóviles, Alfuns, decidido, dio el primer paso al frente para dirigirse al punto central de la explanada, junto a la entrada del pabellón, y el príncipe de Qurtuba recogió el borde de su capa y lo imitó. Muhammad, algo rezagado, contempló cómo ambos dignatarios extendían los brazos para fundirse en un abrazo que alguien poco conocedor de la realidad hubiera calificado de cordial. Al Mundhir, de forma protocolaria, besó por tres veces las mejillas del rey cristiano, y éste, con gesto serio y movimientos cadenciosos, lo invitó a franquear la entrada del pabellón, que dos guardias engalanados mantenían abierta.

Tras ellos accedieron al lugar los demás componentes de las dos delegaciones. También Muhammad se apeó de su caballo y entregó las riendas a su escudero, que se retiró con el animal siguiendo al resto de los lacayos. El interior era digno pero austero, y sólo dos grandes sitiales de madera labrada, ocupados ya por los personajes que protagonizaban aquel encuentro, daban cuenta de su alta dignidad. A la izquierda de los dos tronos había una larga mesa cubierta con ricas telas donde los escribientes preparaban ya sus estilos, dispuestos a reflejar en el pergamino cuantas decisiones se tomaran en aquella trascendental reunión. A la diestra, varios escabeles esperaban al resto de los miembros de ambas embajadas, que fueron tomando asiento en razón de su cargo y de acuerdo al protocolo.

El mayordomo del rey cristiano y el chambelán musulmán ocuparon el centro del espacio y, tras presentar sus respetos con marcadas reverencias, dieron a conocer a los asistentes. Correspondió el primer lugar a los acompañantes del rey asturiano: el conde Diego Rodríguez, el notario real, el clérigo Dulcidio en representación del obispado y otros destacados nobles asturianos.

Muhammad sintió que se le aceleraba el corazón cuando llegó el turno de la delegación musulmana, y comprobó la forma en que Alfuns fijaba la vista en los personajes que le precedían a medida que éstos se levantaban y se inclinaban en señal

de respeto al escuchar su nombre.

–Muhammad ibn Lubb -pronunció el chambelán-, representante de la familia de los Banu Qasi y fiel aliado del emir, a quien sirve.

Se produjo un revuelo en el salón cuando el rey Alfonso, como empujado por un resorte, se puso en pie. Al Mundhir y Haxim hicieron ademán de levantarse de sus asientos, pero quedaron a medio camino, con los brazos flexionados y en tensión.

–¡Muhammad! – exclamó el rey.

El interpelado se incorporó y se limitó a abrir los brazos, sin saber bien si debía permanecer en su sitio, pero Alfuns ya avanzaba hacia él y decidió salir a su encuentro.

Ante el asombro de todos los presentes, el rey se fundió con él en un enérgico abrazo y, cuando lo tomó por los brazos para separarse y sus rostros quedaron frente a frente, Muhammad vio en sus ojos la pregunta. Alzó y bajó la cabeza dos veces, asintiendo sonriente, y entonces Alfuns tuvo que cerrar los ojos, sin duda para ocultar el torbellino de emociones que le impedían mantener la compostura. Muhammad retiró el brazo que aún sujetaba Alfuns para volverse hacia su chambelán.

–Haced pasar a mi escudero.

En las facciones del funcionario se dibujó la duda y dirigió la vista hacia el príncipe en busca de su autorización, pero el rostro de éste se asemejaba a una imagen plasmada en el pergamino, paralizado e inexpresivo. El chambelán salió al fin y, durante la espera, Muhammad cruzó la mirada con la de Al Mundhir. Supo, por la forma de entornar los ojos de éste, que en aquel preciso momento comprendía lo que estaba a punto de suceder.

El cortinaje que cubría el acceso se retiró al fin, y apareció el chambelán acompañado por el supuesto escudero, que se detuvo a un paso de la entrada.

Alfuns cayó de rodillas y abrió sus brazos para acoger en ellos a Ordoño. El muchacho, asombrado e incapaz de creer que Muhammad hubiera elegido ese momento para el reencuentro, dejó de lado cualquier convención y corrió a arrojarse en los brazos de su padre, que hundió los dedos entre sus cabellos mientras pronunciaba su nombre una y otra vez.

Muhammad permanecía en pie contemplando la escena, y a punto estuvo de romper a reír al contemplar la cara de estupor de Haxim, que, boquiabierto, se daba cuenta también en aquel instante de que su ansiada presa había permanecido a su alcance durante todos aquellos meses.

Alfonso se puso en pie y colocó las manos sobre los hombros de su hijo. Alzó la mirada en busca de Diego Rodríguez y, éste, al saberse observado, tragó saliva y se pasó furtivamente la mano por los ojos.

–Sé tú quien lleve a Ordoño junto a Ximena y sus hermanos, mi buen Diego.

–Será el mayor honor que pueda recaer sobre mí, Majestad -dijo emocionado,

mientras se adelantaba y tomaba al muchacho por el brazo-. Alabado sea Dios.

El rey siguió a su hijo con la mirada hasta que éste abandonó el pabellón en compañía del conde, y sólo entonces se volvió hacia el sitial que había ocupado.

–Deduzco por tu expresión -dijo al príncipe- que lo que acaba de suceder aquí ha sido para ti tan inesperado como para mí mismo.

Al Mundhir no respondió; en cambio fijó de nuevo su mirada, dura e interrogante, en el muladí.

Muhammad, sin embargo, se volvió hacia el monarca asturiano.

–Majestad… he cumplido con la palabra que os di, y sólo mi Dios y tu Dios saben lo que me ha costado llegar hasta aquí con tu hijo a salvo. He perdido el gobierno de Saraqusta y el trato con mis parientes y, después de lo que acaba de suceder, posiblemente el aprecio de Qurtuba -dijo con la mirada puesta en el príncipe-. Para proteger a tu hijo me he visto abocado incluso al perjurio… pero quizás haya algo que podría compensar a los ojos de los que ahora son mis aliados la deslealtad cometida… algo que está en tus manos concederme.

–Estoy en deuda contigo -repuso el rey-. Habla.

–Desde hace años se encuentra en tu poder, en calidad de rehén, el hijo primogénito del primer ministro…

Al pronunciar la frase, había dado un paso atrás y rozaba con las puntas de los dedos las ropas de Haxim, quien ahora empezaba a ser consciente del plan que aquel hombre había ido fraguando ante sus ojos durante meses.

–Los cordobeses os entregan a vuestro hijo sano y salvo. Es de justicia, y te ruego que perdones el atrevimiento de mis palabras, que correspondas con un gesto que esté a la misma altura.

Alfonso permaneció en silencio unos instantes, al cabo de los cuales asintió con la cabeza.

–Poned en libertad al rehén y traedlo junto a su padre -ordenó con voz rotunda a los oficiales que guardaban la salida.

Esta vez fue Haxim quien pareció encogerse en su asiento y quien se pasó la mano abierta por la cara, incapaz de ocultar sus emociones.

Durante un instante, el único sonido que se oyó en aquel lugar fue el de los escribientes al rasgar con sus cálamos el pergamino. Muhammad, con la cabeza gacha y en silencio, retornó satisfecho al lugar que había ocupado.

–Una inesperada y supongo que para ambos satisfactoria manera de comenzar las negociaciones -señaló Alfuns.

Al Mundhir, circunspecto, se tomó su tiempo antes de responder.

–Tú tienes a tu hijo, mi *hayib* tiene al suyo… sólo yo parezco haber carecido de fortuna en este reparto.

Alfonso esbozó una sonrisa.

–Aún no es tarde… los hombres que, como yo en este momento, se sienten afortunados, tienden a la generosidad.

–En ese caso probaré mi suerte… No deseo una tregua que yo mismo no estoy dispuesto a cumplir, porque está en juego la supervivencia de nuestra civilización en Al Andalus. Tú y yo estamos condenados al enfrentamiento hasta el fin de nuestros días, pero quiero de ti el compromiso de que retirarás a partir de ahora cualquier ayuda a los rebeldes muladíes que se alzan contra nuestro legítimo poder.

–Si te refieres a Ibn Marwan, la promesa no tiene objeto: ambos hemos conseguido del otro lo que buscábamos, y en el futuro cada uno seguirá su camino. No apoyaré a tus enemigos si permites a los mozárabes ejercer su libertad para abandonar vuestros dominios si así lo desean.

–Sabes que nunca se ha perseguido a quienes han preferido cruzar el Uadi Duwiro. Ni siquiera se les había dificultado el culto, hasta que Eulogio provocó un grave problema de orden público incitando a los suyos al martirio voluntario. Así fue reconocido por tu propia Iglesia reunida en concilio.

–Para nosotros, Eulogio es un ejemplo a seguir en la defensa de nuestra fe. Y precisamente ésa es otra de las peticiones que nuestro obispo desea transmitir por boca de Dulcidio.

El clérigo se puso en pie.

–Conocí a Eulogio en Toledo y debo decir que su muerte causó una profunda consternación en toda la comunidad cristiana.

Nos consta que tras su decapitación fue enterrado en la basílica de San Zoilo de Córdoba, y desde entonces se le venera como a un santo, aun sin haber sido canonizado. Junto a él reposan los restos de Leocricia, otra de las mártires. Es deseo de nuestro obispo que nos concedáis la autorización para trasladar sus reliquias a Liyun, donde serían veneradas.

Al Mundhir compuso un gesto de incomprensión, que acabó en indiferencia.

–No comprendo vuestra inclinación a adorar huesos y calaveras, pero no veo obstáculo para que seas tú mismo quien viaje a Qurtuba y realice ante mi padre las gestiones oportunas. Menos influencia ejercerán vuestras reliquias cuanto más lejos estén de Al Andalus.

Capítulo 53

El ejército de Al Mundhir avanzaba lenta y pesadamente en su regreso a tierras musulmanas. Habían acampado en las proximidades de Nasira, la primera *madinat* fuera de territorio hostil, gobernada y defendida por un '*amil* fiel a los Banu Qasi, que se había apresurado a salir al encuentro del príncipe para manifestar y renovar su lealtad a Qurtuba.

Muhammad, una vez cumplida la tarea que le había llevado a tierras de Liyun, había vuelto a centrar toda su atención en la situación que habría de encontrarse a su vuelta, y la primera de sus preocupaciones era la reacción de los jefes locales, tradicionalmente aliados con su clan, ante una inédita división en la jefatura de la familia. Ismail con sus hijos, y los hijos de Fortún, mantenía el control de Saraqusta y de la ribera del Uadi Ibru hasta Tutila. Sus propios hombres, con el refuerzo de las tropas de Al Mundhir, se habían asegurado el dominio de la zona comprendida entre Al Burj, Tarasuna y Al Hamma, además del enorme territorio al norte del río que se extendía entre Siya y la Barbitaniya hasta alcanzar la *madinat* de Larida, el viejo feudo de Ismail. Pero la situación en el resto de las ciudades de los Banu Qasi seguía siendo una incógnita para él. El encuentro con el *'amil* de Nasira que le proporcionó las respuestas se había producido al atardecer, en cuanto estuvo dispuesta la *qubba* de Al Mundhir.

Los dos hombres tuvieron ocasión de hacer un primer intercambio de impresiones durante la espera, que pronto interrumpió el anuncio de la entrada del príncipe. Tras los saludos protocolarios, Muhammad se apresuró a conducir la conversación hacia el asunto que ocupaba todo su interés.

–De modo que Ismail y mis primos sólo tienen garantizado el control de las ciudades que ocupan…

–También las más próximas a la capital, y algunas otras cercanas a Tutila: Balterra, Al Faru quizás…

–¿Y el resto?

El '*amil* no respondió directamente a la pregunta de Muhammad, sino que se volvió hacia el hombre que ostentaba la mayor autoridad.

–He tenido contactos con otros jefes, y todos se han mostrado partidarios de… Muhammad -dijo al tiempo que señalaba con la diestra-, y de apoyar su reciente amistad con Qurtuba.

–¿A qué ciudades te refieres? – preguntó Al Mundhir.

–Hablo de Baqira, Arnit, Qala't al Hajar, Al Sajra, Kabbarusho…

El príncipe cabeceó con evidente satisfacción.

–Lástima que el resto de las noticias que nos traes sólo sirva para empañar ésta.

–¿Cuándo se produjeron esos ataques de los pamploneses? – volvió a interrogar

Muhammad.

–Poco después de la partida del ejército hacia Liyun. Sin duda el nuevo regente interpretó que tu ausencia y la división entre los Banu Qasi le brindaban una ocasión propicia para apropiarse de esas fortalezas de frontera.

–Bonita manera de agradecer la hospitalidad y las deferencias que se le han brindado en Qurtuba durante veinte años -señaló Al Mundhir.

A ninguno de los presentes pasó desapercibido el tono de ironía en sus palabras.

–¿Qué noticias te han llegado? – insistió Muhammad.

–Reunieron sus tropas en las cercanías de ese monasterio… Leyre, y descendieron el valle del Aragun, por Ledena, hasta alcanzar la fortaleza de Baskunsa, que atacaron por sorpresa. Siguieron el curso del río hasta Qasida y Galipenzo, pero no atravesaron los estrechos que allí se inician, quizás alertados de que en Kara y Al Qastil, al sur, se había organizado ya una férrea defensa. Optaron por volver hacia el norte y tomaron la villa de Aybar.

–Majestad… -se volvió Muhammad-, ni Qurtuba ni yo podemos eludir esta afrenta: si lo hiciéramos estaríamos reconociendo nuestra debilidad. Dispongo, como habéis escuchado, del apoyo de la mayor parte de nuestras ciudades. Permitid que me ponga en contacto con todos ellos para reunir un ejército suficiente. Debo recuperar una a una todas las fortalezas que se nos han arrebatado.

–Algo así retrasaría, quizá demasiado, el regreso a Qurtuba. Es algo que debo debatir con mis consejeros y mis generales -respondió al Mundhir mientras se levantaba-. Tendrás mi respuesta mañana.

Muhammad abandonó la *haymah* del príncipe absorto en sus pensamientos. Ni siquiera reparó en la presencia del '*amil* de Nasira, que caminaba a su lado junto a algunos de sus acompañantes, en dirección al lugar donde esperaban las monturas que habrían de llevarlos de regreso a la fortaleza antes de que la oscuridad fuera completa.

Muhammad detuvo sus pasos y volvió la cabeza al oír su nombre tras de sí.

–¡General! – exclamó.

Haxim le hizo un gesto expresivo con la cabeza. Muhammad se detuvo y alzó el brazo para despedirse del '*amil*, que discretamente asintió y siguió adelante.

–Deseo hablar contigo -dijo el *hayih* cuando quedaron solos-. Mi tienda no está lejos. Te ruego que me acompañes.

Durante el corto trayecto, en el que se cruzaron con algunos altos oficiales del ejército, no cruzaron palabra. Sólo cuando estuvieron bajo la protección de las lonas, Haxim comenzó a hablar, mientras invitaba a su huésped a tomar asiento.

–No he tenido durante estos días ocasión de mantener contigo una conversación en privado, y es algo que quiero hacer antes de que nuestros caminos se separen.

–¿Deduzco por tus palabras que eso puede suceder mañana?

–Cuenta con ello. Por eso debía aprovechar esta oportunidad, aun a riesgo de…

Haxim dejó la frase sin acabar, y con un ligero cabezazo negó y cambió de tema.

–Muhammad, sobre todo he de agradecerte lo que hiciste por mí en Liyun. Tu apoyo a mi posición en favor de la negociación con Alfuns fue determinante en el ánimo del príncipe, y eso permitió al fin la liberación de mi hijo. Los últimos años habían sido un infierno para mí, preso entre la fidelidad que debo a los omeyas… y el deseo de mantener con vida a mi primogénito.

–Tu hijo me ha demostrado ya su agradecimiento, incluso en público. No es necesario que…

Haxim levantó la mano.

–No es sólo eso. Debo confesarte que no te creí cuando negaste que Urdún estuviera en tu poder. Di la orden de mantenerte bajo vigilancia, y hasta la llegada a Liyun se me informó cada día de todos tus pasos y de todas tus entrevistas.

–Lo supe desde el principio. – Muhammad sonrió-. No todos los responsables de hacerlo supieron actuar con la discreción necesaria.

–¿Burlaste su vigilancia?

–Sólo cuando fue imprescindible. Pero el muchacho se las arregló solo la mayor parte del tiempo. Digamos que mantuve un discreto canal de comunicación a través de terceros… No voy a revelarte ahora su identidad.

–No hace falta -rio-. Afortunadamente fracasé en mi empeño, y ahora lo celebro; por ello disfruto de la compañía de mi hijo. Sin embargo… -el rostro de Haxim se tornó grave antes de continuar-, el príncipe cree que nada de lo que ocurrió fue casual. Me acusa de haberte ayudado a esconder al muchacho.

–Y no es de extrañar. A mí mismo me resulta ahora inexplicable que no nos descubrieran. Ni siquiera al final, cuando hube de ser yo mismo quien lo librara del látigo.

–Antes de abandonar Liyun, Al Mundhir y yo mantuvimos un grave desencuentro -confesó Haxim mientras tendía a Muhammad una pequeña bandeja repleta de dátiles-. Me acusó de haber puesto mis intereses personales por encima de la razón de Estado.

–Sólo tendrás que demostrar que no es así en el futuro.

–No es tan sencillo. También yo falté gravemente al respeto del príncipe. Fuera de mí, le reproché que hubiera demostrado despreciar la vida y el bienestar de sus súbditos con sus acciones.

Muhammad frunció el ceño y arrugó los labios.

–En ese caso, mucha es la estima en la que te tiene…

–No te entiendo.

–Cualquier otro ahora colgaría descabezado en lo alto de un muro.

Haxim dio un respingo, pero supo captar el tono con el que Muhammad hablaba.

–Me temo que la confianza que mutuamente nos profesábamos hace tan sólo unos años se ha roto definitivamente.

–Si así fuera habrías sido destituido de forma fulminante…

–No soy un simple general. Soy el *hayib* de Qurtuba, y sólo el emir tiene la potestad de despojarme del cargo para el que me nombró. Afortunadamente, o así lo creo, él sigue depositando su confianza en mí, pero temo el momento en que Al Mundhir suceda a su padre.

–Sin duda para entonces habrás recuperado su aprecio.

–Allah te escuche. Mientras tanto debo advertirte de que tanto tu lealtad como la mía están bajo sospecha -dijo mientras se ponía en pie-. Lamento que esta entrevista haya de terminar, pero a ninguno nos conviene que llegue a conocimiento del príncipe.

–¿Crees entonces que aceptará mi petición?

–Sin duda. Te has convertido en su aliado, y serás tú con tu ejército quien presente batalla a los pamploneses. Nosotros sólo aguardaremos en la retaguardia, posiblemente en alguna de las nuevas ciudades que has puesto en nuestras manos. Nos vendrá bien para dar un descanso a las tropas antes de iniciar el largo camino hasta Qurtuba, y para organizar las guarniciones que han de garantizar la tranquilidad en nuestra ausencia.

–Aceptaré efectivos de refuerzo, pero mi intención es mantener en sus puestos a los jefes que me han mostrado lealtad -advirtió Muhammad-. No puede ser de otro modo si he de pedirles su apoyo contra el rey Garsiya.

–Di mejor contra su hijo Fortún. Garsiya es un anciano al que apenas le quedan fuerzas para sujetar la corona sobre su cabeza -bromeó mientras acompañaba a Muhammad hacia el exterior.

–¿En qué lugar quedan pues quienes describían a Fortún como un caudillo pusilánime y poco dado a guerrear?

–Quizás en eso tengan razón, y sea su padre quien todavía lo empuje. También está quien hasta ahora llevaba las riendas del *reyno*, su hermano menor, Sancho. Y su yerno…

–¿Su yerno?

–Veo que tras tu salida de Saraqusta no has estado al tanto de los acontecimientos en las cortes cercanas. Deberías corregir eso, sobre todo si los enlaces que se producen afectan a la situación política y a la sucesión.

–La única hija de Fortún es Onneca, la misma que le acompañó en su cautiverio. ¿Acaso ha vuelto a contraer matrimonio?

–Así es, con su primo Aznar Sánchez, el hijo de Sancho.

Muhammad frunció el ceño, extrañado.

–Yo también ignoro los motivos de tal enlace. Se me ocurre que quizá los hijos

varones de Fortún no hayan tenido descendencia o, si la han tenido, no muestre las aptitudes que se requieren para suceder al rey. En cualquier caso, Sancho ha ostentado la regencia durante años en ausencia de Fortún y nos consta que se ha ganado el aprecio y el apoyo de los *seniores* que mantienen en pie esa reciente monarquía. Fortún es el legítimo heredero, pero es un desconocido en su propio reino. Unir en matrimonio a los hijos de ambos es una maniobra inteligente…

Capítulo 54

Pampilona

Onneca caminaba pesadamente junto al muro septentrional de la fortaleza, ocupada únicamente por la guarnición encargada de su custodia, y recibía con agrado los cálidos rayos de aquel sol otoñal que al menos le proporcionaban unas horas de plácido bienestar después del mediodía. Su estancia en Qurtuba le había hecho olvidar los rigores del clima en aquellas tierras, y los dos últimos inviernos habían resultado duros en extremo dentro de aquella vieja construcción de piedra desnuda, donde las corrientes llevaban el frío hasta el último rincón y donde el fuego parecía no calentar a más de un paso de distancia. Ahora el frío volvía a hacerse protagonista y se sumaba a las molestias que habían comenzado a aparecer en las últimas semanas de su embarazo.

Pasear por aquel patio en compañía de sus perros y sus doncellas se había convertido en uno de los pocos momentos agradables en aquellos días interminables, dominados por la incertidumbre y la preocupación en ausencia de todos aquellos a quienes más quería. Una semana antes, tras confirmarse los rumores que venían circulando de boca en boca, las campanas habían causado un gran revuelo en la capital del reino. El ejército musulmán, del que creían haberse librado tras su paso hacia tierras de Asturias, había regresado y se encontraba acampado al otro lado del río Hiberus. Algunos mercaderes habían llegado a Pampilona con la noticia de que el que fuera señor de Saraqusta, antaño aliado de su abuelo, se había pasado al bando del emir, y ahora reunía un ejército con el que pretendía recuperar los castillos perdidos durante el verano anterior.

Tras confirmar la veracidad de aquellas informaciones, Fortún y Sancho habían puesto a las tropas vasconas en pie de guerra en tan sólo dos días y salieron precipitadamente en dirección a Leyre, para descender desde allí hacia Baskunsa y Aybar. Su esposo, Aznar Sánchez, había concluido precipitadamente la visita a sus posesiones en Larraun y, sin detenerse más que una noche para dar descanso a las cabalgaduras, salió con la intención de dar alcance a su padre y a su suegro cuanto antes.

Desde su casamiento, Aznar se había comportado como un buen esposo. Su reciente viudedad lo había sumido en el abatimiento, pero había encontrado en Onneca una anhelada segunda oportunidad. A diferencia de ella, Aznar no había sido bendecido con la paternidad en su primer matrimonio, y recibió la noticia del embarazo con un alborozo quizá mayor que el suyo propio. Le había proporcionado los mejores cuidados durante aquellos meses, pero la última noche que pasó en

Pampilona hubo de despedirse de ella sabiendo que, cuando volviera, con toda probabilidad su hijo habría nacido ya. Onneca sonrió mientras recordaba cómo su esposo le había acariciado el vientre abultado, y las cosquillas que su barba le produjo al cubrirlo de besos.

–Señora, el sol se pondrá pronto, y comienza a hacer frío…

–Es cierto, sí -se limitó a responder a la doncella, todavía abstraída en sus pensamientos y con la sonrisa aún dibujada en los labios.

Aunque se había quedado dormida poco después de recostarse sobre el cálido lecho, cuando despertó el fuego ardía aún con viveza en el hueco del muro que servía de chimenea. El pequeño ser que llevaba en las entrañas se agitaba enérgicamente. Se llevó una mano al vientre para sentir sus movimientos mientras contemplaba las sombras de formas caprichosas que el fuego proyectaba sobre la techumbre. Oyó la llamada a maitines del convento cercano, que alguno de los monjes se encargaba de marcar cada noche con un breve toque de campana. Pasó el tiempo sumida en una mezcla de pensamientos felices, en los que veía a su segundo hijo crecer sano y fuerte junto a su padre, junto a ella misma y a su abuelo, y negros presentimientos, cuando en su mente se hacían hueco las imágenes de la batalla, de la sangre derramada y, rondando a los suyos, la sombra de la muerte.

Con las primeras luces oyó de nuevo la campana, que esta vez saludaba al nuevo día llamando a laudes. Después debió de dormirse, pero las pesadillas agitaron su sueño. Un hombre de pelo blanco cabalgaba a lomos de una hermosa montura y, al volver la vista atrás, se veía perseguido por siniestros jinetes ataviados de forma extraña. Estos esgrimían espadas curvas y afiladas de bella factura que parecían deslumbrar. De repente, el jinete era ella misma, y su abultada barriga le impedía avanzar lo suficiente para huir de sus captores. Desesperada, decidía adentrarse en un río de aguas profundas, pero el caballo parecía no avanzar en absoluto y sus perseguidores, de forma inexorable, se le echaban encima. Tiró de las riendas para girar la montura y tratar de hacerles frente, pero uno de ellos estaba ya a su altura. Descubrió con horror que bajo la caperuza negra no había nada, pero la imagen de aquel sable que estaba a punto de herirla era tan vivida… En el momento en que el extremo le alcanzaba la piel, sintió un dolor agudo y un grito desgarrado se escapó de su garganta.

Despertó respirando afanosamente, y sus ojos trataron de adaptarse a la claridad. Tardó un instante en comprender que todo había sido una pesadilla, e intentó tranquilizarse mirando al techo. Había sido tan auténtico… incluso se sentía mojada. De nuevo un agudo pinchazo en el vientre la obligó a emitir un gemido. Metió la mano bajo las sábanas y un escalofrío la recorrió al comprender que la humedad que había notado era real, tan real como el dolor que llegaba de nuevo, a intervalos regulares.

En ese momento, una de sus doncellas entró en la alcoba alertada por el primer grito.

–¿Os sucede algo, señora?

Se acercó al lecho y miró el pálido rostro de Onneca, perlado de sudor. Alzó las sábanas.

–¡Ave María! ¡Estáis alumbrando! ¡Llamad a la partera! – gritó.

Capítulo 55

Ulit

–¡Maldita sea, Muhammad! Refuerza la guardia en la puerta -rio el nuevo '*amil* de Siya-. El vino es abundante, pero si permites la entrada hasta al último *nazir* de tus tropas, esto se termina antes de que oscurezca.

–¡Si todos beben como tú, algunos ni vamos a probarlo! – bromeó también él.

–No os preocupéis… -balbuceó-. Me consta que en Ulit hay buenas bodegas, y la cosecha ha sido abundante.

–Entonces es su obligación compartir estos caldos con nosotros -dijo otro con fingida solemnidad-, que en el Uadi Ibru no hay tiempo para recuperar las viñas tras cada visita de esos malditos cordobeses.

–¡Y las pocas que quedaban… son mal empleadas secándolas al sol, que parecen más importantes las pasas que el vino!

–No debieras hacer tanto caso a tu mujer. ¡Acabarás pidiéndole permiso para acostarte con esas putas que frecuentas!

La carcajada fue general.

–De algo tienen que vivir, ¿no es cierto? ¿O acaso no os dan lástima, allá en la retaguardia, esperando por unas monedas?

–Es obligación de un buen musulmán dar limosna a los necesitados, no encamarse con ellos.

También Muhammad rio la ocurrencia. Estaba satisfecho, y su optimismo se había extendido a todas sus tropas. La respuesta a su llamada había sido unánime, como si todos estuvieran esperando su regreso para comandar el ejército que diera cumplida réplica a los pamploneses. La leva de tropas había resultado fructífera, aunque en ello habían tenido que ver la previsible brevedad de la incursión y la promesa de un botín quizás abundante. Cuatro mil hombres dispuestos a secundarle no eran pocos, después de la ruptura con Ismail.

–¡Fijaos en la cara del jefe! – exclamó ebrio uno de los oficiales-. Parece que la conversación le ha recordado a su esposa… a la que aún no ha podido homenajear como quisiera.

Muhammad decidió seguir la broma. También él había bebido y parecía que su lengua pugnaba por soltarse.

–¡Ah, mi esposa! – rio con la voz impostada-. Si algo no perdonaré a ese medio rey de Banbaluna es que esté privando a Sahra de las atenciones de su marido.

Al decir esto se había llevado la mano a la entrepierna, y la carcajada que desató fue estruendosa.

–Hay que reconocer que tienes madera de jefe -siguió el *'amil* de Ulit con los ojos vidriosos-. Cualquiera con una esposa como la tuya habría esperado a que Fortún lo despertara en el lecho antes de decidirse a atacar.

Muhammad se limitó a hacerle callar con un gesto de la mano derecha y se acercó a la mesa para volver a llenar su copa sin dejar de sonreír.

El aire estaba cargado por el humo del fuego en el centro de la *haymah,* ya que la salida en la parte superior de la lona no acababa de evacuarlo. Sin embargo, el calor y la tenue luz de las llamas, el aroma de la comida, que ya casi había desaparecido por completo, y la animada conversación de la treintena de hombres que compartían aquella noche su tienda creaban un ambiente que a Muhammad le resultaba en extremo placentero.

Esa misma tarde, se había reunido allí con los jefes de las ciudades leales y con sus oficiales de mayor rango para decidir la estrategia que seguirían en las jornadas siguientes. Habían optado por el ataque desde el flanco occidental, en lugar de la acometida desde el sur, pues facilitaba la defensa de los cristianos en las gargantas del Uadi Aragun. De esa forma, sería el castro de Aybar, a una jornada de camino, el primero que habría de soportar su ataque en no más de tres días, si todo marchaba bien. Al concluir aquel pequeño consejo, congratulado por el buen ambiente que parecía reinar entre sus oficiales, había pensado en proporcionar a sus hombres el pan, la carne y el vino necesarios para festejar el final de los preparativos. Cosas como aquélla, sobre todo cuando surgían de forma improvisada, contribuían a elevar la moral de la tropa. Lo sabía bien, y no era la primera vez que tenía ocasión de ponerlo en práctica.

Salió un instante para comprobar cómo se desarrollaba la fiesta en el campamento, pero pronto lamentó haber olvidado la capa en el interior, pues un viento frío barría la vega e invitaba a buscar refugio o a acercarse a una de las múltiples hogueras que aún permanecían encendidas. Contempló los corrillos desde la distancia y oyó las risas y las voces de sus hombres, pero optó por regresar al agradable calor de la *haymah.*

Se disponía a hacerlo cuando en el extremo del campamento uno de los guardias prendió una antorcha y tomó por las riendas el caballo de alguien a quien no alcanzaba a reconocer. Muhammad decidió comprobar la identidad de aquel hombre, que además, a juzgar por las voces y los relinchos inquietos que se oían en la misma dirección, no había llegado solo.

El oficial pareció sorprenderse al verlo.

–*Sahib,* no esperaba encontrarte fuera de la *haymah* -dijo mientras el recién llegado se apeaba del caballo-. Este hombre acaba de llegar al campamento al frente de una numerosa partida. Pregunta por ti.

–Mi nombre es Muhammad ibn Abd al Malik -se presentó el recién llegado-, pero

será más probable que hayas oído hablar de mí por mi sobrenombre, Al Tawil.

–¿Al Tawil de Uasqa?

–El mismo. – Sonrió satisfecho-. De la familia de los Banu Sabrit.

–¿Qué te trae hasta aquí?

–Vengo a ofrecerte mi colaboración en esta empresa.

–¿Tu colaboración?

–Y la de mis hombres…

–¿Cuántos son? – preguntó Muhammad al tiempo que señalaba con la cabeza hacia la entrada.

–Aquí, cincuenta.

–¿Llegas de noche y ofreces a un desconocido tu ayuda con cincuenta hombres? ¿Qué esperas a cambio?

–Llego de noche porque uno de los míos ha sufrido una mala caída y viene malherido. En cuanto a mis huestes, otros quinientos esperan no lejos de aquí.

Muhammad miró a aquel hombre fijamente, dando gracias al cielo por el frío de la noche que había contribuido a despejar en parte sus pensamientos. Sin embargo, no se sentía capaz de entablar una conversación en aquellas circunstancias.

–Te ofrezco algo -dijo al fin-. Vas a entrar en mi tienda, y vas a terminar conmigo esta pequeña… reunión. Luego podrás descansar, y mañana me explicas con detalle qué es lo que te mueve a venir hasta aquí en plena noche con más de quinientos hombres.

–No me parece mala propuesta -rio-, a juzgar por el bullicio que se oye ahí dentro.

–¡Es simple! ¿Por qué andar con rodeos? Te ofrezco a mis hombres para recuperar las fortalezas que te han arrebatado. Más tarde, si surge la ocasión, sólo pido tu apoyo para entrar en Uasqa.

–Y surgirá…

–También a ti te conviene, piénsalo. Sabes bien quién es el actual gobernador, Masud ibn Amrús, el hijo de quien entregó a tu tío Mutarrif a la justicia de Qurtuba. Si apoyases su derrocamiento, dejarías claro que quien desafía a los Banu Qasi acaba pagándolo.

–¿Por qué habría de apoyarte a ti para ocupar su puesto?

–Porque entonces tendrías en Uasqa un fiel aliado y podrías cerrar ese frente. Y frentes abiertos son lo que te sobra. Todos los que están de tu lado cabían anoche en esta misma *haymah*, gobernadores de pequeñas ciudades y caudillos locales sin importancia. Te enfrentas a tu propio tío Ismail y a tus primos, que dominan la capital y la *kurah* de Tutila; a los tuchibíes, que vigilan desde el Uadi Salun todos tus movimientos por encargo de Qurtuba; a los asturianos, a los vascones, que posiblemente hayan actuado de acuerdo con el rey Alfuns aprovechando tu

ausencia… No, no te faltan enemigos.

–¿Y qué te mueve a ti a luchar contra Masud? Sois parientes, si no me equivoco.

Al Tawil profirió una carcajada.

–También Ismail es tu pariente -respondió-. Fueron los Banu Sabrit, mis antepasados, quienes apaciguaron la zona, quienes fortificaron su capital, quienes hicieron de Uasqa lo que hoy es. Pero la rama de los Banu Amrús lleva tres generaciones ocupando el poder, amparándose en el apoyo de Qurtuba. Ha llegado la hora de acabar con esa situación, por muy parientes que seamos.

–Sin embargo… tú mismo acabas de decir que cuentan con el apoyo de Qurtuba. El propio emir nombró gobernador a Amrús.

–Mi querido Muhammad -respondió mientras se recostaba en su asiento y estiraba las piernas-, siempre es posible revestir de virtud lo que no es sino ambición, una ambición legítima. No te costaría convencer a los que ahora son también tus aliados de las intenciones de Ismail de ir contra Uasqa. En ese caso sólo te habrías adelantado a sus propósitos, y habrías evitado que la ciudad cayera en manos de rebeldes.

Muhammad permaneció en silencio. No le gustaba aquel hombre intrigante e irreverente. Lo observó de soslayo, en aquella postura mucho más apropiada para entretenerse junto a una concubina que para negociar un acuerdo político. Por un instante pensó en expulsarlo del campamento, sin contemplaciones, pero su instinto le decía que quizá, si no la amistad, la buena relación con aquel hombre pudiera serle útil.

–¿Quinientos hombres, dices?

–Los más aguerridos y mejor armados -contestó con una sonrisa, a la vez que se ponía en pie.

–Ponte a las órdenes de mi *qa'id*. Y prepáralos para la marcha, saldremos de inmediato.

Al Tawil se acercó decidido a Muhammad y abrió los brazos.

–Nuestro acuerdo queda pues sellado -sentenció mientras le palmeaba la espalda.

Al desagrado que la actitud casi prepotente de Al Tawil despertaba en Muhammad, se unió uno todavía más intenso: aquel hombre apestaba.

Capítulo 56

Pampilona

–Señora -interrumpió una de las doncellas-, ya está aquí el ama de cría.

Onneca alzó el rostro; aún mostraba la sonrisa que le producía comprobar la fuerza con la que la pequeña Toda se aferraba a su pecho.

–No será necesario -repuso señalando a la niña con la barbilla-. Yo misma la amamantaré.

–¡Señora, no sé si…!

Onneca la cortó con un gesto de impaciencia, y agitando con rapidez la mano derecha le indicó que podía abandonar la alcoba.

Hubiera deseado recibir a Aznar con la noticia del nacimiento de un varón. A Aznar, a su padre y al rey. Cuando la partera acabó de extraer aquel cuerpecito y le comunicó que se trataba de una hembra, no pudo evitar un sentimiento de contrariedad, que no obstante se esfumó cuando, con la niña bien fajada entre sus brazos, contempló su carita redonda y sonrosada. Y en ese preciso momento se propuso iniciar la lucha para que aquella criatura pudiera alcanzar el destino que la naturaleza pretendía negarle.

Se recuperó con rapidez, y retomó los paseos cotidianos bajo el sol de la tarde cuando el sueño de la pequeña lo permitía. Sin embargo, en su primera salida, todavía débil y resentida, sus pasos se habían dirigido al templo que ocupaba el extremo septentrional de la fortaleza, consagrado a Santa María. Al atravesar la entrada, un suave murmullo salió del pequeño envoltorio que sostenía en sus brazos. Sola en medio de aquel absoluto silencio, se sentía extrañamente segura y protegida, quizá por los sólidos muros de piedra, quizá por la compañía de la imagen de la Virgen tallada en madera que la contemplaba desde el altar. Se arrodilló con cuidado en uno de los reclinatorios del crucero y se apoyó en el sólido borde de madera antes de alzar la vista hacia la figura inmóvil. A su lado, junto al sagrario, ardía permanentemente un grueso cirio, y las sombras que su llama proyectaba parecían dotar de movimiento e incluso de vida a aquel rostro sereno.

–Madre de Dios y madre mía -murmuró con devoción-. Te doy gracias por velar por mí y por esta criatura en el trance de su nacimiento. Intercede ahora ante Dios Nuestro Señor para que traiga junto a ella a su padre sano y salvo. Protégelo en la batalla, a él y a los que con él luchan para defender la fe en tu hijo Jesucristo, en especial a nuestro buen rey y a sus hijos.

Dudó si continuar, pero creyó que ya había dicho lo que pretendía, así que terminó con un sentido «amén» mientras bajaba la cabeza y se santiguaba lentamente.

Había salido del templo confortada, y quizá por ello repitió la visita en cuantas ocasiones tuvo oportunidad. A medida que la angustia por la falta de noticias crecía, los momentos de oración se fueron haciendo más frecuentes y prolongados, a pesar del frío ya intenso que reinaba en el interior. Fue allí donde la sorprendió el revuelo que produjo la llegada de los correos.

–¡Son emisarios del rey! ¡Traerán noticias del frente! – oyó gritar en el patio.

Se apoyó en los brazos para ponerse en pie, y atravesó la nave con rápidas zancadas hasta que la luz del exterior la cegó casi por completo. Se dirigió al portón donde los jinetes desmontaban, pero antes de escuchar lo que tenían que decir, escrutó la expresión de sus rostros… y supo que debía prepararse para recibir las malas nuevas que sin duda traían consigo.

–Mi señora… vuestro esposo está bien. También vuestro padre, Fortún. Es nuestro rey…

–¿Qué le ha sucedido al rey? – espetó impaciente-. ¡Hablad, por Dios!

–El rey ha muerto, mi señora.

Como si de un eco se tratara, las palabras del mensajero se repitieron entre los habitantes del burgo que se agolpaban ya en torno a ellos.

–¡Ha muerto el rey!, ¡el rey García ha caído! – se decían incrédulos unos a otros.

–¡Oh, Dios mío! – gimió Onneca al tiempo que ocultaba el rostro entre las manos.

Sintió que las piernas le flaqueaban, su visión se hizo borrosa y después todo se volvió negro.

Despertó en su cálido lecho, confusa, con el cadencioso tañer de las campanas en los oídos. Un tono agudo, otro grave al cabo del tiempo, repetidos ambos una y otra vez… toque de difuntos. Un calambre le recorrió el cuerpo al recordar. El rey estaba muerto. Se sintió sin fuerzas para incorporarse, pero entonces, a su diestra, reconoció el familiar gorjeo de Toda. También su doncella había oído a la niña y entraba ya en la alcoba.

–¡Estáis despierta, señora! – pareció alegrarse, aunque no permitió que ni su tono ni su rostro lo revelaran.

Tomó a la niña con delicadeza y, sin hablar, la colocó sobre una pieza de madera dispuesta frente a la chimenea, donde se encargó de retirar los paños húmedos que la cubrían. Cogió la jarra que descansaba en el suelo, junto al fuego, y con movimientos precisos vertió el agua templada en una jofaina para proceder a limpiar aquella piel sonrosada.

Onneca la observaba desde el lecho, inmersa en un mar de sensaciones contradictorias, pero cuando al fin descubrió su pecho y la pequeña buscó el pezón con avidez, se sintió invadida por una intensa sensación de alivio, que al instante la hizo sentirse culpable.

–¿Cuánto tiempo he permanecido dormida?

–¡Oh!, muy poco, señora. Ni siquiera ha sonado la llamada a vísperas.

–Debo levantarme, he de ocuparme de los preparativos para recibir a mi padre…

–Tenéis tiempo, según los emisarios no han de llegar hasta mañana.

–He de hablar con el obispo Ximeno… él dispondrá lo necesario para las exequias del rey.

–Las enseñas de los Arista ya ondean a media asta en las torres, alguien se ha ocupado de que así sea.

–Prepara mis ropas para observar el luto desde hoy mismo, debo estar en pie sin pérdida de tiempo. Y haz que den aviso a los mensajeros para que me esperen en la sala de armas. Acudiré allí de inmediato.

–Dadme detalles, quiero saber cómo ocurrió.

–Los musulmanes atacaron desde poniente, en campo abierto, y no por los accesos meridionales, que habrían sido más fáciles de defender. Desde el primer momento fue evidente su superioridad, pero vuestro padre no rehuyó la lucha. La batalla principal se libró junto a la villa de Aybar, y sólo cuando vio la situación perdida, dio orden de retroceder hacia Baskunsa. Fortún y Sancho habían decidido que el rey, por su avanzada edad, permaneciera a salvo dentro de los muros de la abadía, en Leyre. Sin embargo…

–¿Acaso no obedeció esas indicaciones?

–No sólo no las obedeció, señora, sino que en plena retirada apareció en lo alto de una loma para arengar a las tropas. Debió de ser reconocido por el caudillo musulmán, porque no tardó en aparecer un destacamento que le cortó el paso e impidió que se reuniera con el resto de nuestras tropas.

–Me niego a creer que estuviera solo.

–Lo acompañaba un pequeño grupo de fieles, pero sus mejores caballeros se encontraban junto a Fortún. Al parecer se inició una persecución, pero un anciano como él poco podía hacer frente a un grupo de esos veloces jinetes sarracenos. Uno tras otro sus defensores fueron cayendo, y los supervivientes, por fin, trataron de hacerle cruzar el cauce del Uadi Aragun para poner al menos una barrera a los perseguidores.

–¿El Aragun, dices?

–Así fue. Se lanzó a las aguas del río mientras sus acompañantes procuraban contener a los musulmanes. Todos dieron su vida por el rey en aquella orilla.

–Quizá te parezca extraño, pero dime sólo una cosa…, ¿llevaba el rey algún tipo de protección en la cabeza?

–Al parecer durante la persecución había arrojado su coraza, y también la celada.

–¿Fue el rey alcanzado y herido de muerte dentro del cauce?

El mensajero asintió, sombrío.

–Y vuestro padre, junto a vuestro esposo, fueron testigos desde la distancia.

Capítulo 57

Al Burj

–¿Adónde me llevas? – preguntó Sahra, que intentaba cerrarse el cuello de la capa para protegerse del viento helador.

–No hables y sígueme -respondió él con una sonrisa enigmática.

–¡Estás loco, Muhammad! ¡Tropezaré si no acercas esa antorcha!

–Tienes razón, ¡completamente loco! – respondió.

Se detuvo y se volvió hacia ella. La rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí para depositar un rápido beso en sus labios. Al instante, riendo, volvió a tirar de su mano y reanudaron la marcha por las oscuras calles de Al Burj. Sólo el viento, el ruido de las pisadas sobre el empedrado y las risas de ambos rompían el silencio de la parte baja de la ciudad, desierta ya tras el anochecer. La luz de la antorcha se proyectó sobre la sólida puerta de madera de una construcción de adobe, y Muhammad golpeó tres veces.

–¡Esto es el *hammam*! ¡No puede haber nadie a esta hora!

El sonido del cerrojo desde dentro la contradijo, y Muhammad la miró de nuevo con una sonrisa mientras le guiñaba el ojo izquierdo. Un mozo terminó de abrir la puerta para dejarles paso. El interior se encontraba tenuemente iluminado, y hasta su rostro llegó un agradable soplo de aire caliente y perfumado.

–Todo está en orden, *sahib*. He mantenido la llama viva hasta ahora, como me pediste, y el calor durará hasta el amanecer. En el interior he dispuesto…

Muhammad alzó la mano, y el muchacho guardó silencio. Luego, sus ojos se abrieron al ver el brillo del dírham de plata que el *wali* le tendía.

–¡Gracias, *sahib*! Estaré de vuelta antes del alba.

Sin más, el mozo se ajustó la zamarra y se perdió en la oscuridad. Muhammad cerró la puerta y ajustó el pasador.

–¡Un dírham! – exclamó Sahra.

–¿No crees que esto lo vale? – respondió mientras la conducía hacia el interior.

A medida que avanzaban por el pasillo de paredes encaladas, un intenso aroma a romero fue invadiendo el aire que respiraban, y ambos comenzaron a inspirar profundamente hasta sentir sus pulmones henchidos de él.

Cuando alcanzaron la sala central, Sahra lanzó una exclamación. La luz de las antorchas situadas en los cuatro extremos caía sobre la superficie de la alberca que ocupaba el centro de la estancia, y un baile de reflejos se proyectaba sobre la cúpula, cuyos orificios permitían el paso de la luz durante el día. El ligero vaho que teñía de blanco la atmósfera no le impidió contemplar las docenas de lamparillas situadas en

torno a las columnas que sostenían la techumbre, y cuyo aceite perfumado era el que proporcionaba el agradable aroma. En un rincón, sobre dos hermosas bandejas de cobre, había varios cestillos repletos de dulces y una generosa jarra con dos copas al lado.

–Lo he preparado pensando en ti -susurró Muhammad mientras tomaba a Sahra entre sus brazos y le acercaba los labios al oído-. Llevo meses imaginando este momento.

Sahra sonrió y volvió el rostro hacia su esposo.

–Nunca una mujer soñó con un reencuentro como éste -dijo antes de unir sus labios a los de su esposo.

Se tomaron un tiempo para despojarse de sus ropas, y Muhammad esperó al borde de la alberca. Cogió a Sahra de la mano mientras contemplaba su espléndida desnudez, y juntos descendieron los tres escalones hasta sentir la tibieza del agua, que alcanzaba sus cinturas. La quietud era total, y en un instante sólo un sordo ronroneo emitido por Muhammad, la risita apagada de Sahra y el ligero chapoteo del agua rompían el silencio nocturno del *hammam*. Después, los sonidos de la pasión, contenida durante meses, y ahora desatada de forma frenética.

Sahra, tratando de recuperar el aliento, colmada y exhausta, se separó de su esposo flotando boca arriba y disfrutó de la sensación de ligereza que proporcionaba el agua de la alberca. Tomó un dulce de almendras y se lo ofreció a Muhammad, quien lo aceptó entre sus labios. Sólo pudo saborear la mitad, porque en el último momento Sahra lo retiró y se lo introdujo en su propia boca, riendo.

–¿Por qué no podemos estar así siempre? – preguntó Sahra entrelazando las piernas alrededor de la cintura de él.

–Quizá porque hay demasiada gente ahí fuera, al otro lado de las murallas. Esperan para arrebatarnos esto y todo lo que tenemos.

–¿Recuerdas la conversación que mantuvimos antes de tu partida?

Muhammad asintió.

–Te prometí que la retomaríamos a mi regreso…

–Este puede ser un buen momento -dijo ella mordisqueando sus labios con aparente despreocupación.

–Tendría que renunciar a todo, dejar Al Burj y el resto de nuestras ciudades en manos de Ismail y de mis primos…

–Dejarías atrás todos tus enfrentamientos, la guerra… y yo la incertidumbre de no saber si volveré a verte con vida cada vez que has de partir.

Muhammad echó el cuerpo hacia atrás, sumergió la cabeza entera en el agua, y así permaneció unos instantes. Se incorporó con la frente despejada, y se retiró los restos de agua del rostro y de la barba con ambas manos. Después suspiró profundamente.

–Sahra -vaciló-, sucede que… después de mi regreso de Liyun, me he encontrado con algo que no esperaba: la fidelidad de centenares de hombres, desde Nasira hasta Ulit, desde Tarasuna hasta Baskunsa, dispuestos a seguirme, porque ven en mí al sucesor de aquel caudillo que un día tuvieron, el que supo conducir a sus abuelos, a sus padres, hasta hacerles sentirse orgullosos de pertenecer al clan de los Banu Qas?. Hubo una época en la que así fue, y durante esta última campaña he sentido el anhelo de que las cosas pudieran volver a ser igual.

–Nunca hay segundas oportunidades, Muhammad. Tú mismo parecías deseoso de romper con todo esto antes de tu partida…

–Lo deseo, Sahra. Y si crees que sólo así seríamos felices, no lo descarto. Sólo que durante este tiempo he tenido ocasión de reflexionar sobre lo ocurrido en los últimos meses, y me gustaría que tú también ahora pensaras en lo que te voy a decir.

Sahra salió del agua y extendió una pieza de fieltro sobre la enorme losa de mármol caliente que se encontraba en la sala contigua.

–Te escucho, Muhammad.

–Hemos de pensar que no estamos solos, y en la decisión que tomemos habremos de considerar el futuro de nuestros hijos, el de Lubb y también el de sus hermanos. Lubb es nuestro primogénito, y él está llamado a sucederme como caudillo de los Banu Qasi.

–Con el permiso de Ismail y de tus primos…

–Así es, Sahra. Pero mi tío ya no es joven, y cuando él desaparezca no tengo duda de que a quien se reconocerá como caudillo será a mí.

–El primogénito del primogénito del gran Musa…

–Puedes utilizar ese tono, pero así son las cosas, Sahra. ¿Tenemos derecho a robarle a nuestro hijo ese futuro?

Muhammad continuaba apoyado en el muro de la alberca, con los brazos extendidos sobre el borde, dando la espalda a su esposa.

–Quiero que mis hijos sean felices, Muhammad. Ignoro si lo podrán ser sobreviviendo entre batallas.

–Ésa es otra de las reflexiones que debemos hacernos: ¿sería distinto en Qurtuba? Entrar a servir a las órdenes del emir, ¿nos garantiza la tranquilidad que anhelas? En los últimos tiempos, Al Andalus hierve, las rebeliones surgen por doquier, y el ejército no tiene efectivos suficientes para apagarlas. Suma a eso las ofensivas de los cristianos desde el norte, incluso los anhelos por el control de la Península de algunos reyezuelos de Ifriqiya. Quizá las despedidas habrían de ser más frecuentes que las vividas aquí hasta ahora.

Muhammad salió de la alberca y vertió el contenido de la jarra en las dos copas. Luego se tumbó junto a Sahra y le ofreció una de ellas.

–Hidromiel -dijo ella mientras aspiraba el suave aroma-. Quizás esto no sea

agradable a los ojos de Allah.

Muhammad sonrió.

–Acabo de arriesgar la vida en defensa de la fe de Muhammad. Creo que eso podrá compensar algún pequeño desliz como éste -bromeó mientras se llevaba la copa a los labios-. Y hay algo más: si permanecemos aquí, yo tendré la autoridad sobre nuestro hijo, sobre su formación, sobre el momento de su incorporación a la milicia… En Qurtuba, si el emir no reúne efectivos suficientes en las levas de las coras, podría ser llamado a filas incluso dentro de dos años, cuando cumpla los catorce.

–¡Pero sólo es un niño! – exclamó Sahra.

–Reflexiona sobre ello -zanjó Muhammad, mientras retiraba la copa de su mano-. Pero no ahora…

Le empujó el hombro con delicadeza, y consiguió que apoyara la cabeza sobre la losa. Él se incorporó sobre su brazo derecho, y con el izquierdo le acercó la copa al cuello, antes de volcarla ligeramente. El líquido dorado cayó sobre su piel, y lentamente se deslizó entre sus pechos, todavía firmes, hasta perderse en los pliegues de su vientre. Entonces Muhammad dejó la copa a un lado y se dispuso a aprovechar hasta la última gota del néctar derramado.

La primera luz del alba se filtraba por los orificios de la cúpula, y los sorprendió tendidos aún sobre el cálido suelo enlosado. Muhammad, entumecido, abrió los ojos y comprendió que el mozo encargado del *hammam* no tardaría en estar de regreso. Se incorporó, tomó un pastelillo de la cesta y comenzó a vertirse mientras Sahra se desperezaba. Antes de que cubriera su desnudez, Muhammad aún tuvo ocasión de contemplar admirado su cuerpo, iluminado ahora por los primeros y tenues reflejos del sol.

Le sorprendió la violencia de los golpes en la puerta. Terminó de ajustarse la túnica y salvó la distancia que lo separaba de la salida, mientras en el exterior se oía la voz del muchacho, que repetía su nombre con voz agitada e impaciente. Corrió el cerrojo y se encontró con un rostro congestionado que hablaba atropelladamente.

–¿Qué escándalo…? – empezó.

–¡Os buscan por toda la ciudad! – interrumpió el mozo-. Nadie sabe que estáis aquí, pero debes acudir de inmediato a la alcazaba.

–Pero… ¿qué ocurre, muchacho? ¡Habla!

–Han llegado noticias de Saraqusta, *sahib*. Al parecer vuestro tío Ismail ha estado reuniendo tropas y se dispone a lanzar un ataque.

–¡Un ataque! Pero… ¿contra quién?

–¡Contra nosotros, *Sahib*!

–¿Cuántos son? ¿Desde cuándo? – gritó Muhammad ante los gestos de impotencia de los informadores-. ¡Maldita sea! ¿Es que nadie puede darme

respuestas?

–Según nuestras instrucciones, *sahib*, salimos hacia aquí en cuanto tuvimos conocimiento de las intenciones de Ismail.

–¡Por Allah! ¿Por qué los dos? ¿Es que no podía haber permanecido allí uno de vosotros?

–*Sahib*, siempre es así para evitar que informaciones tan importantes como ésta puedan perderse por un accidente o un asalto. Pero varios de nuestros hombres se encuentran todavía allí, y si hay novedades no tardarás en conocerlas.

–Lo sé -dijo incómodo-. Debéis perdonarme, no tengo por qué descargar mi rabia con vosotros. Descansad lo necesario, y regresad a Saraqusta, porque necesito conocer sus planes, planes concretos… dónde concentrarán sus tropas, por dónde atacarán, cualquier detalle puede resultar precioso.

–Ignoro si habéis recibido informaciones desde Tutila, pero en los últimos días el trasiego de correos entre las dos ciudades ha sido continuo.

–Está bien, muchacho, buen trabajo. Id a descansar.

Muhammad quedó a solas con Mijail, que, desde los sucesos de Saraqusta y, sobre todo, durante las campañas de Liyun y Aybar, se había convertido en su oficial de mayor confianza. Había asistido a la entrevista sin intervenir.

–¿Qué piensas de todo esto? – interrogó Muhammad con desánimo, sin dejar de recorrer la estancia.

–Ismail ha esperado sólo lo necesario para que Al Mundhir estuviera lejos.

–¡Ese viejo zorro de Ismail! – exclamó con rabia.

–Y sus hijos y tus primos de Tutila… ¿Qué vas a hacer, Muhammad? ¿Presentarás batalla?

Muhammad se volvió.

–¿Acaso lo dudas? Por eso estás aquí. Te diré lo que has de hacer. Bajarás ahora a las dependencias de la guarnición para elegir a los mejores hombres, con los caballos más rápidos. Quiero que los envíes sin pérdida de tiempo a todas nuestras ciudades, los valíes quizá no hayan tenido tiempo siquiera de desmovilizar a las tropas. Los necesito aquí dentro de dos días. Si es preciso que viajen de noche, que fuercen a sus monturas, pero no disponemos de un día más.

Mijail asintió, con gesto grave pero satisfecho, y se dirigió a la puerta.

–Espera. Quiero que apostes en todos los altozanos, en cualquier lugar que se preste a ello en la ruta entre Tutila y Saraqusta, una legión de informadores. Necesito estar al tanto de cualquier movimiento de tropas, de cualquier avance de sus exploradores… tenemos que adelantarnos a sus intenciones.

–Muhammad, dejarás diezmada la guarnición.

–De nada nos servirá un centenar más de hombres si permitimos que caigan sobre nosotros.

Capítulo 58

A pesar de lo avanzado del día, Muhammad se hallaba aterido. La gruesa piel engrasada no evitaba que aquel maldito viento se introdujera entre los pliegues de su capa hasta agarrotarle cada músculo, cada articulación y, para acabar de arreglar las cosas, los primeros copos de nieve comenzaban a azotarle el rostro. Las ramas bajas de los pinos entre los que se ocultaban podrían haberles preservado de lo peor de la ventisca, pero eso les habría impedido la visión de la ladera por la que, calculaban, habrían de ascender los hijos de Fortún junto a Ismail.

–Sólo espero que todo esto haya merecido la pena -dijo al tiempo que intentaba contener el ligero temblor de sus labios-. No se me ocurre qué recompensa podría ofrecerte si tus informaciones se demuestran ciertas.

–Me daré por satisfecho si lo que te he revelado sirve bien a tus fines. Mi padre luchó a las órdenes del tuyo, y mis abuelos gozaron de la confianza del gran Musa. Ninguno de ellos aprueba los métodos de Ismail, y juntos ya habíamos decidido ponernos a tu servicio. Y, a juzgar por los hechos, esa decisión ha debido de resultar agradable a los ojos de Allah, porque sólo El pudo darme a conocer la información que te he traído.

–En ese caso, roguemos a Allah para que siga mostrándose igual de favorable a nuestros deseos -replicó Muhammad-. Será la única forma de evitar el desastre. Siete mil hombres son una fuerza incontenible en nuestras circunstancias, incluso tras las murallas de Al Burj.

La meseta sobre la que se encontraban estaba a tan sólo tres millas al noroeste de la ciudad. Situada a más de mil codos por encima del valle, constituía una atalaya privilegiada y un lugar magnífico para lanzar un ataque sobre la fortaleza que se alzaba en su ladera meridional.

Con toda la información que había reunido, Muhammad tenía una idea bastante precisa de la estrategia que habrían de seguir los atacantes. Los hijos de Ismail avanzaban desde Saraqusta, y remontaban ya el río que desde Al Burj descendía en busca del Uadi Ibru. Ismail, quizá desconfiado, se había reunido con los hijos de su hermano en Tutila, y encabezaba personalmente la formación que se dirigía al mismo lugar pero desde el norte, con la idea, según sus informaciones, de caer sobre Muhammad por la espalda desde el altiplano que ahora ellos ocupaban.

Mijail entornó los ojos y señaló a lo lejos con la cabeza, y los demás siguieron la dirección de su mirada. Se aproximaba a la base de la colina una pequeña avanzadilla formada por seis hombres a caballo.

–Será necesario -indicó Mijail al tiempo que se pasaba el índice sobre la garganta en un gesto explícito.

–No si no presentan resistencia -se opuso Muhammad-, pero lo fundamental es

evitar que avisen a los demás. Esperad a que yo dé la orden, si el enfrentamiento se produjera demasiado cerca del balcón podrían ser vistos por la vanguardia de sus tropas.

–Ocupad vuestros lugares, internaos en el bosque -ordenó Mijail a los integrantes de la unidad.

Muhammad atisbaba entre las ramas agitadas por el viento el movimiento precavido de los jinetes, que culminaban el ascenso. Por fortuna, pensó, la nieve no había cuajado, pues ese simple detalle hubiera alertado a los exploradores de su presencia. Oyó sus voces entrecortadas por la ventisca, y todos los músculos se le pusieron en tensión cuando el que parecía el cabecilla dio la orden de desplegarse entre los árboles, sin duda para explorar la meseta y descartar presencias inesperadas. De un vistazo, Muhammad comprobó que todos sus hombres estaban alerta y alzó la mano para dar la orden de ataque.

Algunos no tuvieron tiempo de reaccionar, y eso les salvó la vida. Sólo los dos que avanzaban más rezagados fueron capaces de advertir el peligro y volvieron la espalda. Tras intercambiar una breve mirada, uno de ellos emprendió una veloz huida con la intención evidente de dar aviso al cuerpo de su ejército. El silbido de varias flechas se lo impidió, pero el impulso de la carrera hizo que su cuerpo asaeteado se precipitara por la pendiente hasta que los arbustos lo detuvieron. De repente todo quedó en silencio. El único miembro de la avanzadilla que seguía libre comprendió que no tenía ninguna oportunidad y dejó caer su espada junto al pedazo de tela blanca que, atado a una larga vara, había quedado en el suelo.

–¿Es ésa la señal que debíais utilizar?

El soldado se encogió de hombros, tratando de mantener un resto de dignidad.

–¡Te he hecho una pregunta! – aulló Muhammad.

El hombre asintió, y entonces Mijail empujó al cabecilla al frente, sin apartarle el filo de la daga de la garganta. A una orden suya, llevaron a los demás prisioneros junto a él. Dos soldados de Muhammad se acercaron al borde de la meseta y, casi arrastrando sus cuerpos, descendieron hasta los arbustos que sujetaban el cadáver. Con esfuerzo por la postura forzada, lo izaron y, ya fuera del campo de visión, lo dejaron caer como un fardo.

–Ahora vas a coger esa vara, vas a avanzar con cuidado y la vas a agitar con suavidad hasta que yo te diga -ordenó Muhammad.

El soldado, repentinamente alterado, negó con la cabeza.

–No me obligues a traicionar a los míos. Ahí abajo tengo parientes, tengo amigos… No los llevaré a la muerte.

–¿Y éstos? ¿Son éstos tus amigos? – amenazó Mijail apretándole el filo contra la piel del cuello al tiempo que señalaba con la barbilla a sus compañeros de armas.

–Sólo pretendo apresar con vida a Ismail y a mis primos -decidió explicar

Muhammad-. Si tengo éxito, muchas de esas vidas se salvarán. De lo contrario, todo el valle estará mañana sembrado de cadáveres.

–¡Coge el palo! – gritó Mijail-. Si no lo haces tú, otro lo hará.

El soldado pasó la mirada por los rostros atemorizados de sus compañeros y entonces, con lentitud, dobló la cintura para recogerlo.

–¡Hazlo!

Alzó la vara con la tela blanca, extendió el brazo derecho y, lentamente, comenzó a ondear la señal.

–Sigue, hasta que haya respuesta.

Los cinco hombres, cuyos ojos expresaban el desaliento producido por el fracaso en la tarea que se les había encomendado, permanecían amordazados y fuertemente atados a otros tantos troncos.

–¡Quitadle la mordaza! – ordenó Muhammad frente al cabecilla.

El soldado respiró profundamente al verse libre de aquel impedimento.

–¿Cuáles de mis primos acompañan a Ismail?

–Esta mañana he podido ver a Ismail y a Musa. Es posible que Lubb haya quedado en Tutila, y de Muhammad no sé nada.

–Recordad que los quiero con vida, ¡a todos! – advirtió Muhammad a los suyos-. Pagará con la suya quien hiera a Ismail o a alguno de mis primos. Ahora, cada uno de vosotros deberá ocuparse de su grupo, haced que se dispongan como se os ha indicado.

Él mismo puso pie en el estribo y, con un impulso enérgico, se alzó sobre la grupa de su caballo. Esquivando las ramas que se oponían a su avance atravesó de nuevo el bosquecillo hasta regresar al punto donde acababa el camino que serpenteaba ladera arriba. Interrogó con el gesto al vigía que había quedado de guardia, y éste a su vez señaló con el índice. Muhammad entrecerró los ojos para enfocar la mirada en la distancia, y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. El ejército de Ismail se había puesto en marcha, y las tropas desplegadas en la llanura comenzaban a confluir en una estrecha columna que iniciaba el ascenso.

–Parece una hebra de lana que sale de la madeja -observó el vigía.

Muhammad asintió y sonrió.

–Así es. Y si tienes buena vista reconocerás a quien tira del cabo.

Capítulo 59

Al Burj

–¡Negociar! – exclamó Muhammad con cierto histrionismo-. ¿Qué hay que negociar? ¡Únicamente las condiciones de su rendición! Con su padre en mi poder no les queda más remedio que abandonar la Marca y permanecer agazapados.

–Quizá no sea otra su propuesta, Muhammad -adujo Mijail con media sonrisa-. Deberías escucharles. Si estuvieran dispuestos a presentar batalla, no habrían acudido a las puertas de Al Burj con una escolta de veinte hombres tan sólo.

–¿Quiénes buscan el parlamento?

–Al parecer es sólo Said, el hijo menor de Ismail, quien encabeza el grupo. Habrían de ser muy estúpidos para ponerse a tiro los tres.

–Eso no cambia las cosas, el que importa es su padre -respondió Muhammad pensativo-. Sí… conduce a mi primo hasta aquí, pero no permitas que nadie más le acompañe.

Muhammad quedó solo. Los hechos se habían precipitado en tan sólo dos días, y ahora debía ser capaz de administrar el triunfo que aparentemente tenía en sus manos. Tomó asiento y contempló la sala vacía. Las pequeñas partículas de polvo atravesaban el rayo de sol que se proyectaba desde un estrecho ventano y brillaban por un instante antes de desaparecer para dar paso a otras. Sin pretenderlo, la imagen evocó en su mente sus propias peripecias durante el último año. Acaso estaba entrando ahora en uno de esos momentos de brillo fugaz, pero ¿cuánto tardaría en verse eclipsado de nuevo por la sombra? De repente tuvo conciencia de no ser más que una de aquellas diminutas partículas de polvo colocadas bajo el foco por el capricho del azar. Pretender que era él quien controlaba los acontecimientos que habían agitado su existencia y la de los suyos no era sino un espejismo. Más bien había sido como la pelota golpeada una y otra vez desde el caballo por el bastón de los jugadores de polo. Quizás ahora un golpe afortunado lo había llevado al lugar correcto, justo entre los postes que señalaban la meta, pero sin duda aquella partida no había concluido.

Trató de apartar de su mente aquellos desvaríos que a ningún sitio conducían, de aclarar sus ideas, de pergeñar los próximos movimientos. Con las tropas de Ismail aún en pleno desconcierto, descabezadas, quizás indecisas sobre el partido a tomar, no había tiempo que perder. Pero algo le decía que no debía tomar decisiones hasta comprobar qué tenía que decir Said, su primo, en la entrevista que estaba a punto de celebrarse.

No hubo de esperar demasiado. Oyó el sonido de las herraduras en el patio, el

saludo marcial de la guardia a su oficial y, por fin, las pisadas firmes en la escalera que llevaba a la planta más noble de la edificación.

Muhammad daba la espalda a la puerta cuando Said entró en la estancia. En pie ante el fuego escaso que la caldeaba, extendía las palmas de las manos en dirección a las llamas.

–Tu primo Said está aquí.

Durante unos instantes, no hubo respuesta. Tal vez Said lo interpretara como la señal de menosprecio que seguramente esperaba, pero la realidad era que Muhammad no sabía cómo empezar aquella entrevista.

–¿Dónde nos vimos por última vez, Said?

La pregunta debió de sorprenderle, porque tardó en responder y lo hizo de forma dubitativa.

–En la residencia del gobernador, en Saraqusta.

–Antes de que alzarais vuestras armas contra mí.

–Sabes que nuestro padre se vio abocado a hacerlo. No era ésa nuestra intención cuando acudimos a la capital.

–¿Tampoco lo ha sido ahora, cuando habéis aguardado a que partiera el ejército de Qurtuba para atacarme?

–Vamos, Muhammad, ¿qué pretendes? No voy a excusarme ahora por todo lo que ha sucedido. Así ha querido Allah que sean las cosas, ni tú ni yo podemos torcer su voluntad.

Muhammad emitió un sonido de despecho y se dio la vuelta.

–¡La voluntad del Todopoderoso! ¿Cuál será el desmán que no se haya cometido en su nombre? – exclamó mientras se dirigía al escabel que había ocupado un momento antes-. A veces pienso que Allah debería manifestarse con más frecuencia… ¡para fulminar con la fuerza de un rayo a cuantos invocan su voluntad con semejante ligereza! Dices que no vas a excusarte, pero a continuación te escondes de nuevo tras el nombre de Allah.

–Será mejor que nos ahorremos los discursos morales. No he venido aquí para escuchar sermones propios de un alfaquí, sino para negociar contigo la liberación de mi padre.

–¿Y yo debo negociar contigo?

–Mi padre y tú os habéis enfrentado, la realidad es así, y es también cierto que la fortuna te ha sonreído esta vez. Por ello estoy aquí, desarmado, para reconocer tu triunfo y comunicarte nuestra propuesta… si es que por fin me permites hablar.

Muhammad asintió y señaló a Said el escabel de madera y cuero que había a su lado.

–Siéntate y habla.

–Nuestro único deseo es la liberación de mi padre, y de los Ibn Fortún, nuestros

primos de Tutila. Te pedimos que nos indiques un castillo al que retirarnos, y dejaremos de ser una preocupación para ti.

Muhammad compuso un gesto de desconfianza.

–¿Y hasta cuándo? Sólo hasta que consigáis volver a reunir un número suficiente de seguidores o establezcáis una alianza de conveniencia que os permita convertiros otra vez en una amenaza.

–Sólo el tiempo suficiente para que acudas de nuevo a nosotros.

En esta ocasión, el gesto de desconcierto fue espontáneo.

–Muhammad… -siguió-, tu propio padre, Lubb, rompió los lazos con el resto de sus hermanos durante años. Cuando regresó, Ismail fue uno de los que aceptaron sus razones, y juntos reafirmaron la alianza que nos ha permitido recuperar el dominio de gran parte de la Marca.

–¿Y deseas que ahora yo ignore que hace apenas unas jornadas pretendíais lanzar contra mí un ejército de siete mil hombres?

–Te he expuesto mi petición. Sé que tú solo no podrás hacer frente a las amenazas que penden sobre la Marca. Más pronto que tarde necesitarás apoyos, y ése será el momento del reencuentro. El emir no busca aliados, sino súbditos, y para ello ha colocado a tu espalda a la tribu de los tuchibíes. Con Uasqa conforman una pinza sobre Saraqusta, y cuando convenga a los intereses de Qurtuba esa pinza se cerrará. Además, acabas de regresar de dar muerte al rey de los vascones. ¿Cuánto tardará su hijo en aliarse con los yilliqiyun, con los condes de Aragun o con los francos para atacarte?

Muhammad miró sorprendido a Said. No diferían demasiado en edad, pero jamás habían tenido ocasión de tratarse. Al hablar, aunque quizá lo hiciese forzado por las circunstancias, descubría en él a un hombre que nada tenía que ver con su padre. Permaneció un instante con la mirada extraviada al frente, y de nuevo fijó su atención en el rayo de sol, que ahora, en los momentos previos al ocaso, penetraba casi en horizontal por encima de sus cabezas. Poco a poco, de forma casi imperceptible, fue perdiendo intensidad, y las partículas que flotaban en el aire acabaron por desaparecer a la vista.

Un carraspeo de Mijail lo devolvió a la realidad.

–Te diré cuáles son mis condiciones. Mañana, tú y tus hermanos recorreréis el contorno para reunir a todas las tropas. Todas. Las que conducía tu padre desde Tutila y las que vosotros trajisteis de Saraqusta. Las reuniréis delante de estas murallas, e Ismail se dirigirá a ellas desde la almena más alta para renunciar a su caudillaje. Deberá dejar muy claro que, a partir de este día, a mí deberán lealtad y obediencia, como heredero del primogénito de Musa.

Said acabó asintiendo con un gesto casi imperceptible, y Muhammad continuó hablando:

–Como ves, pido la lealtad de las tropas que hasta ahora os obedecían, mi ingenuidad no llega hasta el extremo de pedir también la vuestra. Pero después saldréis hacia Baqira, la fortaleza más alejada dentro de nuestros dominios, y fuera del territorio en el que Ismail ha venido ejerciendo su mayor influencia. Sólo os acompañarán algunos de vuestros fieles, permaneceréis vigilados, y siempre bajo las órdenes del *wali* de aquella *madinat.*

–Nos destierras.

–¿Desterraros? Ofendes a los siempre leales habitantes de Baqira… Os envío a reforzar la defensa de unos de nuestros principales bastiones con los mejores de vuestros hombres.

–¿Cuánto tiempo? – dijo Said por toda respuesta.

–¿Tiempo? – En el rostro de Muhammad se dibujó una sonrisa cargada de ironía-. Eso sólo Allah lo sabe, y no seré yo quien pretenda torcer su voluntad.

Capítulo 60

Saraqusta

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

A Muhammad ibn Abd al Rahman ibn Al Hakam, por Su poder rey de Al Andalus, el primero de tal nombre.

Allah tiene en sus manos el poder y la justicia y otorga su favor a quien se hace merecedor de él, sin que nada ni nadie pueda oponerse a su designio, pues escrito está en el Libro que nada hay capaz de torcer su palabra.

El martes, a tres días del final de Rabí al Thani, este súbdito vuestro tuvo noticia de la rebelión en ciernes que sus propios parientes tramaban contra tu autoridad, expresada en el nombramiento que vuestro propio hijo, Al Mundhir, dejó rubricado y sellado en el pergamino que ahora tengo a mi diestra. Fue mi tío Ismail ibn Musa quien, junto a sus tres hijos y sus tres sobrinos de la madinat Tutila, salió contra mí al frente de siete mil hombres, a los que dispuso en torno a la alcazaba de Al Burj, tanto por el frente como por el monte que se alza a su espalda, buscando la traición y el engaño.

Pero quiso Allah iluminar mi entendimiento para apostar informadores en todos los puntos de su camino, y de esta forma trajo a mí el conocimiento de lo que tramaban a mis espaldas. Mis hombres atacaron esforzadamente a la avanzadilla que había de advertirles de nuestra presencia en los montes, y atrajeron así a nuestra celada a los cabecillas, Ismail el primero, quien, consciente de la voluntad del Todopoderoso de hacerlo su prisionero, no ofreció resistencia.

Puesto que ninguna fuerza tenían ya, no hice por darles más castigo que el merecido destierro, y en la fortaleza de Baqira aguardan a que el designio de Allah mude su destino o por el contrario allí los retenga hasta el fin de sus vidas.

El mismo día de su partida, todas sus tropas vinieron a mí y, reunidas con las que ya me eran fieles, no hicieron sino seguir a su caudillo natural hasta los muros de Saraqusta, que abrió sus puertas alborozada para acoger a quien de ella había salido sólo unos meses antes en muy diferentes circunstancias.

Quiero daros a conocer cómo ha obrado Allah en estas tierras desde la marcha de vuestro hijo y heredero Al Mundhir y de vuestro esforzado hayib, Abd al Aziz ibn Haxim. En nombre del pueblo de los Banu Qasi, por la lealtad que a ellos tuve ocasión de expresar y por la alta consideración en que os tengo, quiero haceros partícipe de tan buena nueva y compartir con vos, protegido tras los muros de Saraqusta, la alegría que el favor del Todopoderoso me ha concedido.

Recibid mi deseo de la más cercana colaboración para alcanzar nuestros comunes objetivos, si Allah lo quiere.

Que Él os guarde a vos y a los vuestros y os libere en el futuro de las desdichas del pasado.

En Saraqusta,
En el quinto día de Yumada al Awal,
Año 269 después de la hégira.
Tu servidor,

Muhammad ibn Lubb ibn Musa

Muhammad rubricó el escrito bajo su nombre y depositó con cuidado el cálamo en su soporte, para evitar que una inoportuna gota de tinta arruinara el trabajo que con tanto esmero había querido concluir personalmente. Tomó el pergamino y lo sostuvo sobre el fuego que ardía en la pared de la única sala recogida y acogedora de aquel edificio enorme y frío donde se ubicaba la residencia del gobernador. Imprimió un ligero movimiento de vaivén para evitar que el pergamino se oscureciera por el exceso de calor y, cuando comprobó que la tinta se había secado por completo, regresó al viejo escritorio de taracea, donde lo leyó por última vez. Al hacerlo no pudo contener una sonrisa. Aquel tipo de correspondencia iba siempre cargada de los habituales giros retóricos, fórmulas de cortesía y referencias obligadas, pero aquel pergamino en concreto rezumaba hipocresía y falsedad. Ni creía en los méritos de Allah por encima de los propios, ni se consideraba el servidor de nadie, pero si algo recordaba de las enseñanzas de su padre era que la política exigía a veces este tipo de sujeción a las reglas.

Pocos hombres habrían tenido como él ocasión de tratar con reyes y príncipes, ni habrían tenido oportunidad de estudiar su forma de conducirse. Si lo que pretendía en adelante era actuar en el ámbito de la política, como en su día hiciera su abuelo Musa,

y no como un simple cabecilla de algaradas provincianas, tenía que aprender a utilizar su lenguaje, del que a veces se podía extraer más información leyendo entre líneas.

Enrolló el pergamino y lo ató con una lazada. A continuación, tomó la barra de lacre y una de las lamparillas de aceite, y con el calor de la llama hizo que varias gruesas gotas se deslizaran sobre el borde del pliego, cubriendo también el extremo del lazo. En ese instante aplicó con fuerza el sello que acreditaba a su poseedor como gobernador de Saraqusta.

Capítulo 61

–¡Padre, ya se acercan! ¡Escucha los ladridos! – gritó Lubb.

Muhammad rio con ganas ante la cómica impaciencia de su hijo.

–Si no dejas de vociferar, el trabajo de todos esos hombres no servirá de nada -señaló-. Sujeta fuerte las riendas con la mano izquierda y empuña el venablo con la diestra, como me has visto hacer a mí.

El muchacho respiraba agitadamente y observaba la vereda con las pupilas dilatadas por la emoción, a la espera de que las primeras piezas surgieran de la espesura huyendo de los gritos y las varas de los monteros y de las fauces de los sabuesos. Por vez primera, Muhammad le había cedido aquel lugar de privilegio, y no podía dejar escapar la oportunidad. Las ramas se agitaron con fuerza antes de que un grupo de venados saltara al camino buscando una vía de escape, y Lubb puso los ojos en un macho de espléndida cornamenta. Todo sucedió muy rápido para él: jaleó a su caballo y le oprimió los costados para que se interpusiera en la trayectoria del animal, que por un instante se vio sin escapatoria. Lubb alzó el brazo y aprovechó el momento de indecisión de la presa para apuntarle hacia el pecho antes de lanzar el venablo. En ese momento, el venado arrancó de nuevo hacia el hueco entre el caballo y la maleza, y la jabalina chocó contra el hueso de su anca antes de caer al suelo.

Lubb apretó los dientes con rabia. Se tiró del caballo y corrió a recoger el arma, a tiempo aún de enfrentarse, a pie esta vez, a los rezagados, que corrían acosados ya por los perros. Volvió a alzar el proyectil y, con un grito de coraje, lo lanzó contra el pecho de un macho joven que, despavorido, se precipitaba hacia él. El animal se desplomó, pero con el impulso de la carrera arrolló a Lubb y el astil del venablo le golpeó el rostro con violencia.

Durante un instante perdió la noción de la realidad pero, de inmediato, escuchó la voz de su padre.

–¡Lo has hecho, muchacho! ¡Lo has hecho!

Lubb se incorporó y se llevó la mano a la cara dolorida. Cuando la retiró, estaba ensangrentada, pero en ese momento vio a su costado el cuerpo sin vida de su primera pieza, y un calambre de euforia le recorrió el cuerpo. Luego llegaron las felicitaciones. Más allá, había piezas abatidas por otros cazadores, pero parecía ser él quien suscitaba la atención de todos. Sin embargo, más que por los golpes cariñosos que recibía en la espalda, disfrutó observando los gestos de aquellos otros hombres hacia su padre, que sonreía satisfecho sin apartar la mirada de él.

Se dirigió al torrente que discurría por el fondo de la vaguada, se lavó las manos y se limpió la sangre del rostro con el agua helada. A pesar del dolor, que pugnaba por abrirse paso, no recordaba haberse sentido tan bien en su vida.

Las colinas arboladas donde había tenido lugar la montería se encontraban a sólo

dos millas de Saraqusta, en la dirección hacia la que se orientaban las mezquitas de la ciudad. La reata de mulas que al amanecer habían hecho el camino descargadas, ahora regresaban con la grupa hundida por el peso de venados, corzos y jabalíes, y el muchacho de doce años que aquella mañana había cabalgado junto a su padre lleno de incertidumbre ahora se sentía como el hombre que era, después de haber cobrado su primera pieza.

–Tu madre también se sentirá orgullosa.

–Supongo que sí, pero sólo es una partida de caza -respondió Lubb restándole importancia.

–No es poco, sobre todo después de ver cómo lo has hecho. Has sabido sobreponerte a un primer fracaso, y no te has dado por vencido. Un niño hubiera permanecido allí, inmóvil, lamentándose. Pero tú te has tirado del caballo y no has dejado pasar la segunda oportunidad, has puesto en juego todas tus energías para conseguir lo que querías. Ése es el secreto del triunfo… y ésa la actitud que marca la diferencia entre unos hombres y otros.

Lubb escuchaba en silencio pero henchido de orgullo. Jamás su padre le había hablado así. Recordaría aquel día mientras viviera.

–Sin embargo, hay una lección que debes aprender… ¿por qué crees que has fallado en el primer intento?

–Era muy grande, el cuero era duro, y el venablo no lo ha podido atravesar.

Muhammad asintió y sonrió.

–Eso es. En la vida siempre debes medir a tus enemigos, saber a quién te enfrentas. A veces es más inteligente retirarse a tiempo que enfrentarse a retos imposibles, llevado por un exceso de ambición.

Lubb reflexionó sobre aquellas palabras mientras atravesaban el cauce del Uadi Uarba sobre un azud.

–¿Por eso te retiraste de Saraqusta? ¿Para evitar enfrentarte a Ismail? ¿Sabías que ibas a tener una segunda oportunidad?

Muhammad rio.

–No, hijo. No siempre hay una segunda oportunidad. Pero si llega, hay que aprovecharla -dijo mientras extendía el brazo para alborotar los cabellos de Lubb.

–¿Cuándo cazaste tu primer venado?

Muhammad trató de hacer memoria.

–Debía de tener tu edad, quizás algo más, en Tulaytula. Entonces mi padre era gobernador de aquella ciudad. Una *madinat* preciosa, fascinante, espero que algún día tengas ocasión de conocerla. Eso fue antes de…

Muhammad se interrumpió, y Lubb no comprendió que su padre prefería no continuar.

–¿De qué?

–Bueno, antes de que Musa sufriera la derrota de Monte Laturce a manos de Ordoño… y de que mi padre se apartara de él.

–Nunca me has hablado de Musa. Si es cierto lo que se dice de él…

–Lo es, fue un hombre grande. Con un par de años más que tú, su ayuda resultó fundamental para que los Banu Qasi arrebataran la *madinat* Tutila de manos del general Amrús. Él y el rey de Banbaluna fueron hermanos de sangre. Y mantuvieron su alianza frente a todos, hasta la muerte de Enneco.

–De Musa quizá pueda contarte yo más cosas. – Lubb sonrió-. Hay oficiales en Saraqusta que sirvieron a sus órdenes, y todos lo admiraban. Las historias corren aún de boca en boca.

–También en Tulaytula se hablaba de él con admiración… y en Asturias. Entre los asturianos se le conocía como el Tercer Rey de Spania.

–¿Por qué el tercero?

–Después del emir de Al Andalus y del propio rey Alfonso, era el caudillo que más tierras dominaba en la Península, desde Nasira hasta Turtusa.

–Padre, pero ahora, con Ismail y con tus primos retenidos en Baqira, también tú…

Muhammad sonrió, y a continuación hizo un gesto que hizo pensar a Lubb que su apreciación no andaba del todo descaminada.

–Me agrada poder conversar contigo sobre estos asuntos, era hora de ponerte al tanto. Quizá lleves algo de razón, pero los tuchibíes nos amenazan aún, al menos hasta que el emir dé respuesta a mi petición de asumir también la autoridad de sus ciudades. Y los Banu Amrús siguen en Uasqa. Además, ahora los vascones no son aliados nuestros, sino de Alfuns.

–Pero tú eres de nuevo amigo del emir, y has reconquistado Saraqusta…

Muhammad comenzaba a divertirse con aquellas preguntas cargadas de ingenuidad, y respondió riendo.

–Descubrirás que en política la palabra «amistad» a veces no tiene gran valor. Por otra parte, yo nunca he cruzado una palabra con el emir, sólo lo he hecho con su hijo y con el *hayib*. La situación es provisional, y no sé cómo va a reaccionar Qurtuba ante los últimos acontecimientos.

Alcanzaron la puerta meridional entre los curiosos que se acercaban a contemplar las piezas cobradas con muestras de alborozo.

–¡Mirad ese de ahí! – señaló Muhammad entre risas-. ¡Mi hijo Lubb le ha dado muerte!

–¡Padre! – refunfuñó el muchacho.

–No te avergüences, deben empezar a conocerte, y es bueno que hablen de ti.

Avanzaron por la calle principal hasta el centro de la urbe, donde se alzaban los edificios principales, y penetraron en el palacio del gobernador. Un nutrido grupo de mozos y sirvientes se hicieron cargo de las cabalgaduras y de las mulas que portaban

las piezas de caza, que esa misma tarde se faenarían para proceder al reparto en cuanto amaneciera. Sin duda en los próximos días en más de una mesa de Saraqusta se degustarían buenos guisos de venado, y la carne que no pudiera consumirse sería conservada en sal para el resto del invierno. Pero Lubb no se apartaba de la mula que cargaba con el suyo.

Divisó a su madre, que, alertada por las voces, se había asomado a la balaustrada de la planta superior. Sus jóvenes hermanos, Musa y Yusuf, bajaban ya dando saltos la escalinata de madera que unía la galería con el patio del edificio.

–¿Lo has cazado tú? – preguntó el mayor con asombro.

Lubb asintió, orgulloso.

–¡Teníais que haberlo visto! Se bajó del caballo y se enfrentó a él armado sólo con su venablo…

–¿Y tú has permitido que haga eso? – inquirió Sahra, que se acercaba por detrás.

–Me temo que tu hijo ya no pide permiso para algunas cosas -bromeó Muhammad.

Sahra se acercó y abrazó a su hijo.

–Habrá que curar esta herida -dijo con una mirada de reproche dirigida a Muhammad.

El dio una palmada al aire con la mano derecha.

–¡Mujeres! ¿Quién las entiende? – exclamó sin abandonar el tono jocoso.

–¡Hombres! – repuso ella-. A juzgar por tus ropas, se diría que has luchado cuerpo a cuerpo con un oso. Será mejor que te quites pronto esos trapos mugrientos y ensangrentados: hay un correo que te espera desde el mediodía.

–¿Un correo? – se extrañó Muhammad.

–Te aguarda en la sala principal. Ha llegado desde Qurtuba, e insiste en entregarte un pergamino en persona. Dice que sus órdenes son estrictas.

–En ese caso no le haré esperar. Si viene desde Qurtuba no tendrá mejor aspecto que yo.

El mensajero se levantó en cuanto se abrió la puerta. Muhammad entró en la sala ya en penumbra y, en contra de lo que había pensado, pudo comprobar que el aspecto del jinete era pulcro.

–Veo que has aprovechado la espera -dijo a modo de saludo.

–Así es, *sahib*. He tenido oportunidad de pasar por el *hammam* y se me ha tratado espléndidamente en la cocina. Pero he querido esperar aquí para entregarte el pergamino cuanto antes y en persona.

–¿Quién lo envía? – preguntó Muhammad mientras se acercaba.

–Procede de la secretaría del emir, *sahib*. Está fechado hace sólo nueve días.

–¿Nueve días? – se extrañó-. ¿Has llegado desde Qurtuba en nueve días?

–He utilizado nuestro sistema de postas. Con buen tiempo, y cambiando de

montura, no es descabellado recorrer cuarenta, incluso cincuenta millas cada día -respondió con orgullo el joven jinete a la vez que le hacía entrega del rollo.

Muhammad lo tomó y comprobó el sello. Efectivamente, se trataba de la marca del soberano. No pudo evitar una sensación extraña en el estómago, y rompió el lacre para desenrollar el pliego, pero comprobó que la luz era ya insuficiente para leer los apretados caracteres árabes del documento. Prendió, una tras otra, media docena de lamparillas que pendían del mismo soporte y se colocó bajo ellas. A medida que recorría el texto con la vista, su rostro se fue demudando, hasta que, con una lentitud reveladora, depositó el despacho sobre la mesa que se encontraba tras él. Permaneció apoyado en su borde, lívido, con la mirada fija en el ventanal de la pared opuesta, donde el ocaso teñía de rojo el horizonte con las últimas luces del día.

–Sahib…

Muhammad parecía haber olvidado la presencia del correo, y alzó la vista, sorprendido.

–*Sahib*, hay algo más que debes saber. Antes de abandonar Qurtuba fui reclamado por el *hayib* Haxim. Casi en secreto, en sus dependencias privadas, me pidió el rollo y levantó uno de los extremos para hacer una anotación. La encontrarás en el reverso.

Muhammad se dio la vuelta, tomó el pergamino, que había vuelto a enrollarse, y colocó la cara sin pulir bajo la luz. En una de las esquinas, con letras grandes para compensar lo basto de la superficie, leyó la breve nota: «Lamento no haber podido evitar esto. Abd al Aziz.»

Capítulo 62

–¿Alguna novedad? – preguntó Mijail a uno de los guardias.

–Sólo permitió entrar a su esposa a primera hora de la noche durante unos breves momentos.

–¿Viste algo?

–Estaba sentado -dijo con voz queda-. Se limitaba a mirar las sombras que las lámparas proyectaban sobre el techo. Ni siquiera volvió la cabeza cuando entró Sahra. Luego la puerta se cerró y no vi más hasta que ella regresó a sus aposentos.

–¿Y después?

–La luz ha estado encendida toda la noche, pero ha salido de madrugada, para evacuar, supongo. Luego ha permanecido un largo rato en la terraza, a la intemperie, contemplando el amanecer, hasta que hace poco, aterido, se ha vuelto a encerrar.

–Debería entrar…

El guardia negó con la cabeza.

–Ha dado orden de que no se le moleste. Nadie.

–¡Mijail!

La llamada desde el interior sobresaltó a ambos.

–¡Entra! Estoy oyendo tu voz.

Cruzaron una mirada de sorpresa, y el oficial oprimió el pomo de la puerta.

–¡Buen día, Mijail!

Muhammad se encontraba en pie junto a la mesa, y se acercó con paso decidido para tomar por el hombro al oficial.

–Tenemos mucho de que hablar -anunció sin asomo de pesadumbre.

–¿Malas noticias?

–No lo sé, Mijail. En ocasiones lo que puede parecer un contratiempo acaba convirtiéndose en una oportunidad. Juzga por ti mismo -dijo al tiempo que le tendía el pergamino-. El emir nos exige la entrega de Saraqusta y de todos los prisioneros. Parece que incluso ha nombrado un nuevo gobernador entre sus generales, y ya se dirige hacia aquí.

–¡No puede pretender tal cosa! – exclamó el oficial mientras avanzaba por el texto sorteando los cargantes circunloquios.

–El emir es muy claro, y quizás eso sea lo mejor.

Mijail dejó que el pliego se enrollara de nuevo y entonces reparó en la nota del envés.

–¿Quién es Abd al Aziz?

–¡Ah, eso, sí! Es el *hayib*. Debe de sentirse agradecido por la liberación de su hijo -dijo Muhammad quitándole importancia.

–¿Qué vas a hacer? – preguntó con tono grave.

–He reflexionado durante horas, Mijail, he dado vueltas a todas las posibilidades, pero la realidad se impone. El emir no confía en nosotros, eso es evidente. No reconoce nuestra autoridad sobre Saraqusta, y se niega a rebajar las prerrogativas de los tuchibíes de Qala't Ayub.

–En ese caso la desconfianza es mutua -reconoció Mijail.

–Estoy seguro de que Haxim ha defendido la necesidad de que el emir nos reconociera oficialmente como señores de Saraqusta. Quizás Al Mundhir tuviera dudas, y una negativa tajante del emir habrá acabado por decidir el asunto.

–Pero ¿por qué esa negativa? Has puesto Saraqusta en sus manos, algo que no podían soñar hace sólo unos meses.

–Quiere Saraqusta en sus manos, pero sin terceros. Quizá consideró un error el nombramiento de Musa como gobernador al inicio de su mandato, y no está dispuesto a repetirlo conmigo.

–Ahora es cuando comete un error.

–Pero tal vez sea mejor para nosotros, después de todo.

–¿Qué quieres decir? No puedes enfrentarte a todos tú solo. Ni siquiera vuestro clan está unido para hacer frente a la amenaza de Qurtuba.

–He procurado la reconciliación con Qurtuba, y el emir responde con un revés. Volvamos pues la cabeza. La familia y la sangre siempre han tenido gran peso en las decisiones de los Banu Qasi.

–¿Vas a intentar la reconciliación con Ismail?

–Recuerdo la entrevista con Said, mi primo. No es como su padre, y ha demostrado inteligencia y visión de futuro: él mismo me advirtió de que esto ocurriría.

–También tú lo sabías.

–Lo que ninguno imaginaba es que sería tan pronto. En aquella conversación Said dejó abierta la puerta a un entendimiento.

–Y crees que ha llegado el momento de cruzar esa puerta.

Muhammad asintió.

–¿Irás a Baqira?

–Hazlos venir, a todos. Trae a Ismail, a sus hijos y a los hijos de Fortún. Y convoca al Consejo para dentro de una semana.

–¿Has pensado que coincidirá con las celebraciones cristianas de la Navidad?

–En ese caso nos uniremos a ellas. Para entonces espero tener buenos motivos para entrechocar nuestras copas.

Cuando Mijail se dirigió a la puerta, su ánimo tenía poco que ver con la preocupación que le embargaba al entrar, pero aún se volvió inseguro cuando Muhammad le llamó de nuevo por su nombre.

–Dos cosas más: no hables todavía con nadie sobre el contenido de ese

pergamino, prefiero ser prudente y administrar la información a mi antojo. Tampoco mis parientes deben conocer el motivo de mi llamada.

–¿Y la segunda? – preguntó Mijail al ver que Muhammad callaba.

–Necesito a alguien en quien delegar mi autoridad… alguien cuyas órdenes sean acatadas como si fueran mías -respondió pausadamente-. Has demostrado ser mi mejor oficial, y un hombre fiel en quien puedo confiar. Lo anunciaré en ese Consejo, pero considérate ya mi jefe militar.

Capítulo 63

La ciudad amaneció cubierta con una fina capa de nieve, lo que provocó que Muhammad pasara inquieto la primera parte del día. El frío era intenso, y las calles no habían tardado en convertirse en un lugar peligroso en el que hombres y bestias resbalaban sobre el hielo. Por fortuna, el sol ya se había abierto paso, y las últimas delegaciones fueron llegando a Saraqusta a lo largo de la mañana.

Ismail y todos sus primos llevaban dos días en la ciudad, parcialmente recluidos en las dependencias de la alcazaba. Gozaban de una relativa libertad de movimientos dentro de sus muros, pero las picas de los guardias se habían interpuesto en su camino cuando trataron de acceder al exterior. No habían sido recibidos por Muhammad, ni siquiera se les había proporcionado ningún tipo de explicación acerca de aquella precipitada convocatoria, y la especulación y el desconcierto se habían adueñado de sus conversaciones. A primera hora de la tarde, se les condujo a la residencia del gobernador, la misma que Ismail había abandonado hacía tan sólo unos meses tras perder el cargo que ahora ocupaba su sobrino.

Pocos cambios se habían producido, quizá porque poco podía cambiarse en aquel lugar de equipamiento austero y funcional. Atravesaron el patio central circundado por el familiar balaustre del piso superior y se encaminaron a la puerta del frente, que daba acceso a la gran sala, donde se celebraban los acontecimientos más importantes de la vida de la ciudad. Hubieron de esperar en pie, sin intercambiar una sola palabra con los oficiales que los escoltaban, los mismos hombres que poco tiempo antes obedecían sus órdenes.

La gran puerta se abrió por fin desde el interior, los guardias se apartaron, e Ismail, sus hijos y sus sobrinos se encontraron con una estancia en la que sin duda se estaba sosteniendo una acalorada discusión, y cuyos ocupantes, todos ellos miembros del Consejo, exhibieron un gesto de extrañeza ante los recién llegados.

La voz de Muhammad se impuso a las demás.

–Como veis, les he hecho venir -anunció-. Son los principales implicados en esto, y he considerado que debían estar presentes. Adelante, tomad asiento.

El anciano Ismail miraba a derecha e izquierda tratando de componer una pose de dignidad. Sin duda reconocía a la mayoría de los presentes, y se mostró decidido a aceptar la sugerencia del que, seguro que muy a su pesar, era ahora su anfitrión. Los soldados de la guardia se dispusieron ante la puerta, en pie y hombro con hombro.

–Said, Musa, Muhammad -nombró a medida que entraban tras su padre-. Musa, Lubb e Ismail, los tres hijos de Fortún -continuó-. Estamos todos.

Muhammad dejó que ocuparan sus sitios y se colocó en el centro de la estancia. Durante un instante permaneció en silencio, quizá pensando en cómo enfocar su discurso. Por fin empezó a hablar dirigiéndose a los recién llegados.

–Sin duda os preguntaréis por qué os he hecho venir, tan sólo unas semanas después de vuestro… destierro, como lo llamáis.

Muhammad hizo una pausa algo teatral, mientras caminaba en círculos con las manos a la espalda, ante el silencio y la expectación de todos.

–Me temo que no puedo daros buenas noticias. Y voy a ser directo, no soy partidario de dilatar estas situaciones…

Se plantó ante ellos, miró a Ismail directamente a los ojos y lo dejó caer:

–El emir exige vuestras cabezas.

Un murmullo de sorpresa salió de las gargantas de todos los miembros del Consejo. Los interpelados, en cambio, quedaron mudos. Muhammad permaneció inmóvil, serio, mientras dejaba que la información calara hondo en sus destinatarios, y la gradual palidez de sus rostros, el gesto descompuesto de alguno de sus primos, le indicaron que el efecto que buscaba se estaba produciendo.

Ismail no soportó más el silencio.

–¿Qué juego es éste, Muhammad? ¿Pretendes impresionarnos? ¿Qué más quieres de nosotros?

–¿Acaso dudas de mis palabras?

Ismail torció la boca en un gesto que no aclaraba el sentido de su respuesta, y entonces Muhammad hizo una señal a Mijail, que se acercó con un pergamino en la mano.

–¿Conoces el sello del emir? ¿Es éste? – dijo al tenderle el documento.

Ismail no respondió, se limitó a desplegar el rollo. Durante unos instantes pasó la vista sobre el escrito, pero volvió a alzarla moviendo la cabeza en señal de negación.

–Mi vista no alcanza ya -dijo mientras tendía el pergamino a Said, el más cercano de sus hijos.

Todos aguardaron expectantes mientras leía el documento. Sólo dos personas estaban al tanto de su contenido, y en la espera intercambiaron una mirada de complicidad.

–Lo que dice es cierto. El emir exige nuestras cabezas…

El murmullo de asombro que se había extendido por la sala se convirtió en un descomunal vocerío que impidió oír el resto de las palabras.

Muhammad pidió calma.

–Afortunadamente para vosotros, no son sólo vuestras cabezas lo que me exige Qurtuba… -dijo con voz potente-. Si así fuera, posiblemente no estaríais ahora aquí. También reclaman que entregue el control de Saraqusta.

–¿Saraqusta? ¡Eso nunca! – gritó alguien.

Muhammad sonrió satisfecho, se estaba alcanzando el punto de tensión que buscaba. Alzó las manos con las palmas abiertas para imponer silencio.

–Desde que llegó este pergamino hace una semana, he tenido tiempo de

reflexionar… y de tomar una determinación. Pero falta que esta tarde me deis vuestro apoyo.

–¡No entregues Saraqusta! – se oyó.

–Esa es mi propuesta -declaró con voz potente y la vista fija en quien había gritado-. Bien claro he podido ver que lo que en realidad busca el emir es acabar con el dominio que nuestra familia ha mantenido en el Uadi Ibru durante generaciones. Su apoyo a esos perros tuchibíes avala lo que digo.

De nuevo comenzó a deambular por delante de los reunidos, con las manos a la espalda y la mirada en sus propios pies.

–Pero esta actitud que parecéis apoyar nos llevará a un nuevo enfrentamiento con Qurtuba -dijo, iniciando lo que más parecía un monólogo-. Y es impensable una guerra contra el emir si persiste el enfrentamiento entre nosotros. Eso es, precisamente, lo que puede salvar vuestra vida…

Sus primos lo miraron sin responder, pero de sus rostros comenzaba a desaparecer el temor.

–Podría negociar vuestra entrega, y a buen seguro sería bien recompensado, quizá con el mismo gobierno de Saraqusta una vez que el emir obtuviera esa prueba de mi lealtad…

Tras exponer esta posibilidad, hizo de nuevo una prolongada pausa.

–Pero con cuatro Banu Qasi crucificados en Qurtuba ya es suficiente. Una vez desechada esa posibilidad, cualquier alternativa será mejor para vosotros. He decidido volver a la situación anterior, la situación que nos ha hecho grandes desde los tiempos de Musa: un clan unido, con un solo caudillo reconocido por todos.

–No hace falta explicar que ese caudillo eres tú.

Muhammad, alzando las cejas, hizo un expresivo gesto con las manos que indicaba lo evidente de la respuesta.

–Sin embargo, no os impondría algo así sin ofreceros nada a cambio, Ismail. Quiero que de aquí salga un tratado que nos lleve a la unidad que nunca debimos romper. Es lo que Musa, tu padre, hubiera querido, lo que nos pidió en el momento de su muerte.

Se colocó delante de sus primos.

–Os propongo acabar con cualquier restricción a vuestros movimientos, seréis libres. Tú, Ismail, regresa con tus hijos a Munt Sun si es tu deseo, ocupa de nuevo la Barbitaniya, Larida… Vosotros sois los hijos de Fortún y, como vuestro padre, siempre habéis estado ligados a la *madinat* Tutila. Seguid allí, y gobernadla en nombre de los Banu Qasi… en mi nombre. Continuad haciendo de ella el lugar que Musa nunca quiso abandonar.

Los siete hombres sentados frente a él lo contemplaban ahora con rostro más sereno, y todos los miembros del Consejo escrutaban en medio del silencio cada

ademán, cada movimiento, a la espera de una reacción.

Fue Said el que giró la cabeza hacia el resto e intercambió unos simples gestos que bastaron para convencerse de lo que habría de decir.

–Sabes, Muhammad, que hace sólo unos meses mantuvimos una conversación, y en ella te anuncié que este momento habría de llegar. Lo ha hecho antes de lo que pensábamos. Por las impresiones recogidas estas semanas en Baqira, creo hablar en nombre de todos…

Se interrumpió para interrogar a los otros con la mirada… y de nuevo percibió su asentimiento.

–Creo hablar en nombre de todos -repitió- al aceptar el acuerdo que propones.

Durante un largo instante, el silencio se instaló en la sala, luego uno de los valíes chocó las palmas una vez, después otra, y poco a poco se le unieron algunos más, hasta que el Consejo al completo estalló en un aplauso ensordecedor que, sin necesidad de más formalismos, sancionaba el nuevo compromiso.

Las miradas, cargadas de emoción, se centraban en el grupo de hombres que, ahora en pie, ocupaban el centro de la sala. Los más observadores tal vez apreciaran que Ismail y Muhammad se habían acercado, aunque ninguno de ellos se atrevió a dar un paso más, ambos indecisos. Durante un tiempo permanecieron próximos, posiblemente temerosos de la reacción del otro, a pesar de que sus miradas seguían cruzándose. Fue Ismail el que dio un paso al frente, abrió los brazos tímidamente y, entonces sí, Muhammad terminó de volverse hacia él y los dos hombres se fundieron en un abrazo. Después, en medio de la ovación del Consejo, todos los demás imitaron a Ismail.

Capítulo 64

Muhammad entró en sus dependencias privadas bien entrada la noche. Se asomó a la amplia alcoba donde descansaban sus tres hijos mayores, y y sintió el tibio calor del fuego que ardía en un extremo de la estancia. Sonrió al contemplar los tres bultos inmóviles abrigados en gruesas mantas, y se dio la vuelta para salir.

–Estoy despierto, padre -susurró Lubb.

Muhammad se acercó al lecho y acarició el cabello del muchacho.

–Debes dormir, es tarde.

–Es que no puedo… Pienso en lo que ha sucedido en el Consejo.

–¿Y qué sabes tú de eso? – rio en voz baja.

–Estaba allí…

–¿Que estabas allí? – dijo Muhammad entre sorprendido y enojado-. ¿Quién te permitió el paso?

–Fue Mijail, aunque me pidió que lo mantuviera en secreto.

–Hummm, el primer servicio de mi nuevo jefe militar… tendré que hablar con él de esto.

–¡No, por favor, padre! – rogó el muchacho sinceramente asustado, al tiempo que se incorporaba-. ¡Sabrá que te lo he contado! Nunca volvería a confiar en mis promesas.

–Está bien -concedió Muhammad-. Pero cuéntame dónde has estado.

–Me he colocado detrás de los valíes y de los oficiales. Todos sonreían al verme y me ocultaban.

–¡Habré de acusarlos de traición! – bromeó.

–Hay muchas cosas que quería preguntarte…

–Es tarde, hijo mío. Mañana habrá tiempo.

Lubb agachó la cabeza y compuso un gesto de decepción.

–Está bien, está bien. Supongo que te mereces al menos un poco de mi tiempo. Pero mejor coge la manta y acerquémonos al fuego, la noche es fría y así no despertaremos a tus hermanos.

Lubb se puso en pie y, arrastrando la manta, se acercó a las brasas que, apenas sin llamas, azuleaban en el fondo del hogar. Tomaron dos taburetes, se sentaron e iniciaron la conversación que ambos llevaban tiempo esperando. Las preguntas de Lubb repasaron lo ocurrido en la asamblea, hasta que una de ellas sorprendió a su padre sin respuesta.

–Entonces… ¿ahora eres el jefe de todos los Banu Qasi?

–Bueno, algo así -dudó-. Este año han sucedido muchas cosas. Lo ocurrido con Urdún nos enfrentó, y se llegó a lo que nunca debió llegarse, a que las armas se alzaran entre nosotros.

–¿Por qué? – preguntó Lubb lleno de ingenuidad.

–Porque a veces pensamos que los lazos surgidos por intereses políticos son mejores. En ocasiones la ambición, el orgullo y el rencor ciegan nuestro entendimiento -explicó Muhammad mientras removía las brasas con el atizador, levantando nubes de pequeñas chispas-. Pero al final los hechos te hacen descubrir que no hay lazo más fuerte que el lazo de la sangre.

–¿Qué es un lazo de la sangre?

–El que, por ejemplo, nos une a ti y a mí. El que me unía a mi padre hasta que murió. El que me une a mi tío Ismail y a mis primos, y a todos nosotros con el patriarca de la familia, el abuelo Musa.

–Pero, no lo entiendo… Ordoño y yo también…

–Ah, me estás hablando de otra cosa -interrumpió-, de la amistad, de un lazo que a veces puede ser tan fuerte como el de la sangre. Ordoño y tú llegasteis a ser buenos amigos, ¿no es cierto?

Lubb asintió.

–Y lo echo de menos.

–Ésa es una señal de la verdadera amistad. Pero también en este caso su sangre lo reclamaba… y su religión. Ahora estarán celebrando la fiesta del nacimiento de su profeta, como los mozárabes de Saraqusta.

Muhammad había amontonado la leña a medio quemar, y las llamas lamían de nuevo sus bordes.

–Cuando crezcas -siguió- te encontrarás ante situaciones difíciles, en las que todos esos lazos de los que hablamos tirarán en sentido contrario: la sangre, los intereses políticos, el credo, la amistad… Deberás optar. Y desde ahora te advierto que no es fácil -añadió con tono apagado.

Lubb asintió con una expresión de madurez que sorprendió a su padre, y de inmediato se lanzó con la siguiente pregunta.

–Entonces, si eres el jefe de los Banu Qasi, el tamaño de tus tierras es enorme…

–Esas tierras no son nuestras, Lubb. Sólo que quienes las habitan aceptan nuestro dominio sobre ellas y disfrutan de nuestra protección. Son gentes unidas a nosotros por esos lazos de los que te hablaba, la sangre sobre todo, pero también la religión, incluso la amistad. También el interés, el miedo y el afán de seguridad para los suyos…

–¿Cómo son de grandes?

Muhammad no respondió enseguida. Ante la chimenea, las cenizas habían cubierto el suelo con una capa blanquecina, y tomó el atizador para marcar un punto en el suelo.

–Imagina que estamos aquí, en Saraqusta. Este otro punto a su izquierda puede ser Tutila, separada por dos jornadas a caballo. Aquí, al doble de esa distancia,

estarían las ciudades que ocupan el límite de nuestras tierras. Baqira allí, Nasira… y Deyo.

–¿Y por el otro lado?

–Ahí arriba, Uasqa, Munt Sun a su derecha, y más abajo, hacia el oriente, Larida. Y allí, en el extremo de la chimenea, Turtusha.

–¿Y Banbaluna?

–Banbaluna aquí, a la misma altura que Uasqa pero a su izquierda. Y los francos…, ¿sabes dónde están los francos?

Lubb negó con la cabeza.

–¡En medio de las llamas!

Los dos ahogaron la risa.

–Falta Qurtuba.

–Qurtuba… más o menos allí, sobre tu camastro. Y si me preguntas por Bagdad, donde se encuentra el califa… eso debe de caer… ¡en medio del patio!

Muhammad revolvió el pelo de su hijo, y ambos rieron de nuevo con ganas. Luego dibujó una línea sinuosa.

–Éste es el Uadi Ibru, el gran río que cruza todas nuestras tierras, y las hace fértiles. Y mira, esto es lo que me preguntabas, la zona que ahora controlamos.

Mientras lo decía, trazó un óvalo irregular que cubría el hueco de la chimenea casi por completo. Lubb emitió un silbido de asombro.

–¡Eso es mucho!

–Lo es. Ahora falta por saber cuánto tiempo seguirán las cosas así.

–Hasta que tú quieras…

Muhammad esbozó un gesto de escepticismo.

–¡Ojalá los deseos bastaran para hacer realidad todos nuestros anhelos! Tiempo tendrás de descubrir que no es así… Pero ahora sí, basta por hoy -cortó mientras se ponía en pie-. Ya es hora de dormir.

Lubb asintió, se levantó del taburete de madera y, al darse la vuelta, el borde de la manta que lo cubría barrió y redujo a una nube de ceniza el óvalo que su padre acababa de dibujar.

Capítulo 65

Año 884, 270 de la hégira 65
Burbaster

Umar ibn Hafsún contemplaba con orgullo lo que había conseguido en tan sólo tres años, desde su llegada a Burbaster. Encaramado en lo alto de aquel torreón natural de piedra, donde sus hombres habían labrado unas toscas escaleras a golpe de cincel hasta convertirlo en una pieza más de las defensas de la fortaleza, disfrutaba del bullicioso trasiego que tenía lugar a sus pies. Las mulas ascendían las empinadas rampas cargadas con provisiones y materiales de construcción, siempre insuficientes en una fortificación que no había dejado de crecer. En nada se asemejaba lo que se extendía ante sus ojos a lo que encontró el día que pisó aquellas cumbres por primera vez. Sólidos muros de piedra cerraban el recinto en los ángulos que no estaban protegidos por el abismo. Las dependencias que acogían al creciente número de habitantes se alzaban en el interior, aunque ya empezaban a desbordar las murallas, de modo que se veía surgir otras nuevas a ambos lados de la vereda que conducía a la imponente puerta de entrada. También los edificios destinados a cuadras se encontraban en el exterior, protegidos por un muro de menor tamaño, y más abajo los hortelanos se afanaban en las terrazas practicadas en la ladera. Aquí y allá salpicaban el paisaje rebaños de cabras, vacas y carneros que pacían bajo la mirada atenta de jóvenes pastores. Y bajo los farallones de piedra, los tres enormes aljibes destinados a recoger el agua de lluvia, vital para subsistir en aquellos parajes. Muchas de aquellas edificaciones habían tenido que ser reforzadas, cuando no reconstruidas, después del devastador temblor que había azotado la campiña de Qurtuba dos años atrás, y que también se había dejado sentir en Burbaster y en toda Al Andalus.

Pero no era aquello que veían sus ojos lo que proporcionaba mayor satisfacción a Umar, sino la respuesta de los aldeanos de la zona, de los habitantes de las ciudades más próximas, no sólo en la *kurah* de Raya, sino también en la de Takurunna. Lo que había comenzando siendo poco más que un grupo de bandoleros se había convertido en aquellos tres años en un movimiento organizado de resistencia a los omeyas que reinaban en Qurtuba. A juzgar por la reacción de los sufridos súbditos del emirato en millas a la redonda, habría de creer a quienes alababan su capacidad para la oratoria y su facilidad para enardecer a las masas. Era cierto que veía a los campesinos asentir embelesados cuando les hablaba de la urgencia de terminar con el abusivo sistema de impuestos que los mantenía sumidos en la miseria, era cierto que las mujeres salían a su paso para bendecirlo y rogaban el favor de Allah para él y para sus hombres…

Anunciaba el final de la tiranía de los emires y sus gobernadores, de sus continuas

demandas de contribuciones especiales, de la exigencia del pago de la *jizya* incluso a los *muwalladun*, y no sólo a cristianos y judíos. Planteaba la necesidad de acabar con el desigual reparto de las tierras en beneficio de los árabes, y esa sola mención conseguía enfervorizar a sus auditorios improvisados en aldeas, villas y alquerías. Su compromiso era defenderlos de la autoridad de Qurtuba, de los gobernadores de la *kurah* y de cualquier otro peligro. En todo aquel tiempo había conseguido algo impensable: que decenas de esas villas expulsaran a los recaudadores, que por primera vez fueran autónomos y dispusieran de todos sus recursos.

Y habían entendido bien el mensaje: para que aquella revolución tuviera verdadera continuidad requería su expansión, contagiar con su llama a todas las ciudades de la serranía y más allá, en la campiña y en la costa, hasta conseguir que las fuerzas del emir no fueran capaces de enfrentarse a todo un pueblo alzado en armas. Y para ello eran necesarios hombres, víveres y defensas, era preciso volcarse en ayuda de quienes se enfrentaban a sus gobernadores, comprar apoyos y recompensar defecciones. En los primeros momentos, Umar se sorprendía al entrar en algunas de aquellas aldeas y comprobar que no sólo se les esperaba con carretas cargadas de grano y partidas de ganado, sino que de forma voluntaria se les entregaba una parte de la recaudación que de otra manera hubiera estado destinada a engrosar las arcas cordobesas. Umar comprendió que aquellas gentes no rechazaban su contribución a un poder superior que garantizara su seguridad, que fuera capaz de imponer leyes justas y de hacerlas cumplir. Consideraban necesario tener a alguien a quien recurrir para dirimir sus pleitos, que garantizara el valor de sus mercancías y que protegiera los caminos que transitaban para llevarlas hasta el mercado. Lo que rechazaban eran los abusos, las contribuciones ilegales, las expropiaciones de tierras, el expolio al que en ocasiones eran sometidos, y estaban dispuestos a defender a quienes prometían acabar con ellos.

Pronto Umar se vio en la necesidad de poner orden en lo que en un primer momento no había sido sino desconcierto. Se hacía imprescindible llevar la cuenta de aquellos aportes, disponer los excedentes para la venta, administrar las reducidas pero crecientes cantidades de oro y plata obtenidas, y no faltaron entre los primeros seguidores algunos que, versados en letras y en números, pudieron acometer la tarea.

Habil había sido uno de ellos. Originario de una aldea vecina, Umar y él eran viejos conocidos. La familia de Habil había sido propietaria de una próspera alquería, que hubiera dado para vivir sobradamente a los seis hijos del propietario de no haber sido por las temidas visitas que los recaudadores de Raya efectuaban con excesiva frecuencia. Desengañado, el joven se había trasladado a Malaqa, y allí había entrado al servicio de un acaudalado comerciante cuyos navíos cruzaban varias veces al año hasta las costas de Al Maghrib o de Ifriqiya cargados de las más variadas mercaderías. Junto a él había adquirido la experiencia que tan útil le iba a resultar,

pero cinco años atrás había sucedido algo que marcaría su destino. De la noche a la mañana, por orden del gobernador, se expropió la alquería de la familia, que se adjudicó, junto a otras muchas, a un grupo de árabes yemeníes que reclamaban de Qurtuba la recompensa que creían merecer por sus servicios al emirato. Habil acudió en auxilio de su familia y, avalado por el comerciante, entabló pleito ante el *qadi* de la ciudad. Sin embargo, su anciano padre no superó verse despojado de sus posesiones, producto del esfuerzo de generaciones, y no alcanzó a conocer la sentencia que el juez dictó a favor de la administración. Despojados de cuanto tenían, poco hubo de esforzarse Habil para convencer a sus hermanos, y apenas unas semanas después, todos ellos descubrían asombrados los inaccesibles parajes donde se alzaba el *hisn* de Burbaster.

Era Habil el que ahora ascendía los empinados escalones excavados en la roca y, a pesar de su juventud y del envidiable físico que gustaba de exhibir, alcanzó jadeante la plataforma superior.

–¿Dónde iba a encontrarte, si no es encaramado en lo más alto? – bromeó a modo de saludo.

Umar se volvió y le colocó un instante la mano sobre el hombro.

–No me canso de contemplar esta inmensidad.

–Lo que ocurre es que te hace sentir poderoso -rio.

–¿Desde cuándo te dedicas también a leer el alma de tus amigos?

Ambos se sobrepusieron a la sensación de vértigo que producía la cercanía del vacío, pues el reborde del estrecho recinto alcanzaba tan sólo la altura del muslo, y contemplaron el paisaje en silencio.

–¿En qué piensas, si no?

–Pienso en la responsabilidad que estamos asumiendo con toda esta gente, Habil. Nos están entregando sus vidas, sus bienes… y sus esperanzas.

–Lo hacen porque confían en ti ciegamente. Saben que no les defraudarás.

–Eso es lo que me asusta, Habil. Temo no ser capaz de cumplir esas expectativas, al menos no todavía. Nuestro éxito depende de la rápida expansión de la revuelta, de que se enciendan más fuegos de los que el emir pueda apagar. Y aún no hemos llegado a ese punto.

–¿Tienes miedo de un ataque?

–Nos encontramos en el momento de mayor exposición. Llamamos la atención, porque Qurtuba ya no puede considerarnos simples bandoleros, pero aún no hemos alcanzado la envergadura suficiente para garantizar nuestra defensa. Si el emir lanza un ataque, como sugieres…

Dejó la frase en suspenso, mientras negaba con la cabeza.

–¿Qué harías si eso sucediera?

Umar no respondió. Siguió con la vista una enorme piedra que era alzada con una

cabria sobre un muro en construcción. Cuando iba a ser colocada en su lugar, respondió.

–Habría que negociar. La piedra que ha de aplastar al emir aún no ha llegado a lo alto del muro. Si la cabria se rompe ahora, todo se perdería… Quiero decir que quizá convendría bajar de nuevo la piedra al suelo y esperar un momento mejor.

–¿Y toda esta gente? ¿Las aldeas, las ciudades que se han enfrentado a sus gobernadores y con ello al emir?

Limar permaneció pensativo.

–Dejemos transcurrir los acontecimientos -cortó, molesto-. Llegado el momento, actuaremos según nuestro mejor entendimiento. Además, te conozco bien, y sé que no habrías venido a buscarme aquí sin un buen motivo. ¿De qué se trata?

Habil lo miró sorprendido.

–Es cierto, Umar, se trata de un asunto enojoso.

–Mayor motivo para resolverlo cuanto antes…

–Hace semanas que observo la falta de pequeñas cantidades de plata de nuestra caja.

Umar se volvió con el ceño repentinamente fruncido.

–¿Estás seguro de lo que dices?

–Ahora sí. Al principio pensé que podía tratarse de leves errores cometidos por alguno de los administradores al hacer sus anotaciones. Pero ayer faltó una cantidad mayor, nada menos que cinco *dirhem*, y he pasado la noche revisando personalmente cada pliego con los registros de todas las entregas y los pagos efectuados.

–¿Y qué has descubierto? Creo adivinarlo por tu expresión…

–Uno de los administradores ha estado anotando pequeños pagos que no se han producido.

–Y sabes quién es… ¿Yasar, quizás? – aventuró.

Habil asintió.

–La caligrafía no deja lugar a dudas.

–¿A cuánto asciende el robo?

–No se ha atrevido con el oro. Los falsos pagos que he podido comprobar ascienden a treinta *dirhem*, aunque otros muchos corresponden a proveedores que tardarán en regresar y que por tanto no pueden atestiguar si han recibido o no esas cantidades.

Umar golpeó con fuerza el muro de piedra.

–¡Nunca debí fiarme de él! No podía ser otro -dijo con rabia.

–¿Qué vas a hacer?

–¡Lo único que puedo hacer, Habil!

–Es sólo un muchacho…

–¡Ya lo sé, por todos los diablos! Pero no puedo permitir que entre los míos anide

la misma corrupción que tratamos de combatir.

–¿Harás que lo detengan?

–Primero muéstrame las pruebas que dices haber reunido, debo verlo con mis propios ojos. Después convoca a todo el mundo en la explanada del castillo, al atardecer. Y asegúrate de que Yasar esté presente.

Un viento frío impedía disfrutar del tibio calor que hubiera proporcionado el sol del poniente, y les recordaba a todos que el largo invierno aún podría hacerse notar con sus últimos coletazos. Tras una jornada de trabajo que se había prolongado desde el amanecer, tanto hombres como, en menor número, mujeres comenzaron a congregarse en la explanada central de la fortaleza, distribuidos en multitud de corrillos unos y discretamente retiradas las otras.

Umar ibn Hafsún salió del interior rodeado por sus lugartenientes y sus hombres de mayor confianza. Caminaron hasta el pilón que ocupaba la parte inferior del muro, y Umar se alzó sobre el borde mientras a su alrededor los centenares de habitantes de Burbaster iban trazando un semicírculo irregular.

–Os he convocado -empezó- porque quiero daros cuenta del estado de nuestras finanzas, y hablaros de algunos asuntos que debéis conocer.

–¡No se oye! – gritó uno de los más alejados.

–Sabéis bien que tengo por costumbre recompensar largamente a quienes han destacado en la defensa de nuestra causa -prosiguió a voz en cuello-. Hasta ahora sólo he distinguido a aquellos de vosotros que han mostrado más arrojo en la lucha, aquellos que no han dudado en arriesgar su propia vida para conseguir nuestros objetivos. Bien sabe Allah que las monedas de oro que se os entregaron eran bien merecidas.

Algunos de los oficiales respondieron a voces y con expresivos gestos de asentimiento.

–Hoy he tenido oportunidad de estudiar con nuestros administradores los pergaminos donde se recogen las aportaciones que hemos recibido en los últimos meses, entre otras las que muchos de vosotros realizasteis al llegar aquí. Un gran número de las aldeas que se han situado bajo nuestra protección han aportado a nuestras arcas cantidades que poco se diferencian de las que se hubieran visto abocadas a entregar a los recaudadores de Qurtuba. Por ello es fundamental que esos bienes se administren con corrección, que se negocie con los excedentes para conseguir el mejor precio… y he de decir que esto es algo que se está haciendo a la perfección. Aquí, a mi derecha, se encuentran quienes están consiguiendo que nuestras arcas sean cada día más pesadas, con Habil a la cabeza.

Umar elevó el tono para pronunciar su nombre, y fue respondido por una ovación que llegó desde todos los rincones.

–Su trabajo, creedme, es tan productivo como la captura de un botín en algunas

de esas aldeas que se empeñan en seguir bajo el yugo de los omeyas. Y por ello merecen la misma recompensa que el mejor de vosotros.

Al decir esto, introdujo la mano bajo la túnica y extrajo una pequeña bolsa de cuero.

–Te entrego, Habil, a modo de recompensa, tres dinares de oro. Tu tarea no tiene tacha, nos sirves con honradez y sería injusto no reconocer tus méritos. Conociéndote, además, sé que has de compartirlo con tus hermanos.

Habil se acercó y aceptó el regalo entre gritos de aprobación.

–Bashir, te entrego una moneda de oro. – Se inclinó para alcanzar la mano del afortunado y sorprendido tesorero-. Haddad, aquí tienes la tuya -continuó mientras invitaba al hombre a acercarse con un gesto.

«Antes de seguir… hay algo importante que quiero que nunca olvidéis.

Hizo una pausa, y las voces se fueron apagando hasta sumir la explanada en un silencio casi absoluto.

–Luchamos contra la corrupción de gobernantes que, sin ningún escrúpulo, han abusado de nosotros, que en ocasiones nos han conducido a la miseria. La corrupción, el robo dentro de nuestras filas, es lo que más odiamos. Es traición. En especial si su autor lo ha cometido abusando de la confianza que todos habíamos depositado en él.

Umar había hablado asegurándose de mantener la vista al frente, de no hacer ningún gesto que delatara sus sospechas, al margen de sus palabras. Sólo en ese momento recorrió con la mirada, de izquierda a derecha, a todos los congregados, que permanecieron inusitadamente callados. En ese vistazo pretendidamente casual, descubrió a un hombre con el rostro desencajado y sin color, y a él se dirigió.

–Es por eso, Yasar, que no hay una moneda para ti. No hay recompensa para los ladrones, sino el castigo que marca la ley.

Yasar, petrificado, no reaccionaba. Tan sólo balbuceaba negaciones, fingiendo asombro y extrañeza.

–No te juzgaremos sin oírte, Yasar. Quizá puedas explicar a nuestra comunidad el destino de treinta *dirhem* de plata que no han ido a parar a nuestros proveedores, como figura en los asientos que hiciste en el registro.

Un murmullo de sorpresa e indignación surgió en la explanada.

Yasar jadeaba con todos los músculos en tensión, y sus ojos desorbitados se fijaban en los rostros de quienes le observaban.

En el momento en que dio el primer salto para abrirse paso entre la multitud, varios de los hombres que Umar había dispuesto se abalanzaron sobre él e impidieron cualquier posibilidad de escape. Con las manos a la espalda, fue conducido sin miramientos hasta el círculo que había acabado por abrirse ante el pilón.

–¡Piedad, Umar! – rogó a voces-. ¡Era el diablo quien actuaba a través de mí!

–Tu actitud y tus palabras constituyen una confesión, Yasar. Y sabes cuál es el

castigo al que te expones.

–¡No! – aulló el infortunado-. ¡Ten piedad, Umar!

Hubiera seguido gritando, pero uno de los soldados le cubrió la boca con una tela enrollada que le anudó en la nuca. Le sujetaron el brazo derecho a un costado con una soga alrededor del pecho, y con otra más le ataron las dos piernas a la altura de los tobillos. Lo único que consiguió emitir ahora fue un sonido gutural, y sus ojos dilatados por el miedo parecían a punto de salírsele de las órbitas. Con frenéticas convulsiones trató de oponerse a los soldados que lo arrastraban hacia el pilón.

Fueron necesarios tres hombres para inmovilizarlo, mientras otros dos le sujetaban el brazo izquierdo sobre el borde de piedra. Los congregados deseaban contemplar el castigo en primera fila, de modo que el círculo se había cerrado de nuevo. El propio Umar alzó su sable por encima de la cabeza. Sabía que aquello le acompañaría en sus pesadillas durante el resto de su vida, pero no podía delegar esa responsabilidad en ninguno de sus hombres. Miró la muñeca hacia la que debía dirigir el filo y sostuvo la empuñadura con ambas manos antes de descargar el golpe. Cometió el error de mirar a los ojos del reo, a quien uno de los soldados agarraba por la frente para que alzara la vista. En ese último instante vaciló, y el filo del sable se desvió hasta seccionar de forma oblicua las falanges de cuatro dedos. El trozo de tela no bastó para contener el aullido de dolor, y Yasar se desplomó. Umar permaneció quieto, mirando sin ver cómo los apéndices seccionados se hundían en el agua transparente, lentamente, hasta teñirla de color carmesí.

Capítulo 66

Qurtuba

Muhammad dispuso el tablero frente al amplio ventanal a través del cual se derramaba la luz procedente de uno de los patios interiores del palacio. Esperó a que el eunuco Badr llegara con el recado de escribir que le había solicitado, y una vez que lo recibió, sujetó el pergamino sobre el que habría de componer su mensaje. Retiró el tapón del tintero meticulosamente y tomó la delicada pluma que descansaba sobre el atril. Antes de comenzar a escribir, permaneció durante un buen rato con la mirada perdida a través del ventanal. Por fin se decidió y mojó el extremo del cálamo en la espesa tinta negra y apoyó la muñeca sobre el extremo superior derecho del pliego.

¡Que Allah te bendiga, madre!

Pronto hará cuatro años de vuestra partida y no pasa un día de mi vida sin que os tenga presentes a ambos, así como a mi pequeña hermana Toda, a quien anhelo poder conocer algún día. Recibí a tiempo, como cada año, la carta y el presente que me enviaste con motivo de mi vigésimo cumpleaños. Traslada mi agradecimiento al abad de Leyre por el magnífico trabajo de iluminación realizado por sus monjes. Tu Biblia contrasta, sin embargo, con el regalo de mi padre, que hasta este instante había pensado ocultarte. Pero no tiene sentido hacerlo, pues conoces los usos de la corte, y conoces a Abd Allah: se trata de una preciosa esclava sudanesa, con la que encuentro solaz y alivio para la soledad en las largas noches dentro de palacio. Sonrío al imaginar la expresión que debes de tener al leer esto. Sé que preferirías que hubiera tomado esposa, pero hasta hoy no he encontrado a una mujer con la que desee compartir el resto de mi vida. Prometo que serás la primera en saberlo cuando eso suceda.

Respecto a la rivalidad y la animadversión que sigue demostrando mi hermanastro Mutarrif, nada nuevo puedo contarte. Badr se siente obligado a cumplir cada día la promesa que te hizo, y se ha convertido en una sombra difícil de ahuyentar. Entretanto, sigo adelante con mi formación, y he tenido ocasión de acompañar a mi padre en alguna de sus expediciones cada vez más frecuentes para frustrar los continuos conatos de rebeldía que se suceden en todas las esquinas de Al Andalus.

En estos días, el tema de conversación en Qurtuba es el reciente regreso, justo a tiempo para el inicio del mes de Ramadán, de la expedición que el hayib Haxim encabezó hasta las montañas de Raya con el fin de apaciguar la revuelta del más nombrado de los sediciosos, Umar ibn Hafsún, que, con su carisma, camino llevaba de convertirse en una de esas leyendas que arrastran multitudes tras de sí. El éxito ha sido total, pues no sólo ha logrado su rendición y la entrega de su fortaleza en Burbaster, sino que ha conseguido su incorporación como oficial al ejército de mi abuelo. Se trata de algo inaudito, madre, el emir rebosa satisfacción, y todo parece poco a la hora de agasajarlo, y no sólo a él, sino a sus familiares y lugartenientes. Y no es extraño, pues hasta hace una semana nadie en Qurtuba se hubiera atrevido a soñar un final tan favorable a nuestros intereses. Corren rumores de que acompañará al hayib en la aceifa que ha de abandonar la ciudad en los próximos días con destino a la capital de la Marca, para tratar de reducir, una vez más, a nuestro pariente y común enemigo Muhammad ibn Lubb y recuperar así el control de Saraqusta. A buen seguro esta información resultará de interés para Fortún, en su nuevo papel como rey de Banbaluna.

No deja de ser curiosa esta situación: ser nieto de dos reyes que, de tener ocasión, no dudarían en destrozarse en el campo de batalla es algo que mis amigos saben aprovechar para sus chanzas.

Te pido una vez más que no sufras por mí. Aquí soy feliz, y sólo espero tener la oportunidad de reunimos de nuevo. Mientras tanto, sigo esperando vuestras noticias.

En Qurtuba, a trece días del comienzo de Ramadán, en el año 270 de la hégira.

Recibid un caluroso abrazo,

MUHAMMAD IBN ABD ALLAH

Muhammad dejó la pluma y esparció el polvo secante sobre el pergamino antes de levantarse. Con unos cuantos movimientos, relajó la muñeca, que había permanecido en tensión, y después, mientras se acercaba al ventanal, hizo lo mismo con los músculos de la espalda. A pesar de que la tarde era fresca, la primavera comenzaba ya a dejarse sentir y, al asomar su cuerpo sobre la balaustrada, lo embriagaron el aroma de azahar que provenía de los exuberantes jardines a sus pies y

el agradable sonido del agua en las fuentes. Sin embargo, no dejaba de sentir cierta inquietud, y dirigió su mirada hacia una de las ventanas a su izquierda. El rostro que lo observaba se retiró con rapidez, pero no tuvo ninguna duda sobre su identidad: aquéllas eran las dependencias que ocupaba su hermanastro.

Trató de restarle importancia, una vez más. De hecho, no había querido preocupar a su madre más de lo necesario con los últimos intentos de Mutarrif y de su madre por desacreditarlo ante Abd Allah. No comprendía aquella animadversión, pero comenzaba a resultarle francamente molesta. Trató de recrearse con la armoniosa combinación de naranjos, palmeras, mirtos y limoneros que se alineaban más abajo, con el canto de los pájaros, hasta que un grotesco sonido procedente de su vientre le recordó que el ayuno diario pronto llegaría a su fin. Rodeó el tablero donde aún reposaba el pergamino y sacudió el polvo sobre la chimenea apagada. Pasó el dedo por uno de los bordes y comprobó que la tinta permanecía aún ligeramente húmeda, así que volvió a extenderlo y lo dejó allí hasta su regreso. En nada sonaría la llamada del muecín y después, tras la oración en la mezquita aljama, podrían regresar al alcázar, donde les esperaría una cena suculenta que compensaría con creces la abstinencia del día. Sin duda le convenía dejarse ver en la mezquita y respetar escrupulosamente la privación: no quería despertar habladurías sobre la firmeza de su fe. Decididamente, en aquella corte llena de maledicencias e intrigas y con una madre y un abuelo cristianos, no podía permitírselo.

Capítulo 67

Saraqusta

–¡Está decidido! ¡Negociaré el amán! Si quieren Saraqusta, que se queden con ella.

–Muhammad, esa decisión es muy grave… ¡No habría vuelta atrás! – le advirtió Mijail.

–¿Con qué derecho puedo pedir a los habitantes de esta ciudad que se sometan de buen grado a su enésimo asedio? Cada primavera es lo mismo: como aves de mal agüero, vemos aparecer por las colinas del poniente a los que han de arrasar nuestras cosechas, a los que traen el anuncio del hambre que nuestra gente pasará durante el invierno. ¡Cinco aceifas han visto los muros de esta ciudad en la última década!

–Esta vez no es lo mismo, la expedición viene encabezada por el *hayib* Haxim, ninguno de los hijos del emir le acompaña.

–¡Precisamente por eso, Mijail! Si con alguien hay posibilidad de negociar y de alcanzar un buen trato, es con él. De comandarla Al Mundhir quizá ni siquiera habría barajado esta posibilidad, pero Allah ha querido enviarnos a Haxim. Me debe la libertad de su hijo…

–Deberías pedir autorización al Consejo…

–¡No hay tiempo para eso! ¡El ejército ya ha dejado atrás Qala't Ayub! – exclamó mientras se ponía en pie con violencia-. Convocaré a los notables de Saraqusta, pero estoy bien seguro de que tengo su aprobación.

–¿Y si el *hayib* no accede a tus pretensiones? Ha de venir con instrucciones precisas del emir…

–¿Para qué enviar a su mejor general y primer ministro si no se le permite tomar decisiones en la campaña? No, no es eso lo que me preocupa.

–Se nombrará a un nuevo gobernador, y sabes que su primera labor será reanudar la recaudación de impuestos para Qurtuba.

–¡Lo sé! ¡Por todos los demonios, lo sé! – estalló Muhammad-. Y por eso trataré de buscar una compensación. ¡También nosotros recaudamos impuestos! ¿Para qué los hemos empleado hasta ahora, Mijail? Yo te lo diré: para reforzar nuestras defensas contra el emir, para fabricar nuevas armas, para importar grano cuando nuestras cosechas eran arrasadas… Trataré de que el oro que ahora contienen nuestras arcas pueda servir para aliviar cargas futuras.

–¿Entiendo entonces que debo convocar a los notables?

–Aquí mismo, antes del anochecer.

El oficial se dirigió hacia la puerta.

–¡Mijail! – llamó Muhammad-. Sé que piensas de corazón que mi decisión es equivocada… y te agradezco que me lo hagas saber, aun a pesar de poner en riesgo nuestra relación.

Muhammad no podía evitar sentirse impresionado. Por mucho que contemplara aquel espectáculo, su mente no alcanzaba a imaginar la cantidad de voluntades que era necesario comprometer para movilizar un ejército semejante. Ante él, a los pies del altozano que acababan de coronar, se extendía un inmenso mar de tiendas que abrazaban el cauce del Uadi Uarba, en el que sólo con verdadera atención se adivinaba una disposición racional. Aunque se confundían entre los accidentes del terreno y la vegetación, se apreciaban grupos de cuarenta tiendas, posiblemente correspondientes a una misma unidad militar. Entre ellos se abrían, a veces casi imperceptiblemente, pasos más anchos que permitían el trasiego de hombres y monturas. Hacia el centro del campamento, se alzaban las jaimas más grandes que ocupaban oficiales y funcionarios de alto rango, y entre todas ellas destacaba por su tamaño y su factura la que sin duda ocupaba el *hayib*. En esta ocasión, se echaba de menos la majestuosa *qubba* real, símbolo del poder del emir y de sus herederos, pero Muhammad daba gracias al cielo por que así fuera. Los estandartes de todas las unidades ondeaban con el viento del norte, que soplaba con fuerza, y sobre la tienda de Haxim el pendón blanco de los omeyas compartía mástil con una media luna cubierta de oro que arrojaba destellos al sol de la mañana.

–¿Veinte mil, quizás? – aventuró Mijail.

Muhammad asintió.

–Demasiados. Aunque consigamos evitar que arrasen nuestros campos, no van a dejar un grano de cereal ni un solo animal en las alquerías de millas a la redonda. Hemos de lograr que sigan su camino cuanto antes.

–¿Son aquéllos nuestros emisarios? – se preguntó Mijail, que se protegía los ojos del exceso de luz con la palma de la mano.

Uno de los dos jinetes que acababan de abandonar el campamento enarboló una banderola blanca con el brazo en alto, y el fuerte viento hizo el resto.

–¡Adelante! – ordenó Muhammad-. ¡Es la señal!

No era la *qubba* de Al Mundhir, pero la *haymah* hacía honor al rango del primer ministro del emirato. El cuero de camello de la cubierta tamizaba la luz hasta el extremo de hacerla insuficiente a pesar del sol brillante que lucía en el exterior, por lo que era necesario mantener encendidas decenas de lamparillas que daban al interior del recinto un ambiente agradable y acogedor. Alfombras de seda y lana de bellísima factura cubrían el suelo, y sobre ellas descansaban varios divanes dispuestos en semicírculo, con el sitial destinado al general en el centro.

El efecto que toda aquella parafernalia pudiera causar en quien acudiera por primera vez quedaba amortiguado en el caso de Muhammad, quien ya había tenido

ocasión de comprobar ante el príncipe Al Mundhir cómo aquel protocolo había sido concebido con el único objeto de impresionar a los visitantes, por alto que fuera su rango. Sin embargo, no podía negar que entraba allí con un nudo en el estómago, y con la sensación de que lo hacía a pecho descubierto, sin saber a lo que habría de enfrentarse.

Se había hecho acompañar por uno de los funcionarios de la administración de Saraqusta en funciones de secretario, por el primer *qadi*, el *imam* de la mezquita mayor y un único representante de las principales familias de la ciudad. Junto a Mijail y él mismo, sumaban un número adecuado de delegados para una embajada como aquélla. Frente a ellos, nadie todavía. El chambelán que los había recibido acababa de abandonar la estancia, y los seis hombres permanecían en pie intercambiando las últimas impresiones antes del encuentro, aunque por lo intrascendente de los comentarios daba la impresión de que el único objetivo de su conversación era evitar un silencio incómodo. Sólo el *qadi*, ya anciano y aquejado de una extraña enfermedad que deformaba sus huesos, hubo de tomar asiento en el borde de uno de los divanes, pero acababa de hacerlo cuando el chambelán irrumpió de nuevo para anunciar el inicio de la entrevista.

Haxim accedió a la sala seguido por varios acompañantes, que permanecieron tras él. El general se dirigió con decisión hacia Muhammad, y ambos se tomaron de los brazos.

–Volvemos a encontrarnos -dijo con rostro serio.

–Así es, general.

–¡Excelencia! – corrigió con voz queda el chambelán desde atrás.

–¡Vamos, vamos! – replicó el *hayib* con un expresivo gesto de hastío-. Acabemos con las presentaciones y tomemos asiento.

Muhammad recorrió con la vista la fila de acompañantes del primer ministro escuchando con atención sus nombres y cargos: el secretario personal del *hayib*, un *wazir*, dos generales y uno de los alfaquíes. De inmediato ocupó el lugar que el chambelán le indicaba.

–Tú has solicitado esta entrevista -empezó Haxim al tiempo que separaba las dos palmas de las manos.

–Así es -respondió Muhammad, omitiendo otra vez el tratamiento-. El emir te envía de nuevo contra nosotros, y no hace falta preguntarse con qué intención: comprobar que nuestras defensas siguen siendo inexpugnables, aunque para ello sea necesario que decenas o centenares de tus hombres y de los míos se dejen la vida al pie de las murallas. Probar quizá si por una vez el asedio prolongado de la ciudad rinde sus frutos y, de no ser así, seguir tu camino después de talar nuestros árboles, robar nuestro ganado y arrasar nuestros campos.

–Te oigo utilizar repetidamente la palabra «nuestro», pero desconozco de dónde

procede la autoridad por la que te arrogas esa potestad sobre la ciudad.

–Del único origen posible: de la voluntad de sus habitantes, que durante generaciones han reconocido como legítimos gobernantes a los caudillos de mi familia.

–Sólo una vez un Banu Qasi gobernó Saraqusta con legitimidad, la que os otorgó el emir al nombrar a tu abuelo Musa ibn Musa gobernador de la Marca. Sin embargo, años más tarde fue desposeído de tal privilegio, y desde entonces cuantas veces habéis usurpado el poder, lo habéis hecho sin la legalidad que sólo Allah puede conceder a través del emir de Qurtuba.

Muhammad esbozó una sonrisa cargada de ironía.

–La autoridad sobre las tierras de Al Andalus no procede del cielo, sino de la fuerza de vuestras armas.

–¡Blasfemas! – exclamó, incorporándose, el alfaquí.

También el *imam* de Saraqusta dirigió a Muhammad una mirada de reproche.

–Excusadme si os he ofendido, no era mi intención, y tampoco quiero desviarme del hilo de mi discurso. Permitid que continúe.

Haxim asintió.

–He querido adelantarme a vuestra llegada para proponerte algo. Esta vez no vengo a pedir, sino a ofrecerte eso que tanto ansias. Será la segunda vez que lo haga…

El *hayib* sonrió al comprobar que no perdía la ocasión de recordarle el apoyo ofrecido dos años atrás.

–Dinos de qué se trata.

–Estoy dispuesto a entregarte Saraqusta.

Haxim abrió los ojos desmesuradamente y permaneció en absoluto silencio, con la mirada fija en el rostro de Muhammad. Los dos hombres se observaron impertérritos hasta que el secretario personal se acercó a la espalda del *hayib* e hizo un comentario que sólo él pudo oír.

–¿A cambio de qué? – preguntó escuetamente.

–Del reconocimiento de mi autoridad sobre las tierras que tradicionalmente han sido nuestro feudo: Arnit, Tutila, Tarasuna, Al Burj… y otras muchas que deberemos consignar en el documento que otorgue ese reconocimiento. Por supuesto, en esas ciudades la capacidad de recaudar tributos y administrarlos será nuestra.

–Me estás proponiendo que reconozca tu autonomía para gobernar un principado…

–Te estoy proponiendo depositar en tus manos, en las manos del emir, la capital de la Marca sin derramar una sola gota de sangre.

Muhammad hizo una pausa para que Haxim asimilara la importancia de lo que acababa de escuchar.

–Pero no he terminado… Es evidente que, si aceptas mi proposición, recuperarás la potestad de recaudar la *jizya*, el *zakat* y el resto de los impuestos con los que Qurtuba agradece la fidelidad de sus súbditos. Y yo dejaré de percibir las jugosas contribuciones que Saraqusta hacía a nuestras arcas. Por eso te pido una compensación.

–Ni siquiera te he dado una señal de haber considerado tu primera petición, y tú en cambio sigues sumando exigencias.

–No estoy dispuesto a aceptar ni un solo diñar menos de lo que te voy a pedir. Por eso te expongo toda la reclamación en conjunto, y sólo me queda que escuches el importe que considero justo para tal compensación. Creemos que veinte mil dinares de oro serán suficientes.

Se oyeron varias exclamaciones de asombro procedentes de los cordobeses, pero también de algunos de los acompañantes de Muhammad. De nuevo el secretario se acercó a Haxim.

–Quizá sería mejor que hablaras para todos -espetó Muhammad con impertinencia.

El funcionario miró a su señor y recibió de él el asentimiento.

–¡Informaba a mi señor de que la cantidad que exiges equivale a tu peso en oro!

–Eres rápido con la aritmética -se limitó a responder, sarcástico.

Haxim pareció reflexionar, aunque las venas de su cuello demostraban que la indignación se había adueñado de su ánimo.

–Planteas un contrato de compraventa. ¡Me quieres vender Saraqusta!

Muhammad hizo un gesto de disgusto.

–No, esa expresión es muy poco apropiada, Haxim. No estamos tratando sobre un rebaño de carneros.

–Lo que me propones es imposible. No estoy cerrado a negociar una eventual compensación, pero es demencial que…

Muhammad se alzó enfurecido.

–¡En ese caso habrá lucha! Pero recordarás esta entrevista cuando abandones Saraqusta sin conseguir poner un pie en sus murallas. ¡La recordarás el resto de tus días!

Todos estaban ya en pie, con rostros de preocupación, y Muhammad avanzaba hacia la salida.

–Puedo hacer que te detengan.

Muhammad se detuvo en seco y giró su cuerpo en dirección a Haxim para clavar la mirada en sus ojos.

–Puedes hacerlo… pero no lo harás.

El *hayib* se debatía en un mar de dudas, eso era evidente y, aunque trató de sostenerle la mirada, acabó bajando los ojos al suelo.

–¿Tienes inconveniente en mantener una conversación en privado? – dijo entonces.

Muhammad se permitió relajar la tensión de sus músculos y comenzó a mover la cabeza en un gesto de afirmación. Haxim entonces, para sorpresa de todos, se dirigió hacia él y lo tomó del brazo para conducirlo al exterior.

Bastó una simple orden para que una unidad de guardias armados y de altura descomunal se dispusiera en formación tras los dos hombres, que sin cruzar palabra atravesaron el campamento hasta la ribera del río. Haxim aflojó el paso y enfiló una vereda rodeada de vegetación. Sólo allí, lejos de cualquier oído indiscreto, comenzó a hablar de nuevo.

–Has mencionado lo que hiciste por mí en Liyun… y sabes que cuentas con mi agradecimiento eterno por aquello. Pero lo que me pides sería un suicidio político para mí.

–¡Vamos, Haxim! Todos sabemos que eres la mano derecha del emir, su mano derecha y su confidente. Cualquier cosa que tú le propongas será refrendada al instante.

–No hablo del emir, sino de su heredero. Entre nosotros ha crecido la desconfianza, y en los últimos tiempos hemos protagonizado sonados enfrentamientos. Me acusa de ser en exceso proclive a la diplomacia y la negociación, y todo lo atribuye a mi captura por el rey Alfuns y a los acontecimientos posteriores. Precisamente creo que es mi cercanía a su padre lo que ha acrecentado su odio hacia mí.

–El emir te recibirá a tu regreso, y le entregarás Saraqusta en bandeja de plata.

–De plata habría de ser, porque todo el oro lo tendrías tú.

Muhammad sonrió ante el comentario, pero Haxim prosiguió:

–Al Mundhir utilizaría la entrega de ese oro contra mí. Lo presentaría como un signo de debilidad, como el pago a lo que hiciste por mi hijo. Y quizá no le faltara razón. ¿Qué demostración de autoridad sería para los enemigos de Qurtuba ver cómo el emir paga a otros como ellos para liberar sus territorios?

Se detuvieron junto a un remanso del río, y Muhammad se colocó frente al general. Vio a un hombre cansado, y por un momento sintió lástima por él, pero siguió exponiendo sus argumentos.

–¿Acaso Al Mundhir ha conseguido algo mejor cada vez que ha intentado tomar Saraqusta por la fuerza? Los beneficios que obtendrás en forma de tributos os resarcirán del pago. Además, nada puede hacer contra ti si gozas de la protección del emir.

–Lo que temo es el momento en que Muhammad desaparezca.

–Los temores futuros no deberían condicionar nuestras decisiones. Y sabes como yo que para el emir resulta imperioso establecer la paz en la frontera, pues las

rebeliones contra vuestro poder empiezan a surgir en cada esquina.

Haxim calló, y durante un momento sólo se oyeron las hojas de los álamos agitadas por el viento. Al fin pareció reaccionar, y volvió el rostro de nuevo hacia su interlocutor.

–No dispongo de tanto oro en mis arcas.

Muhammad sonrió con incredulidad y respondió con tono firme:

–En tus arcas transportas eso y más. Empiezo a estar al tanto de vuestros modos de actuar, y sé que no atravesarías el país sin el oro suficiente para hacer frente a rescates imprevistos, o al pago de nuevos mercenarios, si los precisas.

Haxim se apartó y permaneció en pie, pensativo, con la vista clavada en la suave corriente del río.

–Deja que lo consulte con mis consejeros.

–Tómate el tiempo que necesites -respondió Muhammad, mientras se volvía-. Esperaré tus noticias en Saraqusta.

Los guardias tuvieron que hacerse a un lado para dejarle paso, y Haxim quedó solo, observando cómo se alejaba, hasta que por fin se dio la vuelta y clavó la mirada en la incesante corriente del río.

Capítulo 68

Saraqusta experimentaba una sorda revolución. Las calles se quedaban pequeñas para el trasiego de enseres y personas que dos días atrás habían comenzado a abandonar la ciudad. Quienes partían tras su caudillo lo hacían convencidos de que aquel nuevo revés en sus agitadas existencias no era una exigencia gratuita, sino el sacrificio necesario para evitar un mal mayor y un paso adelante hacia la anhelada estabilidad. Inmersos como estaban en sus propias tribulaciones, pocos reparaban en los pequeños o grandes dramas que se vivían a su alrededor. No pocas familias quedaban divididas por la incapacidad de algunos de sus miembros para afrontar la marcha, ancianos en su mayor parte. Eran los que habían retrasado la separación hasta el último momento quienes ahora arreaban sus mulas después de superar el desgarro de despedir a un padre, a un abuelo impedido que trataba de guardar en su retina la imagen de los suyos, a quienes sabía que podría no volver a ver.

Apenas habían contado con una semana para arreglar sus asuntos antes de la partida, para procurarse una de las escasas mulas disponibles o, lo que era casi inalcanzable, una carreta con la que emprender aquel éxodo incierto. Era el tiempo que había empleado Muhammad en organizar la transmisión del gobierno de la ciudad a los nuevos administradores cordobeses. Haxim había nombrado a un nuevo gobernador entre sus generales, que se haría cargo de la ciudad en tanto el emir realizaba el nombramiento definitivo, y con él se había negociado y llevado a cabo el traspaso del poder.

Desde que Haxim se presentara ante los muros de Saraqusta con el arca que contenía la cantidad de oro solicitada, todo se había precipitado, y ahora, ocho días después, Muhammad se encontraba al borde de la extenuación. Había descansado lo imprescindible para mantenerse en pie y apenas había abandonado las dependencias de la alcazaba, a pesar de que, por fortuna, Sahra se había encargado de los asuntos domésticos y de los preparativos para el traslado de la familia con la ayuda de los sirvientes. También Mijail se había mostrado un colaborador eficaz e insustituible, y en él había delegado para gestionar las tareas más tediosas, y en particular todo lo relativo a las milicias que les acompañarían.

Aquella misma mañana, Muhammad había salido de la alcazaba junto a cuatro guardias armados. Uno de ellos tiraba de una mula con la que recorrieron el trayecto que los separaba de la casa de Hakim, el mismo representante de los muladíes de Saraqusta que lo acompañara en la entrevista con el *hayib*. Era un próspero comerciante que inspiraba la mayor confianza a Muhammad. El muladí lo recibió en su residencia, situada a escasa distancia de la mezquita mayor, donde vivía discreta pero acomodadamente. La entrevista fue breve, pues un solo motivo lo llevaba hasta allí.

–Hakim, tengo razones para estar seguro de tu integridad, y por eso voy a entregarte una importante suma de dinero que habrá de servir para aliviar las cargas de nuestra comunidad. Tú gozas de su confianza, los conoces bien, y sé que sabrás administrarla. Hazlo con prudencia, invierte una parte en algunos de tus negocios, los que consideres más seguros, pero no olvides que es dinero que pertenece a la comunidad. ¿Dispones de un lugar seguro donde depositarlo?

Hakim asintió, emocionado, se puso en pie y le hizo una señal para que lo acompañara. Al pasar por el zaguán donde esperaban dos de los guardias, Muhammad tomó en sus manos dos pesadas sacas de cuero, y se dispuso a seguir al dueño de la casa. Hakim cogió una lámpara de aceite y juntos penetraron en una reducida estancia de techo abovedado. El muladí cerró la puerta de entrada y se dirigió a la pared lateral, donde Muhammad descubrió otra pesada puerta de madera de dimensiones mucho más reducidas que la primera. Entonces, tanteó entre los pliegues de su túnica, extrajo una gruesa llave de metal que colgaba anudada de su cintura y la introdujo en la cerradura. Hubo de ayudarse con las dos manos y propinar un fuerte empujón a la madera para conseguir que el mecanismo funcionara.

Tiró hacia sí y ante ellos se abrió un hueco en el que sólo se adivinaban unos toscos escalones que descendían hacia la oscuridad y del que surgía un intenso olor a moho y humedad.

–Sígueme con cuidado -advirtió.

Mientras bajaban, Hakim aprovechó para hablar.

–Me siento honrado por la confianza que depositas en mí, Muhammad.

–No he encontrado otro mejor… -bromeó.

–Y dime, ¿cómo he de actuar? ¿Deben conocer los miembros de la comunidad la procedencia de este dinero?

–Sería absurdo tratar de ocultar lo que es evidente, pero no debe salir de vuestro círculo. Quien no debe sospechar es el gobernador. Tú serás su interlocutor, el encargado de recaudar las cantidades que él estipule. Pero de los nuestros sólo tomarás una parte, el resto saldrá de aquí. A la alcazaba llegará la cantidad íntegra, y nadie debe saber de dónde proviene en realidad.

Alcanzaron el suelo de la bodega, y Hakim arrimó la llama a una lámpara que colgaba del techo.

–El aire está viciado, apenas arde -señaló-. Debemos darnos prisa.

Cruzó aquel sótano de sólidos muros de piedra y retiró una gruesa plancha de madera que se apoyaba en la pared más alejada. Hubieron de agacharse para penetrar en aquel hueco. Cuando su vista se adaptó a la oscuridad, Muhammad descubrió que de varios de los sillares colgaban gruesas argollas ancladas firmemente a la piedra.

–¿Una vieja mazmorra? – sugirió.

–Quizá. Siempre la he conocido así.

Se acercó a una de las piedras y tomó un cabo de soga que descansaba en una repisa. Lo pasó a través de la argolla y enrolló los extremos en su muñeca. Con un potente tirón, la argamasa que cubría superficialmente las juntas cayó al suelo al tiempo que la piedra cedía.

–Ayúdame -pidió.

Muhammad soltó los dos sacos y sujetó el bloque por un extremo hasta depositarlo en el suelo junto a ellos.

–Aquí estarán seguros -anunció.

–Hakim, aquí hay mil monedas de oro, una fortuna que pocos hombres han tenido la posibilidad de ver -dijo mientras depositaba el primer saco en el hueco y estiraba el brazo para empujarlo hasta el fondo-. Adminístralo sabiamente, pero también con generosidad con aquellos de los nuestros que lo necesiten. Pienso en algunos de los que se quedan, sin el apoyo de sus familias.

–Descuida, Muhammad. Déjalo en mis manos, marcha tranquilo. Sé que en el fondo de tu conciencia anida el remordimiento por el acuerdo al que has llegado. Pero lo que acabas de hacer compensa con creces las dificultades que sin duda se han originado.

Con un esfuerzo encajaron la piedra en su lugar, y Hakim rellenó los huecos con cuidado, con el mismo barro que se acumulaba a los pies del muro.

Recorrieron el camino inverso hasta el zaguán.

–Los tuyos, los que se quedan, siempre te agradecerán lo que haces por ellos. Yo me encargaré de que así sea.

Muhammad asintió, y Hakim tendió sus brazos para fundirse con él en un abrazo.

–Que Allah vaya contigo y os bendiga -dijo, con la emoción reflejada en los ojos-. Te haré llegar noticia de cualquier novedad que se produzca.

–También tú tendrás noticias mías, Hakim. Que Allah quede con vosotros.

Muhammad empleó el resto de la mañana en repetir por dos veces la visita que acababa de realizar, pero esta vez hubo de cruzar la ciudad de un extremo a otro. Comenzó por la judería, situada en el extremo meridional de la muralla, donde encontró al rabino en el interior de la sinagoga. Esta vez fueron cuatro las bolsas de cuero que abandonaron las alforjas, pues sin duda el impuesto de la *jizya* aplicado a los judíos sería mucho más gravoso que el asequible *zaqat* recaudado entre los musulmanes.

El viejo rabino acompañó a Muhammad al exterior con lágrimas en los ojos y se despidió de él besando las manos que acababan de entregarle la bendición para su pueblo. A estas alturas, los cuatro guardias habían adivinado el contenido de aquellos sacos, y no fue necesario que el *sahib* les explicara dónde debían vaciar el resto de las alforjas. Evitaron los alrededores de la mezquita y la zona noble de la ciudad, donde el trasiego hacía casi imposible avanzar, y a media mañana contemplaron el pequeño

campanario de la iglesia mozárabe situada junto al lienzo septentrional de la muralla, a escasa distancia del río.

Con el sol en lo alto, Muhammad regresó a la alcazaba henchido de gozo, cubierto por las bendiciones de Allah, de Yahvé y del Dios de los cristianos. Por un momento comprendió lo que debían de sentir aquellos verdaderos creyentes a quienes veía acudir a la batalla seguros de la protección divina después de encomendarse fervorosamente a Allah.

El siguiente amanecer los vería partir definitivamente hacia la *madinat* Tutila, y las sensaciones de aquella mañana le hacían pensar que no podía estar equivocado. Pero aún debían celebrarse las ceremonias en las que oficialmente se haría entrega de la ciudad, y en las que el nuevo gobernador tomaría posesión de su cargo.

Capítulo 69

La situación resultaba extraña para todos. Muhammad había concertado con los cordobeses el orden de los actos que tendrían lugar aquella tarde en la alcazaba, en los que él habría de ejercer de anfitrión hasta el nombramiento oficial del nuevo gobernador.

Tenía ya a buen recaudo la totalidad del oro convenido, y Haxim le haría entrega del documento por el que Qurtuba, a falta del refrendo del propio emir, reconocía la autonomía de los territorios tradicionalmente dominados por los Banu Qasi, en torno a las ciudades de Arnit y Tutila. Para los cordobeses, aquél era un día de celebración, pues el primer objetivo de la *sa'ifa* se había conseguido, y en breve partirían en busca de los ejércitos cristianos del rey Alfuns. Todos sus altos oficiales se encontraban en la alcazaba, así como los funcionarios de primer nivel que acompañaban al *hayib*, de forma que quienes hasta esa tarde ejercían el poder se hallaban ahora en franca minoría.

El boato con el que los cordobeses gustaban de adornar sus actos más solemnes había empezado a dejarse ver cuando el primer ministro y el nuevo gobernador franquearon la puerta de Sinhaya para enfilar, entre dos columnas de portaestandartes montados, la calle principal de la vieja ciudad romana. Los tambores resonaban en el aire, y la grandiosidad del sonido de los instrumentos de viento erizaba la piel de cuantos se habían echado a las calles para presenciar la llegada de su nuevo señor. El colorido del desfile estaba garantizado por la variada representación de las unidades enroladas en el inmenso ejército: infantes nubios de piel negra como la pez, jinetes bereberes con su peculiar indumentaria y su llamativa forma de montar «a la jineta», junto a unidades formadas por eslavos de piel rosada, arqueros magrebíes o mercenarios llegados de todos los extremos del Bahr Arrum con sus variopintas vestimentas. Tras el *hayib*, cuyo caballo había sido revestido con una llamativa gualdrapa de seda blanca ribeteada en oro, los colores que caracterizaban a la dinastía reinante en Qurtuba, cabalgaban los miembros de su guardia personal con atavíos no menos espectaculares.

Atravesaron la ciudad a paso lento, dejaron atrás el palacio del gobernador y se dirigieron hacia el recinto fortificado. Una vez en el interior de la alcazaba, amortiguado ya el sonido de los atabales y las chirimías, fueron recibidos por Muhammad al pie de los caballos, y juntos cubrieron la distancia que los separaba de la gran sala donde habría de formalizarse de forma definitiva el pacto entre los dos hombres.

De aquella tarde en la que Ahmad ibn Al-Barra ibn Malik recibió su nombramiento como wali de la ciudad y gobernador de la Marca, Muhammad habría de recordar otro encuentro. Durante la lectura de los documentos protocolarios, le

había llamado la atención la figura imponente de uno de los oficiales de Haxim. A pesar de encontrarse en segunda fila, su envergadura y su actitud lo destacaban de los demás. También su rostro de facciones extremadamente marcadas había atraído su mirada, y en varias ocasiones comprobó que no abandonaba la expresión grave y circunspecta, cuando a su alrededor el resto de los oficiales y generales del ejército cordobés expresaban de forma elocuente su acuerdo y su admiración hacia las palabras y gestos de Haxim.

Tras la toma de posesión, Muhammad decidió que su protagonismo había terminado, y discretamente quedó atrás cuando la comitiva se dirigió a los muros de la alcazaba, a cuyos pies se congregaba una multitud ansiosa por contemplar al nuevo *wali*. Ocupó un lugar discreto junto a un muro y se dedicó a observar cuanto le rodeaba, invadido de repente por un sentimiento de nostalgia.

–Las gentes mudan de afecto con facilidad.

Volvió la cabeza para contemplar al hombre que se había colocado a su lado, el mismo oficial que un momento antes le había llamado la atención.

–Saraqusta es una ciudad grande -respondió.

–Así es, y por lo que veo quienes aclaman a Al-Barra son en su mayoría árabes de origen yemení como él.

Aunque tratara de evitarlo, la mella en uno de sus dientes quedó al descubierto. Continuó con la mirada fija sobre la multitud, y tardó un momento en hablar de nuevo.

–Mi nombre es Umar ibn Hafsún.

Muhammad experimentó una involuntaria sacudida al escuchar el nombre del conocido caudillo que había logrado poner en jaque la autoridad de los gobernadores omeyas en la *kurah* de Raya.

–He oído hablar de ti. Sabía que Haxim te había enrolado en el ejército, pero desconocía que estuvieras aquí.

–También yo he oído hablar de ti, ¿quién no? Parece que tenemos no pocas cosas en común -dijo con voz queda-. ¿Hay algún lugar donde podamos conversar discretamente? No conviene que nos vean juntos.

Muhammad trató de pensar, extrañado todavía por aquel encuentro, que no parecía fortuito. Centenares de funcionarios y soldados de la nueva administración ocupaban ya la alcazaba, de modo que resultaría complicado encontrar un lugar discreto sin llamar la atención.

–El lado opuesto de la muralla está desierto -dijo mientras señalaba con la cabeza.

Umar asintió, y se separó de él. Poco después, de forma pretendidamente casual, Muhammad siguió sus pasos y lo encontró en un recodo del adarve orientado hacia el poniente. Aunque se encontraba expuesto al viento del norte, el tibio sol de la tarde hacía agradable el lugar. Apoyó los codos en el pretil y dejó caer el peso de su cuerpo

sobre el muro.

–Es admirable la fidelidad que te demuestra tu pueblo. He visto cómo centenares de familias se preparan para acompañarte.

–Ni yo mismo lo comprendo, Umar. Pero ten por seguro que no es a mí a quien profesan tal fidelidad, sino a los que me precedieron. La huella de Musa, mi abuelo, todavía perdura entre los Banu Qasi.

–Me gusta tu modestia, no estoy acostumbrado a percibirla entre los oficiales del emir.

–¿Percibo desagrado en tus palabras?

Umar bajó la cabeza.

–Supongo que contigo puedo hablar con franqueza… -respondió-. De hecho, si me he acercado a ti es para hacerlo.

–No seré yo quien vaya a Haxim a contarle lo que tengas que decirme -rio Muhammad.

Umar también esbozó una sonrisa.

–Podrás imaginar que si estoy aquí no es por mi gusto. La revuelta que se está gestando en Al Andalus es imparable, y lo sucedido hasta ahora no son sino los primeros chispazos del incendio que ha de llegar. Los muladíes hemos soportado durante generaciones el abuso constante de los dominadores de la aristocracia árabe, que sólo por su ascendencia creen tener derecho sobre la vida y las propiedades de los hispanos. El movimiento de respuesta ha comenzado, y algunos como yo sólo estamos tratando de encauzar este descontento.

–He oído hablar de lo que has conseguido hasta ahora en Raya.

–Una pequeña parte de lo que me proponía… y me propongo.

–Pensaba que tu incorporación al ejército del emir había acabado con esas aspiraciones.

–Yo también albergué dudas. Sé que la semilla está puesta, ha echado ya los primeros brotes, pero el árbol en que se ha de convertir es aún frágil. Era demasiado pronto para someterlo a prueba, y por eso solicité el *aman* de Qurtuba. Muchos de mis hombres me acompañan, de hecho estoy al frente de la compañía en la que militan.

–Pueden adquirir una experiencia impagable.

–También yo estoy aprendiendo muchos aspectos que desconocía acerca de la organización de este ejército, y hasta ahora no hemos entrado en combate. Tengo la intención de llevar a mis hombres a la lucha frente a Alfuns. De entre ellos, habrán de salir mis futuros oficiales.

–¿Volverás a la desobediencia?

Umar tardó en responder, permanecía con los ojos entornados para protegerse del viento y de la luz intensa del sol, cercano al ocaso.

–Aunque mis intenciones hubieran sido otras, los generales de Qurtuba se están encargando de hacer notar su superioridad. Mi compañía está siendo sometida a continuas humillaciones, en especial por parte de uno de los generales más antiguos, un tal Ibn Ganim. En la última semana, el pan de nuestras raciones nos ha llegado con más piedras y gorgojos que harina.

–Resulta extraño que Haxim lo permita… debería recordar adónde le condujo una actitud similar con Ibn Marwan.

–Haxim está al tanto, porque yo mismo elevé una queja que no obtuvo respuesta. Tal vez la explicación se encuentre en el beneplácito del que Ibn Ganim goza en el entorno de Al Mundhir.

–También Ibn Marwan ha regresado a Batalyus después de los años que ha pasado junto al rey Alfuns, y eso sólo puede significar una cosa…

–Lo sé, y éste es el motivo de que me haya acercado a ti antes de que los dos dejemos Saraqusta. No será fácil que se vuelva a presentar una ocasión como la de hoy. Escúchame bien…

Prudentemente, asomó la cabeza por la esquina para comprobar que nadie podía oír sus palabras.

–Sólo espero el final de la expedición para regresar a Burbaster. Y cuando eso suceda, las cosas serán distintas. Llegan noticias de nuevos focos de rebelión en Al Yazira, en Al Hamma, en la propia Ishbiliya… No dudo tampoco de las intenciones de Ibn Marwan en Marida y Batalyus. Muhammad, ésta es la oportunidad de que los muladíes nos zafemos del yugo de los árabes. La *fitna* hará imposible una respuesta simultánea del emir en todos los frentes. En Al Andalus ha prendido la chispa de la rebelión, pronto arderá por los cuatro costados, y entre sus llamas se consumirá el dominio árabe que durante dos siglos nos ha mantenido bajo su bota.

Muhammad escuchaba con gesto grave las palabras llenas de entusiasmo de Ibn Hafsún.

–¿Y cuál será la actitud de Alfuns cuando vea Qurtuba inmersa en su propia revolución? Si las cosas suceden como dices, no hallará ningún impedimento para continuar su política de expansión hacia el sur.

–De que la política de Alfuns no afecte a tus territorios deberás ocuparte tú. De Alfuns y de tus parientes cristianos de Banbaluna…

–Me preocupa derribar el poder establecido que les hacía frente sin tener un recambio.

–Quizás el yugo árabe no se deja sentir con la misma fuerza en la frontera, pero te aseguro que en el corazón de Al Andalus la situación ha llegado a un punto en el que ya no hay vuelta atrás. El descontento estallará de todas formas, y hacen falta caudillos capaces de canalizar ese torrente hasta su destino. Tú debes ser uno de ellos.

Muhammad se inclinó sobre el pretil y contempló pensativo el disco del sol, que

comenzaba a ocultarse tras los montes, encendiendo el firmamento con colores rojizos.

–Míralo, eso que ves es su reflejo. Sin duda Al Andalus arde ya, más allá del horizonte.

Capítulo 70

Año 886, 272 de la hégira
Qurtuba

Muhammad, aún desnudo y cubierto de sudor, abandonó el lecho. Aunque el sol había iniciado su descenso, el calor de aquella tarde tórrida de verano se resistía a ceder, lo que le había impedido conciliar el sueño después de que sus jóvenes cuerpos se separaran, agotados y satisfechos. Durante un instante, siguió admirando la piel firme y tostada y el cabello moreno de la muchacha que en los últimos meses había ocupado sus pensamientos a todas horas. Recostada de lado, respiraba rítmicamente, y Muhammad no pudo evitar una nueva punzada de deseo al observar aquellas formas perfectas y el sexo que sus piernas flexionadas dejaban al descubierto.

Vertió en el aguamanil el contenido del jarro que descansaba a su lado y se llevó el agua al rostro, al cabello y a la nuca con ambas manos. A la vez que se refrescaba, lavó someramente el resto de su cuerpo, y cubrió luego su desnudez con un paño que se anudó a la cintura. Tomó asiento frente al gran atril que hacía las veces de escritorio y por un momento no hizo sino contemplar las copas de los árboles a través del suave lienzo de seda que, por primera vez, comenzaba a agitarse movido por la leve brisa vespertina que ascendía desde el Uadi Al Kabir. La suave música de un laúd tañido por manos expertas y delicadas se abría paso desde el patio y, sin saber por qué, aquellas notas le trajeron a la mente el recuerdo de su madre. Hacía días que debía haber escrito para darle cuenta de los últimos acontecimientos, y decidió no esperar más. Tomó el primero de los pliegos que se amontonaban bajo el tablero y lo extendió antes de aplicarle los pesos que, sujetos de los extremos con pequeños garfios, habrían de mantenerlo en tensión. Pulió por última vez la superficie, trazó un rápido pautado con un listón y un estilete y humedeció la tinta negra hasta que obtuvo la consistencia deseada. Aún se quedó abstraído antes de tomar la pluma, pensando en la manera de comenzar el escrito. Como era ya habitual en la correspondencia que mantenía con su madre, decidió prescindir de las complejas fórmulas que los escribanos de palacio utilizaban en sus elaboradas epístolas, y mojó el extremo biselado de la pluma en el tintero.

Que Allah te bendiga, madre, y os proteja a todos vosotros.

Debes disculpar la tardanza en mis envíos, que no tiene otra justificación que la apatía causada por este inclemente verano de Qurtuba. Aunque sé que a Pampilona habrá llegado noticia de los últimos acontecimientos en Al Andalus, principalmente la muerte de mi abuelo, el emir Muhammad, trataré de reflejar aquí su gestación para vuestro conocimiento.

Sabéis ya que el traidor Hafsún, despreciando la oportunidad que el emir le ofrecía, retomó el camino de la revuelta a su regreso de Saraqusta y Al Qila. Como un zorro, salió de noche de Qurtuba con todos sus hombres y se encaminó a Burbaster, la fortaleza que considera como propia. Al parecer, el único que no estaba al tanto de su llegada era nuestro hombre en el castillo, porque fue capturado a traición. Se dice que en su propia alcoba, y que el traidor yació aquella noche con la concubina que acompañaba al gobernador en el lecho.

Con las mismas falsedades que acostumbraba, Hafsún atrajo de nuevo a su lado a un ejército de truhanes con el que durante este último año ha estado atacando aldeas y ciudades, propagando la sublevación y dando apoyo a cuantos caudillos decidieran sumarse a la revuelta. Cayeron Auta, Millas, Qumaris, Aryiduna… En los últimos meses ha sido Harith ibn Hamdun, señor de Al Hamma, quien se ha alzado contra el legítimo poder del emir. Al Mundhir puso sitio a la fortaleza, y a punto estaba de ser conquistada tras muchas semanas de asedio y duros combates, cuando Umar ibn Hafsún acudió en su ayuda. La batalla fue encarnizada, según han contado los que estuvieron, pero Allah no quiso que Al Mundhir culminara su obra, porque yo mismo, enviado por mi padre, tuve que acudir a los pies de la muralla para llevarle la noticia de la muerte del emir Muhammad. Esto ocurrió cuando faltaban sólo dos días para el fin de Safar, y mi tío hubo de regresar precipitadamente para tomar posesión del trono, cosa que sucedió tan sólo cuatro jornadas más tarde. Sin embargo, malos augurios acompañaron a su coronación, porque una avalancha entre la muchedumbre apiñada sobre el viejo puente romano provocó la muerte a decenas de cordobeses. El lamento de las plañideras se mezcló aquella noche con el sonido de las zambras.

No ha sido ése el único suceso lamentable que ha ensombrecido el inicio del reinado de Al Mundhir. Hacía ya años que las relaciones entre el príncipe y su general Haxim abd al Aziz venían deteriorándose, y la muerte de Muhammad ha precipitado el desenlace de tan tormentosa relación, pues una demasiado oportuna denuncia sirvió al nuevo emir para ordenar el encarcelamiento de Haxim. También sus hijos y clientes fueron apresados, y sus heredades, confiscadas. Se asegura que ayer mismo el hayib fue ejecutado en prisión, y aunque han tratado de mantener el suceso en el mayor secreto, en la corte no se habla de otra cosa.

Dejo para el final algo que sin duda alegrará tu espíritu. Sé que has de estar sufriendo por mí, y por eso quiero decirte que creo haber encontrado a la mujer que alegrará mis días y, si todo va bien, tal vez pronto pueda convertirse en la madre de mis hijos. Su nombre es Hazine, y bendigo el día en que llegó al alcázar procedente de las lejanas tierras de Qustantaniyeh.

Espero tus noticias sobre mis hermanos…

Muhammad se sobresaltó y una pequeña gota de tinta manchó la parte inferior del pergamino cuando las manos de Hazine, de pie detrás de él, se apoyaron primero sobre sus hombros y descendieron después para acariciarle el pecho. Dejó el cálamo sobre el tablero, y la asió por las muñecas para atraerla hacia sí con más fuerza, hasta que pudo sentir el contacto de sus pechos sobre la espalda. Volvió la cabeza, y sus labios se encontraron. La muchacha abrió los ojos al cabo de un instante, y su mirada se posó en el pergamino cubierto por lo que para ella no eran sino garabatos incomprensibles.

–¿Hablas de mí ahí?

Muhammad asintió despacio, sonriendo.

–¿Y qué dices? – preguntó con un tono cargado de sensualidad.

–Que eres lo mejor que me ha ocurrido en mis veintidós años de vida, pequeña Hazine.

Capítulo 71

Badr llamó con suavidad y no empujó la puerta hasta escuchar la autorización que procedía del interior. En cuanto lo hizo, Muhammad se levantó del lecho, en el que había consentido descansar después de una noche de vigilia.

–¿Cómo está?

–Sigue débil, Muhammad. Tiene frío, vértigos, y sus miembros se adormecen… Los médicos no se ponen de acuerdo sobre la causa de su mal. Precisamente me envían… quieren saber si tú has observado algo anormal en ella durante los últimos días.

Muhammad suspiró con fuerza y se cubrió el rostro con las dos manos. Luego miró al eunuco y asintió.

–Se mostraba inquieta, nerviosa… y lo que más me extrañaba: rechazaba mis caricias. Hasta ahora siempre era ella quien me buscaba… Debo regresar junto a ella -dijo mientras se ponía en pie.

–No has descansado lo suficiente -advirtió Badr, pero Muhammad ya salía por la puerta.

El eunuco se apresuró tras él. Ningún varón podía acceder a las dependencias donde se alojaban las mujeres sin un buen motivo y sin autorización expresa y, si Muhammad pretendía hacerlo, él tendría que dar aviso antes de permitirle la entrada. De mal humor, el joven príncipe esperó ante la puerta custodiada por dos guardias hasta que Badr regresó.

–Haré que la trasladen a mis habitaciones -anunció mientras avanzaba por la galería, ahora desierta.

–Me ocuparé de ello -respondió Badr, solícito-. Ya he hablado a los médicos de tus impresiones.

Encontró a Hazine tendida sobre el camastro de una pequeña habitación separada del resto. A su alrededor, tres hombres de aspecto distinguido mantenían una acalorada discusión que terminó cuando Muhammad atravesó el umbral. Dirigió una mirada de saludo a los médicos, se acercó al lecho y tomó la mano de la muchacha entre las suyas. Estaba helada, a pesar de que Hazine yacía cubierta con espesas mantas.

–El eunuco nos ha hablado de lo que has venido observando en ella -dijo uno de ellos-, y los tres estamos de acuerdo en que puede ser importante…

–¿Qué quieres decir? – preguntó Muhammad impaciente.

–Dices que la muchacha había perdido el deseo repentinamente, y eso confirma la sospecha que ya antes alimentábamos. Sin embargo, antes debemos descartar otros motivos que pudieran explicarlo.

–¿A qué te refieres?

–¿La has forzado? ¿Le has hecho daño?

–¡Por quién me tomas! – estalló Muhammad.

–Tranquilízate, Muhammad -intervino otro-. Sólo tratamos de excluir por completo otras razones para estar seguros de lo que tenemos que decirte.

Muhammad asintió, cabizbajo.

–En ocasiones, se utilizan determinadas hierbas para producir el efecto que nos describes, la inhibición del deseo.

Mientras hablaba, se dirigió a una pequeña mesa sobre la que descansaba un viejo códice.

–Es un excelente tratado de un autor griego sobre las sustancias con efectos medicinales, quizá lo conozcas. Se trata de *De Materia Medica*, del maestro Dioscórides de Azanarbus. Fíjate en esto.

Muhammad observó un dibujo realizado con gran detalle que le recordó a una planta de hinojo, bajo el que se localizaba el texto explicativo. Leyó: «De la Cicuta mayor, Koneion.»

–Aquí… -El médico señaló con el dedo.

«Es de muchos usos para su empleo terapéutico, una vez seca. Así, se mezcla oportunamente en colirios analgésicos. Su zumo, aplicado en emplasto, consume los herpes y las erisipelas. La hierba y la cabellera, majadas y aplicadas en forma de cataplasma, prestan ayuda a los que tienen sueños eróticos. Aplicadas como emplasto relajan también las partes pudendas.»

–Hay otras sustancias que pueden conseguir un efecto parecido -siguió el médico-, pero la cicuta es la única que explica el resto de sus síntomas.

–¿Queréis decir que Hazine ha sido envenenada?

–No sería extraño… en el *harem* florecen las envidias y las intrigas. Este es un remedio conocido, que algunas mujeres han utilizado para contener a maridos demasiado fogosos, pues sirve tanto para hombres como para mujeres, pero existe un riesgo. El envenenamiento produce vértigos, sed, frío, diarrea, hormigueos, parálisis muscular…

Muhammad comprendió, desolado. Se apoyó en el borde del lecho y puso la mano sobre la frente de la muchacha. También estaba helada.

–¿Quién te ha hecho esto? – gimió.

Le pasó los dedos por el rostro mientras la llamaba por su nombre. Lentamente, Hazine abrió los ojos, vio a Muhammad y trató de esbozar una sonrisa sin éxito.

–¿Quién te ha hecho esto, Hazine? – repitió.

La muchacha intentó abrir los labios, pero la voz no salía de ellos. Por fin, emitió algo parecido a un susurro. Muhammad acercó el oído a su boca y permaneció así durante un instante, hasta que su rostro se contrajo en una mueca de odio y dolor, y sus ojos quedaron reducidos a dos líneas pintadas en su cara.

Badr vio que Muhammad perdía el color y poco a poco se incorporaba con gesto de incredulidad.

–¡Esa ramera! – espetó con la rabia dibujada en las facciones.

–¿Quién? – preguntó el eunuco intrigado.

–¡Rashida! – aulló.

–¡La madre de Mutarrif!

Los tres médicos se miraron con gesto grave. Una situación como ésta era lo que más temían: se verían obligados a testificar contra el autor de aquel claro intento de envenenamiento y, si se confirmaba la sospecha, en este caso se trataba de una *umm uallad* del príncipe Abd Allah. Un testimonio desfavorable a sus intereses les traería, como mínimo, la enemistad del príncipe, y por menos habían rodado cabezas entre los muros de aquel palacio.

–Entra en el *harem* y hazla venir -ordenó entonces Muhammad a Badr, y su tono resultó extrañamente sereno.

–*Sahih*, ¡es la *umm uallad*! – replicó el eunuco.

–Ve y tráela -repitió mientras lo atravesaba con la mirada-. Si tienes alguna duda, yo mismo lo haré.

Badr vacilaba. Abrió la boca para hablar, pero desistió. Entonces intervino uno de los médicos.

–Nos sería útil confirmar cuanto antes la sustancia usada y la forma de administración. Podrás alegar esto si alguien te acusa de violentar la figura de una primera esposa.

Muhammad miró fijamente a aquel hombre.

–Te lo agradezco. Sé lo que todo esto supone para vosotros.

–Es urgente administrar cuanto antes un antídoto -advirtió-. Si se mantiene consciente, podrá tomarlo en decocción.

–Iré a la botica en su busca -se ofreció otro, mientras se dirigía a la salida musitando para sí los ingredientes necesarios-. Ajenjo, orégano, aceite de lirio…

Muhammad permaneció angustiado junto al lecho, escuchando la respiración débil y acelerada de Hazine.

–¿Se pondrá bien? – preguntó.

El médico titubeó antes de responder.

–Es difícil saberlo. Depende de la cantidad de veneno, de la forma en que se haya administrado y del tiempo transcurrido. Si supiéramos…

El sonido de pasos en el corredor puso en alerta a Muhammad antes de que Badr apareciera en la estancia tras una mujer temblorosa, a todas luces asustada.

–¡Por Allah Misericordioso! ¿Qué le ocurre a la muchacha?

–¡Eso has de decirlo tú, arpía! – espetó Muhammad al tiempo que la tomaba del brazo y la arrastraba hasta el lecho-. Esta vez el odio y la envidia te han llevado a

traspasar todos los límites, y pagarás por ello. Te juro que lo pagarás.

La mujer miró a Hazine sinceramente impresionada, y de repente rompió a llorar.

–¡Falsas lágrimas de plañidera! – escupió Muhammad asqueado.

–Nunca pensé… no me explico… -gimió.

–¿Qué es lo que no pensabas? ¿Que a estas alturas siguiera aún viva? ¿Que tuviera fuerzas para pronunciar tu nombre?

–Yo… yo sólo quería… aplicar el remedio que me recomendó la partera.

–¡Un remedio! – gritó-. ¿Para qué necesitaba un remedio?

La mujer alzó el brazo para protegerse la cara, segura de que Muhammad iba a golpearla al verlo acercarse a ella con la ira dibujada en el rostro.

–¡Sólo quería que dejara de sentir placer en tu lecho! La partera me juró que ése era el único efecto del ungüento que me daba.

–¡Maldita zorra! ¿Qué pretendías?

–Que la repudiaras, que la apartaras de tu lado… que te olvidaras de ella.

–Pero ¿por qué? ¡Maldita sea! – aulló Muhammad fuera de sí.

–¡Porque mi hijo la deseaba!

–¿Mutarrif está detrás de esto?

–No, ¡no! No te equivoques. El no sabe nada. Es sólo cosa mía.

–¿Cómo conseguiste engañar a Hazine para que tomara ese veneno?

–¡No debía tomarlo! Tan sólo aplicarlo en forma de emplasto encima de su vientre. La engañé, le dije que se trataba de un potente filtro amoroso, con el cual siempre te tendría a su lado. Pero le advertí que debía manejarlo con cuidado.

–Al parecer no ha sido así -interrumpió uno de los médicos-. Los síntomas indican que las hierbas del emplasto han sido ingeridas. Quizá pensó que así el efecto sería mayor…

La mujer lanzó un gemido y se arrojó a los pies de Muhammad.

–¡Debes perdonarme! ¡Nunca quise hacerle daño! ¡Se pondrá bien!

El joven se apartó de ella sin contemplaciones, con un gesto de hondo desprecio.

–¡Llévatela de aquí! – ordenó a Badr.

–¡Perdóname! – repitió ella antes de ser empujada hacia la galería.

–Nunca te perdonaré si algo irremediable le sucede. Reza a Allah Todopoderoso para que la mantenga con vida. De lo contrario…

Se calló al comprobar que ya no le escuchaba y regresó junto a Hazine. A pesar de la palidez de su rostro, seguía siendo extremadamente bella. Por un momento, cruzó por su mente la posibilidad de que aquella débil respiración se apagara para siempre, y dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas hasta perderse entre su barba, sin que pudiera hacer nada para impedirlo.

Casi se sobresaltó cuando el médico regresó a la estancia con una redoma entre sus manos.

–Aquí está el remedio, hemos de tratar de que lo ingiera por completo.

Muhammad tendió la mano.

–Yo me encargaré.

Lo depositó en una repisa junto al lecho y se acomodó al lado derecho de la muchacha. Le pasó el brazo por la espalda y la incorporó lo suficiente para que uno de los médicos colocara un cojín tras ella. Hazine abrió los ojos, pero tenía la mirada perdida en un punto impreciso. El médico vertió parte del contenido en un pequeño cacillo que entregó a Muhammad.

Éste lo acercó a su boca con delicadeza, a la vez que le susurraba al oído palabras llenas de ternura. El contacto del líquido con sus labios no produjo ninguna reacción, y las primeras gotas se deslizaron hacia el cuello y se perdieron entre los pliegues de su túnica. Muhammad insistió hasta conseguir que parte del brebaje se vertiera en la boca, y al llegar al fondo de la garganta desencadenó el reflejo que la hizo tragar y, de inmediato, toser. Con enorme paciencia, Muhammad logró que tomara una pequeña cantidad de aquel remedio que constituía su única esperanza, y sólo después permitió que se recostara de nuevo. Acabó por abandonar la estancia, no sin antes advertir a los médicos de que le informaran ante el más mínimo cambio.

–Acompáñame -pidió a Badr-. He de hablar con mi padre.

Salió de la estancia en dirección a la zona del palacio donde el príncipe Abd Allah tenía sus dependencias privadas, pero en ese momento se le acercó uno de sus sirvientes.

–*Sahib*, ha llegado este correo -anunció.

Muhammad asintió mientras tomaba el pergamino para comprobar la marca estampada en el lacre. Al hacerlo cerró los ojos por un momento, exhaló un profundo suspiro y de inmediato despidió al sirviente.

–Badr, ocúpate de solicitar esa entrevista. No menciones el motivo, pero insiste en su urgencia -dijo mientras iniciaba el camino de regreso a sus aposentos.

Una vez a solas junto al amplio ventanal, rompió el sello, soltó la lazada y tomó asiento junto al tablero, dispuesto a leer la carta que su madre le enviaba.

En Pampilona, el tercer día de octubre, en el Año del Señor de 886

Mi querido hijo Muhammad,

¡Qué difícil me resulta soportar esta separación! Pensaba que el paso del tiempo habría de cerrar la herida que se abrió en el momento de abandonar Qurtuba, y sin embargo cada nuevo día no hace sino reabrirla para hacerla más dolorosa. Cada noche, antes de caer rendida, recuerdo tu rostro, trato de

componer en mi mente su imagen transformada por los años, una imagen del hombre en el que ya te habrás convertido. Celebro la noticia de tu amor por Hazine y, aunque la observancia de nuestros preceptos me impide aprobar el hecho de que compartáis lecho antes del matrimonio, no puedo dejar de alegrarme por tu dicha. ¡Cuánto me gustaría poder conocerla algún día! Hazla feliz, y sé feliz con ella.

Por un instante Muhammad fue incapaz de seguir leyendo, pues la fina cortina de lágrimas que le empañaba la vista hacía bailar los pequeños caracteres trazados sobre el pergamino. Se pasó el dorso de la mano derecha por los ojos y hubo de pestañear varias veces antes de continuar.

Aprovecho la ausencia de tu abuelo el rey para hablarte de él: sé que no asomará la cabeza sobre mi hombro para leer lo que escribo, pues se encuentra visitando una vez más su querida abadía de Leyre. Allí es donde encuentra paz para su espíritu, el espíritu de un hombre que no está hecho para la guerra y que sufre por tener que guiar a su pueblo sin poder soslayarla en ocasiones.

Sé que, si sólo su voluntad contara, habría preferido pasar sus días sin salir de la biblioteca del monasterio, intercambiando sesudas reflexiones con su buen amigo el abad. Tanto es así que ya comienza a ser conocido por un sobrenombre… ¿Lo imaginas? ¡Fortún el Monje, lo llaman! Por fortuna, su hermano Sancho es para él un gran apoyo, como lo es Aznar, mi esposo.

Desde aquí se contemplan con recelo los últimos acontecimientos de Uasqa, de los que quizá no estés al tanto. Al Tawil ha logrado alzarse con el control de la ciudad, aunque para ello haya tenido que asesinar a su wali Masud ibn Amrús, y todo ello con el beneplácito de los Banu Qasi, o al menos de su cabecilla actual, Muhammad ibn Lubb, que paga así al traidor por los servicios prestados en Aybar, donde tu bisabuelo, el rey, cayó abatido.

Tus hermanos crecen sanos y fuertes: Toda, Sancha y el pequeño Sancho me escuchan embelesados cuando les refiero las historias del lejano reino donde habita su hermano mayor, un apuesto guerrero cuyos favores se disputan las doncellas del lugar. Temo no estar haciendo bien, pues tan grandes son tus virtudes que cada día insisten en conocer a tan importante personaje. Acerca de esa posibilidad, te diré que se envió a Qurtuba una discreta embajada para tantear la posibilidad de un encuentro, ignoro si estás enterado, mas me temo que Abd Allah no lo ha estimado conveniente. No desespero, sin embargo, de

que en un futuro no muy lejano podamos aprovechar otras circunstancias para reunimos. Tal vez la noticia de tu casamiento con Hazine sea el motivo que ablande el corazón de tu padre. Ten por seguro que no dudaría ni un instante antes de ponerme en marcha.

Ten presentes los consejos que te he dado cuantas veces he tenido ocasión de hacerlo, y que no voy a repetir aquí. Intuyo, aunque en tus cartas trates de ocultarlo, que las cosas no marchan mejor con tu hermanastro. Sé prudente y evita el enfrentamiento, conozco bien hasta dónde pueden llegar las intrigas en el palacio.

Que la bendición de Dios esté contigo, hijo mío. Que Allah te proteja.

ONNECA

La firma de su madre aparecía arrinconada en la parte inferior derecha del pergamino, por falta de más espacio. Muhammad depositó el rollo encima del tablero y dejó que su vista vagara por los rincones cargados de belleza del patio sobre el que se abría el ventanal. Badr aún no había regresado con la respuesta de Abd Allah, y Hazine estaba en manos de los médicos, a la espera de que el antídoto administrado surtiera efecto. Le resultaba extremadamente duro contemplar su sufrimiento y prefirió no regresar junto al lecho todavía. Sin embargo, necesitaba reflexionar sobre lo sucedido, y decidió bajar al patio, donde el rumor del agua, el canto de los pájaros y el sonido de las ramas mecidas por el viento siempre habían tenido un efecto calmante en su espíritu en momentos de zozobra.

Sentado en el borde de una de las albercas, reflexionó acerca de las circunstancias de su existencia. Una vida de privilegio, sin duda, no tenía más que cruzar los muros del alcázar y adentrarse en el arrabal para darse cuenta, pero no exenta de sufrimiento y de amenazas. Observó cómo las sombras de la tarde se iban alargando sobre la superficie del estanque, al que ahora se acercaban multitud de pececillos en busca de los insectos que constituían su habitual banquete vespertino. Pensó en lo que habría de contar a su padre cuando éste tuviera a bien recibirle, y trató de imaginar su reacción. Rashida era su primera esposa, tras el repudio de Onneca. ¿Aplicaría el castigo que el delito que había cometido sin duda merecía, o por el contrario atendería a sus lamentos y sus excusas? Desvió su atención hacia el estruendoso concierto que protagonizaban los centenares de pájaros que acudían a cobijarse bajo las ramas de los árboles para pasar la noche, y decidió que era hora de regresar junto

a Hazine. Ahora sí, había pasado el tiempo suficiente, y albergaba la esperanza de encontrarla consciente para al menos poder transmitirle la fuerza que necesitaba para recuperarse, para decirle cuánto la amaba, cuánto la necesitaba, cuánto la deseaba.

Distinguió al eunuco bajo el arco de herradura que delimitaba el acceso al patio. Su figura voluminosa e inconfundible quedaba oculta por las sombras, pero al ver su actitud, Muhammad detuvo sus pasos en seco. Los brazos de Badr colgaban fláccidos a sus costados, su barbilla le comprimía los pliegues de la papada contra el pecho, y su rostro apuntaba al empedrado del suelo, con lo que ocultaba su gesto.

Una especie de calambre recorrió el cuerpo de Muhammad, seguido de un incontrolable temblor que se apoderó de sus piernas. Con un esfuerzo, se obligó a avanzar hacia el eunuco. Llegó hasta el lugar que ocupaba bajo el dintel de la puerta, se plantó ante él y con la mano derecha le alzó el rostro. Gruesas lágrimas se deslizaban desde sus ojos, que eran la expresión de la más absoluta desolación.

Sin darle tiempo a hacer la pregunta que le quemaba en los labios, Badr levantó los brazos y atrajo a Muhammad hacia sí.

–¡Oh, *sahib*, con gusto hubiera dado mi vida a cambio de la suya!

Capítulo 72

Año 888, 274 de la hégira
Qurtuba

Muhammad decidió releer el texto de su última carta antes de enrollar y lacrar el pergamino. Aquel contacto periódico con su madre se había convertido para él en un momento de liberación, y le servía además para hacer un balance personal de los acontecimientos que con tanta rapidez se sucedían en los últimos tiempos. Tenía, sin embargo, la sensación de haber sido de nuevo demasiado superficial en todo lo relativo a su situación personal, y de haberse centrado en el relato de los sucesos políticos, recreándose en los más llamativos. Era algo que su madre había observado en anteriores misivas, y así se lo había hecho notar. Caer de nuevo en el mismo error no ayudaría a despejar sus sospechas, pero quizá fuera preferible así. La alternativa era confirmar sus temores. Se acomodó en el diván dispuesto junto al fuego y, confortado por el calor de las llamas, comenzó a releer, obviando los encabezamientos.

… Las primeras semanas tras la muerte de Hazine creí que nada podría compensar su ausencia. Durante días viví recluido, rumiando mi dolor y pendiente tan sólo de mi ansia de venganza. Ni siquiera la caída en desgracia de Rashida, la retirada de todos sus privilegios como umm uallad, trajo la calma a mi espíritu. Sin embargo, la llamada del emir para servir a sus órdenes en la reciente campaña contra el rebelde Ibn Hafsún, que en principio me pareció una carga difícil de soportar, ha conseguido apartar de mi mente aquel sentimiento que me tenía paralizado.

Y es que, tras la retirada de Al Mundhir del sitio de Al Hamma, la ayuda que Ibn Hafsún había prestado a su wali redundó en su beneficio tras la victoria. Se enviaron mensajeros a todas las plazas fuertes con la noticia de su actitud heroica, y todos reconocieron su autoridad, a lo que contribuyó saber que en la lucha había perdido varios dedos de la mano izquierda. Sin duda, encontró al pueblo con el mismo ánimo y la determinación de hacer causa común con él. Muchas poblaciones se unieron a su empeño, y así consiguió dominar lugares como el Hisn Asar, Aryiduna y un extenso territorio entre las coras de Raya y Takurunna y el mar. Nadie comprende el poder que ha alcanzado quien no era sino un asaltador de caminos, pero los que le conocen cuentan que sabe mostrar

afección a sus compañeros y deferencia con sus íntimos, que respeta a las mujeres y observa las reglas del honor, con lo que se concilia todos los ánimos. Dicen que dentro de sus dominios una mujer puede ir sola de una población a otra con su dinero y sus bienes sin que nadie intente molestarla siquiera. Da fe a la palabra de una mujer, de un hombre o de un niño cualquiera y, sin solicitar otro testimonio, castiga al acusado, quienquiera que sea, si es preciso con la muerte. Cuentan que trata a los guerreros con consideración, rinde honores a los enemigos valerosos y les perdona cuando resulta vencedor. El emir sabe que se enfrenta a un adversario ahora poderoso.

Salimos contra él y, con no poco esfuerzo, conseguimos reconquistar el Hisn Asar, a las órdenes del general Asbag ibn Fatis. Allí se dio muerte a cuantos se resistieron. El propio emir sitió Aryiduna, donde se había hecho fuerte su caudillo, de nombre Aishun. Tan seguro estaba el tal Aishun de sí mismo, que no dudaba en alardear ante quien quisiera oírle, diciendo que se dejaría crucificar entre un perro y un cerdo por quien consiguiera hacerle preso.

Es cierto que el asedio duró cuarenta días y que sólo el soborno, la avaricia y la traición lograron acabar con él. Con la bolsa llena de monedas, uno de los suyos lo llamó a su casa, y allí le esperaban las cadenas con las que habría de ser arrastrado ante Al Mundhir. A nuestro regreso, fue trasladado hasta Qurtuba junto a veintidós de sus hombres, y todos ellos fueron crucificados en el Rasif, un lugar de infausto recuerdo para ti.

Todavía se pudre al sol el cadáver de Aishun, flanqueado en el mismo madero por un cerdo y por un perro.

El ejército sigue movilizado, y cada día se incorporan nuevos efectivos de las coras vecinas. Se rumorea que su próximo destino puede ser el mismo Burbaster, probablemente al finalizar el mes de Ramadán, y que esta vez el emir no ha de cejar hasta que el maldito Ibn Hafsún caiga en sus manos. Puede que te resulte extraño, pero ansío el momento de la partida. He descubierto que la vida en la milicia me satisface más que las comodidades de palacio, y que los momentos de camaradería con el resto de los oficiales consiguen que olvide mis aflicciones.

Nada se habla de una posible aceifa contra los reinos cristianos del norte, lo cual me congratula, pues no deseo ver cómo vuestras tierras quedan de nuevo arrasadas por las milicias de las que ahora formo parte. Si el precio que he de pagar por que eso no suceda es ver retrasado nuestro reencuentro, lo pagaré con gusto, y ése será mi consuelo.

Sé bien en qué estarás pensando cuando leas esta carta. Descuida. No pondré en riesgo mi vida en balde durante la campaña, porque eso impediría alcanzar lo que más deseo, que es volver a veros algún día.

Transmite mi afecto al abuelo Fortún, a Aznar y a mis hermanos.
Y que Allah os bendiga.

En Qurtuba, en el segundo día de Ramadán del año 274,

Muhammad

Capítulo 73

El sitial reservado para Al Mundhir ocupaba un lugar central y destacado entre el *hayib*, sus seis visires, el *katib* responsable de la chancillería, el secretario personal del emir y los dos generales que completaban la reunión que cada jueves se celebraba en las dependencias privadas del soberano. Aún no se habían acomodado en los divanes ricamente adornados que se disponían en torno al estrado, y todos ellos conversaban en pequeños grupos con un tono de voz contenido. Sólo cuando el chambelán anunció la presencia del emir se dispusieron frente a la entrada, y reaccionaron al mismo tiempo con una marcada reverencia que duró hasta que Al Mundhir, acompañado por Abd Allah, hubo tomado asiento. Con las dos manos, les señaló que podían ocupar sus lugares, y todos, a excepción del *katib*, siguieron su indicación.

–Mi apreciado Temam, ¿has completado el informe que te encargué? – preguntó el emir.

Temam ibn Alqama, el joven canciller que, tras una carrera fulgurante, se había ganado la confianza del soberano, afirmó con la cabeza.

–Así es, mi señor. Si me lo permites, procederé con una abreviada exposición ante mis colegas.

El emir asintió mientras se acomodaba sobre los cojines, en un gesto que imitaron el resto de los asistentes. Temam, en pie frente a él, se aclaró la voz y comenzó.

–Como todos sabéis, Muhammad, el padre de nuestro emir, que Allah tenga en su Misericordia, centró sus esfuerzos a lo largo de su reinado en la guerra del norte, en la neutralización de la amenaza que suponía, y aún supone, el empuje del ejército infiel encabezado por su rey, Alfuns. Para él y para sus asesores, era vital el control de la Marca Superior, como base de operaciones y como parapeto frente al afán de expansión de los cristianos. La nueva rebelión de los Banu Qasi, antiguos aliados, obligó a duplicar nuestros esfuerzos, y cada año nuestras expediciones hubieron de dirigirse en primer lugar a las orillas del Uadi Ibru con el fin de hacer entrar en razón a sus díscolos habitantes, para a continuación dirigirse en ocasiones hacia Pampilona, en ocasiones hacia Alaba, Al Qila y Liyun, donde nos esperaba, con la ventaja del conocimiento del terreno, el rey Alfuns. Obtuvimos importantes victorias, pero también sonadas derrotas que en ocasiones nos obligaron a pactar treguas prolongadas, siempre utilizadas por Alfuns para rearmarse y fortalecer sus posiciones.

»Los disidentes internos, todos ellos muladíes y *dimnis* de origen hispano, aprovecharon la atención que merecía la defensa de las fronteras para medir sus fuerzas contra el Estado, y así, uno tras otro, tuvimos noticia de los levantamientos de Ibn Marwan en Marida, de Ibn Hafsún en Raya, de Ibn Zennun en Tulaytula y de los

Ibn Hayay y los Ibn Jaldún en Ishbiliya. Durante su emirato, la rebelión fue como uno de esos monstruos a los que nacen cabezas cada vez que se las cortan. Fue necesario acudir a sofocar todas estas insurrecciones y, mientras lo hacíamos, Alfuns reforzaba las líneas de frontera, construía fortalezas, repoblaba lo que hasta ahora había sido «tierra de nadie». No sólo utilizó colonos procedentes del norte, sino que atrajo a muchos mozárabes de Al Andalus, de la propia Qurtuba, a los que se ofreció la posibilidad de convertirse en propietarios de las tierras yermas que fueran capaces de roturar y hacer productivas. El mismo Alfuns dio apoyo, si recordáis, a alguno de los rebeldes, especialmente a Ibn Marwan en la Marca Inferior, y a los Banu Qasi en la frontera Superior. De esta forma, a la muerte de Muhammad, nos encontramos con que los pendones cristianos ondeaban en una larga cadena de fortalezas a lo largo del Uadi Duwiro, e incluso, en el oeste, alcanzaban las proximidades del Uadi Tadjo.

»A su advenimiento, nuestro nuevo soberano -aquí hizo un gesto hacia Al Mundhir- se encontró con una situación política preocupante, y comprendió que no podía abarcar de una vez todos los frentes que se abrían. Se planteó la necesidad de continuar con la política iniciada por su padre, es decir, reconocer la autonomía efectiva de algunas de estas tierras que se habían alzado en armas. Se hizo así con Ibn Marwan en Batalyus, y también con los toledanos. Antes se había hecho con Muhammad ibn Lubb, en su principado de Tutila, aunque en esta ocasión fue a cambio de la insustituible plaza de Saraqusta. Si se consintió tal estado de cosas… fue porque las ambiciones de todos estos caudillos terminaban donde terminaban sus tierras, era sólo… un deseo de autonomía local.

Temam parecía vacilar, y todos siguieron la dirección de su mirada. El emir se había llevado una mano al vientre, y su rostro reflejaba sufrimiento.

–Señor… -tanteó.

El emir alzó la vista y trató de recomponer el gesto. Abd Allah se había acercado a él, pero Al Mundhir, pálido aún, lo detuvo con la mano extendida.

–No es nada, un dolor pasajero. Ya estoy mejor. Continúa.

El *katib* dudó aún un momento antes de proseguir, pero la mirada del emir, fija en él, acabó por convencerlo.

–Hablaba de la concesión de prebendas a determinados caudillos locales a cambio de su compromiso de… digamos… no crear problemas al emirato. El riesgo que esta situación implica es el deseo de emulación de otros, lo que podría acabar convirtiendo nuestra administración en una simple oficina de registro donde se consignen los cambios protagonizados por los rebeldes en sus respetivas regiones. Porque con Batalyus, Tutila, Tulaytula, Ishbiliya y ahora Burbaster, ya son cinco las entidades autónomas en la práctica, casi independientes. Y ello tiene una gran importancia política, pero a efectos prácticos su mayor incidencia es la económica: son impuestos que nunca llenarán nuestras arcas.

»La situación más inquietante ahora se produce en la *kurah* de Raya. La valoración que nos merece la revuelta de Ibn Hafsún no puede ser la misma que las que acabo de mencionar, precisamente porque carece del carácter local de éstas. Después de su deserción del ejército hace cuatro años, el movimiento que encabeza no ha dejado de crecer y ha adoptado tintes preocupantes. Nos siguen llegando noticias de sus discursos incendiarios, pero algo ha cambiado en ellos. Ya no se limita a prometer protección frente a nuestros gobernadores si dejan de afrontar el pago de sus impuestos, sino que ha empezado a hablar abiertamente de un estado muladí independiente. Su ambición política parece aumentar con cada población que se une a su demencial revuelta, e incluso ha enviado embajadas a Qayrawan con el objeto de que ese estado ficticio que dice haber creado sea reconocido por el califato abasí de Bagdad.

»Aryiduna, la capital de la cora de Raya, se encuentra en plena zona de influencia de los rebeldes, que con frecuencia cortan nuestras vías de comunicación, asaltan nuestras columnas e interceptan nuestros correos. Os planteo por ello, como primera medida, la posibilidad de trasladar la capital a Malaqa. Es uno de los asuntos que debéis abordar hoy, junto con las acciones que consideréis necesarias para afrontar de una vez por todas la rebelión de Ibn Hafsún.

–Excelente, Temam -intervino el emir cuando comprobó por la inflexión de su voz que el *katib* había terminado su exposición-. Creo que todos compartimos la necesidad de acabar con ese perro traidor. Sólo queda por decidir cuál será la táctica que emplearemos.

El *hayib* se incorporó para mostrar su intención de tomar la palabra, y el emir asintió.

–Como ha recordado Temam, en el pasado hemos dividido nuestras fuerzas en diversos empeños, y ello nos ha llevado en ocasiones a fracasos inesperados. Mi opinión es que debemos esperar a reunir todas las tropas que ya están llegando a Qurtuba y lanzar un ataque devastador.

–¿Sobre qué objetivos? ¿Las ciudades que Ibn Hafsún ha conquistado recientemente? – interrogó Al Mundhir.

–Sobre el corazón de la rebelión, un ataque coordinado contra la cadena de fortalezas que ese renegado ha levantado en torno a Burbaster y contra Burbaster mismo.

–¿Alguien tiene algo que oponer a la propuesta de nuestro *hayib*? – preguntó.

Ante el silencio general, el emir continuó.

–En ese caso yo mismo tomaré el mando de las tropas. Vosotros -dijo señalando a los dos generales presentes- ocuparéis el segundo escalón y llevaréis el peso de las operaciones.

Se dirigió después al *hayib* y a los visires.

–Mi hermano Abd Allah se ocupará de los asuntos ordinarios de gobierno durante mi ausencia, con vuestra ayuda. Respecto al cambio de capitalidad que planteas, me parece una medida inteligente. Mi secretario, con el *qadi*, se encargará de redactar los documentos oportunos.

Al Mundhir hizo una pausa antes de continuar.

–Bien, ahora pasaremos a tratar… a tratar el resto de los asuntos que…

El repentino silencio hizo que todas las miradas se centraran en el emir, y todos vieron cómo de nuevo el color abandonaba su rostro antes de que la cabeza cayera laxa sobre el pecho. Sólo Abd Allah llegó a tiempo para evitar que el cuerpo del soberano, vencido por el peso, se desplomara sobre las alfombras que cubrían el estrado.

–¡Los médicos! ¡Llamad a los médicos!

Capítulo 74

–¡Decidme que está dentro! ¡Juradlo por Allah, el Clemente, el Magnánimo! –exclamó Al Mundhir, eufórico-. ¡Sabía que este día habría de llegar! Tanto ha perseverado en su vanidad, sin aflojar las riendas de su insolencia ni por un momento… que por fin ha cometido el error que pondrá el castigo en su garganta.

–Desde que se han refugiado en el castillo, nadie lo ha abandonado -aseguró su general.

–¡Ah! Sólo Allah sabe cómo ha podido dejarse sorprender en este lugar. Anhelo el momento en que haya de tenerlo de nuevo frente a mí. Asegúrate de que nada ni nadie sale de esa fortaleza. Quiero que una doble cadena de hombres rodee el cerro, hombro con hombro, ¡día y noche! – recalcó-. Que presten especial atención al arroyo que discurre a los pies de la colina. Haz circular entre las unidades que pagarán con sus vidas, y también con las de sus familias, quienes permitan a Ibn Hafsún romper el cerco. Y después preparad al grueso del ejército, asaltaremos el castillo sin pérdida de tiempo, al amanecer. El *hisn* Qámara ha de aparecer escrito con letras de oro en los anales de mi reinado.

Apenas había dormido. Ni siquiera el mullido colchón de plumas de ganso del que disfrutaba en la *qubba* real había sido capaz de proporcionarle el descanso necesario, aquejado de nuevo por aquel dolor lacerante en el vientre. Sólo los remedios administrados por aquella recua de matasanos que lo rodeaban le habían producido algún alivio, el suficiente para permitirle dedicar sus pensamientos al gran día que sin duda tenía por delante. Las endebles murallas de aquel pequeño *hisn* durarían un soplo frente al poder de su ejército, y tampoco el escaso número de fieles con el que se había dejado atrapar aquel renegado supondrían gran trabajo para su infantería. Entre sueños, oyó el roce de las suaves babuchas del chambelán sobre la alfombra de la antecámara, un instante antes de que se alzara el pesado cortinaje que aislaba su alcoba del resto de las dependencias privadas dentro de la inmensa *haymah*. A pesar de la luz tenue pero suficiente de varias lamparillas, su fiel ayudante portaba una lámpara que por un momento deslumbró sus ojos acostumbrados a la penumbra.

–¡Ah, Majestad! Celebro que estéis despierto. Acaba de llegar al campamento un emisario de los rebeldes, uno de sus capitanes, que dice llamarse Maslama. Portaba esto, *sahib*.

El chambelán le tendió un pergamino manoseado, sujeto por un pequeño trozo de cuerda fabricada con esparto. Al Mundhir se incorporó y, con manos todavía torpes, trató de soltar el nudo, pero terminó extrayéndolo por un extremo del rollo. Con un gesto, indicó al chambelán que acercara más la lámpara.

Era un pergamino envejecido, que había sido raspado en más de una ocasión, lo

que hacía su superficie irregular y poco apta para la escritura. La tinta utilizada tampoco era de la mejor calidad, y para acabar, o la grafía era la de un aprendiz en su primer año de escuela o aquello se había escrito sobre la grupa de un caballo. Trató de descifrar el contenido de aquella carta, y a medida que avanzaba en el texto una expresión de asombro se fue dibujando en su rostro.

–Haz venir a los dos generales.

–Pero… Majestad -dudó-. Ambos se encuentran disponiendo a las tropas para el ataque…

–¡Haz lo que te digo, chambelán!

Los primeros rayos de sol incidían oblicuamente sobre las pieles que cubrían la *qubba*, lo que aportaba una luminosidad muy especial que agradaba sobremanera al emir.

Los dos generales todavía conservaban las muecas de incredulidad que habían compuesto al ser informados por el propio emir del contenido de aquel pergamino.

–No deja lugar a dudas, Al Mundhir -dijo el de mayor edad, un árabe de la familia de los Ummaya que se permitía llamar al soberano por su nombre-. Si la vista no me engaña, aquí propone someterse a tu obediencia, a condición de ser nombrado como uno de los jefes de tu ejército.

–Y no me parece menos importante lo que sigue -apostilló el emir-. Pide ser acogido en Qurtuba junto a su familia y sus hombres, y ser tratado en todo como mi protegido.

–Majestad -aventuró el otro-. Quizá sea una propuesta que merezca tu consideración, pero recordad los antecedentes de este renegado, la perfidia que ha…

–¡Es una bendición de Allah, general! – atajó-. Esto supondría que en apenas dos años he conseguido acabar con el mayor peligro al que se enfrentaba el emirato, lo que había dejado de ser una banda de forajidos para convertirse en un temible ejército que en este momento controla una extensión que equivale a varias provincias. Y no sólo eso, sino que me permite incorporar de nuevo a nuestro ejército a un elemento de la categoría de Ibn Hafsún, que ya se distinguió como un magnífico oficial en la campaña de Al Qila, en el norte.

–Si consigues pacificar el territorio que hasta hoy controla, tendrás las manos libres para sofocar el resto de las rebeliones que mantienen a Al Andalus en pie de guerra…

–Que entre mi secretario, he de dictar el decreto de *aman* para Ibn Hafsún, su familia y sus hombres.

–Sería conveniente que tus juristas redactasen un acuerdo de paz en el que queden reflejadas las condiciones a las que ambos os sometéis.

–Así se hará… Llamad también al *qadi*, a los jurisconsultos y a los ulemas. Antes del mediodía quiero un borrador listo para ser firmado. Y traed ante mí al hombre que

portaba este pergamino. Debe regresar de inmediato a ese castillo con mi respuesta.

Restaban únicamente tres días para finalizar aquel año que hacía el 274 después de la hégira, un año que sería recordado en los anales por la firma que iba a tener lugar en el interior de la *haymah* real. Todo estaba dispuesto, sólo faltaba la llegada del segundo protagonista acompañado por su comitiva. Hacía cuatro años que no se veían en persona, desde que Ibn Hafsún abandonara Qurtuba airada y precipitadamente, después de los desencuentros con sus generales. Entonces Al Mundhir había dejado las cosas en manos del *hayib* Haxim, que había fracasado. Pero esta vez sería distinto. Umar ibn Hafsún iba a ocupar un lugar destacado en su cuartel general, a su lado, y cargado de prebendas sería el hombre al que enviaría contra Alfuns, que en los últimos años había tenido total libertad para avanzar sobre tierras musulmanas.

Los relinchos y el sonido de las voces en el exterior señalaron la llegada de la comitiva. Encontrarse en plena campaña no debía impedir que el boato y el protocolo de la corte cumplieran su cometido, y por ello había apostado una unidad de su guardia personal ante la entrada de la *qubba*. Allí Ibn Hafsún sería recibido por el chambelán, después por uno de los generales, y por fin sería su *wazir* quien lo introdujera ante él. Ya sonaban las notas de la brillante marcha militar que él mismo había escogido para el instante en que Umar pusiera pie en tierra, y el que se había convertido en el mayor enemigo del Estado ya debía de encontrarse bajo su techo. Se le había educado desde niño para controlar sus emociones, para aparentar calma aunque no la sintiera, pero en este momento le asaltaba un nerviosismo inusual. Ocupó su lugar en el elevado sitial, pensado para que cualquier visitante se viera obligado a alzar la vista hacia el emir desde una posición de inferioridad, y aguardó a que los guardias que custodiaban la entrada apartaran el cortinaje del fondo de la tienda para dar paso a quien sólo dos días antes hubiera sido incapaz de imaginar ante él. Sintió que una sonrisa involuntaria se dibujaba en sus labios al ver de nuevo ante sí a aquel hombre de facciones duras, marcadas, casi extravagantes, cuyos ojos pequeños y escrutadores habrían permitido adivinar una inteligencia despierta incluso a quien no hubiera tenido ya noticia de ella.

–Majestad… -dijo con una ligera inclinación de cabeza.

–De nuevo nos encontramos frente a frente, cuatro años después de tu salida de Qurtuba.

–Así es, si no tenemos en cuenta los dos largos meses de asedio en Al Hamma, donde, cierto es, no nos vimos las caras sino en la distancia, aunque me será difícil olvidar aquel episodio -dijo alzando la mano izquierda, que mostraba varias falanges seccionadas.

El rostro de Al Mundhir se ensombreció al recordar el cerco que terminó con el anuncio de la muerte de su padre.

–Nuestra relación ha escalado montañas y ha descendido a simas profundas. Quiera Allah que en adelante transite por valles más tranquilos…

–Quiero pensar que las circunstancias que han conducido a este encuentro han sido una señal del Todopoderoso para indicarnos el camino correcto.

–¿Estás entonces dispuesto a abandonar la rebeldía y poner de nuevo tu espada al servicio de nuestra fe? Aunque nunca llegaras a levantarla contra los infieles, el mero hecho de permitirme liberar los recursos que hasta ahora te he dedicado es el mejor servicio que puedes hacer a tus hermanos musulmanes.

–Quiero pensar que es deseo de Allah que las cosas sucedan así… aun con las condiciones que os señalaba en la misiva. Veo que todavía la conserváis -dijo con la mirada en el rollo de pergamino.

–Como debió de trasladarte tu lugarteniente… ¿Maslama era su nombre?, tus peticiones nos parecieron harto prudentes. Quiero ir más allá contigo, Umar. Desde muy joven he sido hombre de armas, y sé apreciar la valía de un buen capitán y el arrojo de una tropa bien dirigida. Por eso quiero proponerte que te conviertas en uno de mis generales de confianza, y podrás mantener bajo tu mando a todos los hombres que ahora te siguen… y unos cuantos batallones más. Tu retribución será la que corresponde a uno de mis visires, y a ella podrás sumar la parte que te pertenece de los botines que captures.

–Tu oferta es generosa…

–Hay más… No quiero que se repitan los errores del pasado. Dispondré que se te proporcione un alojamiento dentro del alcázar de Qurtuba, si es necesario tras desalojar a alguno de estos aduladores que tengo como visires. Para ti y para tu familia, por supuesto, si es que la tienes.

–Soy padre de cinco hijos, Majestad. El mayor, Ayub, en edad de comenzar su formación militar.

–¿Es eso cierto? En ese caso, mis informadores habrán de rendir alguna explicación…

–No es prudente dar pistas al enemigo, ninguno de ellos se distingue del resto de los muchachos de su edad. El traslado a Qurtuba será un cambio drástico en sus vidas.

–Ésa debe ser la menor de tus preocupaciones. En pocos años serán incapaces de abandonarla por mucho tiempo; no hay mortal que no se vea tarde o temprano atrapado por su embrujo.

Durante un instante, Al Mundhir guardó silencio, mientras evocaba las maravillas de la capital de Al Andalus. Después pareció recordar algo importante.

–Respecto a Burbaster… Mis hombres se harán cargo de la fortaleza. En el tratado que han redactado mis juristas, se reflejan las condiciones de nuestra nueva alianza, que, por supuesto, contempla el retorno progresivo al tutelaje de Qurtuba de

todas las tierras hasta ahora alzadas en rebeldía.

Umar permaneció callado, y el emir continuó con su exposición.

–He dado orden a mis tesoreros para que tú y tus hombres de confianza seáis agasajados como corresponde a vuestra nueva situación. Contarán con el oro suficiente para compensar cualquier reducción de su patrimonio provocada por el abandono de los cargos que ocupaban. No deseo que la ambición de bienes y riquezas suponga un obstáculo para que nuestro convenio llegue a buen fin. Consideraré además cualquier otra petición que desees hacerme.

–Sólo una cosa más -respondió Umar de manera casual-. Yo partiré directamente hacia Qurtuba con tu ejército, pero necesitaremos que envíes a Burbaster un centenar de mulos con los serones vacíos. Les serán necesarios para trasladar nuestros bienes y objetos personales a la capital.

–Los tendrás antes de lo que piensas. Al amanecer estarán listos para el viaje, con los palafreneros necesarios para conducirlos. Nosotros ultimaremos mañana los preparativos y después, sin pérdida de tiempo, emprenderemos el regreso. La primavera no ha hecho sino empezar, y el año que se inicia puede ser provechoso para nuestros intereses comunes.

Al Mundhir se levantó y descendió los dos escalones que lo separaban de Umar.

–Ahora, mi secretario leerá en voz alta el tratado de amistad antes de proceder a su rúbrica.

–Ya sabéis cuáles son las órdenes -dijo Umar cuando, poco antes del anochecer, se reunió con sus partidarios en el *hisn* Qámara-. Tenemos buena luna y podremos cabalgar toda la noche. Alcanzaremos a la partida de mulos no más tarde del mediodía, cercanos ya a Burbaster. Con el engaño o con la espada desbarataremos a los jinetes que los acompañan y, para cuando el emir quiera darse cuenta de nuestra ausencia, estaremos a salvo con ellos en lo más alto de nuestra fortaleza.

Capítulo 75

Burbaster

Umar revisaba la reparación de un aljibe excavado en lo más alto del cerro junto a varios oficiales y a dos de los alarifes que se afanaban en el inacabable refuerzo de la fortificación. Cuando alzó la cabeza, distinguió a Maslama, que, a todas luces agotado, se aproximaba hacia el grupo tras coronar la cumbre desde la falda oriental de la meseta. Caminaba apoyando los brazos sobre sus muslos doloridos, respirando con la boca completamente abierta, y Umar se dirigió a él cuando se hubo acercado lo bastante para que su voz salvara la distancia que aún los separaba.

–¡Bienvenido, Maslama! – gritó-. ¿Acaso has trepado por la cañada del lobo?

–¡Es el camino más corto! – respondió después de pararse a tomar aire.

–Sólo puede haber un motilo para que te apees del caballo y asciendas desde el río por ahí-dijo con ironía entre las sonrisas de los demás, que conocían la poca afición del oficial a caminar más de lo estrictamente necesario.

–Es tal como te imaginas, Umar -resopló-. La avanzadilla del ejército de Al Mundhir ha penetrado ya por las gargantas del Uadi al Jurs, desde Sajrat Hardaris.

Umar cabeceó y se pasó la mano por la poblada barba. Entretanto el lugarteniente alcanzó el lugar en el que se encontraban y se dejó caer sobre un bloque de piedra.

–En ese caso, se ha completado el cerco -afirmó Umar con una extraña serenidad-. Esta vez parece que Al Mundhir ha echado el resto.

–¿También por el oeste?

–También, Maslama. Se han visto las señales en todas las atalayas y los *husun* que nos rodean. El grueso del ejército parece hallarse en Sajrat Hardaris, pero ya se han bloqueado todos los accesos a Burbaster.

–¿Qué vas a hacer, Umar?

–¿Qué voy a hacer? Aquello para lo que llevamos años preparando este refugio. Resistir el asedio. Fíjate en los muros de la alcazaba. ¿Cuántos de los suyos conseguirán trepar hasta aquí? ¿Cuántos serán necesarios para derribar esos lienzos de muralla de tres codos de espesor?

–Esta vez Al Mundhir no levantará el cerco. No después de la burla a la que lo sometiste -dijo otro de los hombres de Umar-. Ha jurado perseguirte sin piedad hasta derrotarte, y estamos al comienzo de la primavera, dispone de todo el verano para hacernos salir de aquí.

Umar asintió, serio esta vez.

–¿Me equivoco, Al Sarray, si pienso que estáis poco convencidos de poder resistir un asedio como éste? – preguntó entre sorprendido e irritado.

Varios de los presentes intercambiaron miradas furtivas. Fue Maslama quien asumió el papel de portavoz ante el silencio de los demás.

–Te seguiremos al infierno, Umar. Cien veces hemos puesto nuestras vidas en juego, y lo seguiremos haciendo, porque creemos en la causa que encabezas. Pero sabes lo que ha ocurrido este invierno en varios silos: las lluvias del otoño y el exceso de humedad han llenado el grano de ese moho ponzoñoso, y Al Mundhir se ha adelantado a la recolección de la cosecha de esta primavera. Muchos de nosotros tenemos aquí a nuestras familias, a nuestros pequeños. También tú. Y tememos más al hambre que han de pasar que a la espada. Ya se ha encargado el emir de hacer saber lo que espera a todos los habitantes de Burbaster si al final hubiera que rendir la ciudad.

–Han rodeado Burbaster, y sabéis tan bien como yo que nadie que lo intente saldrá de aquí con vida. Tampoco si nos rendimos, tú lo acabas de decir. Para escapar de Qámara fue necesario recurrir al engaño, y Al Mundhir no ha de perdonar la afrenta. Nos recibió con honores, se rebajó hasta la humillación, firmé el tratado ante sus ojos, y en ese momento creyó terminada la pesadilla en que nos hemos convertido para él. Imaginad lo que debió de sentir cuando le informaron de nuestra huida. Poneos por un momento en su piel y tratad de comprender cuáles son ahora sus sentimientos. ¿Sois capaces de hacerlo? Cualquiera de nosotros en su lugar haría lo que él ha hecho: jurar que no ha de levantar el asedio hasta que el último habitante de Burbaster caiga ante sus ojos.

–Algo es cierto: nunca podrá tomarla por la fuerza -señaló otro de los oficiales-. Nuestra esperanza es aguantar, pasar el verano y esperar a que la llegada de las lluvias y los fríos del invierno hagan desistir a Al Mundhir de su empeño.

–O confiar en que las cosas empeoren fuera de aquí… y no tenga más remedio que levantar el asedio para acudir a otro rincón de Al Andalus donde su presencia sea más necesaria -añadió Maslama, al parecer más convencido.

–Eso es lo que quiero oír de vuestros labios. Nada está perdido aún, y si necesito algo de vosotros es esa convicción, porque habréis de trasladarla a los demás -dijo Umar con vehemencia, al tiempo que paseaba la mirada por el grupo-. Si os ven dudar, la situación se hará insostenible.

Los dos lugartenientes asintieron con el gesto.

–No olvidéis que tenemos la carne de cien mulos a nuestra disposición -bromeó Umar para tratar de disipar la tensión.

Capítulo 76

Umar se encaramó a la atalaya para contemplar una vez más el panorama que se divisaba a sus pies. Después de dos meses de asedio, la visión de aquel mar de tiendas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, a lo largo de la vega del Uadi al Jurs, se había convertido ya para los habitantes de Burbaster en un espectáculo habitual. Desde la distancia, todo parecía inmóvil, pero sabía que, si prestaba atención, descubriría la actividad febril que protagonizaban las figuras diminutas que se desplazaban a ambas orillas del río, especialmente en el cerro situado frente a él, donde Al Mundhir había iniciado una construcción cuyos muros se alzaban ya en el centro de un solar desprovisto de árboles y vegetación. Cuando Umar distinguió en aquella nueva edificación la planta de una auténtica fortaleza, supo que cada línea de sillares que se alzaba hacia lo alto era un mensaje para él, un mensaje que le trasladaba la determinación del emir de prolongar el asedio el tiempo que fuera necesario.

Tampoco los ocupantes de Burbaster permanecían ociosos. Durante años, una auténtica ciudad había ido tomando forma entre los riscos que componían aquel lugar excepcional e inaccesible, y las construcciones de piedra se arracimaban sobre las laderas, a veces completando las numerosas cuevas que horadaban la roca. Centenares de casas, albercas, silos y almacenes, aljibes, edificios destinados al culto, el imprescindible cementerio y la misma alcazaba, situada en el altiplano, conformaban ya un sinuoso trazado más propio de una pequeña urbe que de un simple refugio de insurrectos.

En los últimos tiempos, desde el primer regreso a Burbaster tras su paso por el ejército, Umar había ordenado también proteger la terraza inferior situada en el camino de ascenso hasta la cima, donde se alzaba una magnífica basílica cristiana excavada en la roca, completada por un eremitorio en el que una población estable de monjes se refugiaba desde antiguo. El templo rupestre se había convertido en el centro espiritual de los centenares de seguidores mozárabes que vivían en Burbaster. La soberbia construcción, con sus tres naves horadadas en la piedra misma, había cautivado a Umar desde que por primera vez pusiera el pie en la montaña. Puso al hombre que ejercía como *sahib al abniya* al corriente de sus intenciones, y el resultado fue la muralla que desde la alcazaba superior descendía por la ladera en forma de espigón hasta abrazar el conjunto religioso. En la parte más baja aparecía ahora la puerta de acceso a Burbaster, y era en la construcción y refuerzo de estas nuevas defensas donde decenas de hombres y también mujeres se afanaban cada día desde el inicio del asedio.

Sólo en una ocasión durante aquellos dos meses habían tenido que hacer frente a un ataque del ejército cordobés. Umar sabía que se había tratado de una simple

escaramuza destinada a comprobar la fortaleza de sus defensas, pero a fin de cuentas el encuentro se había saldado con la retirada apresurada de los pocos centenares de soldados que habían escalado con dificultad las laderas de la montaña. Sin embargo, entre su gente se había vivido como una victoria épica saldada sin bajas propias, lo que había contribuido notablemente a elevar su moral.

En el campamento de Al Mundhir no era optimismo lo que se respiraba. Ni entre las tropas, consumidas por la inactividad y el desánimo, ni entre el círculo más próximo al emir, al corriente de lo que sucedía dentro de la *qubba* real. En Qámara, los soldados reclutados para la campaña habían recibido con alborozo la noticia del próximo regreso a Qurtuba después de la rendición de Ibn Hafsún, y la confirmación del nuevo engaño había supuesto un duro revés para su moral. La perspectiva del asedio a la fortaleza que ahora contemplaban por encima de ellos, considerada como la más inexpugnable en tierras de Al Andalus, no había contribuido en absoluto a mejorar el ánimo, y los oficiales tenían que enfrentarse cada día a las continuas reyertas y a los actos de indisciplina. El prestigio del emir entre los suyos se había hundido después de Qámara, por los corrillos circulaban chistes y ocurrencias acerca del ardid de Ibn Hafsún, y para acabar de minar la confianza en el mando, los rumores sobre la salud de Al Mundhir habían comenzado a extenderse tras cuatro días sin que el soberano abandonara su *haymah.*

La llegada por sorpresa del príncipe Abd Allah acabó por confirmar las sospechas. Atravesó el campamento al atardecer ante la mirada atónita de las tropas, seguido por una numerosa comitiva, descabalgó con prisa ante la *qubba* y cuando se perdió bajo la lona una sorda inquietud se extendió hasta el último rincón del campamento.

Abd Allah encontró a su hermano postrado en el lecho, aquejado por los mismos dolores que se habían manifestado meses atrás. Un intenso olor a excrementos lo asaltó a pesar de los aromas que trataban de ocultarlo. Las sombras bajo sus ojos eran ahora evidentes, se le marcaban los pómulos y su piel, que había adquirido un tono cetrino, aparecía cubierta de manchas irregulares.

El príncipe tomó las manos que Al Mundhir le tendía y las apretó entre las suyas.

–Me temo que los médicos que me recomendaste tampoco han conseguido atajar este mal.

–Debes regresar a Qurtuba. En el alcázar se han reunido los mejores, y se les ha informado de los síntomas actuales de tu enfermedad. Creen conocer el remedio, y dos de ellos me acompañan para iniciarlo durante tu traslado.

–Juré ante mis generales no abandonar Burbaster hasta ver a, ese maldito muladí colgado de un madero. De cualquier forma, no creo que pueda emprender el viaje en mi estado.

–Yo me haré cargo del asedio que has empezado. Te juro que lo haré salir de esa

ratonera.

–Me engañó, Abd Allah. Quise creer en sus promesas, deseaba que se hicieran realidad… y no supe ver la perfidia que escondían sus palabras.

–No debes atormentarte, no es la primera vez que traiciona nuestra confianza. Con su actitud sólo ha conseguido cerrar para siempre cualquier salida a su sedición y asegurarse el final más infame para él y para los que siguen a su lado.

–Ese es ahora mi único deseo: recuperarme de este mal que me consume para hacerle probar las hieles de la derrota.

–Permite que haga entrar a los médicos que me han acompañado, conviene que te examinen cuanto antes. Sus remedios vencerán esta vez la enfermedad, con la ayuda de Allah.

Al Mundhir, con expresión seria y sin rastro de esperanza, accedió a la propuesta de su hermano con gesto cansado. Abd Allah abandonó el lecho y se dirigió a la salida, donde esperaba la comitiva. Alzó la mano para llamar a dos de sus miembros, que se apresuraron a entrar con él en la tienda.

–Todo está sucediendo tal como me asegurasteis -musitó mientras se cercioraba de que nadie más pudiera oír sus palabras-. Acabad ahora con lo que habéis empezado… y yo cumpliré mi parte del trato.

Capítulo 77

Todos los visires, los generales y los funcionarios de mayor rango presentes en el campamento esperaban en la zona de la *qubba* que solía utilizarse para las recepciones. Habían sido convocados por Abd Allah con cierta precipitación y ahora conversaban en pequeños corrillos, procurando no alzar la voz. La opinión más extendida entre los dignatarios próximos al príncipe era que éste habría de comunicar a la corte desplazada desde Qurtuba la decisión del emir de regresar a la capital y las consecuencias que esto tendría en el mando de las operaciones militares.

La pesada cortina se corrió para dejar paso al hermano del emir. Sus ojos escrutaron a todos los presentes, y la expresión de su rostro, hierático y grave, hizo que un repentino silencio cayera sobre ellos. Sólo algunos intuyeron el significado de la túnica blanca con la que había recubierto su ropa de campaña y avanzaron imperceptiblemente hacia él conscientes de la importancia de lo que estaban a punto de escuchar.

Abd Allah tardó aún un instante en dirigirse a ellos y, entretanto, dejó que una lágrima solitaria se deslizara por su mejilla. Cuando habló, lo hizo de forma lacónica y solemne.

–La voluntad de Allah Todopoderoso y nuestros deseos han discurrido por caminos divergentes. De nada han servido nuestros desvelos. Mi hermano Al Mundhir, nuestro emir… ha muerto.

Un murmullo de asombro y de desconcierto recorrió el pabellón. Las caras de sorpresa dieron paso a la incertidumbre e incluso al temor, cuando cada uno de los presentes empezó a valorar las consecuencias que aquella inesperada noticia habría de tener en su situación personal.

–Allah, en su Misericordia, ha querido terminar con el sufrimiento de nuestro emir amado. Esa ha sido hoy Su voluntad, y nada ha podido el empeño del sinnúmero de médicos que al fin han sabido comprender que, contra Sus designios, todas sus artes son presunción estéril y vanagloria.

El tono de Abd Allah era compungido, e incluso pareció tener dificultades para terminar su alocución sin que se le quebrara la voz, pero retomó el discurso.

–Nuestra situación es ahora comprometida, y por vuestras expresiones sé que sois conscientes de ello. El vacío de poder es siempre un riesgo demasiado grave para el Estado y por tanto se impone que, sin pérdida de tiempo, un nuevo soberano ocupe el lugar de mi bien amado hermano. Yo os invito -hizo una pausa y elevó el tono de su voz- ¡a que reconozcáis en mi persona al nuevo emir de Al Andalus!

Durante el primer instante nada ocurrió, pero de inmediato se inició un movimiento de ministros y funcionarios que se prosternaban con respeto ante él. Entre los primeros que doblaron la rodilla e inclinaron la cabeza se encontraban

quienes lo habían acompañado en su viaje hasta Burbaster, pero en un instante ni uno solo de los presentes mantenía la cabeza alzada.

–¡Rogad al Todopoderoso por nuestro emir Abd Allah! – pidió uno de los visires con tono exageradamente impostado-. Adelantaos conmigo para mostrar hoy y aquí, al pie de las montañas de Burbaster, la fidelidad en la que nos empeñamos para con él.

No había terminado de hablar cuando se dirigió hacia Abd Allah, se inclinó y acercó los labios hacia el anillo que éste le tendía.

–Beso tu anillo en señal de lealtad a tu persona y te reconozco como el legítimo emir de Qurtuba.

Tras él, poco a poco, se fue formando una fila desorganizada en la que los notables iban tomando posiciones en atención a su preeminencia dentro de la corte. Al parecer, una vez asumido el nombramiento sin oposición, a todos les interesaba ocupar el lugar que creían merecer en aquella improvisada ceremonia. Uno tras otro imitaron el gesto del visir, y ya se alzaban las sombras proyectadas por los picos del entorno cuando el último secretario de Al Mundhir prometió fidelidad al sucesor.

Entonces, con rapidez, como si la impaciencia hiciera mella en él, Abd Allah tomó de nuevo la palabra.

–Me quedaré a solas ahora con quienes en adelante serán mis colaboradores y ministros. El resto, dirigíos a vuestros alojamientos y mantened en el mayor secreto lo que aquí acaba de suceder. Nadie en el campamento debe conocer la muerte del emir… de momento. Al menos hasta que tomemos las decisiones adecuadas a la nueva situación.

–Levantaremos el asedio de forma ordenada e iniciaremos el regreso a Qurtuba. Partiremos al amanecer -informó a su círculo más próximo-. Tú, Al Abbas, dispondrás lo necesario para que el féretro de mi hermano sea trasladado con nuestra comitiva. Le daremos sepultura junto a mi padre, en el cementerio de Al Rawda.

–Ordenaré que lo aseguren a lomos del camello de mayor porte, como corresponde a su dignidad -aseguró.

–Majestad -intervino otro de los visires-, es de vital importancia elegir el momento y el modo de comunicar a las tropas la muerte de tu hermano.

–Esa es ahora mi mayor preocupación, Abd al Malik, y me complace comprobar que mis ministros saben valorar la situación para ofrecerme sus consejos. No considero prudente retrasar el anuncio hasta nuestra llegada a Qurtuba. Me dirigiré al ejército al amanecer, antes de nuestra partida.

Abd Allah hablaba con aplomo, sin dar lugar a réplicas. Desde el inicio de aquella reunión con su improvisado gobierno, en el mismo lugar donde acababa de ser investido como soberano, había tratado de abordar con eficacia, uno tras otro, todos los problemas que suscitaba la muerte del emir en plena campaña.

–Nada parece escapar a tu previsión -respondió Abd al Malik, adulador-. Todos estamos sorprendidos por tu forma de enfrentarte a una situación tan crítica e imprevista como ésta.

Abd Allah consideró la posibilidad de que aquellas palabras encerraran una segunda intención, pero nada iba a distraerle de su objetivo. Debía consolidar el nombramiento que acababa de recibir por parte de los notables presentes en Burbaster por todos los medios, y para ello tenía que regresar a Qurtuba sin demora. Había de asegurar el alcázar, prevenir una asonada ante el vacío de poder cuando la noticia de la muerte de Al Mundhir llegara a la capital… Se volvió hacia su secretario personal.

–Redacta un escrito dirigido a mi hijo Muhammad. Infórmale de los cambios trascendentales que acaban de tener lugar y transmítele en los términos más perentorios la orden de que movilice a la guardia de palacio. Debe ocupar todas sus dependencias y ejercer la autoridad en mi nombre si es necesario.

»Traed a los mejores jinetes, el mensaje debe partir hacia Qurtuba en cuanto estampe mi sello en él, esta misma noche.

Capítulo 78

Pampilona

Onneca, con el pequeño Sancho en sus brazos, se apresuró al encuentro del rey, que después de atravesar los muros de la fortaleza descabalgaba sin ocultar un gesto de cansancio. Toda y Sancha parecían dudar, pero finalmente optaron por dejar solo a su padre para correr hacia su abuelo.

–¿Cómo están mis pequeñas? – preguntó el recién llegado con tono jovial, al tiempo que acariciaba el cabello de la mayor de sus nietas.

–Echaban de menos a su abuelo -reconoció Onneca sonriente mientras respondía al abrazo-. ¿Cómo ha ido el viaje?

–Ah, he llegado entumecido, ¿puedes creerlo? Ya quedan lejos los años en que recorría esta distancia sin señales de fatiga.

–Son más de doce leguas las que nos separan de Leyre, padre. Y es una de las jornadas más calurosas en lo que llevamos de verano.

–En cualquier caso, tendré que hacerme a la idea de que sea el abad quien me visite más a menudo en Pampilona.

–No serías capaz de prescindir de tus estancias en el monasterio… No lo harás mientras tengas fuerzas suficientes para sostenerte sobre un caballo.

–Nadie me conoce mejor que tú. – El rey sonrió-. También yo creo conocerte bien, y sé que tienes novedades. Lo veo en el brillo de tus ojos.

Onneca miró a su padre con asombro, pero no pudo responder, porque éste saludaba ya a su esposo.

–Sé bienvenido, Fortún.

–¡Ah, mi buen Aznar! – dijo sin apartar la vista de Onneca, mientras lo tomaba por los hombros-. Bendigo el día en que pediste la mano de mi hija. Desde entonces la he visto revivir, y no hay más que mirarla para comprender que es feliz.

–Ambos lo somos, y Dios ha bendecido nuestro matrimonio -repuso Aznar con la mirada puesta en los tres pequeños.

–También el abad os envía sus bendiciones.

–¿Qué es del bueno de Sancho?

–Sigue igual, con ese envidiable dinamismo que le conocéis, propio de su juventud… y con la misma capacidad de contagiar su entusiasmo a quien le rodea.

–¿En qué nuevo proyecto anda metido?

–Después de viajar a Roma hasta conseguir que el papa Esteban iniciara la canonización de las santas Nunilo y Alodia, en las últimas semanas no ha dejado de trazar y revisar los dibujos de una nueva capilla en la que pretende exponer al culto

sus reliquias.

–Sancho es inteligente, y conoce los beneficios que ello producirá para el monasterio.

–Así es, de hecho la mera presencia de los restos entre sus muros ya atrae a multitud de peregrinos, a pesar de que aún no están expuestos. Pero entremos -cortó de pronto-, tiempo tendremos de hablar sobre Leyre y su abad.

La penumbra de la amplia sala conservaba un cierto frescor que todos agradecieron, aunque, al avanzar la tarde, una brisa suave y agradable comenzaba a refrescar el ambiente.

–¿Ha habido alguna noticia de Muhammad en mi ausencia?

Onneca miró a Fortún y sonrió antes de dirigirse a una alacena que contenía multitud de rollos.

–¡Ah, entiendo! ¡Ésa era la novedad que te guardabas! Por tu semblante entiendo que son buenas noticias…

–Puedes comprobarlo tú mismo…

Onneca extrajo el pergamino de una caja de cuero y se lo tendió a su padre. Fortún lo tomó, se acercó al muro de poniente y se colocó de espaldas a la ventana para recibir los últimos rayos de sol sobre el escrito. Sintió un ligero estremecimiento al redescubrir aquellos caracteres árabes que tan bien había llegado a conocer durante su estancia en Qurtuba, y que de nuevo había tenido ocasión de practicar leyendo algunos de los códices que albergaba la magnífica biblioteca de Leyre. Sin embargo, en esta ocasión, los renglones aparecían más apretados y no le resultaba fácil descifrar la caligrafía habitualmente cuidada de su nieto: los trazos al principio eran más irregulares, escritos quizá con prisa, quizás en estado de excitación, y en un primer vistazo comprobó que incluso había prescindido de los consabidos encabezamientos. Comenzó a leer, traduciendo mentalmente a su lengua materna a medida que lo hacía.

Que Dios os bendiga, madre, Fortún

Han pasado tan sólo unos meses desde mi última carta y, sin embargo, parece haber transcurrido toda una eternidad. Los acontecimientos se han precipitado, y han tomado un rumbo que va a cambiar mi vida para siempre. Madre, el que fue tu esposo, Abd Allah, es el nuevo emir de Qurtuba, y yo mismo he sido investido con la dignidad de príncipe heredero. Mañana he de recibir en el Salón Perfecto del alcázar el juramento de fidelidad de los cordobeses en una ceremonia que mi padre desea revestir del mayor boato. Hace apenas un instante, él mismo, en una larga conversación en mis aposentos, me ha comunicado sus intenciones. Escribir esta carta es lo primero que se me ha

ocurrido, con la esperanza de que me ayude a poner en orden mis ideas.

Al Mundhir murió el decimoquinto día del mes de Safar, en los últimos días de junio según vuestro calendario, a los pies de la ciudad de Burbaster, a la que, tras una nueva burla del infame Ibn Hafsún, había puesto sitio dos meses antes con la intención de no aflojar el cerco hasta la caída de los rebeldes. Sin embargo, el Todopoderoso dejó crecer la enfermedad que se cebaba en su vientre, y se hizo necesario que mi padre acudiera al lugar con la intención de tomar el relevo en el mando de las tropas. Allí llegó, mas sólo con el tiempo necesario para sostenerle la mano en el momento de su muerte. Lo que sucedió en los días siguientes bien podría haber cambiado para siempre el curso de la historia: mi padre fue reconocido sin oposición alguna como nuevo emir, y yo mismo recibí de inmediato la orden de asegurar la capital, cosa que hice sin mayor dificultad. ¡Cuán revelador resulta para comprender el signo de los tiempos que hubiera de ser a los pies de la guarida de unos rebeldes donde perdiera la vida un emir y fuera proclamado su sucesor!

Pero lo que mi padre no supo medir fue el estado de ánimo de sus tropas. Desmoralizadas por el engaño de Ibn Hafsún, hastiadas tras dos meses de asedio, el simple rumor sobre la muerte de Al Mundhir, extendido por el campamento la misma noche en que Abd Allah se disponía a tomar el mando, terminó por producir una desbandada, y mi padre no pudo hacer nada por detenerla. Poco antes del amanecer, hubo de tomar la decisión de partir a golpe de espuela, con el féretro de su hermano a lomos de un camello.

Me estremezco todavía al pensar en lo que debió de pasar por la cabeza de Ibn Hafsún cuando el sol asomó sobre las peñas que son su refugio para mostrar en el fondo del valle un campamento desierto, la euforia que hubo de experimentar al verse bendecido por Allah después de haber tenido por segura la derrota. Se descolgó con los suyos desde aquellas laderas empinadas y antes del mediodía había alcanzado a los más lentos, a los que conducían las cargas más pesadas. Mandó saquear también todo lo que no habían podido acarrear: muebles, armas, herramientas, y avanzó con sus hombres hasta avistar la reducida comitiva de Abd Allah.

Hoy mismo me ha confesado mi padre que algunos de sus visires le propusieron que enterrara allí mismo, en un lugar oculto y sin señales, el cuerpo de Al Mundhir para reemprender la marcha con mayor rapidez. Se negó a hacerlo, para evitar el peligro de que la tumba de un emir fuera descubierta y profanada, y envió a uno de sus esclavos con un mensaje para Ibn Hafsún. Apelaba a su honor y a sus creencias para pedirle que respetara el cortejo fúnebre a cambio de concederle el perdón. De forma inesperada, el renegado prometió que dejaría ir en paz la comitiva y se volvió camino de su fortaleza.

Abd Allah llegó a Qurtuba hace tres días, con sólo cuarenta de sus hombres más fieles, que se habían mantenido a su lado, y yo le hice entrega de una ciudad en calma. Desde entonces, apenas recuperado el aliento, se han sucedido los actos oficiales y las ceremonias: se dio entierro a Al Mundhir en el cementerio de Al Rawda, dentro del alcázar, junto al emir Muhammad y al resto de sus antepasados. Un día más tarde, mi padre recibió el juramento de fidelidad de la jassa y de los principales de Qurtuba y, ayer mismo, ante el mihrab de la mezquita aljama, recibió el apoyo de un pueblo atemorizado que ruega a Allah para que dé al nuevo emir la fuerza, la fortuna y el juicio necesarios para conjurar los peligros que amenazan el país.

Mañana seré yo quien deba asumir una nueva y pesada responsabilidad, cuando la corte preste su juramento de fidelidad y me reconozca oficialmente como heredero. Sé que os alegraréis conmigo por esta inesperada circunstancia. Tened por seguro que mi nueva situación me pondrá en disposición de luchar para conseguir un tratado de paz duradero con la tierra de la que mi abuelo es rey.

Te diré, madre, que mi recién estrenada dignidad me eleva por encima de las rencillas que te preocupan desde tu partida. Los resortes de la corte se abren desde hoy para mí, y apoya mi empeño alguien en quien confías, alguien que también ha sabido labrarse en los últimos años el aprecio de mi padre, quien hace sólo un instante me ha confirmado que Badr, nuestro buen servidor, será llamado para formar parte del círculo de sus consejeros más cercanos.

Dejo para el final algo que hará completa vuestra alegría cuando recibáis este correo: de nuevo se ha cruzado en mi camino una mujer, una mujer que está consiguiendo lo que hace sólo unos meses me parecía imposible: calmar mi dolor tras lo sucedido con Hazine. Su nombre es Muzna. Llamó mi atención por sus rasgos, que me resultaron familiares, y no estaba equivocado, porque es vascona como tú. En realidad, su único recuerdo es una aldea situada a dos o tres jornadas a pie de Banbaluna, en la que su madre, viuda, acababa de morir cuando ella misma fue capturada siendo sólo una niña. Desde su llegada ha mostrado inteligencia, no ha tenido ninguna dificultad para aprender nuestra lengua y en pocas semanas se ha convertido en un gran apoyo para mí, es la única que comparte mis confidencias y también mis noches. En este momento, abro la puerta de mis aposentos para ella, que no ha tardado en acudir, fiel a mi llamada.

Vais a participar en un pequeño juego, pues lo que vais a leer a continuación está escrito ante sus ojos, y es que… tengo la intención de hacerla mi esposa tras mi nombramiento como príncipe heredero.

… La mancha que aparece en el borde del pergamino es una de las lágrimas

que está derramando después de leer lo que mi mano ha escrito, lágrimas que sirven para hacer firme nuestro compromiso. El próximo correo que recibáis será pues para daros cuenta de nuestro matrimonio.

No me queda sino despedirme de vosotros, colmado de felicidad. En las últimas semanas se ha tambaleado todo aquello que me rodeaba, pero el Todopoderoso ha querido que las aguas regresen a un cauce que las turbulencias han cambiado, y esta vez para bien. Ahora estoy seguro de que es así.

Espero con ansiedad vuestras noticias.

En Qurtuba, a ocho días del fin de Safar, en el año 275 de la hégira

MUHAMMAD IBN ABD ALLAH, príncipe heredero

Fortún terminó de leer con una amplia sonrisa en los labios, depositó el pergamino y se acercó a Onneca para abrazarla.

–Sin duda Dios ha escuchado nuestros ruegos, las noticias son excelentes.

Onneca se apartó sin poder ocultar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

–¡Me gustaría tanto verlo de nuevo, poder abrazarlo una sola vez! Cierro los ojos y no consigo ver su rostro.

Se limpió las cuencas de los ojos con el dorso de la mano. – No te importe demasiado, con veinticuatro años su rostro, ahora con una poblada barba sin duda, tendrá poco que ver con el que tú tratas de recordar.

–Es lo que me angustia… pensar que, si tuviera la oportunidad de cruzarme con él en las salas de aquel alcázar, quizá no sería capaz de reconocerlo.

–Reza a Dios con fuerza, hija. En estos días he tenido oportunidad de hacerlo en Leyre, y estoy convencido de que el resultado de mis ruegos está en ese pergamino. En lo alto de aquellos montes, uno tiene la sensación de encontrarse más cerca de Dios, de que Él es capaz de escuchar cuantas súplicas y alabanzas se le dirigen. El cántico de sus monjes hace entrar a quien los escucha en una intensa comunión con el ser supremo. Y Él responde, ilumina a cuantos habitan entre aquellos muros, de forma que cuando partes de allí lo haces cargado de una fe renovada, de una extraña energía.

–Si eso es cuanto necesito para reencontrarme un día con mi hijo, no dudaré en acompañarte en la próxima ocasión -repuso Onneca sonriente-. Daría gustosa mi

brazo derecho por abrazarlos a ambos el día de su casamiento.

Capítulo 79

Año 889, 275 de la hégira
Munt Sun

–¡No podemos consentir sus continuas provocaciones, padre! Es evidente que no le basta con haber usurpado el poder en Uasqa, su ambición va mucho más allá, y nos afecta de lleno -argumentó Musa, vehemente.

–Va diciendo a quien quiera oírle que toda la Barbitaniya ha de caer en sus manos -apostilló Muhammad.

–Hijos míos, Al Tawil siempre ha sido un fanfarrón -trató de tranquilizarles Ismail-, y no olvidéis que si se hizo con el poder en Uasqa fue porque supo ganarse la voluntad de vuestro primo.

–Hasta ahora eran sólo bravuconadas, padre. Pero sus cabalgadas por la Barbitaniya son cada día más frecuentes y más prolongadas. Y lo ocurrido en Barbastur no puede quedar sin respuesta. ¡Enfrentarse a su guarnición! Y a su regreso saquearon aldeas, violaron a sus mujeres, mataron a los hombres y se llevaron a los más jóvenes. ¡Son gentes a las que debemos protección!

Ismail asintió sin demasiado convencimiento. Se sentó en un viejo taburete, apoyó el brazo encima de la mesa y se pasó los dedos entre los cabellos.

–¿Y qué proponéis? – dijo con un tono que denotaba cierto hastío-. Quizás estoy ya viejo. Hace años, una afrenta como ésta me hubiera hecho saltar para ponerme la cota de malla. Ahora, aquí me tenéis, deseando que mis tres hijos me den la oportunidad de pasar por alto la provocación.

–No debes ser tú quien responda -intervino Said, el más joven-. Nosotros acudiremos a Uasqa.

–¿A Uasqa? ¡No podéis enfrentaros a Al Tawil sin un ejército poderoso a vuestras espaldas!

–Tenemos los hombres suficientes, padre -repuso Musa-. No se trata de tomar la ciudad, eso sería ahora impensable… sólo hemos de devolver sus afrentas. Una cabalgada por los alrededores y la captura de algunos rehenes deberían dejarle claro que no va a amedrentarnos con su actitud. Bastará con unos centenares de hombres.

–Quizá tengáis razón -concedió Ismail-. Sin embargo, Said, tú me eres más útil aquí, al tanto de los asuntos de gobierno de la *kurah.*

El joven hizo ademán de oponerse a las palabras de su padre, pero Muhammad se adelantó con un gesto.

–Said, nuestro padre tiene razón. Con dos de nosotros al mando de la expedición es más que suficiente. Tú demuestras cada día tu valía al frente de los asuntos de la

kurah… deja que nosotros hagamos lo mismo de la forma que sabemos.

Said movió afirmativamente la cabeza.

–Sea -concedió-. Pero quizás habría que dar cuenta al primo Muhammad de lo que nos proponemos… después de todo sigue siendo su aliado.

–Eso supondría perder semanas preciosas, y quién sabe si dar tiempo a Al Tawil de asestar un nuevo golpe -se opuso Musa.

–Tampoco creo que sea necesario. El acuerdo de Muhammad con Al Tawil no ha ido más allá de aquella primera colaboración. Me consta que vuestro primo se ha opuesto a cualquier otra ambición que pudiera tener, y ese viejo apestoso no ha movido un dedo en las últimas campañas que Muhammad ha emprendido contra el rey Fortún para reforzar la línea de frontera. Su colaboración está agotada, no se fían el uno del otro, y apuesto a que aprobaría lo que proponéis.

–¿Contamos entonces con tu beneplácito, padre? – preguntó Muhammad con cierta solemnidad.

–Espero que no tenga que arrepentirme… -repuso Ismail, circunspecto.

El calor era intenso, aunque, por fortuna, el espeso arbolado que circundaba la vereda proporcionaba la sombra suficiente para hacer soportable la cabalgada de los seis centenares de hombres que los acompañaban. Habían salido antes del amanecer, y sólo cuando el sol alcanzó su cénit se detuvieron junto a un arroyo, donde bebieron y se refrescaron jinetes y monturas. De tramo en tramo, los densos bosques de pinos y robles daban paso a zonas de roca desnuda, y entonces, a su derecha, asomaban los imponentes montes en cuyas cumbres resplandecía aún la nieve que ni el largo estío había conseguido derretir. Sobre ellas, después del mediodía, comenzaron a formarse enormes cúmulos blancos que adoptaban caprichosas formas y que, ya avanzada la tarde, viraron su color hacia los amenazadores tonos grises que anunciaban una tormenta inminente.

Musa, cuando el sol se ocultó tras los nubarrones, dio orden de detener la marcha sobre una ladera de ligera pendiente, a medio camino entre la cima más expuesta y el arroyo que circulaba por la vaguada. En poco tiempo, se dispusieron y amarraron cientos de lonas entre los troncos y las ramas de los árboles, unas aisladas, algunas en pequeños grupos y otras más unidas entre sí, superpuestas como las escamas de un pez, hasta formar una carpa bajo la que se cobijaba una unidad completa. La experiencia les dictó que excavaran pequeñas zanjas que habrían de desviar el agua, y así esperaron hasta que los relámpagos y las primeras gotas anunciaron que la tempestad se echaba encima. Las cortinas de agua arreciaron a oleadas, acompañadas por fuertes rachas de viento que a punto estuvieron de acabar con los improvisados refugios. Cuando la oscuridad de la tormenta dio paso a la negrura de la noche, muchos de los hombres comenzaron a acusar el frío producido por la inacción, y sólo la leña seca que habían acumulado y puesto a cubierto les permitió encender

pequeños fuegos con los que secaron ropas y botas húmedas, y con los que pudieron calentar las bebidas que habrían de reconfortarles durante la frugal cena, antes de acostarse para descansar.

La noche fue larga para todos, también para Musa y Muhammad, que ocupaban la única *haymah* que se había levantado en la parte central del campamento. Se hallaban en la víspera de un probable enfrentamiento armado y, aunque se hubieran dejado cortar un dedo antes de reconocerlo ante sus hombres, la inquietud se había ido apoderando de su espíritu, por lo que su sueño había sido inquieto y poco reparador.

Musa esperaba las primeras luces del amanecer tratando de avivar el fuego, que aún mantenía un ligero rescoldo desde la noche anterior. Muhammad, al parecer, había podido conciliar un breve sueño y ahora respiraba de forma ruidosa a su espalda. En el exterior se oían los sonidos habituales del campamento: los inevitables ronquidos, las quejas de quienes eran despertados por los primeros que se levantaban para aliviar el vientre o el piafar sobre la hojarasca de alguno de los caballos.

Levantó el borde de la lona que hacía las veces de puerta y salió al exterior, donde lo recibió un agradable aroma a tierra mojada, y el frescor del alba próxima terminó por despejar sus sentidos. El cielo estrellado que se adivinaba entre las ramas presagiaba una mañana de nuevo despejada, y posiblemente otro día caluroso. Caminó hasta separarse del grupo unos cuantos codos y también él comenzó a aliviar su vejiga. Mientras se entretenía contemplando el disco incompleto de la luna en cuarto menguante, que pronto desaparecería tras lo alto de la colina, un destello extraño en el extremo de su campo de visión le llamó la atención. Ni siquiera terminó de sacudirse las últimas gotas de orina, que le mojaron los calzones. Giró la cabeza con lentitud, y se quedó inmóvil, rígido. El borde inferior del astro comenzaba a ocultarse tras la línea que separaba la cima y el firmamento, y pronto la oscuridad sería completa, justo antes del amanecer. Entonces una sombra se recortó contra el tenue halo de luz, la sombra de un hombre que caminaba con sigilo, un hombre armado, provisto incluso de celada y cota de malla, a juzgar por el perfil brillante que lo enmarcaba.

Trató de mantener la calma y esperó a que la luna se hubiera ocultado por completo. Después regresó ocultándose entre los troncos, hasta alcanzar a los hombres que dormían más alejados del resto. Zarandeó con cuidado a los primeros para evitar exclamaciones de sorpresa y comenzó a difundir el aviso.

–¡Despertad! ¡Despertaos unos a otros! Estamos a punto de ser atacados, desde la cima -susurró-. Haced correr la voz: que todos se ajusten las protecciones y empuñen las armas, con el mayor sigilo.

Musa avanzó extendiendo la alarma hasta alcanzar las inmediaciones de la *haymah*. Muhammad dormía aún, pero tardó un instante en ponerse en pie.

–¡Los caballos! ¡Debemos ensillar los caballos y dejarlos preparados! –

reaccionó-. Quizá debamos utilizarlos para escapar si el grupo es numeroso.

–Encárgate de ello, pero apenas hay tiempo. Con las primeras luces caerán sobre nosotros -advirtió Musa-. Yo me ocuparé de disponer las unidades para la lucha.

El cielo sobre los montes del oriente empezaba a teñirse de añil y naranja, pero las sombras que todo lo uniformaban parecían no querer disiparse. A los pies de Al Tawil, el campamento de los Banu Qasi despertaba con aparente normalidad: las primeras hogueras iluminaban pequeños círculos, dentro de los cuales se podían divisar aún los bultos de los hombres que apuraban las horas de descanso, y afortunadamente todo parecía indicar que nadie había advertido su presencia. Habían eliminado a los dos centinelas apostados en lo alto del monte con el mayor sigilo después del último relevo, y ya nada podía echar por tierra la sorpresa que habría de llevar a aquellos malnacidos a prolongar su sueño interminablemente.

Alzó el brazo derecho, se aseguró de que todos los oficiales observaban su gesto, y sólo entonces hizo caer la espada. A derecha e izquierda, centenares de infantes a pie comenzaron a descender la ladera en silencio, con el paso amortiguado por la hojarasca. Al Tawil no pudo evitar un estremecimiento al imaginar el macabro despertar que iba a proporcionar a los hombres de Ismail, y cuando anticipó el momento en que informarían a éste de la masacre su boca se torció en una sonrisa que dejó entrever sus dientes negruzcos.

–No me gustaría estar dentro de esa *haymah* -musitó a su lugarteniente.

El descenso se había iniciado sigiloso y lento, pero a falta de un centenar de pasos se convirtió en una vertiginosa carrera de hombres que, armados con espadas, lanzas y picas, se precipitaron contra el improvisado campamento. Si a alguno de los que iban en vanguardia llamó la atención el hecho de que aquellos hombres que aún dormían no levantaran la cabeza a pesar de la algarabía, no hubo tiempo de reaccionar. Sólo cuando se encontraban a una decena de pasos, y el impulso en la pendiente les hacía imposible detener su carrera, vieron alzarse frente a ellos una barrera de hombres que, rodilla en tierra, clavaban en el suelo el asta de sus lanzas para dirigir su mortífero extremo contra sus cuerpos. Decenas de asaltantes quedaron ensartados en ellas, y el resto se vio envuelto en una refriega que no esperaba. Los hombres de Musa y Muhammad, amparados en la oscuridad, habían ascendido por ambos costados de la ladera, y ahora se abalanzaban sobre la retaguardia de los atacantes, que empezaban a revestir el suelo con un horrendo mosaico de cuerpos y miembros desgajados.

Desde su atalaya, Al Tawil no alcanzaba a comprender qué estaba ocurriendo allá abajo. Sólo fue consciente de que su estrategia estaba fracasando cuando uno de los oficiales alcanzó la cima desfallecido.

–*Sahib*, ¡nos esperaban! Es una masacre. Apenas queda nadie de los nuestros en pie.

–¿Y de ellos? – bramó Al Tawil.

–No habrán caído más de un centenar…

El caudillo muladí se volvió hacia su lugarteniente.

–¡Envía el resto de la infantería! – aulló-. ¡Y haz desmontar a dos unidades de caballería, entre la espesura nos resultan inútiles a caballo! ¡El resto, arqueros incluidos, que rodeen el bosquecillo para acudir al fondo de la vaguada y cortar su retirada!

–¡Son muchos más, Muhammad! – gritó Musa por encima del estruendo, tras deshacerse de un atacante-. ¡Es imposible hacerles frente!

–¡Ordena la retirada! ¡A los caballos! – vociferó su hermano a su alrededor con grandes aspavientos para atraer la atención de los suyos-. ¡A la hondonada, y al galope!

La orden se fue transmitiendo de hombre a hombre, y antes de que la segunda oleada cayera sobre los supervivientes, algunos de ellos malheridos, iniciaron el descenso hacia la vaguada. Los pocos infantes de Al Tawil que quedaban en pie no hicieron por seguirles, y muchos de ellos se dejaron caer, agotados, entre los cadáveres de sus camaradas, a la espera de que los refuerzos ocuparan sus lugares.

–Condúcelos tú -dijo Musa-. Yo aguardaré a que todos hayan montado para seguirte.

Muhammad asintió. Las voces de los perseguidores aún estaban lejos, y después de sufrir dos centenares de bajas entre muertos y malheridos, había monturas suficientes para el resto. La caballería de Al Tawil tardaría en atravesar la espesura.

–¡Adelante! ¡Reventad los caballos! Hay que ponerse fuera del alcance de sus jinetes.

Musa contempló la salida de sus hombres a campo abierto con sensaciones encontradas. La casualidad los había librado de un exterminio casi cierto, pero su misión había resultado un fracaso completo, y su pequeño ejército regresaba ahora diezmado. Recordó la oposición de su padre, y se estremeció al pensar en el momento del reencuentro. Todos los hombres habían conseguido una cabalgadura, incluso algunos heridos eran ayudados a montar o eran izados y atados a las grupas directamente. Dio la orden de abandonar aquella hondonada y espoleó a su montura para tratar de reunirse lo antes posible con Muhammad.

La primera flecha se clavó en la grupa del caballo que le precedía, y jinete y animal dieron con los huesos en el suelo. Otras más silbaron en sus oídos antes de estrellarse más allá, contra las piedras. El ataque llegaba desde una pequeña elevación en el flanco izquierdo.

–¡Al galope! – ordenó-. ¡Desplazaos hacia la derecha!

Una docena de jinetes cayó bajo la lluvia de proyectiles, incluso algunos de los heridos que en un primer momento habían conseguido salvar la vida colgaban ahora

inertes, sujetos por las ataduras, con una o más flechas atravesando sus cuerpos expuestos.

La última flecha que vio Musa le entró por la espalda, atravesó limpiamente los huecos entre las costillas y asomó por el lado derecho del pecho. Sólo sintió el impacto que lo proyectó hacia delante, y pensó que había sido alcanzado con una piedra lanzada con honda. Se llevó la mano a la espalda, pero lo que tocó era el astil de madera, que sobresalía más de un palmo. Entonces todo se precipitó: el dolor repentino que le nubló la vista y le hizo inclinar la cabeza, la visión de la punta ensangrentada que asomaba en su pecho, la sensación de debilidad infinita que lo invadía y, por fin, la conciencia de que aquéllos eran los últimos instantes de su vida. Aun así, se aferró a las riendas y, semiinconsciente, se dejó llevar por el galope del caballo, fuera ya de todo control.

Muhammad volvió la cabeza y vio a su hermano a punto de caer de la montura. Distinguió el astil de una flecha en su espalda. De forma sorprendente, la primera imagen que se dibujó en su mente fue la de su padre y la de su hermano Said. Tiró de las riendas para detener a su caballo y le hizo dar la vuelta en redondo, antes de azuzarlo para galopar en dirección contraria. Se cruzó con todos sus hombres, y uno a uno, con gestos o de palabra, recibieron la orden de avanzar sin detenerse. Llegó a la altura de Musa, se encorvó sobre él y sujetó con fuerza sus riendas hasta que los dos animales se detuvieron. En un abrir y cerrar de ojos, descabalgó y se subió a la grupa del caballo de su hermano. Luego alcanzó las riendas por encima del cuerpo de éste, con cuidado de no empujar la flecha que casi rozaba su propio pecho, y dio una voz al animal para reemprender la marcha mientras le oprimía los costados con las rodillas.

Aún no se había puesto al trote cuando otro jinete se colocó a su lado, luego otro, y cuando volvió la cabeza comprobó que estaban completamente rodeados por hombres desconocidos, sin duda todos ellos a las órdenes de Al Tawil.

Capítulo 80

Tutila

Muhammad ibn Lubb miraba pensativo a su hijo mientras jugueteaba con un trozo de pan recién horneado, pero apenas había probado bocado en toda la velada. Mijail, el fiel lugarteniente al que después de tantos años ya unía una más que estrecha amistad, había accedido gustoso a compartir con ellos aquella cena, pero las noticias recién llegadas de Munt Sun no habían contribuido a crear el mejor de los ambientes.

–No comprendo tu estado de ánimo -dijo Mijail-. Al fin y al cabo nunca os habíais entendido, y si les perdonaste su ofensa fue más por motivos políticos que por el aprecio que pudieras tenerles.

–Supongo que, a pesar de todo, la fuerza de la sangre está ahí. Era el único hermano de mi padre que quedaba vivo, y en el fondo Ismail siempre tuvo que luchar contra la sensación de ser considerado un segundón. Era el menor de los cuatro, nunca se le dio la oportunidad de demostrar su valía, y cuando sus hermanos fueron muriendo y pareció llegar su momento… aparecí yo y tomé el mando en Saraqusta, como heredero del primogénito.

–Eso no justifica su crueldad y su falta de escrúpulos -intervino Lubb, que, al contrario que su padre, no perdía ocasión de añadir a su platillo una y otra de aquellas delicias que Sahra se había encargado de preparar para ellos-. En esto estoy con Mijail.

–¿No tendrás remordimientos, Muhammad? – insistió el oficial.

–¿Qué quieres decir?

–La noticia de la muerte de tu tío te ha afectado de una manera… extraña. ¿Tiene algo que ver el apoyo que ofreciste en su momento a Al Tawil?

–Supongo que a un amigo como tú hay que aguantarle toda clase de impertinencias -respondió Muhammad con un tono de broma que sin embargo dejaba entrever cierta irritación.

–¡Vamos, vamos, Muhammad! Llevamos demasiado tiempo juntos como para intentar ocultar nuestros sentimientos. Los tres sabemos que la pérdida de sus hijos a manos de Al Tawil ha sido lo que ha llevado a la muerte a Ismail, de hecho por el parte que recibiste se intuye la posibilidad de que se hubiera quitado la vida.

–La muerte de sus hijos y la pérdida de sus posesiones -apostilló Lubb, que nunca había disimulado la animadversión que le causaba el tío de su padre-. Larida era su feudo más preciado, el lugar al que había dedicado sus esfuerzos, el que él mismo fortificó. Verla en manos de Al Tawil no debió de ser plato de buen gusto para él.

–No me considero responsable de las acciones de ese cretino maloliente -respondió Muhammad más alterado de lo que hubiera deseado-. De cualquier modo, Ismail murió después de tener noticia de la devolución de Larida a nuestro dominio.

–Al tuyo, Muhammad, no al de Ismail -matizó Mijail-. La sentencia del emir te favorece a ti, como aliado de Qurtuba, y a ti te concede el dominio de Larida y la Barbitaniya. Eso supuso una nueva humillación para tu tío.

–Tampoco fui yo quien buscó esa sentencia -se defendió Muhammad.

–En todo caso, deberías estar satisfecho. La muerte de Ismail te convierte en el caudillo indiscutible de los Banu Qasi. Dominas un principado casi independiente que se extiende ahora hasta Larida. Al Tawil, en Uasqa, no goza del favor del emir, y se sostiene con tu apoyo. Sólo Saraqusta está fuera de tu control, merced al contrato que firmaste con Qurtuba.

–Mijail tiene razón, padre. Nuestra situación no puede ser más ventajosa, y los Banu Qasi, nuestra gente, gozan de una posición privilegiada. Los impuestos que aquí se recaudan de nuevo han dejado de viajar a Qurtuba, y la situación de guerra civil que allí se vive nos garantiza que así seguirá siendo durante mucho tiempo.

–No olvidéis las amenazas que penden sobre nosotros: Pampilona, los Banu Tuchib de Qala't Ayub y, por encima de todas, la amenaza del rey Alfuns…

–Hasta ahora esta última no se ha materializado, Muhammad. Porque te teme o porque aún te aprecia, ha dedicado todo su esfuerzo a adelantar sus líneas hacia el Uadi Duwiro, pero el Uadi Ibru, hasta ahora, nunca ha entrado en sus planes.

–Un rey que firma algunos de sus documentos como «Emperador de Hispania» demuestra cuáles son sus aspiraciones -intervino Lubb-. Sin duda ganar para la cristiandad el control de la Península entera.

–En eso las profecías ya han errado.

–¿Qué profecías? – se extrañó Mijail.

–¿Recordáis a Dulcidio, aquel clérigo leonés?

–¿El que participó en las negociaciones entre Alfuns y el príncipe Al Mundhir?

–El mismo. Después de aquella negociación, consiguió trasladar a la corte de Alfuns las reliquias de los santos de Qurtuba que su obispo ambicionaba… Pero, perdonad, os hablaba de sus vaticinios. Antes de ceder el control de Saraqusta mantuve una conversación con un sacerdote de la comunidad mozárabe de la ciudad, y me dio noticia de una crónica que Dulcidio había terminado aquel mismo año. La llamó *Crónica Profética*, porque en ella anunciaba que, de acuerdo con ciertos números contenidos en la Biblia, su libro sagrado, los cristianos habrían de expulsar a los musulmanes de la Península exactamente ciento setenta años después de la «pérdida de Hispania», y que el «glorioso Alfonso» habría de reinar sobre toda ella. Haced cuentas…

Fue Lubb quien, como si de un juego se tratara, calculó mentalmente.

–Esa fecha ya ha pasado…

–Hace cuatro años. Desde friego, la profecía de Dulcidio no se ha cumplido.

–De todos modos, lo conseguido por Alfuns rebasa cualquier expectativa que pudiera tener al principio de su reinado -recordó Mijail.

–Y el estado de revolución constante de un extremo a otro de Al Andalus hace pensar que esa profecía tal vez no vaya muy descaminada. La debilidad del emirato bajo el reinado de Abd Allah es proverbial, sus arcas al parecer se encuentran vacías…

–A ello contribuyes tú -intervino Mijail.

–Nosotros, y muchos como nosotros.

–En cualquier caso… ¿dudas de que sin la presencia de los Banu Qasi en el Uadi Ibru todo el valle estaría ya en poder de los cristianos?

–No me cabe la menor duda. Igual que Alfuns ha colonizado las tierras yermas hasta el Uadi Duwiro, habría extendido su dominio por esta región y habría conectado Liyun, Alaba y Al Qila con Pampilona, Aragun, Pallars… hasta la Marca Hispánica y el Bahr Arrum.

–Ese es un servicio que Qurtuba debe reconocer a los Banu Qasi -afirmó Lubb-. El oro que deja de recaudar aquí no sería suficiente para sufragar una campaña continua en el Uadi Ibru. La existencia de nuestro principado les resulta imprescindible, e incluso económicamente rentable.

Muhammad rio francamente.

–Pareces hijo de un mercader. Con argumentos como ése serías capaz de revender a un comerciante su propia mercancía.

Un sirviente entró en la sala para retirar la vajilla que habían utilizado durante la cena, y ninguno de los tres perdió la sonrisa mientras lo hacía.

–Me resulta extraño… -empezó Muhammad cuando el mismo sirviente depositaba sobre la pequeña mesa central una bandeja con una tetera humeante y tres tazas pequeñas- estar aquí, en Tutila, en la casa donde vivió mi abuelo Musa…

–Y poder decir que has vuelto a conseguir lo que él consiguió -se adelantó Mijail.

–Y haber cumplido con el sueño de mi padre… Ahora sólo queda esperar y comprobar por cuánto tiempo Allah nos permite disfrutar de esta tranquilidad.

Capítulo 81

Ishbiliya

… Si tuviera que referir en estos pliegos los sucesos acaecidos en Al Andalus durante el último año, no bastaría con todo el pergamino disponible en los talleres de Ishbiliya, donde hace ya tres meses que me encuentro. Desde el nombramiento de mi padre como soberano, vivimos una auténtica guerra civil, protagonizada ya no sólo por muladíes, sino también por árabes y bereberes de las principales familias. Las noticias sobre deslealtades, sediciones y negativas al pago de tributos se suceden, y las fuerzas de Qurtuba nada pueden en el intento de apagar las llamas que surgen por doquier. Y detrás de la mayor parte de los incendios aparece, una y otra vez, la mano de nuestro mayor enemigo, Umar ibn Hafsún, de quien ya habéis tenido noticias.

No sé por qué os escribo hoy esta carta, tan sólo unas horas antes de abandonar Ishbiliya, tras fracasar en la misión que me trajo aquí. Los gritos de muerte y el olor de vapores de sangre aún parecen asaltar mis sentidos. Quizá me sirva para poner en orden mis pensamientos, para tratar de reconocer el momento en el que nuestras decisiones tomaron el rumbo que nos está conduciendo al desastre. Sería inútil querer relatar todo lo ocurrido en este año trágico, en el que para mí la única luz ha sido mi querida Muzna, a quien adoro con toda mi alma, la única que siempre está a mi lado para darme el aliento que me hace seguir adelante a pesar de las adversidades. Anhelo el momento del reencuentro en Qurtuba, y empleo las horas hasta mi partida, horas en las que el sueño se hace esquivo, para tomar esta pluma con la que rasgo el pergamino.

Una vez más, fue Umar ibn Hafsún quien prendió la mecha de la revuelta, a pesar del gesto generoso que tuvo mi padre al nombrarlo gobernador de Raya nada más acceder al trono. Supo predisponer contra el gobierno legítimo a una población antes pacífica, que se alió con los muladíes alzados en armas, y a ellos se sumaron los cristianos, para volverse todos juntos contra los árabes, a las órdenes de su caudillo. Los muladíes de toda Al Andalus parecen haber seguido la consigna y se echan al monte. Los árabes, en muchos lugares, no han esperado a la ayuda de Qurtuba, y han optado por hacerse con el poder para defender sus intereses, y para ello se han deshecho de los gobernadores nombrados por el Estado.

Así ha sucedido en Garnata, donde Sawar ibn Hamdun se hizo con el poder después de que algunos muladíes acabaran con la vida de su primogénito.

Consiguió vencer al gobernador de la cora, y poner en fuga a los derrotados. Si los acontecimientos no tuvieran el cariz dramático que tienen, bien podríamos recrearnos con los versos que los poetas de ambos bandos se dedicaron. Alguno de los escribanos tuvo el gusto de tomar nota de ellos y sólo Allah sabe de qué manera han comenzado a circular por todos los cenáculos literarios de Al Andalus. Los tengo aquí, ante mí, y no me resisto a copiar para vuestro dudoso deleite algunos de los más celebrados, aun a riesgo de prolongar en demasía esta carta. Este es el poema que Ibn Yudí dedicó a los cristianos y muladíes derrotados:

Apóstatas e incrédulos,
que hasta vuestra última hora
declaráis falsa la verdadera religión…
¡os hemos dado muerte!
¡Allah lo ha querido!
Hijos de esclavos,
habéis irritado imprudentemente
a los valientes que nunca descuidan
su deber de vengar a los muertos.
Acostumbraos, pues, a sufrir su furor
y a sentir sobre vuestras espaldas
sus espadas llameantes.
Un ilustre jefe, Sawar,
ha marchado contra vosotros.
Su renombre excede cualquier otro.
Es un león que ha pasado a cuchillo
a los hijos de las blancas,
y gimen, cargados de cadenas,
los que sobreviven.
Hemos matado a millares de ellos,
pero la muerte de una multitud de esclavos
no equivale a la de un solo noble.

Tras esta victoria, Sawar accedió a la petición de paz propuesta por mi padre, a cambio de numerosos privilegios, pero aun así no consiguió mantenerlo quieto por mucho tiempo. En lo más tórrido del verano, atacó de nuevo a los conversos de la región, aunque esta vez sólo logró movilizarlos y provocar la respuesta unánime de millares de ellos. Sawar hubo de retroceder

hasta encastillarse en la fortaleza de Al Hamra, en Garnata. También nos han llegado los versos que los muladíes de fuera y los árabes de dentro intercambiaron durante el asedio, sujetos a piedras o ladrillos. Empezó el poeta muladí Al Ablí haciendo referencia a las haciendas árabes abandonadas por sus dueños para acudir a la llamada de Sawar:

Sus mansiones están desiertas,
convertidas en páramos donde el huracán
arrebata torbellinos de polvo.
Encerrados en Al Hamra,
meditan nuevos crímenes en vano…
Pero serán blanco de nuestras lanzas
y de nuestras espadas
como lo fueron sus padres
en ese mismo refugio.

Según cuentan, Al Asadí, desde el interior, respondió con este otro:

Nuestras mansiones no están desiertas
ni nuestras campiñas convertidas en páramos.
Nuestro castillo nos protege contra todo insulto,
y en él encontraremos la gloria.
Nos aguardan triunfos,
y a vosotros, derrotas.
Ciertamente muy pronto saldremos de él,
y sufriréis una derrota tan terrible
que encanecerán en sólo un instante
los cabellos de vuestras mujeres y de vuestros hijos.

Sólo siete días después de este lance, el numeroso ejército muladí se dispuso a atacar la fortaleza, pero Sawar salió en tromba contra ellos y desbarató las fuerzas de los sitiadores, más numerosas pero mal entrenadas. Cundieron el desorden y el miedo, y las tropas árabes perpetraron una terrible matanza entre los conversos. Las noticias que llegan en estos días hablan de diez mil muladíes caídos y de otros miles de supervivientes que, desesperados, se han echado de nuevo al monte, sin duda para engrosar las filas de Umar ibn Hafsún, siempre

atento para aprovechar el descontento en su propio beneficio.

Concluyo el relato de estos hechos con los últimos versos de Ibn Yudí acerca de la victoria de Sawar:

Hemos ahuyentado ese ejército con tanta facilidad
como se ahuyenta a las moscas que revolotean en torno a la sopa
o como se obliga a salir de la cuadra a un tropel de camellos.
Vuestros soldados caían bajo nuestras afiladas espadas
como caen las espigas bajo la hoz del segador.
Nuestro jefe Sawar, un gran guerrero, un verdadero león,
es un hombre leal nacido de una estirpe histórica
cuya sangre no se ha mezclado nunca con la raza al 'ayam
y defiende la verdadera religión contra todo infiel.
Sawar blandía en la lucha una excelente espada
con la cual segaba cabezas.
Allah se servía de su brazo para exterminar sectarios
de una falsa religión conjurados contra nosotros.
Llegado el momento fatal para los hijos de las blancas,
nuestro jefe iba al frente de sus feroces guerreros.

Episodios como el de Garnata, alentados por el odio racial y religioso, se han sucedido en otras ciudades, desde Uksunuba y Al Yazira hasta Bagúh y Yayán. Pero quizás el más dramático se desarrolló entre los muros de esta ciudad de Ishbiliya, y por ello fui enviado aquí por orden de mi padre. Ni yo mismo alcanzo a comprender la complejidad de la trama de relaciones, enemistades y venganzas que se ha urdido aquí durante años, y tal vez sea ésa la causa de mi fracaso.

Recordaréis sin duda los nombres de los dos clanes árabes que desde hace generaciones han dominado la ciudad de Ishbiliya, los Ibn Hayay v los Ibn Jaldún: durante vuestra estancia tuvisteis ocasión de conocer a algunos de sus miembros. También son musulmanes los bereberes que habitan las montañas que circundan la ciudad. La mayor parte de la población, sin embargo, son muladíes que se convirtieron al islam y quedaron así exentos del pago de la jizya. Asimismo entre ellos se encuentran algunas familias que han conservado un patrimonio considerable, como los Ibn Anyalín o los Ibn Sabariquh. Y por fin tenemos a los cristianos que conforman el arzobispado más poderoso de Al Andalus, regidos por el metropolitano de la Bética.

El pasado invierno, el jefe árabe de los Ibn Jaldún, Kurayb, animado por la

situación de desgobierno en el emirato, creyó llegado el momento de emanciparse de la autoridad de Qurtuba, y se hizo fuerte en su fortaleza de Al Xaraf con la intención de combatir, con la ayuda de los bereberes de Qarmuna, al gobernador legítimo. Los muladíes de Ishbiliya, desde siempre despreciados y humillados por los árabes de la ciudad, tomaron partido en su contra y, de manera sorprendente, decidieron apoyar al gobernador. Kurayb ibn Jaldún obtuvo una primera victoria en Talyata, pero no consiguió desalojar de la ciudad al representante de mi padre. Y entonces, de forma aún más inesperada, recurrió a Ibn Marwan, el rebelde que, como sabéis, venía desafiando a Qurtuba desde hace años. Ibn Marwan saqueó la campiña sevillana, mientras los bereberes de Qarmuna asaltaban a cualquier viajero que se aventurara por el camino de Qurtuba.

Ante esta situación insostenible, mi padre recurrió a un bravo muladí, de nombre Ibn Galib, que no dudó en enfrentarse a Kurayb ibn Jaldún, a quien logró vencer en la lucha. Pero, infortunado suceso, en la retirada uno de los hombres de Ibn Galib dio muerte a un miembro de los Ibn Hayay. ¡Imaginad la afrenta! ¡Un árabe de noble familia muerto a manos de un vil muladí! Por supuesto, trataron de aprovechar la oportunidad, y con su cadáver se presentaron ante la residencia del gobernador para reclamar justicia, entre el clamor y la amenaza de sus partidarios. El wali, impotente, recurrió al juicio de mi padre, que recibió a todas las partes en el alcázar de Qurtuba. Sus testimonios, como era de esperar, resultaron confusos y contradictorios, y el emir, temeroso de enfrentarse a una de las facciones si daba la razón a la otra, decidió ganar tiempo, y para eso me envió aquí, junto a Umaya, un nuevo gobernador, con el encargo imposible de conseguir el entendimiento entre árabes y muladíes.

Mientras mi padre trataba de cercar al rebelde Ibn Hafsún en su fortaleza de Burbaster y traía a la obediencia a quienes se habían aliado con él, yo empecé mi tarea confirmando a Ibn Galib en la misión de acabar con los bandoleros bereberes. Pero Kurayb ibn Jaldún atacó para adueñarse del castillo de Coria, y el mismo día Abd Allah ibn Hayay avanzó sobre Qarmuna. Trato de valorar si acaso entonces pude hacer más de lo que hice, y la respuesta es, también ahora, negativa: mis fuerzas eran escasas para dar respuesta a aquella rebelión planeada de antemano, y tampoco mi padre, ocupado en un nuevo ataque de Ibn Hafsún, esta vez contra Istiya, pudo enviar efectivos de refuerzo.

Fue hace tan sólo unas semanas, tras su regreso a Qurtuba, cuando mi padre se reunió con su Consejo para buscar una solución al enojoso asunto de Ishbiliya. Mala conjunción debían de tener los astros en el momento en que el

emir aceptó la salida que le proponían sus ministros: entregar a los árabes a Ibn Galib a cambio de su lealtad. He de decir en mi descargo que yo no conocí de tales planes hasta que la cabeza del muladí rodó por las calles de Ishbiliya. Para ejecutar sus designios, mi padre envió al general Ya'ad, hermano del gobernador Umaya, que supo convencer a Ibn Galib para avanzar juntos hasta Qarmuna con el fin de atacar a los Ibn Hayay. Una vez allí, en secreto, el general envió un mensajero a Abd Allah ibn Hayay para preguntarle si volvería a la obediencia en el caso de que Ibn Galib fuera ejecutado. Su respuesta afirmativa fue la sentencia de muerte del muladí, y cuando el árabe vio su cabeza dio orden de que se abrieran las puertas de Qarmuna a las tropas del emir.

Sin embargo, la noticia de la muerte de Ibn Galib encendió los corazones de los muladíes. Y yo los entiendo: después de su demostrada lealtad a Qurtuba, por la muerte de uno solo de los árabes mi padre había entregado la cabeza de su caudillo. Les mostraba así que la vida de un árabe valía más que la de un muladí, a quienes usaba como simples peones a los que podía sacrificar a su antojo. Traté de anticiparme a la cólera, reuní en mi palacio a los Ibn Anyalin, a los Ibn Sabariquh, traté de que retuvieran a los suyos. Pero la violencia se había desatado. El noveno día de Jumada al Awal, todos los muladíes de la campiña entraron en Ishbiliya y se dirigieron al alcázar del gobernador Umaya, exigiendo la cabeza de su hermano, el general Ya'ad. Umaya huyó y se refugió junto a mí, en mi palacio. Esa misma noche se iniciaron los enfrentamientos con la guardia, se exigía también la cabeza del gobernador. A pesar de todo, nada parecían tener contra mi persona: sabían que yo había confirmado a Ibn Galib en su puesto, y por sus líderes tenían constancia de que tampoco había tomado parte en la traición.

El desastre su produjo al día siguiente, hace ahora cuatro jornadas. Ya'ad entró en la ciudad al mando de sus tropas, y a ellas se unió el general Asbag, enviado como refuerzo desde Qurtuba. Atrapados entre dos fuegos, los muladíes sevillanos no tuvieron escapatoria. La matanza fue terrible, todos los que se habían echado a las calles fueron pasados por la espada, sus casas fueron saqueadas, violadas sus mujeres y sus hijas, y confiscados sus bienes. Murieron miles, sin contar los que perecieron ahogados en el río al tratar de huir de la masacre. Aún hoy sus cadáveres cubren las calles de Ishbiliya, y siguen ensartadas sobre los muros las cabezas de sus líderes.

Yo regreso esta misma mañana a Qurtuba. La ciudad está en paz, pues los Ibn Jaldún y los Ibn Hayay han acabado reconociendo la autoridad del emir. Pero se ha pagado un alto precio, y siento que he fracasado en mi empeño, pues todo se ha conseguido con el más cruel derramamiento de sangre. Y sé que el

odio acumulado en las almas de los muladíes sevillanos no tardará en encontrar otra vía de escape. Cuando todo esto llegue a oídos de Umar ibn Hafsún, sólo tendrá que tender su red para recibir miles de adeptos a su causa. Ignoro dónde se desatará de nuevo la violencia, pero sé que no hay hombre sobre la tierra capaz de detener esta rueda que se ha puesto en marcha.

Amanece ya un nuevo día sobre Ishbiliya, y ni siquiera el incienso logra ocultar el hedor en las calles tras cuatro días de batalla y de intenso calor. Tres pliegos he emborronado y, a pesar del farragoso relato que no aspiro a que comprendáis, sólo he podido hablaros de una pequeña parte de los conflictos que sacuden Al Andalus. Pero al menos siento el alivio de haber vaciado mi alma al compartir con vosotros este desconsuelo que me impide conciliar el sueño.

Quiera Allah, y quiera también vuestro Dios, que en la próxima misiva pueda hablaros del fin de las hostilidades en esta tierra de belleza incomparable.

Sabed que os llevo siempre en el corazón y en el recuerdo, y así será hasta el día de nuestro reencuentro. Que Allah os proteja.

Tu hijo,

MUHAMMAD IBN ABD ALLAH

Capítulo 82

Qala't Ayub

Al Anqar, *el Tuerto*. Así se referían a él, y poco habían tenido que esforzarse los habitantes de la fortaleza para encontrar un apodo adecuado para Mujahid, el hijo del '*amil*. Tres años hacía ya de la paliza que le costó la visión de un ojo, la última de las muchas que había recibido de su padre a lo largo de veinte años. Nunca olvidaría la escena en la que, ya ciego de su ojo derecho, y cegado además por el odio, había encontrado la fuerza necesaria para enfrentarse a él. Con las lágrimas de rabia deslizándose por su rostro, gritó a su padre que nunca, jamás, volviera a ponerle la mano encima. Delante incluso de algunos de sus oficiales le amenazó con darle muerte si lo hacía. Abd al Rahman no reaccionó. Quizás unos días antes lo hubiera mandado azotar de nuevo, o él mismo lo habría hecho, pero esta vez debía de saber que había traspasado el límite. Sin embargo, tampoco se permitió mostrar ningún tipo de arrepentimiento. Cualquier otro, después de haber mutilado a su propio hijo, se habría lanzado a sus pies rogando perdón, pero Abd al Rahman al Tuchibí no era esa clase de hombre. Su carácter siempre había sido autoritario, despótico para con todos, incluida su propia esposa y también sus hijos, que habían tenido que sufrir en silencio sus continuos accesos de cólera.

El nombramiento de su padre por parte del emir como *'amil* de Qala't Ayub había supuesto un pequeño respiro. El ego satisfecho, la convicción de que su presencia allí no era más que el paso intermedio hacia el gobierno de Saraqusta y el pago de sus servicios en oro, que los había convertido en una familia rica, marcaron una época de cierta tranquilidad para todos. Pero el paso del tiempo y la constatación de que año tras año sólo se solicitaba su ayuda para aportar efectivos a las aceifas, acabó por sacar de nuevo a la luz su verdadero carácter.

Luego se produjo la muerte de su madre, en circunstancias que nadie les explicó. Los sirvientes murmuraban, pero callaban y regresaban a sus tareas en cuanto él o alguno de sus hermanos se acercaban a ellos. Ni siquiera las preguntas directas tuvieron respuesta, y la duda, la incertidumbre, y quizá también el miedo a conocer la realidad, anidaron en sus corazones.

Cuando tres años atrás se había enfrentado a su padre, de su boca salieron palabras de amenaza, pero hubo algo que guardó para sí: la decisión de hacer pagar algún día a aquel hombre por el infierno en que había convertido sus vidas. Y tal vez la ocasión había llegado con los dos correos de Qurtuba que ahora sostenía entre las manos, ambos con el sello del emir Abd Allah estampado en el lacre.

Mujahid al Anqar observó desde lo alto cómo su padre descabalgaba con agilidad

en el centro del patio. A juzgar por las voces animadas y por las piezas que los monteros iban depositando en el suelo, la jornada de caza había sido excelente, pero decidió esperar en sus estancias a que culminara el viejo ritual que siempre seguía a una cacería como aquélla: el desollado, el reparto de las piezas, de las pieles y de los trofeos, la celebración y el relato a gritos de los lances… Tenía que acabar de madurar el plan que había trazado en su mente al leer el contenido del pergamino, y también la forma en que habría de planteárselo a su padre.

Releyó de nuevo un pliego, luego el otro, y tuvo una sensación de vértigo. Sin duda era lo que habían estado esperando durante años, y allí estaba, al fin. Ahora sólo quedaba conducir aquello de la mejor manera para los intereses de los tuchibíes… y para los suyos propios.

La puerta se abrió de golpe, sin que el esperado visitante, por supuesto, se molestara en anunciar su entrada.

–Me han dicho que me esperabas -dijo Abd al Rahman-. ¿Por qué no has bajado al patio?

–Lo que tengo que decirte no puede ser tratado delante de toda esa chusma.

–Deberías controlar tu rencor…

Mujahid esbozó una sonrisa irónica.

–Deberías pensar en los consejos que te permites dar…

Abd al Rahman hizo un gesto de hastío, y se dejó caer en uno de los divanes.

–Ah, me hago viejo… Pronto te librarás de esta carga -ironizó-. Y bien, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirme?

Mujahid tomó el rollo de la mesa y lo tendió hacia su padre.

–¿De Qurtuba?

–De Abd Allah.

Abd al Rahman lo extendió y comenzó a leer, pero hubo de entornar los ojos y alejar el pergamino, y terminó por devolvérselo a su hijo.

–Dime de qué se trata. Mi vista empieza a fallar, y la luz es escasa.

Mujahid cogió de nuevo el rollo, íntimamente satisfecho por tener la posibilidad de interpretar el contenido con sus propias palabras.

–Es una carta de Abd Allah en persona, no uno de esos escritos oficiales -empezó con expresión grave.

–Nos unió una estrecha amistad durante nuestra infancia en Qurtuba. Entonces, claro, él sólo era uno de los hijos del emir, uno de los hermanos del heredero, y sus posibilidades de llegar al trono eran remotas.

–Hace alusión a ello, y en atención a esa amistad te confía un asunto de la mayor gravedad.

–Empieza a intrigarme… ¿de qué se trata?

–Sabes que el padre de Ahmad ibn Al-Barra, el actual gobernador de Saraqusta

desde su venta hace cuatro años, ocupa en Qurtuba el cargo de *wazir* en el gobierno del emir.

–Así es, una familia privilegiada, los Al-Barra. Siempre han ocupado un alto lugar en la estima de los Umaya, desde el tiempo de Muhammad.

–Hasta ahora, padre.

Abd al Rahman compuso un gesto de extrañeza.

–¿Quieres decir que Al-Barra ha caído en desgracia?

–No es eso exactamente. Pero el ministro, tras una de esas zambras especialmente animadas que deben de alegrar de tanto en tanto las noches de la *jassa* cordobesa, dejó caer algunas insinuaciones que al parecer han preocupado sobremanera a nuestro soberano.

–¿Insinuaciones? ¿Sobre Abd Allah?

Mujahid negó con la cabeza.

–No, no… al parecer, se fue de la lengua en presencia de alguno de esos cortesanos que no tardan en correr con el chisme en busca del emir y sus favores. Insinuó que Ahmad, su hijo, pretende emular a los numerosos caudillos de Al Andalus que se han declarado en rebeldía.

–¡Declararse en rebeldía en Saraqusta! Pero ¿con qué apoyos? ¡Eso es una locura!

–En estos tiempos, nada es una locura, padre. Cualquiera que se levante contra la autoridad del emir cuenta con la seguridad de no ser represaliado, simplemente por la incapacidad de Qurtuba para hacerlo. ¿Apoyos? ¿Quién nos asegura que no los tenga? ¿Acaso dudas de que Muhammad ibn Lubb le haya ofrecido el suyo en caso de rebelión? A los Banu Qasi sólo les resta el control de Saraqusta, y Ahmad ibn al Barra sería un peón muy manejable en sus manos.

–Eso son sólo conjeturas, ¡no se atreverían! – opuso Abd al Rahman.

–Con el apoyo de los Banu Qasi o sin él, Al-Barra parece dispuesto a levantarse contra el emir. Y Abd Allah recurre a los únicos que permanecen fieles a Qurtuba en toda la Marca Superior, a nosotros, los tuchibíes.

–¿En esa carta nos está pidiendo que ataquemos a Al-Barra en Saraqusta?

–Quiere que sea depuesto cuanto antes, sin dar lugar a que se alce en armas.

–¿Y por qué no lo hace él mismo? ¿Por qué no lo cesa para nombrarme gobernador? Sabe de mi fidelidad, y Saraqusta es lo bastante importante para…

Abd al Rahman empezaba a darse cuenta de la trascendencia de aquel pergamino, y sólo el cansancio extremo lo mantenía sentado, aunque había erguido el cuerpo y sus músculos habían recuperado la tensión.

–Quizá podría hacerlo, de hecho es una posibilidad que Abd Allah ha tenido en cuenta, pero cree que el cese sólo conseguiría precipitar la revuelta.

–¿Y cuál es la alternativa?

–Abd Allah lo deja en nuestras manos.

–¿Pretende acaso que asaltemos las murallas de Saraqusta con nuestras propias fuerzas? Debe de estar desesperado para no poder responder de otra manera…

Esta vez, Abd al Rahman se puso en pie y comenzó a caminar en círculos por la habitación.

–Tranquilízate, padre. Mi reacción al leer el documento por primera vez esta mañana ha sido parecida. Pero he dispuesto de todo el día para reflexionar… y creo que hay una manera de conseguir lo que Abd Allah espera de nosotros.

–En ese caso, cuéntame lo que has pensado, porque yo sólo veo oscuros presagios en todo esto. Tú mismo has dicho que es reconocida nuestra lealtad al emir, y por tanto su debilidad nos debilita.

–También es de todos conocida la pésima relación que tú y yo mantenemos. Quizás esta vez pueda resultarnos útil.

Capítulo 83

Saraqusta

–*Sahib*, deberías acudir a la puerta occidental, el comandante de la guardia te envía recado sobre un recién llegado que dice ser el hijo de Abd al Rahman al Tuchibí. Se encuentra en un estado lamentable, con señales de látigo y cubierto de sangre y barro.

Ahmad ibn Al-Barra frunció el ceño, extrañado.

–Al Tuchibí tiene varios hijos…, ¿cuál de ellos?

–El tuerto, *sahib*.

–¿Al Anqar? No es posible. Debe de tratarse de un impostor, que además no está al corriente de los últimos sucesos. Según nuestras noticias, se encuentra encarcelado en Qala't Ayub, por orden de su propio padre.

–Eso es lo que ha contado, *sahib*: asegura haber escapado de prisión, e insiste en entrevistarse con el *'amil* y… es cierto que lleva un parche en el ojo derecho.

–Ensillad un caballo -ordenó-. ¿Han comprobado al menos lo que oculta ese parche?

–Lo han hecho, *sahib*. Y su ceguera no es fingida ni reciente.

El gobernador cubrió la distancia que lo separaba de la salida occidental de la *madinat* envuelto por completo en una gruesa capa bien forrada. De nuevo se había echado encima el invierno y, por más que lo intentaba, no conseguía adaptarse a aquel clima riguroso, a los días de niebla en los que no se veía el sol a menos que aquel viento helador barriera las calles hasta meterles el frío en los huesos. Las últimas lluvias habían dado paso al temido vendaval que ahora azotaba con fuerza su rostro enrojecido. Hizo trotar a los guardias que lo acompañaban y descabalgó rápidamente para meterse en el viejo barracón de madera adosado a la muralla que cobijaba a la guarnición, donde sabía que ardería un fuego confortador.

–Allah esté con vosotros -saludó al entrar, aunque permaneció serio.

La decena de hombres que se calentaban sobre las brasas se cuadraron torpemente ante el *'amil*, con gesto de sorpresa.

–¿Acaso no me esperabais? – preguntó con sorna.

–Señor -respondió el jefe de la guardia-, no os habría hecho llamar si no creyera que lo que dice ese hombre es cierto, y es importante.

–Llévame con él -ordenó Ahmad ibn Al-Barra.

El oficial tomó la lámpara que colgaba de una alcayata, prendió la mecha con un tizón y se dirigió a la puerta que se abría en el extremo de la sólida edificación de madera. Hubo de dejar el candil en el suelo para correr el pesado cerrojo con ambas

manos, empujó la puerta y lo recogió de nuevo. Agachó la cabeza para evitar golpearse con la viga que hacía las veces de dintel y alumbró el interior con la lámpara. El gobernador lo siguió y arrugó el gesto al percibir el olor acre de la estancia cerrada, cuya única luz se filtraba a través de las grietas que se abrían entre las vigas de madera.

El hombre que la ocupaba se había incorporado y miraba deslumbrado hacia ellos.

–¡Ponte en pie! – ordenó el oficial.

Mujahid obedeció, con su único ojo todavía entornado y con una mueca de auténtico dolor.

–¿Ahmad Al-Barra? – se atrevió a preguntar.

–¿Quién eres tú?

–Mi nombre es Mujahid ibn Abd al Rahman, de los Banu Tuchib. He llegado hasta aquí huyendo de mi padre, y pido tu protección.

–¿Cómo sé que dices la verdad?

–¿Por qué habría de mentirte? Mi padre me tenía encarcelado en Qala't Ayub, y en aquella mazmorra seguiría si un buen amigo, dispuesto a acabar con el maltrato que estaba sufriendo, no me hubiera abierto la puerta durante la noche. El parche que me cubre el ojo te dará una pista sobre mi identidad: también a mi padre debo la ceguera por la que se me conoce. Muchos en Saraqusta podrán dar fe de ello, no soy hombre que pase fácilmente desapercibido.

–¿Y qué habría de ganar ofreciéndote cobijo? ¿La enemistad con Abd al Rahman al Tuchibí?

–Puedes ganar más de lo que crees. Gran parte de las guarniciones de Qala't Ayub y de Daruqa desaprueban los métodos de mi padre. Sin desearlo, me he convertido en una alternativa frente a esa forma de gobernar despótica, y sé que mi sufrimiento ha servido para ganarme las simpatías de nuestros oficiales. El buen amigo del que te hablo, que lo ha arriesgado todo por liberarme, me ha hecho llegar la disposición de muchos de ellos a secundar mis acciones si decido emprenderlas.

Ahmad miró fijamente a aquel hombre durante unos instantes antes de responder, y cuando lo hizo fue breve:

–Haré que te trasladen a mi residencia para curarte las heridas. Después podremos hablar.

Luego le dio la espalda y agachó la cabeza para salir.

–¡Ahmad! – llamó Mujahid antes de que lo hiciera-. Cuenta con mi agradecimiento por esto.

El gobernador asintió casi imperceptiblemente y aún murmuró algo antes de cruzar la puerta:

–¿Qué clase de padre puede azotar a un hijo hasta cegarlo?

Ahmad estaba exultante. Durante la oración del viernes en la mezquita aljama de la ciudad, en la que disfrutaba de un protagonismo especial, no dejó de pensar que era un hombre afortunado. Contemplaba las esbeltas pero desiguales columnas de mármol que sostenían la techumbre, probablemente procedentes de los viejos templos que habían salpicado la ciudad romana, y no pudo evitar compararla con la bellísima mezquita de su ciudad natal, a la que tanto se asemejaba. Sin duda el Todopoderoso, a quien en aquel momento dirigía sus invocaciones, estaba satisfecho con él y bendecía sus planes, pues no cabía otra explicación a las facilidades que en las últimas semanas había encontrado para poder llevarlos a cabo.

La llegada de Al Anqar había sido un punto de inflexión en su estrategia. Era cierto que llevaba tiempo barajando la posibilidad de volverse contra la autoridad de Qurtuba que lo había colocado en el lugar en el que estaba, pero siempre había un freno que le impedía dar el paso. Aún albergaba dudas sobre la fidelidad de sus más altos oficiales, pero sobre todo temía la reacción de Abd al Rahman al Tuchibí, que siempre se había caracterizado por una lealtad a Qurtuba más propia de un perro faldero que del cabecilla de uno de los linajes árabes más antiguos, pues había llegado a Al Andalus casi dos siglos atrás. Sin embargo, en los últimos días ese recelo se había desvanecido.

Al Anqar se había revelado como un hombre resuelto, que no había vacilado en exponer con claridad su situación. Únicamente pedía que se permitiera la entrada en Saraqusta de otros tuchibíes que, hartos de la tiranía de su padre, precisaban de un lugar donde organizarse antes de emprender otras acciones, probablemente bajo su misma autoridad. Ahmad había aceptado gustoso su propuesta, ya que ésta no sólo debilitaba a su posible contrincante, sino que fortalecía sus propias huestes. A punto había estado, incluso, de revelar a Al Anqar sus planes secretos de rebelión, pero la prudencia le aconsejó aguardar un tiempo antes de hacerlo.

Pocos días después de la llegada de Al Anqar, habían comenzado a aparecer al pie de las murallas hombres a caballo, bien pertrechados, procedentes de Daruqa y Qala't Ayub. Primero llegaron en parejas, solos incluso, pero en los últimos días los grupos estaban compuestos por decenas de jinetes, de modo que los disidentes que se alojaban puertas adentro, en la ciudad, ya ascendían al centenar. Y seguían llegando. Aquello era más de lo que podía esperar, y de ahí su regocijo. Los planes que tanto tiempo llevaba trazando quizá se realizaran en un plazo más breve de lo que pensaba.

Miró a su diestra y contempló a Al Anqar. Su perfil izquierdo era el de un hombre aún joven y apuesto, que habría atraído a cualquier mujer de no ser por el parche que le afeaba la parte derecha del rostro. ¡Cómo debía de odiar al autor de semejante desgracia! Ahmar sintió una repentina oleada de simpatía y camaradería hacia aquel hombre que había irrumpido en su vida y que había proporcionado un nuevo impulso a sus aspiraciones. Tal vez esa misma noche, durante la fiesta a la que había invitado

a los más allegados, se sincerase con él, y quién sabía si aquello supondría el inicio de una colaboración que los condujera a ambos a cumplir sus ambiciones.

–¡Come y bebe, Mujahid! – exclamó Ahmad al tiempo que alzaba su copa-. Tu padre no está para reconvenirte, y aquí la autoridad soy yo… Esa es la ventaja de estar a veinte días de viaje de Qurtuba.

Mujahid levantó la copa y se la acercó a los labios sonriendo.

–¡Bebe, hombre, bebe! Estás entre amigos -rio Ahmad.

–No he dejado de hacerlo desde el inicio del banquete -respondió Mujahid con aire risueño.

–Me he ocupado de no invitar a hombres de religión -musitó su anfitrión bajando la voz-. Ni a nadie que se caracterice por su intransigencia. Hoy todos somos buenos amigos, dispuestos a pasar una noche inolvidable.

Ahmad pronunció las últimas palabras mientras alzaba la barbilla hacia un grupo de bailarinas que en ese momento, al ritmo de la música, hacían su entrada para colocarse en el centro del amplio salón, rodeadas por las mesas bajas y los divanes en los que se recostaban el medio centenar de invitados. El *'amil* comenzó a chocar las palmas al ritmo de los instrumentos, sin quitar sus ojos embelesados de los vaporosos vestidos de seda que se agitaban ante él con movimientos sensuales bien aprendidos. A continuación, los músicos abandonaron los sonidos alegres y rítmicos con los que las muchachas habían aparecido, y entonaron una música mucho más calmada y sensual, que fue recibida con silbidos y voces de admiración. Ahmad alzó las cejas y dirigió a Mujahid un gesto inconfundible y obsceno, antes de estallar en carcajadas.

Durante largo rato, las muchachas evolucionaron haciendo las delicias de los asistentes, hasta que la música cesó con una especie de éxtasis final y quedaron tendidas en posiciones inverosímiles, con los vientres sacudidos por los jadeos. Entonces dos de ellas rodearon la mesa, una por cada lado, y se acercaron sin dejar de contonearse hasta el lugar que ocupaba Ahmad, que las jaleaba sin descanso. Eran de una belleza deslumbrante, y el gobernador se reclinó para pasar las manos por detrás de ambas con la intención de atraerlas hacia sí y, al poner sus manos sobre la parte baja de su espalda, algo parecido a una ovación surgió de las gargantas de todos los demás invitados. Visiblemente excitado, Ahmad se puso en pie y rodeó a las bailarinas por la cintura.

–Creo que el tiempo del baile ha terminado -dijo a Mujahid, riendo-. Ahora seguiremos la fiesta en privado. – Entonces retiró la mano derecha de la nalga que estaba acariciando, volvió la cabeza y señaló con el dedo a otras dos muchachas-. ¡Vosotras dos! ¡Haced los honores a nuestro joven en invitado!

Las dos corrieron entre risillas hacia Mujahid, que seguía recostado sobre el diván. Se colocaron junto a él y le tiraron de los brazos para que se levantara.

–Aprovecha la ocasión, amigo -añadió el anfitrión con complicidad-. Te aseguro

que esta noche no van a reparar en el parche que cubre tu ojo.

Luego se liberó del abrazo y regresó a la mesa para recuperar la copa, que acercó a los labios de una de sus acompañantes. La otra se la quitó de las manos, bebió de ella y después, con gesto lascivo, se la ofreció a Ahmad de nuevo.

Entre risas, los seis atravesaron la galería que comunicaba con los aposentos privados del gobernador. A su entrada, dos guardias armados saludaron marcialmente, luego la puerta se cerró tras ellos. Avanzaron por un amplio corredor hasta llegar a una estancia acogedora y amueblada con sencillez en la que destacaban un confortable lecho, un aguamanil de taracea y un suelo cubierto por completo con alfombras de tonos rojizos, como las cortinas y los tapices que decoraban las paredes.

–Es la mejor estancia del palacio, Mujahid -dijo Ahmad visiblemente ebrio-. Te la cedo, sólo espero que sepas darle buen uso…

Culminó la frase con una carcajada fuera de lugar. En ese momento, las dos muchachas que rodeaban a Mujahid tiraron de él hacia el pie de la cama. Una de ellas, de piel clara y cabello rubio, alzó la mano hacia su rostro y le acarició los pómulos con el dorso de los dedos. A continuación se alzó de puntillas y posó sus labios sobre los de él, mientras con destreza comenzaba a soltar los botones de su túnica. Mujahid sintió a s u espalda el roce de los senos de la segunda muchacha, que le retiró el cinto que soportaba el peso de la espada y dejó que la túnica cayera al suelo. Luego ella misma se despojó de su ligero atuendo de seda azulada.

–¡Bien, bien! Es hora de dejarlos solos. Estaré en la habitación contigua… ¡No dudes en acudir s i no tienes suficiente! – rio Ahmad.

Mujahid se limitó a hacer un gesto de asentimiento antes de que el anfitrión desapareciera de la vista. El corazón seguía latiéndole desbocado, pero nada tenían que los insinuantes movimientos de las bailarinas, a las que apenas había prestado atención. Su mente estaba concentrada en lo que habría de suceder después, y tan sólo el hecho de aparentar una normalidad que estaba lejos de sentir se había convertido en un esfuerzo agotador.

–¿Cómo os llamáis? – preguntó entonces con voz suave.

–Me llamo Afrah -respondió la de piel más clara-. Y ella, Habiba.

–¿Son vuestros verdaderos nombres?

–Lo son para ti -respondió avispada la segunda.

Afrah se afanaba ya en aflojarle la cintura de los calzones cuando reparó en la empuñadura de la daga que sobresalía por el borde. Antes de que llegara a tocarla, la mano de Mujahid sujetó la suya.

–Nunca me separo de ella -susurró a su oído-. Ni siquiera en momentos como éste.

Llevó la mano de la muchacha a su vientre, y ella continuó desde allí con sus caricias.

La mente de Mujahid funcionaba sin tregua. Sólo necesitaba algo más de tiempo, y la mejor manera de ganarlo sin despertar sospechas era atender al deseo imperioso que las dos muchachas habían despertado. Mientras Afrah se agachaba ante él, sus manos se dirigieron a los senos de Habiba, y sus labios se unieron a los de ella. Cerró los ojos ante la marea de sensaciones, y se dejó llevar, pero sus oídos seguían atentos a los sonidos procedentes de la habitación contigua.

Habiba, al fin, tiró de él desde el lecho, pero Mujahid desasió su mano.

–Excusadme -dijo con tono de disculpa-. Antes debo aliviarme. No os mováis de aquí…

Ignoró el gesto de sorpresa de las dos muchachas, salió a la galería y comprobó la ausencia de guardias, que con toda seguridad aguardaban al otro lado del acceso a las dependencias privadas. Aguzó el oído junto a la puerta de la otra estancia, y únicamente escuchó los gemidos de sus tres ocupantes. Asió la daga por la empuñadura, la extrajo con cuidado y con ella firmemente sujeta esperó. Debía hacerse una idea de la situación antes de entrar en la habitación, y se arriesgó a asomar la cabeza con precaución. Sin embargo, todo cuidado resultó innecesario porque Ahmad yacía boca arriba, y las dos concubinas lo cubrían mientras se empleaban sobre él, dando la espalda a la puerta.

En un instante, se hizo cargo de la situación. Las luces, muy tenues, procedían de lamparillas situadas en la cabecera y a los lados de la habitación, por lo que no había riesgo de que una sombra inoportuna delatara su presencia. Tampoco debía temer por el ruido de sus pies descalzos sobre aquel suelo cubierto de alfombras, así que se aventuró hacia el centro de la habitación. Ahora eran sólo las muchachas las que dejaban escapar sus gemidos: una de ellas se encontraba sobre el vientre de Ahmad, y la otra, también de espaldas, ocultaba la cabeza de éste, que se limitaba a emitir sordos gruñidos.

Mujahid llegó al pie del lecho cuando el ritmo del movimiento aumentaba hasta hacerse paroxístico, justo antes de que Ahmad comenzara a proferir un prolongado gemido. Entonces, avanzó con rapidez, alzó el brazo y descargó la puñalada mortal sobre el lado izquierdo del pecho del gobernador. Retiró el arma inmediatamente y, con un fuerte empujón, lanzó al suelo a la concubina que no dejaba ver el rostro de Ahmad. Sus ojos se encontraban ya dilatados por la sorpresa y el dolor cuando quedaron frente a frente. Los gemidos se habían convertido en un estertor agónico cuando el filo de la daga brilló una vez más antes de seccionarle el cuello. Por un instante, el infortunado tuvo conciencia de la muerte, y una expresión de horror quedó dibujada en su rostro cuando, entre convulsiones, dejó de respirar.

–Pocos hombres han tenido la dicha de padecer una muerte tan dulce, mi apreciado Ahmad.

La segunda concubina se había arrojado sobre las alfombras dando alaridos de

terror y ahora se abrazaba al cuerpo desnudo de su compañera en uno de los rincones de la estancia, presas ambas de un temblor incontrolable. Mujahid se dirigió sereno al aguamanil, vertió agua de la jarra y aclaró con cuidado el filo de su daga antes de guardársela en la funda. Luego se limpió minuciosamente los restos de sangre de las manos, y se las secó con el paño de lino que colgaba de un costado.

–Sí, en cierto modo me lavo las manos ante lo que acabáis de ver -dijo plantado frente a las atemorizadas muchachas-. No hago sino cumplir las órdenes de nuestro emir, a quien Allah proteja.

Mujahid escuchó los sonidos de lucha en el exterior con gesto inexpresivo. Sabía que los gritos de las concubinas habían sido la señal que esperaban sus hombres para reducir a la guardia. Todos ellos, casi dos centenares, se hallaban preparados para lo que había de suceder aquella noche, y cada uno conocía perfectamente la tarea que se le había asignado. Si todo salía bien, y nada parecía indicar lo contrario, en poco tiempo se confirmaría la identidad del nuevo gobernador. En caso contrario, también tardaría poco en enterarse.

–Tranquilizaos, no tengo nada contra vosotras, nada os va a suceder. Podéis cubriros -dijo con voz queda a las aterrorizadas muchachas, al tiempo que les lanzaba el único lienzo de cama que había quedado en el suelo y que no estaba ensangrentado.

Con calma, se dirigió al aposento que había ocupado anteriormente.

–¿Afrah? ¿Habiba? – llamó.

Una voz suave atrajo su atención hacia una recámara cerrada con un cortinaje en la que antes no había reparado. Retiró la tela y dejó entrar la luz. Las dos muchachas se estremecían del mismo modo que sus compañeras de la habitación contigua, aun sin saber lo que había sucedido en realidad.

–No os mováis de aquí hasta que yo os lo ordene… ¿entendido?

No esperó a recibir respuesta y, con paso lento, desnudo todavía salvo por el calzón, se dirigió a la salida de los aposentos, abrió la puerta y asomó la cabeza al exterior. Delante de él y con un gesto ya de cierta impaciencia, esperaba uno de los suyos.

–Todo ha sucedido según lo previsto, *sahib* -se apresuró a decir el soldado.

–También aquí-respondió Mujahid de forma escueta-. Supongo que tardaremos algo más en tener noticias del resto de la ciudad. En cuanto haya novedades, comunícamelas.

Sin más comentarios, cerró de nuevo la puerta y regresó a la alcoba. Encontró a las dos concubinas sentadas de nuevo en el lecho, visiblemente asustadas, hasta el punto de que sus manos, entrelazadas en busca de protección, seguían temblando ostensiblemente. Mujahid esbozó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, se acercó a ellas y se hizo un hueco entre ambas. Sus manos se posaron sobre los muslos

de las muchachas, estiró los brazos y alcanzó sus rodillas, para regresar de nuevo hasta la proximidad de las ingles. Durante unos instantes, repitió las caricias, pensativo, hasta que, como impulsado por un resorte, se puso en pie, se despojó del calzón y completamente desnudo se tendió sobre el lecho. Las dos concubinas atendieron a su llamada y se acercaron lo suficiente para que él pudiera acariciar sus pechos mientras hablaba con voz sugerente.

–No debéis temer nada de mí. Tan sólo terminemos lo que habíamos comenzado. Después de todo, esta noche no os corresponde complacer a un simple invitado, sino al propio gobernador de Saraqusta.

Capítulo 84

Saraqusta cayó sin resistencia. Los hombres de Al Anqar habían asaltado las unidades de guardia que se acantonaban junto a las cuatro entradas de la ciudad, los oficiales habían sido reducidos al finalizar el banquete, algunos tan ebrios como su gobernador, y el resto de la guarnición de Saraqusta, ya descabezada y al tanto de la muerte de Ahmad ibn Al-Barra, no había tardado en deponer las armas ante el peso de los hechos consumados. Mujahid, ebrio de poder, había convocado una asamblea de notables a primera hora de la mañana, y allí se encontraban todos ahora, circunspectos, temerosos, a la espera de conocer los planes de aquel usurpador lisiado.

Mujahid se presentó en el gran salón del palacio del gobernador con la seguridad de saberse en posesión del título que le otorgaba legitimidad. Lo llevaba en las manos. No le importó descubrir desconfianza y desprecio en aquellos rostros, que ahora lo escrutaban con más atención que nunca, porque sabía que, antes de que terminase aquel encuentro, aquellos sentimientos se habrían transformado en lealtad servil e interesada.

–Desde hoy soy el nuevo gobernador de Saraqusta -empezó a bocajarro, y después calló para observar la reacción de todos aquellos representantes de la alta sociedad saraqustí.

La mayor parte de los presentes bajó la vista al suelo.

–¿Nadie tiene nada que decir? – preguntó mientras recorría la sala con la mirada-. ¿Nada que oponer?

Esta vez hubo movimientos y carraspeos producidos por la incomodidad de la situación.

–Mujahid…

El que hablaba era un hombre orondo, cuya barba no conseguía ocultar una papada que parecía querer descansar plácidamente sobre el pecho.

–Mujahid -repitió-. Yo hablaré por todos, ya soy un hombre viejo, y poco tengo que perder. He trabajado toda mi vida en esta ciudad como fabricante de paños, y lo he hecho con multitud de gobernadores, así que cuento con la experiencia suficiente para decirte algo: siempre que un nuevo *wali* ha depuesto al que había sido nombrado por Qurtuba, hemos acabado sufriendo la ira del emir. Y somos nosotros, los habitantes de la *madinat*, quienes soportamos las consecuencias: la ciudad se ve aislada, las cosechas arrasadas, la economía arruinada. También para mi negocio es funesto, pues los ganados desaparecen y me veo obligado a importar la lana al precio que la usura marca. Cada vez que eso sucede, tardamos años en recuperarnos, hasta la siguiente asonada. ¿Qué sucederá ahora si los notables aquí reunidos te damos nuestro apoyo? Te lo diré: que la ira de Abd Allah caerá de nuevo sobre nosotros. Has

matado al gobernador nombrado por Qurtuba, y ésa es una afrenta que habremos de pagar…

–¿Y cuál crees que es la alternativa? – preguntó Mujahid de forma pretendidamente casual-. ¿Entregarme cargado de cadenas a un representante de Abd Allah?

El comerciante boqueó desconcertado.

–No te preocupes, anciano. No es necesario que contestes. Será mejor que hagáis circular estos dos rollos entre vosotros y luego me trasladéis vuestras impresiones.

Avanzó unos pasos, entregó los pergaminos a quienes tenía más cerca y se retiró para tomar asiento en un escabel, a la espera de que todos se pusieran al tanto del contenido de los mensajes. Poco a poco, las expresiones fueron cambiando, y los gestos de escepticismo pasaron a ser de asentimiento mientras se interpelaban unos a otros. Al final, en la zona más alejada de la sala, acabó por formarse un conciliábulo que Mujahid observó con expresión divertida.

–Esto cambia radicalmente las cosas -concedió al fin el mercader, convertido en portavoz improvisado-. No hay duda de que éste es el sello del emir, y por tanto desde hoy eres para todos nosotros el nuevo *wali*. Tienes al pueblo de Saraqusta a tu disposición. Que Allah el Todopoderoso te guíe en tu labor.

Mujahid dio gracias al cielo por haberle inspirado la manera de conservar aquellos documentos, pues a la postre se habían convertido en su salvoconducto hacia el valiato. Al llegar a Saraqusta procedente de Qala't Ayub, sucio, herido y ensangrentado por el látigo que había soportado para dar credibilidad a su historia, portaba los dos documentos bien protegidos en una caja cilíndrica de cuero. Desde luego, no podía acercarse a las murallas con ella encima, porque su contenido habría revelado sus intenciones, así que dedicó casi toda la mañana a buscar un lugar donde esconderla hasta que le fuera necesaria. Lo encontró en el tronco hueco de un viejo almendro horadado por algún tipo de gusano. Con asco, sacó las grandes larvas que se estaban alimentando de la madera y depositó el cartucho allí. A continuación rellenó el orificio de tierra, e igualó el exterior con una gruesa capa de barro de color muy similar al del tronco. Regresó a por él la misma mañana del viernes en el que había de celebrarse la fiesta y, esta vez sí, entró en la ciudad sin el menor contratiempo.

Tres días más tarde recibió el aviso. Como esperaba, su padre no tardaría en llegar y ni siquiera la gruesa capa de nieve que cubría la tierra parecía constituir un impedimento. En cuanto el jinete entregó el mensaje en el que Abd Allah se anunciaba, Mujahid dio las órdenes pertinentes y se dispuso a acudir a la Bab al Tulaytula, la misma puerta que él había atravesado tan sólo unos días antes. Cuando entró en el barracón donde había sido retenido a su llegada a la ciudad, los miembros de la guardia se sobresaltaron, y sólo comenzaron a tranquilizarse tras comprobar que

su intención no era otra que esperar al abrigo de la intemperie. Seguramente aquellos hombres temían las represalias por el trato que le habían dispensado, pero lo que menos necesitaba Mujahid en aquel momento era gente resentida dentro de sus propias filas. Tuvieron tiempo de conversar sobre los problemas de la vida en la milicia, e incluso de plantear sus demandas, y cuando se informó de que la comitiva de Abd al Rahman estaba a la vista, Mujahid se había granjeado la amistad de un grupo más de oficiales y soldados.

Se apresuró a ascender la escalinata de piedra de la muralla y se dirigió al lugar donde el camino de ronda salvaba la puerta de acceso a la ciudad, entre los dos torreones semicirculares adosados al muro a modo de barbacana. Cuando la comitiva se acercó, una indicación suya bastó para que cuatro soldados empujaran las dos enormes hojas de madera y hierro del portalón, lo encajaran en el centro y lo aseguraran con tres pesados cerrojos cilíndricos situados a diferentes alturas.

Abd al Rahman avanzaba ya a través de la explanada de la *musara*, cuando la atención de Mujahid se vio atraída por el suntuoso atuendo de su padre, más propio de un príncipe que de un simple gobernador de provincias, y que lucía sin mayor abrigo a pesar del frío intenso. Sin duda había dado orden de confeccionarlo durante su ausencia, con la intención de impresionar a los que habían de ser sus nuevos súbditos. A medida que se acercaba, Mujahid distinguió los rasgos familiares de su padre, que fueron demudando en una mueca de perplejidad. Ni siquiera cuando la comitiva se situó inmediatamente debajo de la barbacana tomó Mujahid la palabra. Lo hizo su padre, cuya voz dejaba traslucir un nerviosismo poco habitual en él, aunque tratara de ocultarlo bajo un tono cordial y pretendidamente contemporizador.

–¿Es que no vas a dar la bienvenida a este viejo? – dijo-. Llevo horas soñando con un buen fuego.

Mujahid continuó en silencio por un instante, inexpresivo, y la inquietud de los jinetes empezó a contagiarse a las cabalgaduras, que caracolearon y piafaron excitadas lanzando nubes de vapor por los ollares.

–¡No eres bienvenido en esta ciudad! – gritó entonces Mujahid para que todos le oyeran-. Toma a los hombres que todavía te obedecen y regresa a Qala't Ayub, de donde no debiste salir.

Esta vez sí, Abd al Rahman se había quedado boquiabierto, y durante un tiempo se vio incapaz de articular una sola palabra.

–¿Qué broma es ésta, Mujahid? – acertó a decir al fin.

–¿Broma, dices? Nunca he hablado tan en serio ni con palabras tan largamente meditadas. El tiempo de bajar la cabeza ante tu tiranía y tu violencia ha terminado. Regresa por donde has venido o… -Mujahid dejó la frase en el aire con un gesto de rabia.

–Estás cerrando la puerta de la ciudad al legítimo gobernador. No me obligues a

recurrir al emir: las consecuencias podrían ser funestas para ti, y no te deseo ningún mal. Reconsidera tu postura y tomaré esto como una burla sin consecuencias…

Aunque amarga, Mujahid no pudo contener una carcajada.

Alargó el brazo hacia uno de sus acompañantes, que le tendió los dos rollos de pergamino que portaba.

–Este es mi nombramiento como *wali* de Saraqusta. No puedes verlo desde donde estás, pero lleva estampada la firma del propio emir. Los notables de la ciudad que me han reconocido como su nuevo gobernador sí que han podido leerlo.

–¿Has osado ocultar algo así a tu propio padre? No es posible que el emir te haya nombrado a ti, ¡yo soy el patriarca del clan de los tuchibíes! – gritó a la vez que tiraba de las riendas para contener a su montura-. ¡Has estado conspirando a mis espaldas!

–Por una vez no soy yo quien expone la espalda. Olvidas que la amistad entre el príncipe y yo viene de lejos, desde la época de Qurtuba. Sabes que me crie en los jardines de palacio, compartiendo juegos con Muhammad, el primogénito del emir. Ya entonces supo Abd Allah del modo que tenías de educar a tus hijos, y al parecer he gozado de su simpatía desde esos años. No trates de pedirle ayuda, sólo conseguirías precipitar tu final. Muhammad fue nombrado príncipe heredero, y ahora yo soy elevado al cargo de gobernador. Vuelve a Qala't Ayub y deja las cosas como están.

–¡Traicionas a tu propia sangre! – aulló el anciano.

–Deberías estar contento. Al fin y al cabo es un tuchibí quien ostenta el poder en la Marca. Creía que era eso a lo que aspirabas -dijo Mujahid sin disimular el tono irónico de sus palabras.

Abd al Rahman lanzó una última mirada de odio hacia lo alto de la muralla, después volvió la grupa. Toda su comitiva le imitó, y el gobernador, insensible al frío, permaneció sobre el adarve hasta que el grupo dejó de ser visible entre la bruma que se alzaba desde el río.

Capítulo 85

Año 890, 276 de la hégira
Madinat Tutila

Lubb contemplaba atónito la reacción de su padre. Rojo de ira, incapaz de articular palabra, había canalizado su rabia barriendo de un manotazo cuanto había sobre la mesa de la sala principal de la alcazaba. Junto a media docena de pergaminos, un tintero se había estrellado contra el suelo, y ahora su contenido dibujaba caprichosas formas sobre las losas de piedra. Muhammad avanzó hacia la puerta, se detuvo ante el acobardado mensajero recién llegado y lo miró fijamente. Durante un instante, pareció que fuera a descargar su ira sobre él, pero luego continuó hacia la salida. Pateó una tina de agua, que se hizo añicos, abrió la puerta estampándola contra la pared y se perdió en la galería que conducía a la escalinata.

Lubb no lo había visto tan fuera de sí en sus veinte años de vida, pero había de reconocer que tenía motivos fundados para alterarse ante la inesperada noticia que acababa de llegar desde Saraqusta. Con un simple gesto, indicó a Mijail que iba en busca de su padre, y dejó a los dos hombres en la estancia, que ahora parecía el escenario de una batalla. Descendió a la planta inferior y salió al patio de armas tras recibir el saludo de los guardias que custodiaban la entrada. Atravesó el enlosado cubierto de escarcha y subió por la empinada escalinata que conducía a lo alto del muro donde su padre se había refugiado. Lo encontró inclinado contra el murete almenado, con los brazos completamente extendidos, como si tratara de empujarlo para lanzarlo al vacío. Los jirones de niebla que surgían del río en aquella fría mañana invernal parecían absorber toda su atención.

Se acercó a él, pero Muhammad no dio señales de notar su presencia. Su gesto era hosco, y su respiración, todavía agitada. Tampoco él dijo nada, y se limitó a ocupar uno de los asientos del castillete que protegía aquella zona del adarve, donde la muralla trazaba un ángulo. Observó a su padre, cuyo rostro se veía ahora recortado contra el sol, que pugnaba por alzarse desde el oriente. A pesar de sus cuarenta y cinco años, conservaba la fortaleza física que lo había caracterizado en su juventud, quizá por el constante entrenamiento militar al que se sometía con sus oficiales, amén de las continuas partidas de caza, que constituían su principal afición. El mentón fuerte, con la barba bien cuidada, los labios rectos, la nariz prominente y una frente amplia se destacaban entre los marcados rasgos que distinguían a los varones de la familia. A estas alturas, Lubb no tenía duda de que aquel aspecto, la dureza de las facciones, la severa expresión que ahora mostraba, junto a una constitución que pocos hombres poseían, intimidaba no sólo a los enemigos, sino también a cuantos luchaban

bajo su mando. Siempre, desde niño, había admirado la facilidad con que su padre imponía su autoridad, y ahora era consciente de que aquello era posible gracias a esa apariencia física, unida a su fuerte personalidad.

–A tu bisabuelo Musa le gustaba contemplar la ciudad desde el mismo lugar donde tú estás sentado -dijo Muhammad sin volver la cabeza-. Él mandó construir ese castillete para protegerse de la intemperie.

Lubb se repuso del sobresalto que le habían producido las inesperadas palabras de su padre antes de responder.

–¿Lo conociste?

Muhammad asintió, más calmado.

–Yo tenía diez años cuando partimos desde aquí hacia Tulaytula. Mi padre se distinguió en la batalla de Uadi Salit, donde derrotaron al rey Urdún, y por ello fue premiado con el gobierno de aquella ciudad. Allí se separaron nuestros pasos: yo permanecí en Tulaytula junto a mi padre, y poco después nos trasladamos a Yilliqiya. Jamás volví a ver a mi abuelo, que murió seis años después.

–¿Lo recuerdas?

–Claro que sí, sobre todo en la *almúnya*, junto al Uadi Qalash. Era el otro lugar por el que sentía predilección, aunque me temo que disfrutaba más de él en soledad, o junto a mi abuela Assona, y no con sus nietos correteando y provocando alboroto a su alrededor. Allí se retiraba cuando lo acuciaban los problemas…

–También tú lo has hecho en alguna ocasión…

–Y ésta va a ser la siguiente. Necesito reflexionar, aún no soy capaz de pensar con claridad.

–Sólo tenemos las noticias que ha traído el mensajero, todavía no sabemos qué se propone Al Anqar.

–No es necesario tener dotes de adivino… Los tuchibíes siempre han sentido un odio visceral hacia nosotros, y por eso el emir los eligió para controlar nuestra posible expansión. Son árabes de noble cuna, y nos desprecian por ser descendientes de hispanos. Creen tener derecho al gobierno de Al Andalus, y no comprenden cómo una familia de muladíes puede ostentar el más mínimo poder, ni siquiera en tierras de frontera. Por eso Al Anqar se ha tomado la justicia por su mano, por eso se ha enfrentado a Abd Allah asesinando al mismísimo gobernador de la Marca.

–Quizás ahora necesite recurrir a nuestra ayuda para enfrentarse al emir… -dijo Lubb sin convicción.

Muhammad se incorporó y avanzó unos pasos por el adarve hacia su hijo.

–Explícame por qué ni tú mismo te crees lo que acabas de decir…

Lubb enrojeció ligeramente.

–Porque el emir no puede enviar fuerzas a la Marca para restablecer su autoridad -aventuró.

–Eso es seguro. Desde que comenzaron las revueltas en Al Andalus, no se han producido aceifas hacia la frontera. Pero, incluso aunque Al Anqar sea consciente de eso, me extraña que se haya rebelado contra la mano que siempre les ha dado de comer. Debe de haber algo más, algo que se me escapa… En cualquier caso, estamos en la peor de las situaciones posibles, con Saraqusta en poder de nuestros enemigos más enconados.

Muhammad se volvió de nuevo hacia el río, presa de un desagradable escalofrío. Contempló el brillo del cauce, la corriente suave, y pensó que pocos días más tarde esas mismas aguas habrían de acariciar las murallas de Saraqusta, en poder de Al Anqar.

–¿Qué vamos a hacer, padre?

Muhammad no contestó enseguida. Se acarició la barba y maduró su respuesta mientras movía la cabeza de un lado a otro como si se negara algo a sí mismo.

–Con la guarnición de Saraqusta en su poder… poco podemos hacer. Un ataque frontal resulta impensable, yo mismo he defendido esas murallas en más de una ocasión contra el ejército de Al Mundhir, y sé que son inexpugnables. Sin embargo, nuestro compromiso de respetar el gobierno qurtubí de la ciudad ya no tiene vigencia: el gobernador ha sido asesinado, el emir con el que firmé el tratado está muerto, y también su sucesor. Al Anqar es un usurpador, y tenemos las manos libres para combatir su autoridad ilegítima.

–¿De qué manera, padre? Tú mismo acabas de decir que las murallas de Saraqusta son inexpugnables.

–Reuniremos un contingente numeroso, Lubb. Y pondremos cerco a Saraqusta, la rodearemos por completo. Nada entrará ni saldrá de la ciudad sin nuestro consentimiento. Si hace falta, construiré una muralla a su alrededor. He de dedicar todos mis recursos y todo mi esfuerzo a que Al Anqar salga de allí como un ratón sale de su ratonera.

El tono de Muhammad se había ido encendiendo a medida que hablaba. Con un ademán, pidió a Lubb que se le acercara, y lo tomó por los hombros antes de continuar, mientras ambos admiraban la ciudad a sus pies.

–Delante de ti, hijo mío -dijo con una solemnidad que revelaba su firme determinación-, juro que no cejaré en mi empeño hasta ver Saraqusta de nuevo en nuestras manos. Juro que sólo el éxito o la muerte culminarán mi propósito.

Muhammad cerró los ojos, y sintió cómo el tibio sol invernal se le filtraba a través de los párpados hasta teñir de rojo su campo de visión. Un nudo en la garganta le impedía seguir hablando, y por eso agradeció que su hijo no respondiera con una pregunta. Sin embargo, sus palabras consiguieron que las lágrimas de rabia que había estado conteniendo resbalaran por su mejilla:

–Cuenta con mi ayuda, padre.

Capítulo 86

Qurtuba

–Si no fuera porque los días se hacen cortos para atender las obligaciones del gobierno, adoptaría esto como una costumbre -dijo el emir con tono afable-. Aun así puede que lo haga. Es evidente que el ambiente del *hammam* invita a la conversación relajada, y los corazones parecen más dispuestos a abrirse que en los salones del palacio, entre secretarios, chambelanes y ese odioso protocolo.

Abd Allah yacía reclinado sobre la piscina de agua templada, en una de las salas centrales de los magníficos baños del palacio del emir. Con los brazos extendidos sobre el borde y la cabeza apoyada en un mullido cojín de seda, disfrutaba del masaje que con extrema delicadeza le practicaba una de las esclavas sobre el rostro redondo y sonrosado. Compartía el baño con sus hijos Mutarrif y Muhammad, el primogénito, y no era casualidad, como había intentado aparentar, que entre todos sus hijos varones sólo ellos hubieran coincidido junto a él. La rivalidad establecida entre sus vástagos, que en ocasiones incluso él mismo había estimulado, alcanzaba en este caso proporciones preocupantes, y los continuos episodios y enfrentamientos entre ambos habían llegado a amenazar la convivencia en la corte. Sin duda se habían acentuado desde el nombramiento de Muhammad como heredero, y era su deber como padre y como soberano tratar de reconducir la situación.

Sin embargo, precisamente había sido desde su ascenso al trono y el posterior nombramiento de su heredero cuando menos tiempo había podido dedicar a los asuntos domésticos. El resto de sus hijos tenían a sus respectivas madres, que se encargaban de vigilarlos y les reconvenían, y, si lo consideraban preciso, le trasladaban los problemas más graves a él. Pero Muhammad y Mutarrif no tenían madre: Onneca había regresado a tierras vasconas tras su repudio, y Rashida había muerto de unas extrañas fiebres poco después de! episodio que le había costado sus privilegios como *umm uallad*. Le constaba que Mutarrif había acusado veladamente a su hermanastro de hallarse detrás de la muerte de su madre, pero los médicos se mostraron tajantes en su dictamen: había sucumbido a una fuerte neumonía que se llevó también la vida de otras dos concubinas del *harem*. Abd Allah era consciente de que en los últimos meses no había estado lo bastante pendiente de la relación entre los dos hermanos, pero nadie podía culparlo: los más graves sucesos se habían concatenado sin tregua en el emirato, y toda su atención era poca para intentar sofocar los fuegos que prendían por doquier.

Umar ibn Hafsún seguía siendo una pesadilla. Lo había probado todo contra él: repitió el ataque directo a su fortaleza de Burbaster, que una vez más se demostró

infructuoso. Trató de enfrentarlo, y vaya si lo había conseguido, con otro de sus más temibles enemigos, Sawar, en Garnata. Los ejércitos de ambos quedaron menguados, incluso Umar ibn Hafsún resultó gravemente herido, pero volvió a ponerse en fuga antes de ser capturado o muerto, con lo que privó a Qurtuba de una victoria indirecta que hubiera sido definitiva.

Había intentado, por fin, atraerlo a la obediencia, y reclamó sus servicios como gobernador que aún era, al menos nominalmente, de la *kurah* de Raya, para enfrentarse a Ibn Mastana, de Bagúh, otro de los rebeldes muladíes que habían ondeado la bandera de la secesión. Ibn Mastana, en contra de lo que cabría esperar de un jefe muladí, se había aliado con los árabes de la *kurah* de Yayán, y juntos se dedicaban a hostigar a la indefensa población de la zona. Umar ibn Hafsún atendió a la llamada del emir, y se unió al general enviado desde Qurtuba, pero, fiel a su carácter traicionero y mendaz, urdió un acuerdo con el rebelde muladí a espaldas de los árabes. Ambos traidores aunaron sus fuerzas y pusieron en fuga tanto a los árabes de Yayán como a los árabes cordobeses. Umar arrestó al general qurtubí y a todos sus oficiales, y sólo los dejó marchar para entregar al emir en persona su declaración de guerra. No sólo la estrategia de Abd Allah había fracasado de nuevo, sino que aquello supuso el comienzo de una alianza entre los dos rebeldes que no había dejado de proporcionarles grandes frutos. Tanto es así que, envalentonado, Umar atacó Bayana y con todo su botín entró en Bulay, en la *kurah* de Qabra, desde cuyas almenas se divisaba la mismísima campiña de Qurtuba.

Ya antes, el intento de congraciarse con Umar ibn Hafsún había traído graves consecuencias para la paz en el emirato. Después de la matanza de muladíes en Ishbiliya cometida en presencia de su hijo Muhammad, Umar había exigido el castigo de Ya'ad, el asesino de Ibn Galib y artífice de la masacre. Cuando la noticia llegó a sus oídos, el general cordobés abandonó Qurtuba sin demora, acompañado por dos de sus hermanos. Sin embargo, los familiares de Ibn Galib les siguieron la pista, y con una partida de bereberes y muladíes consiguieron sorprender a los huidos, que sucumbieron bajo sus espadas. El gobernador Umaya, en Ishbiliya, lloró la muerte de sus tres hermanos y, cegado por el odio, convocó a los árabes de la ciudad y de Qarmuna para ordenarles el exterminio de todos los muladíes. Tampoco se libraron esta vez los cristianos, pues los asaltantes, sedientos de sangre, no hicieron distinción entre quienes no eran sus iguales. Fueron asesinados a millares, empezando por los Ibn Anyalin y los Ibn Sabariquh, las dos familias muladíes más poderosas, cuyas propiedades quedaron confiscadas.

Así las cosas, ¿cómo habría de encontrar el momento de ocuparse de los asuntos de su propia familia? En aquel preciso instante, una docena de funcionarios, visires y secretarios estarían esperando audiencia para plantearle nuevas quejas, anunciar nuevas defecciones, nuevos problemas que añadir a la montaña que amenazaba ya la

propia pervivencia del emirato. Sin embargo, su principal preocupación eran las Incesantes y terroríficas incursiones que Umar realizaba en toda la campiña de Qurtuba. Las cosechas eran saqueadas, la población de campesinos huía despavorida de sus alquerías… y en las últimas semanas habían dejado de entrar provisiones en la capital. La situación era cada día más comprometida, y por primera vez en muchas décadas los cordobeses comenzaban a sentirse acosados por la miseria y la escasez de víveres.

Un movimiento demasiado brusco de la esclava, que le masajeaba el cuero cabelludo, le devolvió a la realidad. Abd Allah la despidió con un gesto y se incorporó. Sus dos hijos seguían junto a él, en silencio.

–Y bien, mi querido Muhammad, cuéntame… ¿todo transcurre con normalidad en el embarazo de tu esposa?

–Eso parece, padre.

–¿Para cuándo se anuncia el alumbramiento?

–Muzna cree que dará a luz al comienzo del invierno.

–Muzna… -Abd Allah pronunció el nombre marcando las sílabas-. Una bella mujer, en efecto. Me complace comprobar que tus gustos coinciden con los míos en asuntos de mujeres. Esas vasconas tienen algo exótico que resulta enormemente atractivo para un hombre…

–Soy afortunado, Muzna es una mujer extraordinaria -repuso Muhammad-. Pero no sólo en la alcoba…

–¿En qué otro lugar se puede comprobar la valía de una mujer? – rio Abd Allah.

Si Muhammad se sintió ofendido por aquella impertinencia dirigida hacia su esposa, no lo reflejó, y se limitó a seguir hablando de ella.

–Muzna tiene una inteligencia despierta, comprende a la perfección mis estados de ánimo y sabe actuar en consecuencia. Muestra interés por asuntos que a otras mujeres les resultan ajenos, y puedo conversar con ella como lo haría con cualquier otra persona, descargar mis pesares y recibir su apoyo. Me cuesta imaginar las duras jornadas que hemos pasado sin saber que al final del día ella iba a estar ahí…

Abd Allah cabeceó con gesto de admiración.

–En ese caso, debo darte mi enhorabuena, con más motivos si cabe. Quizá también yo debiera buscar a alguien así -respondió con un deje de amargura-. Todos deberíamos tener a alguien así a nuestro lado, ¿no lo crees tú también, hijo?

El joven Mutarrif no respondió de inmediato a la interpelación cié su padre, cuyo propósito evidente había sido incorporarlo a la conversación.

–Cualquier hombre podría sentirse afortunado con una mujer así a su lado -empezó con tono grave, sin permitir el asomo de una sonrisa siquiera-. Sin embargo, yo soy de la opinión de que un príncipe omeya, el príncipe heredero, debería haber buscado fortalecer la sangre de su descendencia desposando a una mujer de raza

árabe, y mejor aún si perteneciera a la nobleza quraisí.

El rostro de Muhammad se ensombreció, pero Abd Allah se adelantó en la respuesta.

–Es la semilla del padre la que determina la estirpe de los hijos. El vientre materno sólo es un receptáculo donde se desarrolla el nuevo ser, que hereda los atributos de nobleza del hombre que lo engendró.

–Con el debido respeto, padre -Mutarrif parecía estar eligiendo las palabras con cuidado-, creo que esa forma de pensar será la que termine con nuestra raza. Si nos mezclamos con hispanos, francos, vascones, eslavos… cada vez será más difícil diferenciar a un miembro de la *jassa* de un maldito *dimni*.

La sangre pareció abandonar por un momento el rostro de Abd Allah, pero al instante regresó para darle un aspecto rubicundo provocado por la ira que el comentario de su hijo había despertado.

–¿Eres consciente de que yo mismo soy hijo de una mujer franca? – dijo con tono a duras penas contenido-. ¿Eres consciente de que mi primera esposa, la madre del heredero, es vascona?

–Perdóname, padre, no era mi intención ofenderte -repuso con un tono displicente que contradecía sus palabras.

–Es difícil pasar por alto un comentario como el que acabas de hacer -respondió el emir, contrariado.

–Sólo me mueve el deseo de ayudar a preservar la legitimidad de los Umaya, padre. Venimos de una estirpe de califas que ha gobernado en Damasco durante siglos, una sangre que en los últimos cien años ha conseguido enraizar firmemente en Al Andalus, desde que el primer Abd al Rahman estableciera en Qurtuba el nuevo emirato.

–¿Y qué te hace pensar que la legitimidad de los Umaya pueda estar en peligro?

Mutarrif guardó silencio, y Muhammad comprobó que evitaba sostenerle la mirada a su padre.

–Habla sin miedo -intervino-. Di todo lo que tengas que decir, estoy seguro de que no eres el único que piensa así. A nuestro padre le interesará conocer la opinión de los hombres con los que te relacionas.

Mutarrif dirigió a su hermano una furtiva mirada de odio que no pasó desapercibida para Abd Allah, quien, sin embargo, no hizo nada por sacarlo del aprieto en el que él solo se había metido. Sin duda se estaba maldiciendo interiormente por no haber sabido callar, pero ahora se vería forzado a explicarse.

–Sólo quería poner de manifiesto lo que es un hecho incontestable, padre. Los futuros hijos de Muhammad, entre los que estará el futuro emir, si es que alguno de ellos es varón, han de tener tres cuartas partes de sangre vascona. Sólo un cuarto será Umaya, a través de ti, su abuelo, y ni siquiera eso, porque como tú has recordado, tu

propia madre procedía del país de los francos. Nuestra sangre se diluye generación tras generación…

–El hijo de Muhammad será tan Umaya como su padre, como tú, como yo y como todos los emires que nos han precedido -sentenció Abd Allah, irritado, mientras se ponía en pie y, sin ocultar su desnudez, salía del estanque para pasar a la sala caliente.

Con paso más ligero y decidido de lo normal, se acercó a la plataforma octogonal de mármol que ocupaba el centro de la estancia e hizo un gesto al esclavo encargado del ritual. Sus hijos lo siguieron hasta la superficie recalentada. Abd Allah, con el rostro apoyado sobre el antebrazo, seguía frunciendo el ceño, aunque era imposible distinguir si se debía a la irritación, o al dolor que le producían las manos del esclavo sobre la espalda, en la que éste se empleaba a fondo con el guante de crin. Sin embargo, las palabras que pronunció a continuación no dejaron lugar a dudas.

–Empiezo a comprender por qué desprecias la relación con esclavas y concubinas, a menos que sea para usarlas en las continuas fiestas que organizas con tu camarilla. Quizás aspires a un compromiso con alguna de esas jóvenes nobles de buena familia… De esa forma ¿tal vez puedas ofrecer a tus hijos como alternativa si a alguien se le ocurre cuestionar la legitimidad de los hijos de tu hermano?

Mutarrif se incorporó apartando de un empujón al muchacho que le atendía.

–¿Para esto me has llamado? – gritó casi-. ¿Para ofenderme delante de él?

–¡No te atrevas a hablar así en presencia de tu padre! No era ésa mi intención, sino la contraria. Pero tienes la facultad de irritarme, al parecer es algo que no puedes evitar…

–Siento no estar a la altura. Aunque para eso ya tienes a mi hermano mayor… -respondió alterado, a la vez que se ponía en pie y hacía ademán de volverse para abandonar el *hammam.*

–¡Siéntate y cúbrete! ¡No te he dado permiso para retirarte! No tenía previsto hacerlo hoy, pero ya qué más da… Tenemos que hablar de ciertos excesos de los que me ha llegado noticia, cometidos en algunas de esas fiestas que sueles celebrar con tus amigos.

–¿También se va a cuestionar cómo me divierto en mis fiestas privadas?

–¡En la corte no hay nada privado! Las paredes oyen, los esclavos murmuran, los eunucos chismorrean, tus rivales te delatan, y todo acaba por saberse… la prueba es que ha llegado a mis oídos.

–Insisto, padre, si te refieres a ciertas celebraciones en mis dependencias privadas, yo…

–¡Tú me acabas de hablar de legitimidad! ¿Qué crees que opinarán los ulemas y los imanes de nuestras mezquitas de un príncipe que acaba cada jornada envuelto en los vapores del *alkuhl* y del *hasis*?-gritó-. ¿Qué juicio emitirán nuestros alfaquíes de

la corte de un emir donde uno de sus hijos se dedica a violar esclavas en compañía de sus amigos, ebrios todos?

Mutarrif miró a su hermano, que, boca abajo, ocultaba el rostro entre los brazos. Miró a la media docena de esclavos que habían interrumpido su trabajo y permanecían en pie con la vista clavada en el suelo. Se volvió, arrancó un paño de las manos de uno de ellos, se cubrió y dio la espalda a su padre para salir de la sala con paso airado.

Abd Allah permaneció con la cabeza hundida entre los brazos, y durante un tiempo ninguno de los esclavos se atrevió a moverse. Fue Muhammad quien retomó la conversación.

–Lo lamento, padre.

–También yo, no era mi intención mantener hoy esta discusión. En cualquier caso, era algo que no podía pasar por alto, y el enfrentamiento había de producirse en un momento u otro.

Abd Allah suspiró y dio orden de reanudar el trabajo al esclavo que seguía junto a él.

–Simplemente es una más de las contrariedades que se acumulan, pero es lamentable que mi propio hijo sume problemas a los muchos que ya me acucian -continuó-. Sin embargo, ahora necesito pensar en asuntos menos ingratos. ¿Has pensado ya en el nombre que vas a dar a tu hijo en caso de que sea varón?

Muhammad levantó la cabeza e hizo un gesto que no era de negación ni afirmación.

–No es un asunto baladí, y por eso quería someterlo a tu consideración antes de tomar una decisión.

–¿Has pensado en alguno?

–Sí, padre, y no ha sido al azar. A nadie se le escapan las dificultades que atraviesa nuestro emirato, cuestionado por los levantiscos muladíes, los cristianos, pero también por árabes y bereberes, como está sucediendo en Ilbira e Ishbiliya. Nadie conoce los designios con los que Allah dictará nuestro futuro, pero es posible que las dificultades que sufrimos no tengan un arreglo inmediato. Quién sabe si perdurarán cuando tú no estés entre nosotros, cuando ni yo mismo esté, si es que soy llamado a sucederte.

Abd Allah asentía quedamente, demostrando que seguía el razonamiento e intuía adónde quería llegar.

–El hijo que nazca del vientre de Muzna, si Allah quiere que sea un varón, será el emir que nos suceda. Quizá se requieran cambios fundamentales, para adaptar la forma de ejercer el poder al paso del tiempo. No olvides que está próximo el cambio de siglo, la llegada de la cuarta centuria de la hégira. Quizá, quién sabe, sea mi hijo el encargado de guiar a la dinastía a través de esa transformación. Y quién mejor que un

nuevo Abd al Rahman, un nuevo refundador con el mismo nombre que el primer emir de Al Andalus, para llevar a cabo esa tarea…

Abd Allah seguía cabeceando, pero esta vez una franca sonrisa asomó a sus labios.

–Me sorprendes, Muhammad. Me impresiona tu capacidad para comprender la mentalidad de nuestro pueblo, y también la visión de futuro que demuestras, algo que no es habitual en un joven de tu edad. Si no fueras mi hijo, sino un opositor, tendría motivos para temer tu agudeza -rio.

–¿Te parece pues apropiado?

–Abd al Rahman III… no puede haber un nombre más adecuado para el noveno emir de Al Andalus. ¿Y si es niña?

–Entonces dejaré a Muzna que elija. Reservaremos el nombre de Abd al Rahman para su futuro hermano.

–¿Tendríais inconveniente en compartir con tu padre el almuerzo de hoy? –preguntó, respondiendo al parecer a una idea repentina-. Me gustaría ver a la madre de mi primer nieto, y tal vez ofrecerle un presente por su próxima maternidad.

–Eres generoso con nosotros, padre… Precisamente quería hablarte de algo que Muzna me ha venido rogando. Si lo que deseas es contentarla con una dádiva, no se me ocurre nada más apropiado. Sin embargo, dejaré que sea ella quien te lo plantee.

Muzna entró intimidada en las estancias privadas del emir. Era la primera vez que lo hacía, y se sorprendió ante la relativa sobriedad de los aposentos. Así pues, no eran ciertas las murmuraciones que acusaban al emir de predicar la austeridad en la administración y en la vida pública mientras vivía rodeado de ostentación y lujo. Al parecer, eso se reservaba a los grandes salones del palacio, donde la suntuosidad y el boato formaban parte del rígido protocolo destinado a impresionar a visitantes y embajadores. En pocas ocasiones se habían reunido a solas. Sí lo habían hecho en multitud de recepciones y actos sociales en la corte, aunque el papel que se reservaba a las mujeres en tales eventos era muy secundario.

Muhammad la condujo de la mano hasta un amplio salón orientado hacia el sur que, según explicó, su padre sólo utilizaba en los cortos meses invernales. Por la disposición de los escasos muebles, supuso que era allí donde despachaba con los colaboradores más próximos. La única concesión al lujo era una gran mesa de madera labrada en una sola pieza cuya superficie reflejaba el sol del poniente que se filtraba a través del gran ventanal, compuesto por multitud de láminas de vidrio sujetas a delicados bastidores de plomo. La perfección de aquellos cristales, sin duda trabajados por los mejores vidrieros de Qurtuba, resultaba asombrosa, pues permitían distinguir claramente y sin la distorsión habitual los rostros de servidores y cortesanos que caminaban por los patios y galerías interiores.

Junto a uno de los muros laterales había también una mesa baja rodeada de

cómodos divanes y dispuesta para un reducido número de comensales.

Abd Allah apareció al momento, sin duda advertido de su llegada, y saludó de forma afectuosa a su nuera.

–Tu estado ya es más que evidente -dijo con tono risueño-. El pequeño Abd al Rahman parece crecer sano y vigoroso -bromeó.

–Veo que mi esposo y vos ya habéis hablado sobre el nombre de nuestro futuro hijo.

–Así es, mi querida Muzna. Muhammad me ha trasladado su propuesta, y me parece excelente. No podríais haber escogido un nombre más apropiado para un niño predestinado a alcanzar la mayor magistratura en Al Andalus.

Mientras hablaba, tomó asiento en el diván más próximo al muro, bajo un magnífico tapiz que representaba un momento de la coronación de su propio abuelo, el emir Abd al Rahman II, ante el pueblo de Qurtuba, congregado frente a la puerta del alcázar.

–¡Ah! – dijo Abd Allah al ver que Muzna se fijaba en el tapiz-. ¡Si mi abuelo levantara la cabeza! Envidio los días que le tocó vivir como emir de Qurtuba… Tiempos de unidad, tiempos de paz, que permitieron hacer de Qurtuba la grandiosa ciudad que hoy es. En este momento, sin embargo, la ambición desmedida y la deslealtad conducen a los cordobeses al desabastecimiento y al hambre. ¡Eso es lo que esos caudillos muladíes buscan para sus iguales! ¡Hambre, guerra, pobreza, destrucción!

La respuesta a esa acusación atravesó la mente de Muzna como un relámpago, pero de ninguna forma podía expresar su comprensión del sufrimiento que vivían bajo el emirato los sometidos por la fuerza al islam, una desesperación que había vivido en carne propia y que sin duda era la que los había empujado a la revuelta, que ahora se extendía como lo hace el fuego del pedernal en la yesca.

–Al menos no todas las noticias han sido tan pésimas como acostumbran en los últimos tiempos -dijo Abd Allah al tiempo que los animaba a degustar los sabrosos platos que les habían servido.

Muhammad esbozó un gesto de curiosidad que despertó la sonrisa de su padre.

–Sí, esta misma mañana han llegado noticias de que Ibn Hafsún y sus secuaces abandonaron ayer el castillo de Bulay, desde el que hostigaban la campiña. Regresan a Burbaster, donde con seguridad pasarán el invierno.

–Eso proporcionará un respiro a los nuestros, sin duda -estimó Muhammad-. Aunque no resolverá los problemas de abastecimiento: las cosechas en millas a la redonda han sido destruidas sistemáticamente o recolectadas como parte del botín que ahora estarán trasladando a su guarida.

–Podría facilitar las cosas, porque será posible restablecer las rutas comerciales para importar grano y otras mercancías de primera necesidad… pero las arcas del

Estado están vacías. Hace casi dos años que la recaudación de impuestos se ha hundido. ¡Nos vemos obligados a aceptar préstamos de particulares! Las provisiones llegarán, pero sólo tendrán acceso a ellas quienes dispongan de medios para pagarlas. El pueblo seguirá sufriendo graves carencias, y temo que sean origen de disturbios y revueltas dentro de la propia capital. ¡Adónde hemos llegado, Allah sea loado!

Abd Allah dejó sobre la mesa el bocado que se disponía a probar con un gesto de desagrado, como si hubiera perdido el apetito de repente.

–Perdonad mi atrevimiento -intervino Muzna-, pero ¿no sería posible tomar Bulay y el resto de las fortalezas próximas a Qurtuba en ausencia de Ibn Hafsún?

Abd Allah no disimuló su desconcierto al escuchar una pregunta como ésa en boca de la esposa de su hijo, pero no vaciló al responder.

–Desde que Sarband se encastilló en Bulay, la ciudad ha sido fortificada a conciencia, y Umar se habrá cuidado de dejar una guarnición suficiente al mando de alguien de su entera confianza. No podríamos obligarles a salir de allí por la fuerza, y mucho menos atraerles a campo abierto para presentar batalla en ausencia de Umar ibn Hafsún.

–Habladme de ese Sarband, sólo tuve noticias de su final, como todos los habitantes de Qurtuba.

–Tu esposa quiere saber quién era ese perro infiel y traidor, Muhammad. Cuéntaselo tú mismo…

Muhammad sonrió. Para él no era sorprendente la actitud inquisitiva de Muzna, pero sí debía de serlo para su padre.

–Sarband, el *comes* Servando para los cristianos, era el representante de la comunidad mozárabe de Qurtuba ante el emir, el encargado de recaudar la *jizya* para nuestras arcas. Durante años, se caracterizó por su celo para hacer cumplir a sus correligionarios los mandatos de mi abuelo Muhammad. Llegó incluso a acusar en público a Valencio, el obispo de Qurtuba, de deslealtad al emir.

–Tu esposo sabe bien quién era Sarband, porque su madre, mi primera esposa, lo frecuentaba a escondidas en la iglesia de San Zoilo, junto al obispo.

Muhammad no pudo evitar un gesto de estupefacción.

–Estaba al tanto, Muhammad. ¿Crees que tu madre y tu abuelo hacían algo de lo que yo no tuviera conocimiento? Ella nunca abandonó su fe, y yo tuve motivos sobrados para enviarla ante el *qadi* y acusarla de apostasía. Los alfaquíes estaban al corriente, y me presionaron con todas sus armas para conseguir una inculpación formal. Cuando la repudié me odiaste por ello, lo sé. Pero el repudio y la autorización para abandonar Qurtuba junto a su padre fueron lo mejor que pude hacer por ellos. Entonces no lo entendiste, sufriste su ausencia, pero de haber actuado de otra forma, tu madre habría acabado en la cruz, como muchos de esos mártires cristianos que murieron en tiempos de mi abuelo, empujados por el obispo Eulogio. Sé que no

habría renegado en público de su fe, sé que nunca habría proclamado en voz alta que Allah es el único Dios y que Muhammad es su profeta.

Muhammad fijó una mirada inexpresiva en su padre.

–¡Vaya! Hoy estoy haciendo a mis hijos revelaciones que no había pensado hacer. Será mejor que sigas con el relato -le indicó-. Ya reflexionarás a solas sobre lo que acabo de decir.

Muhammad apretó los labios y asintió, serio, pero se dispuso a continuar.

–Sarband tenía un hijo del mismo nombre, el cual, hace algo más de un año, protagonizó una revuelta en las calles de Qurtuba al frente de un nutrido grupo de cristianos. Un musulmán resultó muerto, y hubieron de echarse al monte para salvar la vida. Después de varias incursiones audaces, lograron hacerse con el control de Bulay, entonces escasamente defendida. Allí se encastilló, y el maldito proclamó que gobernaba aquella plaza en nombre de Umar ibn Hafsún, a quien ofreció la fortaleza. Sin embargo, en aquel momento Ibn Hafsún había vuelto a reafirmar su lealtad a mi padre, y fue Sarband quien continuó como dueño de la plaza, desde donde comenzó a hostigar las poblaciones cercanas a Qurtuba, pues desde luego conocía el terreno como la palma de su mano.

»Mi padre -siguió, haciendo un gesto hacia él- ordenó encarcelar al *comes* cristiano para intentar que su hijo depusiera las armas, pero todo fue inútil. El otoño pasado, después de la alianza con Ibn Mastana y la declaración de guerra abierta contra Qurtuba, Umar se reunió en Bulay con Sarband y sus ocupantes, todos ellos cristianos alzados contra la autoridad del emir. Piensa en lo que eso significa… Si un árabe o un muladí se rebelan contra la autoridad, como musulmanes pueden esperar mayor o menor grado de misericordia en caso de ser vencidos. Pero no ocurre así con los cristianos: cuando los infieles se alzan en armas, deben ser combatidos por medio de la *yihad* y, en caso de derrota, su muerte está asegurada, no hay perdón para ellos. Ese es el motivo de que se distingan especialmente por su fiereza. Sus opciones son claras: vencer o morir. Por eso Umar ibn Hafsún decidió hacer de Bulay el mascarón de proa de su revuelta, con la mejor guarnición que pudiera desear, un reducto de cristianos sublevados en pleno corazón de Al Andalus. Entonces se iniciaron los ataques a las alquerías y aldeas de la campiña, nuestro granero.

–Y también entonces sucedió lo que parecía imposible… -aventuró Muzna.

–Así fue. Uno de los destacamentos enviados desde Qurtuba consiguió dar caza a Sarband durante una de sus correrías, junto a muchos de los suyos. Luego, lo que ya conoces: para escarmiento público se ordenó la crucifixión del conde Servando, y en lo alto de la cruz se colocó la cabeza de su hijo.

–Sin embargo, la fortaleza de Bulay sigue en manos de la guarnición de Ibn Hafsún -se lamentó Abd Allah-. Y la muerte de Sarband pareció no servir sino para azuzar la rabia y el deseo de venganza de sus ocupantes. Desde entonces, cualquier

intento de reconciliación con Umar ibn Hafsún se ha mostrado vano, él ha convertido Bulay en una fortaleza inexpugnable, y cada día que pasa aumenta el número de efectivos que tiene allí acantonados con el único objetivo de estrechar el cerco a nuestra capital.

–¿No hay forma de parar esto? El odio engendra odio y…

–Dices bien. Cada bando ha infligido daños irreparables a los demás. El odio acumulado tardará generaciones en desaparecer, hasta que el olvido haga su trabajo, y me temo que para entonces tendremos sin duda nuevos motivos de enfrentamiento. Esta misma mañana me han informado de un suceso muy revelador, y del que por cierto no he tenido ocasión de hablarte -añadió, dirigiéndose esta vez a su hijo.

–Tenías razón, pues, al pensar que durante nuestro encuentro de esta mañana los asuntos urgentes esperaban a la puerta del *hammam*…

–En este caso, el parte era propicio a nuestros intereses, la constatación de que la política de enfrentar a nuestros enemigos entre sí va dando sus resultados… ¿Recuerdas a Sawar, el caudillo árabe que nos disputaba el poder en Garnata y en toda la región de Ilbira?

Muhammad asintió con la cabeza.

–Pues bien, me informan de que uno de los capitanes de Ibn Hafsún, su mano derecha…

–¿Hafs al Mur?

–El mismo. Hizo caer a Sawar en una celada en los alrededores de Al Hamra, la fortaleza que domina la *madinat* Garnata. Al parecer Hafs atacó con un grupo reducido de sus hombres, y Sawar salió a combatirlo al frente tan sólo de su guardia personal. Pero Hafs tenía al resto de su ejército en los bosques próximos, donde los había escondido aprovechando la oscuridad de la noche. Sawar se vio inmediatamente rodeado por los muladíes, sin posibilidad de escapar. Allí mismo le dieron muerte, una muerte horrible según me refieren -hizo un gesto furtivo en dirección a Muzna que daba a entender que se ahorraría los detalles en su presencia-. Trasladaron su cuerpo a Ilbira, y puedes imaginar el júbilo que produjo a los muladíes ver el cadáver de quien había causado la muerte de miles de sus hijos, maridos y hermanos. Las mujeres se postraron dando gracias a Allah, rasgaron sus vestiduras entre gritos y llantos, y algunas se arrojaron sobre sus restos hasta despedazarlos. En su exasperación, las más sedientas de venganza, se llevaron su carne a la boca y comieron de ella.

Muzna no pudo contener una mueca de repulsión.

–Lo lamento, sólo quería ilustrar hasta qué punto el odio ha arraigado entre nuestras gentes. Las muertes desatan sin cesar el deseo de venganza, y cada jornada que pasa son centenares las que se suman al fatídico recuento. ¿Cuántas madres estarán ahora empujando a sus hijos para que sean ellos quienes venguen a sus padres

muertos? ¿Cuántos padres que han perdido a sus hijos habrán dado todo lo que tienen para que Ibn Hafsún pueda seguir adelante con su locura?

Abd Allah había pronunciado las últimas palabras con los ojos apenas entreabiertos, moviendo la cabeza de un lado a otro en señal de negación. Nadie comía ya, y de repente el emir alzó la cabeza, respiró hondo y se incorporó. Extendió el brazo y alcanzó una bandeja de sabrosos dátiles a la esposa de su hijo.

–Toma uno, no quiero que te levantes de esta mesa con un mal sabor de boca -trató de bromear para romper el espeso silencio que se había instalado en la estancia-. Tengo entendido que deseabas plantear una petición…

–Con toda la humildad… se trata de la única sombra que me impide disfrutar de una felicidad completa.

–He prometido a tu esposo un presente por tu próxima maternidad. Si está en mi mano, tendrás lo que deseas.

–No se trata de ningún bien material, dispongo de todo lo necesario, y aún más. Se trata de algo mucho más importante para mí… Se trata de Adur, mi hermano menor.

Abd Allah pareció sorprendido.

–Ignoraba que tuvieras un hermano en Qurtuba…

–Es una larga historia… fuimos apresados juntos cerca de nuestra aldea, mientras tratábamos de ocultarnos de los sarrac… de los soldados de vuestro ejército. Yo tenía catorce años, él apenas nueve. Los tratantes de esclavos a los que nos vendieron intentaron separarnos en varias ocasiones, pero conseguimos permanecer juntos hasta que finalmente fui elegida por los marchantes de vuestra corte. Tuve que amenazar con autolesionarme para conseguir que Adur no fuera arrancado de mi lado, pero una vez en el alcázar resultó imposible seguir compartiendo el mismo alojamiento… Yo terminé en el *harem*, como muchas otras muchachas, y desconozco cuál ha sido su destino en los últimos años, aunque sé que ha permanecido cerca, dentro de las dependencias del alcázar. En las pocas ocasiones en que nos hemos visto, se ha negado a darme detalles, pero su aspecto era saludable, parecía bien alimentado, y no mostraba señales de haber sido sometido a trabajos demasiado duros para un muchacho.

–Entiendo que deseas que yo haga algo por él…

–En este momento se encuentra en una de las prisiones del alcázar.

Abd Allah cambió el gesto.

–¿De qué se le acusa?

–Fue Mutarrif, padre, quien dio orden de encarcelarlo -intervino Muhammad-. En cuanto Muzna tuvo noticias de su apresamiento, hice las oportunas averiguaciones. Al parecer no mostró el debido respeto ante mi hermano.

–¿Sabía Mutarrif que ese muchacho es hermano de Muzna?

–Con toda probabilidad…

Abd Allah cabeceó durante un momento, pensativo.

–Está bien, tienes mi permiso para sacarlo de allí. Puedes hacerlo esta misma tarde.

El rostro de Muzna se iluminó.

–Os lo agradezco tanto, mi señor… -empezó mientras inclinaba la cabeza en señal de respeto. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

Abd Allah se dirigió a uno de los sirvientes.

–Haz venir a mi secretario -ordenó-. ¡Deprisa!

Luego se volvió de nuevo hacia Muzna.

–Haré redactar el documento de su manumisión. Desde hoy mismo tu hermano es un hombre libre. Se le concederá un pequeño estipendio para su mantenimiento, hasta que sea capaz de encontrar un modo de ganarse la vida por sus propios medios. Estoy convencido de que no tendrá problemas para ello.

–¿Acaso lo conoces? – preguntó Muhammad, extrañado.

–¿Quién sabe? Son centenares los esclavos que prestan servicios en cualquiera de las dependencias de este palacio -respondió el emir.

Las lágrimas de alegría de Muzna habían dado paso a un inevitable llanto. Muhammad mudó su expresión preocupada por una sonrisa al contemplar a su esposa.

–Nada tienes que agradecerme, pequeña -dijo Abd Allah mientras se levantaba del diván-. Deberías haberme hablado de él antes de esperar a que fuera encarcelado… Y tú estás a punto de hacerme el mayor regalo que un hombre pueda recibir: mi primer nieto, destinado a convertirse en el soberano de Al Andalus.

Muzna y Muhammad imitaron al emir y se pusieron en pie, poco antes de que un hombre enjuto y entrado en años, con la barba cana, larga y bien cuidada, solicitara permiso para entrar en la sala. Esperó al gesto afirmativo del emir y se dirigió a una mesa lateral, en ángulo recto a la gran mesa situada ante el ventanal. Depositó en ella un maletín de cuero y madera, abierto por el extremo superior, en el que portaba láminas de pergamino, punzones, reglas, cálamos, botecillos repletos de tinta y de arena secante, lacre y otros útiles propios de su oficio.

–Procede a encabezar un documento de manumisión -pidió Abd Allah al escribano. Después se volvió hacia Muhammad-. Y tú, ¿a qué esperas? Toma a dos de tus hombres y acude a la prisión. El hermano de tu esposa podrá dormir esta noche sobre algo más cómodo que el duro y húmedo suelo.

Capítulo 87

Muhammad salió junto a dos oficiales de confianza a uno de los patios exteriores, en la zona del alcázar donde se alojaba la mayor parte de la guarnición al servicio directo del emir. A su izquierda se encontraba uno de los accesos de la fortaleza, precisamente el destinado al trasiego tanto de las diferentes unidades allí acuarteladas como de los transportes que tenían como destino la prisión militar de la alcazaba. En el extremo occidental del patio empedrado, una larga pendiente de ladrillo rojo parecía adentrarse en la tierra, entre muros que ganaban altura a cada paso, para terminar en una sólida puerta de hierro de doble hoja ante la que hacían guardia dos soldados fuertemente armados. Muhammad comprendió la sensación que debían de experimentar los reos que transitaran por aquella rampa, la sensación de ser conducidos a un entierro en vida, en aquel lugar donde ni siquiera hacía falta atravesar el portón para que empezara a escasear la luz del sol.

Uno de los guardias apoyaba la espalda sobre la pared, con los pies afianzados a un palmo del muro, mientras que el otro había terminado por sentarse en el suelo. Los dos se incorporaron con indolencia cuando vieron a los tres hombres que se acercaban. Sin duda el contraluz les impedía reconocer sus rostros, pero algo debió de indicarles que no se trataba de una visita cualquiera, porque a medida que avanzaban hacia ellos, prudentemente fueron adoptando una actitud más marcial mientras fruncían el ceño.

–¡Cuadraos ante el príncipe Muhammad! – ordenó de repente uno de los oficiales que lo acompañaban.

Ninguno de los tres pudo contener una sonrisa al contemplar el traspié simultáneo de los dos soldados en el intento de componer una postura aceptable.

–Abrid las puertas -continuó el oficial una vez que ambos reconocieron al heredero y completaron el saludo reglamentario.

Uno de ellos se volvió hacia la puerta y golpeó tres veces la aldaba de hierro que colgaba a la altura de su pecho. Un instante después, recibió desde el interior la misma respuesta, y sólo entonces introdujo una pesada llave en la cerradura. Tuvo que utilizar las dos manos para accionar el mecanismo que liberaba la puerta. Nada más abrirla, Muhammad percibió una oleada de aire cargado de un olor fétido, mezcla de moho, humedad y el humo de las antorchas que ardían en el interior. El par de guardias que custodiaban la salida cruzaron la puerta deslumbrados, y la escena del exterior se repitió cuando fueron advertidos por sus compañeros sobre la identidad del recién llegado.

–Venimos en busca de un joven esclavo vascón llamado Adur. El emir ha dictado su orden de excarcelación. ¿Tenéis noticia de su paradero?

Los dos guardias del interior intercambiaron una mirada y asintieron al unísono.

–Seguidme, *sahib* -respondió uno de ellos.

Las puertas se cerraron a sus espaldas, y se internaron en la amplia galería, sin duda ideada para permitir el paso incluso de carros cargados de prisioneros. Muhammad jamás había visitado aquellas mazmorras, y no le resultaba sencillo asimilar que a unos codos de los grandes salones del palacio existiera un lugar tan lóbrego e insalubre como aquél. Caminaron por un corredor que profundizaba aún más en el subsuelo, únicamente iluminado por las dos teas que portaban los carceleros. Los hachones que pendían de las paredes, de tramo en tramo, hacía tiempo que habían dejado de cumplir su función, y la humedad se adueñaba del entorno, hasta el punto de que las gotas caían del techo ennegrecido formando charcos imposibles de sortear en la penumbra. Después de un trayecto que a Muhammad se le antojó interminable, alcanzaron una sala más espaciosa, de forma cuadrangular, en cuyas paredes se abrían los arcos de acceso a cuatro largas galerías. Los barrotes de hierro de las puertas de las mazmorras reflejaban la luz en la distancia. Los sonidos no eran más agradables que las sensaciones que atacaban al olfato: los agudos chillidos de las ratas se mezclaban con los lamentos y los gritos de algunos de los presos y el parloteo monocorde de otros, arrastrados a la demencia por la estancia en aquel infierno.

Muhammad anotó mentalmente la necesidad de hablar con su padre acerca de las condiciones de aquel lugar, que explicaba por qué algunos de los reos preferían una condena a muerte, limpia, rápida y digna, a una pena de prisión prolongada, que garantizaba una muerte tan segura como la cruz, la horca, la lapidación o el alanceamiento, pero precedida por aquella prolongada tortura que sólo conducía al final de forma lenta y gradual.

Una hoguera cuyo tiro se perdía por un amplio orificio de la bóveda era el único elemento que contribuía a hacer soportable aquel lugar para los dos nuevos soldados que hacían guardia allí. Su tarea constituía en sí misma una condena, pero al menos la lumbre mantenía sus ropas secas. Uno de ellos se internó en una de las galerías, y los demás contemplaron cómo el halo de luz de su antorcha se alejaba levantando a su paso un reguero de ruegos y lamentaciones, hasta que el eco de sus pisadas sobre el suelo encharcado dejó de oírse.

–Ignoro el motivo que os trae a sacar a ese esclavo de aquí, pero, sea lo que sea, lo convierte en un hombre afortunado -dijo el carcelero que parecía estar al mando-, pocos sobreviven mucho más tiempo aquí abajo.

Al cabo de un instante, el soldado regresó acompañado por un muchacho todavía aherrojado que se movía con dificultad, posiblemente entumecido tras días de inactividad. Temblaba con violencia, y su rostro estaba deformado por una mueca de temor y por el deslumbramiento.

–Adur, no temas -se apresuró Muhammad-. Venimos a sacarte de aquí, eres

libre…

–¿Muzna…? – aventuró el muchacho, cegado todavía.

–Así es. – Sonrió.

–¿Sois vos, *sahib*? ¿Sois el príncipe Muhammad?

–Lo soy, Adur. Lamento haber permitido que permanecieras aquí más de lo necesario, pero no tuvimos noticias de ti hasta…

–¡No, no! No debéis excusaros. He soportado estos días con la confianza de que me sacaríais de aquí en cuanto tuvierais noticias de mi encierro… y así ha sido.

–Liberadlo de las cadenas y salgamos de aquí cuanto antes -ordenó el príncipe a los guardias, mientras lanzaba una mirada de repulsión a aquel lugar.

A pesar de la suciedad que lo cubría, Muhammad comprobó el extraordinario parecido que aquel muchacho guardaba con Muzna. Poseía los rasgos propios de su raza en un cuerpo todavía adolescente, fuerte aunque visiblemente adelgazado por los días de privación, y sólo una incipiente sombra de barba endurecía su rostro inmaduro. Con una punzada de aprensión, reconoció aquel aire exótico que tanto parecía apreciarse entre los efebos que poblaban las dependencias del palacio.

–Esfuérzate por adaptar la vista a la luz de las antorchas. De otra manera quedarás cegado al salir al exterior.

–¿Podré ver a mi hermana? – preguntó anhelante.

–En cuanto disfrutes de un buen baño -respondió Muhammad riendo, mientras se llevaba la mano a la nariz.

Adur se miró, extendió los brazos a la luz de las teas y esbozó una sonrisa al tiempo que arrugaba el rostro.

Alcanzaron la puerta exterior, y el guardia que había permanecido en su puesto la golpeó de nuevo. De inmediato se oyeron los sonidos metálicos producidos por la llave al ser introducida desde el exterior, y a continuación el característico chasquido de la cerradura. El portón se abrió, y la luz del atardecer inundó la galería. Incluso Muhammad tuvo que entornar los ojos ante el exceso de claridad y se colocó una mano a modo de visera. Cuando pudo retirarla, descubrió un rostro que, aun sonriente, destilaba odio y desprecio.

–¡Mutarrif! – exclamó.

–¿Ahora te haces acompañar por reos?

Muhammad vaciló antes de responder. Optó por ignorar la presencia de su hermanastro y trató de esquivarlo, pero entonces cayó en la cuenta de que Mutarrif no se habría atrevido a acudir allí sin la protección de su guardia personal. Cuando, parpadeando, logró abarcar con la vista todo el espacio entre aquellos muros, comprobó que tres oficiales bloqueaban el paso hacia el patio exterior.

Adur parecía haber encogido, su cabeza apuntaba al suelo y, a pesar del temblor, que había aparecido de nuevo, dirigía miradas furtivas hacia el hombre que lo había

encarcelado.

–¿De qué se le acusó? ¿Cuál es el nombre del *qadi* que dictó sentencia?

–¡Soy el hijo del emir! ¡Sabes que tengo potestad para enviar a prisión a un esclavo que ha ofendido gravemente a un miembro de la familia real!

–¿Cuál fue la ofensa? ¿Acaso ser el hermano de mi esposa?

–¿Te has convertido ahora en el defensor de estos hijos de blanca, unos simples y repugnantes esclavos?

–¿También te resultan así de repugnantes todas las esclavas que fuerzas cada noche? – escupió Muhammad con rabia.

Mutarrif respondió con una sonrisa sardónica.

–¿Acaso eres tú quien se dedica a espiar en mis fiestas privadas para ir con el cuento a nuestro padre? Sería muy propio de ti. Pero ignoras que eso no es algo que escandalice al emir: a él sólo le preocupa la opinión de los bienpensantes alfaquíes, que tanta influencia ejercen sobre quienes lo sostienen en el poder. En esta corte los hombres no sólo se divierten con bellas cautivas… ¿no es cierto, muchachito?

–Eres la deshonra de nuestra familia -replicó Muhammad con desprecio, haciendo ademán de dar por terminada la discusión-. Aparta a tus hombres de mi camino.

–En absoluto, hermano. No pienso permitir que te salgas con la tuya una vez más. Envié a prisión a este pequeño delincuente, y en prisión seguirá.

Adur, aterrorizado, trató de colarse entre los oficiales de Mutarrif, que no tuvieron que esforzarse demasiado para inmovilizarlo por el cuello de forma violenta. Muhammad observó que los tres asían firmemente sus espadas, y no dudó en imitarlos. De inmediato, sus dos hombres hicieron lo mismo. En un instante trató de valorar la situación: eran uno menos en caso de lucha, y la diferencia la marcarían los guardias de la prisión, pero no podía contar con su lealtad. Sin duda uno de ellos había dado aviso a Mutarrif después de su entrada.

–¡Es orden del emir que este esclavo sea liberado!

Mutarrif lanzó una carcajada histriónica que hizo pensar a Muhammad que una vez más se hallaba bajo los efectos del *alkuhl*.

–¿El emir ha ordenado su liberación? ¡Muchacho! – rio mirando a Adur-, ¡estarás más seguro en una de esas mazmorras! ¡Adentro con él!

El oficial que sujetaba a Adur con una daga contra su garganta permaneció rezagado mientras los otros dos avanzaban con las espadas en alto. Sin otro aviso, uno de ellos lanzó un mandoble contra el primero de los hombres de Muhammad, que evitó el filo a costa de perder pie y caer hacia atrás contra el muro.

El enfrentamiento era inevitable, pero los tres se encontraban entre la guardia y los hombres de Mutarrif. Muhammad se volvió hacia los carceleros y vio indecisión en sus ojos, de modo que levantó el puño hacia ellos, no en actitud amenazadora, sino para mostrar el sello de oro que identificaba a su portador como príncipe heredero.

Les sostuvo la mirada hasta que al menos uno de ellos bajó la cabeza y asintió.

Entonces se permitió volver la vista, a tiempo para ver cómo uno de los suyos caía al suelo alcanzado en el pecho por la espada de uno de sus oponentes. Era su mejor oficial, un hombre de total confianza con el que había compartido los años de formación en la milicia, las campañas contra los rebeldes muladíes e incluso su estancia en Ishbiliya. Aunque era un año menor que él, había desposado a una joven cordobesa y ya era padre de dos pequeños varones. El hombre abrió completamente los ojos con incredulidad al tiempo que se echaba la mano al pecho, al lado izquierdo del peto. La retiró cubierta de sangre, y Muhammad, paralizado, lo vio desfallecer. Las piernas del oficial parecían negarse a sostenerlo, dio un traspié y acabó de rodillas antes de vencerse hacia delante y caer de bruces sobre los ladrillos rojos.

Muhammad notó cómo la rabia ascendía en forma de oleadas, desde su vientre, por el pecho, hasta la cabeza. Se oyó proferir un grito que no reconoció como propio, corno si fuera otro quien gritara dentro de él. Sus piernas y sus brazos se movieron con voluntad propia, y su espada se alzó y arremetió con una fuerza descomunal contra el cuello del hombre que había acabado con la vida de uno de sus pocos amigos. Sintió el golpe brutal, vio el filo introducirse entre la cabeza y el hombro, romper el hueso que los unía, y seguir su trayectoria tronzando las costillas hasta alcanzar el centro del pecho. Antes de caer fulminado, la parte izquierda del cuerpo de aquel soldado se separó del tronco, y la sangre bombeada por las arterias seccionadas le alcanzó el rostro y le dio a probar el sabor de la muerte.

Durante un instante todos permanecieron inmóviles. Después vio a Mutarrif hacer señas a sus dos hombres, indicarles que permanecieran quietos, lo vio enfundar su propia espada y obligarles a hacer lo mismo. Por fin oyó, como en un sueño, su voz odiosa.

–¡El príncipe heredero ha asesinado a uno de mis oficiales a sangre fría! ¡Justicia!

Capítulo 88

Badr, el viejo eunuco, conducía a Muzna a través de la intrincada red de galerías y pasillos que las sucesivas ampliaciones del palacio habían ido tejiendo. En la oscuridad de la noche, no era difícil desorientarse, por lo que avanzaba con todos los sentidos puestos en la tarea que había tomado en sus manos, tratando de utilizar los accesos menos frecuentados para evitar encuentros en los que tuviera que dar demasiadas explicaciones. Era consciente de que aquella noche se jugaba algo más que su puesto de confianza en el gobierno de Abd Allah, pero en los últimos diez años jamás había olvidado la promesa que hiciera a Onneca en el momento de su partida de Qurtuba.

Desde que, al atardecer, recibiera el aviso de los graves sucesos ocurridos a las puertas de la prisión, había hecho lo que mejor sabía: analizar con precisión la situación, prever las consecuencias que pudieran derivarse de ella teniendo en cuenta su vasto conocimiento de todo lo que se urdía en la corte y, por fin, usar los recursos de los que disponía para actuar. Debía tratar de compensar el grave error que había cometido a la hora de proteger a Muhammad: sospechaba que Mutarrif venía urdiendo su plan de forma minuciosa, los ojos y los oídos que tenía en todas las dependencias de la corte habían estado atentos para advertirle de cualquier nuevo paso que éste diese, pero esta vez todo se había desatado por una decisión repentina del emir, por la orden de liberar a Adur. Pese a que Muhammad y él departían habitualmente, y estaba al tanto de todas sus decisiones, en este caso todo había ocurrido sin su conocimiento. ¡Debería haber asistido a aquel almuerzo…! De haber sido así, nunca habría permitido que el príncipe acudiera en persona a liberar al muchacho, pero ahora ya de nada servía lamentarse.

Por fortuna, Muhammad había reaccionado de forma providencial. Según le contó más tarde, la frase pronunciada por Mutarrif en un principio lo había desconcertado, pero al instante le hizo abrir los ojos sobre los verdaderos propósitos de su hermanastro. Supo que debía impedir que se diera aviso de lo sucedido, y sólo había una manera de lograrlo. Tiró al suelo su espada ensangrentada y retrocedió asqueado. Conociendo a su protegido, Badr estaba seguro de que no habría tenido que esforzarse demasiado en aparentar arrepentimiento. Dio la espalda a su hermanastro y se apartó de los cadáveres, pero su mano derecha blandía ya la daga, con la que se revolvió para inmovilizarlo. Los guardias y el oficial que quedaba con vida hicieron el resto a una orden suya. Mutarrif y sus hombres fueron introducidos por la fuerza en la prisión, y la única llave quedó en poder de Muhammad. Ahora era Badr quien sentía el pesado bulto en uno de los fondillos de su túnica.

Hizo entrar a Muzna en las dependencias del *hammam* situado junto al muro meridional del alcázar, abastecido directamente por las aguas del Uadi al Kabir

mediante una enorme aceña. La antorcha arrancaba reflejos al agua quieta de las fuentes y los estanques a medida que atravesaban las salas, hasta que llegaron a una portezuela de madera que el eunuco abrió sin dificultad. Accedieron a una estancia relativamente amplia cuya antigua fábrica de mampostería había sido invadida por el moho y el verdín. Badr dejó caer un pequeño pestillo desde el interior e indicó a la muchacha un pasadizo que se abría en el muro del lado opuesto. El mismo se sirvió de la antorcha que sostenía para apartar las telas de araña que colgaban del techo abovedado, de altura más que suficiente para Muzna, pero que obligaba al corpulento Badr a caminar encorvado. El eunuco se esforzaba además para sujetar a la muchacha por el brazo a fin de evitar una caída en la resbaladiza galería que, a la vez que descendía de forma acentuada, trazaba una curva no demasiado marcada. A medida que avanzaban, se hacía más audible un ruido sordo, rítmico y constante, que se volvió casi ensordecedor cuando alcanzaron el final del pasadizo y Badr giró la aldaba que liberaba la portezuela.

El agua que caía desde lo alto de la descomunal *assánya* semejaba una lluvia constante que se precipitaba más allá de la estancia en la que se hallaban, sólo un poco por encima del nivel de las aguas del Uadi al Kabir. Badr pensó que en el fondo habían sido afortunados, pues en época de lluvias y de desbordamientos aquella salida habría sido impracticable. Lanzó la antorcha al río entre las palas de la aceña y salieron al exterior, únicamente iluminado por el tenue resplandor de la luna menguante. La distancia que debían recorrer no era muy grande, y había descartado la idea inicial de apostar a alguno de los suyos con un par de mulos en las cercanías, de forma que emprendieron la marcha a pie después de cubrirse con las caperuzas.

Apenas habían cruzado palabra en el trayecto, excepto para transmitir alguna indicación o alguna advertencia. Ni una pregunta por parte de Muzna, que se dejaba conducir limitándose a apoyarse la mano bajo el vientre hinchado. Caminaron junto a la ribera siguiendo la dirección del río, hasta que alcanzaron las proximidades de una *almúnya* que conocía bien, propiedad de un buen amigo, un competente funcionario de la cancillería que, sin embargo, tenía mucho que agradecer a la influencia y los buenos oficios del eunuco ante el emir. El ladrido de un perro en una finca cercana los sobresaltó, y se apresuraron a cruzar el portalón de acceso, que, en contra de lo que dictaba la prudencia, permanecía abierto. No tuvieron que llegar a la casa de campo, situada en el centro de la finca, para encontrarse con su dueño.

–¡Al fin! – los saludó con alivio evidente.

–¿Ha llegado el príncipe con sus hombres?

–Os espera impaciente, daos prisa. Al amanecer deberán estar lejos de aquí, y tú de regreso en el alcázar.

–Te agradezco lo que haces, Saleh.

–Sólo trato de devolver los favores de un buen amigo, a la vez que protejo al

príncipe heredero…

Badr sonrió al percibir la ironía de sus palabras mientras se dejaba conducir al interior. Fueron consientes del frescor de la noche que dejaban atrás cuando sintieron el tibio calor de la casa. El eunuco tomó a Muzna del brazo para cederle el paso a la única sala que se veía discretamente iluminada por el fuego, y permaneció retirado cuando los dos esposos se fundieron en un abrazo emocionado. Muzna hundió el rostro en el hombro de su esposo, feliz por el reencuentro. Cuando alzó la vista se topó con la amplia sonrisa que iluminaba la expresión de Muhammad y volvió la cabeza para seguir la dirección de su mirada.

–¡Adur! – gritó-. ¡Adur, hermano querido!

Se abrazaron casi con violencia, entre sollozos, mientras todos los presentes los contemplaban con una expresión que parecía desmentir la gravedad de la situación. Muzna se limpiaba las lágrimas de los ojos con la manga, como si no quisiera que nada estorbara aquella visión que tanto había anhelado, al tiempo que pasaba sus manos por el rostro y los cabellos del muchacho una y otra vez.

Badr hizo una seña a Muhammad, y ambos se retiraron hacia una de las esquinas de la espaciosa sala.

–¿Sigue encerrado? – preguntó Muhammad.

Badr afirmó con la cabeza.

–Hasta el amanecer no se producirá el cambio de guardia. Para entonces los dos soldados que tan bien te han servido habrán salido de Qurtuba. Les he recompensado con generosidad, y posiblemente se reúnan contigo en los próximos días.

–¿Nadie más conoce tu participación en esto? – inquirió con sincera preocupación.

–Nadie, gracias a tu reacción. Con Mutarrif libre, no habrías podido salir del alcázar, al menos no junto a Muzna. Estas horas te resultarán fundamentales para poner tierra de por medio…

–Badr… insisto. ¿Por qué he de escapar? Hacerlo es reconocer mi culpabilidad…

–Créeme, Muhammad. No te empujaría a hacer esto si no lo creyera imprescindible. Mutarrif ha urdido un plan para lograr que te condenen. En estas horas he conseguido atar cabos con las informaciones que se me habían ido proporcionando, y que hasta ahora no había sido capaz de relacionar. Créeme, esta vez ha ido más lejos de lo que piensas, y lamentablemente no he podido evitar que la primera parte de su conspiración haya sido un éxito.

–¡Puedo defenderme! – se opuso, procurando no levantar la voz.

–Créeme, Muhammad, no debes correr ese riesgo. Tu hermano sufre una obsesión enfermiza contigo. No soporta verte convertido en heredero, no soporta la predilección que tu padre siente por ti… y hará todo lo posible por destruirte. Va a exigir un juicio por la muerte de ese oficial.

–Me prestaré gustoso a comparecer…

Badr rio amargamente.

–Esta vez ese monstruo lo tiene todo bien atado. Sabe quiénes son los jueces que habrían de atender una causa en la que esté implicado el príncipe heredero, y los tiene de su parte…

–Eso no es posible, ¿cómo iba a…?

–¡Mediante coacción, por supuesto! – lo interrumpió-. En los últimos meses ha estado procurándose su compañía, cuando nunca había frecuentado a ese tipo de funcionarios. Poco a poco los ha ido atrayendo hacia su círculo, y créelo, pocos son los que se resisten a disfrutar cié la amistad y de la influencia del mismísimo hijo del emir. Han estado participando en esas zambras que tu hermano gusta de organizar, donde corren el *hasis* y el *alkuhl*, y donde estoy seguro de que han sido inducidos a todo tipo de depravaciones, con esclavas y también con muchachos…

Hizo un gesto dirigido hacia Adur, dejó que sus palabras calaran y continuó:

–Los tiene a todos en sus manos. En un juicio con los testigos adecuados, violaciones tan flagrantes de los preceptos del Qurán no sólo acabarían con sus carreras, sino incluso con sus vidas. Estoy convencido de que puede forzar a otros muchos, alfaquíes y miembros de la *jassa*, a que exijan tu cabeza al emir. Muhammad, tu primera reacción fue la correcta, debes huir, al menos hasta que la situación se aclare y tengas garantías de seguridad para tu regreso.

–¿Y Muzna? ¿Adónde iré con ella a punto de dar a luz?

–Muzna estará bien aquí. Saleh es un buen hombre, y su esposa sabrá cuidar de ella hasta que regreses. Confío en que tu ausencia no deba prolongarse demasiado, sólo lo necesario para que yo sea capaz de… aclarar ciertos extremos ante tu padre.

–Habla con él, hoy mismo…

–Lo haré, pero no puedo acusar a Mutarrif ante tu padre. Aunque el emir esté íntimamente convencido de todo lo que yo haya de transmitirle, no podría aceptar que un simple eunuco, por mucho que ocupe el puesto de *wazir*, tenga la osadía de imputar tales delitos a su propio hijo. Si lo hiciera, se vería en la obligación de encarcelarlo. Debe ser él mismo quien se convenza de la realidad de lo sucedido, de forma que podamos predisponerlo para que te ofrezca su perdón y facilite tu vuelta aunque mil voces orquestadas por Mutarrif clamen justicia. Pero eso me llevará tiempo… y mientras tanto debes refugiarte en lugar seguro.

–¿Ishbiliya?

Badr negó con la cabeza.

–No, Muhammad. Ningún lugar bajo control de Qurtuba es ahora seguro para ti. Las redes que tu hermanastro ha tejido a base de chantajes y favores tienen largas prolongaciones…

–¿Qué me queda, entonces? ¿Huir al monte, un príncipe heredero?

–¿Escucharás lo que voy a decirte sin tratarme de loco?

Muhammad se quedó mirando fijamente a su orondo protector.

–¿A quién voy a escuchar, si no?

–Déjame acabar antes de responder… He estado pensando en ello desde que comprendí cuál era tu situación. Quizá resulte arriesgado, inviable incluso, pero trata de seguir conmigo estos razonamientos, y cuando haya terminado opón todos los argumentos que se te ocurran.

Muhammad asintió intrigado, e indicó con el gesto que nada podía hacer, sino limitarse a escuchar.

–A partir de hoy, a ojos de cualquiera, eres un prófugo de la justicia qurtubí. Eso te coloca en una posición que podría considerarse… equidistante entre el emir y sus enemigos. ¿Qué tendría de extraño que buscaras protección junto a uno de ellos? Los enemigos de mis enemigos son mis amigos, ¿no es eso? Huye a Burbaster con tus hombres, Muhammad, y pide asilo junto a Umar ibn Hafsún. Para él será un triunfo creer que cuenta con el príncipe heredero de Qurtuba entre sus aliados. Si no lo conozco mal, es un hombre orgulloso e incluso algo fanfarrón, y posiblemente no dude en presentarte como su última adhesión, como una nueva señal de que el emirato se desmorona, hasta el punto de que el llamado a suceder a Abd Allah abandona el barco. Querrá utilizar algo así para inyectar una nueva dosis de moral a los suyos.

–¿Y cuando decida volver?

–Negocia con Ibn Hafsún. Gánate su confianza y muéstrate ante él como un emisario interesado en resolver las diferencias que lo separan del emir. Quizás, aun en estas circunstancias, todavía puedas prestar un importante servicio a tu padre, un triunfo con el que presentarte ante él para solicitar su perdón.

–¡Burbaster…!

–Si nuestros informes no mienten, Umar se dispone a pasar el invierno reclutando el mayor ejército que haya reunido hasta la fecha. Su intención es lanzar el ataque definitivo contra la capital durante la primavera. Incluso la cancillería está al corriente de contactos entre Ibn Hafsún e Ibrahim, el emir abasí de Qayrawan. Al parecer, le ha enviado mensajeros con magníficos regalos para entablar relaciones, aunque su único fin es solicitar su ayuda para derrocar a vuestra familia del poder y restablecer también en Al Andalus la autoridad del califa de Bagdad.

–¿Quieres decir que realmente ves peligrar el poder de Qurtuba? – preguntó, alarmado.

–Posiblemente en la próxima primavera haya de librarse la batalla definitiva, y nuestras fuerzas no se encuentran en su mejor momento. Las arcas están vacías, por lo que no puede armarse un ejército capaz de oponerse a las hordas reclutadas por Ibn Hafsún. El emir debe optar por dotar a sus unidades o alimentar a la población. Y ni

hablar del pago a mercenarios… En caso de victoria tan sólo conseguiremos prolongar la situación, aunque si nuestras fuerzas son derrotadas… es mejor no pensar en las consecuencias, pero habrá llegado a su fin el sueño del primer Abd al Rahman, hace siete generaciones.

–Y piensas que yo puedo llamar a las puertas de Burbaster y cambiar el curso de los acontecimientos…

–Los cauces de entendimiento entre Umar y tu padre están definitivamente cerrados. Han sido demasiados engaños y desencuentros, demasiadas ofensas, demasiada sangre. Tú eres el heredero, hijo y nieto de cristianos, como muchos de sus seguidores, y quizás Ibn Hafsún vea en ti la puerta hacia una nueva forma de convivencia en Al Andalus, sin necesidad de desatar la sangría que se producirá si llega la batalla final.

Muhammad apoyó el brazo en la repisa de la chimenea, y descansó la cabeza sobre él. Meditó acerca de su futuro mientras contemplaba las llamas y no se atrevió a mirar a Muzna, que seguía conversando en el extremo opuesto de la sala, hasta que hubo tomado una decisión.

Capítulo 89

Saraqusta

Desde el primer momento, Muhammad ibn Lubb supo que la empresa no resultaría sencilla. Había recurrido a su capacidad de convocatoria para reunir un auténtico ejército con tropas procedentes de toda la Marca, desde las montañas de poniente hasta las llanuras que rodeaban la *madinat* Larida y, al comienzo de la primavera, las había concentrado en torno a las murallas de Saraqusta. Sin embargo, no eran las espadas, las picas, las corazas y los escudos la única impedimenta con la que cargaban aquellos hombres. Amontonados en mulas y carretas, arrastraban palas, picos, mazas, cribas, cubos y capazos, estacas y plomadas, cabestrantes, y toda clase de utensilios propios del oficio de *al banna.*

Había delegado la responsabilidad de las operaciones militares en Mijail, el nuevo jefe de su ejército, y en Lubb, que no se separaba de él. Ambos se encargaban del acomodo de las tropas, de la intendencia y de la planificación del asedio que se disponían a emprender. La primera tarea había consistido en ubicar el emplazamiento de la *mahalla*, y no había lugar para el error en un campamento destinado a alojar a miles de hombres durante un tiempo que se preveía prolongado. Todos estuvieron de acuerdo en la idoneidad de una amplia vaguada por la que discurría el Uadi Uarba. Presentaba una ligera inclinación hacia el río, lo que evitaría el encharcamiento en caso de lluvias, y los árboles de la ribera resultarían útiles para protegerles del sol inclemente que pronto comenzaría a abrasar los descampados. En los primeros días, se trazó el contorno sobre el que habría de alzarse la empalizada, se fijaron los ejes destinados a señalar las vías interiores y se delimitaron con cuerdas y estacas las zonas donde cada unidad podía instalar sus tiendas.

La propia planificación del asedio trajo serios quebraderos de cabeza. Saraqusta seguía el trazado de la vieja ciudad romana, levantada junto al Uadi Ibru mil años atrás, según gustaban de contar los estudiosos. Sus dos ejes transversales marcaban las cuatro puertas de acceso que horadaban la soberbia e inexpugnable muralla. El muro septentrional y el cauce del río estaban separados por una estrecha franja de terreno, no más de cien codos que impedían el acceso hasta el puente a quien no quisiera caer ensartado por los proyectiles que los defensores lanzaban desde lo alto. Eso obligaba a Mijail a cruzar el cauce si quería bloquear el acceso a ese mismo puente desde la margen izquierda, y en ello invirtió todos sus esfuerzos. Durante los diez días siguientes, trabajaron en la construcción del pontón que habría de transportar a hombres y animales hasta la orilla opuesta. Los cordeleros y estereros se ocuparon del trenzado de una soga inmensa, para lo que emplearon enormes

cantidades del cáñamo que crecía abundante en los alrededores, con el objeto de ofrecer sujeción a la barcaza y evitar así que fuera arrastrada por la corriente. Los *najjarín*, entretanto, empezaron a levantar dos sólidas estructuras de madera en ambas orillas, que habrían de actuar como anclaje de aquella maroma, amén de soportar su peso y la fuerza de la barca arrastrada por la corriente. Se requirieron decenas de brazos para halar el cabo y sujetarlo en la orilla opuesta, pero cuando la operación concluyó al fin fue posible trasladar a los centenares de hombres que habrían de encargarse de cerrar y mantener el cerco en el extremo opuesto del puente, sin temor a un aislamiento en la margen izquierda que podría resultar fatal.

Durante esos días, pudo verse a Muhammad en compañía de Ibrahim, su *'arif al banna*, el maestro de obras más reputado en el territorio de la Marca. Recorrieron sin descanso el perímetro de la ciudad, en ocasiones en solitario y en animada conversación, a veces acompañados por el *muhandis*, que con minuciosidad tomaba nota de distancias y cotas. Mandaron hacer catas para determinar la naturaleza del terreno e hicieron desbrozar las zonas cubiertas de ulagas, romeros y retamas. Antes de que la barcaza hubiera completado su primer viaje a través del río, una fila de estacas señalaba ya la futura trayectoria del muro de argamasa con el que Muhammad tenía intención de rodear la ciudad.

La actividad se volvió frenética. Centenares de peones *haffarín* se afanaban en excavar la zanja destinada a albergar los cimientos de la nueva muralla, que habría de prolongarse más de una milla. Todas las carretas disponibles se utilizaron para el trasiego de piedra desde las canteras más cercanas, las mulas regresaban del río con los serones repletos de arena, y los *jayyarín* se apresuraron a levantar los primeros hornos de cal, donde habrían de ser quemados los montones de piedra caliza, que parecían crecer por momentos. Los *najjarín*, una vez finalizada la estructura de sujeción del pontón y los dos embarcaderos, pasaron a trabajar en talleres improvisados con la madera aún sin desbastar que les proporcionaban los *ashsharín*, encargados de aserrar los enormes troncos de pino, que no escaseaban en los alrededores.

Bajo los toldos de lona, se desarrollaba una actividad ininterrumpida que sólo cesaba cuando se ponía el sol. El continuo martilleo, los gritos y las imprecaciones, las voces de los muleros y también las encendidas disputas se detenían poco antes del crepúsculo, cuando la voz del muecín conseguía abrirse paso desde el alminar de la mezquita mayor de Saraqusta a través del aire quedo del atardecer. Entonces se veía a aquellos hombres, mitad soldados, mitad peones, postrarse de espaldas a la ciudad, con el rostro dirigido hacia el cuadrante suroriental del firmamento, donde, según aseguraban los imanes, al otro lado del Bahr Arrum, se encontraba la ciudad santa de La Meca. Con el reparto del rancho en los corros de cada unidad, y la ocasional entrega de un mendrugo de pan amasado y cocido en los hornos recién levantados, se

iniciaba la breve velada, en la que las risas y los cantos se iban apagando en las gargantas de los hombres agotados a medida que el resplandor de las hogueras se convertía en un rescoldo humeante.

El día en que concluyó la excavación de las zanjas para los cimientos, comenzó la lluvia. Se inició con un chaparrón vespertino, aparentemente pasajero, pero siguió arreciando durante la noche, lo que obligó a los hombres a salir de sus tiendas de madrugada para excavar nuevas zanjas menos profundas a su alrededor con el fin de desviar el agua. Al amanecer, muchos grupos se las habían ingeniado para tender lonas entre las ramas más altas de los árboles, bajo las cuales encendieron fuegos para secarse las ropas empapadas. La mayor parte de los hombres afrontaron la jornada tratando de impregnar sus capas con grasa de caballo, reparando las herramientas o, sencillamente, dejando pasar el tiempo tumbados sobre las esteras mientras escuchaban el golpeteo del agua sobre las tiendas.

Muhammad esperó a que la luz fuera suficiente para recorrer el perímetro del muro. Procuró hacer el menor ruido, pues Lubb descansaba todavía después de una noche de sueño interrumpido en varias ocasiones. Tras levantar la lona para comprobar que había suficiente claridad, se cubrió la cabeza y salió de la protección que ofrecía la *haymah*. De inmediato comprobó que sus botas se hundían en el barro, pero atravesó la zona del campamento destinada a los oficiales y respondió al saludo de los centinelas, sorprendidos por su presencia. Caminó hasta toparse con el prolongado montículo que señalaba el lugar donde se abría la zanja, y comprobó que, excepto en las zonas donde el terreno se elevaba, se hallaba anegada por completo. Alzó la vista hacia la muralla de Saraqusta, a unos seiscientos codos, la distancia que sus oficiales habían calculado suficiente para quedar fuera del alcance de cualquier tipo de proyectil. Se encontraba en el camino que conducía a la puerta meridional de la ciudad, frente a las dos torres albarranas que la flanqueaban, y algo le llamó la atención. Sobre el camino de ronda, justo encima de la enorme puerta, un hombre se apoyaba en el pretil. Alguien, aparentemente un esclavo, se situó junto a él con un extraño artilugio similar a un parasol, en este caso para protegerlo de la lluvia, mientras otra media docena de hombres resguardados en sus capas se colocaban a su alrededor. Uno de ellos señaló en dirección a Muhammad antes de iniciar una larga conversación en la que, de vez en cuando, se volvían hacia el campamento o extendían el brazo para abarcar el trazado del foso que rodeaba ya la ciudad.

Muhammad regresó al campamento y entró en la *haymah* después de convocar a Mijail y a su *'arif al banna*. También Lubb se encontraba ya en pie, y un caldero humeante impregnaba el aire del aroma agradable de la primera comida del día. Los cuatro hombres compartieron la reconfortante sopa mientras conversaban.

–¿Al Anqar? – preguntó Lubb.

–Sin duda, no habrá en Saraqusta muchos hombres de su rango con un parche

negro en el ojo.

–¿Crees que te habrá reconocido?

Muhammad negó con la cabeza.

–La luz era aún escasa, y la distancia, grande. Ni yo mismo podía distinguir con claridad sus facciones, aun sin caperuza.

–Habrá tenido un buen despertar -dijo Ibrahim-. Sabe que esta lluvia retrasará semanas la construcción de la muralla.

–¿Semanas? – repitió Muhammad con disgusto.

–No podemos completar los cimientos mientras las zanjas sigan anegadas, y si continúa lloviendo así el agua rezumará durante días. Además, necesitamos un ambiente seco para fabricar la cal.

–¡Demasiado tiempo! Si queremos que se recolecten las cosechas, en unas cuantas semanas habremos de liberar de sus tareas a gran parte de los hombres.

–Quizá podamos compensar el retraso posteriormente, una vez que hayamos terminado la cimentación.

–¿Durante la construcción del propio muro?

–Así es. La apariencia nos trae sin cuidado, tan sólo nos interesa que sea sólido y sirva a nuestro propósito, que no es otro que asegurar la eficacia del cerco.

Muhammad asintió, mientras se llevaba el cuenco caliente a la boca.

–Si liberamos a los canteros de la tarea de dar forma a los sillares y prescindimos del uso de ladrillos, podemos reducir el tiempo prácticamente a la mitad.

–¿Y con qué vas a levantar el muro para conseguir tal milagro? ¿Ni piedra ni ladrillo, dices? – se extrañó Lubb.

Ibrahim sonrió.

–No he dicho que no fuera a usar piedra… es sólo que no lo haría de la forma a la que estamos acostumbrados. Podemos aplicar una nueva técnica muy usada en el sur, ¿habéis oído hablar de la *tabiya*?

Los tres hombres negaron a la vez.

–Se trata de utilizar un molde de madera. Imaginad dos tablas de forma rectangular de no más de dos codos de altura y seis u ocho de largo, separadas entre sí y sujetas por traviesas de la misma medida que el grosor del muro, un codo, quizás. En la parte exterior de esas tablas, unas estacas clavadas en el suelo impedirían que se separaran. Esas estacas sobrepasarían el borde de la tabla, de forma que las de ambos lados pudieran ser atadas con cuerdas, dos a dos, lo que evitaría que el molde se abriera en la parte superior.

Ibrahim comprendió que su explicación no había sido demasiado clara, así que tomó un punzón y trazó un dibujo sobre la tierra apelmazada.

–Sería así, más o menos, ¿lo veis? – señaló-. Queda un hueco de ocho codos de largo y dos de altura que se rellena con una mezcla de cal, cantos y arena, la cual se

prensa antes de que fragüe hasta hacer cuerpo. Después se retiran las estacas y las tablas, y el vano de muro queda en pie.

–¿Y las traviesas? ¿Quedan en el interior del muro?

–¡Bien, Lubb! Esa es la observación que pensaba hacer ahora. – Sonrió-. No, las traviesas se retiran antes de que la mezcla haya fraguado, y los orificios que dejan se ciegan con un enfoscado de cal y arena. Luego sólo hay que repetir la operación sobre esa porción de muro, las veces que sean necesarias para darle la altura deseada.

–¿Y esa mezcla garantiza su resistencia? – preguntó Muhammad.

–Sí, si la proporción de piedra, cal y arena es la adecuada, y si se toma la precaución de clavar varillas de hierro entre un nivel y otro para dar firmeza al conjunto.

La nueva perspectiva y el sabroso caldo contribuyeron a animar a Muhammad, que se levantó con ímpetu renovado.

–¡Pondremos a trabajar de inmediato a los *najjarín*! Necesitaremos decenas de esas tablas, y centenares de estacas y traviesas. La lluvia no debe ser un obstáculo para ellos, y el material podrá estar preparado cuando lo precises.

–Si todo va bien, tendrás tu muro antes del verano -concluyó Ibrahim.

La luna nueva de Muharram hacía de aquella noche la más oscura del mes. De madrugada, el portillo de una de las hojas de la Bab al Qantara, la enorme puerta que comunicaba la ciudad con el Uadi Ibru, se abrió para franquear la salida a dos hombres, que de inmediato se pegaron a la muralla. Durante un instante, contemplaron el resplandor de dos fuegos al otro lado del río, en torno a la empalizada que impedía abandonar la ciudad a través del puente. Sabían que en aquellas condiciones y a aquella distancia resultaban prácticamente invisibles a cualquier ojo, de forma que caminaron despacio en medio de la oscuridad afianzando bien los pies a cada paso. Al entrar en el carrizal que anunciaba la cercanía del río, extremaron la precaución para evitar cualquier ruido que pudiera delatarles: sabían que en noches como aquélla, en la que la vista ayudaba poco, el sentido que más aguzaría cualquier centinela era el oído. Pero incluso el viento del norte había acudido en su ayuda y agitaba de tanto en tanto la abundante vegetación de la ribera. La pequeña barca estaba donde la habían colocado la noche anterior, oculta entre las cañas, y los hombres ocuparon sin contratiempos los dos únicos asientos. Uno de ellos hundió con cuidado el remo para separar el bote de la orilla, y a continuación lo depositó de nuevo sobre el fondo. Preferían dejarse arrastrar por la suave corriente, pegados a las cañas, al menos hasta alejarse lo suficiente como para estar seguros de que los vigías apostados por aquel muladí más allá del final de la muralla no iban a percatarse de su paso.

El segundo hombre ocupaba la parte posterior del bote y manejaba el sencillo mecanismo del timón. A la espalda llevaba colgado el cartucho de cuero que escondía

el motivo de su misión y entre los pliegues de la túnica ocultaba una bolsa repleta de negruzcos *dirhem* de plata, suficientes para proporcionarles dos buenas cabalgaduras. De posta en posta, habrían de atravesar la Península, hasta cumplir con su cometido en la lejana Qurtuba.

Capítulo 90

Burbaster

En sus veintiséis años de vida, nunca se había sentido tan desorientado, inseguro y vacío. El caballo avanzaba solo, y ante sus ojos, fijos en el suelo, tan sólo desfilaban fragmentos de piedra cubiertos de verdín entre el matorral bajo que cubría la mayor parte de aquellas sierras. El primer día habían atravesado las tierras llanas del valle y la campiña, para adentrarse ya en la segunda jornada en las estribaciones de la cordillera que separaba el valle del Uadi al Kabir de la costa. Ahora tenían delante los picos más elevados, entre los que se encontraba la fortaleza de Burbaster, sobre los desfiladeros del Uadi al Jurs.

Si hubiera tenido una meta alternativa, no habría dudado en interrumpir la marcha para dirigirse hacia ella, pero las millas pasaban y en su mente seguía sin definirse un propósito claro, y poco a poco fue calando en él el convencimiento de que, antes de que transcurriera un día más, el destino acabaría conduciéndole al reencuentro con Umar ibn Hafsún. Había tenido ocasión de conocerle en persona, durante su primera estancia en Qurtuba en vida de su abuelo, pero de eso hacía ya casi ocho años, una eternidad. Umar pasaba entonces de los treinta, y él era aún un muchacho casi imberbe, fascinado por las historias que se contaban de aquel nuevo capitán de su ejército. Cinco años más tarde, las circunstancias le habían llevado a luchar contra él en Al Hamma, pero no por ello se derrumbó el mito en que se había acabado convirtiendo. Ni siquiera tras el cruel engaño a su tío, el emir Al Mundhir, había desaparecido aquel poso de admiración, y el gesto de permitir el traslado del cadáver de su enemigo a Qurtuba le convenció de que aquel hombre no era el despreciable diablo que la propaganda oficial se empeñaba en describir. Sin embargo, ahora aquel proscrito reconvertido en caudillo político encabezaba un movimiento que se había extendido sin parar de un extremo al otro de Al Andalus, y que amenazaba las bases del régimen del que, al menos hasta tres días antes, él mismo había constituido una parte fundamental. Al pensar en ello un escalofrío le recorrió el espinazo. ¿Qué hacía allí, a pocas millas del refugio de su mayor enemigo? Se esforzó en repetirse los argumentos que el fiel Badr le había expuesto antes de su partida, pero ahora los encontró absurdos. No obstante, sabía que ya no había vuelta atrás. Si Allah lo había guiado hacia Burbaster, no iba a ser él quien torciera sus designios. Aun así, cedió al repentino impulso de elevar sus oraciones al Todopoderoso. No sabía lo que buscaba con ello, quizás una señal que le apartara de aquel camino, un incidente que le impidiera continuar… pero lo que vio cuando alzó de nuevo la vista fue la silueta recortada contra el sol de poniente de los montes que enmarcaban el castillo de

Burbaster, al otro lado del imponente desfiladero que el Uadi al Jurs había de salvar para encontrar su camino hacia el mar, treinta millas más allá, en la *madinat* Malaqa.

No era prudente internarse en aquellos parajes al anochecer, pues todas aquellas cimas estaban salpicadas por el cinturón de pequeñas fortalezas defensivas y torres de vigilancia que las gentes de Ibn Hafsún habían ocupado a lo largo de los años con el propósito de defender los accesos al corazón de la revuelta. Sin duda a estas alturas algún vigía con vista de halcón habría detectado la presencia de aquel reducido grupo de jinetes que se aproximaban por el camino de Qabra, pero lo que jamás imaginarían -y Muhammad esbozó una sonrisa al pensarlo- era que tenían ante sus ojos al príncipe heredero, quizás el futuro emir Muhammad II de Qurtuba. Ascendieron por una vaguada que se cerraba en el sentido de la marcha, limitada en su lado oriental por una roca que se alzaba a buena altura sobre sus cabezas y en cuya base se abría una oquedad que consideraron apropiada para pasar la noche, protegidos del relente por un grupo de árboles de buen porte. Los restos de un muro de cascotes que obstruían parcialmente la entrada y las paredes ennegrecidas por el humo indicaban que no eran los primeros en utilizar aquel refugio natural. Cobijados por las laderas del monte que los rodeaba, el resplandor de la lumbre sería imposible de divisar desde ninguno de los oteros cercanos, aunque decidieron esperar a que se cerrara la noche para prender las llamas, de modo que el humo no delatara su situación. Atacaron con apetito la carne del corzo que uno de los hombres había abatido y cargado desde el mediodía sobre la grupa y se dispusieron a pasar la noche, no sin antes repartir los turnos de guardia.

Tumbado sobre su estera, contemplando el baile de sombras que las llamas proyectaban sobre aquella pared inclinada que hacía las veces de techo, Muhammad se vio asaltado por una sensación de irrealidad que al instante se transformó en una inquietud sorda y profunda. Hubo de reconocer que el paso que estaba a punto de dar planteaba más interrogantes que certezas, y el riesgo que asumía era evidente. Cuando oía ya la respiración acompasada de sus hombres, sus cavilaciones le condujeron al encuentro con Umar ibn Hafsún, trató de imaginar cuál sería su reacción y comenzó a elaborar el discurso que habría de pronunciar ante él. ¿Y si simplemente lo capturaban como rehén para obligar a su padre a rendir Qurtuba? Experimentó uno de aquellos estremecimientos que lo habían asaltado durante las últimas jornadas, cambió de postura y trató de apartar aquel pensamiento de su mente. Imaginó cuáles serían ahora los sentimientos de su padre, y de nuevo lo dominó la angustia. ¿Qué información le habría llegado sobre los sucesos que lo habían empujado a huir? ¿No estaría acaso Mutarrif aprovechando su ausencia para culminar su plan con nuevas insidias? ¿Qué ocurriría cuando llegara a sus oídos que se había refugiado junto a su mayor enemigo? Incapaz de conciliar el sueño, se incorporó para acercarse a la hoguera, que aún consumía las gruesas ramas de olivo

con que la habían alimentado antes de; entregarse al descanso. Definitivamente estaba equivocado, difícilmente podría justificar a su regreso el paso que iba a dar… No estaba sino proporcionando bazas a quienes buscaban su destrucción. Al amanecer reuniría a sus hombres y les plantearía sus dudas. Más aún, les trasladaría la necesidad de volver… de volver y solicitar el perdón del emir. Empezaba a verlo claro: nunca debió abandonar Qurtuba y dejar el campo libre a Mutarrif. Quizá debió permanecer junto a Muzna durante unos días hasta que todo se hubiera aclarado, hasta tener garantías de que su regreso era seguro, pero huir había sido una decisión poco acertada. Aún no era tarde, sin embargo.

Una repentina sensación de alivio lo invadió y, entonces sí, se dejó arrastrar por el cansancio acumulado durante la dura jornada. Trató de disfrutar de la agradable sensación de bienestar que precedía al sueño, tendido y arropado, escuchando tan sólo el crepitar de las llamas y los ligeros ronquidos a su alrededor.

No creía haber dormido del todo aún cuando algo lo sobresaltó. Abrió los ojos y se extrañó al comprobar que el fuego había consumido gran parte de la leña y que el hombre que había cubierto el primer turno de guardia dormía ya sobre su estera. Dedujo que el causante del ruido que lo había despertado habría sido su relevo, y cerró de nuevo los ojos. Cuando los volvió a abrir, se quedó paralizado. La entrada estaba bloqueada por un grupo de hombres armados hasta los dientes, que se disponían en abanico para cubrir todo el contorno. Consideró echar mano de la espada, que reposaba a su lado, pero habría llamado la atención de los intrusos, de modo que entornó los ojos hasta que sólo pudo entrever sus movimientos quedos, y se dio un momento para pensar. Fue inútil, porque un potente vozarrón los sobresaltó a todos.

–¡Vosotros! ¡Arriba, todos!

En un instante, sus hombres habían echado mano de sus armas y se habían puesto en guardia ante la entrada, con una expresión mezcla de sueño, temor y perplejidad.

–¡Deponed las armas o no habrá piedad para vosotros! ¿Quién está al mando?

Muhammad dio un paso al frente.

–Es extraño -dijo el que había hablado-, pareces el más joven y aun así estás al mando. Es evidente que tus méritos no vienen del tiempo pasado en la milicia.

–¿Quién eres tú? – espetó Muhammad, a pesar de estar seguro de la respuesta. Sabía que en el territorio dominado por Ibn Hafsún no existían bandoleros ni salteadores, por lo que aquellos hombres sólo podían pertenecer a su ejército.

–Mi nombre es Hafs al Mur, lugarteniente de Ibn Hafsún. ¿Habéis oído hablar de él? – ironizó-. No es prudente caminar por estas sierras sin advertir de vuestra llegada.

–No nos hemos topado con nadie.

–Sin embargo, durante toda la jornada de ayer fuisteis observados. No se mueve

un jabalí en veinte millas a la redonda sin que uno de los nuestros perciba el temblor de las ramas -exageró.

–¿A qué se debe este asalto durante la noche? – contestó Muhammad con tono firme.

Hafs le observó fijamente y esbozó una sonrisa.

–No es pequeña tu arrogancia para ser apenas un muchacho -advirtió-. Sólo queríamos asegurarnos de que vais a hacer lo que os ordenemos, que será tirar vuestras armas al suelo, ahora.

–No sería el primer grupo que huye despavorido a plena luz del día al ver acercarse una de nuestras patrullas, o que incluso opone resistencia -aclaró otro.

–No queremos que os hagáis daño -se burló el primero-. ¡Vuestras armas!

A una señal de Muhammad, todos sus hombres obedecieron, y uno de los de Hafs se adelantó para recoger las espadas. De nuevo la zozobra se apoderó de Muhammad. El regreso a Qurtuba se hacía ahora imposible, no sin que antes les condujeran ante Ibn Hafsún para dar las explicaciones oportunas. Su mente comenzó a trabajar, valorando la posibilidad de ocultar su identidad y los verdaderos motivos de su estancia allí.

–Recoged vuestras pertenencias -ordenó Hafs-. Salimos hacia Burbaster.

Uno de los rebeldes se apartó para dejar entrar al centinela, quien, con la cabeza gacha y avergonzado, se dirigió hacia su silla de montar e imitó a sus compañeros, que sujetaban mantas y esteras sobre los serones.

Prepararon las cabalgaduras bajo la mirada atenta de los soldados de Ibn Hafsún, quienes, a pesar de que era aún noche cerrada, parecían dispuestos a emprender la marcha.

Muhammad guardó silencio con la intención de ganar tiempo para improvisar un nuevo plan. Sería preciso pergeñar una identidad, un motivo verosímil para haber llegado hasta allí, y otro más para justificar y permitir su pronto regreso a Qurtuba. Por eso quedó paralizado cuando oyó las palabras que Hafs pronunció a continuación.

–Si nos apresuramos, estaremos en Burbaster poco después del amanecer. Umar tendrá un despertar inmejorable… -aquí hizo una pausa prolongada, antes de continuar con una sonrisa que le ocupaba todo el rostro- cuando se entere de que el príncipe heredero se encuentra dentro de su fortaleza.

Aunque lo intentó, no fue capaz de sonsacarle a Hafs una palabra que le aclarara por qué medios habían obtenido aquella información. Tan sólo uno de sus comentarios había arrojado un poco de luz sobre su origen: «Si crees que hemos llegado hasta donde estamos sin prestar atención a las informaciones que proceden de nuestros enemigos, es señal de que nos minusvaloras», había dicho. El resto de sus preguntas fueron despachadas con silencios. Eso significaba que el aviso había llegado de Qurtuba, pero ¿cómo era posible? Sólo Badr y algunos de los oficiales y

sirvientes más cercanos sabían de su huida, y la mayor parte de ellos ni siquiera conocía su destino. Además, ¿cómo se habrían adelantado a su llegada? Sin duda el enviado había tenido que forzar la cabalgadura para sacarles ventaja.

Apuntaba el alba cuando abandonaron el camino que conducía a Sajrat Hardaris y emprendieron un pronunciado descenso en dirección a los desfiladeros del Uadi al Jurs. A medida que avanzaban, el amanecer se tiñó de un rojo intenso, enmarcando los picos que se alzaban ante ellos y los jirones de nubes que envolvían las cumbres con un halo casi fantasmal. Muhammad no pudo evitar admirar el espectáculo que poco a poco se revelaba ante él, aunque hubo de protegerse los ojos con una mano a modo de visera, cuando el disco del sol asomó entre las peñas. Alcanzaron la confluencia de dos pequeños arroyos, y se desvió de nuevo la marcha, para iniciar esta vez un acentuado ascenso por el valle que se abría a su derecha, de nuevo rumbo al sur. No habían salvado aún la primera media milla cuando, tras un recodo, a través de un claro en la tupida vegetación, se abrió ante ellos la visión de las cumbres sobre las cuales se alzaba la ciudad fortaleza de Burbaster.

Hafs no pudo evitar una sonrisa al ver la cara de asombro de Muhammad y de sus hombres. Ante su mirada, a lo largo de una milla más, se extendía un valle en pendiente salpicado por sencillas construcciones. Entre ellas, centenares de pequeñas terrazas robaban el terreno a la montaña y permitían el cultivo de pequeñas huertas, en las que a esa hora temprana se afanaban ya decenas de ancianos y mujeres, la mayor parte acompañadas por criaturas que correteaban y gritaban a su alrededor. La parte oriental del valle estaba delimitada por una ladera de difícil acceso, salpicada de curiosas formaciones rocosas, ante cuyas oquedades se habían construido plataformas techadas que las convertían en auténticas casas colgantes, entre las cuales sólo las cabras parecían atreverse a ramonear. De la mayor parte de ellas surgían columnas de humo que ascendían a lo alto en medio del aire quieto de la mañana. El ganado pastaba tranquilo por las laderas, decenas de mulas circulaban, tiradas por sus dueños del ronzal, por las estrechas sendas trazadas entre las huertas, y todo ello, con los sonidos de las herramientas, los gritos y las imprecaciones, trasladó a los sorprendidos visitantes la imagen de una aldea populosa en plena actividad.

–En los últimos tiempos, el recinto inicial se ha mostrado insuficiente para albergar a los miles de refugiados en nuestra ciudad -aclaró Hafs ante el desconcierto de Muhammad-. Por eso las viviendas se han extendido hacia la parte baja del valle, fuera de la protección de las murallas.

Continuaron la ascensión sin detenerse, a pesar de que el lugarteniente de Ibn Hafsún recibía continuamente el saludo de quienes se cruzaban en su camino.

–Apenas hay hombres aquí… -se extrañó Muhammad.

–Espera a entrar en el recinto amurallado -sonrió de nuevo, disfrutando al parecer del asombro del príncipe-. Toda la mano de obra disponible se afana en la defensa del

recinto: la tarea de reforzar y prolongar los muros es un trabajo siempre inacabado.

Muhammad alzó la vista en la dirección que Hafs le indicaba y descubrió, parcialmente ocultos entre las copas de los árboles, los remates almenados de una muralla que escalaba la ladera situada a su izquierda, hasta perderse tras el rasante que trazaba en la cumbre y que impedía divisar su final desde la posición que ocupaban.

–No creas que encontrarás aquí a la totalidad de los hombres que siguen a nuestro caudillo. Muchos de ellos engrosan las guarniciones ubicadas en el cinturón de fortificaciones que rodean estas montañas -continuó Hafs orgulloso-. Y aun ésos no son sino una pequeña parte de los que garantizan el control de nuestras ciudades, desde Al Yazira hasta Yayán, y desde Bulay hasta Raya.

Esta vez fue Muhammad quien reprimió la sonrisa. Era evidente que Hafs trataba de impresionarlo, y en aquel momento se asemejaba más al guía de una embajada que al guardián que conducía a un cautivo ante la presencia de su caudillo.

–Estás hablando con el hijo del emir, también oficial de su ejército -respondió con descaro-. No es preciso que detalles el número y la ubicación de vuestros efectivos, forma parte de mis obligaciones estar al tanto.

–Disculpad… Alteza, si este pobre bruto no sabe tratar con la nobleza.

El tono de su voz y las muecas que hizo al hablar despertaron las carcajadas de sus hombres.

Muhammad permaneció en silencio durante el resto del trayecto. Contempló, con curiosidad pero también con el interés propio de su formación militar, cómo el riachuelo que seguían desde el fondo del valle se había remansado en varios puntos mediante pequeñas represas de piedra, tierra y cal, lo que permitía distribuir el agua en distintos niveles, a modo de brazos del cauce central. Era evidente que Ibn Hafsún había contado con la ayuda de competentes constructores, que se habían encargado también de excavar los numerosos aljibes que salpicaban las laderas.

Alcanzaron el punto donde el camino, que hasta ese momento había ascendido serpenteando por el margen derecho de la vaguada, giraba sobre un promontorio hacia la ladera oriental. Al hacerlo quedaron frente a la imponente pared de piedra que cerraba la fortificación de Burbaster en su parte inferior. En ella se abría una sólida puerta defendida por un grupo de hombres armados, que saludaron efusivamente a Hafs y a su partida, a la vez que dirigían miradas de curiosidad hacia los recién llegados. Por su expresión, por los comentarios con voz queda que intercambiaban, Muhammad supo que todos los habitantes de Burbaster estaban ya al corriente de su identidad.

–Umar os aguarda en la alcazaba -anunció uno de los guardias.

En ese momento, una campana comenzó a tañer extrañamente cerca.

–Muchos de nuestros seguidores son cristianos… como ya sabes -añadió con

sorna-. Y, mucho antes de que nosotros llegáramos, aquí ya se alzaba un monasterio habitado por pacíficos eremitas.

Atravesaron lo que parecía ser la entrada de la fortaleza, pero lo que al poco surgió ante ellos fue una enorme mole de piedra natural rematada por una construcción de ladrillo, que constituía la parte más elevada de aquel extraño edificio. Caminaron bordeándolo hacia el norte, y desde aquella nueva perspectiva Muhammad fue consciente de lo que tenía delante. El templo cristiano parecía hallarse completamente excavado en una enorme mole de roca viva, y sólo la cubierta se alzaba sobre ella. Constituía uno de los lados de un recinto cuadrangular; los otros tres estaban formados por lo que debían de ser las dependencias del monasterio. Atravesaron la única entrada al recinto que comunicaba con el patio central y se detuvieron ante la puerta de la imponente construcción.

Se trataba de una basílica rupestre, donde a todas luces seguían celebrando sus oficios los centenares de cristianos que debían de habitar aquella montaña. Muhammad avanzó hacia la entrada. Agachó la cabeza para cruzar el vano y se encontró en una nave tenuemente iluminada, excavada en efecto en aquella mole de arenisca. Lo primero que le vino a la mente fue el trabajo paciente y esforzado de los canteros que habían dado forma a aquel lugar. Avanzó para admirar las tres naves separadas por arcos, el crucero que las comunicaba y los tres ábsides de la cabecera, distanciados del resto por un suave escalón. Un cirio ardía en el ábside central, ante una arqueta que Muhammad supuso destinada al culto cristiano, del que su madre le había hablado en su niñez.

–Debemos darnos prisa, Umar nos espera -reclamó Hafs desde la entrada.

Subieron por una pendiente tan acusada que en algunos tramos se había hecho necesario excavar escalones en la roca para salvar el desnivel. Sólo la juventud les permitió alcanzar sin dificultad el recinto superior, y Muhammad pudo al fin ver de cerca los muros de la fortaleza de la que tantas veces le habían hablado. Desde el fondo del valle habría resultado imposible imaginarlo: abarcaba la totalidad de la altiplanicie que coronaba el cerro, cuya longitud debía de rondar la milla, y su contorno, que se adaptaba a la forma ahorquillada de la meseta, albergaba una auténtica ciudad. Aquí las casas no aparecían diseminadas como en la zona inferior, sino que se arracimaban, dejando entre ellas el espacio justo para el paso de las caballerías. Avanzaron hacia el sur por lo que parecía la calle principal, la más ancha, aunque cualquiera de sus hombres podría haber tocado las paredes de ambos lados con sólo extender los brazos. De vez en cuando, se abrían estrechos callejones que se bifurcaban sin más salida que las viviendas a las que daban acceso. Pronto alcanzaron el extremo suroriental, donde la meseta adquiría cierta elevación, y entonces descubrió el perfil del alcázar de Burbaster.

Un nuevo estremecimiento recorrió a Muhammad. Se encontraba a unos pasos de

la guarida del más temible rebelde que hubiera conocido el emirato, un hombre audaz, intrigante, cruel en ocasiones, al que sin embargo cabía reconocer una inteligencia y una capacidad de liderazgo inusitadas. Miró a su alrededor y pensó que muy pocos hombres en la faz de la tierra habrían podido concitar sobre su persona tantas adhesiones, necesarias todas ellas para dar forma a aquella soberbia ciudad fortificada. Si no hubiera estado dominado por el odio y el resentimiento hacia aquel renegado, sin duda sería admiración lo que sintiera.

El castillo de Burbaster se alzaba en el punto más alto de la extensa meseta, protegido en su extremo noroccidental por una sólida defensa que se sumaba a la que rodeaba todo el recinto. El flanco opuesto no requería tales protecciones, pues colgaba sobre el abismo que se precipitaba casi en vertical hasta las hoces del río. Muhammad consideró el esfuerzo empleado para levantar una construcción como aquélla, donde sólo las mulas habrían servido para arrastrar hasta un lugar tan inaccesible las vigas descomunales o las pesadas planchas de hierro que reforzaban las puertas. Y llevado por estos pensamientos se esforzó por comprender qué era lo que podía impulsar a centenares, miles de hombres y mujeres hacia una vida como aquélla. Qué desesperación debía de anidar en sus corazones para dar el paso, para tomar a sus familias y todas sus posesiones y acudir a la llamada de un rebelde como Umar. Era absurdo obstinarse en pensar que la política de Qurtuba, la de su padre, la de su abuelo, no habían tenido nada que ver. ¿Hasta qué punto las injusticias cometidas por la nobleza árabe, de la que él mismo formaba parte, no eran responsables de que miles de hombres, de un extremo al otro de Al Andalus, se alzaran en armas contra ellos?

Con la sorda inquietud que le producían tales reflexiones, cruzaron los portones detrás de Hafs, ante la mirada atenta de los guardias, que, curiosos, examinaron sin reserva cada detalle de su aspecto: no todos los días se cruzaban en su camino con un hijo del emir al que combatían. En comparación con los oficiales cordobeses, la milicia de Ibn Hafsún constituía una tropa variopinta, cuya única concesión a la uniformidad venía dada por el uso de aquellas prendas y atalajes que mejor se adaptaban a las condiciones de vida entre aquellos riscos. Le llamó la atención la lengua en la que muchos de ellos se entendían entre sí: era el romance común entre las clases bajas de origen hispano, la lengua que había utilizado su madre durante sus primeros años de estancia en Qurtuba.

Descabalgaron en el centro del patio de armas, el punto más elevado de un recinto cuadrangular de algo menos de doscientos codos de lado. La vivienda del wali era un sólido edificio que ocupaba un tercio del espacio, en el inicio de una pendiente orientada hacia el oriente que, tras los muros, acababa por desplomarse sobre el vacío. Descendieron hasta la entrada, que carecía de guardia. Hafs se volvió antes de empujar el portón.

–Entraremos los dos solos -anunció.

Los oficiales de Muhammad cruzaron con él una mirada de inquietud, pero retrocedieron ante su gesto de asentimiento.

La estancia era austera, como cabía esperar, pero sobre los muebles escasos aparecían objetos singulares que sin duda procedían del botín de las muchas correrías del hombre que tenía delante. El rostro de Umar ibn Hafsún se perfilaba contra la luz intensa de la mañana que atravesaba el gran ventanal, que permanecía abierto por completo a pesar del fuego que ardía en el extremo opuesto de la sala. Vestía una túnica oscura de tela recia, como correspondía a la estación, que ceñía con un cíngulo de cuero. Sin embargo, la funda de su espada no colgaba de él, sino que reposaba en un rincón junto a una rica coraza repujada. El caudillo se volvió sólo lo necesario para acompañar con el gesto las únicas palabras que pronunció a modo de saludo.

–Acércate -le dijo-. Ven a ver esto.

El rostro duro y singular de Umar sólo se adivinaba a contraluz, pero Muhammad reconoció aquellos rasgos que años atrás había tenido ocasión de ver en Qurtuba. Bastaron seis pasos para ponerse a su altura, y entonces pudo abarcar con la mirada lo que Umar tenía ante sus ojos. Sólo el sencillo balaustre del ventanal los separaba del abismo que se abría a sus pies, y el estremecimiento del vértigo lo obligó a echar un pie atrás, aunque su vista quedó atrapada por el sobrecogedor paisaje.

–No hay rey, emir ni califa que abra los ojos a cada nuevo día con esta visión de la Creación -dijo sin apartar la vista del perfil de los grandes picos contra el azul del cielo-. Aquí un hombre se siente… más cerca de Dios.

El Uadi al Jurs, en lo más hondo del valle, seguía su cauce con caprichosos trazos, que lanzaban deslumbrantes destellos cuando se alineaban con el sol de la mañana. Sobre algunas de las cumbres cercanas, se divisaban las torres de vigía construidas para defender el lugar en el que se hallaban, tan cerca que uno de aquellos alcotanes que lanzaban sus gritos al vacío salvaría en un instante la distancia, y tan lejos que un hombre emplearía una jornada completa en alcanzar aquellos lugares a pie.

–He aquí mi refugio. ¿Lo imaginabas así?

–Nada es como lo imaginamos -repuso Muhammad con cautela-. Menos aún cuando los trazos con los que en Qurtuba se describe este lugar están tan deformados por…

–¿Por el odio? – se adelantó Ibn Hafsún-. ¿Por el miedo?

–Ninguno de esos sentimientos está ausente en el alma de las viudas y los huérfanos que vuestra lucha ha sembrado.

–Nuestra lucha está causada por un sufrimiento muy anterior. Se remonta a la llegada de los de tu raza y después la de tu propia familia a las tierras de Hispania. Pero no es momento aún de tratar asuntos que podrían enturbiar tu bienvenida -dijo

Umar, que al parecer se reprochaba la deriva de la conversación.

Apoyó los brazos extendidos sobre el antepecho y alzó el índice para señalar un punto en la lejanía.

–¿Ves aquella fortaleza en el fondo del valle, sobre el pequeño promontorio?

Muhammad entornó los ojos y al poco asintió.

–Quizá te guste saber que la mandó construir tu tío Al Mundhir, durante el asedio en el que perdió la vida. Su *mahalla* estaba situada a los pies del promontorio, en la vega, y en ella fue coronado tu padre.

–El emir supo valorar el gesto que tuviste entonces…

–¿Permitir que alcanzara Qurtuba con el féretro de su hermano? – rio-. Nunca sabré por qué lo hice. De hecho me costó la pérdida de uno de mis capitanes más arrojados: no podía permitir que cuestionara mis decisiones ante el resto de mis hombres… aunque probablemente llevara la razón.

Muhammad se volvió hacia él.

–Aquel día tuve la vida de tu padre en mis manos -continuó-. Nada me impedía acabar con ella, horas después de haber sido coronado como emir. El golpe habría sido demasiado duro para ser asimilado en Qurtuba, sin duda habría encendido la mecha de la guerra civil…

–Yo dominaba la ciudad por orden de mi padre -recordó Muhammad.

–Tú aún no eras nadie, tan sólo el sobrino de un emir que ni siquiera había recibido sepultura, el hijo de un emir al que nadie en Qurtuba había tenido ocasión de reconocer como tal. Tus primos y tus propios hermanos te habrían disputado el poder… y quizá todo hubiera terminado ahí. Entonces tal vez hubiera podido evitar toda la sangre que se ha derramado después. Nunca lo sabré.

–Aún no es tarde para evitar el derramamiento de sangre.

Umar se volvió y caminó hasta los divanes dispuestos al fondo de la sala, junto al fuego, sin duda para departir allí con sus capitanes y con los visitantes que merecieran su atención. Tomó asiento, y con un gesto indicó a Muhammad que hiciera lo mismo. Al hacerlo, su mirada se posó en las falanges mutiladas de la mano izquierda de su anfitrión, recuerdo permanente de la batalla de Al Hamma, en la que ambos habían combatido.

–¿A qué has venido, Muhammad? – preguntó con un tono que parecía exigir una respuesta sincera.

El príncipe no respondió de inmediato. Se acomodó frente a su interlocutor y durante un instante dejó que sus ojos se perdieran en las llamas que crepitaban frente a ambos. Al fin levantó la cabeza y enfrentó la mirada penetrante de Ibn Hafsún.

–Ni yo mismo lo sé -dijo, manteniendo el movimiento de negación con la cabeza mucho después de que el eco de su respuesta se apagara-. Supongo que en busca de un refugio que me mantenga a salvo de la ira de mi padre y de las intrigas de la corte.

–No se acude en busca de asilo al abrigo de tu mayor enemigo… ¿Qué me impide hacer contigo ahora lo que debí hacer con tu padre hace tres años?

Muhammad miró a Ibn Hafsún a los ojos.

–Lo mismo que te lo impidió entonces.

Umar esbozó una sonrisa burlona.

–No me sobrestimes… Podría tomarte como rehén y detener cualquier acción de tu padre a cambio de tu vida.

Esta vez fue Muhammad quien respondió con expresión de despecho.

–Lo primero para él es la pervivencia del Estado. No dudaría en sacrificar la vida de uno de sus hijos.

–¿El Estado o su poder personal? En el pasado no dudó en poner en peligro la pervivencia del emirato asesinando a su propio hermano para hacerse coronar.

–¡Eso son maledicencias de cortesanos! Mi tío murió tras una enfermedad que había arrastrado durante meses.

–No discutiré eso contigo -replicó Umar con el mismo gesto que haría para espantar una mosca-. Después de tres años, tu padre ha conseguido convertir aquello en el menor de sus pecados.

Un breve silencio se instaló en la habitación, y Muhammad lo aprovechó para hacer la pregunta que le rondaba desde el súbito apresamiento de la noche anterior.

–¿Cómo has sabido de mi llegada?

Umar sonrió de nuevo.

–Tienes amigos fieles en la corte de Qurtuba.

–¿Badr? – dijo más como una exclamación que como una pregunta.

–Después de la matanza de muladíes en Ishbiliya, recibí su primer correo. Su único interés era explicar el papel que tuviste en aquel momento…

Muhammad bajó la cabeza con aire sombrío.

–Ninguno… ni para bien ni para mal -recordó desazonado-. El asesinato de Ibn Galib para contentar a los Banu Hayay se urdió en Qurtuba, y yo fui informado de su muerte cuando su cabeza ya se paseaba ensartada en una pica por Ishbiliya.

Muhammad escondió el rostro entre las manos al recordar la orgía de sangre en la que se había convertido la ciudad después de aquello.

–Según ese eunuco tuyo… no eres como ellos. – Hizo una pausa y cambió de postura-. Me gustaría tener la seguridad de que es cierto, pero eso sólo lo sabremos en su momento.

Muhammad contempló las llamas, abstraído, con el mentón apoyado sobre el puño cerrado, y mostró un asomo de sonrisa cuando habló.

–¿Badr ha estado manteniendo correspondencia contigo todo este tiempo?

–Al parecer su predilección por ti le impulsó a hacerlo… No es habitual en un eunuco llevar la fidelidad a su amo hasta el extremo de arriesgar su vida.

–Hizo una promesa a mi madre en el momento de su partida, hace ya diez años. Desde entonces ha sido mi sombra, y más de una vez me ha librado de las intrigas del alcázar.

–Tampoco es habitual que un eunuco alcance el cargo de *wazir*…

–No es un… hombre ambicioso. Ahora ya no dudo de que ha usado su enorme inteligencia para alcanzar un puesto de responsabilidad con el único fin de tener en su mano los resortes con los que defenderme.

–Ciertamente es un hombre audaz, tu presencia aquí lo demuestra.

Muhammad asintió, pensativo.

–Badr sabía que me acogerías -dijo tras un instante-. Lo que dudo ahora es que tus motivos sean los que él suponía.

–Ignoro qué intenciones me atribuía, y tampoco deseo conocerlas, porque me importa poco la opinión que mis acciones merezcan en Qurtuba. Abd Allah marcó el devenir de los acontecimientos cuando ordenó la muerte de Ibn Galib, y la determinación que adopté entonces es inmutable. Nunca sabrá, si tú no se lo dices, que el lugar donde empezaron a escribirse su futuro y el futuro del emirato está en las calles de Ishbiliya.

–Entiendo por tus palabras que no vas a retenerme en Burbaster.

Ibn Hafsún negó con la cabeza.

–No tendría sentido. La vida de un solo hombre no tendrá ningún valor en el enfrentamiento que nos aguarda.

Se levantó de su asiento y se dirigió de nuevo al ventanal.

–Cuando llegué aquí con unos cuantos hombres, nunca sospeché lo que nos deparaba el destino. Nuestro movimiento era la voluta de humo de un volcán, pero lo que no podía imaginar es que, soterrado por la autoridad de Qurtuba, bajo los pies de sus soldados, oculto a sus despóticos gobernadores, bullía el magma del descontento. Durante estos años, sólo hemos tenido que darle salida, mostrar el camino a esos súbditos que vivían, y viven, rozando el límite de la dignidad humana. Otros antes que yo recorrieron la misma senda: Musa ibn Musa en el Uadi Ibru, los indomables toledanos, Ibn Marwan en Marida… pero ninguno de ellos llegó adónde nosotros hemos llegado.

Umar parecía hablar para sí mismo, frente al inmenso vacío que se abría a sus pies.

–Y no es mío el mérito -continuó-, sino de los millares de hombres y mujeres que han acudido a nosotros para dar lo que tenían: sus fuerzas, sus bienes, incluso sus vidas y las de sus hijos. Muchos de los que has visto esta mañana son supervivientes de las matanzas de muladíes y cristianos que se han sucedido en los últimos tiempos. Viudas, huérfanos, padres y hermanos de esos mártires, algunos de Ishbiliya, otros de Garnata, que me recuerdan cada día la promesa que les hice al llegar aquí. Su única

razón para vivir ahora es terminar con el régimen sangriento que ha ocasionado su dolor.

También Muhammad se puso en pie.

–Conozco ese odio que describes. Sabes que también existe en el bando contrario, y no es menos virulento: Qurtuba está repleta de huérfanos y viudas. ¿Hasta cuándo vamos a perpetuar este enfrentamiento?

–Las gentes que nos siguen no son responsables de la violencia que durante generaciones se ha ejercido sobre ellas. Por primera vez en sus vidas, sienten que está a su alcance la posibilidad de sacudirse ese yugo, no dejarán pasar la oportunidad. Y confían en mí para conducirles en ese afán. Nunca Allab ni tampoco el Dios de los cristianos se habían mostrado tan favorables ante los ruegos que cada día se alzan desde estas montañas, desde los cientos de templos y mezquitas que salpican Al Andalus. Nunca antes las arcas de Qurtuba habían estado tan vacías ante la imposibilidad de seguir recaudando sus abusivos impuestos; jamás las nuestras habían rebosado como ahora lo hacen.

–Las fuerzas de Qurtuba son aún colosales. Correrán ríos de sangre… ¿y después? Si es mi padre quien obtiene la victoria, la represión será brutal. Aun en el caso de que fueras tú quien… -pareció no querer expresar en voz alta la alternativa-, ¿te harás nombrar emir?, ¿rey?, ¿emperador de Al Andalus? ¿Crees que tus posibles súbditos aceptarán pacíficamente ser sometidos por un nuevo soberano? Morirás de viejo sin ver el final de la guerra civil que se desencadenará. Las clases dominantes árabes, los terratenientes, jamás aceptarán a alguien que carezca de legitimidad para ostentar un trono. Sólo los Umaya tienen…

–Tú eres un Umaya -cortó Umar.

–¿Qué quieres decir?

–No eres como ellos…

Muhammad se sintió mareado.

–¿Me estás proponiendo que traicione a mi padre, al pueblo que me ha jurado fidelidad como heredero…?

–No -contestó Umar tajante, al tiempo que se le encaraba-. El enfrentamiento es inevitable, y lo sabes. Estoy hablando del futuro. Es poco probable, pero quizá tú y yo sobrevivamos a la batalla. Eso querrá decir que el emirato habrá caído y Qurtuba estará descabezada. Entonces te llamaré, y serás el jefe de un nuevo gobierno para Al Andalus, un gobierno que, no tengo duda, acabará con los agravios que hoy sirven para sojuzgar a muladíes y *dimnis*. Tú aportarás la legitimidad dinástica necesaria para ser aceptado por todos, árabes y bereberes incluidos, pero a la vez romperás con el pasado que representa tu padre.

–Si hay lucha, te combatiré, al lado de los míos.

Umar clavó en él la mirada, y un destello de admiración brilló en sus ojos. Apretó

los labios y asintió, con el rostro grave y sereno.

–También yo lo haré, no lo dudes. Aun así, nadie es capaz de adelantar cuáles son los designios del Todopoderoso.

A estas alturas de la conversación, el corazón de Muhammad martilleaba en su pecho. Nunca hubiera imaginado al entrar en la estancia que la conversación iba a tomar aquel rumbo. Aquel hombre arrastraba la fama de intimidar con su sola presencia a cuantos tenían la oportunidad de entrevistarse con él, y era cierto. Irradiaba poder y autoridad, un magnetismo personal que en pocos hombres había observado, ni siquiera entre los embajadores más renombrados que visitaban la corte qurtubí. Quizá la experiencia atesorada junto al canciller de su padre en las complejas relaciones diplomáticas le hubiera resultado de ayuda, pero en cualquier caso el temible Umar se lo estaba poniendo inesperadamente fácil. Sin embargo, la tensión de la entrevista debía de hacerse evidente en sus facciones, y quizá por eso Ibn Hafsún decidió atajarla.

–Aún quedan varias lunas hasta que nos encontremos en el campo de batalla -dijo mientras se dirigía a la puerta-. Entretanto, no veo por qué no puedas disfrutar de nuestra hospitalidad, al menos hasta que se arreglen en Qurtuba los asuntos que se refieren a ti.

El rostro de Muhammad se ensombreció aún más, y su gesto no pasó desapercibido para Umar, que inquirió con la mirada.

–Mi esposa está encinta, a punto de alumbrar a mi primer hijo en una *almúnya* próxima a Qurtuba.

–Entiendo… Sin embargo, poco puedes hacer. Sólo confiar en que las aguas vuelvan a su cauce antes del nacimiento. ¿Para cuándo se espera?

–La *qabila* calculó que para las primeras semanas del solsticio de invierno.

–Después de las celebraciones cristianas por el nacimiento de su profeta… Eso nos proporciona tres, cuatro semanas -calculó Umar-. Intuyo que estarás en Qurtuba a tiempo para tomar en brazos a tu primogénito.

Ibn Hafsún pareció animado de pronto y tiró del pomo de la puerta.

–Ahora comparte conmigo un pequeño refrigerio. Sin duda estarás hambriento.

Capítulo 91

Año 891, 277 de la bégira
Qurtuba

A pesar de que la habitación sólo estaba tenuemente caldeada por un pequeño brasero, las gotas de sudor resbalaban por el rostro de Muzna, y sus nudillos perdían el color cada vez que se agarraba al borde del lecho. Hasta ahora había podido contener los gritos de dolor, y entre sus dientes apretados sólo se filtraban gemidos ahogados, pero sus ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas con cada contracción. La qabila, quien acababa de llegar desde Qurtuba advertida por el dueño de la casa, apenas había tenido tiempo de constatar que las aguas arrojadas por la madre eran transparentes y tenían buen olor, y que la cabeza de la criatura le asomaba ya entre las piernas. La partera maniobró con destreza para colocar aquella naricilla hacia arriba, sujetó la base de la cabeza y aguardó a la siguiente contracción.

–¡Ahora! – gritó-. ¡Empuja!

Esta vez Muzna no pudo impedir que un grito ronco inundara la estancia y, con un esfuerzo supremo que parecía rasgarla por dentro, sintió cómo se vaciaba del peso que la había acompañado durante los últimos meses. Ni siquiera esperó a recuperar el aliento: en medio del inmenso alivio producido por la relajación de sus entrañas, alzó la cabeza para ver cómo la partera efectuaba las primeras operaciones con la criatura, cómo introducía en su boca un dedo regordete y cómo le provocaba el primer llanto. La comadrona alzó la mirada hacia la madre y, sin dejar de limpiar el diminuto cuerpecillo, mostro sus dientes mellados al sonreír.

–Es un precioso varón -anunció.

Sólo entonces Muzna reclinó el rostro sobre la almohada y se abandonó al llanto. Era, cierto, un llanto de felicidad por aquel pedacito de su carne que estaban a punto de colocarle entre los brazos, pero también había pena, angustia y miedo en él. Desde que Muhammad partiera, no había tenido noticias. Únicamente las discretas visitas de Badr le habían permitido mantener la esperanza, pues el eunuco le transmitía las alentadoras nuevas procedentes del círculo más cercano al emir. Supo así que Abd Allah, aunque en un primer momento había montado en cólera, trocó ésta en condescendencia al enterarse de la huida de su primogénito. El episodio de la liberación de Adur y la muerte del oficial habían sido el principal tema de conversación durante semanas en todos los mentideros de la corte, y Badr dejó caer en la corriente de los rumores unas cuantas gotas que les habían dado el tinte más adecuado a sus intereses. Cuando el emir interrogó en persona a los implicados en aquel turbio asunto, recibió retazos de información que surtieron el efecto buscado.

También la opinión de Badr, como antiguo eunuco de Muhammad, fue solicitada. Se mostró renuente a hablar de lo que, dijo sin sonrojo, no eran más que rumores, y sobre todo cuando éstos afectaban a un miembro de la familia real. No tardó Abd Allah en exigirle una claridad total, y sólo entonces habló el eunuco de vagos comentarios escuchados a media voz sobre ciertos preparativos para inculpar al heredero, o sobre ciertos funcionarios aparentemente presionados para doblegar su siempre recto proceder.

El resultado fue una carta en la que Abd Allah otorgaba el perdón a su hijo y le garantizaba que su nombre quedaría limpio de aquellas acusaciones infundadas que Mutarrif se había encargado de propagar. El siguiente inconveniente consistió en dar a conocer el paradero de Muhammad sin levantar sospechas acerca de su propia colaboración, algo en lo que hubo de emplear tres días más. Se hizo preciso enviar una partida que indagara en las aldeas vecinas acerca del paso de un grupo de oficiales. No resultó complicado hacer que los aldeanos confirmaran las sugerencias que escuchaban de boca de algunos de aquellos soldados, bien elegidos y aleccionados por Badr. ¡Muhammad había sido visto camino de Burbaster! Incluso alguien, oportunamente, había oído a uno de los oficiales hablar sobre una próxima reunión con el rebelde muladí… El duodécimo día de Ramadán salió un correo hacia Burbaster que anunciaba el perdón para el príncipe heredero y, encarecidamente, solicitaba su pronto regreso.

La incertidumbre había consumido a Muzna en los últimos días de su embarazo. A pesar del frío invernal, pasaba los días encaramada en la assutáyha, oteando el horizonte en busca de una señal que le advirtiera de la llegada de Muhammad. Había incluso retrasado la respuesta a la llamada del emir, que le recomendaba ponerse en manos de las parteras y los médicos de palacio a la hora de alumbrar a la criatura, su nieto y heredero. El parto la había sorprendido a mediodía, encaramada en lo alto, envuelta en una gruesa capa a pesar de la cual su cuerpo seguía contrayéndose por el frío que le calaba los huesos. No hubo tiempo de regresar al alcázar, ni siquiera de esperar a la qabila que habitualmente atendía a las esposas, a las hijas o a las nueras del emir. Una sensación de quemazón bajó sin previo aviso por sus piernas ateridas, sin dolor, y a continuación empezaron las contracciones.

Un ama de cría del palacio había ofrecido su pecho al pequeño, que, satisfecho, dormía ahora junto al lecho. Al atardecer, alguien llamó a la puerta de la alcoba, y por segunda vez Badr se abrió paso sonriente, acompañado en esta ocasión por un joven desconocido, provisto de los útiles propios de un escribano.

–Es el secretario del registro, debe quedar constancia oficial del nacimiento de vuestro hijo -informó el eunuco.

El dueño de la casa acercó una pequeña mesa que sirvió de apoyo para el grueso pliego de vitela del funcionario.

–No habrá problema para cumplimentar la reseña. Comenzaré por estampar la hora y la fecha de hoy: el parto se ha producido, según se me ha informado, poco después del mediodía, ¿no es cierto? – dijo el escribano hablando para sí-. «A ocho días del final del Ramadán, del año doscientos setenta y siete de la hégira…»

–Ahora su nombre completo. Debería ser el padre quien manifestara su deseo, pero en este caso…

–¡Se llamará Abd al Rahman!

La voz grave de Muhammad los sobresaltó a todos, y Muzna apenas pudo contener un grito. Las voces despertaron al pequeño, que se echó a llorar desconsoladamente. Su padre se acercó, pero apenas le dirigió una breve mirada antes de caer de rodillas junto al lecho para cubrir de besos el rostro de Muzna y murmurar en su oído palabras que sólo eran para ella.

El ama de cría entró precipitadamente, tomó a la criatura en brazos y trató de calmarla. El rostro de Badr, aunque éste ya sabía de la llegada de su protegido, reflejaba una intensa emoción, y también de sus ojos pugnaban por escapar las lágrimas. El funcionario había depositado la pluma junto al pliego y contemplaba pasmado la escena.

Muhammad aflojó la presión de sus brazos sobre el anhelado cuerpo de su esposa y, entonces sí, dirigió la mirada hacia su hijo. El ama de cría se lo acercó cuando se levantaba, lo tomó con gesto torpe entre los brazos y lo atrajo hacia sí para hundir la cara en aquel insignificante cuerpecillo fajado y aspirar así su aroma.

–¡Es mi hijo! – consiguió decir con la voz rota, al tiempo que se lo mostraba a Badr-. ¿Lo ves, Badr? ¡Mi hijo!

Volvió a besarlo mientras se acercaba al lecho y con enorme delicadeza lo depositó en el regazo de su madre. Entonces se volvió, cruzó la alcoba con dos zancadas y se abrazó con enorme fuerza al eunuco. Toda la tensión acumulada encontraba por fin una escapatoria.

El escribano recogió la pluma, aunque hubo de pasarse el dorso de la mano por los ojos antes de escribir. Cuidadosamente, añadió uno a uno todos los ascendientes que componían la filiación paterna, como correspondía al hijo del heredero: «Abd al Rahman ibn Muhammad ibn Abd Allah ibn Muhammad ibn Abd al Rahman ibn Al Hakam ibn Hixam ibn Abd al Rahman.»

–El tercer Abd al Rahman de la dinastía Umaya -murmuró al mojar de nuevo el cálamo en el tintero.

Capítulo 92

Muhammad se sentó, satisfecho, tratando de imaginar la expresión de Onneca cuando recibiese la carta que acababa de entregar para que la cancillería la despachara a través del servicio de correos. Durante varios días, aquel rollo viajaría en su cartapacio impermeable a lomos de los mejores caballos árabes que, de posta en posta, atravesaban la Península para mantener la comunicación entre las coras. Antes de su asedio, el destino habría sido Saraqusta, pero las noticias señalaban que el cerco al que los Banu Musa sometían a la ciudad desde la primavera anterior era invulnerable. Una sombra de inquietud nubló fugazmente su buen humor, pero si por algo se caracterizaba el cuerpo de mensajeros cordobeses era por su pundonor y su empeño. De ahí procedía su justa fama, y sin duda sabrían utilizar rutas alternativas para hacer llegar las misivas a su destino. Pronto lo averiguaría, porque su madre acostumbraba utilizar al mismo correo para devolver el recado y, si todo iba bien, en unas semanas tendría la respuesta.

Pensó en Onneca, en la felicidad que habría de sentir al enterarse del nacimiento de su primer nieto, pero también en su pesadumbre por no poder tomarlo entre sus brazos, y una vez más se sorprendió a sí mismo trazando planes para el reencuentro. Era impensable que la esposa repudiada del emir volviera a poner los pies en palacio, como lo era que el heredero emprendiera un viaje a través de la Península con el único objeto de reunirse con su madre, sobre todo en la situación de zozobra política y militar que se vivía en la capital. Quizás una aceifa contra la Marca Superior… Él sería el más indicado para encabezarla.

Aunque estaba solo, hizo un gesto con la mano para apartar aquellos absurdos pensamientos. ¿Por qué seguir soñando? En las actuales circunstancias, aunque el mismo rey Alfuns cayera con su ejército sobre Tulaytula, el emirato no tendría capacidad de respuesta. Ya se había solicitado la ayuda del ejército desde Saraqusta durante la pasada primavera, cuando dos emisarios arriesgaron sus vidas sorteando el cerco por el río para llevar hasta Qurtuba la petición de Al Anqar. Aún recordaba la expresión de Abd Allah al leer aquel pergamino, una risa llena de sarcasmo que dejaba clara cuál sería la respuesta… o la ausencia de respuesta, en realidad. No, jamás volvería a ver a su madre, al menos mientras el emirato siguiera amenazado por las revueltas y bajo el poder del hombre que la había repudiado. Y entonces, por vez primera, deseó alcanzar ese poder. Por un momento se vio a sí mismo en el estrado del Salón Perfecto, adornado con los atributos del emir, mientras se abrían las puertas cubiertas de oro para dar paso a la embajada de Banbaluna, en la que Onneca, su madre, ocupaba el lugar preeminente. Se vio rompiendo el protocolo para descender los escalones, acudir a su encuentro y allí, en medio del salón más fastuoso del palacio y rodeados por sus más altos dignatarios, abrazarla, alzarla del suelo entre

aplausos, vivas y ovaciones, cubrirla de besos y oír de nuevo su voz, que le susurraba cuánto había esperado aquel momento.

Sueños, nada más. Sin embargo, las palabras de Ibn Hafsún pugnaban por abrirse paso en su cabeza, y por un instante contempló la muerte de su padre como una ventana a la esperanza. Luchó por abandonar aquellas cavilaciones que le hacían sentir reo de traición, y contempló el futuro cierto que la realidad le deparaba: la lucha era inminente, quizá tan pronto como el sol cálido de la primavera acabara con los rigores del invierno, y podía convertirse en el enfrentamiento final que marcaría el destino de todo lo que había conocido. Sólo una luz, pequeña pero brillante, iluminaba el presente, y al recordarla siguió el impulso de ponerse en pie para salir de aquella estancia y encaminarse hacia el *harem*, donde su esposa y las amas de cría cuidaban del pequeño Abd al Rahman.

Desde el primer momento, Abd Allah había mostrado una especial inclinación por aquel niño de piel clara y ojos azules, tan semejantes a los suyos. Por tanto, a Muhammad no le extrañó toparse con el revuelo de sirvientes, eunucos y concubinas que siempre acompañaba a las visitas del emir a las dependencias del *harem*. Si Muhammad no las hubiera conocido al detalle, el llanto del pequeño le habría guiado hasta las estancias privadas donde se hallaba.

Junto a Muzna, que se disponía a amamantar al bebé, su padre miraba al pequeño con una expresión evocadora muy poco habitual en él. Muhammad, desde la puerta, experimentó una reconfortante sensación al comprobar que el emir todavía era capaz de albergar esa clase de sentimientos. Muzna se apercibió de su presencia y le sonrió, y Abd Allah siguió la dirección de su mirada para encontrarse con la de su hijo. Entonces una sombra nubló la expresión risueña de su semblante.

Desde su retorno, habían tenido ocasión de conversar a solas en varias ocasiones y, por tanto, Abd Allah estaba al corriente de cuanto había acontecido desde que diera la orden de liberar a Adur. Muhammad empezaba a sospechar que incluso tenía noticias del papel que Badr había jugado en la huida, pero ninguno de los dos había pronunciado su nombre. Era cierto que su padre le había reconvenido por una actitud que llegó a calificar de pueril, ya que le había llevado a asumir riesgos graves e inaceptables. Muhammad sabía que no sólo aludía a los peligros que podría haber corrido en los caminos que separaban Qurtuba de Burbaster, ni siquiera a la posibilidad de que Umar se hubiera hecho con él como rehén. Por lo que logró colegir de sus reproches, y en este aspecto era evidente que callaba más de lo que decía, se refería a peligros procedentes de la propia corte.

Abd Allah se alzó, posó la mano en la cabeza del pequeño y dejó que su madre se lo acomodara en el regazo. Antes de que hubiera alcanzado la salida de la estancia, los llantos habían cesado, de modo que Muhammad oyó con claridad la voz de su padre.

–Acompáñame -ordenó de forma escueta.

Los dos hombres, separados por apenas dos pasos, recorrieron las galerías interiores del *harem* y atravesaron la sólida celosía tallada que lo separaba del resto del palacio. Abd Allah pareció vacilar, pero se dirigió por fin hacia uno de los corredores porticados que rodeaban un pequeño jardín al aire libre. Con un ademán, indicó a los guardias que se mantuvieran alejados, e inmediatamente oyeron cómo las puertas que daban acceso al recinto encajaban en sus jambas.

Abd Allah caminó lentamente hacia el pequeño estanque central, cuyo único surtidor producía un agradable murmullo. Parecía decidido a tomar asiento, pero las gotas de agua que humedecían la bancada de mármol acabaron por disuadirle. Todavía con las manos entrelazadas a la espalda, se giró y alzó la vista, más que la cabeza, hacia Muhammad.

–¿Ocurre algo, padre? – se adelantó éste.

Abd Allah separó los dedos y se llevó la mano derecha a la barba. Luego movió la cabeza con aire preocupado.

–No te descubro nada que no sepas si te digo que tu marcha a Burbaster despertó en la corte multitud de conjeturas, recelos… temores -empezó, marcando cada palabra-. Incluso a mí mismo me resulta difícil comprender qué te llevó a hacer algo así.

–Sabes que…

–¡No! – cortó Abd Allah con un gesto seco-. ¡No me interrumpas! Bastante difícil me resulta decir lo que tengo que decirte. ¿Acaso te he pedido explicaciones? Todo el mundo en la corte conoce la versión oficial, piensan que yo mismo te comisioné para trasladar una embajada a Ibn Hafsún, y que con tu huida sólo adelantaste el momento de cumplir con mi encargo. Eso es más de lo que la mayoría necesita saber. No ocurrió sino eso.

–¿Cuál es entonces el motivo de tu preocupación? – preguntó Muhammad inquieto.

–Se acaba de presentar ante el primer *qadi* una denuncia contra ti.

–¿Una denuncia? – La sorpresa aportó a su voz un tono extrañamente agudo-. ¿Quién se atreve a denunciar al heredero?

Abd Allah emitió un sonido difícil de interpretar.

–No has de pensar demasiado para responder tú mismo a esa pregunta.

–Mutarrif, no puede ser otro -concluyó con un dejo apagado, a medio camino entre el desprecio y el desaliento-. ¿Y qué es lo que te preocupa? Tú mismo acabas de decir cuál es la versión que vas a defender, una denuncia como ésa no tiene ninguna posibilidad de prosperar si cuenta con la oposición del propio emir.

–Mutarrif ha contado con la ayuda de varios de los mejores juristas de Qurtuba.

–Una ayuda desinteresada, sin duda…

–En cualquier caso, han puesto en marcha un proceso judicial difícil de detener una vez iniciado, por la alta instancia a la que han acudido y por la gravedad del delito del que te acusan.

–Pero ¿de qué demonios…? – empezó Muhammad, ya visiblemente alterado, antes de que su padre le cortara.

–Se han presentado contra ti cargos por delito de alta traición y conspiración para derrocar al soberano.

Muhammad se quedó lívido, pero a medida que asimilaba lo que el emir acababa de decir, el color grana producido por la ira se fue extendiendo por su rostro antes de estallar.

–¿Es que Mutarrif ha perdido definitivamente el juicio? – gritó-. ¡Nunca podrán aportar una sola prueba que sostenga esa acusación!

Muhammad comenzó a ir y venir nervioso por la vereda alrededor del estanque.

–Cálmate -dijo Abd Allah mientras recorría con una mirada furtiva la galería superior que rodeaba el patio-. No conseguirás nada si permites que la zozobra te domine. Es algo que habrás de aprender antes de heredar mi responsabilidad.

–¡Eso si antes no me condenan por traición! – replicó con una risa sarcástica.

–El proceso no tiene ninguna posibilidad de salir adelante…

–¿Pero…? – se adelantó Muhammad alzando la voz.

–Pero es un proceso que ya está en marcha, y deberás defenderte en presencia del *qadi* y de los jueces que le acompañarán en la causa.

–¡No permitirás algo así! Sabes que es una acusación falsa, puedes hacer prender a Mutarrif por ello.

–En ese caso, la carga de la prueba correría de tu parte: deberías ser tú quien probara la acusación de falsedad.

–¿Estás diciendo que vas a dejar que ese malnacido me lleve ante el *qadi*?

–¡El proceso debe seguir adelante hasta que el gran *qadi* dictamine tu inocencia! – Esta vez alzó la voz, molesto-. ¡Ni siquiera el emir está por encima de la *shari'a*!

–¡Sabes que es una acusación falsa! ¡A Mutarrif sólo le mueve el odio, está enfermo de odio! ¿Qué será lo siguiente si ahora no consigue su propósito? ¡Debes parar esto de una vez por todas!

–¡No puedo hacerlo, por Allah! – exclamó el emir, y apretó los dientes con rabia-. ¡Mi autoridad se desmorona, Muhammad, se está propagando el descontento! Ese maldito Ibn Hafsún hostiga a nuestra gente hasta los mismos muros de Qurtuba, la hambruna se extiende, los funcionarios y los soldados empiezan a sufrir retrasos en el cobro de sus pagas… No puedo utilizar ahora mis prerrogativas para darte lo que todos considerarían un trato de favor, pasando por encima de los jueces de Qurtuba. Mi compromiso como gobernante me obliga a preservar, a cumplir y a hacer cumplir la ley. Sólo te pido que te sometas a juicio y demuestres que las leyes de Allah

obligan a cuantos musulmanes habitan entre los muros de esta ciudad. Muhammad, en pocas semanas voy a tener que recurrir a esas mismas leyes para exigir grandes sacrificios. Voy a reclamar de ellos que pongan sus vidas al servicio del emirato. ¿Cómo puedo…?

–¡De acuerdo! ¡Basta! – gritó Muhammad.

Se acercó al borde del estanque e introdujo las manos en el agua para humedecerse el rostro. Luego se oprimió las cuencas de los ojos cerrados con los índices, cubierta la cara por completo.

–¿Cuándo se producirá la vista?

–En no más de una semana…

El príncipe miró a su padre con los ojos enrojecidos por la presión de sus dedos.

–¿Quién te ha trasladado la noticia de la acusación?

–El *sahib al surta* ha acudido al alcázar por orden del *qadi*. Dada la naturaleza del caso, yo debía ser informado. He querido ser yo mismo quien te pusiera al corriente, pero…

–Hay algo más, ¿no es cierto? – aventuró Muhammad, buen conocedor del procedimiento judicial en Qurtuba.

Abd Allah asintió.

–Sabes que ante una acusación de tal gravedad…

–… han ordenado mi detención.

–Respecto a eso, se han atendido mis peticiones -se apresuró a aclarar Abd Allah-. El *sahib al surta* ha accedido a que seas recluido en una de las dependencias del alcázar hasta el día del juicio. De ninguna manera iba a permitir que pisaras la prisión.

–Eso es un consuelo, padre -espetó Muhammad resentido.

Capítulo 93

Habían transcurrido doce jornadas del mes de Sawal y los días apenas empezaban a prolongarse ligeramente. Sin embargo, ni siquiera el frío intenso del amanecer parecía ser un obstáculo para los centenares de cordobeses que se agolpaban frente a los accesos oriental y septentrional de la mezquita aljama, que aún permanecían cerrados.

La noticia se había extendido como la pólvora, y ninguno de aquellos hombres estaba dispuesto a dejar de presenciar un acontecimiento semejante. Las confidencias acerca de cuanto acaecía tras los muros del palacio siempre excitaban la curiosidad del populacho, que rara vez tenía ocasión de ser testigo de primera mano de un enfrentamiento como el que ahora estaba teniendo lugar entre miembros de la familia real. Los funcionarios con acceso al alcázar rivalizaban a la hora de trasladar al exterior los últimos rumores; el *hammam*, los corrillos del zoco y los patios de las mezquitas se habían convertido en mentideros, y durante la última semana el asunto había devenido en el principal tema de conversación, una válvula de escape que permitía olvidar por un tiempo la dramática situación que comenzaba a vivirse entre los muros de la ciudad.

Aquella mañana iba a celebrarse un juicio singular, y la guardia palatina había tomado posiciones a lo largo de la calle que separaba la mezquita mayor del alcázar. Los extremos se encontraban bloqueados por dos cordones de guardias malcarados pertenecientes al cuerpo de *al jurs*, por lo que aparecía desierta. Sólo una doble hilera de soldados con sus picas apoyadas sobre los adoquines daba forma a un corredor que unía la puerta del palacio con el acceso occidental a la mezquita. Aquella puerta de poniente, la que se abría al enorme patio donde se ubicaba la fuente de las abluciones, era la única que se encontraba abierta en aquellas horas previas al amanecer.

La llamada del muecín acabó de romper el silencio, y un desfile de altos funcionarios, militares de rango y miembros de la *jassa* qurtubí comenzó a fluir desde el palacio hacia el oratorio para cumplir con el precepto de la *salat al fayr*. Había que remontarse mucho tiempo para recordar una afluencia a la primera oración como la de aquel miércoles. El espectacular bloque de mármol labrado en una única pieza que se utilizaba como pila para la purificación pronto se quedó pequeño para acoger a los centenares de fieles que franqueaban la puerta del alcázar. El *imam*, algunos *alfaquíes* y los responsables del culto en la mezquita conferenciaban con uno de los chambelanes de palacio junto a la entrada, y a ellos se unió el oficial al mando de la guardia. Sus gestos denotaban preocupación por el posible exceso de afluencia, señalaban a las puertas que aún permanecían cerradas y negaban con la cabeza. Al poco, el capitán de «los mudos» se dirigió a los guardias que custodiaban los accesos septentrional y oriental, y cruzando las manos ostensiblemente con expresión hosca y

decidida les indicó que aquel día ambos portones permanecerían cerrados.

A medida que los asistentes terminaban sus abluciones, se adentraban en el inmenso oratorio en busca del mejor lugar para asistir a la oración y, sobre todo, al juicio posterior, que habría de tener lugar entre el *mihrab* y la entrada a la mezquita a través del *sabat*. Todas las miradas fueron convergiendo hacia aquel punto. Aunque el promotor de la gran ampliación de la mezquita aljama había sido Abd al Rahman II, todos sus sucesores habían contribuido a su culminación y habían dejado su impronta en ella. Muhammad I construyó la *maqsura*, un espacio acotado junto al *mihrab* para asegurar la privacidad y la seguridad del emir, su familia y su séquito durante la oración. El último emir, Al Mundhir, había levantado la sala destinada a la custodia del *bait al mal*, el tesoro de la comunidad, destinado a obras de reparación de la propia mezquita, además de otros usos de carácter piadoso. Y por fin, Abd Allah había concluido el *sabat*, un paso cubierto, privado y seguro, que comunicaba directamente la *maqsura* con el palacio, sobre la calle pública que separaba los dos principales edificios de la ciudad.

Aquella mañana, el emir salvó aquella distancia con paso firme y, desde la pasarela, completamente aislada y protegida por ventanales, tan sólo contempló la luz de los fanales reflejada en el pavimento mojado por el rocío, pero no pudo oír las protestas airadas de los cordobeses a los que en el extremo opuesto se impedía la entrada.

Únicamente los más próximos vieron al emir disponerse frente al *mihrab*, pero sus murmullos bastaron para hacer correr por toda la mezquita la noticia de que aquel día Abd Allah, en contra de su costumbre, había acudido sin la compañía de ninguno de sus hijos. La oración transcurrió con normalidad, v la luz del día comenzaba ya a filtrarse entre las columnas y los bellos arcos lobulados cuando el *imam* pronunció el saludo de despedida.

–La paz y la misericordia de Allah estén con vosotros -respondieron de igual manera los asistentes.

Sin embargo, en aquella ocasión nadie se movió de su sitio. Durante unos momentos, nada sucedió, hasta que el ruido metálico del portón principal anunció la llegada de la comitiva que habría de protagonizar el juicio público. Al frente avanzaba Muhammad ibn Salina, el primer *qadi* de Qurtuba, cuya fama de honradez y probidad lo habían traído desde Qabra, su ciudad natal, para desempeñar un cargo que aceptó con disgusto, ante la imposibilidad de desairar al soberano. Vestía una túnica sencilla, aunque su color azafranado la hacía acorde con su dignidad. La tradición también le obligaba a portar un llamativo turbante, prenda que identificaba a los jueces en toda Al Andalus. Tras el *qadi*, avanzó hasta las cercanías de la *maqsura* todo un séquito de funcionarios que fueron colocándose sobre las esteras alrededor de Ibn Salma, según el papel que desempeñarían durante el juicio. A su izquierda se

sentó el secretario, que, por la tablilla que portaba, parecía dispuesto a hacer las veces de escribano, y a ambos lados eran los testigos instrumentales quienes aguardaban con gesto inexpresivo el momento de acometer su tarea, que consistiría en dar fe de la validez de las actuaciones y de la decisión final. Los alguaciles del *qadi*, que normalmente se encargaban de citar a las partes y mantener el orden durante el juicio, hoy permanecían en una discreta segunda fila, mientras el ujier esperaba el permiso del juez para proceder a llamar a los litigantes.

Muhammad veía ante él, a apenas diez codos de distancia, la nuca de Mutarrif y se preguntaba cómo habían podido llegar las cosas a tal extremo. Un momento antes, en el patio, sus miradas se habían cruzado por primera vez en semanas, y en sus ojos había atisbado un odio profundo. Por fortuna, no habría de enfrentarse a él durante el juicio: de todos era conocida la preferencia de los jueces cordobeses por los testimonios escritos y las pruebas documentales, y no por las declaraciones presenciales de los testigos. Además, eran los procuradores quienes intervenían por requerimiento del *qadi*, y tanto acusado como acusador se convertían así en meros testigos de piedra mientras otros se ocupaban de actuar en su nombre.

Muhammad no había vacilado a la hora de designar a su procurador, y Badr tampoco había dudado un ápice al aceptar la responsabilidad. En aquel momento, sentía junto a él la presencia tranquilizadora del eunuco.

Ibn Salma miró al emir e inclinó levemente la cabeza, y Abd Allah respondió con un gesto de su mano derecha, con el que le invitaba a iniciar la sesión.

–¡Que empiece el juicio! – ordenó.

Muhammad sabía que el proceso sería rápido, y si todo iba bien aquel incidente se habría olvidado en poco tiempo. Volvería junto a su esposa y junto al pequeño Abd al Rahman, y disfrutaría de su compañía mientras los acontecimientos en Qurtuba lo permitieran. Se dispuso, pues, a soportar aquel trance en medio de la multitud silenciosa que abarrotaba la mezquita.

El ujier avanzó un paso y alzó un pliego.

–Adelántese el acusador, príncipe Mutarrif ibn Abd Allah ibn Muhammad.

El interpelado acudió con expresión desafiante frente al juez.

–Que comparezca el acusado -siguió el funcionario-. Príncipe Muhammad ibn Abd Allah ibn Muhammad.

Muhammad sintió la presión de los dedos de Badr en su brazo, y ambos se presentaron ante el *qadi* con la mirada puesta en el muro de la *maqsura*.

–Que Allah Todopoderoso ilumine nuestro entendimiento y nos permita discernir verdad y falsedad, para dictar sentencia según los principios de la ley divina -rogó Ibn Salma con tono solemne.

Después de oír la tímida respuesta que acompañó a sus palabras procedente de las filas más próximas, se colocó delante del eunuco.

–Según los documentos que obran en nuestro poder, se acusa a tu defendido de un delito de alta traición al Estado -empezó-. ¿Reconoce su culpa o por el contrario se declara inocente?

Badr respondió con voz alta y firme, utilizando la fórmula retórica.

–El príncipe Muhammad se declara inocente de cuantas acusaciones se formulan contra él.

El *qadi* asintió para sí entre los murmullos de los fieles y dirigió la mirada hacia el extremo opuesto.

–Que se adelante la acusación y aporte a este tribunal cuantos testimonios y pruebas considere necesarios.

El procurador de Mutarrif, un experimentado alfaquí cuyos hijos habían frecuentado su compañía, se inclinó para recoger un portapliegos que descansaba a sus pies y avanzó hasta el centro del círculo que se había formado ante el *mihrab*. Tomó uno de los rollos y se disponía a iniciar su exposición cuando los sonidos del exterior quebraron el relativo silencio que reinaba dentro de la mezquita. Las cabezas se giraron hacia el fondo de la sala, y toda la atención se centró en lo que parecía ser un tumulto lejano, en el griterío procedente sin duda del otro lado del muro exterior, más allá del patio de las abluciones. Sin embargo, las grandes puertas de acceso al *haram* permanecían aún cerradas tras la oración, de modo que el *qadi* indicó al procurador que debía continuar.

–En presencia de nuestro emir, a quien Allah proteja -realizó una pronunciada reverencia-, y ante el *qadi* mayor de Qurtuba, sometemos a vuestro juicio las pruebas que nos han decidido a presentar esta grave acusación contra Muhammad ibn Abd Allah, príncipe heredero e hijo primogénito de nuestro soberano. Jamás el príncipe Mutarrif habría dado un paso de tal trascendencia si no peligraran la estabilidad y el futuro de nuestro emirato, amenazado por la innoble conspiración en curso que esta acusación pretende atajar.

Extendió el rollo ante el *qadi*.

–Yo, Yahya ibn Abd al Aziz, viejo y siempre fiel servidor del Estado, he sido elegido para exponer ante este tribunal la relación de hechos incontestables que explican, a nuestro entender, el incomprensible proceder del príncipe Muhammad, que le ha llevado a entrar en contacto con el más enconado de nuestros enemigos, el mismo que en este momento amenaza a esta ciudad, el que ha sumido a sus habitantes en la escasez y la hambruna, y el que ha causado la muerte de nuestros mejores soldados.

Un murmullo de aprobación surgió de las gargantas que llenaban el *haram*, y el alfaquí prosiguió con aire satisfecho.

–Umar ibn Hafsún, maldito sea su nombre por siempre, se ha rodeado de la peor ralea de renegados, cristianos, hijos de godos y musulmanes conversos, que nunca

han profesado de corazón la verdadera religión. Sabe agitar sus pasiones y su resentimiento contra nosotros, contra los que trajeron a Al Andalus la luz de la verdadera fe, contra quienes han hecho de nuestra civilización el espejo en el que todo el orbe quiere verse reflejado.

»Y os preguntaréis… ¿por qué un príncipe de Qurtuba, por cuyas venas corre la sangre de los Umayas, nombrado recientemente heredero del emirato, habría de confabularse con un muladí renegado que amenaza la sagrada institución a la que pertenece? La respuesta está ante nosotros, pero muchos no la habíamos sabido ver. Y es que Muhammad nació del vientre de una cautiva cristiana, una mujer a la que nuestro emir hubo de repudiar cuando tristemente comprobó que sus sentimientos hacia el hombre que la había rescatado de su desgraciado destino eran sólo de desprecio. ¡Una mujer que durante su estancia en el alcázar nunca dejó de practicar el culto de los infieles!

De nuevo un murmullo de incredulidad e indignación se alzó entre los presentes.

–Como lo oís, hermanos -continuó-. Durante años esa mujer acudió a la iglesia de San Zoilo en compañía de su padre, también cautivo, para participar en las nefandas ceremonias de los politeístas. Una mujer que en el momento de ser desposada había abrazado el islam. ¿Sabéis con qué pena se castiga el delito de *zandaqa*?

La respuesta fue unánime.

–Vosotros lo habéis dicho, la herejía comprobada merece la muerte. Sin embargo, el entonces príncipe Abd Allah, de forma magnánima y en consideración a su condición de *umm Hallad*, decidió recurrir al repudio y permitirle el regreso a su tierra de origen. El odio de aquella mujer, Onneca, había anidado en su corazón cuando el buen emir Muhammad aplicó la justicia del Estado sobre quienes se rebelan contra él. Pretendía que se dejara sin efecto la sentencia contra su tío Mutarrif, de los Banu Qasi, en razón de su parentesco, y nunca perdonó a nuestro emir que no intercediera por las vidas de aquellos rebeldes.

»Sin embargo, con el repudio y la expulsión de Qurtuba no terminó su perversa influencia sobre el príncipe, pues durante estos años ambos han mantenido una frecuente correspondencia, en la que sin duda Onneca ha seguido alimentando el rencor del príncipe hacia su padre.

–Una afirmación, esta última, difícil de sostener -interrumpió el *qadi*-, pues nadie ha violado la correspondencia del príncipe, ¿no es cierto?

Mutarrif y su procurador intercambiaron una rápida mirada.

–Era tan sólo una conjetura muy probable.

–El procurador debe abstenerse de utilizar conjeturas que no sea capaz de probar.

–Pretendemos tan sólo remarcar el apego del acusado hacia una madre que nunca abandonó la falsa religión politeísta. Un apego que ha seguido demostrando al escoger a otra esclava vascona y cristiana como esposa. De igual manera, los

recientes y oscuros acontecimientos en la prisión del alcázar durante los cuales varios soldados cordobeses perdieron la vida estuvieron originados por el empeño del acusado en liberar a otro esclavo cristiano.

Yahya guardó silencio durante unos instantes, para dejar que sus palabras calaran entre los asistentes y en el propio *qadi*, que permanecía atento e inexpresivo. En ese momento, un estruendo seguido de una algarabía ya perfectamente audible se abrió paso hasta el interior de la mezquita. El desconcierto en los rostros empezaba a ceder a la preocupación, pues sin duda lo que llegaba a sus oídos no eran sino los sonidos de una algarada en el exterior.

Yahya decidió continuar sin dilación, pues se acercaba al momento clave de su argumentación y de ninguna manera podía arriesgarse a que le interrumpieran. Se volvió rápidamente hacia Muhammad, para constatar la tensión y la ira de un hombre obligado a escuchar aquellas acusaciones sin intervenir.

–Tras aquellos sucesos, que no son objeto de este juicio -prosiguió mirando aún al príncipe-, Muhammad abandonó Qurtuba. Quizá muchos de los presentes no conozcan su verdadero destino, quizá piensen que las noticias que les han llegado son sólo habladurías. Pero no, no lo son. Podemos presentar las pruebas -y al decir esto extrajo dos nuevos rollos de su portapliegos- que confirman un hecho sin precedentes, escandaloso. Aquí hay dos testimonios totalmente dignos de crédito, y sus autores estarán dispuestos a prestar juramento ante este tribunal si se considera preciso. El primero es el de uno de los guardias de la prisión del alcázar, que pudo oír cómo el acusado informaba al esclavo liberado de su intención de viajar hasta Burbaster, donde no tendría que temer a la justicia del emir.

Muhammad hizo ademán de levantarse, pero la mano de Badr sobre su brazo se lo impidió.

–El segundo testimonio… ¡no es sino la confirmación de la conjura! – exclamó Yahya esgrimiendo el pliego desenrollado-. Uno de los oficiales que acompañaron a Muhammad hasta Burbaster, uno de los que convivieron con él en el refugio de Ibn Hafsún durante aquellos días, el testigo del trato deferente que el renegado dispensó a su nuevo aliado, y el hombre que escuchó de boca de los rebeldes la intención de Muhammad y de Ibn Hafsún de acabar con el poder de Abd Allah. Sí, hermanos… ¡acabar con el emirato y con la sagrada religión del islam! Imponer un nuevo orden en el que los hispanos, que hasta ahora habían convivido pacíficamente con los árabes, tomen las riendas del poder para poner fin a los supuestos agravios que aseguran padecer. ¡Ese es el verdadero motivo del viaje de Muhammad al nido del renegado! Entregarle Qurtuba a cambio de ostentar la corona en el nuevo tiempo. ¡Ése es el motivo que sustenta la acusación de alta traición del príncipe Mutarrif!

Un coro de voces airadas estalló en el interior del *haram*. Los gritos de «traidor», «justicia», las peticiones de muerte incluso, se extendieron por doquier, mientras la

muchedumbre trataba de acercarse al centro de la sala para expresar su indignación.

El *qadi* habló, y el deseo de oír sus palabras contribuyó a tranquilizarlos.

–Es el momento de escuchar a la representación del acusado. Puede oponer los argumentos para su defensa.

Badr se alzó, pero Muhammad también lo hizo. Tomó al eunuco por el brazo y con una mirada le conminó a regresar a su asiento. Luego se adelantó, esperó a que de nuevo se hiciera el silencio, y alzó la voz con decisión.

–Cuantos argumentos se han expuesto son falsos o malintencionados, conjeturas cuya razón de ser no es otra que la manifiesta animadversión que mi hermano siente hacia mi persona, exacerbada después de mi nombramiento como heredero. No hay pruebas que sostengan ninguna de las acusaciones realizadas, y es de temer que los testimonios aportados no hayan sido obtenidos en ausencia de coacciones o amenazas. Solicito del *qadi* la práctica del juramento, tanto de los testigos citados como por parte de mi persona.

En ese instante, la puerta del *haram* más próxima al muro occidental se abrió con estrépito y un grupo de soldados encabezados por el *sahib al madina* accedió al interior. El *sahib* atravesó la sala con rostro grave y se abrió paso entre la multitud que rodeaba el *mihrab*. Con un gesto indicó al *qadi* que se acercara a él, y juntos accedieron a la *maqsura* donde Abd Allah, sentado en un sólido sitial, estaba siguiendo el juicio. La apertura de las puertas para franquear la entrada del responsable del orden público permitió oír el inconfundible entrechocar de las armas y los sonidos de la lucha que se producía a pocos codos de la mezquita. Si alguna duda cabía de lo que sucedía fuera, un intenso olor a humo invadió el aire del interior.

–Majestad -empezó el *sahib* cuando el emir le dio permiso para hablar-, se están produciendo graves incidentes en los aledaños de la mezquita. Una multitud enfurecida ha tomado las armas cuando se les ha prohibido la entrada.,

–Tú eres el responsable de mantener el orden, dispones de un cuerpo propio de guardias armados, cumple con tu deber -espetó el emir.

–Es lo que hemos hecho, Majestad, y sin embargo nuestras fuerzas se están demostrando insuficientes. Hemos recibido el apoyo de la propia guardia del alcázar, pero la multitud parece haber enloquecido. Media ciudad, pertrechada con todo tipo de armas, pugna por acceder al interior de la mezquita.

–¿Con qué intención? – inquirió Abd Allah.

–Me temo que sin una intención clara, majestad. Llevamos semanas con los ánimos exaltados, la falta de suministros ha hecho crecer el descontento, y la prohibición de entrar a la mezquita para asistir a este juicio ha sido la chispa que ha hecho estallar la revuelta. Estimo prudente aplazar el juicio y evacuar la aljama.

Abd Allah sopesó el gesto afirmativo del primer *qadi* antes de dar una respuesta.

–Procede a organizar la evacuación de la mezquita a través de la puerta occidental

que comunica con el alcázar. Los ministros y otros altos funcionarios pueden acompañarme por el *sabat*. Respecto a la revuelta, utiliza los medios que el Estado ha puesto en tus manos y ponle fin de inmediato. Recurre al toque de queda si es preciso. Tienes hasta la puesta de sol para hacer tu trabajo… Si fracasas considérate relevado en tu cargo.

El séquito del emir se dispuso a recorrer el camino de vuelta hasta las seguras dependencias del alcázar, mientras el *qadi* regresaba a su sitio.

–Con la anuencia de Allah, El que todo lo puede, el juicio se reanudará mañana tras la *salat al fayr*. Se iniciará la vista con la declaración y el juramento del acusado. Los testigos deberán estar presentes para valorar su idoneidad y obtener su juramento. Se permitirá a la acusación la presentación de nuevas pruebas que vengan a reforzar la declaración de sus testigos. Hasta entonces, el acusado deberá ser de nuevo recluido.

Capítulo 94

Badr se había mostrado tranquilo durante la visita vespertina a Muhammad, y había sabido transmitirle su confianza: a la mañana siguiente sin duda escucharía la absolución que esperaban. Así había interpretado el eunuco la actitud, los gestos y las palabras del *qadi*, que no habría de aceptar los argumentos inconsistentes de Mutarrif. Sólo la práctica del juramento, si es que los testigos no se echaban atrás en el último momento ante un acto de tal trascendencia, aportaría algo de solidez a sus acusaciones. Pero, aun en ese caso, el juez se vería obligado a valorar la calidad del juramento del príncipe frente al de un guardia y un oficial. No podía negar que la elocuencia de aquel alfaquí había logrado predisponer a los cortesanos y funcionarios contra el príncipe, o más bien a favor del emir supuestamente amenazado que los había nombrado. Pero lo que había llevado a Ibn Salma a ocupar el cargo de primer *qadi* era su reconocida integridad, y Badr estaba convencido de que no se dejaría influenciar por la opinión dominante.

Habían albergado dudas de que el juicio pudiera reanudarse en caso de que persistiera la revuelta, pero al parecer el *sahib al madina* se había empleado a fondo, y antes del mediodía los cabecillas más activos estaban detenidos o descalabrados, cuando no muertos a lanzazos.

Poco antes del anochecer, el eunuco abandonó la estancia, y Muhammad se tendió sobre el camastro, absorto en los acontecimientos de aquella mañana, hasta que el sueño acabó por apoderarse de él. Despertó sobresaltado cuando oyó el chirriar de la cerradura. Uno de los guardias que permanecían apostados en la galería contigua descendió los escalones que salvaban el desnivel con el suelo de la estancia. Se encontraban en una amplia habitación de uno de los torreones del sector meridional del alcázar, únicamente iluminada por la luz del atardecer que se colaba por dos troneras ideadas para evitar que un hombre pudiera colarse. El interior, sin embargo, disponía de ciertas comodidades en atención al rango del detenido. Además de la litera, de un diván y de una reducida chimenea, una pequeña mesa había permitido a Muhammad despachar la correspondencia, y ahora era utilizada por el guardia para depositar la tablilla con lo que había de ser su cena: una escudilla de sémola con carne y verduras, además de una generosa ración de pan.

Muhammad apenas intercambió unas palabras con el improvisado carcelero, que recogió el bacín con sus orines y subió los cuatro escalones para depositarlo en el suelo del corredor. Antes de que la puerta volviera a cerrarse, se oyeron pasos y las voces de varios hombres. Hasta ese momento, Muhammad había permanecido adormilado, pero todos sus sentidos se pusieron alerta cuando reconoció el timbre de una de ellas. Desde el camastro no alcanzaba a ver el exterior, pero percibió sin problemas las objeciones de los guardias y el tono imperativo de Mutarrif, que en un

instante se encontraba en lo alto cié la escalinata con expresión triunfal.

Muhammad se puso en pie al ver que su acusador descendía los escalones con inusual lentitud y los ojos extraviados y demasiado brillantes. Lo acompañaron otros dos jóvenes oficiales, tan ebrios como él, mientras el resto aguardaba en el exterior junto a los acobardados guardias.

Mutarrif se acercó en exceso a su hermanastro, con la mirada fija en su rostro, y esbozó una sonrisa.

–Podéis cerrar esa puerta -ordenó sin volverse-. No son precisos más testigos para esta conversación.

–¿A qué has venido? – preguntó Muhammad, firme.

Mutarrif rio.

–Pregunta que a qué he venido… -dijo a sus acompañantes mientras rodeaba a su hermanastro en actitud de desafío-. Vengo a darme la satisfacción de ver al príncipe heredero enclaustrado en una celda. A todos nos gusta disfrutar de un trabajo bien hecho.

–Apenas puedes articular palabra -replicó Muhammad incapaz de disimular su desprecio-. Apestas a vino.

–¡El virtuoso Muhammad! – exclamó con una risa sarcástica-. ¡El preferido del emir todavía se permite hacer reproches…!

En realidad empezaba a creer que nunca podría sorprenderlo en falta. Ni el vino, ni las esclavas… ni siquiera ha dejado de observar el culto, el malnacido…

Mutarrif seguía buscando el apoyo y la burla de sus camaradas.

–¿Acaso esa puta cristiana que tienes por esposa te da todo lo que necesitas?

Muhammad apretó los puños en un esfuerzo por controlar el impulso de abalanzarse sobre él mientras los tres reían a carcajadas.

–Deberíamos probarla, ¿no os parece? – continuó Mutarrif a la vez que se llevaba la mano a la entrepierna-. Quizás esta noche… ¡el príncipe no puede atenderla como debiera!

–Vete de aquí, Mutarrif -se obligó a decir con la mandíbula en tensión-. No sabes lo que haces… No sabes lo que dices.

–Lo sé muy bien… hermano -dijo, separando las sílabas al pronunciar la palabra-. Sé que ahora has sido desenmascarado. Toda la corte, Qurtuba entera, sabe que eres un miserable traidor, un hijo de *dimni* en busca de venganza. Lo que ha dicho Yahya en la mezquita es la verdad: nos odias, y harías lo que fuera para destruirnos. ¿No es así, perro?

Mutarrif se volvió con rapidez, y acompañó el insulto con un golpe inesperado y furioso en la boca de Muhammad.

–¿No respondes? – siguió gritando-. ¡Miradlo! Ni siquiera se molesta en negar la evidencia.

Un hilo de sangre se deslizó desde los labios de Muhammad hasta empaparle la barba. Su respiración entrecortada, el rostro enrojecido, las venas hinchadas en el cuello, revelaban el estado de extrema agitación en que se encontraba, pero también el esfuerzo a que se obligaba para no responder a la provocación evidente.

–Sal de aquí y llévate a sus hombres, Mutarrif -dijo despacio-. Lo que haces va a costaros muy caro, a ti y a ellos.

–¡Deja de decirme lo que debo hacer! – aulló, fuera de sí-. ¡No vuelvas a tratarme con ese aire de autoridad!

Mutarrif había comenzado a caminar en círculos, negando continuamente con la cabeza, con los ojos inyectados y una expresión propia de un demente.

–No… Ibn Salma debió terminar lo que había comenzado. Todos lo han visto, han comprendido cuál es tu juego y han dictado sentencia en sus corazones. Tras el alegato de Yahya, la mezquita entera habría estallado en vítores de haber escuchado tu condena a muerte. Pero la ira del populacho y la cobardía del emir les han privado de ello… ¡nos han privado de ello!

Muhammad, con todos los sentidos alerta, contemplaba a aquel ser frustrado, enloquecido por el odio y envalentonado por el licor. Volvió rápidamente la cabeza para comprobar que los dos esbirros se encontraban a su espalda, a ambos lados de la escalinata. La puerta ahora se hallaba cerrada, pero sabía que no habían corrido el pasador. Fuera esperaba el resto del grupo de Mutarrif, ignoraba cuántos, y sólo dos, quizá tres vigilantes. Pensó en gritar, pero ante la inferioridad de los guardias habría resultado inútil. Dos hombres bloqueaban el camino hacia la puerta, y su hermanastro se encontraba frente a él. Su única esperanza residía en hacerle entrar en razón, pero el brillo del estilete que sostenía en la mano derecha le heló el corazón. Cuando Mutarrif se abalanzó sobre él alzando la daga, sólo tuvo oportunidad de dar un paso atrás en dirección a la puerta, pero uno de los esbirros interpuso una pierna en su camino. Sin ninguna posibilidad de mantener el equilibrio, Muhammad cayó hacia atrás y la base de su cráneo se estrelló contra el borde del escalón de piedra. Mutarrif, completamente enloquecido, se arrojó sobre el cuerpo inconsciente de su hermano y blandió la daga sobre su pecho, pero la mano de uno de sus hombres lo detuvo. Alzó la vista sorprendido, y encontró un rostro que negaba con la cabeza.

–Así no… -se limitó a decir el oficial con rostro inexpresivo-. Sólo ha sido un accidente.

Mutarrif comprendió al instante, y un nuevo brillo destelló en sus ojos. Recorrió la estancia con la mirada y se levantó cuando descubrió lo que buscaba. Se acercó al diván, cogió uno de los cojines que reposaban encima y regresó para colocarse sobre el cuerpo inconsciente de su hermanastro. Con la fuerza del odio acumulado durante años, le oprimió la almohada sobre su rostro hasta que toda la piel adquirió un tono amoratado. Mantuvo la presión con la respiración entrecortada y sibilante, y sólo

cedió cuando por fin sintió que el cuerpo se relajaba por completo. Entonces, gradualmente, sus dedos comenzaron a perder la tensión, el cojín cayó a un lado y en ese momento las facciones de Muhammad aparecieron ante él. Levantó lentamente las manos, abiertas y con las palmas hacia arriba, y se las miró durante un instante, mientras una mueca de horror se dibujaba en su rostro. Entre los dedos enrojecidos, sus ojos desmesuradamente abiertos veían la cara sin vida de Muhammad, y sólo entonces la terrible realidad empezó a abrirse paso en su mente enloquecida y extraviada.

Capítulo 95

Badr terminó de revisar el escrito antes de lacrar el pergamino. Era breve, pero ¿qué más se podía decir?, pensó con el cálamo todavía entre los dedos. No pudo evitar imaginar la reacción de Onneca al recibir aquel correo, y de nuevo la angustia le atenazó la garganta. Decidió leerlo una última vez, por si cabía la posibilidad de añadir algún detalle que aliviase el dolor inevitable que causaría. Un tibio sol que anunciaba la llegada de la primavera se colaba a través del ventanal, y el eunuco se colocó de forma que los rayos se proyectaran sobre el pliego. Comenzó allí donde sabía que los ojos ávidos de Onneca se posarían para llegar cuanto antes al motivo de la carta.

… en el trance más angustioso de mi dilatada existencia, debo decir que te he fallado, os he fallado. Cuando partiste de Qurtuba, te juré que protegería la vida de tu hijo, y no he sido capaz de hacerlo.

Muhammad ha muerto.

He postergado el momento en que debía cumplir con mi deber hasta verme capaz de dominar mi propio dolor, pero ese día no ha llegado. En descargo de mi conciencia debo decir que, desde vuestra marcha, Muhammad ha sido el motivo de todos mis desvelos, cuantas decisiones he tomado han ido encaminadas a garantizar su bienestar y a protegerlo de cuantos peligros lo amenazaban. Pero he fracasado, y lo que me causa mayor dolor es que el daño ha llegado de donde más temía. Fue Mutarrif el causante de su muerte, está encarcelado por ello, pero eso no me proporciona el más mínimo alivio en el profundo dolor que me embarga. Cometí el error de considerar a Muhammad como el hijo que nunca tuve, y por ello mi aflicción es la misma que la de un padre que no ha hecho lo suficiente para proteger la vida de su vástago.

Si algún consuelo puedes albergar en tu corazón después de recibir esta carta, es que una parte de Muhammad y una parte de ti siguen vivas en el pequeño Abd al Rahman. Ausente el heredero y encarcelado Mutarrif, el emir Abd Allah parece haber volcado todo su interés en él. Junto a su madre, ha sido trasladado a las estancias privadas del emir, donde ambos disfrutan de todas las atenciones. También para Muzna ha sido un golpe dramático, y se encuentra enormemente afectada, aunque es una mujer fuerte, acostumbrada a los duros trances de la vida. Parece haberse refugiado en el cuidado de su pequeño y confío en que se sobrepondrá a la pérdida de Muhammad.

Sólo deseo que seas capaz de sobrellevar con bien el lacerante dolor que

este correo ha de causarte, y que algún día podáis perdonar a este pobre eunuco, que no merecía la confianza que depositasteis en él…

Conocía bien el resto, y ya se le había hecho bastante difícil leer las últimas líneas. Se aseguró de que la tinta estuviera completamente seca y procedió a calentar el lacre con el que sellar el rollo. Sólo quedaba entregarlo a su secretario, que aguardaba para enviarlo con la valija del correo de palacio. El mismo se había encargado de aleccionar al joven mensajero que cumpliría el encargo.

También, esa misma mañana, había rubricado su renuncia al cargo de *wazir*, al que había accedido con el único interés de velar por Muhammad. Quedaba Muzna, pero estaba seguro de que ella comprendería sus motivos.

Esperó a que el secretario abandonara la estancia con los dos pergaminos entre las manos y se dirigió hacia el enorme armario de taracea que ocupaba la pared frontal del despacho que había ocupado en los últimos años. Introdujo la mano entre los pliegues de su túnica y extrajo de un fondillo una pequeña llave ennegrecida que introdujo en la cerradura. Abrió la puerta y tomó el objeto que, totalmente fuera de lugar, descansaba en el anaquel central. Con calma y determinación, caminó hasta el ventanal que se abría sobre uno de los jardines interiores del palacio y abrió las dos hojas. En el exterior, un balaustre de mármol adornaba la balconada, y fue allí donde sujetó la maroma. Se había asegurado de conseguir una soga lo bastante fuerte para soportar su peso, un peso que le garantizaba que el final sería rápido. Se pasó el lazo por la cabeza y se ajustó el nudo sobre la garganta, antes de alzarse sobre el taburete que le permitiría salvar la balaustrada.

Sus últimos pensamientos fueron para Muhammad, con quien se reuniría en un instante. Rogó a Allah el perdón por lo que estaba a punto de hacer y después se dejó caer. A su alrededor sólo se notó una fuerte vibración cuando la soga llegó al final, como si alguien hubiera pulsado la cuerda de un laúd, y el cuerpo del eunuco con el cuello quebrado se balanceó durante unos instantes antes de quedar definitivamente inmóvil.

Capítulo 96

Saraqusta

Sahra aún respiraba fatigosamente cuando tiró de la cálida manta que yacía a los pies del lecho. El sudor cubría la piel de ambos, y el frío del atardecer le hizo vencer aquel agradable sopor para cubrir sus cuerpos desnudos. Tumbados bajo las pieles, se miraban a los ojos, mientras Sahra acariciaba con suavidad la barba que ella misma había recortado.

–Nos tenemos el uno al otro, Muhammad. Y tenemos a nuestros hijos. ¿Por qué empeñarnos en seguir con esto? Pronto se cumplirá un año desde el inicio del asedio…

Muhammad se limitó a esbozar una leve sonrisa y le apartó el cabello de los ojos almendrados.

–Podría dibujar cada rasgo, cada pliegue de tu rostro -dijo mientras le deslizaba la yema del índice por las comisuras de los labios-. Se hace más bello cada día que pasa…

Sahra sonrió también.

–¿Por qué nunca respondes cuando te hablo de…?

Muhammad le colocó el dedo sobre los labios y la obligó a guardar silencio. Una vez conseguido su propósito, lo deslizó por la barbilla, el cuello, y llegó al inicio de sus pechos. Rozó con suavidad su piel, hasta que volvió a sentir que su esposa se estremecía bajo su mano.

–Mañana habremos de tomar una decisión -susurró-. Pero hoy no deseo pensar en ello. Tan sólo quiero sentirte aquí, cerca de mí.

Sahra, una vez más, se dio por vencida. Sabía lo que aquella respuesta significaba, y no insistió. Simplemente cerró los ojos y se abandonó a las caricias de Muhammad.

Durante el último año, el asedio se había convertido en una obsesión para él. La frecuente visión de Al Anqar en lo alto de la muralla soliviantaba su ánimo, y comprobar que el bloqueo total de los accesos no había logrado quebrar su resistencia sólo le había impulsado a continuar. Un sólido muro de piedra, arena, cal y adobe rodeaba la plaza, y ninguna mercancía había conseguido franquearlo. Desde el principio, se había producido un goteo constante de deserciones que Muhammad había consentido, e incluso alentado. En las primeras semanas, se trataba de comerciantes que habían visto interrumpidos sus negocios y deseaban instalarse en otro lugar para retomar sus actividades. A ellos se habían sumado muchos campesinos cuyas tierras habían quedado aisladas por el cerco, por lo que no

disponían de medios de subsistencia dentro de la ciudad.

Por el testimonio de quienes la abandonaban, supo que la visión del muro en torno a la ciudad había convencido a Al Anqar de que aquélla sería una dura prueba de resistencia, en la que obtendría la victoria quien fuera capaz de soportar por más tiempo la situación. El tuchibí había implantado una estricta economía de subsistencia: mediante un registro exhaustivo de cada vivienda, se habían requisado cuantas mercancías de primera necesidad pudieran ser útiles. Las reservas de grano se habían puesto a buen recaudo y se hallaban sometidas a vigilancia permanente, y se había roturado cualquier trozo de tierra disponible. También expropiaron el ganado, y los rebaños de vacas, ovejas y cabras pastaban en las escasas zonas provistas de vegetación bajo la atenta mirada de los soldados. Muchos de ellos arriesgaban sus vidas al acercarse a la orilla del río, bajo la muralla, en busca de hierba para alimentarlos. Las gallinas y los conejos se habían convertido en bienes altamente cotizados, y las palomas, ánsares y garzas que se aventuraban sobre la ciudad tardaban poco en ser abatidos por las flechas certeras que parecían estar esperando permanentemente para ser disparadas. Y la pesca. En las primeras semanas cayeron decenas de pescadores que se arriesgaban a botar sus barcas en la orilla más próxima a la ciudad, víctimas de la lluvia de proyectiles procedente de la ribera opuesta. Con el tiempo, sólo en las noches sin luna podían lanzar sus redes, pero a medida que la necesidad de buscar alimentos se hacía más y más imperiosa, crecía la osadía, y no tardaron en aparecer grupos de hombres que lanzaban sus barcas al agua a plena luz del día, parapetados bajo enormes planchas de madera a modo de escudos. Su regreso a la seguridad de la muralla exhibiendo las piezas capturadas era recibido con grandes muestras de alborozo desde el adarve, sobre el que se reunían auténticas multitudes para observar el espectáculo, aun a riesgo de verse ensartadas por alguno de los dardos que de tanto en tanto alcanzaban la ciudad a pesar de la distancia.

Sin embargo, pronto fue evidente que el hambre empezaba a hacer mella entre los sitiados, y el estado de quienes abandonaban furtivamente la ciudad había empeorado progresivamente. El agua, aunque no faltaba dentro de la ciudad, debía limitarse a la alimentación y al riego de los cultivos, por lo que los baños fueron clausurados y la higiene se convirtió en un lujo prescindible. No habían tardado en brotar las enfermedades, que durante el verano diezmaron a la población. El suelo era un bien demasiado preciado para enterrar a los muertos, y la madera, demasiado escasa para quemarlos, de modo que el río se convirtió de nuevo en la solución. Entre las sombras del atardecer se veía a los habitantes de Saraqusta portando los bultos de sus familiares muertos hasta la orilla, para lanzarlos al agua con un último impulso. Sin embargo, también esta práctica había terminado por ser prohibida: algunos cadáveres quedaban prendidos entre las aneas y los juncos de la orilla, y amenazaban con corromper el agua del único lugar donde los pescadores podían echar sus redes. Hacía

ya meses que los cuerpos simplemente se arrojaban por encima de la muralla oriental, en un lugar próximo a la desembocadura del Uadi Uarba, con lo que la creciente montaña de despojos humanos constituía un verdadero botín disputado por carroñeros de todo tipo.

Al comienzo del invierno, el éxodo se había acentuado. Centenares de madres con sus pequeños abandonaron aquella ciudad donde no habría con qué calentarse en las jornadas heladoras que estaban por llegar. Dejaban tras de sí al padre y al esposo, y también a los hijos con edad suficiente para empuñar un arma. Eran bocas que no habría que alimentar, y por ello Al Anqar no había puesto impedimento a su marcha. Las casas que quedaban deshabitadas se derruían inmediatamente: la madera se utilizaba como leña; los adobes, para reforzar otras construcciones, y el solar, para ampliar la zona de cultivo. Cuando lo más duro del invierno se les echó encima, apenas quedaban mujeres y niños en el interior de las murallas. Tampoco faltaron hombres que aprovecharon la oscuridad de la noche para descolgarse desde lo alto de los adarves, con la intención de reunirse con sus familias y empezar una nueva vida alejados de aquel infierno.

También entre las tropas de asedio las cosas habían cambiado en aquel último año. De la frenética actividad durante la construcción del muro se había pasado a una situación de absoluta inactividad, por lo que, a principios del verano, Muhammad había iniciado la rotación de efectivos. Muchos de los hombres habían regresado a sus lugares de origen, junto a sus familias, para atender sus haciendas, sus cosechas y sus ganados, y nuevos contingentes los habían sustituido con el objeto de asegurar la presencia permanente de un número suficiente de hombres en los campamentos que rodeaban la ciudad.

Muhammad, Lubb, Mijail y el resto de los oficiales sabían de los inconvenientes originados por la inacción de las tropas inmovilizadas, por lo que habían organizado además los trabajos que aseguraran el abastecimiento y las condiciones de vida dentro del campamento. Se habían realizado mejoras en toda la infraestructura de la *mahalla*, en el abastecimiento de agua, en las letrinas, los molinos y los hornos, en la propia empalizada, y muchos de los artesanos que habían colaborado en la construcción del muro se dedicaban ahora a levantar pequeñas edificaciones de adobe y madera que sustituían gradualmente a las tiendas. Se sembraron los campos más próximos a la ciudad, se atendió el ganado y se organizaron partidas de caza en los montes cercanos, todo ello sin descuidar el necesario entrenamiento militar.

Un año después, el campamento se había convertido en una ciudad improvisada que coexistía con la sitiada Saraqusta. Todo parecía haber alcanzado un estado de equilibrio: la *mahalla* y la *madina* se observaban con recelo, pero no parecía que nada fuera a alterar aquella situación a la que todos empezaban a acostumbrarse.

Muhammad era consciente de que un cerco como aquél no podría mantenerse

indefinidamente. La lejanía de las familias y el abandono de los hogares pesaban como losas sobre sus hombres, y no eran muchos los que estaban dispuestos a sustituir a sus esposas en el calor del lecho familiar por una de las muchas mujeres que se habían instalado con sus tiendas en los alrededores del campamento. Por ello, dos días antes Muhammad había reunido a sus oficiales más cercanos con el objeto de plantear la posibilidad de un ataque contra las murallas de Saraqusta con todas las tropas disponibles. Pero conocía bien la fortaleza de aquellas murallas, él mismo las había defendido con éxito frente al ejército cordobés. Habrían de emplear todos sus recursos, construir costosas torres de asedio y asumir el precio en vidas que conllevaría el asalto. Por todo ello, de aquella reunión en la tienda del mando no había salido sino la decisión de convocar al Consejo para trasladar la discusión a los jefes de las ciudades bajo el control de los Banu Qasi.

Muhammad abandonó el lecho que compartía con Sahra y, antes de prender el fuego que había de caldear la estancia en aquel frío amanecer, se vistió con los calzones y la *qamís* de lana y se cubrió con la recia túnica de invierno. Con el candil de aceite, prendió un puñado de aulagas secas, y pronto una llama reconfortante le calentó el rostro. Permaneció allí, en cuclillas y con las manos al fuego, absorto en la propuesta que habría de hacer esa misma mañana, cuando se reunieran todos los convocados que el día anterior habían comenzado a llegar al campamento. Su mirada se posó en un estante donde reposaba un buen trozo de pan y sintió un calambre en el estómago. Se acercó, partió un pedazo con los dedos y volvió al fuego con un recipiente repleto de aceitunas. Comió con apetito mientras los primeros rayos del sol iluminaban la estancia, arrojó al fuego los huesos y después salió al exterior. El sol se alzaba ante él, colocando en un espectacular contraluz los alminares de Saraqusta, las únicas construcciones aparte de algunas torres de la alcazaba que sobresalían por encima de la muralla. Ni un solo día habían dejado de sonar las llamadas a la oración desde aquellos minaretes. El de la mezquita mayor destacaba especialmente, con las esferas del *yamur* lanzando sus destellos dorados en la distancia, y al dirigir la vista hacia la media luna que lo coronaba, Muhammad sintió un estremecimiento, y comprendió que deseaba con toda su alma pisar de nuevo aquel alminar desde el que había divisado la ciudad que en un momento fue suya.

Dirigió la vista hacia la tienda que Lubb compartía con Mijail desde el traslado de Sahra al campamento, y comprobó que ambos estaban ya en pie, conversando ante la entrada. Era poco probable que se lo confesase algún día, pero secretamente estaba orgulloso de aquel hijo que tanto se parecía a él. Contempló su figura recortada contra la lona de la *haymah*, y por un instante anheló poder regresar al momento en que él mismo disfrutaba de aquel llamativo porte, el de un hombre que con sólo veinte años imponía con su mera presencia a cuantos convivían con él. Su rostro, que sólo en parte había heredado los marcados rasgos de la familia, estaba suavizado por

nuevos trazos en los que se adivinaba la serena belleza de Sahra. Aunque no era el atractivo físico del muchacho lo que más llamaba la atención en él, sino su carácter decidido a la vez que afable, que le procuraba el aprecio de los hombres que algún día estaba llamado a dirigir. Despertaba admiración entre sus propios compañeros de armas, pero lo que por un momento hizo sonreír a Muhammad fue recordar los suspiros de las muchachas cuando se cruzaban con él. Lubb era consciente de todo ello, y no se podía decir que no lo aprovechara, a juzgar por las quejas de Mijail, que noche tras noche se veía obligado a abandonar la tienda que compartían para dejar al muchacho dar rienda suelta a su fogosidad con alguna de sus numerosas «prometidas». Muhammad decidió tratar este tema con él a la primera ocasión, antes de que se produjera algún incidente serio con algún padre agraviado, pero ahora debía centrarse en asuntos más trascendentales. Se acercó hacia ellos, y juntos se dirigieron a la gran *haymah*, levantada en una de las eras que el verano anterior habían sido utilizadas para trillar el grano, con la intención de comprobar que todo se hallara ya dispuesto y en orden. Después, cada uno se dedicó a las tareas pendientes hasta el momento de regresar al lugar donde debía reunirse el Consejo.

Allí aguardaban ya algunos viejos conocidos: el anciano '*amil* de Qala't al Hajar conversaba con los de Al Burj, Nasira y Tarasuna. Había otro grupo formado por los jefes de Ulit, Balterra, Al Faru y Kabbarusho, junto al recién nombrado en Tutila después de que Lubb y Muhammad se instalaran en aquel campamento.

Mientras los demás visitaban el campamento, saludaron a quienes no habían tenido ocasión de recibir la tarde anterior, y Muhammad repasó mentalmente las ausencias: parecían faltar el '*amil* de Siya y también el de Kara.

–Agradezco la rapidez de vuestra respuesta -empezó, abarcando a todos con el gesto-. Habréis de disculpar la falta de comodidades, pero las circunstancias nos obligan a la mayor sobriedad -se excusó.

A la espera de la llegada de los últimos convocados, Muhammad inició la reunión exponiendo la situación del asedio. Sólo después, con todos ya presentes, planteó la posibilidad del ataque y, como suponía, hubo división de pareceres. Los caudillos locales se confesaban preocupados por la movilización prolongada de sus hombres, que impedía el correcto funcionamiento de las respectivas ciudades. Una menor producción se traducía en un descenso en la recaudación de impuestos, a lo que había que sumar el pago periódico de las soldadas a los llamados a filas. En otras circunstancias, la leva de hombres se realizaba con vista a campañas más o menos breves, en las que la captura de botín y de rehenes garantizaba el retorno a las arcas del oro suficiente para compensar el esfuerzo. Nadie dejó de manifestar en esta ocasión su temor, pues si la situación se alargaba en exceso las arcas que hasta ahora habían sufragado el gasto acabarían por vaciarse.

Por otra parte, tampoco el ataque a sangre y fuego era una posibilidad bien

recibida, pero sólo los más ancianos se mostraron decididamente contrarios. Uno de ellos, el '*amil* de Qala't al Hajar, expresó en voz alta lo que hasta ese momento nadie se había atrevido a plantear: el abandono del asedio a Saraqusta para regresar a la tranquilidad de sus dominios, lo bastante amplios ya como para perder vidas y recursos en el empeño de dominar también la capital.

Tras escuchar de boca del anciano aquellas palabras, Muhammad sintió sobre él el peso de todas las miradas.

–¿Alguien más opina como él? – preguntó con la vista clavada en el suelo.

Por un momento, un espeso silencio se extendió en el interior de la *haymah*, hasta que fue interrumpido no por uno de los presentes, sino por el ruido agitado de los cascos de varias monturas al otro lado de las lonas, el relincho de los caballos al ser frenados bruscamente y, al fin, por voces agitadas y pasos apresurados. En un instante, el rostro sofocado del '*amil* de Siya apareció entre las cortinas de la entrada.

–¡Oídme todos! – exclamó por todo saludo-. ¡El rey Fortún de Banbaluna ataca nuestras fortalezas en la frontera!

El desconcierto se adueñó de los reunidos, y un auténtico vocerío se alzó bajo las lonas de la tienda.

–¿Ese pusilánime que tengo por primo nos ataca? – fue lo primero que se le ocurrió responder a Muhammad.

–Puedes apostar tu mano derecha -confirmó el *'amil*-. Como su padre hace años, cayó sobre Baskunsa y las fortalezas que la rodean, pero esta vez ha emprendido camino hacia el oriente, por la Valdonsella, y ya ha superado las montañas que lo separaban de los llanos de Siya.

–¿Se ha vuelto loco? – intervino el *'amil* de Tutila-. ¿Acaso cree que algo así puede quedar sin respuesta?

El rostro de Muhammad se contrajo en una mueca de preocupación y contrariedad.

–Me temo que no, no se ha vuelto loco -contestó a la vez que negaba con la cabeza-. Sólo actúa empujado por otros.

–¿Qué quieres decir? – preguntó Lubb.

–Alfuns.

–¿El rey Alfuns?

Muhammad asintió pensativo. Todas las miradas seguían puestas en él.

–Como sabéis, los leoneses siguen aprovechando las luchas internas del emirato para repoblar su reino y la tierra de nadie. Los colonos descienden del norte atraídos por la promesa de recibir la propiedad de la tierra, y los mozárabes descontentos que no están dispuestos a enfrentarse al emir huyen de Al Andalus y suben desde el sur para unirse a ellos. Los cristianos avanzan hacia el Uadi Duwiro, se fortifican ciudades y se inunda de castillos la zona fronteriza.

–Estamos al tanto, hace años que sigue esa política… pero ¿qué relación tiene esto con Fortún? – preguntó de nuevo el joven *'amil* de Tutila.

–Alfuns sabe que no puede seguir avanzando hacia el Uadi Tadjo dejando musulmanes a su espalda. Sin duda está forzando a los pamploneses a secundar su estrategia.

–¿Avanzar hacia el sur? ¡Pero se adentra de lleno en el territorio de los Banu Qasi! – exclamó Lubb.

–Ignoro los motivos que le llevan a aceptar los dictados de los leoneses. Quizá los lazos familiares que Alfuns se ha encargado de trabar, quizá la presión de los obispos de Banbaluna, que basan su confianza en la ayuda que su Dios les ha de prestar en la lucha contra quienes consideran infieles.

–Tal vez ha pensado que el cerco de Saraqusta nos impedirá responder a su ataque -aventuró el *'amil* de Siya, algo más calmado.

–¿Es el propio Fortún quien encabeza las tropas de Banbaluna?

–Es la cabeza visible, pero el ejército lo dirigen su hermano Sancho y su yerno, Aznar Sánchez, sin duda más curtidos que él en el arte de la guerra.

–¿De qué cantidad de efectivos estamos hablando? – inquirió Lubb.

–No es fácil saberlo, no hemos entrado en contacto con ellos, y tan sólo tenemos las noticias que nos han traído los huidos, pero se trata de un ejército poderoso.

–¿Cuatro, cinco mil?

El *'amil* asintió.

–Quizá más…

–Está bien -atajó Muhammad-. Demos gracias a Allah por querer que la noticia del ataque nos sorprenda aquí reunidos. Eso agilizará nuestra respuesta.

Se situó en el centro del grupo y comenzó a caminar con las manos a la espalda mientras desgranaba las siguientes medidas que debían tomar.

–Esta misma mañana regresaréis a vuestras ciudades para proceder a la movilización de todos los efectivos disponibles -empezó-. No hay tiempo que perder: en cuatro días debemos tener a todos nuestros hombres concentrados en los alrededores de Siya.

–¿Cuatro días? – replicó el *'amil*-. Puede ser demasiado tarde…

–Tú y yo partiremos hacia allí de inmediato con el mayor contingente que podamos detraer de las tropas que mantienen el cerco. Serán suficientes para contener a Fortún si es que decide aventurarse tan al sur, hasta la llegada del resto.

Mientras hablaba, se había acercado al *'amil* de Nayara.

–Nayara y Baqira son las dos ciudades más alejadas de Siya, y no podríais acudir allí a tiempo, de forma que regresaréis aquí con vuestros hombres para reforzar el asedio… que quedará en manos de Lubb.

El muchacho miró a su padre sorprendido, y un gesto de agradecimiento asomó a

su cara por aquella inesperada responsabilidad.

–¡Adelante! Cada uno sabe cuál es su cometido. Hoy es domingo, de manera que el próximo jueves nos veremos de nuevo en Siya.

Capítulo 97

Pampilona

Todas las campanas de la vieja ciudad amurallada tocaban a rebato. Sus calles arracimadas eran una confusión de ancianos, mujeres y niños que corrían con el miedo reflejado en el rostro, a la espera de que alguien les explicara cómo era posible que los sarracenos, que hasta unos días antes estaban siendo aniquilados en sus fortalezas a manos del rey Fortún, se encontraran ahora lo bastante cerca para ser avistados por los centinelas desde algunas de las torres defensivas que coronaban los montes cercanos. Las puertas permanecían abiertas para permitir la entrada de cuantos huían de la devastación con todas sus posesiones, pero pronto el recinto fortificado sería insuficiente para acoger a un número tan elevado de refugiados. Las murallas eran el primer abrigo en el que pensaban los atemorizados habitantes de la comarca, pero nadie garantizaba que la ciudad fuera inexpugnable. De hecho, comenzaba ya el éxodo hacia las montañas del norte, donde muchos contaban con poder subsistir en tanto la amenaza musulmana se alejara. Se hacía complicado caminar por las angostas calles. Los escasos efectivos de la guarnición trataban de organizar la defensa contra un posible ataque, se había movilizado a todos los varones capaces de empuñar un arma y en las murallas se hacía acopio de lanzas, pértigas y saetas, o simplemente piedras con las que alimentar las hondas. En las huertas cercanas al río, los campesinos se afanaban en recoger cualquier producto en sazón, y los ganados entraban en la ciudad para terminar de hacer de sus calles un caos intransitable.

Desde que llegaran las primeras noticias del descalabro de las tropas vasconas en el lejano Castro Silbaniano, más allá de la sierra de Leyre, incluso más allá de la Valdonsella, Onneca había vivido instalada en un desasosiego constante. Sólo los continuos requerimientos de sus tres pequeños vástagos conseguían apartar por unos momentos la angustia de su mente, para hacerla regresar con más fuerza cuando preguntaban por su padre ausente.

Toda, la mayor, una muchacha de diez años despierta y sorprendentemente madura, era ya consciente del trance por el que su madre atravesaba. Por el contrario, Sancha y el pequeño Sancho disfrutaban de una infancia despreocupada, ajena por completo al drama que se gestaba a su alrededor.

Con el transcurso de los días, las noticias que llegaban a la ciudad se habían vuelto más y más alarmantes. Onneca ordenó que se la mantuviera informada mañana, tarde y noche, de modo que pudo seguir el continuo retroceso de las tropas vasconas a pesar de su desconocimiento de los lugares que describían aquellos

despachos. Cuando las tropas de los Banu Qasi expulsaron a su padre de Baskunsa y le obligaron a cruzar el estrecho de Ledena, los nombres de las aldeas que figuraban en los partes comenzaron a resultarle familiares, y entonces fue consciente de la tragedia que se desarrollaba a tan sólo unas millas de los muros de Pampilona. Aquellas villas se encontraban en la ruta que tantas veces había seguido junto a su padre para llegar a su querido monasterio de San Salvador, en Leyre, y en su retina se dibujaban el trazado de aquellas calles, los pequeños campanarios de las iglesias y los rostros de los moradores que se lanzaban al camino para saludar el paso de la comitiva real. En los últimos días, no había tenido más opción que imaginarlas abandonadas y desiertas, poco antes de ser arrasadas por el fuego y por la rabia desatada de sus parientes musulmanes.

Porque si algo le removía las entrañas era la idea de que aquel mismo muladí que ahora avanzaba contra Pampilona había estado unido a su familia por el lazo del matrimonio. Sintió un calambre de angustia al recordar el triste final de su tía Belasquita en Qurtuba, tras ver morir en la cruz a su esposo Mutarrif y a sus tres hijos. Onneca había hecho lo que estuvo en su mano, intercediendo ante su esposo Abd Allah para evitar su muerte, aunque todo resultara inútil. De hecho aquél fue el inicio del desencuentro que finalmente condujo a su repudio. Sin embargo, era ahora Muhammad, el sobrino del ajusticiado, quien de nuevo desataba su furia contra su familia y contra su pueblo. Y quizá no sin motivo. El ataque a los castillos de la frontera había sido una locura, y no se había cansado de repetirlo en presencia de su padre, de su suegro y de su esposo. Pero ¿quién iba a escucharla? ¿Cómo habían de desoír al coro de voces que clamaban por emprender de una vez por todas el avance sobre las tierras dominadas durante dos siglos por los infieles? El obispo Ximeno, los embajadores del rey Alfonso, los *seniores* de la frontera, ansiosos por recuperar o ampliar sus tierras… Pero quizá lo que más había pesado en el ánimo del rey Fortún habían sido las veladas insinuaciones del poderoso García Ximénez, su consuegro, que nunca había ocultado sus aspiraciones al trono como representante de la rama colateral de la dinastía de los Arista. Cuando Fortún y ella misma regresaron de su cautiverio en Qurtuba, su hermano Enneco ya había contraído matrimonio con la mayor de sus hijas, Sancha. Era evidente que, si su propia genealogía no bastaba para llevarlo al trono, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que sus descendientes recuperaran tal dignidad a través de sus casamientos. La última prueba de ello la había tenido unas semanas antes, cuando García Ximénez había solicitado del rey el compromiso de su segundo hijo, Sancho, que tan sólo contaba dieciséis años, con su propia hija Toda, ¡una niña de diez! Aunque no habían quedado ahí sus pretensiones, pues ya se rumoreaba que otro de sus hijos pretendía a Ximena, nieta también del rey Fortún a través de su hijo Belasco.

Desde su regreso de Qurtuba, el trato entre Onneca y García había sido

tormentoso. El parentesco con el rey a través de su hija Sancha, unido a su carácter arrogante, le hacían comportarse en ocasiones como un perfecto cretino, y su esposa, Dadildis de Pallars, aún le superaba en ambición, falsedad y arrogancia.

La oposición de Onneca al ataque contra los Banu Qasi era bien conocida en el círculo de la familia, y había supuesto el ascenso de un peldaño más en el enfrentamiento entre ambos, que había llegado al límite con su drástica negativa al compromiso matrimonial de la pequeña Toda. Lo cierto era que la presión ejercida por García Ximénez había resultado decisiva en el ánimo del rey, quien de ninguna forma consentiría que su aptitud para gobernar a su pueblo y su arrojo para defender los intereses del mismo se cuestionaran de manera interesada.

Hubiera deseado equivocarse, ver regresar a su padre con un triunfo militar que asentara su prestigio y el aprecio de sus súbditos, pero lo que traía era al ejército de Muhammad pegado a sus talones y diezmando su retaguardia, que a duras penas podía proteger el repliegue del grueso de sus tropas.

Onneca se había refugiado una vez más en el pequeño templo dedicado a Santa María que se alzaba en el extremo de la fortaleza, y allí la sorprendió el revuelo que llegaba desde el exterior, amortiguado por aquellos muros gruesos y sin apenas aberturas. Alcanzó la escalinata que conducía al atrio a tiempo para ver cómo su padre penetraba al trote en el recinto, rodeado por un grupo de hombres entre los que reconoció a su esposo y a otros muchos principales de la corte. Se remangó el vestido para evitar tropiezos en el enlosado y apresuró el paso hacia ellos, hasta que, a medida que se acercaba, pudo apreciar el estado en que llegaban. El polvo se adhería a sus ropas empapadas en sangre, y la máscara negruzca que les cubría la piel hacía difícil distinguir las facciones. El color rojo vivo de los vendajes indicaba que algunas de aquellas heridas eran recientes y todavía sangraban. Sin embargo, lo que más impactó en Onneca fue la expresión de aquellas miradas en las que se leían el agotamiento, la decepción y la derrota. El rey descabalgó sin un mero gesto de saludo, se aflojó el cinto que sostenía su tahalí y arrojó la espada tras de sí antes de perderse en el interior del edificio. Aznar, sin embargo, reparó en su presencia, y en sus ojos se reflejó un atisbo de agradecimiento. Dejó la montura y parte de su equipo en manos de un joven escudero y caminó hacia ella emocionado. Onneca descubrió entonces la ostensible cojera de su esposo, que arrastraba la pierna derecha a la vez que apretaba los dientes. Con las lágrimas pugnando por brotar, corrió hacia él para evitarle mayor sufrimiento. Se detuvieron un instante a dos palmos de distancia, para observarse, hasta que Aznar levantó los brazos despacio y acogió entre ellos a su esposa. La fuerza de aquel abrazo, los sordos sollozos que agitaban el pecho de su esposo, bastaron para hacer comprender a Onneca todo el sufrimiento que en las últimas jornadas se había acumulado en el corazón de aquellos hombres. Permanecieron así, en silencio, hasta que Aznar logró controlar un llanto que, aun

oculto para los demás, desearía haber contenido. Su pecho se henchía ahora al aspirar el conocido aroma que desprendía su esposa, y poco a poco sus brazos se fueron relajando y sus rostros quedaron frente a frente.

–Ya estás en casa, esposo mío -dijo Onneca, trastornada por el padecimiento que veía en aquellos ojos vidriosos.

Había aprendido a querer a aquel hombre en los más de diez años que llevaban unidos, por lo que no podía evitar compartir su dolor.

–Ha sido una carnicería -fueron sus primeras palabras.

Onneca asintió con los ojos entrecerrados.

–No pienses más en ello…

–Han caído los mejores, Onneca. Y somos responsables de su muerte…

–No te atormentes -replicó ella mientras le pasaba la mano por la barba enmarañada-. Ahora debes descansar…

Aznar asintió, pero un gesto de dolor le demudó el semblante.

–Estás herido…

–Esa herida curará -repuso con amargura.

De repente algo pareció acudir a su mente, y su expresión se transformó.

–¿Cómo están nuestros hijos?

–Te esperan ansiosos -repuso Onneca con una sonrisa-. No he querido que estuvieran aquí cuando…

Aznar asintió y le apretó el brazo para indicar que comprendía.

–Antes debemos revisar esa herida… Luego podrás verlos, y descansar.

–No hay tiempo para descansar, Onneca. Muhammad estará aquí mañana. Debemos organizar…

–Estás herido, Aznar -le cortó-. Deja que se encarguen otros.

Entrecerró los párpados y respiró hondo, mientras dejaba que una sonrisa asomara a su rostro tiznado. También Onneca sonrió, le tiró de la mano para que inclinara la cabeza hacia ella, y sólo entonces pudo depositar los labios sobre los de su esposo.

Onneca recordaría los días que siguieron como los más amargos de su existencia. El temible ejército musulmán cayó sobre la comarca devastando cuanto encontraba a su paso. Las campanas seguían sonando a rebato, hasta la ciudad llegaba el olor acre de los fuegos que devoraban aldeas, ganados y cosechas, y nadie entre sus muros pudo permitirse sino el descanso imprescindible para seguir en pie un poco más. A su alrededor reinaban el dolor y el miedo.

Las mujeres que acababan de enviudar debieron contener el llanto para colaborar en la defensa de las murallas. Su propia existencia y la de sus hijos iban en ello y, como cada uno de los habitantes y refugiados que abarrotaban el recinto defensivo, se afanaron en hacer todo lo posible para rechazar la temible amenaza que se abatía sobre todos. El ejército de Fortún replegado había reforzado las defensas, y una nube

de arqueros e infantes poblaba los adarves. En los primeros lances, los soldados musulmanes habían avanzado en bloque contra las murallas, protegidos de las flechas con sus rodetes, con la aparente intención de abrir brecha. Sin embargo, pronto los defensores comprobaron que sólo perseguían la aproximación de una segunda línea de arqueros que lanzaban sus dardos incendiarios sobre las murallas para retirarse de inmediato. Las que alcanzaban su objetivo prendían en los techos de las viviendas, que, arracimadas como estaban, ardían por manzanas sin remisión. La aglomeración dentro de la ciudad hacía que muchas de las casas que caían hirieran a quienes se agolpaban en las calles, lo que contribuía a extender el pánico y la sensación de impotencia.

Durante tres aciagas jornadas, la urgencia de defender la ciudad mantuvo a sus habitantes en pie, hasta que el repicar de las campanas al amanecer del cuarto día anunció que el ejército musulmán había abandonado la comarca. Desde lo más alto de los torreones defensivos, sólo se observaban las columnas de humo que se alzaban contra el cielo plomizo. Aquella mañana se retiraron las traviesas que aseguraban las puertas de la ciudad, y los primeros destacamentos salieron a recorrer las aldeas cercanas para comprobar el alcance de la destrucción. También los primeros aldeanos, ávidos por comprobar la suerte que habían corrido sus posesiones, empezaron a abandonar la seguridad de las murallas.

Esa misma tarde, un hombre pasmado por la desolación de lo que veía, descabalgó después de atravesar la vaguada embarrada que un día antes habían pisoteado los caballos del ejército musulmán. Con el animal sujeto por las riendas, se aproximó a la puerta meridional de Pampilona, su destino después de un viaje largo y accidentado. En realidad, debía haber alcanzado la ciudad una decena de días atrás, pero un acontecimiento imprevisto había torcido sus planes. Tras atravesar las montañas que separaban la gran meseta del centro de la Península con el Uadi Ibru, empezó a recibir noticias del enfrentamiento en curso entre el rey de Banbaluna y el caudillo muladí que dominaba aquellas tierras. Al parecer, la lucha se libraba lejos de allí, al este, en la frontera oriental del reino cristiano, por lo que no halló inconveniente para atravesar el río por la *madinat* Tutila y continuar hacia el norte por Balterra, Kabbarusho y Ulit. Sin embargo, a treinta millas de su destino, se topó con un grupo de mercaderes que le informaron de la inminente llegada a la comarca de las tropas de los Banu Qasi, en persecución del ejército cristiano, que se batía en retirada. Recordó las instrucciones precisas que había recibido en Qurtuba por parte de uno de los visires de Abd Allah en persona: debía evitar cualquier riesgo que pudiera interponerse en el cumplimiento de su misión. El modo de hablar de aquel hombre le había trasladado la impresión de que el encargo que se le hacía tenía para él una importancia trascendental, y los cuatro dinares de oro que deslizó en su mano mientras lo miraba a los ojos lo confirmaron. Así pues, durante varios días esperó

unas noticias que no habían llegado hasta esa misma mañana. El ejército musulmán que, aunque enfrentado a Qurtuba, seguía hostigando a los infieles de la frontera, se retiraba de nuevo hacia Baskunsa. Al parecer, el acceso a Banbaluna podía haber quedado expedito, de modo que, sin perder un instante más, se puso en marcha a media mañana.

Ahora tenía ante sí la puerta que tan sólo una jornada antes había contenido el ímpetu de los asaltantes. Nunca había entrado en una ciudad recién liberada, y lo que vio le encogió el corazón. Sin duda aquellos hombres y mujeres habían dedicado todo su empeño en la defensa de la ciudad, y sólo entonces se permitían ceder al duelo y lamerse las heridas. Nd sólo lo que veía, sino todos sus sentidos, le relataban las dramáticas jornadas que allí se habían vivido. Su olfato se veía asaltado por una indescriptible pestilencia, mezcla del olor de las cenizas aún humeantes y del albañal en que se habían convertido las calles. Sus oídos captaban los lamentos en el interior de las viviendas, los llantos de pequeños hambrientos y el sonido cadencioso y triste de las campanas, cuyo significado no desconocía.

Tras mostrar el salvoconducto que portaba, pasó a la fortificación interior, y una vez allí le atendieron en el cuerpo de guardia, donde reveló al oficial al mando su procedencia y la misión que lo había llevado hasta la ciudad. Desató la bolsa de cuero de su montura y esperó hasta que acudió un soldado con la orden de acompañarlo al interior del castillo. Siguió sus pasos por una escalinata empinada hasta el piso superior, donde una breve galería les condujo a lo que parecía el salón principal de la fortaleza.

–Es el rey Fortún, al enterarse de tu procedencia ha insistido en recibirte en persona -avisó el soldado antes de acceder al salón para anunciar su presencia.

–Majestad…

–¡Adelante! – exclamó con tono de apremio-. ¿Quién te envía?

–Vengo desde Qurtuba, como se os ha informado. Traigo este correo -dijo al tiempo que extraía el rollo de su funda-. Es un encargo que me hizo el *wazir* Badr en persona. Debo entregároslo personalmente, a vos o a…

–A mí, a mí habéis de entregarlo -le interrumpió Onneca, que entraba en la sala en aquel momento, probablemente advertida por su padre.

El mensajero hizo un gesto de asentimiento y le tendió el pergamino. Con movimientos nerviosos Onneca rompió el lacre, extrajo la cinta que rodeaba el rollo y lo extendió ante sus ojos.

Aunque el rey y el propio mensajero vieron cómo en un instante perdía el color y parecía quedar sin fuerza, ninguno pudo evitar que Onneca se golpeara contra el enlosado al caer al suelo sin sentido. Fortún, aturdido, clavó la rodilla junto a ella, y le deslizó la mano bajo la cabeza. Tras comprobar que no sangraba, sus dedos buscaron el pergamino, que descansaba de nuevo enrollado junto al vestido de

Onneca. Sobrecogido por lo que habría de leer, lo extendió mientras se ponía en pie, y avanzó con él hacia la mesa de roble que presidía la estancia. Apoyó los brazos en los extremos del pliego y dejó caer todo su peso sobre ellos. Debió de ser al terminar cuando cerró los ojos y bajó la barbilla hasta el pecho. Por un momento no pasó nada, el silencio invadió el salón, y al instante siguiente todos los objetos que habían reposado sobre la mesa rodaban por el suelo de piedra, con un estruendo que no consiguió apagar el sonido de la voz de Fortún:

–¿Por qué, Dios mío? – gritó al cielo-. ¿Por qué?

El eco de sus voces repetidas se fue apagando mientras el viejo rey se dejaba caer de rodillas junto a su hija y, entre sollozos, enterraba el rostro en los pliegues de su vestido.

Capítulo 98

Qurtuba

Las voces de alarma llegaron demasiado tarde, y la guardia que custodiaba la Bab al Qantara no fue capaz de reaccionar a tiempo. Una primera saeta describió un arco de luz perfecto en medio de la noche e impactó en la techumbre de la mezquita aljama. La siguieron una veintena más. Los arqueros de Ibn Hafsún que se habían aventurado hasta el centro del puente romano volvían ahora grupas en dirección a la aldea de Saqunda, el arrabal de la capital situado en el margen opuesto del Uadi al Kabir, y se perdían en la oscuridad. Para cuando los arqueros cordobeses acudieron a las murallas y tensaron sus armas para rechazar el ataque, el viejo puente ya estaba desierto, de forma que toda la atención se centró en los tejados de la mezquita y del palacio del emir, donde las llamas comenzaban a cobrar fuerza.

Las incursiones, cada vez más audaces, se habían convertido en una preocupación constante para los habitantes de Qurtuba, que habían acabado por abandonar los cultivos incluso en las fincas más cercanas a la ciudad, a orillas del río. En el resto de la campiña, hacía tiempo que los aldeanos habían renunciado a trabajar en sus alquerías, bien para huir de las tropas del rebelde muladí, bien para unirse a ellas en el castillo de Bulay.

Abd Allah descansaba en sus estancias después de compartir velada con dos bellas concubinas que todavía no habían sido invitadas a abandonar el lecho cuando se vio importunado. El eunuco encargado de dar el aviso al parecer conocía bien los arranques de ira con que el soberano solía obsequiar a quien se atreviera a interrumpir su sueño, por lo que solicitó la ayuda de las muchachas con un gesto.

Una de ellas se inclinó sobre el emir y le acarició el hombro y el brazo mientras le hablaba con suavidad.

–Mi señor, debéis despertar -dijo mientras repetía las caricias-. Los asuntos del gobierno os reclaman.

Abd Allah abrió los ojos con disgusto, vio al eunuco ante sí y tardó un instante en hacerse cargo de la situación.

–¿Qué ocurre? – preguntó, aún malhumorado y somnoliento.

–Majestad, el *sahib al madina os* reclama, al parecer se ha producido un nuevo ataque. Disteis orden de que se os diera aviso si…

–¡Sé las órdenes que di! – cortó irritado-. ¿Dónde se ha producido el ataque?

–En las propias puertas de Qurtuba, mi señor. Se ha conseguido apagar los fuegos provocados en la aljama y en el ala meridional del palacio.

–¿Ese bastardo ha osado atacar mi propio palacio? ¿Mi mezquita? – aulló

mientras se levantaba, sin molestarse en cubrir la desnudez de su cuerpo, extrañamente blanquecino.

–¡Haz venir a mi chambelán! ¡Quiero a los ministros y a todos los generales reunidos conmigo al amanecer!

Abd Allah pasó el resto de la noche a solas, sumido en sus reflexiones, hasta que, poco antes del amanecer, hizo llamar a los sirvientes que habrían de preparar su atavío. Vistió una cálida túnica de lana negra adornada con brocado y pasamanería, y salió de sus aposentos en dirección al ala oriental del palacio, donde se encontraba el acceso al *sabat*, que lo llevaría al interior de la mezquita. Un ujier provisto de un grueso manojo de llaves y varios miembros de su guardia personal se unieron a él en el camino, y juntos atravesaron el paso elevado sobre la calzada que salvaba la calle, habitualmente concurrida. El conocido y agradable aroma a aceites perfumados y a cera le invadió la nariz, y en medio de la penumbra se dirigió al espacio central que se abría en el muro de la *qibla*. Afortunadamente, no se apreciaba señal alguna del pequeño incendio en la techumbre, y en unos días nadie recordaría aquel episodio. También él prefirió olvidarlo, y una vez más centró su atención en la belleza de aquellos arcos superpuestos, la inmensidad de la nave cuya cubierta parecía flotar sobre un mar de juncos. Alcanzó la entrada de la *maqsura*, el espacio al que sólo el soberano tenía acceso, y alzó los ojos hacia la magnífica cúpula del *mihrab* antes de postrarse sobre las alfombras que cubrían el pavimento. En medio del silencio de la noche, completamente solo, sintió el peso de la enorme responsabilidad que caía sobre sus hombros y que parecía a punto de acabar con su resistencia. Porque a pesar de hallarse continuamente rodeado por una corte de funcionarios, sirvientes, poetas aduladores, militares, concubinas, incluso de hijos y esposas, la soledad en la que se sentía inmerso en los últimos tiempos atenazaba su corazón. En ese momento fue consciente de cuánto echaba de menos a su hijo Muhammad, y una punzada de amargura y remordimiento le atenazó el estómago hasta la náusea. En contra de la opinión de sus consejeros, había sido tajante en su negativa a nombrar un nuevo heredero. Sabía que, a pesar de lo que su corazón le dictaba, en los próximos días habría de liberar a Mutarrif, pero jamás le daría la satisfacción de ocupar el puesto de su hermano muerto. Tampoco pensaba hacerlo con ninguno de sus hermanos menores, pues con ello sólo despertaría nuevas animadversiones. De hecho, en su fuero interno reconocía que tal nombramiento no era prioritario, quizá ni siquiera fuera ya necesario. El emirato peligraba, la guerra civil se había extendido por Al Andalus, y ese maldito Ibn Hafsún la había traído a las puertas de Qurtuba. El ataque de aquella noche, una razia apresurada e inofensiva, no habría tenido mayor importancia si no fuera por la carga simbólica del mensaje que aquellas flechas encendidas habían trasladado a los qurtubíes. Todos en la ciudad sabían ahora, y pronto se conocería en todo Al Andalus, que Umar ibn Hafsún había osado alcanzar

con sus saetas el corazón político del emirato, el propio palacio del emir, y también la mezquita aljama, el símbolo de su poder religioso. Aquélla era la manera elegida por aquel maldito para lanzar su reto, y ambos sabían que él estaba obligado a aceptarlo. ¿Para qué perder un tiempo precioso en el nombramiento de un nuevo heredero si nadie podía asegurar que el emirato sobreviviera a aquella primavera? En las últimas semanas, otra posibilidad se había ido afianzando en su mente, y el protagonista era aquel pequeño Abd al Rahman, de la sangre de Muhammad. Si el Todopoderoso los bendecía con una improbable victoria contra sus enemigos, él habría de ser su opción.

No era más que un bebé, sí, pero los niños no conspiraban para alcanzar el trono. Si el emirato y él mismo lograban sobrevivir a la peor de sus crisis, el pequeño Abd al Rahman alcanzaría la madurez necesaria cuando sus propias fuerzas comenzaran a flaquear, si es que llegaba a ver tal cosa. Entonces tendría preparados los resortes oportunos para que la aristocracia árabe que mantenía a los omeyas en el poder reconociera en él al sucesor natural, por encima de otros pretendientes, incluso por encima del resto de sus hijos varones. Si Allah se lo permitía, tendría tiempo para darle la mejor educación, para modelarlo a su antojo, para hacer de él el mejor emir desde el primer Abd al Rahman. Por un momento trató de imaginar el emirato definitivamente pacificado, a aquel niño aclamado como soberano… y no pudo evitar que lo embargara una oleada de emoción.

La llamada del muecín a la primera oración, sin embargo, lo sacó de sus ensoñaciones. Pronto se abrirían las enormes puertas al fondo del *haram* y la mezquita se llenaría de fieles con quienes compartiría el *salat*. Tras cumplir con su obligación como buen musulmán, le esperaba una reunión con sus ministros que había resuelto hacer decisiva. Aquella mañana iba a comenzar a erigir el futuro, y el futuro pasaba por la derrota de Ibn Hafsún.

–Mi decisión es firme -atajó ante el grupo de visires y generales que mantenían su mirada fija en él-. Allah no permitirá que caiga la ciudad cuyo esplendor ha servido para ensalzar su nombre en todo el orbe.

–Mi señor, al menos delega el mando, en mí, en uno de tus hijos o en cualquiera de tus generales.

–¿Acaso no confías en tu soberano, Abd al Malik?

–No penséis eso de mí, *sahib* -se apresuró a aclarar el general-. Se trata de actuar sobre el ánimo de Ibn Hafsún, demostrarle que no le damos la importancia suficiente como para que sea el emir en persona quien salga a enfrentarse a él.

–¿Cuántas veces nos hemos enfrentado ya en persona? – repuso con un tono casi despectivo por lo endeble del argumento.

–Por otro lado -siguió el general-, cabe la posibilidad, Allah no lo quiera, de que nuestro ejército se vea descalabrado, y en ese caso siempre podrás culpar del desastre a la incapacidad de tus subordinados. Lo contrario sería cerrar la puerta a una

justificación que evite el desánimo general. Recordad el dicho, Majestad, vale más que diez generales pierdan diez batallas que una sola derrota del emir.

–Valoro tu ofrecimiento, Abd al Malik, pero ésta no es una batalla cualquiera. Lucharemos a las puertas de Qurtuba, y si ese renegado vence, será nuestro fin, el fin de nuestra presencia en Al Andalus. Cuando el emir salga por la Bab al Qantara, sólo regresará como vencedor… o no regresará.

Capítulo 99

Bulay

Umar ibn Hafsún compartía la cena con la plana mayor de su ejército y, a juzgar por su locuacidad y los gestos algo exagerados con los que acompañaba su discurso, parecía plenamente satisfecho. Su ahora buen amigo Ibn Mastana se hallaba a su costado izquierdo, y a la derecha era el fiel Hafs quien devoraba una descomunal pierna de cordero. La sala entera estaba repleta de mesas improvisadas con tablones, por las que corrían abundantes el vino y el hidromiel, lo que parecía haber soltado las lenguas del centenar de hombres que las ocupaban, la mayor parte de los capitanes de la inmensa tropa que Umar había logrado reunir aquella primavera.

El propio Umar se había visto sorprendido por la imparable afluencia de insurrectos procedentes de todos los rincones de Al Andalus; en las últimas semanas sus lugartenientes hablaban de treinta mil hombres dispuestos a poner sus armas al servicio de la revuelta. Los cristianos, ahora sí, se habían decidido a empuñar la espada, hasta el punto de haber pasado a constituir la base principal de las tropas de Ibn Hafsún. Todo el país estaba al corriente del enfrentamiento que se anunciaba, y Umar recogía lo que había sembrado en los últimos años, cuando enviaba su ayuda y sus hombres en apoyo de cuantos opositores a Qurtuba los demandaban.

Con eso bastaría, pues no habían llegado a fructificar las gestiones que durante aquel invierno, tras la muerte del príncipe Muhammad, había realizado ante el emir de Ifriqiya, representante más cercano de los abasíes reinantes en Bagdad. La oferta era tentadora, pues ponía en manos de su dinastía el control de la única zona de Dar al Islam, Al Andalus, que aún permanecía sometida por sus enemigos los omeyas. Sin embargo, la respuesta se había limitado a un cargamento de regalos y un mensaje lleno de palabras de apoyo con las que lo animaba a seguir en su empeño.

Y en eso había seguido su consejo. Se hallaban encastillados en Bulay, a sólo veinticinco millas de la capital, aunque parte de los efectivos se encontraban en Istiya, a poniente, donde inicialmente había instalado su cuartel general. Desde allí había estado enviando sus escuadrones a la capital, con el único objetivo de hostilizar a sus habitantes y sembrar entre ellos el desánimo. Sin duda había sido un golpe de efecto que un grupo de sus hombres hubiera tenido los arrestos suficientes para arriesgar sus vidas lanzando sus flechas contra el palacio de Abd Allah, algo que había sido especialmente celebrado a su regreso.

–Apuesto a que ni el propio emir podría permitirse ya cenar una pierna de cordero como ésa -bromeó Umar.

–¡Las ratas se estarán comiendo! – respondió Hafs con la boca llena de carne.

–A punto estuviste de darles brasas suficientes donde asarlas… ¡las de la propia mezquita! – rio otro de los capitanes.

–Lo importante -terció Umar con tono más grave- es que hemos conseguido lo que pretendíamos. El emir ha movilizado a su ejército y lo ha sacado de la ciudad, a la llanura de Saqunda, dispuesto a presentar batalla.

–¡Y él mismo se ha puesto al frente! Su pabellón destacaba entre el resto -explicó uno de los que aquella misma jornada habían avistado el despliegue en las cercanías de la capital.

–No tenía otra salida, la contestación popular amenazaba con terminar en una revuelta. Según cuentan nuestros informadores en Qurtuba, el descontento por la incapacidad de Abd Allah para enfrentarse a nuestras fuerzas comenzaba a extenderse incluso en la corte y entre el ejército.

–Sin embargo, las tropas que ha conseguido reunir en sólo unas jornadas no resultan despreciables -dijo Ibn Mastana, sin dejarse llevar por la euforia.

–¿Qué son catorce, quince mil hombres frente a nuestras fuerzas? – opuso Hafs-. ¡Doblamos el número de sus efectivos! ¿Y cuántos de ellos son tropas regulares? ¿Cuatro o cinco mil? El resto son civiles armados, y hasta la guardia personal del emir.

–No minusvalores el empuje de quien se siente acorralado. No hay fiera más temible que aquella que se ve sin escapatoria.

–Me parece, Umar, que tu amigo Ibn Mastana se arruga con facilidad -pinchó Hafs.

Umar sonrió ante la enésima pulla que, de forma amigable de momento, se lanzaban sus dos lugartenientes.

–Sin embargo, no deja de tener razón, Hafs. No dudo de que esos quince mil hombres habrán sido convenientemente arengados, apelando a la necesidad de defender su capital, sus símbolos y la vida de los suyos…

Ibn Hafsún se quedó repentinamente pensativo, y una sonrisa se fue dibujando en su rostro.

–¡Qué bien conozco esa expresión! – dijo Hafs con tono de chanza.

Ahora Umar rio abiertamente y asintió con la cabeza.

–Cierto, Hafs… me conoces bien. Estaba pensando que un nuevo golpe de efecto en este momento… sería fundamental para acabar de hundir la moral de esas tropas.

–¿Un ataque por sorpresa antes de que se pongan en marcha? – intentó adivinar Ibn Mastana.

Umar volvió a asentir, pero a la vez hizo un gesto con la mano para pedir que le dejaran perfilar la idea.

–Un ataque, sí, pero esta misma noche, con sólo un par de escuadrones… y con un único objetivo.

–¡El pabellón de Abd Allah! – conjeturó Hafs.

–¿Os lo imagináis? Un ataque fugaz. Los cordobeses se despertarán en plena noche, y lo que verán no será la primera luz del amanecer, sino la que desprenderá la *qubba* en llamas de Abd Allah.

Umar no era consciente del brillo de sus propios ojos, pero sí del que veía reflejado en todos sus capitanes, cuyos rostros sólo expresaban en aquel momento asombro y admiración.

–Dos escuadrones de cien hombres, con eso será suficiente. ¡Vosotros! – señaló a dos de sus capitanes-, vosotros iréis al frente. Escoged a los mejores arqueros, ¡preparadlo todo!

Umar no pasó por alto el gesto de desencanto de Hafs.

–Mi buen amigo -dijo con una mano sobre su hombro, tratando de contener el sentimiento de euforia que lo había embargado un momento antes-, no puedo prescindir de ti aquí. Debo estar seguro de que alguien tan capaz como yo estará al frente si algo me sucede.

Hafs asintió con los labios apretados, moviendo la cabeza arriba y abajo con lentitud.

–Ten cuidado…

Capítulo 100

Qurtuba

Aquella noche sólo protegían los pabellones del emir esclavos y arqueros mamelucos, pues el grueso de la guardia personal de Abd Allah aguardaba preparada en el interior de las tiendas que circundaban el campamento. Demasiadas veces había tenido noticia de lo taimado, audaz y perverso que podía llegar a ser aquel maldito muladí como para no estar prevenido contra uno de sus ataques inverosímiles, sobre todo teniendo en cuenta que el ejército, en pleno proceso de despliegue y concentración de tropas, se encontraba desprotegido en medio de la llanura que bordeaba el Uadi al Kabir. Cuando, en mitad de la noche, las voces de alarma lo sacaron de su inquieto duermevela, supo de inmediato que su aparente exceso de previsión se vería recompensado.

Según contaban los centinelas, los jinetes habían surgido de la oscuridad en medio de la noche, sobrepasaron las primeras hileras de tiendas y penetraron en el campamento lo suficiente para ganar el espacio que les permitiera lanzar sus venablos con posibilidad de acierto. Se detuvieron un instante para prender la estopa engrasada de las saetas, y los arqueros comenzaron a tensar sus armas. El corazón de Umar latía con fuerza al contemplar la silueta de la *qubba* real, que en un instante habría de quedar reducida a cenizas. El silbido de las primeras flechas alcanzó sus oídos, pero no había escuchado el característico chasquido de los arcos: ¡los proyectiles de sus jinetes aún no habían sido disparados! Uno de ellos, y luego otro, cayeron abatidos de sus monturas. Los arqueros mamelucos del emir, de justa fama, disparaban contra los puntos luminosos que iban surgiendo frente a ellos, y su puntería recibía recompensa cuando el proyectil prendido caía con el jinete a los pies de los caballos. Una decena de ellos, sin embargo, volaron sobre el campamento y alcanzaron su blanco. La grasa de los dardos mezclada con resina se extendió sobre la lona del pabellón real e incluso en otros de los más cercanos.

Umar comprendió que de ninguna forma podía permanecer allí un instante más, ni siquiera para atender a sus arqueros malheridos.

–¡Nos retiramos! – gritó mientras tiraba con fuerza de las riendas-. ¡Nos esperaban, no hay tiempo que perder!

Cuando el caballo giraba sobre sí mismo, Umar pudo ver cómo las llamas se alzaban sobre los pabellones, y una mueca de satisfacción se dibujó en su rostro. Sin embargo, aquel amago de sonrisa se heló en sus labios cuando dirigió la vista al frente, porque ante ellos una muralla de soldados armados con picas y sables les cortaba la retirada. Una repentina angustia se adueñó de él al hacerse consciente de

las consecuencias que podía acarrearles su osadía, pero se obligó a sobreponerse y aulló sus órdenes con voz imperiosa.

–¡Disparad! ¡Disparad al frente y abrid paso!

Decenas de proyectiles impactaron contra la primera fila de soldados apenas visibles en la oscuridad, y una nueva ráfaga sucedió a la anterior. Los infortunados caían por decenas, y por un momento se abrió ante ellos una brecha que podría permitirles escapar de aquella ratonera en la que ellos mismos se habían metido.

–¡Seguid! ¡Seguid disparando! – ordenó.

El hombre que tenía a su lado se vio arrojado en aquel momento hacia delante y con un quejido sordo cayó del caballo atravesado por un venablo. Instintivamente, Umar alzó su escudo hacia atrás para protegerse, y al volverse descubrió al grupo de arqueros del emir que avanzaba hacia ellos.

–¡Arrojad los arcos! ¡Tomad vuestras espadas! – gritó mientras espoleaba a su cabalgadura-. ¡Adelante, que Allah nos proteja!

En medio de la más absoluta confusión, Umar hubo de esperar a que los arqueros que estaban ante él le obedecieran para poder avanzar. Cuando lo hizo, comprobó que su vanguardia luchaba ya a brazo partido por abrir hueco. El primer cordobés que se puso al alcance de su espada pagó con la vida la rabia que Umar sentía contra sí mismo. El filo cayó desde lo alto del caballo sobre la clavícula del infortunado, que se desplomó con la parte izquierda del torso grotescamente separada del resto del cuerpo.

Los hombres que lo precedían estaban haciendo su trabajo, y parecían avanzar hacia las últimas tiendas del campamento. Sin embargo, su ansiedad iba en aumento a medida que los veía caer, uno tras otro, en medio de terribles gritos de agonía. Por fin el campo pareció abrirse ante ellos, pero los cordobeses comenzaban a atacar desde los flancos. Todos sus hombres, él incluido, habrían de atravesar aquel pasillo salvando el filo de las espadas que se arrojaban contra sus costados y el extremo de las picas, que empezaban a hacer estragos. Uno de aquellos soldados enarboló el sable y, con un grito gutural, se lanzó contra el joven arquero que tenía justo delante. Umar vio con total nitidez cómo su pierna derecha quedaba limpiamente seccionada por debajo de la rodilla. La bota con la extremidad en su interior cayó al suelo, y durante un instante permaneció en pie, hasta que fue golpeada con violencia por los cascos de los caballos. Sin embargo el muchacho, empeñado en evitar al lancero que lo amenazaba por el flanco izquierdo, no pareció apercibirse de lo que le acababa de suceder y siguió blandiendo la espada. Umar lo perdió de vista cuando los jinetes que luchaban ante él picaron espuelas y dejaron el camino expedito. Se lanzó tras ellos para permitir que hicieran lo mismo quienes le seguían, y en un instante se encontró en medio del páramo, a la luz de la luna, con los ruidos de la batalla a su espalda.

Poco a poco llegaron más hombres, que se fueron agrupando en torno a Umar.

Muchos de ellos estaban heridos, pero no habría piedad para quien no pudiera salir de allí por sus propios medios o sobre la grupa de un compañero. Umar sintió cómo lo invadía la náusea y se inclinó para vaciar el estómago. Notó un punzante dolor en la pierna izquierda, pero sólo tenía ojos para vigilar el campamento cordobés. Pronto, en medio de un silencio roto sólo por los gemidos de los heridos y la respiración agitada de todos, fue consciente de que ningún otro regresaría para unirse a ellos.

–En un momento saldrán partidas en nuestra busca, así que no hay tiempo que perder -alcanzó a decir-. Con suerte, quizás esperen al amanecer, que ya está próximo. Trataremos de avanzar juntos, pero si se acercan habremos de dispersarnos, de forma que cada uno deberá llegar a Bulay por sus propios medios. En ese caso, será mejor que los heridos busquéis refugio entre los bosques, o pidáis ayuda en alguna de las alquerías del camino, aunque no podréis revelar vuestro partido en esta zona que tantas veces hemos castigado. Ahora… ¡adelante! Y que Allah nos guíe.

Aquélla fue una mañana de alborozo y celebración en Qurtuba. Aunque el grueso del ejército quedó en Saqunda, el emir atravesó el puente sobre el Uadi al Kabir y entró de regreso a la ciudad escoltado por sus generales, por su guardia personal, los arqueros y la mayor parte de los oficiales que comandaban las tropas.

Sólo los lisiados y los impedidos dejaron de acudir a la puerta del puente para demostrar su regocijo y su alivio por aquella victoria, que los funcionarios de palacio se encargaron de airear a los cuatro vientos, cuidándose de resaltar el papel del soberano en la preparación de la celada. Las fanfarrias militares abrieron el desfile, y el sonido estridente de las chirimías ya se perdía en el interior de la ciudad cuando estalló el paroxismo al ver aparecer sobre el puente una unidad de infantería que portaba sobre sus lanzas las cabezas de los rebeldes caídos durante el ataque. Quienes sabían contar contaron. Ciento veintiséis cabezas. El griterío era ensordecedor, no en vano los dueños de aquellos despojos habían causado la muerte de hijos, padres y esposos de quienes ahora escupían al aire a su paso. Una mujer de mediana edad se arrojó al centro de la calzada mientras se rasgaba las vestiduras y lanzaba agudos gritos cargados de rabia. Se detuvo frente a uno de los infantes y lo obligó a detenerse. Desde la cabeza que portaba en el extremo del mástil resbalaba un reguero de sangre que había acabado por impregnar las manos del soldado. Con una decisión imparable y expresión desquiciada, la mujer mojó sus manos en ella y, fuera de sí, se manchó la cara, el cuello y los pechos semidesnudos hasta donde las ropas desgarradas los cubrían. Después rompió a llorar y cayó al suelo de rodillas, y otras dos mujeres la sujetaron por los brazos y la sacaron del recorrido.

Tras la demostración palpable de aquella rotunda victoria, el propio emir hizo su entrada en la ciudad rodeado por sus generales y ministros. Sonreía satisfecho sobre su hermosa cabalgadura, sin duda agradecido por el triunfo que la providencia de Allah había puesto a su alcance justo cuando más necesitaba infundir esperanza a sus

súbditos, y sobre todo a las tropas que en breve habrían de continuar lo que había comenzado aquella madrugada. El desfile se cerraba con el resto de su guardia y con la unidad de arqueros que tan destacado papel habían tenido en la derrota de los rebeldes.

Tras cruzar la Bab al Qantara, el emir se detuvo en el centro de la calzada que separaba el alcázar de la mezquita, y franqueó una de las entradas laterales de la misma seguido por su comitiva.

Abd Allah caminó hacia el *mihrab*, que aquel día le resultó más luminoso que ningún otro. Entró en la *maqsura* y dejó atrás a sus acompañantes, pero pareció cambiar de idea, porque volvió su rostro e hizo una señal a Abd al Malik ibn Umaya, su general en jefe. Permaneció erguido e inmóvil mientras el interpelado se acercaba a él, y habló sin mover la cabeza ni apartar la vista del frente.

–Yo solo me basto para dar gracias por esta inesperada victoria que el Todopoderoso nos ha concedido -dijo con voz queda-. Regresa a Saqunda con el resto de mis generales y dispón al ejército para emprender la marcha hacia Bulay. Debemos aprovechar el estado de ánimo de nuestras tropas, sin más demoras.

Capítulo 101

Bulay

Al final de la jornada de aquel sábado, el primer día de Safar[2], el ejército del emir acampó a orillas del Uadi al Fuska, a dos millas del castillo de Bulay. El general Abd al Malik envió una avanzada que regresó poco antes del anochecer, una vez cumplido su encargo. Se había convenido entre ambas partes, según la costumbre, que la lucha tuviera lugar al despuntar el alba.

Abd Allah mandó disponer la retaguardia en orden de batalla, y con sus generales escogió el altozano donde habría de levantarse su pabellón, referencia visible para todo su ejército. El montaje de la *qubba* real durante la campaña era realizado cada día por un grupo escogido de esclavos, que consideraban la tarea como un privilegio al que sólo renunciaban cuando las fuerzas comenzaban a fallarles, e incluso en tal caso mantenían el derecho de ser sustituidos por uno de sus hijos. Causaba asombro entre los nuevos miembros de la tropa contemplar la destreza y el ritmo vertiginoso de su trabajo, que hacía aparecer de la nada aquella estructura sólida y majestuosa en un abrir y cerrar de ojos.

Abd Allah aprovechaba la última luz del día para estudiar con sus altos oficiales desde aquel otero la disposición del terreno donde habría de tener lugar la batalla. Se encontraban junto a él su general en jefe, Abd al Malik ibn Umaya, Ubayd Allah ibn Muhammad, el designado para comandar la vanguardia de las tropas, y Asbag ibn Isa, uno de sus mejores estrategas, que, sin embargo, tampoco rehuía el combate y era conocido por su decisión y su arrojo. También el príncipe Mutarrif y otros dos de los hijos más jóvenes de Abd Allah participarían en la lucha, pero los tres compartían una segunda fila con varios generales más. Escribanos, alfaquíes y el nutrido grupo de cortesanos que acompañaban al emir incluso en trances como aquél esperaban en corrillos a que sus propias tiendas fueran alzadas.

Abd al Malik señalaba la colina donde se alzaba la fortaleza de Bulay cuando un fuerte chasquido les hizo volver la cabeza a tiempo para ver cómo las lonas de la *qubba* se desplomaban sobre los esclavos. Era evidente que la columna central se había quebrado y, por un momento, todos quedaron inmóviles y en silencio. No era más que un contratiempo, pero los rostros se habían vuelto graves, y todos los congregados comenzaban a dar muestras de nerviosismo. El faquí Abu Marwan, jefe religioso de los musulmanes cordobeses, miraba al emir realmente asustado, y Abd Allah, como todos los demás, conocía el motivo de su inquietud: la *qubba* era el símbolo del poder del soberano en la batalla, y lo que acababa de suceder ante los ojos de todos se consideraría sin duda una señal de mal agüero. Los soldados de la

tropa, en el campamento, ya comenzaban a señalar hacia la colina.

Fue el general Asbag el primero en reaccionar.

–¡Tranquilizaos! – gritó para que todos lo oyeran-. No temáis. No es la primera vez que sucede. Recordad que ocurrió lo mismo en la batalla de Al Karkarid… ¿y qué pasó después? Sí, recordad aquel día, en el que obtuvimos una de nuestras más brillantes victorias.

Mientras hablaba, se había acercado al pabellón, del que aún trataban de escapar los esclavos, y se agachó junto a un enorme puntal de madera.

–¡Ayudadme! – ordenó.

Media decena de ellos alzaron el poste y penetraron con él bajo las lonas, mientras el resto las alzaban con perchas más pequeñas. Sin ceder la iniciativa, colocaron el extremo en el refuerzo central de la lona y la *qubba* se alzó de nuevo, entre el regocijo que llegaba del exterior.

Había anochecido cuando el interior del pabellón quedó dispuesto para alojar al emir. En el campamento, el rancho había sido generoso, y las tropas se preparaban para afrontar una noche en la que pocos podrían conciliar un sueño tranquilo. Abd Allah compartía la cena con sus principales, una cena en la que los rostros eran tensos, y las conversaciones versaban únicamente acerca de lo que habría de suceder cuando el sol asomara de nuevo. La incertidumbre era grande, pues todos sabían que se enfrentaban a un enemigo temible que los doblaba en número y comprendían también que la jornada de aquel domingo decidiría el futuro de todos ellos, de sus familias… y de Al Andalus. Cualquier señal que presagiase lo que podría suceder era bien recibida, y se prestaba atención a todo detalle que pudiera considerarse un augurio, de ahí la importancia de lo sucedido aquella tarde y de la acertada reacción del general Asbag.

Fue uno de los generales más jóvenes quien se dirigió a Abu Marwan con una pregunta que captó la atención de todos:

–¿Puedes decirnos, como reputado teólogo, qué ha de deparar para nosotros el combate de mañana?

El alfaqí meditó un instante su respuesta.

–¿Qué he de decirte, sino lo que Allah dijo en su Libro? La respuesta está en el Qurán, hijo mío. Si Allah viene en vuestro socorro, ¿quién podrá venceros? Y si os abandona, ¿quién podrá auxiliaros aparte de Él?

Desde el altozano, Abd Allah contempló el paisaje sobrecogedor que desvelaron las primeras luces. El ejército de Umar ibn Hafsún se había desplegado a los pies de la ciudad fortificada, y un mar de reflejos procedentes de los cascos, las lanzas, los escudos y las corazas cubría la llanura. A sus pies, separados por media milla de tierra de nadie, sus propias tropas se colocaban según las órdenes de los generales. Los movimientos de los escuadrones daban cuenta de la división de las unidades en

grupos de doscientos hombres comandados por un *naqib*, división que afectaba tanto a los infantes a pie como a la caballería y a los arqueros. Cada una de ellas formaba parte de un batallón de mil soldados que respondían a las órdenes de su *qa'id*. En la vanguardia se habían dispuesto dos batallones de infantería, protegidos en sus alas por otros dos de caballería. Tras ellos avanzarían los arqueros, que tratarían de debilitar la vanguardia enemiga disparando por encima de sus compañeros de armas.

La organización de las tropas rebeldes no parecía seguir una distribución tan segmentada, y la ausencia de uniformidad era completa, pero su número causaba asombro. Al frente, alguien que no podía ser otro que Ibn Hafsún jineteaba mientras dirigía las operaciones finales de despliegue de tropas.

El emir observó al general Abd al Malik, quien parecía mantener una encendida discusión con otros dos de sus comandantes, que se zanjó cuando cada uno de ellos regresó para colocarse al frente de sus unidades. Poco después, el ejército se ponía en marcha lenta y pesadamente para atravesar el pequeño río que lo separaba del campo de batalla. Al hacerlo, el grueso de los hombres viró pronunciadamente para iniciar el despliegue junto a una colina situada en las inmediaciones. Era evidente que con ello pretendía defender la huida del emir en caso de revés, pero no era aquélla la estrategia que la tarde anterior se había marcado. Sin duda la disposición de las huestes de Ibn Hafsún había hecho cambiar de idea a su general en jefe en el último momento.

Abd Allah reparó en un jinete que, al galope, circundaba a las tropas y se dirigía hacia el lugar donde se encontraban. Por su indumentaria, era uno de sus generales, y lo identificó en un instante. Se trataba de Ubayd Allah, el comandante de la infantería de vanguardia, que descabalgó sin darse tiempo para detener por completo a su caballo.

–¡Que Allah se apiade de nosotros, mi señor! – dijo sin aliento-. ¡Abd al Malik parece haberse vuelto loco, y conduce a tu ejército al desastre! ¡No atiende a razones!

–¡Cálmate y explícame qué ocurre!

–Tu general ha pensado que no comprometería el éxito del ataque situando a las tropas al abrigo de aquella colina, con el fin de proteger mejor una posible retirada.

–Es lo que imaginaba -respondió el emir.

–¡Pero cuenta con que Ibn Hafsún no ha de lanzar su ataque hasta que complete la maniobra! ¡Vamos a ofrecer el flanco, cuando no la espalda!

–Abd al Malik es un general con experiencia -quiso tranquilizarse.

–¡Fijaos, señor! Ibn Hafsún se está dando cuenta de lo que pretende, e inicia el movimiento de sus tropas. ¡Va a caer sobre nuestro flanco desprotegido! ¡Nos aplastará!

Abd Allah dirigió la vista hacia los dos ejércitos, cada vez más cercanos, y comprendió que su joven general estaba en lo cierto.

–¿Qué debemos hacer?

–Avanzar y enfrentarnos a él, golpearlo con vigor, entremezclarnos con sus huestes, atacar a su infantería y aguantar, aguantar hasta el último momento. Y dejar que se cumpla la voluntad de Allah.

–¡Haz lo que tengas que hacer!

–¡No se doblegará! ¡No escucha mis razones!

El emir pareció dudar.

–¡Mi sable! – gritó-. ¡Mi caballo!

Ubayd Allah lo miró con gesto de desconcierto hasta que de nuevo se volvió hacia él.

–Ponte al frente de la vanguardia y da la orden de caer sobre esa manada de acémilas. No te preocupes del general. Ahora estás al mando. Que Allah te proteja.

Ubayd Allah arriesgó su montura y su propia integridad en el frenético regreso. Desde lo alto contempló cómo la infantería de Ibn Hafsún avanzaba hacia su flanco, y comprendió que no había tiempo para rodear a las tropas por el sur. El camino más corto era el opuesto, aunque eso le obligara a cruzar el campo de batalla a escasa distancia de las tropas enemigas. Lanzó a su caballo al galope, y salvó el cauce del río de un salto. Ante él, la caballería de Ibn Hafsún también se había puesto en marcha, pero de ellos nada tenía que temer. No ocurría lo mismo con los arqueros que avanzaban delante, pero se limitó a encoger el cuello de forma instintiva cuando, durante un tiempo que se le hizo eterno, las flechas comenzaron a llover a su alrededor. La infantería se encontraba ya a unos centenares de codos de sus tropas, que marchaban aún hacia poniente siguiendo las órdenes de Abd al Malik. Pudo ver el terror de sus propios hombres, que veían caer sobre ellos a los rebeldes sin posibilidad de oponer ninguna resistencia organizada. Entonces alcanzó el frente de su batallón, y sus hombres, desorientados, lo reconocieron.

–¡De frente al enemigo! – gritó de forma desaforada-. ¡En formación de combate!

Durante un instante, la desorientación pareció instalarse entre las tropas de vanguardia, pero el general Abd al Malik había desaparecido, y todos comprobaron perplejos que su lugar había sido ocupado por el emir Abd Allah en persona.

–¡Adelante! – gritó el soberano-. Ubayd Allah es vuestro general. ¡Adelante, atacad, acabad con esos hijos de goda! ¡Un *dírhem* de plata por cada cabeza de esos malnacidos! ¡Por Qurtuba, por Allah! ¡Atacad!

El choque sobrecogió los corazones de cuantos contemplaban la batalla desde la distancia. El ruido infernal producido por los gritos desgarradores de los combatientes, el entrechocar de las armas, los relinchos de los caballos y los golpes atronadores de sus cascos contra el suelo, se extendió a todos los rincones del valle. El ala derecha del emir, descolocada tras la desastrosa maniobra de Abd al Malik, sucumbía ante el empuje de la infantería rebelde.

Ubayd Allah era consciente de ello, y su primera intención fue reforzar aquel flanco con fuerzas procedentes de la retaguardia y del flanco izquierdo. Aquello era lo que debía hacerse según la ortodoxia de las enseñanzas militares que había recibido. Pero la lógica militar también le decía que, en aquella situación y con aquella relación de fuerzas, la batalla estaba perdida. La lucha se había generalizado, y tanto los infantes como los jinetes del ala derecha combatían con coraje.

–Que Allah me perdone -dijo en voz alta alzando la cabeza al cielo.

Tiró de las riendas, les dio la espalda y se dirigió hacia el ala izquierda. Hizo llegar a los oficiales de retaguardia que aún no habían entrado en batalla la orden de seguir sus pasos, y el grueso de su ejército se volcó hacia el costado oriental. El resto de los generales no tardó en comprender lo que se proponía.

Ibn Hafsún contemplaba el desarrollo de la lucha en su flanco izquierdo. Si todo continuaba así, pronto acabaría con la resistencia en aquel costado y podría volcar todos sus efectivos sobre el resto del ejército cordobés hasta aniquilarlo. Cuando fue advertido por uno de sus lugartenientes, ya se había producido el ataque en el flanco opuesto. Le costó creer que quien comandara las fuerzas del emir hubiera abandonado a su suerte a los centenares de hombres que tenía ante sí, pero eso era exactamente lo que había ocurrido, y ahora se maldecía por no haber sabido preverlo.

Espoleó a su caballo por la ladera que se elevaba hasta Bulay con el sol cegándole los ojos, y contempló desde lo alto el desarrollo de los combates en aquel sector. La incomprensible actitud inicial de los cordobeses le había proporcionado una ventaja decisiva, pues le permitió descargar la fuerza de su ejército contra un flanco desprotegido. Pero para ello había tenido que seguir su movimiento hacia poniente, y el flanco derecho había quedado debilitado. Precisamente ahí se había producido el segundo ataque, y por ello sus tropas se veían ahora obligadas a retroceder.

La visión de las tropas de Ibn Hafsún en retirada espoleó hasta tal punto el ánimo de los cordobeses que en poco tiempo de su ala derecha no quedó sino un rastro de cadáveres y combatientes mutilados que agonizaban a los pies del monte de Bulay. Ubayd Allah, asombrado por el empuje de aquellos hombres, dio la orden de dejar marchar a quienes huían en desbandada, para dirigir, ahora sí, toda aquella fuerza desatada y ebria de victoria contra el ala izquierda de los rebeldes. Esta vez cayeron sobre ellos desde atrás y los obligaron a luchar entre dos fuegos. De las tropas de vanguardia cordobesas que habían sido abandonadas a su suerte poco quedaba ya, pero quienes aún aguantaban en pie recibieron el regreso del general como una ayuda del cielo.

Abd Allah permanecía quieto sobre su caballo de nuevo en lo alto del promontorio. Cuando el sol apenas había alcanzado su cénit, no podía creer lo que sus ojos se empeñaban en mostrarle. A su derecha, las numerosas tropas de Ibn Hafsún que aún quedaban en el campo de batalla iniciaban una desordenada retirada.

Los jinetes volvían grupas e iniciaban la cabalgada que los devolvería a la seguridad del castillo, pero los infantes, agotados por toda una mañana de lucha sin descanso, apenas podían arrastrar los pies ladera arriba, y uno tras otro eran ensartados sin piedad por sus bravos guerreros. Poco a poco, a medida que los rebeldes se sumaban a la desbandada general, la lucha fue perdiendo intensidad, hasta que el último de ellos cayó bajo los sables cordobeses. Y entonces un grito unánime de victoria brotó de las gargantas de los vencedores, que alzaron al cielo sus armas y dirigieron la vista hacia el pabellón real. El emir levantó el sable por encima de su cabeza en señal de reconocimiento, y hasta él llegó el sonido de las voces de sus guerreros, primero confuso, pero cada vez más y más nítido, hasta que todos gritaron con una sola voz:

–¡Larga vida al emir! ¡Larga vida a Abd Allah!

La caballería no había regresado de la persecución a que habían sometido a los huidos, cuyos gritos de muerte aún podían escucharse en la lejanía, bajo las mismas murallas de Bulay. Sólo unas decenas de hombres a caballo permanecían sobre el terreno devastado y, entre ellos, un jinete avanzaba al paso, lentamente, con el rostro demudado por el agotamiento. Tan sólo alzaba la cabeza para corresponder al saludo de quienes se cruzaban en su camino y, sin variar el ritmo, tomó la senda que conducía hasta el pabellón real. Cuando alcanzó la cima, el emir esperaba en pie. El hombre descabalgó, tendió las riendas al esclavo que se las reclamaba y se aproximó al soberano para clavar ante él la rodilla en tierra.

–Majestad -dijo con solemnidad-, esta victoria es vuestra.

–Álzate, Ubayd Allah -respondió el emir mientras le ponía una mano sobre el hombro-. Qurtuba está en deuda contigo. Toda Al Andalus lo está. Y yo tengo el honor de transmitirte su eterno agradecimiento.

–Agradezco vuestras palabras, *sahib*, pero ha sido el arrojo de nuestros guerreros el que ha permitido alcanzar esta magnífica victoria.

–De nada hubiera servido su arrojo sin tu intervención. Los tratados de guerra relatarán lo que hoy ha sucedido en Bulay, y ten por seguro que mis poetas cantarán tu gesta. En cuanto a mí… en lo sucesivo quiero tenerte a mi lado, y lo estarás mientras ocupes el cargo de *wazir* y general en jefe al que en este momento estás siendo elevado.

–Majestad, no deseo ocupar el lugar de mi…

–Abd al Malik ha muerto -cortó el emir, tajante-. Su puesto espera quién lo ocupe.

–Trataré de desempeñar con dignidad la responsabilidad que me confiáis. La guerra no ha terminado.

–Tú lo has dicho. En Bulay no ha de quedar ni uno solo de esos politeístas que han osado desafiar mi autoridad.

Cuando Umar encaró el último repecho antes de llegar al castillo, comprendió angustiado que la multitud que se agolpaba ante él no tendría oportunidad de alcanzar

la seguridad de sus muros antes de que aparecieran sus perseguidores. Ante la única puerta de acceso los soldados empujaban a quienes habían llegado antes, lo que empeoraba aún más la situación, que se hizo dramática cuando desde lo alto de las murallas empezaron a oírse voces imperiosas que alertaban de la proximidad de la caballería cordobesa. Umar intuyó que tampoco él iba a ser capaz de alcanzar el interior y, sin embargo, de alguna manera tenía que conseguirlo: si seguía con vida, no todo estaría perdido. Alzó la mirada a lo alto y vio que los defensores señalaban en su dirección. Lo habían reconocido, pero sólo mostraban una gran inquietud ante la inminente llegada de los perseguidores. Era imposible tratar de abrirse paso entre la muralla humana que bloqueaba la puerta, y Umar pensó en escapar al galope sin esperar más. De nuevo miró hacia lo alto, y entonces vio descender hacia él una gruesa maroma provista de fuertes nudos en su extremo. Se dirigió hacia ella, extendió el brazo para asirla con fuerza y al poco sintió la tensión y los empellones de quienes lo izaban. Primero quedó suspendido sobre el caballo, que al verse libre emprendió una carrera veloz, como si presintiera el peligro. Después, lentamente, comenzó a elevarse y, mientras lo hacía, tuvo ocasión de contemplar como un observador privilegiado la indiscriminada matanza que empezaba a producirse entre aquellos de sus seguidores que no habían logrado huir a tiempo.

Cuando Ibn Hafsún fue aupado sobre el pretil de la muralla, sus piernas se negaban a sostenerle. De nuevo, una intensa náusea le provocó un vómito amargo, y por un momento quedó reclinado sobre el adarve.

–¡Cerrad las puertas! – acertó a decir.

–¡Umar! Los están masacrando ahí fuera. ¡No podemos impedirles la entrada!

–¡Cerrad, he dicho! ¡Si los cordobeses llegan a la puerta, la fortaleza estará perdida! ¡Ni uno solo de vosotros sobrevivirá!

Por desgracia para quienes pugnaban por entrar, los dos gruesos portones se abrían hacia el exterior. Sólo hubo que sujetar la misma maroma que había servido para izar a su caudillo a dos de las argollas de hierro que los perforaban. Aun así, fue necesaria la ayuda de una veintena de soldados para vencer la resistencia inicial de aquellos hombres aterrados. Cuando las bisagras alcanzaron la mitad de su recorrido, el propio empuje de quienes quedaban fuera hizo el resto, y el portalón quedó bloqueado con un golpe seco.

Muchos de quienes tuvieron la fortuna de alcanzar a tiempo el patio interior tardarían en olvidar los sonidos que asaltaron sus oídos en los momentos siguientes. Con la entrada definitivamente atrancada, los infortunados infantes intentaron dispersarse por la ladera emprendiendo una carrera enloquecida, que para los jinetes cordobeses no fue más que una sencilla cacería.

Umar regresó al adarve occidental y se hizo un hueco entre los hombres que contemplaban la suerte de sus camaradas, sin más posibilidad que disparar los

escasos arcos disponibles aun con el riesgo de herir a los suyos. Comprobó consternado que en toda la ladera no quedaba ya uno solo de sus seguidores en pie y los escuadrones de caballería se recomponían bajo el mando de los oficiales para iniciar la implacable persecución de quienes habían huido en dirección a Istiya, la ciudad donde estaban acantonados el resto de los insurgentes. Más abajo, el campo de batalla era ahora recorrido por centenares de soldados entregados a una macabra tarea: segar las cabezas de los enemigos caídos. Sólo la posibilidad de que el emir hubiera puesto precio a cada una de ellas podía explicar el esfuerzo que dedicaban a aquella inhumana cosecha. Umar volvió a sentir náuseas al pensar que los dueños de aquellas cabezas que ahora llenaban los serones de decenas de mulas no eran sino quienes en las semanas anteriores habían acudido a Burbaster, a Istiya, a Bulay, confiados en que él habría de ser quien los llevara a la victoria frente a la tiranía de Qurtuba. Ahora era su sangre la que teñía de colcótar los capachos de esparto que portaban sus cráneos convertidos en trofeos.

Miró a su alrededor en busca de sus capitanes y lugartenientes más próximos, pero no fue capaz de distinguir a ninguno de ellos. Descendió desmadejado la escalinata que conducía al atestado patio y mientras lo hacía fue consciente de todas las miradas que estaban puestas en él. Pisó el suelo y los hombres se apartaron en silencio, hasta abrir un estrecho pasillo en la dirección de su marcha. Alzó la vista y se detuvo al llegar al centro del recinto. De inmediato, a su alrededor se formó un amplio círculo, y las voces fueron callando para escuchar lo que habría de decirles. Pese al nudo en la garganta, Umar se dirigió a ellos alzando la voz cuanto le era posible.

–Hemos perdido esta batalla… ¡pero no la guerra! – dijo con un aplomo que a él mismo sorprendió-. Nunca nadie había estado tan cerca de acabar con el gobierno de los Umaya, maldita ralea de tiranos que durante generaciones ha sometido a nuestras gentes.

Trató de tomar el aire que le faltaba mientras pergeñaba la forma en que había de pedir de ellos nuevos y dolorosos sacrificios.

–Nuestro corazón se lamenta por la muerte de muchos de nuestros hermanos, y por ellos no hemos de ceder lo que hasta ahora hemos conquistado. Para empezar -alzó la mirada a las murallas-, debemos mantener el control de esta fortaleza que nos ha brindado protección. Es necesario…

–¡Esto va a ser una ratonera! – gritó una voz anónima interrumpiendo su discurso.

–¡Bulay está bien fortificada! Su fama es la de una ciudad inexpugnable -arguyó-. ¿Por qué, si no, el emir no la ha atacado antes? ¿Por qué soportar la hambruna de los habitantes de Qurtuba si hubiera tenido oportunidad de acabar con nuestra amenaza?

–¡Nuestro caudillo tiene razón!

La voz procedía de lo alto de una alberca situada en el fondo del patio de armas, y

Umar distinguió aliviado la figura de su buen amigo Ibn Mastana, que llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo con un pañuelo anudado al cuello.

–Somos más que suficientes para defender Bulay, y también Istiya. La derrota no será total si impedimos que el emir pise este suelo, y pronto podremos reanudar el acoso a la capital.

–¡Muchos de nosotros tenemos a nuestras familias en Istiya! – exclamó otra voz, y medio centenar de hombres lo secundaron.

–En ese caso, defender este castillo será el mejor servicio que podáis hacerles -declaró Umar-. Si Bulay cae, el siguiente objetivo del emir será Istiya. Los silos están llenos de grano, los aljibes rebosan agua… Durante semanas podemos ser un parapeto que permita organizar la defensa de los vuestros en Istiya y en el resto de las ciudades que dominamos.

Umar sabía que sus argumentos eran compartidos, y por ello nadie más los contradijo, pero sabía también que quizá las razones no bastaran, porque luchaba contra un sentimiento irracional. Aquellos hombres, lo podía ver en la manera en que apartaban la mirada, tenían miedo. En cualquier caso, poco más podía hacer, tan sólo disponer la defensa antes del siguiente amanecer, ordenar el reparto de un buen rancho y, lo más acuciante, dejar que todos se entregaran al descanso.

Recorrió, forzándose a vencer su propio agotamiento, los corros donde los hombres apuraban sus escudillas y compartían las jarras de vino que había ordenado repartir, para tratar de infundir los ánimos de los que él, más que nadie, carecía. Subió después a lo alto de las murallas para contemplar los centenares de fuegos que brillaban ya en el campamento cordobés. Su luz se reflejaba en la lona blanquecina de la *qubba* real, que destacaba sobre el resto de las tiendas, y Umar sintió una punzada de angustia al imaginar en su interior a un Abd Allah exultante, rodeado por todos sus ministros y generales. Quizá los poetas que siempre formaban parte de la comitiva real estuvieran ya declamando versos en los que se ensalzaba a un emir hasta ayer cuestionado, y en los que el nombre de Umar ibn Hafsún iría asociado a la derrota y la humillación.

Decidió apartar de sí aquellos pensamientos y se dirigió, con las últimas luces del atardecer, a la estancia que compartía con el resto de los oficiales presentes en la fortaleza. Algunos dormían ya, exhaustos, y él mismo se derrumbó sin fuerzas sobre las esteras que cubrían el enlosado.

Despertó con la sensación de no haber conciliado todavía el sueño, zarandeado por uno de los centinelas.

–*¡Sahib! ¡Sahib*, tienes que ver esto!

Umar hizo un esfuerzo para entreabrir los ojos, pero la cara alterada del muchacho pronto lo puso en alerta.

–¿Qué sucede, soldado?

–¡Míralo con tus propios ojos! ¡Han huido!

Umar se dejó guiar a través de las escalinatas que descendían hasta el patio, y, una vez en el exterior, se dirigieron a la parte posterior del recinto, donde sólo una estrecha vereda separaba el muro del castillo de la pared meridional de la muralla. Lo asaltó el conocido hedor de aquel lugar, que los hombres utilizaban para aliviarse, pero el chico siguió caminando a lo largo del albañal que recogía aquellas aguas inmundas para conducirlas al punto donde eran vertidas al exterior. El estrecho conducto que atravesaba la base de la muralla había sido ampliado a golpe de maza hasta apartar los sillares que lo delimitaban, de forma que ahora, aun con dificultad, permitía el paso de un hombre.

Umar, con la rabia reflejada en el rostro, comprendió, miró al perplejo centinela, y entonces descargó su ira contra él.

–¡Inútiles! – estalló-. ¿Acaso nadie ha visto ni oído cómo centenares de hombres abandonaban el castillo? Haré que paguéis por esto.

–*Sahib*, desde la puerta principal donde montábamos guardia no puede oírse lo que sucede aquí.

–¿Quién ocupaba los puestos que hay sobre nosotros?

–Sin duda alguno de los huidos, *sahib*.

Umar lanzó un suspiro de hastío y se atusó la barba mientras trataba de poner en orden sus pensamientos.

–¡Todo el mundo en pie! Traslada la orden. Debemos hacer recuento.

Umar contemplaba los semblantes adormecidos del escaso centenar de hombres que lo observaban a la luz de las antorchas. Se movía ante ellos con el rostro desencajado, aunque en su expresión tampoco estaba ausente una firme determinación.

–No han sido las espadas cordobesas quienes nos han derrotado… sino el miedo y la cobardía. Pero os aseguro que alguien en Istiya pagará por la traición que ha cometido contra vosotros. Porque vosotros, mis más fieles soldados, sois los traicionados. Por eso no puedo pediros un nuevo sacrificio, inútil por otra parte, y en este momento os anuncio mi decisión de abandonar la defensa de Bulay. Disponemos de tiempo hasta el amanecer para poner tierra de por medio. Quienes tengáis dónde acudir, hacedlo. Quienes queráis seguirme, sabed que mi intención es alcanzar Aryiduna, y desde allí nuestro refugio de Burbaster.

Capítulo 102

Qurtuba

Crónica de la victoria obtenida por nuestro buen emir Abd Allah ibn Muhammad sobre los facciosos capitaneados por el renegado Umar ibn Hafsún, en los meses de Safar y Rabí al Awal del año doscientos setenta y ocho de la hégira.

En la mañana del lunes, tercer día de Safar, llegó al campamento de Abd Allah, donde el ejército se dedicaba a reunir el botín, la noticia de la huida de los renegados. Diose orden a la caballería de conducir a los prisioneros cargados con los despojos de la batalla, y a la infantería de atacar el castillo desierto de combatientes, aunque repleto de cadáveres y rico botín, hecho con dineros, alhajas, vestuario y mucha máquina de guerra de incalculable valor.

Entretanto el emir convocó al consejo de guerra en el castillo, y abrió un registro para los prisioneros musulmanes que juraban lealtad, a fin de perdonarles la vida. En cuanto a los cristianos, fueron todos decapitados, menos uno, que flaqueó en el momento en que el verdugo iba a cortarle la cabeza y pronunció la fórmula de fe islamita, lo que le valió el perdón. Por orden del emir, que amenazó con castigar al que ocultara a un sedicioso, ejecutaron a mil de ellos, a porfía y en su presencia. Trabajaron las espadas sobre sus cuellos y siguió el torrente por sus calcañales hasta que se regó la tierra con su sangre.

Con motivo de la conquista de Bulay, compuso el poeta Ibn Abd Rabbih un bello poema con el que felicitaba al emir por su triunfo:

La verdad brilla y es de rutilante sendero
como cuando brilla la luna después de una noche oscura.
Es la espada que endereza al sedicioso
cuando del buen camino se desvía.
Es la espada la llave maestra
cuando echan llave a las fortalezas.
Contra ellos ordenó el emir,
y su orden un ejército fue que hizo temblar la tierra.
Legiones compactas se vieron pasar,
unas tras otras cual las olas del mar.
A su llamado acudieron los clanes alzando sus lanzas
y haciendo tremolar presa del viento el estandarte real.
Cuando Bulay fue asediada por el emir

sus renegados defensores creyéronse invencibles,
pero olvidaron que todos eran manadas de ovejas
frente a un bravo león.
Ibn Hafsún, al verse perdido, a la fuga se lanzó
en una noche que fue para él la del juicio final.
Y si hoy preguntas a esos muladíes qué partido prefieren,
dirán que el partido de los que huyeron en la noche infeliz.
La fuga señaló a los cobardes el funesto fin de toda sedición
y de qué sirve valerse de la noche para escapar de la muerte.

También Sa'id Amrús al Akri compuso versos en conmemoración de la batalla de Bulay:

Mirad y veréis cómo las ondas del mar inundan sierras y llanuras.
Mirad y veréis que la tierra se detiene en su marcha
y sólo se ven ejércitos que sucumben
y ejércitos que avanzan llenando el espacio,
desde la salida del sol hasta su ocaso,
sin interrupción de día y de noche.
Como un cielo, así aparecían las polvaredas
en cuya densidad relampagueaban cual astros
los filos de las espadas, las puntas de las lanzas.
Decid a Ibn Hafsún que son estas legiones
las que volverán funesta su vida
Y acabarán con su ejército.

Terminada su labor en el castillo de Bulay el emir se fue con su ejército a sitiar Istiya, que aún respondía al faccioso Ibn Hafsún. Tenía esta ciudad considerables defensores gracias a los fugitivos de la batalla de Bulay, que, en su mayoría, buscaron amparo en su fortaleza.

La asaltó el ejército apenas llegó y estrechó el cerco a sus habitantes. Empleó ballestas y catapultas que, día a día, iban causando estragos y temor.

Desesperados por el prolongado asedio, el hambre y el cansancio, solicitaron el amán. Levantaron los niños pequeños con los brazos, desde lo alto de las murallas, pidiendo clemencia, humillándose e implorando el perdón. Y el emir los perdonó. Después de haberse asegurado de su obediencia con rehenes que tomó de las principales familias, nombró un gobernador de su parte y prosiguió su avance camino

de Burbaster.

La reconquista de Istiya inspiró al poeta Ahmad ibn Muhammad ibn Abd Rabbih estos magníficos versos:

Es la victoria después de la cual no hay otra victoria,
donde triunfamos no hay capitulación
ni condiciones de pacto o de paz.
Sólo hay perdón del vencedor,
y sólo del fuerte es magnífico el perdón.
Pregunta a la espada y a la lanza,
ellas te darán razón de la fiesta que los árabes
ese día festejaron de victoria y salvación.
Nuestra fiesta fue celebrada con víctimas de enemigos,
y no hay fiesta que se celebre triunfalmente
sin víctimas ni ofrendas.
Creía Ben Hafsún que sus jinetes eran como las águilas,
pero en verdad hoy están todos muertos o en cadenas.
Huyó, salvándole la noche;
debería estar a la noche agradecido.
Alimentóse de vanas esperanzas,
que luego fueron su mayor desgracia.
Cubrióse con el manto de la noche para poder escapar,
y uno de cada cinco se pudieron salvar,
llevando cada cual herida en sus espaldas.
¡Cuánto deseaban que nunca despuntara el alba,
y cuánto nosotros que la noche en día se trocara!
Oh, tú, que sólo fuiste la leña del fuego que incendiase,
mira con tus ojos el desastre que te dejó la hoguera.
La espada barrió todo cuanto habías preparado.
Ahora ve, después de esto, lo que en pie quedó de la barrida.
Bulay, con cerdos en su torno, parecía desarticulada,
lugar de renegados que el castigo merecido recibieron.
Si las colinas donde perecieron los herejes lenguas tuvieran
llorando, gritado hubieran por la hediondez de sus muertos.
Las lanzas aplacaron su sed en la sangre de sus víctimas
y hasta el junco del río lanza hubiera querido ser.
Nos hemos divertido el día de su Pascua
mientras ellos no gustaron de su día santo.
Fue una noche aquella que perpetuó nuestra gloria,

humillando para siempre a los renegados,
y todo gracias a Abd Allah, el magnánimo y piadoso
en cuyo elogio se honra el verso.

Abd Allah continuó con su avance y fue a sitiar Burbaster, capital del renegado Ibn Hafsún. Pero éste había reunido mucha gente de sus clientes, a más de los descontentos y los muladíes de Al Yazira y de los otros lugares que le siguieron. Atacó el emir con su ejército todo cuanto había alrededor de la fortaleza, destruyendo la sementera y las plantaciones. Mas mientras se hallaba en esta empresa, las tropas comenzaron a demostrar cansancio y deseos de volver a sus hogares, ya que por lo poco que quedaba no valía la pena agotar todas sus fuerzas. El emir comprendió el ánimo de su ejército, accedió a su voluntad y ordenó la retirada, pues creyó que había dado a Ibn Hafsún un golpe decisivo, después del cual tardaría mucho en levantar cabeza y salir de la fosa en la que había caído.

Cuando supo el renegado que los realistas se retiraban de Burbaster, llamó a sus oficiales y soldados y los alistó para tender al emir una emboscada. Allí, en esos desfiladeros abruptos que tan bien él conocía, quería tomar su sanguinaria venganza. Era el primer sábado del mes de Rabí al Awal.

Pero, enterado el emir de las intenciones del perverso, tomó enseguida todas las precauciones que el caso exigía. Desde una colina en la cual se ubicó con sus oficiales mayores, frente al angosto camino que sólo admitía el paso lento de dos o tres hombres, ordenó que adelantasen primero los bagajes del ejército, luego los débiles y heridos a cargo de gente experta. Confió la infantería a la protección de oficiales valientes que le seguían a la retaguardia, y pasó él al final de todos.

Cuando hubieron pasado la máquina pesada y los heridos y convalecientes y no quedaban más que los capaces para el combate, ordenó el emir el ataque.

Ibn Hafsún cargó, por su parte, sobre el ala derecha de los realistas, con su gente. Mas los primeros contestaron reciamente el golpe por todos lados: la tarea más delicada estaba a cargo de los arqueros, que en ese momento tenían que ser certeros y no malgastar sus proyectiles. La batalla iba muy lenta, quizá por la naturaleza misma del terreno accidentado. Por dicha causa, y llenando de reproches a sus soldados, esgrimió la espada el general Ubayd Allah ibn Muhammad y se arrojó con guerreros escogidos al combate, para atacar el ala izquierda del renegado. Secundado por otros oficiales que reaccionaron al ver que las filas enemigas se tambaleaban ante su empuje, la arremetida vigorosa de los realistas se coronó con todo éxito. Ibn Hafsún, otra vez derrotado en sus propios lares, huyó con sus secuaces. La caballería del emir los persiguió, matando a muchas gentes. Cantidad considerable de soldados fueron arrojados a los precipicios, y desde lo alto de las sierras se veía a caballos y jinetes saltar a los abismos para destrozarse.

El trofeo de esta batalla en plena sierra fueron quinientas cabezas, que el emir ordenó transportar a Qurtuba, donde fueron expuestas al público frente a las puertas del alcázar.

Cuando el emir hubo llegado a su palacio, su primera medida fue llamar a Ubayd Allah para felicitarle por su valor y por su triunfo, y agradecerle los servicios prestados al emirato con el prometido nombramiento como ministro.

El ejército vitoreaba el nombre de Ubayd Allah y elogiaba su valor y su talento de estratega demostrados. El pueblo se sumaba a la manifestación de júbilo de los soldados, aclamando el nombre del emir, que para ellos fue el que obtuvo la victoria y salvó la nación, conjurando los peligros para devolver al pueblo la tranquilidad.

¡Que Allah proteja a nuestro soberano![3]

Capítulo 103

Año 897, 284 de la hégira
Tutila

Sahra, sola y ensimismada, caminaba bajo los árboles por uno de los senderos de grava que rodeaban la vieja finca de la familia, a orillas del Uadi Qalash. Las últimas gotas de lluvia se resistían a evaporarse, pero la refrescante tormenta de verano que acababa de descargar sobre la ciudad se alejaba ya hacia el norte, y tan sólo se percibía un lejano bramido de truenos amortiguado por la distancia. Esa tarde, y las tardes anteriores, habían sido sofocantes, y ahora acogía con agrado el roce de la hierba húmeda en sus pies. Se detuvo para quitarse las sandalias y siguió caminando descalza, aspirando aquel agradable aroma a tierra mojada que tanto le recordaba la lejana corte de Liyun, donde se había criado. Se dejó llevar por el acceso de nostalgia que la asaltó al pensar en su padre y en sus hermanas, a las que tanto echaba en falta a pesar del tiempo transcurrido. Se maravillaba ahora al recordar que, sin embargo, no había tenido ni la más leve duda cuando hubo de partir en compañía de Muhammad. Abandonaba todo cuanto había conocido, una existencia acomodada, una familia a la que muy posiblemente nunca volvería a ver, pero entonces era joven, muy joven… y amaba a aquel hombre. Lo amaba con locura, y lo habría seguido hasta las mismas puertas del infierno. Y sabía que tampoco Muhammad hubiera partido sin ella cuando su padre decidió regresar a Tutila. ¡Treinta años habían pasado ya desde entonces! Mientras contemplaba, con la cabeza baja, el discurrir del agua por los canalillos y las babosas sobre el barro, su mente se perdió en los recuerdos. Era curioso cómo los momentos de zozobra y amargura vividos acababan por diluirse con el tiempo en una oscura neblina, y tan sólo acudían a su memoria las imágenes de sus pequeños correteando por aquellos mismos jardines, el regreso de Muhammad después de cada una de sus expediciones, y los intensos momentos de intimidad que habían vivido juntos.

Era una mujer dichosa, sí. Su primogénito, Lubb, por quien sentía una especial debilidad que jamás se atrevería a confesar ante sus hermanos, se había convertido en un hombre admirado y respetado por todos, y no sólo por las muchachas casaderas. En los últimos años, había sido una fuente de continuas satisfacciones, sobre todo para Muhammad, quien veía cómo, a despecho de cualquier riesgo para su vida, había sabido demostrar su valía en el combate sin rehuir ninguna de sus obligaciones. Sahra había atisbado aquel conocido brillo de orgullo en los ojos de su esposo cuando Lubb regresó victorioso de Uasqa tras su enfrentamiento con su gobernador, Al Tawil, a quien había conseguido derrotar en una situación a todas luces desesperada,

con apenas dos centenares de hombres a los que, sin embargo, supo arengar para poner en fuga a un ejército muy superior en número. Las heridas que trajo estuvieron a punto de retrasar su boda, pero ni él ni su prometida Shamena se habían mostrado dispuestos a consentirlo, y la celebración se llevó a cabo con un novio entablillado, lo que no pareció suponer ningún obstáculo a juzgar por el radiante rostro de la joven esposa tras la noche que siguió a los esponsales.

Ahora, de nuevo, y ése era el motivo de la profunda sensación de alivio y bienestar que la invadía, se anunciaba su regreso tras la expedición que lo había llevado a asegurar las tierras de la frontera oriental, en la que, si había de hacerse caso a las noticias que empezaban a llegar, su hijo había logrado dar muerte al mismo conde de Barsaluna.

Sin embargo, con Muhammad no todo había sido entendimiento, y menos en los últimos años, desde el inicio del interminable asedio a Saraqusta, al que su esposo parecía incapaz de renunciar. Todos sus desencuentros se habían producido por aquel empeño, para ella inexplicable, de mantener un cerco que ya iba camino de su séptimo invierno. Durante casi dos años, Sahra soportó la vida en el campamento, dentro de las jaimas, pero tras el ataque del rey Fortún y la expedición contra Banbaluna, albergó la esperanza de que Muhammad desistiera. Pero no fue así y, por primera vez en todos sus años de matrimonio, surgió el enfrentamiento. Sahra se negaba a mantener a todos sus hijos, y sobre todo a sus hijas, en aquella situación de provisionalidad durante más tiempo, viviendo en un campamento militar, rodeados cada noche de hombres borrachos y prostitutas. Muhammad había accedido entonces al traslado de la familia a Tutila, y desde aquel momento la separación entre ambos se había prolongado durante largas temporadas.

Anochecía ya, y los últimos rayos del sol tras la tormenta proporcionaban al jardín una extraña luminosidad que lo hacía aún más bello. Tras ella, sobre la grava, oyó pasos y, de inmediato, la conocida voz de su esposo.

–Es un alivio poder disfrutar de esta frescura.

–Lo es, Muhammad. Has regresado pronto de la alcazaba…

–Tenía ganas de besar a la mejor esposa que tengo -bromeó, mientras le sujetaba la cintura con ambas manos desde atrás.

Sahra giró el rostro hasta que sus labios se encontraron.

–¿Alguna novedad? – se interesó.

Muhammad bajó la vista hacia el rollo de pergamino que llevaba en la mano y que ahora apretaba contra la túnica de su esposa.

–Ha llegado hoy, desde Tulaytula.

–¿Tulaytula? – se extrañó Sahra, antes de fruncir el ceño-. Muhammad… vienes a mí antes de lo que esperaba, traes un correo en la mano, y esa expresión… la conozco demasiado bien. Sea cual sea el contenido de ese documento, sé que nos afecta, y que

no me va a gustar.

–¡Qué bien me conoces! – Sonrió abiertamente-. Es difícil mantener un secreto contigo…

–¡Ni se te ocurra tener secretos conmigo!

Muhammad mudó la expresión al extender el pliego.

–Es una extensa carta de los notables toledanos, en su mayoría muladíes como nosotros, y mozárabes. Han conseguido expulsar al gobernador bereber que había usurpado el poder, pero al parecer no logran ponerse de acuerdo a la hora de nombrar a quien haya de sustituirle.

Sahra volvió a calzarse las sandalias y dirigió a su esposo un gesto de extrañeza.

–¿Y te piden a ti que medies en el conflicto? – aventuró-. ¿Desde Saraqusta, a doce días de viaje?

–No, no es eso, Sahra. – Muhammad parecía aún más preocupado-. Sabes que mi padre fue *wali* de Tulaytula tras la batalla de Uadi Salit, que ganó para los musulmanes junto a mi abuelo Musa. Fue el emir quien lo nombró para el cargo por su papel decisivo en aquel enfrentamiento contra las tropas cristianas de Ordoño. Sin embargo, los muladíes guardan, según dicen en su misiva, un gran recuerdo de su talante y de su capacidad de gobierno. Los mozárabes de la ciudad, muchos de ellos huidos de Qurtuba, valoran su posterior amistad con el rey asturiano.

–¿Y qué quieren de ti, si no es tu mediación?

Muhammad aspiró una bocanada de aire y lo expulsó lentamente.

–Me ofrecen el gobierno de Tulaytula.

Sahra enarcó las cejas y abrió los ojos desmesuradamente.

–Y si estás aquí con esa carta en la mano… es porque piensas aceptarlo. – Sahra le dio la espalda y echó a andar hacia el emparrado que ocupaba el centro de la *almúnya*-. De no ser así, habrías arrojado el pergamino al rincón con los demás, para ser raspado, y sólo esta noche, quizá, me hubieras hablado de él.

–Estoy aquí para hablar contigo -dijo mientras caminaba tras ella.

–Entonces vamos a hablar, sí. Y quizá te sorprenda lo que voy a decirte. – Se volvió-. Acepta ese cargo. Acéptalo y no regreses a Saraqusta. Acaba de una vez con ese maldito asedio en el que estás quemando la juventud de cientos de muchachos, que te siguen por fidelidad a tu familia, pero que, quieras enterarte o no, murmuran a tus espaldas. ¿Qué has conseguido en estos años? Convertir una ciudad próspera en un lugar arruinado, abandonado por sus habitantes, en el que sólo permanecen los hombres necesarios para asegurar su defensa, en un absurdo pulso entre Al Anqar y tú, dos hombres demasiado pagados de sí mismos como para dejar caer el brazo antes que el rival. Miles de almas han huido o han muerto a causa de ese asedio, cientos de familias han tenido que rehacer sus vidas en otros lugares, desarraigados. Si lo que quieres es renombre, que la posteridad te recuerde… acepta el cargo que te ofrecen, y

pongámonos en marcha. ¡Gobernador de Tulaytula! ¡Un gran honor! Debería ser suficiente para renunciar a Saraqusta…

Muhammad había escuchado en silencio, cada vez más cabizbajo. Cuando Sahra terminó de hablar, permaneció callado un instante, hasta que gradualmente alzó la mirada hacia ella.

–¿Es eso lo que has pensado todos estos años? – preguntó, derrotado.

Sin importarle la humedad que conservaba, tomó asiento en un viejo banco de madera bajo las parras cargadas de unas uvas que aún no estaban en sazón.

–Siéntate, Sahra -pidió, a la vez que pasaba la mano por la superficie áspera para retirar los restos de agua. Esperó antes de continuar.

–Ya tuve Saraqusta una vez, Sahra, y opté por entregarla al emir, porque creí que aquello era lo que más convenía a nuestros intereses. Durante años, de mejor o peor grado, soporté que la ciudad que ya había estado en manos de mi abuelo fuera regida por gobernadores sin arraigo, simples funcionarios cuyo único mérito era contar con el favor del emir. Y no hice nada, asumí la situación y mantuve a nuestras tropas alejadas de sus murallas. Pero no podía actuar del mismo modo ante el golpe de mano que dio Al Anqar, un tuchibí, no lo olvides, perteneciente a una familia que el emir colocó en Qala't Ayub para servirle como el perro guardián que nos sometiera a vigilancia. Los tuchibíes son nuestra mayor amenaza, Sahra. Los tenemos dentro, no al otro lado de la frontera, gozan del favor del emir y nunca han ocultado su desprecio por unos simples muladíes como nosotros. ¡Ellos, descendientes de las mejores familias de la aristocracia árabe! – dijo con tono de chanza-. No, no podía dejar que Al Anqar se hiciera con Saraqusta, Sahra. El emir los eligió precisamente por su ascendencia árabe y su fidelidad a Qurtuba, y del emir recibió la orden o el permiso para asesinar a Al-Barra, sólo Allah sabe por qué.

–Entonces, ¿no tienes intención de abandonar el asedio? ¿Cuánto tiempo más, Muhammad?

–Al Anqar está desesperado, Sahra. No hay mes que no envíe mensajeros a Qurtuba solicitando ayuda, pero bastante tiene Abd Allah con sobrevivir a las amenazas a las que se enfrenta el emirato. Pasará mucho tiempo antes de que una nueva aceifa se acerque al Uadi Ibru, Al Anqar lo sabe, y no está lejos el día en que veamos ondear la bandera blanca sobre la muralla.

–¡Han pasado siete años, Muhammad!

–Que han dado sus frutos, Sahra. Saraqusta ha menguado, sí, pero las ciudades del entorno se han visto favorecidas por su éxodo gradual. Casi es como si Saraqusta fuera nuestra, y la recaudación de impuestos así lo demuestra. ¿Qué habría ocurrido si hace siete años nos hubiéramos quedado de brazos cruzados? Yo te lo diré: Al Anqar, con los recursos proporcionados por la actividad de la capital, habría reunido un ejército, habría buscado la colaboración de los gobernadores árabes de la Marca

Media, incluso habría recurrido a muladíes como Al Tawil, nuestros enemigos, y habría avanzado sobre nuestras tierras, las tierras de mis antepasados. ¿Quién sabe? Quizá sería Al Anqar quien estuviera ahora sentado en este banco, aspirando este olor a tierra mojada.

–¿Quieres decir que vas a renunciar a Tulaytula?

Muhammad tendió el pergamino a Sahra, que, entre luces, a duras penas pudo descifrar los apretados caracteres árabes.

–No sólo es a ti a quien ofrecen el gobierno…

–A mí, o a uno de nuestros hijos -confirmó Muhammad.

–¿Lubb?

Muhammad se limitó a mirar fijamente al rostro de su esposa, y Sahra apartó la vista para hundirla en los pliegues de su túnica, donde ya ocultaba sus manos.

–Supongo que no hay nada que yo pueda decir que…

–Nunca hasta hoy lo habías hecho, y sólo Allah sabe cuánto te admiro por ello. Debes recordar quién soy, Sahra, el mismo que te desposó en la corte de Yilliqiya, el caudillo de un clan que lo seguirá siendo hasta el último aliento.

Sahra asintió, despacio.

–Nunca lo he olvidado, Muhammad -respondió, grave-. Ahora, si no te importa, me gustaría entrar, la tormenta ha refrescado en exceso la noche.

–Lubb será un gran gobernador, y su tarea redundará en beneficio de los Banu Qasi. Muchos darían un brazo por poder ocupar durante un día un puesto así.

–De poco te han de servir esos brazos tuyos si no puedes sostener entre ellos al hijo que la esposa de Lubb lleva en su vientre -dijo mientras trataba en vano de contener las lágrimas-. Tu nieto, Muhammad.

Capítulo 104

Sahra apenas pudo esperar a que Lubb cruzara la *musara* desde el camino de Saraqusta. Su hijo encabezaba la marcha, erguido y satisfecho, por delante de aquel ejército de cinco millares de hombres que regresaba de la lejana Barsaluna, entre la aclamación ensordecedora de todos los habitantes de Tutila y de las villas cercanas, que no se habían querido perder un acontecimiento como aquél, pues pocos eran los que no tenían un familiar al que dar la bienvenida. Sintió un estremecimiento de orgullo al contemplar su porte, su aire marcial, su joven rostro enmarcado por el cabello rizado y la sonrisa que, a pesar de la capa de polvo que lo cubría, resaltaba la belleza de sus facciones. Dejó atrás el puente sobe el Uadi Qalash y, caminando primero, en franca carrera después, atravesó la explanada a su encuentro remangándose los bajos de la túnica. Tras ella, Shamena, su joven nuera, avanzaba con la prudencia propia de su estado recién confirmado.

Lubb alzó el brazo para detener la marcha y saltó del caballo veinte codos antes de llegar a su altura. Sin perder la sonrisa ni el brillo de los ojos, avanzó a grandes zancadas hasta rodear con sus brazos a las dos mujeres.

–¡Cuánto he pensado en este momento! – murmuró sin aflojar la presión-. ¡Os he echado tanto en falta!

–¡Serás embustero! – trató de bromear Sahra para ocultar su emoción-. Es a Shamena a quien echabas en falta, no a esta pobre anciana.

–¿Anciana, dices? – rio Lubb-. No hay desde Barsaluna hasta aquí una mujer más bella que tú…

–¡Sigues igual de zalamero! Eso es buena señal. No dejo de dar gracias a Allah por haberte traído de regreso y sin daño.

–¿Acaso lo dudabas? ¿Es que iba a dejarme herir por esos infieles ahora que a mi vuelta me espera algo más que una *haymah* llena de oficiales malolientes?

–Tampoco tú hueles a azahar, hijo -rio Sahra arrugando la nariz.

–Después de abrazaros, una larga sesión en el *hammam* es lo que más deseo en este momento.

–Ahí viene tu padre, ¡y tus hermanos! – anunció Sahra.

Lubb se dirigió a ellos con los brazos abiertos.

–¡Musa! ¡Yusuf! ¡Abd Allah! – saludó, pronunciando sus nombres a medida que los rodeaba con los brazos.

–Ni siquiera ha reparado en mi vientre -dijo Shamena, dolida.

–Bienvenida a la familia de los Banu Musa, querida… ¿Olvidé acaso hablarte de nuestros hombres antes de tu boda? – respondió Sahra con una amplia sonrisa.

El salón principal de la alcazaba se había quedado pequeño para albergar a cuantos deseaban tener noticias de la campaña en la frontera oriental. Anochecía ya, y

el humo de los hachones que iluminaban la estancia habría hecho el ambiente poco menos que irrespirable si la brisa del atardecer que se colaba por las ventanas abiertas no hubiera refrescado la sala. Lubb se hallaba sentado de manera informal sobre la mesa, saboreando sonriente la expectación que había levantado su regreso.

–Dinos, Lubb, ¿es cierto que diste muerte al conde de Barsaluna, al mismo hijo de Sunifredo? – preguntó uno de los oficiales más jóvenes alzando la voz.

Otros pidieron silencio, y las conversaciones fueron cesando para que Lubb pudiera ser escuchado por todos.

–Dirigimos la gazúa contra la fortaleza de Aura, la base de los francos a las puertas de Barsaluna, en represalia por sus incursiones en nuestros feudos de la frontera. Habían establecido allí sus defensas, y las protegieron con saña, pero al fin cedieron, con no poca sangre de los nuestros. – Aquí su tono se hizo más apagado-. No puse impedimento a la venganza de los hombres, que habían visto caer junto a ellos a sus compañeros de armas, acribillados por las saetas y las lanzas de los infieles, y el castillo ardió por los cuatro costados.

«Avanzamos después al encuentro de Guifrid, el Velloso, lo llaman, y no sin motivo, que bien tuve ocasión de contemplar su rostro en la batalla que entablamos. Los nuestros lo dieron todo, pero nuestras fuerzas estaban ya mermadas, y desde Barsaluna llegaban refuerzos sin cesar. Sin embargo, quiso Allah acudir en nuestra ayuda, porque en el fragor de la lucha pude divisar al conde y arremetí contra él. He de decir que no rehuyó el enfrentamiento, incluso apartó a los caballeros que trataban de proteger su persona, pero la suerte se puso de mi parte y conseguí herirle con la lanza. Hasta aquel momento duró la batalla, pues la vista del conde arrastrado por los suyos provocó la desbandada de los cristianos, que acabaron refugiados tras las murallas de la ciudad.

Un murmullo de admiración se extendió por la sala, y Lubb contempló los rostros dirigidos hacia él, iluminados por las cambiantes sombras de las antorchas.

–Por Allah que ha sido ésta una campaña provechosa, a juzgar por el botín que habéis arrastrado hasta aquí-reconoció Muhammad, henchido de orgullo.

–Un sustancioso botín, es cierto, del que todos tendrán parte -se recreó, mirando por encima de las cabezas-, pero la expedición también ha servido para reforzar la frontera y escarmentar a quienes la hostigaban. Una parte de las tropas ha quedado en Balaga y en otros puntos cercanos a la frontera, con el encargo de alzar nuevas fortalezas con una parte del oro capturado.

De nuevo las voces de aprobación se adueñaron de la sala, y Lubb saltó de la mesa para mezclarse entre los oficiales y los notables de la ciudad, que durante el resto de la noche lo convirtieron en el centro de atención, formando cambiantes corrillos a su alrededor.

Era ya de madrugada cuando los últimos abandonaron la alcazaba, y llegó la

ocasión que Muhammad había estado esperando.

–Estoy orgulloso de ti, hijo mío -dijo cuando al fin quedaron solos, a la vez que pasaba el brazo sobre su hombro.

Lubb sonrió, tomó asiento junto a su padre y exhaló un suspiro de cansancio.

–He tenido un buen maestro -respondió al tiempo que apoyaba la mano en su muñeca-. Y mucha fortuna. Por un momento en Barsaluna me creí derrotado.

–Tu madre, tus hermanos, todos estábamos preocupados después de vuestra partida. Fue un alivio conocer las noticias que hiciste llegar tras la victoria.

–¿Cómo está madre? He notado que algo la preocupa.

–Ya sabes, no entiende que continuemos adelante con el asedio de Saraqusta. Insiste en que deberíamos desmantelar el cerco y retirarnos a nuestras tierras.

Lubb hizo un gesto de afirmación.

–¿Quizá también tú te estás planteando esa posibilidad?

Muhajnmad negó.

–No ahora, después de siete años. Sería dejar caer al suelo la fruta madura después de tantos desvelos.

–Si te sirve mi opinión, estoy contigo, padre.

–Hay algo más… pero antes, dime, ¿has estado con Shamena?

Lubb asintió con una sonrisa.

–Vas a ser abuelo…

Esta vez fue Muhammad quien apretó la muñeca de su hijo y se levantó del diván que ocupaban. Caminó hasta una alacena y extrajo un pergamino.

–Quería asegurarme de que lo supieras antes de hablarte de esto.

Se lo tendió a Lubb, que hubo de ponerse en pie para acercarse a unos de los hachones que seguían ardiendo sobre sus cabezas. Con rapidez, pasó la vista por el mensaje que contenía, y después alzó la mirada.

–El gobierno de Tulaytula…

Era evidente que su mente trabajaba con celeridad para aprehender todas las consecuencias que aquel ofrecimiento podría acarrear.

–El recuerdo de tu abuelo permanece…

–¿Aceptarás la responsabilidad?

Muhammad sonrió, y muy lentamente movió la cabeza en señal de negación.

–Pero… -comenzó a oponer Lubb-, nuestra familia obtendría un poder que pocos…

–No, Lubb -cortó Muhammad-. Estoy ya cansado. Tengo más de cincuenta años, y no me siento con fuerzas de comenzar de nuevo en una ciudad que apenas recuerdo. Además… no puedo pedirle eso a tu madre. Tú, en cambio…

Lubb se había detenido frente a su padre, y miraba fijamente a su cara, con el pergamino aún en la mano.

–Eres joven -continuó-, y has demostrado de sobra tu capacidad para enfrentarte a cualquier reto.

–Pero, padre… -trató de oponerse.

–Deseo que seas tú quien acepte el gobierno de Tulaytula. Yo seguiré al tanto del asedio de Saraqusta, y si Allah lo quiere, pronto tendremos el control de las dos Marcas.

Lubb unió las manos sobre su boca y entrecerró los ojos con aire reflexivo, hasta que acertó a expresar en voz alta sus pensamientos.

–Con un emir debilitado, la situación no puede ser más favorable para nuestros intereses. Los Banu Qasi dominarían la mitad de la Península.

Muhammad asintió.

–¿Aceptarías una responsabilidad así? – preguntó con expresión solemne.

–Desde que era un niño, me has enseñado a enfrentarme a mis miedos y a asumir mis responsabilidades.

Los dos hombres se miraron a los ojos, para fundirse a continuación en un abrazo emocionado. Fue Muhammad quien lo deshizo para tomar a su hijo por los brazos.

–Sabía que aceptarías.

–¿Era esto lo que he notado en madre?

Muhammad asintió:

–Le resulta muy duro tener que prescindir de vosotros, no poder asistir al nacimiento de su primer nieto.

–La distancia es grande, pero no insalvable.

–Hay algo más que quiero tratar contigo, ahora que conozco tu respuesta… Hace mucho tiempo, tú eras apenas un niño, tuve una conversación con Umar ibn Hafsún, el caudillo muladí que ha encabezado las revueltas en Al Andalus.

–¿Tú? ¿Te has entrevistado con el mismo Ibn Hafsún?

–¿Nunca te he hablado de ello? – se extrañó Muhammad-. Quizá su insurrección se desarrollaba demasiado lejos, y nosotros estábamos ocupados en nuestros asuntos… Sí, nos encontramos en Saraqusta, lo recuerdo bien, sobre las murallas, durante la expedición en la que Umar participó como uno de los generales del emir Muhammad. Allí me habló de sus planes, de la revuelta que ya entonces tenía previsto encabezar en los años venideros, una revuelta que hace seis años a punto estuvo de culminar con la caída del emirato. En aquella conversación me planteó la necesidad de colaborar, como muladíes, contra la dominación de los árabes de Qurtuba. Nuestro papel debía consistir en mantener a raya al rey Alfuns y a los cristianos del norte, y hemos cumplido con creces… tú mismo acabas de ser protagonista del último episodio.

–Pero el golpe que Ibn Hafsún recibió en Bulay…

–En estos años, Umar ha sabido lamerse las heridas, y de nuevo amenaza a

Qurtuba. El descontento que le servía de apoyo en absoluto ha desaparecido.

–¿Estás sugiriendo una colaboración entre Ibn Hafsún y los Banu Qasi?

–Si tu autoridad sobre la Marca Media llega a hacerse efectiva, si Saraqusta cae por fin, estaremos como tú mismo has observado en una situación inmejorable para asentar nuestro dominio. Con Ibn Hafsún hostigando de nuevo a Abd Allah, tú no tendrías nada de lo que recelar en Tulaytula, podrías reforzar el control de la Marca entera sin temor a represalias del emirato. Un acuerdo con Ibn Hafsún tendría todas las simpatías de los mozárabes y los muladíes toledanos.

–¿Y si Saraqusta resiste a pesar de todo?

–Si es necesario -respondió con la determinación dibujada en el rostro-, lanzaremos el asalto definitivo con todas nuestras tropas. Saraqusta estará de nuevo en poder de los Banu Qasi, toda la Marca Superior lo estará con la ayuda de Allah.

Capítulo 105

Año 898, 285 de la hégira
Monasterio de Leyre

Onneca y la joven Toda avanzaban sobre sus mulas un tanto rezagadas, aunque era un numeroso grupo de soldados el que, a sus espaldas, cerraba aún la comitiva. Ascendían siguiendo el camino que serpenteaba por la ladera en la que se levantaban, humildes pero firmes, los muros del monasterio de Leyre. Madre e hija inclinaban las cabezas hacia el suelo para no ofrecer al viento y a las rachas de lluvia más que sus capuces engrasados en aquella desapacible mañana de principios de marzo. Una densa capa de nubes blancas abrazaba las cimas de los montes circundantes, unas nubes que, a punto de culminar la ascensión, parecían al alcance de la mano. Onneca alzó la mirada poco antes de coronar el altozano detrás del cual, lo sabía bien, aparecería el conocido perfil del monasterio. En esta ocasión, los muros se difuminaban en la distancia, y el extremo del campanario apenas se adivinaba entre la bruma que se deslizaba veloz sobre la abadía, pero una vez más sintió el agradable estremecimiento que le producía aquella deseada visión, que ahora le recordaba la proximidad del reencuentro con su padre.

En cuanto las primeras monturas se hicieron visibles desde el muro que rodeaba el recinto, comenzó el alegre repique de la campana situada en la delgada espadaña que recibía a los visitantes. El joven novicio encargado de la vigilancia se apresuró a desatrancar el portón de acceso y luego se hizo a un lado, con la cabeza gacha y cubierta por la capucha en señal de respeto. Onneca lo observó mientras pasaba a su lado, y no pudo evitar un gesto de complicidad con Toda cuando observó la amplia sonrisa que se dibujaba en la única parte visible del rostro del joven.

La misma sonrisa, que permitía ver unos dientes extrañamente blancos, llenaba la expresión de Sancho, que salía ya por una de las puertas laterales con las manos recogidas sobre el vientre y ocultas por las amplias mangas del hábito.

–Sed bienvenidas a nuestra humilde morada -saludó el joven abad.

–Es agradable comprobar que nuestra llegada es para vosotros motivo de alegría.

–Vos misma podréis comprobar hasta qué punto lo es. No todos los días podemos acoger entre nuestros muros a la hija y a la nieta de nuestro rey.

Las dos mujeres descendieron de las mulas con la ayuda de sus propios lacayos.

–Dejadlo todo en manos de los novicios y pasad. Pasad al interior y protegeos de esta lluvia, señora. ¿Cómo ha sido vuestro viaje? – se interesó el abad.

–El temporal nos sorprendió en la tarde de ayer junto a la villa de Ledena, de forma que decidimos acogernos a la hospitalidad de su señor. Todo ha sido

amabilidad y comodidades -explicó, mientras le retiraban la capa de los hombros.

–Como corresponde a un buen vasallo de nuestro rey, y a un buen cristiano.

En ese momento, el abad se cubrió la tonsura con el capuz y comenzó una breve oración que Onneca y Toda secundaron. Las dos conocían, al menos en parte, la estricta regla de San Benito y sabían que señalaba tal precepto en la recepción de cualquier huésped.

–El rey… ¿se encuentra bien? – preguntó Onneca al finalizar, extrañada por su ausencia.

El abad sonrió.

–Vuestro padre me ha encargado que os lleve junto a él. Se encuentra en la sala capitular, con una ligera indisposición, nada grave… tan sólo un inoportuno ataque de lumbago que le impide caminar demasiado.

Se aseguró de que no hubiera monjes en el exterior y condujo a las dos mujeres a través de la galería porticada que circundaba un cuidado patio enclaustrado, concebido para garantizar el recogimiento que exigía la Regla. El abad abrió una puerta en uno de sus laterales y cedió el paso a las recién llegadas.

–Encontraréis al rey en esta estancia. Yo he de retirarme, si me lo permitís, hasta la hora sexta, en que compartiré mi mesa con vosotros. Si necesitáis algo, el hermano mayordomo esperará junto a la puerta.

Fortún se encontraba sentado sobre un sitial de madera en el que alguien había dispuesto una pequeña almohada para aliviar su incomodidad. Sonrió abiertamente cuando madre e hija entraron en la estancia, en la que se dejaba notar la agradable calidez del fuego que ardía en uno de los rincones.

–Perdonadme si no me levanto a recibiros, pero al parecer es voluntad del Señor tenerme de nuevo postrado en esta silla durante unos días.

Onneca se acercó y besó a su padre, que sostenía en el regazo un grueso volumen ricamente encuadernado.

–Al menos puedes ocupar tus horas con aquello que más te gusta, y estoy segura de que no hay en el monasterio aposento más acogedor que éste.

–Los años empiezan a pasarme factura, pero el abad Sancho se desvive por hacer agradable mi estancia, y haría trasladar aquí las comodidades de un palacio si no fuera yo mismo quien quisiera compartir la sencillez de la vida de sus monjes. En cualquier caso, el hermano boticario parece haber acertado en la fórmula de sus emplastos, y noto cómo cede el dolor.

Extendió la mano para tomar la de su nieta.

–Mi pequeña Toda… cada día que pasa te pareces más a tu madre. Al mirarte me parece verla allí, en la lejana Qurtuba, cuando tenía tu misma edad. – Suspiró-. ¿Algún nuevo pretendiente, acaso?

Toda sonrió, azorada.

–No le faltan pretendientes, padre -respondió Onneca en lugar de su hija-. Precisamente hablar de ello es uno de los motivos que me han traído aquí. Pero tiempo habrá, apenas hemos podido saludarnos…

La campana que llamaba a la comunidad al refectorio les advirtió de que la animada conversación en la que, durante el resto de la mañana, habían repasado los asuntos más banales de la corte de Pampilona y las andanzas del resto de la familia debía tocar a su fin. No tardó en aparecer el mayordomo para conducirles a las estancias donde el abad solía recibir a los huéspedes del monasterio. La propia Onneca tomó del brazo a su padre para ayudarle a salvar la distancia que los separaba del pequeño comedor.

–¿No debe el abad acompañar a sus monjes cuando comen?

–Así es habitualmente, pero se me libera de tal obligación cuando tenemos huéspedes de relevancia, pues en ese caso prima el deber de ofrecerles el trato y la hospitalidad que merecen.

El hermano semanero de cocina apareció con un cuenco del que, en silencio, sirvió una ración de verduras y legumbres bien cocidas y mejor condimentadas en cada escudilla.

–Proceden de nuestras propias huertas -explicó el abad-. Una más de las bendiciones con las que el Altísimo nos premia, y que nunca faltan en nuestro plato.

–He visto buenos rebaños de ovejas en las tierras del monasterio, pero tengo entendido que no probáis su carne -se interesó Onneca mientras comía con apetito.

–Así es. La Regla obliga a los monjes a abstenerse de probar la carne de cuadrúpedos. No ocurre lo mismo con las aves ni con los peces, que el río nos proporciona en abundancia.

–¿A qué destináis entonces las carnes de esos animales?

–Tan sólo utilizamos las pieles para fabricar pergamino. El resto es donado a las familias de las aldeas vecinas, aunque una parte se reserva para nuestra hospedería, siempre repleta, y para el agasajo de nuestros visitantes. Aunque me temo que el empeño de vuestro padre por seguir en lo posible la Regla mientras permanece entre nosotros nos prive a todos de tal exquisitez. – Sonrió alzando su escudilla.

–Sancho ha conseguido hacer de Leyre una abadía pujante -explicó Fortún-. Sobre todo tras la exposición al culto de las reliquias de las santas Nunilo y Alodia, cuya canonización él mismo impulsó ante el Papa de Roma.

–Así fue, con la ayuda de Dios, que inspiró a este humilde monje -confirmó el abad con satisfacción evidente-. Los peregrinos se han multiplicado desde que abrimos la capilla donde se exhiben sus restos, y también lo han hecho sus ofrendas y donativos.

–Hay que decir que no es ése el único atractivo del monasterio… -aclaró el rey-. Tampoco para mí.

El abad esbozó una sonrisa de complicidad.

–Vuestro padre se refiere a nuestro *scriptorium* y a la biblioteca. Desde que Eulogio de Córdoba se refiriera a ella con admiración hace ya cincuenta años, su prestigio se ha extendido, y no sólo por la cristiandad. Son muchos los peregrinos que, camino de Compostela, hacen un alto en nuestra hospedería, atraídos por los volúmenes que mis antecesores consiguieron reunir.

–Algunas son copias procedentes de Qurtuba, de la misma biblioteca del alcázar -explicó Fortún a Toda.

–Y la mayor parte llegaron aquí gracias a la generosidad de tu abuelo, donadas por él a su regreso. Y debo decir que siguen llegando, los intercambios se mantienen casi veinte años después.

–Quizás a Toda no le interesen demasiado vuestras historias acerca de esos mamotretos cubiertos de polvo -trató de bromear Onneca con intención evidente-. Tal vez prefiera retirarse a tomar un pequeño descanso, que hasta los oficios de vísperas no tenemos ninguna obligación.

Toda, bien aleccionada, supo captar la indicación, y salió de la estancia tras un respetuoso saludo.

–Hemos de hablar, padre, sobre el futuro de mis hijos, y en particular del suyo -dijo Onneca cuando la puerta se cerró tras ella.

–Tienes total libertad para hacerlo, tú y yo jamás hemos mantenido secretos; desde el tiempo de nuestro cautiverio tú has sido mi única confidente. Tampoco hay secretos con Sancho, que es como un hijo para mí, además de mi guía espiritual. Pero antes de que lo hagas, considero que debes saber algo.

El abad asintió de forma imperceptible, y el rey se puso en pie.

–Se trata de algo que va a afectar a nuestra familia y al reino, y si a alguien no puedo ocultárselo por más tiempo es a ti, hija mía. – Hizo una pausa prolongada mientras recorría la reducida estancia-. Es una decisión largamente meditada, que va a colmar de dicha los años que me queden de vida. Tan sólo me preocupa saber si Dios me dará el entendimiento necesario para culminar el tránsito con bien…

Onneca cerró los ojos y, dispuesta a escuchar lo que hacía mucho tiempo sabía, esbozó una plácida sonrisa.

–He dedicado este retiro a la reflexión, y creo tener al fin la respuesta a mis plegarias. He decidido, hija mía… responder a la llamada de Dios, abdicar del trono y profesar en la orden benedictina para ingresar como uno más de los monjes de este monasterio.

De los ojos cerrados de Onneca, sentada aún en su escabel, se desprendió una lágrima que le recorrió la mejilla hasta perderse en la comisura de sus labios. Tragó saliva, alzó la vista y miró a su padre con infinita ternura, antes de levantarse y dirigirse hacia él para fundirse en un emocionado abrazo.

–Sé lo que has sufrido todos estos años, padre. Sé el esfuerzo que has hecho para asumir una responsabilidad que no deseabas. Y sé de tu pesadumbre al entablar batalla contra aquellos a quienes, en cierto modo, sigues considerando de nuestra sangre. Nadie podrá jamás decir de ti que no has cumplido con tu compromiso, que no has hecho lo necesario para defender tu fe, aun por encima de tu conciencia. Una fe que mantuviste incluso durante los veinte años de permanencia en Qurtuba, entre musulmanes a los que, en algunos casos, has admirado y amado.

–Eso es algo que sin duda pesará en el platillo de la balanza, cuando al final de sus días se enfrente al juicio por sus acciones -sentenció Sancho.

–En cualquier caso -interrumpió Fortún, un tanto incómodo-, mi decisión implica la necesidad de nombrar un regente que sostenga las riendas del reino hasta que Dios me llame junto a Él. Pero aún espero que el Altísimo ilumine mi entendimiento a la hora de decidir el nombre de aquel que ha de sucederme.

–Padre, en ese caso… lo que he venido a decirte…

–Te escucho con interés, hija mía.

–Es todo tan complejo… Siento que a mi alrededor se tejen redes de intereses que nos afectan, pero aún no soy capaz de vislumbrar cómo. Sólo hay algo claro.

–Las maniobras de García Ximénez -adivinó Fortún, con una sonrisa cargada de ironía.

–Así es. Cuando regresamos de Qurtuba ya había casado a su hija con mi hermano Enneco, el mayor de los varones…

–En paz descanse… -intervino el abad, recordando la reciente y dolorosa muerte del hijo de Fortún, fallecido sin dejar descendencia.

Los tres se persignaron, cariacontecidos.

–Pero García Ximénez no cejó en su empeño por emparentar con la dinastía de los Arista…

–No olvides, Onneca, que mi consuegro pertenece a una rama colateral y, por tanto, con aspiraciones al trono.

–No lo olvido, y él tampoco, es evidente. Parecería que su único objetivo es preñar a sus esposas para que le den hijos e hijas a los que casar con los Arista.

–¡Onneca! – se escandalizó Fortún.

–Perdonad mi lenguaje, padre -se excusó azorada ante el abad-. Pero las cosas son así. Daos cuenta de que casó a otra de sus hijas con mi hermano menor, Aznar, y finalmente a Enneco Garcés con tu nieta Ximena.

–Nada tuve que ver en el primer enlace del pobre Enneco con su hija primogénita, pero di mi consentimiento a los dos que también mencionas. Recuerda que García Ximénez es, por ascendencia, por su hacienda y por su entrega a la defensa del reino, el *sénior* con más prestigio entre todos los miembros del *Consilium*. Y su sangre es la misma que la de nuestros antepasados.

–Padre, el motivo de mi presencia aquí era la necesidad de tomar una decisión acerca del futuro de tu nieta Toda, de su matrimonio. Pero la revelación que acabas de hacerme, que celebro, y que sabes que en absoluto me sorprende, no hace sino reforzar la propuesta que pensaba hacerte. Y si el conocimiento que de ti tengo no me engaña, creo que puede venir a solucionar el dilema que te plantea la designación de un regente.

–En ese caso, Dios habrá escuchado mis plegarias.

Fortún hizo un gesto a su hija para indicarle que prosiguiera.

–Dejadme haceros una pregunta, a ambos… ¿qué cualidades debe tener un buen rey?

Fortún miró a su hija y sonrió extrañado, pero se dispuso a responder.

–En primer lugar debe contar con el apoyo de su pueblo y de sus nobles, mostrar aptitud para la guerra e inteligencia para la política.

Onneca sonrió.

–¿Quién, entre todos tus caballeros, entre los *seniores* que te apoyan, se ha distinguido más en el campo de batalla, quién, desde hace años, despierta la mayor admiración entre el pueblo? ¿Quién se ha mostrado siempre reverente con la fe de Cristo, hasta el punto de poner todo su empeño en defenderla de los infieles? ¿Qué nombre sale de la boca de los pamploneses cuando se les pregunta por el mejor caballero del rey?

–El joven Sancho Garcés, sin duda.

–Sancho Garcés -apostilló Onneca-, el primer hijo de García Ximénez en su segundo matrimonio con Dadildis de Pallars.

Los dos hombres la miraban fijamente, pero esta vez fue el abad quien habló.

–Un rey también ha de gozar de legitimidad dinástica…

Onneca asintió, pero la seguridad que parecía mostrar indicaba que aquélla era una objeción que esperaba.

–Así es, pero tú mismo has dicho -dijo mirando a su padre- que García Ximénez pertenece a una rama colateral de los Arista, luego la sangre de nuestros antepasados es la misma. Pero no, eso no sería suficiente, y otros podrían alegar mayor derecho. Necesita adquirir esa legitimidad dinástica por la vía del matrimonio, casar con una mujer que aporte a sus hijos la sangre de los Arista, una mujer de temple animoso que pueda ejercer con inteligencia y dignidad el papel de reina.

–¿Toda?

–¿Quién si no? Toda lleva la sangre de los Arista por partida doble: es tu nieta, la nieta del rey que va a renunciar a sus derechos, pero también es nieta de tu hermano Sancho, que ya ejerció la regencia durante tu cautiverio, y que supo dar un paso atrás cuando regresaste para ceñir la corona. Incluso por esa rama, por parte de madre, es biznieta de Galindo Aznar, conde de Aragón. ¿Quién puede alegar mayor legitimidad

que ella para dar continuidad a la dinastía? Ella sería reina, y su esposo sería el rey, el mejor guerrero de cuantos te apoyan, el político más popular entre el pueblo y en la corte. Padre, la buena marcha del reino en tu ausencia exige un hombre de su talla, un hombre que llegue aureolado por el clamor popular.

Onneca había ido alzando la voz, presa de la excitación, hasta terminar con un tono vehemente que la hizo detenerse para recobrar el aliento, puesta en pie con los dos puños apoyados sobre la mesa.

–Padre -continuó en tono solemne-, solicito tu bendición para acceder a la petición de Sancho Garcés, hijo de García Ximénez, y entregarle así a mi hija, a tu nieta Toda, en matrimonio.

Fortún desvió la mirada por un instante hacia Sancho, que observaba todavía a Onneca con una inequívoca expresión de admiración. Al verse interrogado por el rey, se limitó a asentir sin cambiar el gesto.

–Cuentas con mi bendición para concertar los esponsales -concedió-. Sin embargo… mantengo dudas sobre la conveniencia de nombrar como regente a Sancho Garcés.

El rostro de Onneca se ensombreció.

–Coincido contigo en su idoneidad, en que es el hombre adecuado, en que sería un gran rey. Pero está el inconveniente de su juventud, sólo tiene veintitrés años, su nombramiento supondría dar un salto de dos generaciones… Y hay otros candidatos que quizá no aceptaran pacíficamente una decisión como la que me propones.

–¿En quién piensas? – preguntó el abad espoleado por la curiosidad.

–Está Enneco Garcés, el hermano mayor de Sancho, fruto del primer matrimonio de García Ximénez, casado como sabes con Ximena, otra de mis nietas, la hija de Belasco.

Onneca pareció desconcertada.

–Si la juventud es el inconveniente para Sancho… retrasa tu renuncia.

Fortún sonrió, moviendo el rostro con parsimonia.

–Si abres la puerta de la jaula, debes dejar volar a la paloma, pues si de nuevo la cierras morirá de pena.

–Hay otra posibilidad… -intervino el abad-. Negocia con Enneco Garcés. Proponle actuar como regente hasta tu… muerte, para dejar paso después a Sancho. Conozco bien su carácter, pues fuimos buenos amigos en nuestra? juventud, y sé también que es el primero en admirar a su hermano. Además, nada espera, pues hasta ahora desconoce tu decisión, y actuar como regente durante tu retiro ha de ser para él recompensa suficiente.

El abad se puso en pie durante el silencio que siguió.

–Os dejo ahora para cumplir con mis obligaciones. Reflexionad sin prisa, y que Dios te ilumine. Sin duda la decisión que Él te inspire será la mejor para los intereses

del reino -añadió mientras lo tomaba del brazo con afecto.

Hizo la señal de la cruz ante el rey a modo de bendición, y sin más abandonó la estancia.

Cuando se quedaron solos, Fortún invitó a Onneca a tomar asiento frente a él, y la tomó de las manos sobre la mesa.

–Sé cómo te has volcado en tus tres hijos tras la muerte de Muhammad, y sé que buscas lo mejor para ellos. ¿Te parece aceptable la sugerencia del abad?

–El abad es un hombre sabio… Habla con Enneco Garcés, pero ante todo habla con su padre, García Ximénez. Sin duda todas sus aspiraciones se verían colmadas si su hijo mayor ocupa la regencia, para dejar paso hacia el trono a su otro hijo, Sancho. El te ha de apoyar.

–Sancho es un hombre afortunado… -Sonrió el rey-. No sólo la mujer a la que ama va a aceptar su propuesta de matrimonio, sino que la dote que ella aportará al enlace es el trono de Pampilona. Pero hay algo que necesito saber… ¿Toda lo ama?

El rostro de Onneca se iluminó esta vez con una sonrisa abierta.

–Con locura -respondió-. No fue así en un principio, recuerda que sólo tenía diez años cuando García Ximénez pidió su mano para él por vez primera. Pero el paso del tiempo los ha cambiado a los dos, y no hay una mujer en el reino que no suspire por ese hombre. Tampoco Toda.

–Me satisface oírte decir eso. Sé que no me habrías planteado el casamiento si no fuera así. Quizá Dios por fin te compense de alguna manera por la pérdida de Muhammad, por todo lo que has tenido que sufrir. Tu hijo estaba destinado a ser rey de Al Andalus y quizá, si Él lo permite, sea Toda la que acabe siendo reina de Pampilona.

La sola mención de Muhammad hizo que las lágrimas asomaran a los ojos de Onneca. Soltó sus manos y se sacó de la manga un pequeño pañuelo con el que secó la nariz.

–No te olvides -dijo con voz entrecortada- de que el hijo de Muhammad parece contar con muchas posibilidades de suceder a Abd Allah, a juzgar por la educación que está recibiendo bajo la supervisión estricta de su abuelo. Ésas son al menos las noticias que Muzna nos transmite.

–En ese caso la sangre de los Arista correría por las venas de los reyes de Al Andalus… y de los de Pampilona.

–Sólo pido a Dios que nunca el enfrentamiento entre ellos haga que esa sangre se vuelva a verter.

–Estamos avanzando un futuro que sólo Dios conoce. Centrémonos ahora en el presente, y vayamos en busca de Toda. Tenemos noticias importantes que transmitirle.

–Con un gesto o una simple sonrisa será suficiente. Ella sabrá bien lo que

significa.

Capítulo 106

Los esponsales se habían celebrado una semana atrás, y aún no había velada o corrillo en que no se hablara del acontecimiento. Las expectativas que se habían creado no eran baladíes, no en vano los contrayentes eran los dos solteros más reputados del reino, pertenecientes a sus dos familias principales, los Arista y los Ximeno. Pero todo lo esperado se había visto superado por la realidad, por el entusiasmo desbordante de nobles, cortesanos, clérigos, oficiales, artesanos, criados y hasta el más humilde de los palafreneros. Todos se habían echado a los caminos para acudir, como si de una masiva peregrinación se tratase, a las inmediaciones del monasterio, donde siempre, y aquella vez no iba a ser distinto, se habían celebrado los grandes acontecimientos relacionados con la familia del rey. Las posadas y las caballerizas de todo el contorno pronto quedaron saturadas, pero aquello no pareció importar a quienes llegaban para contemplar a los contrayentes y a su séquito. Familias enteras atestaban los caminos con sus carros, que utilizaban para pasar la noche, aunque cualquier lugar con la mínima protección parecía bueno para tender una lona a modo de cobertizo donde descansar.

El primer domingo de mayo, bien pasada la Pascua, fue la fecha escogida para el casamiento, y todo parecía haberse conjurado para hacer de aquel día una jornada inolvidable: a pesar de que hasta la víspera había soplado un viento áspero y frío que arrastraba amenazantes nubes de lluvia, aquel domingo amaneció un día sorprendente, despejado y cálido. Desde el alba, los accesos al monasterio eran un mar de carros, caballerías y caminantes, que no querían perder la oportunidad de contemplar a los novios de cerca. La terraza natural donde se asentaba la abadía recordaba a los mejores días de mercado de la ciudad, y por ella circulaban, entre tenderetes y sombrajos, una multitud de vendedores de las más variopintas mercancías, bufones, aguadores, adivinos y no pocos truhanes y amigos de lo ajeno. Cualquier tienda improvisada con unas varas y una lona servía para cobijar a las charlatanas que pretendían adivinar el futuro de las mozas casaderas, venturoso para todas, a juzgar por los rostros de emoción con los que abandonaban los chamizos.

La multitud pronto se congregó a las puertas del monasterio, y los primeros mozalbetes comenzaron a trepar por sus muros para disponer de un lugar de observación privilegiado, aunque todos ellos fueron desalojados a varapalos cuando una unidad de soldados acudió al lugar para ordenar la entrada y evitar los altercados. La mayor parte de los invitados a la ceremonia se encontraban en el monasterio desde la víspera, alojados unos en la hospedería y otros en dependencias habilitadas para la ocasión: los *seniores* que formaban el *Consilium*, los miembros del clero, con el obispo Ximeno al frente, representantes de los condados vecinos, como Galindo Aznar, conde de Aragón, los condes de Pallars, caballeros procedentes de tierras de

Castilla, de Álava, e incluso representantes del rey Alfonso llegados desde León.

El abad desarrollaba una actividad continua, aun sin abandonar su particular y característico sosiego. Se movía entre los asistentes desplegando aquel don de gentes adquirido tras años dedicados a recibir a los más ilustres visitantes. Entraba y salía del templo, cuya portada se había engalanado con los pendones de los Arista, alternando los saludos con las órdenes, atento a cualquier detalle, hasta que llegó la hora señalada y todos alzaron las cabezas para ver cómo varios monjes iniciaban el frenético volteo de las campanas que anunciaba la inminencia del enlace.

Los novios podrían haber accedido al templo desde el interior del monasterio, pero fue deseo de ambos hacerlo a la vista de todos. La comitiva partió desde la puerta situada a septentrión y, entre las aclamaciones y el fervor desatado de los afortunados que habían podido pasar al recinto, recorrieron la vereda que rodeaba el templo y que los condujo al atrio. Sancho Garcés montaba uno de los dos únicos caballos del cortejo, un ejemplar tordo rodado magníficamente enjaezado, con gualdrapas que sin duda estaban a la altura de la indumentaria de gala del soberbio jinete. Descabalgó frente a la entrada del templo y besó la mano de su madre y madrina, Doña Dadildis de Pallars, que lo esperaba para acompañarle hasta el altar, seguidos por García Ximénez con la mayor de sus hijas. Tras ellos descabalgó el propio rey Fortún, que tomó del brazo a su hija Onneca, con la que siguió los pasos del novio. Y por fin, en medio del delirio general y resplandecientes bajo el sol primaveral, la novia y su padre, Aznar Sánchez de Larraun, avanzaron con paso lento hasta situarse a los pies de la breve escalinata. La belleza de Toda, resaltada por un vaporoso traje de seda, y su andar etéreo daban a la joven un aspecto casi angelical que dejó perplejos a cuantos tuvieron la dicha de contemplarla. Salvo el círculo más cercano a Onneca, que durante veinte largos años había permanecido entre los lujos orientales del palacio del emir de Al Andalus, pocos imaginaron la procedencia de aquellas sedas.

Las puertas se cerraron, las campanas dejaron de repicar durante la ceremonia, y una calma pasajera se reinstauró en el lugar. Pero el aire pareció rasgarse cuando de nuevo los goznes chirriaron y los pajes se hicieron a un lado para dar paso a los nuevos esposos, esta vez con las manos entrelazadas.

Una semana había transcurrido, y aún no se habían apagado los ecos de la ceremonia y de los fastos que siguieron, ya que durante dos días no faltó el buen vino procedente de las viñas de la abadía y tampoco el pan ni la carne de cordero, de la que en grupos, alrededor de las hogueras, dieron buena cuenta los complacidos pamploneses. Siete días después, la comunidad del monasterio de Santa María de Leyre estaba a punto de verse de nuevo sobresaltada por un acontecimiento para ellos quizá de mayor trascendencia, y es que su propio rey, el viejo rey Fortún, que tanto había distinguido a la abadía, se disponía a profesar en ella como nuevo miembro de

la orden benedictina. La víspera se había dictado el edicto en el que se hacía pública su renuncia en favor de Enneco Garcés, que en adelante actuaría como regente hasta el momento en que el Altísimo llamara al rey a su presencia.

Sólo los más cercanos ocupaban los asientos de la vieja iglesia de la abadía para acompañar a Fortún en el día en que había de pronunciar sus votos, el día por tanto de su despedida. El propio regente,

Enneco, junto a su esposa Ximena, sus dos hijos varones, Aznar y Belasco, con sus esposas, Onneca y sus tres hijos, a los que se había unido su flamante yerno, Sancho Garcés, el propio García Ximénez con su esposa Dadildis… Había que sumar al numeroso grupo de familiares once hombres más, que junto a García componían el *Consilium* de los *seniores* que acababa de dar su aprobación a la renuncia del rey. Uno de ellos ejercía ahora como notario, dispuesto a dar fe de cuanto hubiera de acontecer entre los muros del templo.

La solemne eucaristía había sido concelebrada por el obispo Ximeno, el abad y un numeroso grupo de sacerdotes de la diócesis. La comunidad de monjes del monasterio permanecía recluida en el oratorio que comunicaba tanto con la iglesia como con el claustro de la abadía, tras una espesa celosía que velaba su visión desde el exterior. Sólo el monocorde sonido de sus cantos inundaba el espacio a medida que la liturgia avanzaba en una sucesión de salmos, responsorios, himnos y antífonas.

Entre todos los presentes, era Onneca quien mostraba mayor emoción. El canto de aquellos hombres santos, cargado de espiritualidad, el aroma del incienso que se fundía con el de los cirios del altar, la luz tamizada que se filtraba a través de las angostas vidrieras, la visión de su padre frente al altar, solo, en uno de los momentos más trascendentes de su existencia, todo se unía para provocar en su espíritu una mezcla confusa de luto y de gozo, de exaltación y de profunda tristeza. Había compartido con aquel hombre los momentos más duros, los veinte largos años de cautiverio ahora tan lejanos, había sido su confidente, su alegría, su apoyo, añoraron juntos a Muhammad en la distancia, y juntos lloraron su muerte. Gozaron de los tres hijos con los que Dios la había bendecido de nuevo, y alcanzaron la cercanía que le había permitido conducir su voluntad en el momento de la renuncia, en favor del esposo de Toda. Sabía que su padre se encaminaba con decisión hacia la realización de su anhelo más íntimo, profesar en aquella orden y pasar el resto de sus días entre los muros de aquella abadía. Era cuanto ansiaba desde que, en un tiempo ya lejano, aceptara sobre su cabeza una corona que no creía destinada a ceñir sus sienes, pero que durante dieciocho años había portado con dignidad. Sin embargo, ¿alcanzaba su padre a imaginar siquiera la pérdida que para ella suponía el paso que estaba a punto de dar? Una profunda sensación de angustia se apoderó de su corazón en el momento en que la eucaristía tocaba a su fin. Por un momento, pensó en ceder al impulso que la empujaba a salir de allí pero, una vez más, como tantas otras, se obligó a ocultar

sus emociones, apretó los puños con fuerza y se alzó al mismo tiempo que los demás.

El obispo Ximeno se retiró hasta el sitial que había ocupado tras el altar, y el abad descendió el escalón que separaba el ábside del crucero. Se detuvo frente a Fortún, que permanecía en pie con la vista clavada a sus pies, y recorrió con la mirada a todos los presentes.

–Hoy es un día de gozo para el Señor, para todos los creyentes, pero muy especialmente para la comunidad benedictina que este monasterio acoge -empezó con voz rotunda-. Nos hemos reunido para dar la bienvenida a un nuevo hermano, un hombre dispuesto a renunciar a la alta dignidad que ha desempeñado, una carga inmensa que Dios puso sobre sus hombros y que ha sabido sobrellevar para gloria del Altísimo, y en defensa de su Santa Madre Iglesia. Recibimos en la comunidad a nuestro buen rey Fortún, que en el día de hoy renuncia a todas las posesiones terrenales para cruzar la puerta libre de ataduras materiales. Dijo San Benito: «No se reciba fácilmente al que recién llega para ingresar a la vida monástica, sino que prueben los espíritus por ver si son de Dios. Todas las cosas sean comunes a todos, como está escrito, de modo que nadie piense o diga que algo es suyo.»

«Sobradamente ha mostrado nuestro hermano el conocimiento de la Regla que rige nuestras vidas, y en breve deberá hacer solemne promesa de cumplir los preceptos que la componen. Sea ahora el propio Fortún, de viva voz, quien muestre a toda la comunidad cuál es su deseo al venir aquí hoy.

Fortún alzó entonces la cabeza, se persignó y tomó el documento que reposaba en el escabel situado tras él. Con parsimonia, aflojó el nudo que lo sujetaba, lo extendió ante sí y dio comienzo a su lectura con voz grave.

En el nombre del Señor. Yo, el rey Fortún, hijo del rey García, viendo que los bienes que creemos poseer se desvanecen en nuestras manos como humo en el aire, y viendo que es brevísima nuestra permanencia en esta peregrinación por el mundo en la que, por tendernos sin cesar múltiples lazos el enemigo eterno, apenas vivimos libres de pecado, vengo al monasterio de Leyre a recibir la hermandad, como vi recibirla a mi padre, y a rogar a san Salvador que me perdone como se perdonó al ladrón en la cruz. Y humildemente ruego a las santas Nunilo y Alodia, cuyos cuerpos descansan en esta abadía, que sean mis intercesoras ante el Señor, por cuyo nombre no vacilaron en derramar su sangre.

Y para que se cumpla mi petición y se satisfagan mis ruegos, yo, el rey Fortún, hijo del rey García, doy a san Salvador de Leyre y a las santas mártires Nunilo y Alodia, las siguientes posesiones: Olarda con sus pertenencias, San Esteban de Sierra Mediana con las suyas, y los molinos situados junto a la villa

de Eza con el término llamado La Torre. Deposito sobre el altar de san Salvador esta donación, escrita de mi puño y letra. Y cualquiera que intente impugnarla o detraer algo de lo declarado, sea maldito y excomulgado por todos los días de su vida, y después de muerto tenga su morada eterna en el infierno con el demonio y sus ministros. Amén.

Fortún alzó la vista del pergamino y se lo tendió al abad, que lo depositó en la superficie del altar. Luego ocupó de nuevo su lugar frente a Fortún, y habló de viva voz:

–¿Prometes, Fortún, hijo de García, guardar los preceptos de la Regla de San Benito en todos sus puntos, cumplir cuanto se te mande, sabiendo que, según lo establecido, desde este día no te será lícito abandonar el recogimiento del monasterio, ni sacudir el cuello del yugo de la Regla, que después de tan morosa deliberación has podido rehusar o aceptar? – Prometo -respondió.

–¿Prometes, delante de Dios y de las santas Nunilo y Alodia, y en presencia de la comunidad a la que aspiras a pertenecer, respetar la estabilidad que marca la Regla, abrazar la vida monástica y cumplir con el mandato de obediencia, sabiendo que, si alguna vez obras de otro modo, vas a ser condenado por Aquel de quien te burlas?

–Prometo -repitió.

El abad Sancho permaneció un instante inmóvil ante Fortún. Luego su rostro se iluminó con una sonrisa abierta.

–Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso, y cúmplelo verdaderamente. Así volverás por el trabajo a Aquel de quien te habías alejado. Su palabra se dirige ahora a ti, que abdicas de tus propias voluntades y tomas las preclaras y fortísimas armas de esa renuncia para militar por Nuestro Señor, verdadero Rey. Sé, pues, recibido como hermano nuestro en la comunidad de San Salvador de Leyre.

Abrió sus brazos para recibir al rey, y los dos hombres se fundieron en un emocionado abrazo.

El hermano mayordomo se acercó desde un lateral. Portaba en sus manos, cuidadosamente doblado, el hábito que desde aquel momento habría de sustituir sus ropas. Lo depositó sobre el escabel y ayudó a Fortún a despojarse del cinto que soportaba su espada. Con solemne lentitud, retiró la túnica que vestía y la plegó antes de tomar la cogulla marrón. El propio Fortún se la pasó por la cabeza y adaptó los pliegues a su cuerpo, sobre la túnica basta de tela blanca que ya antes le había sido facilitada, para evitar su desnudez durante la ceremonia. Se ajustó el cinto sobre la cogulla y tomó asiento para calzarse las medias y las sandalias que se le ofrecían. El mayordomo, por fin, le colocó un escapulario en el pecho y depositó entre sus manos

una pequeña cesta con el resto de los objetos que se le cedían en uso: una tablilla de escribir, una pluma, una aguja, un cuchillo y un pañuelo.

–Mandó san Benito que todas las cosas sean comunes a todos, como está escrito, de modo que nadie piense o diga que algo es suyo -recordó el abad en voz alta.

Fortún, vestido ya con el hábito benedictino, regresó al altar y se postró de rodillas al pie de la escalinata.

–Recíbeme, Señor, según tu palabra, y viviré; y no me confundas en mi esperanza.

Desde el lado opuesto de la celosía, las voces de toda la comunidad de monjes respondieron al unísono, repitiendo sus palabras por tres veces. Uno de los monjes entonó el Gloria, y poco después el sonido de aquel canto de alabanza llenó todos los rincones del templo.

El abad Sancho se acercó a Fortún para invitarlo a ponerse de nuevo en pie en el momento en que el obispo descendía hacia ellos. Con gesto de satisfacción, Ximeno impuso sus manos sobre los hombros del nuevo hermano de San Benito, y a continuación le dio su bendición. Sancho tiró entonces de él, y solemnemente lo condujo hacia el oratorio desde donde los cánticos surgían sin descanso. La pequeña puerta practicada en la celosía se abrió para permitirles el paso. La atravesó el abad en primer lugar, Fortún lo siguió a escasa distancia, y estaba ya bajo el dintel cuando se detuvo. Volvió la cabeza y buscó entre las primeras filas. Aunque la imagen que los dos veían estaba velada por las lágrimas, aquella última mirada fue suficiente para decirse todo aquello que con palabras hubieran sido incapaces de expresar.

El hermano Fortún agachó la cabeza y avanzó dos pasos en dirección a su nueva familia, antes de que el mayordomo cerrara la portezuela y girase la llave desde el exterior.

Capítulo 107

Yayán

Lubb trataba de buscar una explicación para aquella extraña sensación que lo incomodaba cada vez más a medida que avanzaban hacia el sur. En la jornada anterior, habían concluido el descenso del imponente desfiladero que se interponía entre las llanuras inmensas de la meseta y el valle de aquel gran río que muchas millas más adelante terminaba por lamer los muros de la propia capital del emirato. Nunca antes había viajado por parajes tan distantes de las tierras del Uadi Ibru que lo habían visto crecer, y quería pensar que ése era el motivo de su inquietud.

Pronto había de cumplirse un año desde que tomara posesión como *wali* de Tulaytula, y era ahora cuando se disponía a cumplir con la tarea que su padre le encomendara. Había conseguido al fin entrar en contacto con Umar ibn Hafsún, y lo había hecho a través de un santón musulmán de nombre Al Sarray, cuyo odio hacia el emir le había llevado a abrazar de forma entusiasta la idea de una alianza entre el temido muladí de Raya y aquellos a los que él llamaba «los señores de la Alta Frontera». Desde su llegada a la capital de la Marca Media, Lubb había tenido ocasión de comprobar hasta qué punto los Banu Qasi eran bien considerados entre los muladíes y los mozárabes de Al Andalus. Su propia acogida había supuesto para él un ejercicio inaudito de entrega y confianza que le hizo temer no estar a la altura de las expectativas que los habitantes de Tulaytula estaban poniendo en una capacidad que aún no había demostrado. No fueron pocos los toledanos que le hablaron con añoranza de aquellos tiempos, cuarenta años atrás, en que su abuelo gobernaba la ciudad, y era sin duda admiración lo que sentían quienes mencionaban a Musa ibn Musa, el bisabuelo que había tenido la inaudita valentía de enfrentarse al poderoso emir de Qurtuba cuando sus intereses se vieron amenazados. Su presencia en Tulaytula parecía abrir las puertas a la esperanza de que su nuevo wali fuera capaz de emular las gestas de sus antepasados y conducir a la ciudad a un grado de autonomía equiparable al que desde hacía décadas disfrutaban las tierras del Uadi Ibru.

Tan sólo unos días atrás, Lubb les había probado que la misma sangre corría por sus venas, pues, aunque forzado por las circunstancias, había dado la trascendental orden de interrumpir el pago de la *jizya*. Era año de sequía, de escasez y de carestía, la cosecha de primavera se había arruinado, no había en los silos cereales que moler, ni siquiera agua suficiente para mover los molinos. Mientras las consecuencias se limitaban a la privación de lo prescindible, se mantuvo firme en el cumplimiento de sus obligaciones con Qurtuba, pero el hambre no había tardado en aparecer y, ante la imagen de grupos de niños famélicos recorriendo las calles en busca de cualquier

cosa que llevarse a la boca, no tuvo ninguna duda sobre la decisión que había de tomar. Quizá su reciente paternidad le había hecho más susceptible ante la visión de esos desharrapados, pero lo cierto era que el mes anterior los recaudadores regresaron a Qurtuba tan ligeros como habían llegado, y ni sus admoniciones ni sus amenazas consiguieron mudar su determinación. Sólo Allah conocía lo que hubiera de suceder en el futuro, pero Lubb no pensaba esquilmar las pocas monedas que los toledanos conservaban en sus bolsas para alimentar a los qurtubíes, sin duda tan famélicos como ellos mismos. La decisión había sido acogida con entusiasmo, pero él se había guardado mucho de revelar que el riesgo no era ni cierto ni inminente, pues la propia hambruna habría de detener las intenciones de Abd Allah de enviar una aceifa contra la ciudad, además de que sus informaciones situaban al emir en las cercanías de Burbaster, en el enésimo ataque contra el rebelde Ibn Hafsún, que en lo más crudo del verano éste había conseguido rechazar.

Era precisamente después de la retirada de las tropas del emir de los montes que servían de refugio a Ibn Hafsún cuando había surgido la posibilidad de aquel encuentro, que se había concertado en el *hisn* Qastuluna, la antigua fortaleza romana de la *kurah* de Yayán, a media distancia de los lugares de procedencia de ambos. En aquellos días de viaje, el polvo de los campos calcinados por el sol inclemente había sido su única compañía, y los dos centenares de hombres que lo escoltaban habían tenido que sufrir con él la sed y el calor, que en aquellas tierras parecía prolongarse sin mengua más allá del final del verano. Los grupos de buitres que volaban en círculos por encima de ellos a la espera de una presa moribunda sobre la que abalanzarse no contribuían a elevar la moral de los hombres, que ya habían partido de Tulaytula sin la motivación de un botín que capturar en aquella campaña. Para terminar de empeorar el ánimo, a su llegada al castillo comprobaron que quien les esperaba no era Ibn Hafsún, sino Zakariyya, uno de sus lugartenientes, enviado para anunciar la demora en la llegada del señor de Burbaster, que habría de producirse al menos cinco días más tarde.

Lubb trató de afrontar el contratiempo con buen talante, y decidió concederse el asueto del que no había podido disfrutar durante el último año en Tulaytula. Por fortuna, el río que discurría a los pies del castillo, procedente de las sierras que se alzaban al norte, conservaba parte de su caudal, y todavía abastecía de agua fresca los baños situados junto a la muralla. Allí, mientras el guante de crin arrancaba de su piel el polvo del camino, tuvo la oportunidad de ponerse al tanto de la situación política en Al Andalus a través de las noticias de primera mano de Zakariyya.

–Pasamos una mala época, es cierto -reconoció el rebelde-. La derrota de Bulay, el posterior ataque a Burbaster… Perdimos a muchos de los nuestros, pero lo peor fue el tremendo golpe en el ánimo de los que quedamos. Durante meses permanecimos encastillados, tratando de recomponer nuestros diezmados cuadros de mando.

–Sin embargo, un año más tarde ya volvía a hablarse de vuestras andanzas.

Zakariyya sonrió, y aprovechó para cambiar de postura sobre la plataforma de mármol que compartían.

–Umar es un hombre admirable, no habrá otro como él. Pronto tendrás ocasión de comprobarlo -respondió con un dejo de admiración-. Ninguno de nosotros se hubiera recuperado de un golpe como aquél, pero él fue capaz de despertar de nuevo el entusiasmo de los nuestros. Yo mismo lo vi aquel otoño, sentado con los suyos alrededor de las hogueras, visitando a los convalecientes, mezclándose con su gente a cualquier hora. Apeló a la necesidad de dar sentido al sacrificio de los que habían caído en Bulay, al hecho cierto de que nada había cambiado aún en la lamentable situación de los *dimnis* de Al Andalus, y aquella misma primavera convenció a los habitantes de Aryiduna para que de nuevo se levantaran en armas contra la autoridad de Qurtuba. Apresaron a su gobernador y nos abrieron las puertas de la ciudad. Después fue Ilbira la que cayó en nuestras manos, más tarde Yayán…

–Sin embargo, hasta la Marca llegaron noticias de repetidos ataques contra Burbaster que supusieron nuevos y graves quebrantos para vosotros…

–Los hubo, y los hay de forma periódica. Destruyen todo cuanto encuentran a su alrededor, pero la fortaleza es inexpugnable. El ataque al que te refieres fue el protagonizado por el príncipe Mutarrif, y el mayor de aquellos quebrantos fue la muerte a manos de ese hijo de serpiente de Hafs al Mur, el mejor amigo de Umar, en el que tenía puesta toda su confianza.

–¿El mismo Mutarrif que causó la muerte de su propio hermano?

–En efecto, pero Allah Todopoderoso tomó nota de sus crímenes y buscó para él la misma muerte. Su propio padre, el emir, ordenó su ejecución después de que el malnacido asesinara a sangre fría a uno de sus generales.

Lubb vertió sobre su cabeza una jarra de agua fría para aliviar el calor que emanaba del pavimento.

–Si continúa así, el emir acabará con la nómina de sus herederos -bromeó.

–¡Allah lo permita! – rio Zakariyya-. Ahora es su hijo Abán quien ha tomado el relevo en el campo de batalla, pero se comenta que Abd Allah no tiene puestas sus miras en ninguno de sus hijos, sino en su nieto Abd al Rahman, el primogénito de su malogrado heredero, al que está educando bajo su estricta supervisión.

Una ligera corriente de aire frío llegó hasta ellos cuando las puertas exteriores se abrieron, y uno de los oficiales de Lubb penetró en el cálido recinto.

–¿Qué sucede? – se extrañó ante la súbita interrupción.

–Un mensajero, *sahib*. Acaba de llegar y ha traído esto -respondió el soldado mientras le ponía el rollo de pergamino en la mano húmeda.

Capítulo 108

Tutila

El corazón de Lubb latía desbocado, y en su garganta sentía el nudo provocado por la angustia cuando su cabalgadura coronó la loma desde la cual podían contemplarse ya las viejas murallas de Tutila. Las columnas de humo se elevaban hacia un cielo de otoño encapotado, alcanzaba a oírse el lejano martilleo de algún herrero sobre el yunque, y los hortelanos se afanaban con movimientos rítmicos y cadenciosos en los campos que rodeaban la ciudad. Desde allí nada hacía presagiar el drama que se desarrollaba en una de aquellas edificaciones, la mayor de todas, la residencia del wali. Hizo girar su montura para acercarse a la carreta en la que su esposa y su hijo habían hecho aquel viaje agotador desde la lejana Tulaytula. Alzó la lona que cubría la parte posterior y se encontró con la mirada dulce de Shamena, que sostenía en sus brazos al pequeño Muhammad, profundamente dormido. Incapaz de pronunciar una palabra, Lubb simplemente esbozó un gesto de agradecimiento a aquella mujer, de la que no había oído una palabra de queja en los diez días anteriores.

Reemprendieron la marcha hacia la puerta oriental y atravesaron la musara, la gran explanada que había sido escenario de los mayores acontecimientos vividos en aquella ciudad que, ahora era consciente de ello, consideraba como suya. Un mozalbete que corría tras un perro se detuvo en seco al verlos aparecer por el camino de Tarasuna. Tras un instante en que los contempló con la boca abierta por el asombro, atravesó el puente sobre el Uadi Qalash y se perdió dando voces por las callejuelas. Al poco, un grupo de mujeres cubiertas con sus velos asomaron por la puerta de Saraqusta y se dispusieron en el pequeño espacio que quedaba entre la barbacana y el pretil. A éstas les siguieron otros muchos, que acudían con expresión grave y se apresuraban a buscar un lugar al borde del camino.

Lubb cruzó el puente en las primeras horas de la tarde, encabezando la comitiva. Veía cómo los habitantes de la ciudad lo observaban con curiosidad a medida que se acercaba, para agachar la cabeza a su paso en señal de respeto y condolencia. Impresionaba el silencio, roto sólo por el golpeteo de los cascos sobre el empedrado y por el rechinar de las ruedas de los carros. Giraron a la izquierda al atravesar la muralla, y enfilaron la calle que conducía a la residencia del wali. Lubb hubiera deseado que aquel camino no acabara nunca, que nunca llegara el momento de tener que enfrentarse al rostro de su madre. Pero allí estaba ya, el familiar rincón donde tantas veces había jugado siendo niño, el escenario de sus primeros besos adolescentes en la oscuridad de la noche antes de regresar al cobijo del hogar. La

puerta que daba al zaguán estaba abierta, aunque nadie esperaba en el exterior. Descabalgó, y sus piernas entumecidas parecieron negarse a responder, pero Shamena reclamaba ya su ayuda para descender del carro. El aya que la acompañaba tendió luego hacia su madre al pequeño Muhammad, y un murmullo de admiración se extendió por la pequeña plaza ante la visión del que habría de ser el heredero de los Banu Qasi.

Lubb se dirigió hacia la entrada entre gestos de asentimiento a quienes simplemente le dirigían miradas de condolencia y apoyo, y entonces surgieron los rostros de sus hermanos desde la penumbra del zaguán. El primero al que abrazó fue a Abd Allah, que le seguía en edad y que con seguridad habría tomado las riendas de la familia en ausencia del padre y del primogénito. Tras él, Mutarrif, Musa, Yusuf y Yunus, el benjamín, sólo un muchacho. Apenas hablaron, los abrazos prolongados e intensos fueron suficientes.

–¿Dónde está? – preguntó Lubb.

–Dentro -respondió Abd Allah-. No ha visto la luz del día desde que recibió la noticia. Ha sufrido demasiado, tanto que…

Dejó la frase sin terminar y, negando con la cabeza, condujo a su hermano a través del zaguán hasta el patio central de la vivienda. A Lubb le pareció un lugar lóbrego, muy distinto al recinto luminoso que recordaba. El agua que sin cesar caía en la alberca central ya no producía aquel agradable rumor chispeante y cantarín, sino un sonido húmedo y frío que empapaba el alma. Los sirvientes de la casa se encontraban agrupados bajo el pórtico que rodeaba el patio, con las cabezas gachas y las manos cruzadas a la altura de la cintura. Franqueó el umbral de la estancia principal y la encontró desierta. Siguió a Abd Allah a través de la vieja escalinata hasta el piso superior, y allí se detuvieron ante una de las habitaciones, que permanecía en penumbra, con la luz que entraba desde el patio por toda iluminación. Lubb reconoció la alcoba que sus padres habían ocupado durante los años de estancia en Tutila, y sobre el lecho, vestida de luto riguroso, vislumbró la figura de Sahra, que miraba hacia el exterior como si no acabara de creer lo que sus ojos le mostraban. Intentó ponerse en pie mientras su hijo se acercaba a ella, pero le fallaron las piernas y hubo de apoyar los brazos sobre la cama para no caer. Lubb la sujetó de los hombros para ayudarla a levantarse de nuevo.

–¿Eres tú, Lubb? ¡Has venido! – exclamó mientras le acariciaba la barba con manos temblorosas.

A pesar de la penumbra, el corazón de Lubb se partió al contemplar los ojos de su madre. Hinchados, enrojecidos, su expresión iba más allá del dolor, hasta revelar quizás un ápice de enajenación.

–¡Nos lo han quitado, hijo mío! – dijo con la voz rota-. ¡Nos lo mataron, como se mata a un perro!

Sahra hablaba fuera de sí, desgarrada por la rabia y el sufrimiento, sujetando entre los puños cerrados la túnica de Lubb a la altura del pecho.

–Lo sé, madre. Sé lo que estás sufriendo -respondió mientras pasaba los dedos por sus pómulos empapados, con ternura.

–¡Ni su cadáver respetaron esos hijos de Satanás! – gritó con los ojos desmesuradamente abiertos-. ¡Sin cabeza me lo entregaron! ¿Lo oyes, Lubb? ¡Sin cabeza! ¡Hasta de eso me privaron, de la posibilidad de despedirme de él mirando su rostro por última vez!

Sahra estalló en sollozos y cayó de rodillas a los pies de Lubb sin que éste pudiera hacer nada por evitarlo. Abd Allah entró en la estancia, y juntos la alzaron para recostarla de nuevo en el lecho, que se agitaba con los incesantes lamentos. Lubb cerró los ojos, tratando de contener las lágrimas. Durante un instante permaneció allí de pie, sujetando aquella mano entre las suyas, hasta que su madre pareció ceder al cansancio y la tensión, y su respiración se hizo rítmica y relajada. Lubb dejó la mano con suavidad sobre el lecho y asintió cuando su hermano lo sujetó por el hombro para indicarle que debían salir.

–Hemos temido por ella -confesó Abd Allah-. Este era el último trance que le restaba. Confiemos en que a partir de ahora el tiempo haga su trabajo, y poco a poco recobre la estabilidad.

–Quizás ayude la presencia de nuestro pequeño, si conseguimos que se vuelque en él.

–Un nuevo Muhammad ibn Lubb en la familia ayudará sin duda. – Abd Allah trató de sonreír.

Descendieron de nuevo a la sala principal, donde la esposa de Abd Allah se había encargado de que se dispusiera un pequeño refrigerio para los recién llegados.

–Estaréis cansados, comed ahora y reposad. Los baños están a vuestra disposición -ofreció Abd Allah.

–Todo eso puede esperar -cortó, aun tratando de no parecer brusco-. Necesito saber…

–En ese caso, sentémonos…

Shamena y la esposa de Abd Allah salieron para supervisar la descarga de los carros y las mulas, mientras los hermanos tomaban asiento en los viejos divanes de la estancia.

–¿Cómo fue? – preguntó Lubb sin más preámbulos.

–Quizá Mutarrif sea el más indicado… -dijo Abd Allah-. Él y Yusuf estaban junto a nuestro padre en Saraqusta.

Mutarrif era el cuarto de los hermanos, y contaba veinte años, aunque su aspecto y su madurez lo hicieran destacar por encima de los muchachos de su edad. Pareció sorprendido al verse interpelado por su hermano, pero se incorporó con seguridad y

comenzó a hablar.

–Fue el décimo día de Ramadán, en dos días se cumplirá un mes. Esperábamos a la puesta de sol para interrumpir el ayuno, y nuestro padre salió de la haymah que ocupaba junto a sus oficiales. Todo estaba tranquilo, la tarde era agradable, y suponemos que se le ocurrió dar un paseo en torno al cerco de Saraqusta. Cometió el error de no dar aviso a la guardia, y se alejó solo del campamento, en dirección al antiguo arrabal derruido. Tampoco mucho, poco más de un tiro de flecha, y en todo momento permaneció a la vista de los centinelas. Interrogados después, contaron que se sentó sobre un pequeño muro, bajo un almendro, y de frente al sol de la tarde. Al parecer fue visto desde la muralla… y al poco alguien se deslizó hacia el exterior.

–¿Nadie vio abrirse el portón?

–Quien causó la muerte a nuestro padre no usó la puerta para abandonar el cerco. Sin duda lo haría a través de algún orificio, bajo la muralla o a su través. Son innumerables los que han practicado, e imposibles de bloquear sin caer bajo las flechas de los defensores, pero la presencia del cerco les impide utilizarlos.

–Hasta aquel día…

–Todo fue muy rápido. Los centinelas hablan de una sombra que se deslizó entre las ruinas del arrabal, agazapada tras los muros derruidos y los matorrales. – La angustia del recuerdo parecía atenazar la garganta del muchacho-. Cuando le quisieron advertir, fue demasiado tarde. Los centinelas, con sus voces, sólo pudieron conseguir que él, alertado, levantara la cabeza, pero su asesino ya se encontraba tras él.

La voz del muchacho pareció a punto de romperse.

–Desde el campamento vieron cómo le seccionaba la garganta con un corte limpio y rápido. Cayó agonizante en medio de un charco de sangre… y allí mismo, en el suelo, aquel miserable le cortó la cabeza.

Las lágrimas caían por el rostro de Mutarrif, y su voz se había convertido en un sollozo.

–Las voces de los centinelas nos habían alertado a todos, y salimos de las tiendas. Lo primero que vi fue la cabeza en el momento en que era lanzada sobre la muralla, luego los vítores desaforados de los defensores y la puerta que se abría para dejar paso a un hombre que era alzado en hombros bajo la misma barbacana. Al principio mi mente no acertó a comprender, hasta que oí las voces de los centinelas… gritando que…

Mutarrif se derrumbó entre sollozos, y Lubb se acercó a él para ponerle una mano sobre el hombro. Fue Abd Allah quien tomó la palabra.

–Sabemos, porque se molestaron en hacérnoslo saber, que su cabeza fue enviada a Qurtuba para ser expuesta ante la puerta del alcázar. Eso madre no lo sabe.

–¡Malditos hijos de perra! – exclamó Lubb con los dientes apretados por la rabia-.

¡Yo te maldigo, Al Anqar, y haré que pagues por lo que has hecho!

–De nada sirven ya las lamentaciones, de nada sirven las maldiciones -respondió Abd Allah más sereno-. Nuestro padre ha muerto, y nada puede cambiar lo sucedido.

Lubb asintió, intentando calmarse, y acabó dejándose caer sobre el diván.

–Cómo están las cosas en Saraqusta? – preguntó.

–La guarnición sigue en el campamento, nada ha cambiado… -repuso su hermano-. No pudimos evitar algunas acciones de represalia, que pagaron quienes eligieron un mal momento para escapar de la ciudad. Hasta entonces, como sabes, era algo que se había consentido, pero los primeros que lo intentaron tras la muerte de nuestro padre volvieron de regreso… catapultados por encima de la muralla. Reconozco que no tuve coraje para castigar a los culpables.

Un espeso silencio se instaló en la sala, hasta que volvió a hablar Mutarrif, ya rehecho después de revivir los amargos recuerdos.

–El Consejo ha esperado tu regreso para ser convocado… Se espera que tú, como primogénito, asumas la responsabilidad de encabezar a los Banu Qasi.

–Suponía que así sería, y por ello he delegado el poder en Tulaytula. Sin embargo, aunque será algo que se discuta en ese Consejo, tengo decidido condicionar mi aceptación… a la continuidad del asedio en Saraqusta.

–En ese caso no habrá inconveniente… Creemos que es ése el sentir general -aclaró Abd Allah-. Con su acción, Al Anqar se ha cerrado toda salida, incluso la propia rendición si no lleva aparejada su entrega.

Lubb hizo un gesto de desagrado y de hastío, y se levantó del diván con un movimiento brusco.

–Excusadme… -pidió-, pero soy incapaz de seguir hablando sobre nuestro futuro, como si sólo se tratara de sustituir una pieza por otra. Necesito tiempo para reflexionar, para asimilar que…

Interrumpió la frase a tiempo de evitar que la emoción lo hiciera por él.

–Siento que… es preciso hacerlo ahora -siguió, con las lágrimas empañando sus ojos-. Necesito darle el último adiós.

Abd Allah movió la cabeza afirmativamente, con lentitud.

–Te acompañaré al lugar.

Lubb asintió y esbozó una sonrisa de agradecimiento.

–Iremos todos -propuso Mutarrif desde el fondo-. Si no tienes inconveniente…

Esta vez Lubb se volvió, miró a su hermano menor, le sonrió y le pasó el brazo derecho por el hombro. Caminaron juntos hasta la salida.

Había comenzado a llover y el empedrado estaba mojado, pero aquel detalle no pareció incomodarles. Atravesaron el zaguán, y uno de los viejos sirvientes les acompañó a la salida a la calle, que la lluvia había dejado desierta. Lubb terminó por aceptar una de las burdas capas empleadas por los mozos de cuadra que el anciano se

empeñaba en ofrecerles, y sus hermanos hicieron al fin lo mismo. Así pertrechados, enfilaron un tramo en ligero ascenso que conducía hacia el poniente, en busca de la puerta de Tarasuna. Discretamente, un grupo de soldados de la guarnición emprendió la marcha tras ellos, a un centenar de pasos de distancia. Caminaron en silencio, respondiendo sólo con el gesto al saludo de los sorprendidos campesinos que regresaban de sus huertas en la vega del río. Cruzaron la puerta entre las dos torres albarranas que la protegían, y en un instante alcanzaron las primeras tumbas del antiguo cementerio. Abd Allah se adelantó y lo condujo entre las estelas de piedra que identificaban a los difuntos. La hierba había crecido entre ellas y, junto a las hojas que el otoño había depositado en el suelo, ayudaba a evitar el barro, que sólo aparecía junto a una de las sepulturas, la más alejada y sin duda la más reciente. Antes de llegar a ella se detuvieron en las más próximas.

–Aquí yacen nuestro abuelo Lubb -explicó Abd Allah, que procuraba no pisar fuera de los estrechos pasillos que delimitaban los enterramientos- al lado de su hermano Fortún.

Lubb se acercó y leyó la inscripción en la que con claridad se apreciaba su propio nombre, junto a una fecha.

–Apenas lo recuerdo, murió en un accidente de caza cuando yo contaba apenas cinco años.

–Algunos de nosotros ni siquiera habíamos nacido -comentó Yusuf.

Lubb rodeó algunas de las estelas más cercanas.

–Es curioso, hasta ahora nunca había sentido la necesidad de visitar este lugar. En cambio hoy…

–Fijaos -llamó Abd Allah-. Musa ibn Musa… Aquí está nuestro bisabuelo, el gran Musa.

–Assona, Onneca, Zahir, Ziyab… -enumeró Lubb mientras recorría con la vista las lápidas más cercanas-. Sus nombres me resultan tan sólo conocidos, me hacen evocar las noches junto al fuego en que nuestro tío abuelo Ismail contaba las andanzas de su padre junto a Enneco Arista, su tío vascón.

–También nuestro padre nos hablaba de ellos, cuando éramos niños -recordó Abd Allah, próximo ya a la sepultura de Muhammad.

Lubb se acercó a él, lentamente, como si de forma inconsciente quisiera retrasar el momento de confirmar la dolorosa evidencia, y por un instante le asaltó una sensación de irrealidad. No le resultaba extraño asimilar las ausencias de aquellos otros seres a los que nunca había conocido o a los que ya no recordaba, pero se resistía a creer que quien yacía bajo aquel túmulo era su propio padre, el hombre lleno de vitalidad del que se había despedido un año atrás para partir hacia Tulaytula, en busca de la responsabilidad que él mismo le había confiado.

Se aproximó despacio y rodeó a su hermano antes de agacharse ante aquella

piedra vertical de bordes redondeados en la que alguien había grabado con singular maestría, al lado de la invocación a Allah, los caracteres árabes del nombre de su padre: «Muhammad ibn Lubb ibn Musa.» Y debajo las fechas de su nacimiento y de su muerte: «230-285.» Pasó las yemas de los dedos por la piedra mojada, y recorrió el trazo del cantero hasta completarlo. La lluvia que se deslizaba por la superficie encontraba cobijo dentro de los signos trazados en el mármol y llenaba la media luna que dibujaba el último de ellos. Desde allí caía sobre la tierra encharcada en gruesas gotas… que a Lubb se le antojaron lágrimas.

También las suyas comenzaron a resbalarle por el rostro ya empapado por la lluvia, y un temblor incontrolable en los labios le impedía hablar. Por eso murmuró para sí, entreabierta apenas la boca, con palabras inaudibles para los demás que surgieron de lo más hondo.

–Padre… descansas ya en la paz de Allah. – El llanto sacudía ahora sus hombros-. Debí decírtelo cuando tuve ocasión… pero has de saber que te he querido. Te he querido, y te he admirado, porque tú me lo diste todo, tú me hiciste como soy. Juro sobre tu tumba que educaré a mis hijos como tú lo hiciste, para que un día puedan sentirse orgullosos de su padre… como yo lo estoy… de ti.

Sintió una mano cálida sobre la espalda. Giró el rostro empapado y vio a Yunus, el menor de sus hermanos, que como él había desistido ya del intento de contener las lágrimas. Abd Allah pasó el brazo sobre los hombros de éste, y Mutarrif lo imitó, haciendo lo mismo con Lubb. Musa tomó a Mutarrif por la cintura, y Yusuf a Abd Allah. Los seis, abrazados, formaban una media luna en torno a la sepultura de su padre, y Lubb, en el centro, apoyaba las dos manos sobre el borde superior de su estela. La lluvia barría ahora el cementerio y el camino por el que habían llegado; las hojas caídas, arrastradas por el viento, se pegaban a sus botas empapadas, y nadie quedaba ya en la ciudad sin un techo bajo el que cobijarse. Por eso nadie sino ellos pudo escuchar las palabras que pronunció Lubb apretando con fuerza la piedra entre sus dedos.

–Estamos todos aquí, padre… todos tus hijos juntos. Y juramos sobre tu tumba… que tu muerte será vengada, y que no cederemos en nuestro empeño hasta culminar tu tarea.

Códice de Roda, cronicón de Pampilona:

«Era DCCCCXXXVI, mortuus est Mohamad Iben Lup.»

Glosario

'amih: caudillo o jefe local.

'arif: oficial de baja graduación.

'arif al banna: maestro de obras.

albannd: albañil.

Albáytar: albéitar, precursor del actual veterinario.

alfaquí: sacerdotes y maestros, especializados en temas religiosos, tanto en cuanto a su enseñanza como a su aplicación.

alhínna: alheña, tinte utilizado por sus propiedades mágicas y cosméticas. Se utilizaba para teñir los cabellos y para embellecer las manos y los pies.

al jurs: «los mudos», cuerpo de guardia de élite de los sucesivos emires.

Alkuhh: alcohol.

almúnya: casa de campo utilizada como residencia ocasional, ubicada en una zona fresca, con abundancia de agua y vegetación.

alqabala: impuesto a las transacciones comerciales.

alqutún: algodón.

aman: amán, perdón a cambio de deponer las armas, tratado de capitulación.

asaifa, sa'ifa: las aceifas eran expediciones del ejército cordobés contra zonas cristianas que se llevaban a cabo durante el periodo estival, en algunos momentos con carácter casi anual. En muchos casos era el propio emir o alguno de sus hijos quienes las encabezaban.

asfarag: espárragos.

ashsharín: aserradores.

assánya: aceña, noria.

assutáyha: azotea.

azza'farán: azafrán.

babus: babuchas, zapato ligero y sin tacón.

bait al mal: «tesoro de la comunidad religiosa», montante de dinero destinado al socorro de los más necesitados y al pago de los gastos derivados del funcionamiento de las mezquitas.

baraka: suerte, bendición.

baskiya: denominación en las fuentes árabes de la lengua vasca, jerga incomprensible para ellos, por lo que es calificada como «lengua bárbara».

baskunish: vascones.

burj: torre.

comes: conde, máximo representante de los mozárabes en una ciudad, encargado de la recaudación de sus impuestos.

dar al raha'in: «casa de los rehenes».

dimni: miembro de las minorías cristiana o judía sometido al islam.

dinar: moneda de oro utilizada durante el emirato.

dírhem: moneda de plata utilizada durante el emirato.

diwan: conjunto de oficinas agrupadas dentro del alcázar que componían la administración central.

fals: moneda de cobre de escaso valor.

faquí: alfaquí.

fata: esclavo, eunuco.

fitna: revolución, guerra civil.

hadra: capital de la *kurah* o provincia.

hammam: baño árabe.

haram: sala principal de oración de la mezquita.

harem: harén.

hasis: hachís. El consumo de opio en Al Andalus se atestigua a partir del siglo X, por la aparición de restos de cazoletas utilizadas para fumarlo.

hachib: cargo de máxima responsabilidad en la corte de los emires cordobeses, jefe directo de la administración central, militar y provincial.

haffartn: peones, cavadores.

haymah: jaima, tienda de campaña, normalmente de piel de camello.

hisba: tratados de la administración y regulación del mercado.

hisn: castillo, fortaleza. Plural *husun.*

imam: imán, jefe espiritual o religioso de una comunidad musulmana.

jarayaira: prostituta que ejercía su trabajo en un prostíbulo o ***dur aljaray.***

jassa: grupo formado por la aristocracia, las familias dominantes de la sociedad y los principales dignatarios de la administración y el ejército.

jatam: sello real.

jayyarín: caleros.

jizya: gravoso impuesto que debían satisfacer los no musulmanes en Al Andalus.

katib: alto cargo de carácter civil de la administración cordobesa.

kuhl: kohl, polvo realizado con antimonio, huesos de aceituna y de dátil tostados, y clavo, que embellece los ojos y resalta la mirada.

kurah: cora, cada una de las divisiones administrativas del emirato, similar a una provincia o distrito.

madinat: ciudad.

mahalla: campamento militar.

maqbara: cementerio.

maqsura: espacio acotado dentro de la mezquita de Córdoba que mejoraba la seguridad y la privacidad del emir.

mihrdb: nicho situado en el muro de la mezquita orientado hacia la qibla, y en dirección hacia La Meca.

minbar: especie de púlpito, normalmente de maderas preciosas y marfil, donde se colocaba el predicador para pronunciar el sermón en la mezquita.

muhandis: técnico de obras, ingeniero.

muladí: descendiente de aquellos habitantes de la Península que, tras la llegada de los árabes, se sometieron espontáneamente y abrazaron la religión musulmana. Constituían el grupo mayoritario de la población junto con los ***mozárabes (del árabe mustarib: arabizado), que mantuvieron la práctica del cristianismo, sometidos sólo al pago de tributos especiales (jizya).***

muqrif: matarife.

musalla: recinto exterior en muchas ciudades musulmanas, orientado hacia La Meca, que servía como oratorio al aire libre.

musara: almozara, espacio abierto y amplio en el exterior de las ciudades en el cual se realizaban ejercicios ecuestres, carreras de caballos, demostraciones y desfiles militares.

muwalladun: muladíes.

muzdamín: jefe civil de la aljama judía. (El rabí era el líder religioso.)

najjarín: carpinteros.

naqib: jefe de un batallón de doscientos hombres en el ejército del emirato.

nazir: jefe de una escuadra de ocho hombres en el ejército del emirato.

politeístas: término utilizado habitualmente en las crónicas árabes para referirse a los cristianos, en alusión a la concepción de Dios como tres personas distintas.

qa'id: jefe de un batallón de mil hombres en el ejército del emirato.

qabila: comadrona musulmana.

qadi: juez musulmán.

qamís: prenda de vestir abotonada por delante.

qass: narradores. En los días de mercado era habitual encontrar a los ***mubahrich (titiriteros), la'ib (prestidigitadores), muhli (juglares), hasib (decidores de la buenaventura) junto a otros personajes que distraían a la multitud.***

qubba: pabellón real que servía de alojamiento al emir de Córdoba durante las expediciones.

qumis: denominación arabizada del antiguo *comes* cristiano, jefe de la comunidad mozárabe en cada ciudad, encargado de las relaciones con la autoridad musulmana y en especial del cobro de los impuestos.

sabat: pasadizo elevado sobre la calle que unía el alcázar con la mezquita de Córdoba, para el paso exclusivo del emir.

sabun: jabón. En la España musulmana se utilizaba un rudimentario jabón fabricado a base de aceite de oliva y ceniza de madera.

sahib: señor, fórmula de respeto ante un superior.

sahib al 'ard: intendente general, encargado de pasar revista (**'árd**:) al armamento y al equipo. Del término árabe ***al'árd procede el castellano «alarde».***

sahib alabniyá: maestro o jefe de albañiles.

sahib almadina: prefecto de la ciudad.

sahib alsuq: jefe del zoco, posteriormente se convertiría en el ***muhtasib o «almotacén», funcionario encargado de velar por el cumplimiento de las normas islámicas, y en concreto por el buen desarrollo de las transacciones comerciales en el zoco.***

sahib al surta: jefe de la policía.

salat:: las llamadas a la oración eran cinco *salat al fayr*, también llamada *salat al subh* (oración del alba), *salat al zuhr* (en el instante en el que el sol comienza a declinar), *salat al 'asr*: (oración de la media tarde), *salat al magrib* (unos minutos después de la puesta de sol) y *salat al'asa* o bien *salat al 'atama* (una hora más tarde de la puesta de sol).

sarauil: calzones o zaragüelles.

shari'a: ley islámica.

sirtaniyyun: cerretanos, aragoneses.

suq: zoco, mercado.

tabiya: técnica de construcción, encofrado.

tiraz: talleres controlados por el emir en los que se confeccionaban telas consideradas objeto de lujo.

umm uallad: concubina madre de alguno de los hijos del emir.

wali: gobernador de una provincia o parte de ella.

wazir: visir.

yabal: monte.

Yamur: remate del minarete formado por esferas doradas de tamaño decreciente.

yihad: guerra santa.

yilliqiyun: denominación que los cronistas árabes dan a los asturianos.

zakat: impuestos que debían satisfacer las familias musulmanas en Al Andalus.

zakat al suq: derechos de mercado.

zandaqa: delito de herejía.

Glosario toponímico

Alaba: Álava.

Al Bayda, Albayda: Albelda.

Al Burj: Borja.

Al Faru: Alfaro.

Al Hamma: Alhama.

Al Hamra: la Alhambra de Granada.

Al Maghrib: actual zona del Magreb.

Al Mariya: Almería.

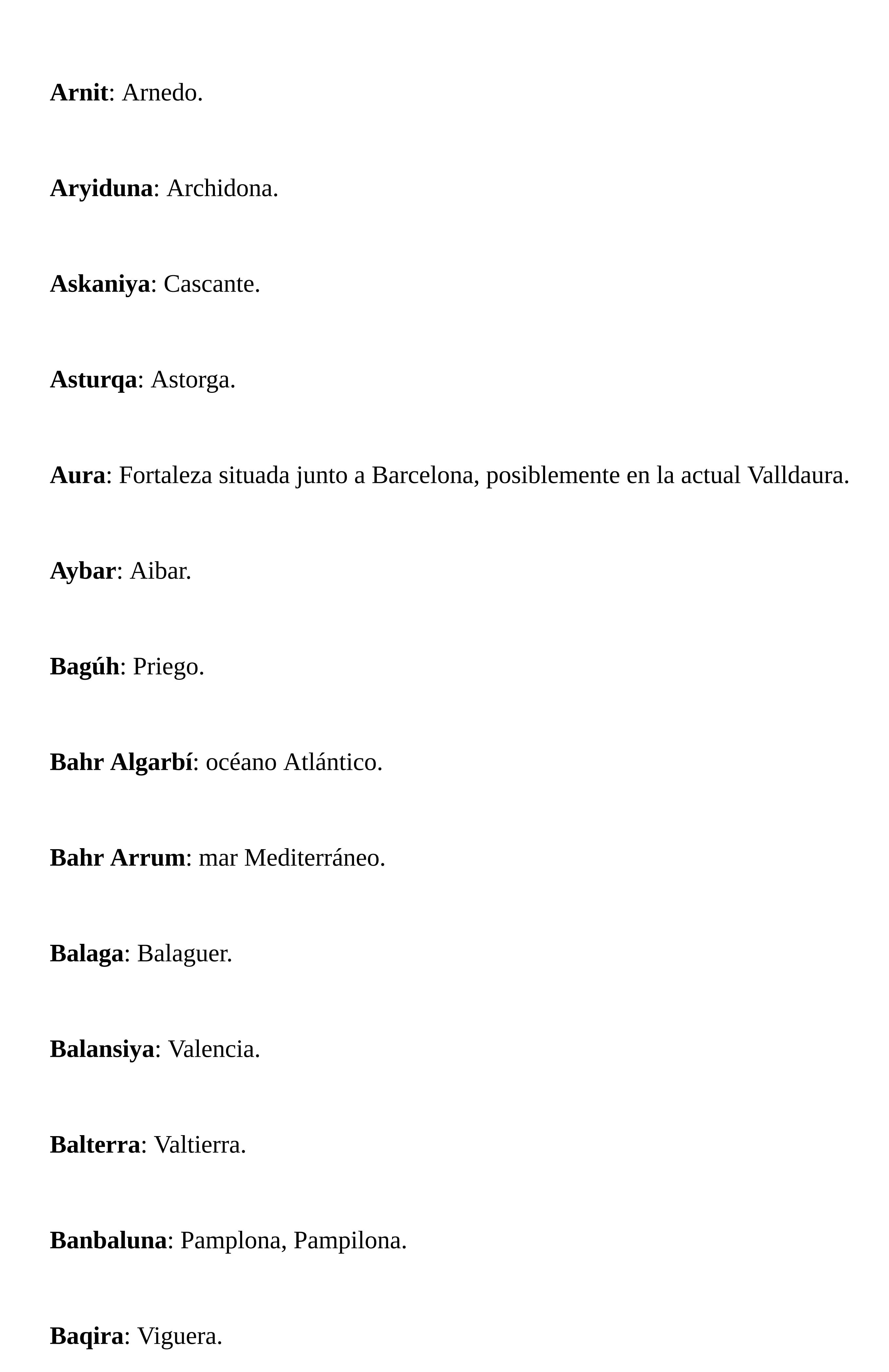
Al Mudawar: Almudévar.

Al Qila: Castilla.

Al Xaraf: Aljarafe.

Al Yazira: Algeciras.

Antaqira: Antequera.



Arnit: Arnedo.

Aryiduna: Archidona.

Askaniya: Cascante.

Asturqa: Astorga.

Aura: Fortaleza situada junto a Barcelona, posiblemente en la actual Valldaura.

Aybar: Aibar.

Bagúh: Priego.

Bahr Algarbí: océano Atlántico.

Bahr Arrum: mar Mediterráneo.

Balaga: Balaguer.

Balansiya: Valencia.

Balterra: Valtierra.

Banbaluna: Pamplona, Pampilona.

Baqira: Viguera.

Barsaluna: Barcelona.

Baskunsa: topónimo que se correspondería con la fortaleza de Ro-caforte, que tras la Reconquista daría lugar a la actual Sangüesa, ubicada en el valle a sus pies.

Batalyus: Badajoz.

Barbastur: Barbastro.

Bayanna: Baena.

Bilad al Andalus: Hispania.

Bulay: Aguilar de la Frontera.

Burbaster: Bobastro, refugio de Umar ibn Hafsún.

Dar al Islam: Las tierras del islam.

Daruqa: Daroca.

Deio: Monjardín.

Galasqiya: Tierra de los *galasqiyun* (gascones).

Garnata: Granada.

Girunda: Gerona.

Hardaris: Ardales.

Hisn Asar: Iznájar.

***hisn* Qámara**: castillo de localización incierta, cerca de Colmenar y Casabermeja, en la provincia de Málaga.

Hisn Qastuluna: la antigua Cástulo romana, en Jaén.

Iacca: Jaca.

Ifriqiya: región de África.

Ilbira: Elvira, junto a Granada.

Ishbiliya: Sevilla.

Istiya: Écija.

Kabbarusho: Caparroso.

Kara: Santacara.

Larida: Lérida.

Ledena: Liédena.

Liyun: León.

Madinat Selim: Medinaceli.

Maghrib: el Magreb.

Malaqa: Málaga.

Marida: Mérida.

Millas: Mijas.

Munt Sun: Monzón.

Mursiya: Murcia. También conocida como

Tudmir (el nombre procede del conde visigodo Teodomiro, que la gobernaba a la llegada de los musulmanes a la Península).

Nasira: Nájera.

Niebla: Distrito correspondiente a la actual provincia de Huelva.

Pampilona: Pamplona, Banbaluna.

Qabra: Cabra.

Qadis: Cádiz.

Qala't al Hajar: Calahorra.

Qala't al Hans: Alange.

Qala't Ayub: Calatayud.

Qala't Musa: Calamocha.

Qala't Rabah: Calatrava.

Qarmuna: Carmona.

Qasida: Cáseda.

Qumaris: Comares.

Quriya: Coria.

Qurtuba: Córdoba.

Qustantaniyeh: Constantinopla.

Raya: Distrito correspondiente a la actual provincia de Málaga.

Runda: Ronda.

Saqunda: Aldea en el arrabal de Córdoba, en la margen izquierda del Guadalquivir.

Saraqusta: Zaragoza.

Sirtaniya: La Cerretania, en la zona aragonesa del Pirineo.

Siya: Ejea de los Caballeros.

Tahert: Ciudad del norte de África.

Takurunna: Una de las coras de Al Andalus, con capital en Ronda.

Tarasuna: Tarazona.

Tulaytula: Toledo.

Turtusha: Tortosa.

Tutila: Tudela.

Uadi Al Hamma: río Alhama.

Uadi al Jurs: río Guadalhorce.

Uadi al Kabir: el río grande, Guadalquivir.

Uadi Anna: río Guadiana.

Uadi Aragun: río Aragón.

Uadi Aruad: río Arga.

Uadi Cinqa: río Cinca.

Uadi Duwiro: río Duero.

Uadi Eyroqa: río Iregua.

Uadi Ibru: río Ebro y, por extensión, el Valle del Ebro.

Uadi Qalash: río Queiles.

Uadi Salit: río Guadacelete.

Uadi Salún: río Jalón.

Uadi Tadjo: río Tajo.

Uadi Uarba: río Huerva.

Uadi Urbiqo: río Órbigo.

Uadi Yallaq: río Gállego.

Uadi Zidaq: río Cidacos.

Uasqa: Huesca.

Uksunuba: Faro (Portugal).

Ulit: Olite.

Ushbuna: Lisboa.

Yabal al Bardi: Las Bardenas Reales, en Navarra.

Yayán: Jaén.

Yilliqiya: Asturias (y por extensión, Galicia). También escrito «Gilliqiya».

Yussana: Lucena.

Bibliografía

Abu-Shams, Leyla. *El hammam, punto de reunión social: estudio lingüístico, cultural y religioso*. Al-Andalus Magreb: Estudios árabes e islámicos, n.° 10,2002-2003.

Afif Turk. *La Marca Superior como vanguardia de Al Andalus: su papel político y su espíritu de independencia*. Universidad árabe de Beirut. 1998.

Aguirre de Cárcer, Luisa F. *Sobre el ejercicio de la medicina en Al- Andalus: una fetua de Ibn Sahl*. Universidad Complutense. Anaquel de estudios árabes. n.° 2. Madrid. 1991.

Crónica de San Juan de la Peña. Ed. Facsímil. Biblioteca Virtual Juan Lluís Vives.

Crónica de Alfonso III. Crónica Rotense y Crónica ad Sebastianum. Ed. Gil Fernández, Juan. *Crónicas asturianas*. Universidad de Oviedo. Oviedo. 1985

Anónimo siglo IX. *Crónica Albeldense*. Ed. Lomax, D. W.: «Una crónica inédita de Silos», en Homenaje a Pérez de Urbel, Silos, 1976.

Arié, Rachel. *España Musulmana (siglos VIII-XV)*. Tomo III. Historia de España dirigida por Manuel Tuñón de Lara. Labor. Barcelona. 1982-1983.

Arjona Castro, Antonio. *La judería en la Córdoba del emirato y el califato*. Universidad Complutense. Anaquel de estudios árabes. n.° 11. Madrid. 2000.

Ayatullah Sayyed 'Ali Husaini As-Sistáni. *Leyes prácticas del Islam*. Fundación Imam 'Ali. Sección Hispana. Beirut. 1999.

Bernis, Margarita *La ciencia hispanoárabe*. Temas españoles. n.°235. Madrid. 1956.

Bramón, D. *La cultura musulmana en la Marca Superior*. Historia de Aragón. 1. Generalidades. Zaragoza. 1989. Edición electrónica: Atlas de Historia de Aragón, Institución Fernando el Católico.

Brisset Martín, Demetrio E. *Algunos datos sobre las fiestas hispa-nomusulmanas*. Centro de Estudios Moriscos de Andalucía. Edición electrónica.

Calvo Capilla, Susana. *Las primeras mezquitas de Al Andalus según las fuentes árabes*. Revista Al-Qantara, XXVIII, 1, Madrid. 2007.

Campión, Arturo. *Los orígenes de la Monarquía Navarra*. Revista Internacional de los Estudios Vascos. 1925. Edición digital: Biblioteca digital de ciencia y cultura vasca.

Canto y De Gregorio, Alicia. *Ensayo de identificación de ciudades vasconas. «Tutela y el ager tutelatus»*. Archivo Español de Arqueología, vol. 70. Madrid. 1997. Edición electrónica: Manuel Sagastibeltza (2004).

Cañada Juste, Alberto. *En los albores del Reino. ¿Dinastía Iñiga? ¿Dinastía Jimena?* Comunicación VII Congreso de Historia de Navarra. Copia del autor. Pamplona. 2010.

–. *Los Banu Qasi (714-924)*. Revista Príncipe de Viana, año n.° 41, n.° 158-159, 1980.

–. *Musulmanes y francos en el Pirineo Occidental*. Publicaciones Gobierno de Navarra. Pamplona. 1980.

–. *Sancho Garcés I, Rey de Navarra*. Tesis doctoral. Universidad de Navarra. 1990. Ejemplar del autor.

Carlos de Aragón, Príncipe de Viana. *Historias manuscritas de los Reyes y Príncipes de Navarra, Castilla y Aragón y otras partes*. Ed. Facsímil. Biblioteca Virtual Juan Lluís Vives.

Carrasco, Juan .*Juderías y sinagogas en el Reino de Navarra*. Príncipe de Viana, Año n.° 63, n.° 225,2002.

Centro Virtual Cervantes. *El jardín andalusí: almunias, vergeles y patios*. Instituto Cervantes (España). Edición electrónica.

Cervera Fras, M. J. *La conquista musulmana (s. VIII)*. Atlas de Historia de Aragón, Institución Fernando el Católico. Zaragoza 1991. Edición electrónica.

–. *Los Banu Qasi (siglo XI)*. Atlas de Historia de Aragón, Institución Fernando el Católico. Zaragoza. 1991. Edición electrónica.

Conde, José Antonio (traducción y notas). *Descripción de España de Al Idrisi*. Edición facsímil. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Alacant. 2002.

Corleto, Ricardo y Gil, Fernando. *La iglesia mozárabe y las persecuciones durante el siglo IX*. Documentos para el estudio de la Historia de la Iglesia Medieval. Pontificia Universidad Católica Argentina. Edición electrónica.

Corral Lafuente, J. L. *Toponimia de origen árabe de entidades de población y de carácter macrogeográfico*. Atlas de Historia de Aragón, Institución Fernando el Católico. Zaragoza. Edición electrónica.

Chalmeta, Pedro. *Economía en la Marca Superior*. Atlas de Historia de Aragón,

Institución Fernando el Católico. Zaragoza. Edición electrónica.

–. *El matrimonio según el Kitab al wata'iq de Ibn al'Attar (s. X). Análisis y observaciones*. Universidad Complutense. Anaquel de estudios árabes, n.° 6, Madrid.1995.

De la Granja, Fernando. *La Marca Superior en la obra de Al-Udrí*. Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón, VIII, Zaragoza. 1967.

Díaz Plaja, Fernando. *La vida cotidiana en la España Musulmana*. Edaf Editorial. 1993.

Elfas Terés. *Antroponimia hispanoárabe (reflejada por las fuentes latino-romances)*. Anaquel de estudios árabes, n.° 1, 1990.

Francisco Abad. *El Islam y el concepto de España en la Edad Media*. Anaquel de estudios árabes, n.° 3, 1992.

García Duarte, Francisco. *El Legado de Al Andalus*. Gran Enciclopedia Andaluza del siglo XXI, tomo II, páginas 283-300. Edición electrónica: Centro de Estudios Moriscos de Andalucía.

García Mouton, Pilar. *Toponimia Riojana Altomedieval*. Historia de La Rioja (coord. por Justiniano García Prado), vol. 2,1983 (Edad Media).

Gil Cuadrado, Luis Teófilo. *La influencia musulmana en la cultura hispano-cristiana medieval*. Anaquel de estudios árabes, n.° 13, **2002.**

Granda Gallego, Cristina. *Al Andalus: el guerrero cristiano visto por los musulmanes*. En la España medieval, n.° 8, 1986.

Ibn Hayyan (traducción, notas e índices de Mahmud Ali Makki y Federico Corriente). ***Crónica de los emires Alhakam I y Abderrahman II entre los años 796 y 847 (Almuqtabis II)*****. Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo. Zaragoza. 2001.**

—. (Traducción por José E. Guráieb). ***Al Muqtabis III*****. Cuadernos de Historia de España. Buenos Aires. Varios números.**

Ibn Idari al Marrakusí. ***Historia de Al Andalus*****. Ediciones Aljaima. Málaga. 1999.**

Ibn Qutiyya (traducción de Julián Ribera). ***Historia de la conquista de España de Abenalcotía el cordobés*****. Real Academia de la Historia. Madrid. 1926.**

Ilarri Zabala, Manuel. ***Reyes de Navarra. De Iñigo Arista a Sancho Garcés I*****. Colección Reyes de Navarra, vols. III y IV. Ed. Mintzoa.**

Ivorra, Carlos. ***Historia Universal Ivorra*****. Recurso electrónico.**

Lacarra, José María. ***Acerca de las fronteras del Valle del Ebro (siglos VIII al XII)*****. En la España medieval, n.° 1,1980.**

—. ***Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*****. Caja de Ahorros de Navarra. Pamplona. 1976.**

—. ***Textos navarros del Códice de Roda*****. Estudios de la edad media de la corona de Aragón, I, Zaragoza. 1945.**

—. ***España Musulmana, 711-1031*****. Historia de España, de Ramón Menéndez Pidal, vol. IV. Espasa-Calpe.**

–. *España Musulmana, 711-1031. Instituciones y Arte*. Historia de España, de Ramón Menéndez Pidal, vol. V. Espasa-Calpe.

Leví Provenga!, E *La Civilización árabe en España*. Espasa-Calpe Madrid. 1982.

López, MªJesús y Dandachli, Charif. *Plantas: fines terapéuticos en Al Andalus y sus aplicaciones en la actualidad*. La Naturaleza andalusí. Boletín n.° 39. 2005. Edición electrónica.

Lorenzo Jiménez, Jesús. *La dawla de los Banu Qasi. Origen, auge y caída de una dinastía muladí en la Frontera Superior de Al Andalus*. Estudios árabes e islámicos. Monografías. CSIC. Madrid. 2010.

Mahmud Ali Makki. *Ensayo sobre las aportaciones orientales en la España Musulmana*. Instituto de Estudios Islámicos. Madrid. 1968.

Mahmud Sobh. *La poesía árabe, la música y el canto*. Anaquel de estudios árabes, n.° 6, 1995.

María Jesús López, Charif Dandachli y Felipe Samper. *Aragón musulmán: 900 años de una presencia enriquecedora*. Revista Al-Andalus, Universidad de Cádiz, n.° 180. 2002.

Marín Guzmán, Roberto. *Sociedad, política y protesta popular en la España Musulmana*. Universidad de Costa Rica. San José. 2006.

Marín Royo, Luis María. *Historia de la Villa de Tudela desde sus orígenes hasta 1390*. Marín Royo, Luis M. Tudela. 1978.

–. *La Tudela Desconocida,* vols. I-III Navarro Navarro. 2002- 2003.

Martín Duque, Ángel J. *Algunas observaciones sobre el carácter originario de la Monarquía pamplonesa*. Príncipe de Viana. Año n.° 63, n.° 227, 2002.

–. *Del espejo ajeno a la memoria propia*. Príncipe de Viana. Año n.° 63, n.° 227, 2002.

–. *Del Reino de Pamplona al Reino de Navarra*. Príncipe de Viana. Año n.° 63, n.° 227, 2002.

–. *Hechura medieval de Navarra*. Príncipe de Viana, Año n.° 63, n.° 227, 2002.

–. *Vascones y pamploneses. Génesis del Reino de Pamplona*. Historia Ilustrada de Navarra, tomo I. Edades Antigua y Media. Diario de Navarra. Pamplona 1993.

–. *Imagen histórica medieval de Navarra*. Príncipe de Viana, Año n.° 63, n.° 227, 2002.

–. *La comunidad del Valle de Salazar. Orígenes y evolución histórica*. Príncipe de Viana. Año n.° 63, n.° 227,2002.

–. *Nobleza navarra altomedieval*. Príncipe de Viana, Año n.° 63, n.° 227, 2002.

–. *Vasconia en la Alta Edad Media*. Príncipe de Viana, Año n.° 63, n.° 227, 2002.

Menéndez Pidal, Ramón. *Orígenes del español: Focos de irradiación lingüística*. Biblioteca Gonzalo de Berceo. Edición electrónica.

Miranda García, Fermín. *El poblamiento del Valle Medio del Aragón. Siglos IX-XII*. Príncipe de Viana. Año n.° 66, n.° 235,2005.

Morales de Setién y García, José. *La dominación musulmana en La Rioja (711-1031)*. Historia de La Rioja, vol. II. Edad Media. Edición electrónica: Biblioteca Gonzalo de Berceo.

Mújica Pinilla, Ramón. *El collar de la paloma del alma. Amor sagrado y profano en la enseñanza de Ibn Hazm y de Ibn Arabi*. Libros Hiperión. Madrid. 1990.

Nadales, MªJesús. *La mujer en AlÁndalus*. Isla de Arriarán: revista cultural y científica, n.° 28, 2006.

Navarro, Francesc (dirección). *La expansión musulmana*. Historia Universal, tomo IX. Salvat- El País. 2004.

Olagüe, Ignacio. Fundación Juan March. *La revolución islámica en occidente. El mito de la invasión árabe de España*. Plurabelle. Córdoba. 2004.

Ortiz Lozano, Francisco. *Bobastro. La ciudad de la perdición, gloria y refugio de la Cristiandad*. Edición del autor. Ardales (Málaga). 2010.

Pavón Benito, Julia. *Muladíes: lectura política de una conversión. Los Banu Qasi (714-924)*. Anaquel de estudios árabes, n.° 17,2006.

Pavón Maldonado, Basilio. *La Mezquita Mayor de Tudela*. El Arte en Navarra, tomo I. Del Arte prehistórico al arte Románico. Diario de Navarra.

–. *La Mezquita Aljama de Córdoba*. Anaquel de estudios árabes, n.° 12,2001.

Pérez de Laborda, Alberto. *Toponimia Navarra Altomedieval*. Sociedad de E. Históricos de Navarra. Pamplona. 2003. Edición electrónica.

Pulido Pastor, A. *Aproximación a la música Ándalusí*. Centro de Estudios Moriscos de Andalucía. Edición electrónica.

R. H. Shamsuddín Elía. *AlÁndalus I (711-1010)*. Coloquio El legado de Al-Andalus. 800 años de Civilización y Pluralismo Religioso. Buenos Aires. 1996.

–. *El Jardín en la tradición islámica*. Organización islámica argentina. La civilización del Islam. Edición electrónica. 6.° Documento.

–. *La Medicina en Al Andalus*. Organización islámica argentina. La civilización del Islam. Edición electrónica. 31.° Documento.

–. *La música en el Islam*. Organización islámica argentina. La civilización del Islam. Edición electrónica. *27*° Documento.

–. *Los aromas de Al Andalus*. Organización islámica argentina. La civilización del Islam. Edición electrónica. 25.° Documento.

Rubiera Mata, MªJesús. *La poesía árabe clásica en Al Andalus: época Omeya*. Música y poesía del sur de Al Andalus, 1995. Edición electrónica: Cervantes Virtual.

Ruiz Salgado, Luis A. *Historia de las armas*. Recurso electrónico: *www. lasarmas. com.*

Sáez, Jesús M. *Apuntes para una Historia de Al Andalus*. Universidad de Alicante. 2009. Recurso electrónico.

Sánchez Albornoz, Claudio. ***La España Musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales,*** **tomo I. El Ateneo. Buenos Aires. 1946.**

–. ***Orígenes del Reino de Pamplona. Su vinculación con el valle del Ebro*****. Institución Príncipe de Viana. Pamplona. 1985.**

–. ***Una ciudad de la España cristiana hace mil años: estampas de la vida de León*****. Rialp. Madrid. 1982.**

Sheij Husain Abd Al Fatah García. ***Usos funerarios islámicos*****. Biblioteca Islámica Ahlul Bait. Edición electrónica.**

Simonet, Francisco Javier. ***Historia de los mozárabes de España,*** **tomo II. De Abderraman I a Mohamed I (Años 756 a 870). Turnen Madrid. 1983.**

Souto, Juan A. ***La práctica y la profesión del artista en el Islam: arquitectos y constructores en el Al Andalus Omeya*****. Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, H.ªdel Arte, tomo 10, 1997.**

–. ***El emirato de Muhammad I en el Bayan al-Mugrib de Ibn Idari*****. Anaquel de estudios árabes, n.° 6,1995.**

–. ***El poblamiento del término de Zaragoza (siglos VIII-X)*****. Anaquel de estudios árabes, n.° 3, 1992.**

Suárez Fernández, Luis. ***Historia de España Antigua y Media*****. Ed. Rialp. Madrid. 1976.**

Teresa de Castro (ilustraciones). ***El consumo de vino en Al Andalus*****. XIV Jornades D'Estudis Histories Locáis. Mallorca. 1996.**

Turienzo Veiga, Gustavo. *Observaciones sobre el comercio de Al Andalus*. Universidad Complutense. Tesis doctoral. Madrid. 2002. Edición electrónica.

Valdés Fernández, Fernando. *Aproximación al consumo de hasis en Al Andalus*. Estudios de historia y de arqueología medievales, n.° 3-4, 1984.

Vernet, Juan y Samsó, Julio. *El Legado científico Andalusí*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional de Madrid. 1992.

Viguera Molins, María Jesús. *Aragón Musulmán*. Mira Editores. Zaragoza. 1998.

–. *La Rioja en Al Andalus (siglos VIII al XII)*. La Rioja, tierra abierta: Catedral de Calahorra, 2000. Edición electrónica.

–. *Los distritos de la Marca Superior (siglos IX y X)*. Atlas de Historia de Aragón, Institución Fernando el Católico. Zaragoza. Edición electrónica.

–. *Noticias sobre el Aragón Musulmán*. Aragón vive su historia: II Jornadas Internacionales de Cultura Islámica, Teruel. 1988.

Villalba Ruiz de Toledo, F. Javier. *Panorama de las vías de comunicación en Navarra durante la Alta Edad Media (siglos VIII- XII)*. Espacio, tiempo y forma. Serie III, Historia medieval, n.° 8, 1995.

–. *Sistemas defensivos de la Castilla primitiva*. Espacio, tiempo y forma. Serie III, Historia medieval, n.° 16, 2003.

Agradecimientos

Quiero mostrar mi agradecimiento a todos cuantos, con su trabajo de investigación sobre los Banu Qasi, han arrojado luz sobre este periodo fundamental de nuestra historia. Muchos de ellos aparecen citados en la bibliografía que se acompaña, algunos de forma repetida dado el interés de sus publicaciones. Sin embargo, hay dos personas que han resultado fundamentales para que esta novela haya visto la luz.

Citaré en primer lugar al ingeniero e historiador navarro D. Alberto Cañada Juste, cuya magnífica monografía *Los Banu Qasi (714- 924)* ha servido de columna vertebral para la documentación de esta obra. Al ponerse en contacto conmigo tras conocer la publicación de *Banu Qasi, los hijos de Casio*, me proporcionó la oportunidad de conocerlo personalmente en el marco del VII Congreso de Historia de Navarra. Tuvo incluso la amabilidad de poner a mi disposición el resultado de su tarea investigadora, centrada en los albores del Reino de Pamplona, desde su tesis doctoral sobre Sancho Garcés I, hasta su última aportación acerca del origen común de las dinastías Iñiga y Jimena en el nacimiento del Viejo Reyno.

En segundo lugar, debo agradecer a D. Francisco Ortiz Lozano, maestro malagueño, su dilatado y concienzudo trabajo de investigación acerca del rebelde muladí Umar ibn Hafsún, plasmado en su obra *Bobastro*. En sus ochocientas páginas hace un relato cronológico y pormenorizado de la rebelión surgida en las sierras malagueñas, que a punto estuvo de acabar con el propio emirato de Al Andalus. Quiso la suerte que, en el momento en que me disponía a abordar el estudio del personaje en las diversas y dispersas fuentes, llegara a mis manos este compendio ordenado y riguroso que me facilitó de forma notable la tarea.

Notas a pie de página

[1] 30 de mayo de 882

[2]15 de mayo de 891.

[3]Fragmento basado en Al Muqtabis III, de Ibn Hayyan, según traducción de José E. Guráieb.